

JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE

**OBRA
COMPLETA**



TRAYECTORIA DE JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE

I.—EL POETA Y SU OBRA EN EL TIEMPO

LA HISTORIA de José Antonio Ramos Sucre es breve como breves fueron su vida y su obra. Vida y obra intensas, sin embargo, que trascienden del ámbito histórico que les es propio hacia una más densa confrontación literaria y humana. Esta ha sido, precisamente, una de las características más relevantes, que ha encontrado, al correr de los años, una justificación precisa y elocuente de su poesía en las nuevas generaciones del país que han ido a su encuentro, fortalecidos en la eficacia y brillo de su palabra. En efecto, los jóvenes escritores agrupados en "Sardio" (1958) se movieron alrededor de la figura y de la obra de Ramos Sucre con exaltada vehemencia e inusitada beligerancia, afortunadamente, bien conducida y mejor concretada en buenos resultados.

Carlos Augusto León, poeta del 30, de la llamada promoción de "Elite" y del Grupo Cero de "Teoréticos", escribió en 1945 una breve y hermosa biografía sobre el poeta: *Las piedras mágicas* la tituló y fue el primer ensayo serio, biográfico y crítico, para deslindar con certeza los valores de la obra de Ramos Sucre, constituyéndose desde entonces en un libro imprescindible para el conocimiento del poeta. Después han venido otros y otros ensayos sobre el autor actualizándolo frente al discurrir de la nueva poesía venezolana; y contribuyendo así a rescatar de injusta preterición una poesía de sostenido y permanente aliento. Hoy día Ramos Sucre, revalorizado, alcanza la estatura de un adelantado de la lírica venezolana contemporánea.

Es un hecho innegable que en los jóvenes escritores que se inician a partir de 1950, la admiración por Ramos Sucre es creciente y en algunos esta admiración alcanza la jerarquía de la influencia. Es "una influencia más que todo formal, mas no por ello menos importante. Formal porque en muchos casos falta

el "pathos" de la creación ramosucreana, y no puede ser de otro modo: su tormento no es común a muchos".¹

"Ha atraído a nuevas promociones poéticas la singularidad de Ramos Sucre, que fui de los primeros en señalar. Los ha acercado a él su vida intensa y concentrada —"vibración inmóvil", como decía Luis Enrique Mármol— que se asfixiaba en el duro ambiente. Los ha acercado aquella expresión que cultivó el poeta y que no era la del común de sus contemporáneos, en cierto aspecto, aunque por otra parte tenía —¡y cómo no tenerlo!— el aire de su tiempo".²

El acercamiento de los jóvenes a la obra de Ramos Sucre cobra mayor importancia a medida que pasa el tiempo. Pareciera —como anota Paz Castillo— que los años transcurridos desde su muerte han sido, en realidad, "años de reafirmación de su vida de escritor en la memoria de los hombres y de acercamiento, cada vez con mayor intimidad a su obra"... Esto explica la afición explícita de los nuevos. Después de un largo silencio, "resurgió su producción a nueva existencia, sobre todo entre los jóvenes que persiguen, en arte, expresiones, si no parecidas a las suyas, muy cercanas por el espíritu lírico, a las formas depuradas de sus poemas en prosas".³

Argenis Pérez H., uno de los últimos en referirse a la materia, ha escrito que el poeta venezolano "está siendo objeto casi permanente de una continua revaloración, en función de su singularidad artística, sustanciada a nivel de un discurso poético nuevo, en la lírica venezolana contemporánea".⁴

Ramos Sucre concilia, con admirable lucidez, el poder fundamental del narrador con la fuerza sugestiva de la poesía, contenida en un lenguaje de extraordinarias tonalidades discursivas, bajo el amparo de alucinantes manifestaciones de la imaginación creadora. Así se hace presente en buena parte de *La Torre de Timón* y en la totalidad de *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*. El poeta de atormentadas formas, el fabulador constante, el perseguido a diario por los fantasmas invisibles de un pasado que recrea a fondo y a conciencia, ofrece, en última instancia, su prosa rica de sensaciones, recuerdos, profecías y premoniciones, como un fruto macerado en el fondo del más remoto vértigo de una irrealidad amenazante y trágica. Es la desolación del creador lo que mayormente atrae al lector de nuestros días, como un rito inexorable. La singularidad del poeta, su originalidad cenital expresada en un estilo de cortado párrafo, sirve de base a la búsqueda de que ha sido objeto por parte de las jóvenes generaciones literarias del país. De este modo, Ramos Sucre se convierte, por obra y gracia de su fuerza poética, en el autor de mayor influencia y atracción para las jóvenes generaciones en lo que va de 1950 a esta parte. ¿Qué sedujo de tal forma a esas nuevas corrientes de expresión literaria en el

¹Carlos Augusto León. "Invitación a la crítica", Papel Literario de *El Nacional*, 14-VI-1970.

²*Idem*.

³Fernando Paz Castillo. *José Antonio Ramos Sucre, el solitario de La Torre de Timón*. Editorial Arte, Caracas, 1973, pp. 23-24.

⁴Argenis Pérez H. "La estética romántica en José Antonio Ramos Sucre". En *Memoria del III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana*. Mérida, Venezuela, Tomo II, p. 258.

país? No fue, de cierto, la forma impecable en que el poeta elabora sus cuidados textos, ya oficializada en las más destacadas figuras del modernismo venezolano, obedientes al dominio expansivo de Rubén Darío. Fue, por el contrario, la parte incontaminada de su materia poética. Es decir, la fuerza incontrastable de aquella desbordada pasión imaginativa, asediada por un devastador destino de atormentado y alucinado ser, enfrentado con impredecible rebeldía al reto exterminador de un mundo hostil y negador de la existencia.

De este modo, Ramos Sucre se convierte en un antecedente sin testigos de la nueva poesía venezolana, por la trascendencia de una obra que parece surgir, como fruto de alquimia a través de las misteriosas zonas de un submundo mitologizado, de la más resonante experiencia de un hombre solitario, sometido a las severas pruebas de un desastre emocional, particular y absoluto.

Ramos Sucre sobresale por la universalidad o cosmopolitismo de su poesía, sin ataduras visibles a una específica identidad regional o comarcana.

Esta es la vía del acercamiento que siguen los jóvenes poetas de "Sardio", "Tabla Redonda" y "El techo de la ballena". Colocan al poeta en un nivel de especial reconocimiento: es el adelantado o precursor que señala el camino. Así se produce la sacralización del autor de *La Torre de Timón*, estableciéndose desde entonces como el poeta venezolano más trascendente de las últimas décadas, tanto en el ámbito poético propiamente dicho como en el narrativo.

Al respecto dice Francisco Pérez Perdomo: "Entre los escritores venezolanos tal vez sea José Antonio Ramos Sucre el más admirado por las últimas promociónes poéticas del país".⁵

Y Ludovico Silva recuerda que el contacto con las prosas de Ramos Sucre de los poetas de la generación de 1958 tuvo un efecto revolucionario: "Al contacto con este gran poeta, los jóvenes creadores sintieron que había, décadas atrás, quienes los respaldaran en su empeño de transformar los esquemas poéticos que, de una u otra manera, pese a la revolución del grupo "Viernes" persistía en nuestras letras. No solamente se desterró el temor sacramental a los metros y a la rima (desterrados en cuanto a "obligación", por supuesto, y no de un modo absoluto), sino que de una vez por todas comenzaron a surgir por doquier libros de poesía (en prosas), entre los cuales *Los cuadernos del destierro*, de Rafael Cadenas, se destaca como paradigma. Se volvió, bajo este impacto, a leer a Rimbaud y a los surrealistas y se asimiló en nuestro país de una vez por todas el espíritu de la lírica moderna. Corresponde a Ramos Sucre, de este modo, un símil como gran adelantado, y por ello no debe sorprender a nadie que en su época fuese considerado como un ente extraño poseído por calenturas y demonios. Lo que había hecho no era otra cosa que incorporar la poesía venezolana a la modernidad. Su cultura y sus dones poéticos le ayudaron, aunque la fragilidad y la cortedad de su existencia —"antes de tiempo y casi en flor cortada", que diría Garcilaso— le impidieron llevar su revo-

⁵Francisco Pérez Perdomo. Introducción a *Antología Poética de J. A. Ramos Sucre*. Monte Avila Editores, C.A., Caracas, 1969, p. 7.

lución hasta el punto en que sólo pudieron llevarla después grandes poetas como Vallejo y Neruda".⁶

"Un rasgo positivo de las nuevas generaciones venezolanas —agrega el mismo ensayista— lo constituye el reconocimiento de la grandeza de Ramos Sucre como poeta. Hoy, sólo los rezagados continúan llamándolo "prosista", implicando con ello el vergonzante juicio de valor de que Ramos Sucre, a fin de cuentas, no fue poeta porque no escribió versos. Pienso que hubiera podido hacerlos con alto grado de perfección, y por ello mismo, pienso también que en esa misma medida se eleva el valor de sus textos, tal como lo conocemos. Fue perfectamente consciente de su tarea, y tuvo un propósito muy definido, que sólo hasta ahora ha venido a ser valorado en su justa dimensión. Ello constituye una lección para todos nosotros. Con el antecedente de Ramos Sucre, ya no se le podrá jamás perdonar a ningún poeta venezolano el no ser perfectamente consciente de los recursos que emplea y de la situación histórica en que vive".⁷

José Antonio Ramos Sucre escribió una obra señalada por su evidente originalidad en el medio venezolano en que tuvo lugar. En tal virtud es una obra de especiales méritos que sobresale por sobre otras de sus contemporáneos. De aquí surge, inequívocamente, la figura del autor como un creador impar, susceptible de ser considerado entre los primeros nombres de la literatura nacional que se inicia en los años fecundos del 900. Su prosa, densa, castigada, enfrentada a todo exceso en busca de la eficacia en la comunicación escrita, rigurosa en el exacto cumplimiento de su cometido, revela en primeros planos las singularidades de un espíritu dotado de amplias facultades para el arte literario.

No es, por eso, extraño que la generalidad de quienes se han acercado al estudio de su poesía, destaque, en primer lugar, las excelencias de esa obra literaria como manifestación de una indiscutible personalidad creadora, revelada en la amplitud generosa de un gran dominio del intelecto y la cultura. Y que por eso mismo se trate de ubicar insistentemente, a largos años distantes de su vida, en un sitio de privilegio y de recordación en el panorama de las letras nacionales y latinoamericanas.

Esa característica de excepción ya no se pone en duda en nuestros días, cuando se ha realizado, a todo lo largo y ancho de estos años, una como especie de revalorización del autor y de su prosa poética, conceptuada entre las de mayor brillo y consistencia de las que haya dado muestras la literatura venezolana contemporánea.

⁶Ludovico Silva. "Ramos Sucre y nosotros". *Revista Nacional de Cultura*, n° 219, Caracas, marzo-abril, 1975, pp. 64-65.

⁷*Ibid.* p. 70.

Félix Armando Núñez, autor de un sobrio y ponderado prólogo a sus *Obras*, escribe al respecto: "Hay en las letras venezolanas y de Hispanoamérica una obra aparte: la de José Antonio Ramos Sucre. Su valor, entrevisto por los mejores de sus compatriotas y contemporáneos, se estima más cada día a partir de su muerte".⁸

Con similar énfasis al de Núñez se pronuncia Francisco Pérez Perdomo, cuando aborda la peripecia de colocar al estudiado en el sitio de honor que le corresponde.

Pérez Perdomo se refiere a la obra del poeta más allá del ámbito exclusivamente nacional, considerándolo como creador de una poesía que trasciende al mundo continental. Así expresa que Ramos Sucre resulta "uno de los (poetas) más renovadores que haya producido la poesía latinoamericana".⁹ Juicio con el cual habrá de estar de acuerdo quien tenga acceso, como ahora, a través de esta edición de la Biblioteca Ayacucho, a la presentación orgánica y completa de su obra.

Y otro ensayista y poeta de las nuevas promociones literarias del país, Eugenio Montejo, precisando el alcance de la obra de Ramos Sucre, la califica como "una de las tentativas más audaces a que se haya consagrado creador alguno entre nosotros durante el presente siglo". "Por esto, puede decirse" —añade— "que en sus páginas se verifica una posibilidad superior raramente alcanzada entre nosotros". Sin embargo, esa obra, así definida, "escapó sustancialmente a sus contemporáneos".¹⁰

Por otra parte —y paralelamente al hecho mencionado— la polémica en torno a José Antonio Ramos Sucre no se ha cerrado aún entre nosotros. Pareciera, al contrario, que mientras más transcurre el tiempo más se avivan los extremos de un debate que siendo crítico y literario a un tiempo invade igualmente el terreno de la vida personal del autor y, aún más, su intimidad.

El hombre, pero en mayor razón el hombre de letras, responde inequívocamente a las características inherentes a su propia formación intelectual. El caso de Ramos Sucre es más ilustrativo y elocuente que muchos otros en este sentido. Su formación humanística, que arranca de la infancia y se acendra en el curso de sus años mayores, le habrá de suplir la más amplia base, histórica y estética, para su afán creador.

Por otra parte, Ramos Sucre responde, con seguridad de esforzado que entrevé desde su exilio humano otras perspectivas estéticas, a aquellas incitacio-

⁸Félix Armando Núñez. Prólogo. En *Obras de José Antonio Ramos Sucre*. Ediciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura y Bellas Artes, Caracas, 1956, p. 7.

⁹Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 9.

¹⁰Eugenio Montejo. *La ventana oblicua*. Ediciones de la Universidad de Carabobo, Valencia, 1974, p. 69.

nes particulares de que es objeto por parte del condicionamiento literario de su tiempo. Ramos Sucre es un hombre del modernismo, tal vez de un modernismo tardío, pero que adelanta el paso suficiente hacia otras mayores conquistas de su trabajo intelectual. Por eso labrará con fervor inusitado la perfección lingüística de su estilo. Por eso tenderá a evadirse sistemáticamente del agobio insular de una literatura que poco o nada aportaba a su vehemencia de adelantado. No fue, en tal sentido, un seguidor inconsistente y sin prestancia de fórmulas caducas, que ya anunciaban cansancio y pobreza en la repetición. Aspiraba, por el contrario, a otros aires contagiosos, a otros sucesos de mayor envergadura que lo condujeran a la experiencia solar de la palabra. Su esoterismo, su evasión, su búsqueda enconada de otra realidad, distinta a la percibida cotidianamente en el tráfigo de la vecindad caraqueña de su tiempo, lo acerca al vértice modernista, al ritual parnasiano de la "torre de marfil" o del "arte por el arte", a la entonación hermética de los simbolistas; pero, al propio tiempo, le procura ese reconfortante espacio para diluir el ardor indeleble en la fragua del lenguaje, enriquecido en el tráfico constante del estudio, y esa inefable condición del esteta que se reconcilia soberanamente con su propia e inexcusable revelación personal: ese mundo que va por dentro y anima al hombre en su hazaña constante del vivir y del crear.

Ramos Sucre no se desliga de la praxis de su tiempo, pero tampoco se deja conducir ni limitar por sus expresiones. Por el contrario, aspira a resolver su enfrentamiento con el mundo, en una sólida y gallarda manifestación de individualismo estético tendido hacia el futuro, hacia más abiertas y vastas claridades, buenas para alimentar la fe del hombre en la eficacia y perdurabilidad del arte literario. Lo menos afín con Ramos Sucre es el nacionalismo, cerrado a los francos aires del exterior. De allí el carácter cosmopolita de su prosa. La cual era una respuesta a un posible mundo —real o ficticio— a que lo condenaban las experiencias del momento venezolano de comienzos de siglo, cruzado, de una parte, por la vencida estética de un modernismo a la venezolana y de otra por la tentativa criollizante de la más significativa literatura de la época. Pero no se trata de un desligamiento que reniegue del gentilicio: en buena parte de la narración se percibirá un hálito de esencias venezolanas que pugnan por manifestar su ascendencia o tradición, sólo que la tentativa mayor que apunta hacia lo universal arrastrará inevitablemente, como un torrente poderoso, ese brote insular de la prosa. Buena parte de su libro *La Torre de Timón* alude a la circunstancia venezolana con cierto apego y simpatía, demostrando que las raíces del poeta no estaban del todo desasistidas de la nutriente fuerza telúrica que depara la consistencia y perennidad de un esfuerzo que conjuga lo emotivo y racional, lo real y lo irreal, lo cierto y lo imaginario.

También esto tiene que hacer con el ambiente político que se cierne, como una pesada losa, sobre el quehacer intelectual de aquellos hombres a quienes les tocó vivir en carne propia la tremenda experiencia de la dictadura gomecista. Expresión de una juventud literaria marginada, Ramos Sucre también, como otros tantos de sus compañeros de generación, tuvo que apelar a un es-

fuerzo que rehúye el enfrentamiento virtual de la realidad por las vías de la evasión y la universalidad del contenido de su obra.

La diversidad de los ambientes exóticos reducidos a una reminiscente prosodia de inmediatez o el logro mayor de aquel desfile inusitado de los más extraños personajes extraídos de la historia pasada, que tan a fondo conocía en su peregrinaje humanista, son formas de una irrealidad, de una abstracción forzada por el empeño multiseccular de su desbordada fantasía, a través de un desolador espacio, que llena de congojas y amarguras al espíritu contrito. Con tal de no estar aquí, en este momento, la imaginación del poeta lo hace vagar inconteniblemente por todas partes y por todos los tiempos. Es un cosmopolitismo sustentado en una continua aventura, en un desmesurado viaje que abarca y disemina a capricho en su escritura las más conspicuas edades del mundo y de la historia: Grecia, Roma, Bizancio, la Edad Antigua, la Edad Media, el Renacimiento. Actores son los hombres y los pueblos. Actor es el mismo poeta encarnando distintos personajes. El introvertido se trueca en un extrovertido que asume los más diversos papeles de la escena. La literatura clásica le presta, asimismo, motivos para su acendramiento literario y muchos son los temas recreados por la tenaz y fecunda fantasía del autor. Apasionadamente se funden en su prosa nombres de poetas y artistas. Pasa insensiblemente de Goethe y Dante a Leopardi y Cervantes, de Leonardo a Tiziano y Durero, de Homero a Plutarco y Ovidio. Los tiempos, los personajes, los paisajes, se confunden animadamente desde el fondo resonante de la prosa castigada a profundidad. Parecía pasar a propósito de un lugar histórico a otro, de la leyenda a la reseña circunstanciada de los sucesos más insólitos, de la Edad Antigua a la Edad Media y de ésta al Renacimiento para hacer el señalamiento de aquellas figuras inverosímiles que deambulan con el rigor de los perseguidos en sus páginas veraces. No hay sosiego ni esperanza en sus testimonios. Todo parece regido por el *fatum* ineluctable de la tragedia. Un soplo de crueldad inexorable domina el amplio espectro documental de la ficción narrativa.

Como un lector culto, más aún: como un humanista enardecido por la pasión y la porfía de la alienación en el tiempo histórico, pleno de resonancias seculares, se nos aparece este poeta venezolano. Esa actitud, es el signo permanente de su evasión hacia el pasado, donde convoca los más extraños ritos y sucesos. El símbolo preside su expresión literaria, animada por un cierto tono decadentista que es perceptible, de manera inequívoca, en el juego crepuscular de sus imágenes, rescatadas del incendio solar del trópico americano al rememorar edades y paisajes de otras latitudes, donde la niebla y la imprecisa circunstancia de "otra realidad" dan la impresión de sustituir el mundo real por el mundo imaginado. Sin que el autor lo pueda evitar, su estilo tiende a un significativo rebuscamiento de la expresión que lo acerca demasiado al preciosismo modernista. El uso del adjetivo complementario o explicativo, la insistencia en los términos raros y fuera del tiempo, ya inutilizados a veces por la misma vigencia del pasado, que se da sobre todo en sus dos últimos libros, es característico de esta tendencia que, de alguna forma, lo acerca a las huestes rubenia-

nas, ya en franca decadencia a finales de la segunda década del siglo. Pero de esta tentación lo salva, finalmente, su conciencia de escritor comprometido con un esfuerzo de mayor envergadura, desasido de la obediencia formal y lógica a una determinada escuela. Y ha sido precisamente esta revelación la que ha llevado a algunos autores —no sin cierta exageración— a ubicar al poeta venezolano entre los precursores de la vanguardia y del surrealismo.¹¹ Lo cual sólo puede explicarse por la calidad de su poesía inscrita en los cuadros más rigurosos del hermetismo y del simbolismo en general.

II.—EL TRANSITO VITAL

José Antonio Ramos Sucre nació en Cumaná, capital del Estado Sucre, el 9 de junio de 1890; murió en Ginebra el 13 de junio de 1930, víctima de su propia soledad. Pertenecía a una noble familia del lugar. Por vía de su madre doña Rita Sucre de Ramos, descendía de la rama principal del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre. Su padre fue Don Gerónimo Ramos Martínez, en quien se dieron notas de afición intelectual. Uno de sus tíos abuelos, el Pbro. Dr. José Antonio Ramos González, —según relata Félix Armando Núñez— “había sido latinista notable y dejó una monografía interesantísima sobre “Los Gobernadores de Nueva Andalucía”.¹²

Había, pues, en la familia Ramos Sucre antecedentes formales de inclinación literaria y humanística que han debido influir seguramente en el espíritu del niño.

Su infancia transcurrió en el ambiente sosegado de la Cumaná de finales de siglo XIX. Su adolescencia despierta igualmente allí en los albores del nuevo siglo XX. La primera década del mismo fortalece su formación intelectual con sólidos cimientos en la recoleta ciudad de sus mayores. A los 20 años obtuvo el título de bachiller con notas de excelencia, cuando ya era experto en varios idiomas vivos y muertos, que había aprendido por iniciativa propia.

Su infancia no ha debido ser distinta a la de otros niños de su propia época. Sin embargo, en algo ha debido influir el apartamiento y esquividad con que daba muestras frente al halago de la compañía colectiva.

El retraimiento propio de una introversión exacerbada ha debido pesar, finalmente, en las relaciones de la amistad primera, como después, se hizo evidente en la etapa de su vida caraqueña. Hay en su obra insistentes alusiones a la infancia que bien pudieran compaginarse con la experiencia personal de aque-

¹¹Stefan Baciu. *Antología del surrealismo latinoamericano*. Editorial Joaquín Mortiz, S.A., México, 1974, p. 138.

¹²Félix Armando Núñez. *Op. cit.*, p. 9.

llos años de iniciación y definir la complejidad de su espíritu frente al proteico espectáculo del mundo.

Esas circunstancias biográficas de su niñez explicarían, por sí mismas, el carácter de aquel mundo primigenio tan persistente luego en toda su obra de escritor adulto.

Por ejemplo cuando dice, como una premonición: "Un ciprés enigmático domina el horizonte de mi infancia". (El alumno de Violante. *El cielo de esmalte*). O el señalamiento de aquella insistente materia de poesía: "Yo cultivo las memorias de mi niñez mediatubunda". (La ciudad de los espejismos. *El cielo de esmalte*).

Pero a ratos también en plano explicativo concreto, con valor de referencia personal de su conducta: "Yo no acostumbraba salir de casa en la ciudad de mi infancia". (El clamor. *El cielo de esmalte*).

Las primeras letras las aprendió en la escuela de D. Jacinto Alarcón, en Cumaná. "Según el decir de sus compañeros de entonces, —anota Carlos Augusto León— era un niño parco en el jugar y entregaba su cordialidad a contados amigos, sin dejar por ello de ser alegre. Extraordinariamente inteligente, ocupaba el primer puesto en la clase".¹³

Señala asimismo Carlos Augusto León que su tío el Pbro. Dr. José Antonio Ramos Martínez, cura y Vicario de Carúpano, jugó un papel importantísimo en la dirección humanística del primer aprendizaje de Ramos Sucre. "Atraído por el brillante talento del niño, pidió llevárselo consigo. Quería esmerarse en su adecuada instrucción". En Carúpano fue inscrito en la Escuela de Don José Jesús Martínez Mata. Pero —agrega Carlos Augusto León—: "...no era la escuela el sitio predilecto del muchacho. El tío clérigo había decidido traspasarle todo el caudal de sus conocimientos. De él recibía clases de Latín y constante instrucción general. José Antonio estudiaba. Aprendía el doble de las páginas fijadas para su estudio en cada lección. En la biblioteca del tío leía durante largas horas. Después, en la escuela, asombrábanse sus condiscipulos de cómo respondía, cuán rápido y fácil, las preguntas del profesor".¹⁴

A los 14 años comenzó estudios de secundaria en el Colegio Nacional de Cumaná, dirigido por D. José Silverio González, de quien fue ayudante "en las clases de Latín, idioma dominado por él a sus dieciséis años de edad. En aquel tiempo hizo estudios profundos de Francés, Inglés e Italiano. Comenzó a estudiar Alemán".¹⁵

Meses después de obtenido el grado de bachiller se produjo su viaje a Caracas para seguir estudios en la Universidad. En 1917 obtuvo el grado de doctor en Ciencias Políticas.

Nunca dejó de estudiar, de aprender, profundizando cada día sus conocimientos o ampliando aún más lo ya conocido con nuevas cosas: "Su biografía —comenta Carlos Augusto León— es la historia de sus innumerables estu-

¹³Carlos Augusto León. *Las piedras mágicas*, Caracas Suma, 1945.

¹⁴*Ibid.*

¹⁵*Ibid.* p. 11.

dios". Incluso hubo amigo suyo que exclamaría que "en él el saber constituía un morbo". A lo que añade Carlos Augusto León: "Su biblioteca es señal de cuanto estudió, de cuanto supo".¹⁶

"El estudio es mi único consuelo", le dijo una vez el poeta a su amigo y conterráneo Diego Córdoba.¹⁷ Esa inclinación y especie de asidero espiritual para su inquieto e inestable temperamento era manifiesto ya desde la propia niñez.

"Precoz en la sabiduría, existencia de cartujo y estoico —añade Córdoba—, difícil sería descifrar el misterio que envolvió, desde joven, el destino de aquel introvertido y nervioso venezolano, flaco de cuerpo, blanco, de ojos azules, quijotesco un poco (. . .) Clarísima inteligencia, extraordinaria memoria, ingenio agudo y voluntad de acero, estudiar, aprender, era su único consuelo.¹⁸ Concluidas nuestras tareas escolares, mientras todos los alumnos nos íbamos a los billares o a otras distracciones propias de la edad, nuestro más circunspecto compañero y el más sobresaliente en las aulas, silencioso y taciturno se dirigía a su casa, a meterse en el cilicio de su autodisciplina, y se entregaba a aprender idiomas, además del latín y el griego, el francés, el inglés y el alemán o en la rica biblioteca de su padre don Gerónimo, varón ilustre, se abstraía estudiando a los clásicos latinos, en tanto anotaba al margen de sus lecturas pensamientos, axiomas, fábulas y versos, toda cuanta noticia impresionara su espíritu desesperadamente ávido de conocimiento".¹⁹

"Lo común en él era que hasta bien tarde de la noche estuviese cerca de la palmatoria en su cuarto de desvelado, leyendo y leyendo, mientras la familia reposaba y la tranquila ciudad de los Sucre dormía apenas arrullada por las tibias brisas del Manzanares o sacudida por los fuertes vientos del mar Caribe. Podían ser los alegres días de Carnaval o de la Pascua Florida o la fiesta social en las casas amigas y José Antonio ni con eso ni con nada se separaba de sus libros. No se le veía ni aun en el templo de Santa Inés, en las grandes fiestas de la Semana Santa, tan rumbosas en Cumaná, ni se supo nunca que tuviera la inquietadora y dulce novia de provincia".²⁰

"En las horas de esparcimiento —señala Paz Castillo— no se echaba al campo a jugar con los compañeros, a bogar en el cálido mar de su Cumaná, para la cual siempre tiene devoto cariño de hijo, a nadar en el Manzanares bordeado de palmeras como un río sagrado de la India, a saltar, con el cuerpo desnudo en el agua clara de la amanecida, bajo el limpio cielo de esa Grecia tropical. Erudito desde la infancia, buscaba la soledad eglógica para leer, a hurtadillas, algún grueso volumen de historia narrativa, o alguna entretenida novela de Walter Scott o Alejandro Dumas".²¹

¹⁶*Ibid.* p. 12.

¹⁷Diego Córdoba. "José Antonio Ramos Sucre, ¿existencialista?" *Mis memorias de Caracas, del Modernismo, la Bohemia, y la Dictadura*. México, 1955, p. 123.

¹⁸*Ibid.* pp. 123-124.

¹⁹*Idem.* pp. 123-124.

²⁰*Ibid.* p. 123.

²¹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* pp. 11-12.

Otro condiscípulo de la infancia, J. A. Cova, lo recuerda, ya adulto y conviviendo en Caracas, como una verdadera excepción en el grupo de escritores venezolanos de su época, tanto por su cultura clásica como por el simbolismo de su poesía. "Parecía un monje laico", "se reconfortaba en la soledad. Desdeñaba la multitud y jamás llegó a mezclarse en ella. El número de sus amigos fue siempre reducido. Intimidades no tuvo con nadie. Ni con los miembros de su familia. Era el gran solitario. Daba la impresión de una isla reducida, en pleno océano, sin vegetación, azotada por frecuentes tormentas (...) Muy niños, en nuestra Cumaná nativa, le vimos pasar por las calles, siempre monologando, con un libro en la mano. Allá tampoco se prodigó a nadie. Vivía "metido de cabeza" en la biblioteca que heredara de su tío, el gran humanista cumanes presbítero Ramos Martínez. Sus primeros días de juventud los pasó encerrado en esa biblioteca donde comenzó —sin maestros— su formación intelectual. Era el perfecto autodidacta, que sin ayuda de vecinos se daba todos los días sus propias lecciones".²²

Carlos Augusto León apunta igualmente que era "Un muchacho ingenioso y recatado, con escasos amigos; no exento, sin embargo, de alegría. Siempre estuvo más cerca de las letras, más lejano de los hombres. Una insaciable curiosidad científica y filosófica lo lanzaba sin cesar hacia la atmósfera tibia de los salones de estudio, hacia los libros innumerables, hacia el misterio de las lenguas extrañas, donde más adelante entraría con la llave del Griego y del Latín, suerte de 'santo y seña' a la puerta de los idiomas desconocidos. Si alguien le echaba en cara su deficiencia en el estudio de las Matemáticas, se daba a luchar con ellas, hasta alcanzar su dominio. La historia le abrió un panorama fantástico. Y toda su iniciación fue al lado de aquel clérigo, bajo el signo, precisamente, de lo ascético; bajo el dedo levantado de su maestro católico. La sed de saber, impulsada por un claro talento y una magnífica memoria, se unía, en aquella infancia de sabio, al Latín lejano en la historia; a una erudición, como la del tío, llena de cristiano sentimiento de desprecio para lo terrenal e inmediato. Así comenzó una vida trágica y solitaria, cuya mayor alegría estaba en aumentar el saber, en triunfar cada día sobre una nueva fiera de misterio erguida ante él, conquistando la blanca flor de un nuevo conocimiento. Y en él se cumplió lo de: "Quien añade ciencia añade dolor", dicho ha tanto tiempo por el Rey sabio y cansado".²³

Su prologuista de *Obras*, publicada en 1956 por el Ministerio de Educación, se manifiesta en parecidos términos a los anteriores cuando reconstruye esa etapa de su formación.

"Todos los testimonios coinciden —dice— en que José Antonio fue un niño extraordinariamente precoz y como ocurre en estos casos no tuvo en verdad infancia. Oía ávidamente a los mayores, parientes y maestros; estudiaba sin descanso y aprendía con facilidad pasmosa. Su amor al latín y a las lenguas

²²J. A. Cova. *Bocetos de hoy para retratos de mañana*. Madrid-Caracas, Jaime Villegas, editor, 1953, pp. 205-206.

²³Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 18.

clásicas en general y a las culturas madres aparece como una doble consecuencia del ambiente y el talento de privilegio”.²⁴

Luis Correa lo evoca, sentimental, en el trance doloroso de su muerte: “Me acostumbré a quererlo desde el día en que, rompiendo vallas a su carácter, en la codiciada soledad en que aspiró a vivir desde niño, me ofreció su amistad, toda ímpetu cordial, noble y señera como el abolengo cumanáes que decoraba su gentilicio (. . .) Su educación, según él mismo solía referirme, fue una protesta airada, viril y sostenida, contra los cambios intelectuales y sociales que se operaban en la recatada ciudad de su nacimiento. Detestó las cosas transitorias; buscó en el pasado las lecciones permanentes de energía, de amor o de belleza, que pudieran servir al alto concepto de justicia que jalonó su vida ciudadana”.²⁵

“ . . . Fue así como se hizo, por propia voluntad, a esfuerzos que al fin quebrantaron sus nervios exasperados, el primer humanista con que contaba en el día nuestro país. No era el afán de lucro el que guió sus pasos por esta senda fatal (. . .) Y en esto estriba la avasalladora fuerza de su personalidad. Armonizó su vida con sus sueños; sembró en su propia entraña la simiente de sus ideales; huyó del tráfico vulgar, no del pueblo; al que amaba como reserva de intactas energías”.²⁶

Su llegada a Caracas en 1911, cuando contaba apenas 21 años, va a señalar otra etapa fecunda de su vida, de su saber y de su inteligencia.

Trae el propósito de seguir estudios de derecho en la Universidad Central. Detrás de sí deja el hondo y paciente aprendizaje urdido a la sombra venerable de su Cumaná nativa. Va a enfrentar, con riesgo calculado, otras contingencias especiales.

“Su carrera universitaria fue accidentada, a causa de inesperados sucesos”.²⁷ En efecto la Universidad cierra sus puertas, a causa de la peste bubónica que por entonces azotó al país. “La clausura de la Universidad Central decretada y mantenida por la dictadura de Juan Vicente Gómez lo sorprendió cuando cursaba el Segundo Año”.²⁸ Esto significó una prueba más para su aguda inteligencia y su autodidactismo. Fue cuando se decidió a estudiar por su cuenta las materias del curso académico de derecho, lo que hizo en forma admirable logrando luego “rendir después de tres semestres los exámenes correspondientes a tres años y graduarse en 1917 de Doctor en Ciencias Políticas”.²⁹ Paralelamente profundizó sus estudios de idiomas, agregando a los ya conocidos, el portugués, el sueco, el danés y el holandés, y se dio con pasión irrefrenable al logro de un conocimiento literario, extenso e intenso, que sirviera de fundamento a la obra en ciernes, concebida como una totalidad de la expresión. El estudio, el saber, continuaba dominando su complejo mundo intelectual.

²⁴Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 10.

²⁵Luis Correa. *Terra Patrum*. Biblioteca Popular Venezolana, n° 79. Ediciones del Ministerio de Educación. Caracas, 1961, p. 421.

²⁶*Ibid.* p. 422.

²⁷Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 10.

²⁸*Idem.*

²⁹*Ibid.* p. 11.

Así el Ramos Sucre de sus primeros años en Caracas se nos presenta como “el estudioso joven”, a que alude el sabio Lisandro Alvarado cuando hace su presentación en las páginas de *El Cojo Ilustrado*, para dar a conocer una brillante traducción hecha del Latín. Es entonces cuando profundiza su versación autodidacta, iniciada en los años de la niñez y la adolescencia. Lo cual lo hizo más seguro de sí mismo, ciertamente, y alimentó el impulso genésico de su obra, pero, al propio tiempo, contribuyó para asegurar aún más su aislamiento del ambiente que rodeaba su vida y su obra.

Al mismo tiempo que lo hacía en la Universidad, ingresó en los cuadros de la docencia, obligado de una parte por las estrecheces económicas que se cernían sobre su vida familiar, y por la otra movido por la inclinación vocacional a esas áreas del tráfico intelectual. Su carrera profesional del derecho no llegó a ejercerla nunca, tal vez porque no congeniaba esa práctica con su temperamento, que lo llevó a excluirla totalmente de sus preocupaciones cotidianas, entendiéndolo que limitaba el vuelo de su espíritu vinculado a otros solemnes y nobles pactos de carácter humanista. Sin embargo, hay un dato curioso recogido por la Profesora Sonia García, —quien preparó la cronología para el presente volumen de la Biblioteca Ayacucho— el cual demuestra que en el año 1918, por el mes de julio y recién egresado de las aulas universitarias, Ramos Sucre ejerció el cargo de Juez Accidental de Primera Instancia en lo Civil del Distrito Federal. Fue muy comentada su actuación por una sentencia de divorcio que dictó y en la cual plantea un novedoso criterio sobre el abandono voluntario, en relación al estatuto personal extranjero en la aplicación del Derecho Internacional Privado. El doctor Lorenzo Herrera Mendoza, famoso internacionalista, cita el caso y destaca la importancia de la sentencia en referencia. Con todo, es un hecho aislado que no contradice la generalidad de la conducta mantenida por el poeta en cuanto a su poca afección por la actividad profesional del derecho.

Ejerció cátedras en el Liceo Sucre y en el Museo, dictó Historia y Geografía Universal y de Venezuela en la Escuela Normal de Maestros de Caracas, regentó otra en la Academia Militar y por último asumió las de Latín y Griego en el Instituto San Pablo y más tarde en el Liceo Andrés Bello. Trabajó, igualmente, durante catorce años como traductor e intérprete en la Cancillería venezolana, donde rindió servicios de alta excelencia profesional.³⁰

El período de su actividad literaria se encuadra en esos mismos años de su vida en Caracas. Desde su llegada comienzan sus contactos con los principales centros literarios de la capital y su amistad con los escritores más significativos del país para la época. Empieza, también, su labor creadora, de tónica muy particular, publicando en las principales revistas literarias y órganos de opinión de Caracas. Su nombre aparece con alguna frecuencia en *El Cojo Ilustrado*, publicación a la que tuvo acceso apadrinado por la buena voluntad del sabio don Lisandro Alvarado, quien le distinguía con su amistad, según hemos apuntado.

³⁰*Idem.*

Alternando su actividad intelectual con la docencia y el trabajo en la Cancillería como traductor, pronto se hizo de prestigio literario en los estrechos círculos capitalinos de la época. Pese al retraimiento de que se le acusa con frecuencia y su afección al goce creador de la soledad, en que parecía solazarse, no rehuyó en ningún momento la compañía de sus contemporáneos y se le veía asiduamente departiendo y compartiendo con ellos —en medio de la más franca polémica— de las artes, la literatura y la cultura del estrecho medio caraqueño de entonces.

Ha habido mucho de fábula en el señalamiento de la hosquedad y apartamiento de Ramos Sucre. Era, ciertamente, un espíritu sensible poco dado a la efusión y al goce externo, pero ello no impedía su participación en las lides requeridas por el contacto necesario con la gente de su misma estirpe intelectual.

Su etapa caraqueña es rica en experiencia de toda índole y la que definitivamente va a conformar, con características inestimables, la obra literaria que por esos mismos años comienza y lleva a cabo, agobiado, sin embargo, por el terrible drama individual de su insomnio.

J. A. Cova dice encontrarlo por entonces en las aulas del Liceo Andrés Bello, donde ambos regentaban cátedras. “Por las noches, porque era insomne, después de su charla habitual con los dos o tres amigos de siempre en la Plaza Bolívar, se daba a noctivagar por toda Caracas, desde la Plaza del Panteón hasta San Juan y desde la Plaza de Candelaria hasta la Estación del Ferrocarril inglés.

Cuando estaba rendido de cansancio ensayaba entonces dormir dos o tres horas. Muchas veces le sorprendimos muy de mañana en la Plaza del Panteón, donde había amanecido, “sin poder pegar los ojos”, después de haber abusado del cloral y todos los sedantes imaginables”.³¹

Sus correrías nocturnas por las calles caraqueñas, acuciado por la sombra impenitente del insomnio, darían pábulo para hacer más valedera la opinión singular de aquel espíritu en busca del sosiego íntimo. Con todo, Ramos Sucre —fuera del círculo apretado de su creación— no evidenciaba flaquezas frente al mundo y se mostraba dispuesto a cultivar el trato asiduo de la amistad, como una compensación necesaria a ese fuego, interior y profundo, que lo devoraba.

III.—PERFIL DEL HOMBRE

¿Cómo era Ramos Sucre? ¿Cuáles eran los rasgos dominantes de su personalidad? ¿Cómo lo vieron sus contemporáneos y amigos?

El más conocido y difundido retrato del poeta nos brinda una magnífica posibilidad de acercamiento a su perfil. Desde allí sobresale una mirada pertinaz,

³¹J. A. Cova. *Op. cit.* pp. 205-206.

atrevida, tal vez inquisitiva. Una mirada particular, intensa, de robusto desafío, que arroja y define la totalidad del rostro. Son los ojos, de acerado brillo, los que dominan desde el fondo de la noble figura. La frente es despejada, bajo el poblado cabello que la escuda. La nariz, aguileña, la boca pequeña y apretada, el mentón saliente, de imperiosa suavidad.

De este rostro así dibujado, resuelto, victorioso, sereno, emerge la sombra de una sutil tristeza, de un melancólico reclamo de no se sabe qué ocultas vibraciones interiores.

Plasmada queda la cabeza en valiente desafío, el mismo que lo conducirá a la aventura de un vivir de inconformidad y desdicha. Tal será el proceso de su severo tránsito existencial.

Sus alumnos de la época lo evocan con afecto y admiración y diseñan un perfil humano y caracterológico del poeta, en términos reverenciales.

Félix Armando Núñez lo recuerda de este modo: "Como alumnos de la Escuela Normal de Caracas en 1913, plantel a la sazón reabierto, conocimos a Ramos Sucre entonces de 23 años de edad. Era nuestro Profesor de Historia y Geografía de Venezuela en ese establecimiento, donde sólo alcanzamos a estudiar seis meses (. . .) Lo recordamos como a uno de los mejores maestros que hemos tenido a lo largo de nuestra vida. Mediano el porte, tronco recio, ancha la espalda, la cabeza poderosa y estatuaria, en sus ojos, pequeños, azules y penetrantes la mirada era de fuego y abismo, de concentración y misterio".

"Sus lecciones de historia patria dichas en lenguaje sencillo, nervioso, plástico, de perdurable eficacia, vibraban con recio dramatismo, ni antes ni después conocidos de nosotros en la comunicación entre profesor y alumno (. . .) Fulgurante imaginación retrospectiva, verbo disciplinario y elocuente, pasión de maestro, profundidad de pensador y sociólogo, amor ardiente de lo heroico, romanticismo juvenil a tono con nuestra adolescencia, todo se juntaba allí para aguardar la clase como un milagro repetido".³²

De parecido talante es el trozo rememorativo, con profundo calor humano, que nos trazó Carlos Augusto León en su admirable trabajo biográfico y crítico sobre el personaje:

"Aquel hombre menudo, siempre báculo al brazo, entraba calladamente al salón, tomaba asiento y comenzaba la clase. Extraña clase de lenguas muertas, cruzada por imágenes y anécdotas en nada referentes al Griego y al Latín, sobre mil distintos temas y personas. Hablaba pausado y solemne, el índice levantado en ademán doctoral, levemente sonreído".

"Pero sobre todo esto, recordaremos siempre aquellos ojos suyos, siempre entrejuntos, obligando el ceño a la perenne arruga, como si estuviesen ante una cegadora luz. Ojos claros, semiocultos en toda hora por aquel gesto abrumado. Ojos ante un constante y encendido arsenal invisible, y en armonía con la voz al parecer venida de lejos, en lucha contra un gran ruido.

Era, sin duda, diferente del común de los profesores".³³

³²Félix Armando Núñez. *Op. cit.* pp. 8 y 9.

³³Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 7.

Fue, finalmente, como recuerda Enrique Bernardo Núñez, “sólo un poeta que cultivaba su dolor con alegría. El dio todo lo que sabía y amaba, todo lo que pensó y fue capaz de sentir con impulsiva sinceridad. Por esto relegó la ironía al más apartado rincón de su castillo interior. Si acaso, la visitaba mientras recorría sus moradas en la alta noche, cuando en la vigilia habían surgido ya los pensamientos e imágenes de su contemplación. O quizás era una amada imposible. A su puerta él permanecía en pie como aquel príncipe rebelde apoyado en el ensueño”.³⁴

Por eso se trata más bien de una leyenda, alimentada por su vida de solitario y su empecinado divorcio de la realidad, la de su aislamiento e incompreensión del medio caraqueño para el momento más propicio de su creación poética. Afanoso usufructuario de la soledad, el poeta no fue totalmente un aislado e incomprendido. En su vida tuvo más de un testimonio de fortalecida amistad que él cultivó con esmero y fruición de compañero mayor. Ocurrida su muerte, el coro de las voces que se levantaron para llorar su desaparición, dejó constancia del arraigo, del respeto y de la admiración que su vida y su obra habían dejado en el grupo de sus contemporáneos.

“Le acompañaron por igual —dice Carlos Augusto León— la admiración y el cariño de un pequeño grupo de amigos y la incompreensión de muchos”.³⁵

No fue ni podía ser, por la índole de su poesía, un autor de amplia audiencia colectiva. De allí que sus versos no alcanzaran la vertiente popular que muchos se afanan por conseguir, a veces inútilmente. No eran sus propósitos halagar a la multitud ni saborear el tiempo de la apoteosis de las masas. Labraba con esmero y pasión su poesía, para algo más que el simple goce o disfrute de lo sentimental o del banal halago de las mayorías. Fue, ciertamente, un poeta de élite, de minoría, a cuya obra se accede mediante un proceso de acercamiento vital, cercanía rodeada por el misterio y la fantasía. Pero ello no fue obstáculo para que espíritus afines consagraran, con elogio bien sentido, su estirpe de poeta singular.

“Era Ramos Sucre querido y admirado por sus amigos, por sus compañeros de letras. Aunque no, desde luego, comprendido, por muchos otros”, expresa Carlos Augusto León.³⁶

Y Rafael Angel Insausti anota, con respecto a la publicación de *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*, que “no fueron acogidas con el entusiasmo y mucho menos con el dítirambo que tanto se prodiga en Venezuela. . .”.

“Irresponsabilidad frecuente en nuestros órganos de prensa, es la de juzgar en materia que se ignora del todo. *Cultura Venezolana*, sin sospechar siquiera el valor lírico de esos libros, se limitó a afirmar que sus páginas no tenían ilación, y, que en ellas el autor atendía, más que a la idea, a la forma como debía ex-

³⁴Enrique Bernardo Núñez. *Escritores venezolanos*. Ediciones del Rectorado. Universidad de Los Andes. Mérida, 1974, p. 215

³⁵Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 13.

³⁶Carlos Augusto León. Artículo citado.

presarla. Así andaba en punto a teoría literaria el crítico de aquella revista, innegablemente meritoria entre cuantas hemos tenido”.³⁷

Pero la incomprensión que pudo haber en torno a sus poemas —y que en alguna forma resintió su espíritu sensible— no alcanzó nunca el grado del rechazo ni el de la postergación o el aislamiento.

Ya nos hemos referido a aquella manifestación, parca, entrañable, de Luis Correa al ocurrir su muerte: “La muerte de Ramos Sucre me ha sumido en un auténtico dolor. . .”³⁸

O aquella otra, de mayor profundidad, escrita por Augusto Mijares: “Poeta en prosa y como tal ininteligible y molesto para los burgueses que no acceden a aventurarse en el torbellino lírico sino cuando han sido precisamente advertidos por la apariencia de los renglones cortos (. . .) Poeta que convive con los personajes de Dante, Shakespeare y Homero, y siente y quiere afirmar que ellos tienen una realidad más cierta y más legítima que la del transeúnte callejero”.³⁹

Fernando Paz Castillo, a su vez, exclamaría en *El Universal* del 28 de junio: “Forjó un mundo en el cual vivió, acaso contertulio dicaz de personajes aún no transpuestos a su obra”.

IV.—LA EPOCA, LA CIRCUNSTANCIA

Variadas tentativas se han dado para ubicar históricamente la vida y la obra de Ramos Sucre, tratando de explicarlas, como un hecho sociológico, dentro de las coordenadas de tiempo y espacio propias del momento. Se ha intentado hacerlo ya en forma explícita o alusiva. Es decir, se ha buscado integrarlo al proceso de la cultura venezolana y al ambiente político y social que se desarrolla en Venezuela en el lapso apretado de las tres primeras décadas del siglo.

Creo que es válida y necesaria esta confrontación histórica, sin que ella signifique, por sí misma, una instancia definitiva para la valoración estética de Ramos Sucre, sino tan sólo como un aporte referencial que, dentro del marco existencial del tiempo respectivo, restablezca las líneas de un entendimiento de cómo y por qué se produjeron ciertas determinantes características en el contexto ideológico y estético del autor.

De tal modo, hay que convenir en que la vida y la obra de Ramos Sucre se enmarcan en muy precisas coordenadas históricas del país. Ellas influyen decisivamente en la consideración crítica de su poesía. Cuando llega a Caracas en

³⁷Rafael Angel Insausti. Prólogo a *Los Aires del Presagio*. Monte Avila Editores. Caracas, 1976, p. 10.

³⁸Luis Correa. *Op. cit.*

³⁹Augusto Mijares. “La poesía de José Antonio Ramos Sucre”, *El Universal*, 15 de junio de 1930.

1911, a los 21 años de edad, apenas comienza la larga y sombría dictadura de Juan Vicente Gómez, que va a dominar al país más allá de la muerte del poeta. ¿Cómo no verse reflejar en la naturaleza de sus poemas, aun cuando sea indirectamente, el peso ineluctable de este proceso de desgarramiento interior que acongoja el espíritu de los intelectuales de la época?

Por eso, Félix Armando Núñez dirá que Ramos Sucre “no sólo es hijo de su tiempo en el sentido de la cultura cosmopolita, sino también y de manera más inmediata y restringida, el paciente de su época venezolana. Es decir, de la etapa ominosa en que se mantiene la más cruel dictadura que haya conocido el mundo de Colón: la bárbara autocracia de Juan Vicente Gómez”.⁴⁰

Angel Rama encuentra, asimismo, que “es inevitable partir de un marco histórico que corresponde a la coerción que sobre la vida intelectual implicó el período gomecista”.⁴¹ En ese mismo marco histórico, en ese ambiente se desarrolló la obra literaria de Ramos Sucre. Difícil sería pensar, por eso, que en su poesía no se encuentren huellas de ese pesado fardo de angustiosa inminencia diaria sobre el espíritu del creador.

“Vivió —nos dice Carlos Augusto León— cuando, en Venezuela, no encontraban las ideas campo para su libre intercambio, campo donde cruzarse e integrarse, donde probar en limpia lucha su valor”. Por eso, cuando “consideramos la vida y la obra de este hombre” tendrá que tomarse en cuenta, primordialmente, “ese ambiente pesado y tensamente negativo de la dictadura”.⁴²

“Bueno es anotar —aclara el mismo autor— cómo, en ninguna ocasión, brotaron de los labios de este poeta culto y solitario, palabras de aplauso ni asentimiento para la tiranía. Sus discípulos recordamos, por el contrario, sus finas ironías, dardos lanzados contra el régimen desde *La Torre de Timón*. Y por pedir “un Ejército de la Nación” y no de un hombre, sufrió prisión, según se me ha dicho”.⁴³

Sobre estas circunstancias el mismo Carlos Augusto León dice en otra parte de su libro: “Alcanzó mayoría de edad cuando se iniciaba la tiranía de Gómez. El ambiente corrompido y brutal lo confirmó cada vez más, sin duda, en su voluntad de apartamiento”. A lo cual se agrega una justa reflexión sobre el carácter del intelectual y de su obra cuando no se tiene actitud beligerante: “No tenía la fuerza de quienes combaten con las armas en la mano, pero no era tampoco de quienes alaban al déspota y venden su dignidad. Llevaba altivamente, con aquel aire de sacerdote de un culto perdido, el peso de un ambiente ayuno de estímulos para estudios como los suyos; el peso de un ambiente donde se destacaba su curiosa manera de ser y de vivir, y el cual señalaba con el dedo solitario”.⁴⁴

⁴⁰Félix Armando Núñez. *Op. cit.*, p. 14.

⁴¹Angel Rama. *El universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre*. Imprenta de la Universidad de Oriente. Cumaná, Estado Sucre, p. 14.

⁴²Carlos Augusto León. *Op. cit.*, p. 49.

⁴³*Ibid.*, p. 50.

⁴⁴*Ibid.*, pp. 18 y 19.

Todo lo anteriormente expuesto nos lleva a considerar que cualquiera sea el enfoque crítico que se haga de la obra de Ramos Sucre, no podrá pasarse por alto el tiempo histórico en la cual esa obra se realiza. En ese tiempo se imponen las condiciones alienantes de una política del terror, las torturas y las persecuciones contra los enemigos del régimen encabezado por el tirano Juan Vicente Gómez. "La literatura de Ramos Sucre será una de sus manifestaciones más trágicas", dice Víctor A. Bravo.⁴⁵ La generación de Ramos Sucre que padece esa terrible experiencia del gomecismo, es una generación condenada al sacrificio y a encerrarse en el cultivo aséptico de la literatura, porque la literatura no es siempre campo propicio para la beligerancia política, sobre todo cuando las armas que se tienen a mano para el enfrentamiento no son las más adecuadas para una lucha de esa naturaleza. Aun cuando se corra el riesgo de que la posteridad juzgue como un signo de pasividad el que el escritor se consagre a la obra literaria, con un virtual desentendimiento de su realidad externa, como fue el caso de Ramos Sucre. Por eso, su generación no pudo ser otra que la del desarraigo y la evasión.⁴⁶ Y dentro de esa generación, "Ramos Sucre es el (otro) desesperado que se construye un lugar imaginario para hacer un inventario de su desesperación (...) (Así) Ramos Sucre marcará una separación del mundo y una constancia de rostros y lugares seductores y desconocidos. El poeta se convierte aquí en un receptor de vivencias colocado fuera del escenario (...) para ver, para oír el espectáculo con deseo, y luego apartarse".⁴⁷

Sin embargo, a su llegada a la capital todavía se alimentan esperanzas de cambios favorables, sustituido como ha sido el grotesco régimen de Cipriano Castro por otro que se anuncia con signos de transformación positiva. Es la época de *La Alborada*, de Rómulo Gallegos y sus compañeros de combate literario. Pero pronto la efímera esperanza sería sustituida por la más cruda realidad: un gobierno tiránico como pocos había tenido el país en su historia, se entroniza en el poder.

La Caracas a la que arriba el poeta es todavía una ciudad de corte provinciano, de gratos recodos poblados por el aliento de la tradición, de casas y gentes propicias a la amistad y al recogimiento.

Como dice Carlos Augusto León —el más versado y comprensivo biógrafo del poeta— era una "Caracas pequeña, con el centro urbano de viejas casonas, en Altagracia, donde estaba el colegio. Una Caracas todavía del peatón, que se podía recorrer sin prisa ni sobresalto".⁴⁸

Ramos Sucre va a estar en tensión permanente entre la ciudad apacible y el peso ignominioso del ambiente político. Así va a transcurrir la mayor parte de su vida caraqueña. Entre esos extremos va a realizar lo más definitivo y profundo de su obra, estimulado por la enfermiza niebla de su insomnio.

⁴⁵Víctor A. Bravo. "Ramos Sucre: la escritura como itinerario hacia la muerte". *Revista de Literatura Hispanoamericana*. Universidad del Zulia. p. 96.

⁴⁶*Ibid.* p. 97.

⁴⁷*Ibid.* p. 98.

⁴⁸Carlos Augusto León. Artículo citado.

“Sabía yo que José Antonio Ramos Sucre, al igual de infinidad de nuestros contemporáneos, no descollaba por la normalidad de sus nervios. Debido a eso tal vez, cuidaba mucho de su salud, rehuía el alcohol; ajustaba su vivir a prácticas de estricta regularidad. El aseo y la pulcritud de su persona, en época señalada por la mugre de la bohemia, llamaban la atención del corto círculo de sus amistades. Apasionado de la conversación intelectual, múltiples veces caminamos juntos desde la Plaza Bolívar hasta mi residencia de entonces en la esquina de El Guanábano, devanando reducidas, humildes madejas de sociología o de historia vernáculas... Nuestro palique se aventuraba igualmente, de tiempo en tiempo, a los cercados de la literatura, repartiendo alabanzas y desalabanzas a diestra y siniestra. Ramos Sucre propendía a la afirmación rotunda, categórica, no obstante su grande amplitud de criterio”.⁴⁹

En el plano literario que le toca abordar, Ramos Sucre advierte los signos contrapuestos de un vigoroso criollismo, apuntalado por doctrinas y realizaciones vehementes, sobre todo en el mundo narrativo, la vigencia, todavía importante de un modernismo a la venezolana, en prosa y verso, y el repunte entusiasta de los ensayistas del positivismo nacional. En poesía aún repercute y alienta el mensaje nativista de Lazo Martí, la brava posición estética de Rufino Blanco Fombona, el aliento terrígeno de Alfredo Arvelo Larriva, tratando de conjugar su ambición modernista con los trazos de una realidad convulsionada y caótica como la venezolana, y la rítmica, limpia y majestuosa entonación fidedignamente modernista de José Tadeo Arreaza Calatrava. Este y Arvelo Larriva encabezan el movimiento modernista en Venezuela, para la época, con dos connotaciones verdaderamente singulares. En la narrativa se dejan escuchar los ecos tardíos del modernismo de Manuel Díaz Rodríguez, la grata resonancia y el dibujo colorista de Pedro Emilio Coll, junto al despertar de la palabra íntima y evocadora de Teresa de la Parra, el arrebató testimonial y agrio de José Rafael Pocaterra y el caudal de la prosa venezolanista de Rómulo Gallegos.

El Cojo Ilustrado recoge las últimas manifestaciones del ensayo que se abrió a otros aires más universales desde la prueba inicial de los años finiseculares del 900. Gil Fortoul, César Zumeta, Pedro Manuel Arcaya, Vallenilla Lanz, Lisandro Alvarado, Pedro Emilio Coll, Pedro César Dominici, destacan en la abigarrada y polémica tribu.

Hay tentativas para tratar de resolver armónicamente las tendencias en pugna. En una encuesta realizada en 1905 por *El Pregonero* sobre el criollismo, se da un testimonio difícil de pasar por alto. Es el del citado poeta Alfredo Arvelo Larriva, quien defiende la posibilidad de un arte que combine sin desmedro las posiciones aparentemente antitéticas de criollismo y modernismo, expresión del cual su misma poesía podría ser un ejemplo.

Al efecto escribía:

“En Venezuela hay criollismo y “criollismo”. Comprendo y amo aquél, cuya tendencia literaria es recoger y fijar en versos y prosas las multiformes

⁴⁹Eduardo Arroyo Lameda. “Un admirador recuerda”. *Papel Literario de El Nacional*, 14-VI-1970.

manifestaciones de nuestra compleja alma nacional; encarnar en prosas y versos el alma de los paisajes y de los seres criollos. Abomino el otro, fotógrafo —ni pintor siquiera— de seres y paisajes”.

“Creo que la moderna factura artística es la más propicia a la expresión del criollismo también artístico. De tiempo atrás he pensado siempre que Venezuela tendrá literatura nacional, bella y fuerte, el día en que de modernismo y criollismo sea hecha una sola literatura. Y, a propósito: ¿no podría llamarse bien *neo-criollismo* esa fusión?”⁵⁰

Ramos Sucre va a estar por encima de esas diferencias, se va a desentender de esa polémica localista e inmediata y va a buscar por otros rumbos el norte de su obra literaria. Sus antecedentes más próximos no estarán, por eso, en las inmediaciones de la literatura nacional de la época, sino que se abrirán a otros aires más profundos y misteriosos, más llenos de un presagio mayor, hermanado con su desgarramiento interior.

Mariano Picón Salas resume en pocas líneas dentro del contexto histórico de su tiempo, el quehacer fecundo de aquellos escritores surgidos a la sombra del positivismo y entre el fragor de la batalla modernista iniciada por Rubén Darío. “Si no tuviera otros méritos la generación modernista y no le debiéramos libros tan deleitosos como *El Castillo del Elsinor* y *Palabras*, de Pedro Emilio Coll, o *Peregrina o el pozo encantado*, de Díaz Rodríguez, diríamos que ella inicia en nuestro país una época de más elaborada especialización literaria, que la Literatura se lanza a vivir su gozosa vida propia, liberándose de lo que le era superpuesto y separando los géneros. Por comprensible reversión, el propio cosmopolitismo modernista servirá para descubrir mejor la atmósfera de nuestra tierra. Pocos países de Hispano-América ofrecían a comienzos del Siglo xx un grupo de prosistas de tan variada y rica personalidad como Gil Fortoul, Zumeta, Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Rufino Blanco Fombona. Esto sería una República platónica si no existiera Juan Vicente Gómez, dijo de ellos y por ese tiempo Francisco García Calderón”.⁵¹

Luego es la referencia a la generación siguiente, separada de la primera por pocos años, y la cual presenta tres maestros del arte de contar: Rómulo Gallegos, José Rafael Pocaterra, Teresa de la Parra. “Suma de la más diversa y rica venezolanidad serán —mientras dure nuestro país— *Doña Bárbara*, *Canaima* y *Cantaclaro*; las *Memorias de un venezolano de la decadencia* y los *Cuentos grotescos*, *Ifigenia* y *Memorias de Mamá Blanca*. ¡Cuántas y varias líneas del carácter nacional, de lo que con la palabra de Américo Castro llamaríamos la “vididura” venezolana, se disparan desde la fuerte objetividad de Gallegos, de su pupila de brujo adivinador, pasando por el sarcasmo y el agrio expresionismo de Pocaterra, hasta el fresco lirismo, la confianza y la ternura de nuestra Teresa del Avila! (...) En tan magníficos y contrarios li-

⁵⁰Alfredo Arvelo Larriva. “Sobre el criollismo”. *El Pregonero*. Caracas, 2 de enero de 1905.

⁵¹Mariano Picón Salas. *Dos siglos de prosa venezolana*. “Entre prosistas venezolanos”. (Introducción). Ediciones Edime. Caracas, 1964, pp. IX y X.

bros, Venezuela está clamando, a la vez, su esperanza, su utopía, o sus horas de frustración".⁵²

En estos precisos momentos y con tales antecedentes a la mano es cuando se hace presente la figura y la obra inicial de Ramos Sucre, que luego va a integrar, en definitiva, su libro *La Torre de Timón*. Mariano Picón Salas contraponen los autores mencionados a la apartada creación del poeta cumané y adelanta el juicio, digno de meditar, acerca de la filiación entre los textos de Ramos Sucre con *las ficciones* del argentino Jorge Luis Borges. "Al lado de estos maestros —dice Picón Salas— se margina una obra, breve de páginas, hermética a veces de significado en la que el arte de la prosa traspasa las más nocturnas comarcas de la poesía, como la de José Antonio Ramos Sucre. Es la comarca casi tenebrosa de sus sueños, en su desolada fantasmagoría, una especie de Gerardo de Nerval del gran Romanticismo que no tuvimos. En rigor estilístico, erudición trocada en arte y extraña confluencia de elementos fantásticos, parece Ramos Sucre un extraño y casi desconocido precursor del gran argentino Jorge Luis Borges."⁵³

De tal forma, las dos primeras décadas del siglo poco dejaron al poeta en su búsqueda afanosa. Su formación venía de muy lejos y a ello lo ayudaba su versación humanística, iniciada incipientemente en sus tareas de escolar brillante en la lejana Cumaná de su infancia y adolescencia, y robustecida más tarde en la práctica diaria de sus afanes literarios en Caracas.

Asistirá, eso sí, a una nueva experiencia que apunta, a partir de 1920, en el empuje transformador de la generación del 18, a la que pertenece cronológicamente, pero de la cual se separa por una distinta orientación formal y emocional. Culminará esa experiencia en las tendencias más audaces de la lírica que emprende el movimiento vanguardista en Venezuela en los años que, entre 1920 y 1930, son decisivos en la culminación de la obra poética de Ramos Sucre, con sus dos últimos libros, *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*. El poeta, sin embargo, fiel a esa visión más universal del mundo que lo alienta, sin dejar de comprender los propósitos, razones y realizaciones de la vanguardia, a la cual presta su simpatía colaborando en el primero y único número de *válvula*, no se deja arrastrar por la euforia y entusiasmo de las jóvenes huestes. Frente a ellos como frente a toda otra corriente, pasada o presente, trata de definirse con singularidad y soberanía propias. Domingo Miliani observa a este respecto que "Esa visión universal del mundo se manifiesta literariamente en un rechazo al pintoresquismo y al neocriollismo solapado en expresión de vanguardia". Habrá sin embargo, "algunos como Padrón y Frías que intentarán conciliaciones. Otros rompieron francamente e ironizaron el color local". ¿De dónde venían esos propósitos y esas intenciones? El ensayista encuentra que "sus antecedentes se hallan en dos escritores cronológica-

⁵²*Idem.*

⁵³*Idem.*

mente anteriores a la vanguardia: José Antonio Ramos Sucre y Julio Garmendia".⁵⁴

Tal vez el único espíritu afín por entonces, equiparable a Ramos Sucre, es el de Salustio González Rincones, aquel poeta desgarrado e inconforme de parecido signo trágico, en perenne vigilia, también incomprendido y silenciado en su tiempo y más tarde por las generaciones posteriores, que ahora ha sido objeto de una revaloración crítica con la *Antología Poética* publicada por Monte Avila y la magnífica introducción de Jesús Sanoja Hernández, en un homenaje o rescate del poeta que se anuncia, muchos años antes de su aparición, como un abanderado de la vanguardia venezolana. Salustio González Rincones formó parte del Grupo "La Alborada", con Rómulo Gallegos, Julio Rosales, Henrique Soublette y Julio Planchart; pero ni sus compañeros y amigos de entonces ni los círculos literarios de la época caraqueña adivinaron y comprendieron la validez y trascendencia de su obra poética y lo dejaron ir a su autoexilio como un desconocido "cuando Juan Vicente Gómez inauguraba impredecible dictadura y los dogmas de Bellas Artes chocaban contra un ardor juvenil que todo lo quería hacer a campo abierto, desde la pintura hasta la discusión sobre la política oficial (. . .) Y siguió como un desconocido, a pesar de haber estremecido a Caracas con su drama *Las Sombras* (. . .) Y volvió, muerto y desconocido, a bordo del "Caribia", en 1933".⁵⁵

Dentro de su generación cronológica, la llamada generación del 18, sólo dos poetas señalan una cierta aproximación estética a Ramos Sucre. Ellos son Enrique Planchart y Luis Enrique Mármol. En Planchart es visible un desasimiento de lo regional, que no es propiamente enfrentamiento sino fuga, inconformidad, rechazo del folklorismo y del nativismo anecdótico, al propio tiempo que se distancia, con reposado desacuerdo, de las fórmulas decadentes del modernismo. Su búsqueda de un sentido universal del poema es otra prueba de esta cercanía intemporal, fundamentada en una sensibilidad afín. En Mármol es notoria la coincidencia en aspectos fundamentales como su insistencia en una especie de pesimismo enfermizo, que nutre sus páginas poéticas de un desgarrado acento personal y su rechazo permanente de la realidad circundante, por otra realidad, a imagen y semejanza de su propia fantasía. El otro rasgo de la aproximación viene dado en el campo de la referencia humana, por el carácter de su dramática vigilia, tormento aprisionado en el mundo interior, que iba a conducirlo también a un exilio en propia tierra y a ser, en definitiva, uno de los dolorosos casos de poetas inacabados en nuestro país.

Dentro de un nuevo romanticismo, después del paréntesis parnasiano, considera insertas Paz Castillo la poesía de Ramos Sucre y la de Enrique Planchart, poniendo de relieve una gran semejanza en la posición estética de ambos. "Los dos vivieron en medio de un mundo de abstracciones" añade. "Sobre todo en la

⁵⁴Domingo Miliani. Prólogo a *Las Lanzas Coloradas y cuentos selectos*, de Arturo Uslar Pietri. Biblioteca Ayacucho. Italgráfica, s.r.l. Caracas, 1979, p. XXV.

⁵⁵Jesús Sanoja Hernández. Prólogo. En Salustio González Rincones. *Antología Poética*. Monte Avila Editores, S.A. Caracas, 1977, p. 7.

juventud. Enamorados de la Edad Media y de la Literatura antigua con una pasión romántica hacia el misterio de los castillos, de las princesas y los trovadores. Ambos mantuvieron durante toda su existencia, a pesar de las duras circunstancias de una vida de pocos halagos intelectuales, una fe incorruptible en el arte y en la inteligencia. En un arte aristocrático, señero y elevado por encima de toda vulgaridad y pequeñez de corazón. Con una gran pulcritud de lenguaje solariego, para usar las mismas palabras de Ramos Sucre”.⁵⁶ Otro punto de coincidencia entre ambos, no menos relevante, es su inclinación indubitable hacia las fuentes literarias francesas, tan afines a la sensibilidad con que ambos enfrentaban el reto de la creación lírica.

Paz Castillo aclara, sin embargo, para determinar finalmente la vinculación existente entre los dos poetas, que la coincidencia se expresa en la parte doctrinaria del arte, “pero no en la expresión de la belleza, pues si uno y otro buscan frecuentemente una forma descriptiva, los diferencia en sus obras la adustez de Ramos Sucre frente a la naturaleza y colorido de Planchart”.⁵⁷ Insiste el crítico y poeta en que la mayor semejanza viene dada por el fondo romántico de sus poemas, que aunque modernos en la forma, sustentaban en el fondo un aura sentimental y un amor por la antigüedad. “Tímidamente se acercaban a la vida, a la tumultuosa corriente de la vida, pero la dejaban pasar, hasta donde fuera posible, sin incorporarse en ella. Parece que pertenecieran a una humanidad distinta. A una humanidad perdida desde mucho tiempo en una selva oscura. Y ambos utilizaban el artificio romántico de expresar sus sentimientos, por medio de tipos definidos y pintorescos. . .”.⁵⁸

V.—LOS ANTECEDENTES

¿Cuáles antecedentes fueron válidos para anticipar en Venezuela la magnífica expresión de Ramos Sucre? Poco hay que pueda señalarse con propiedad al respecto. Sanoja Hernández apunta que “su idioma es único en la literatura venezolana, aunque revista antecedentes formales de los que ni hizo copia ni buscó perfeccionar, pues venía con otras intenciones y otros ardidés”. Tales antecedentes son en su concepto, “la prosa versicular de Arcia, excesivamente sometida a la pulsación bíblica; los camafeos de nuestros parnasianos y las acuarelas de nuestros modernistas; el exotismo y las huidas por los campos de la historia de nuestros románticos (. . .) Precedidas por estas experiencias, las de Ramos Sucre, desde la más temprana edad, se remitirían, no a ellas, generalmente mediocres o limitadas en materia lingüística, sino a las foráneas.

⁵⁶Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 30.

⁵⁷*Ibid.* p. 39.

⁵⁸*Ibid.* pp. 41-42.

Pocas veces ha habido en nuestra historia literaria, un lector más voraz de libros en lenguas extranjeras y de temas extranjeros”.⁵⁹

El crítico acude, para fundar su aseveración, al catálogo de la biblioteca del poeta, donde convivían las obras en español con las de las más diversas lenguas, “para verificar su amor por las profundidades del lenguaje y su pasión por lo sucedido en otras tierras, otros tiempos y otros libros, pues en su concepción poética, el libro es el mayor de los campos de experiencia”.⁶⁰

“En versiones españolas leyó el Dante, textos sobre los misterios del mar, los siete tomos de Von Boehm sobre la moda, los dramas musicales de Wagner, un estudio en torno a los Yogas Sutras de Patanjali y otro sobre los Upanishads, trabajos acerca de las doctrinas secretas, desde los de Madame Blavatsky hasta el reconocimiento de Sakuntala, desde las leyendas fabulosas de los Puranas hasta los “escritos pitagóricos” de Guirao y el Diccionario Infernal de Collin de Planay. En sus visiones orientales, en sus apólogos y sus prosas místicas aparecerán, como vividos a través del yo impersonal, estos fondos temáticos, a los que era inclinado su temperamento”.⁶¹

También leyó libros referidos a las artes guerreras y a las tácticas militares, añade Sanoja Hernández. Pero no con simple afán de erudición, sino movido por un hondo anhelo interno y creador, que del mismo modo lo llevó a frecuentar “con igual ardor los volúmenes hagiográficos”. Era su acercamiento y aun su transfiguración poética en el héroe y el santo: “Héroe y santo, lo que él no pudo, no podía ser, lo obsesionaban”.⁶²

De este modo hay que convenir en que Ramos Sucre no miró al pasado de letras nacionales, ni siquiera se detuvo, propiamente, en la experiencia creadora de sus coetáneos. Tampoco se detuvo, aunque sí lo conoció, a fondo, en el fenómeno del modernismo rubeniano que en Latinoamérica se extendió como un incendio. Su mirada foránea fue más allá: hacia los rumbos europeos del simbolismo y su ansia viajera se extendió, llevado de la mano de su amor por el estudio, hacia los más lejanos rumbos de la realidad histórica de su tiempo y de otros tiempos, en los cuales fundó la reminiscencia misteriosa de su estilo, atraído su temperamento especial por lo fantástico y esotérico, de que tan precisas muestras da en su obra constantemente.

⁵⁹Jesús Sanoja Hernández. “Ramos Sucre vuelve a Caracas”. *Papel Literario de El Nacional*, 18-VIII-1976.

⁶⁰*Idem.*

⁶¹*Idem.*

⁶²*Idem.*

V.—INFLUENCIAS Y AFINIDADES

¿Qué influencias actuaron sobre Ramos Sucre al escribir tan inesperada obra poética? se pregunta Eduardo Arroyo Lameda. "Quienes lo conocimos, no habíamos observado la fase crepuscular de su espíritu, asomada de improviso por breves postigos. Las medias luces, las voces apagadas, el tono de gritos en el bosque, la niebla constante alrededor de un hombre asociado desde la infancia a canículas y reverberaciones, me dejaban perplejo. ¿Por qué la relativa aproximación a Hoffman y a Gerardo de Nerval, a despecho de su total independencia? Me considero fracasado en la pesquisa. A la vez pienso que radiografiaban su personalidad desgarrada. En todo caso, ahí están los vívidos rastros, los fucilazos líricos del viajero que se resistió a continuar su viaje sobre la Tierra".⁶³

Buena parte de la crítica insiste en señalar que el comportamiento de evasión en el poeta lo conduce, en el plano creativo a tomar inspiración en las diversas y apretadas lecturas a las que se dedicaba con devoción ejemplar, para abstraerse en una especie de retiro espiritual, que evitaba el contagio inarmonioso del mundo. El término escoliasta que le ha sido adjudicado con mucha frecuencia, para explicar su constante acercamiento y alusión a las fuentes de la lectura, es bastante significativo. Por ese camino se abren paso sus condiciones extraordinarias de gran fabulador, sustraído a la realidad circundante por la atracción de un poder temporal mayor que lo conduce hacia el pasado, en donde encuentra campo propicio para las prácticas singulares de su ejercicio poético. En el pasado hallará ubicación precisa y acomodo su tendencia al esoterismo, como elemento fundamental de la fábula narrativa, a la que era tan afecto. En el pasado encontrará el escenario apropiado para aquellos sucesos donde un fatum implacable impera sobre cosas y seres, arrebatados por un viento luctuoso y de exterminio; y en el pasado, se abrirá paso hasta el clima patético la tensión poética y la eficacia narrativa de sus textos.

El parentesco de ciertos relatos de Ramos Sucre con las ficciones de Borges ha sido puesto de relieve en más de una ocasión. El primero en señalarlo fue Mariano Picón Salas en la introducción a su *Antología de la prosa venezolana* como ya hemos apuntado. Eugenio Montejo y Angel Rama, respectivamente, aluden de manera tangencial en sus estudios sobre el poeta a esa misma circunstancia. También Guillermo Sucre en su libro *La Máscara, la transparencia* señala que la técnica de los poemas de Ramos Sucre tiene un parecido a la que practicará Borges "no sólo en sus cuentos sino en los textos de *El Hacedor* y en los poemas de la segunda época".⁶⁴ El desarrollo del tema tal vez sirva para deparar inusitadas sorpresas entre dos autores desconocidos entre sí, pero unidos por la contemporaneidad.

⁶³Eduardo Arroyo Lameda. Artículo citado.

⁶⁴Guillermo Sucre. *La máscara, la transparencia*. Monte Avila Editores. Caracas, 1975, p. 82.

Precisamente es Angel Rama quien señala lo que bien podría ser otro acercamiento exploratorio en Ramos Sucre y Borges al consignar que el primero jamás hizo ostentación en sus escritos de su vasta lectura, "aunque muchos de ellos nacieron como escolios en las márgenes de otros libros a la manera que frecuentará y teorizará Borges".⁶⁵

Otro autor en quien podría hallarse semejanza con Ramos Sucre es el Valle Inclán de *Las Sonatas*. Un examen de la materia podría servir para hallar en dos sensibilidades tan dispares una común identificación lírica, a partir del uso de una misma forma de composición: el poema en prosa, además de otras aproximaciones estéticas.

"... Las "prosas" de un Ramos Sucre o de un Valle Inclán son del más puro pensamiento poético", apuntará al respecto Ludovico Silva.⁶⁶

Al paso que Félix Armando Núñez señala con firmeza en su estudio sobre el poeta: que él "prodigó la riqueza verbal como el Valle Inclán de *La Pipa de Kiff*, *Los esperpentos* y *el Ruedo Ibérico*".⁶⁷

"Ramos Sucre era un hombre muy culto, y hasta erudito. Dominaba, por supuesto, el francés. Y estaba teñido de literatura francesa. No es muy difícil reconocer sus antepasados, galos: están patentes en su obra poética... En Ramos Sucre son visibles las huellas parnasianas y simbolistas...".⁶⁸

Algunos críticos encuentran una matizada influencia de Gerardo de Nerval en Ramos Sucre. "Algunas de las baladas y de las novelas de Gerardo de Nerval, con la vaguedad de su romanticismo nórdico, influyeron en Ramos Sucre. Pero con influencia que significa cultura...".⁶⁹ Ludovico Silva piensa que Ramos Sucre, hombre de vasta cultura, es muy probable que haya recogido inspiración en muchas fuentes. "Piénsese, por ejemplo, en Novalis y Nerval, almas verdaderamente gemelas de la de Ramos Sucre". Respecto a Nerval el crítico encuentra que su huella sobre la obra poética de Ramos Sucre es fácil de detectar. "El extraño y melancólico autor de *Aurelia*, aunque creador de versos notables (...) nos llama hoy la atención sobre todo por sus espléndidas prosas poéticas. Nerval se sitúa, como Baudelaire, en la frontera que separa la visión romántica del mundo de la visión de la modernidad, recogen una tradición y, al mismo tiempo, fundan otra. Esta situación, con ligeras variantes introducidas por los movimientos finiseculares, se repite en poetas como Ramos Sucre".⁷⁰

Carlos Augusto León se abstiene de señalar influencias en la obra de Ramos Sucre, pero advierte: "Como viajero incansable por los mares de la literatura universal, de la poesía de todos los tiempos, mucho debió recibir su abierto

⁶⁵Angel Rama. *Op. cit.* p. 31.

⁶⁶Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 62.

⁶⁷Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 21.

⁶⁸Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 49.

⁶⁹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 32.

⁷⁰Ludovico Silva. *Op. cit.* pp. 57-58.

corazón, de muchas fuentes. Como solitario, su obra quizás tenga puntos de contacto con la de otros escritores y poetas de soledad".⁷¹

VII.—LA UBICACION ESTETICA

La ubicación específica de Ramos Sucre en una corriente estética determinada ha sido motivo de duda y discusión por parte de los críticos y ensayistas que se han ocupado de su obra. En verdad la ubicación precisa, el encasillamiento tal vez, no importa tanto, lo que importa es la trascendencia y vigencia de su poesía. ¿Romántico, modernista, parnasiano? De todo eso tendrá Ramos Sucre, como espíritu que fue forjado en múltiples disciplinas del conocimiento que lo llevó a penetrar en mundos tan diversos.

"Si fuéramos a inscribir a José Antonio Ramos Sucre en una agrupación —dice Paz Castillo—, tendríamos, por fuerza, que hacerlo en la de los parnasianos, por lo que respecta al estilo, no por su concepción poética —amor a los temas medioevales: reminiscencias de Shakespeare y de Dante— que más bien lo inclina hacia el lado estremecido de los románticos".⁷²

Ya está dicho que la adjetivación y el lenguaje recóndito en Ramos Sucre forman parte de su original estilo y lo ubican, con las naturales reservas expresadas por algunos estudiosos de su obra, en el campo del modernismo. Pensamos que este carácter de su obra lo acerca bastante, aunque tal vez no haya habido conocimiento entre ellos, al mexicano Ramón López Velarde que por la misma época escribe una poesía de tónica parecida al poeta venezolano, en ciertos característicos pasajes de su obra.

Dos elementos sobresalen para considerar a Ramos Sucre en el campo del modernismo: su evidente tendencia a la evasión de la realidad y el cuidado acendrado que ponía en la expresión formal de su poesía en prosa, enmarcada en el preciso campo del simbolismo.

"A través de su hermosa y preciosa adjetivación nos parecía emprender el característico viaje simbolista "muy siglo dieciocho y muy antiguo"; pero la armadura formal, la perfección estilística ha comenzado a dejarnos ver sus hendiduras. Ramos Sucre, a pesar de arrastrar, literariamente, toda una tradición de modernidad francesa y modernismo hispanoamericano, es en realidad un poeta volcado por entero hacia el siglo xx".⁷³ De este modo Ludovico Silva encuentra a la par, una filiación francesa (con antecedentes expresos en los parnasianos y muy cerca de Baudelaire y Rimbaud), y un cierto arraigo modernista en la poesía de Ramos Sucre; pero al propio tiempo descubre que ella es

⁷¹Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 59.

⁷²Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 17.

⁷³Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 54.

tá lanzada hacia el futuro, a proyectarse más allá de su tiempo histórico. La vigencia actual de esa poesía, su modernidad contemporánea que hace volver cada día más los ojos hacia ella, es una prueba indiscutible de la certeza de ese juicio.

Por otra parte está la pertenencia de la obra del venezolano, por influencias y por razones propias de su aspiración universalista para la poesía, a un estadio netamente europeo. De allí que "Su genio pudo superar con creces el simple nivel de las influencias literarias, y su obra posee sustantividad propia. No obstante, esa superación no alcanzó el nivel de la total transformación. Ramos Sucre pertenece, definitivamente, a un panorama europeo de cultura. Ni siquiera pertenece, pese a su limpio y culto castellano, a un horizonte que pudiéramos denominar "hispanico". Sus raíces, y su obra misma, son tan americanos como pudieran ser uruguayos *Les chantes de Maldoror*, de Lautréamont. Son raíces afincadas en el centro de Europa. ¿Es esto una objeción?"⁷⁴

Por lo demás —y consecuente con el criterio expuesto— Ludovico Silva aclara que "al contrario con los grandes modelos franceses se fraguó la poderosa originalidad del lenguaje poético de Ramos Sucre. De haber sido tan sólo uno de tantos imitadores, las nuevas generaciones poéticas venezolanas (tan exigentes con nuestra tradición) no verían en él un maestro y un antecesor"⁷⁵

"Por adjetivante —expresa Carlos Augusto León— se diría cerca del Modernismo elocuente y exuberante. Pero ciertamente se acerca más al simbolismo y al cuidado formal de los Parnasianos"⁷⁶

Ludovico Silva conviene en señalar que "Ramos Sucre debe ser considerado como un poeta de vanguardia. Sin duda, el poeta más avanzado de su generación. Su poesía puede leerse hoy con delicia, sin tener la sensación de estar estudiando a un poeta pretérito"⁷⁷ Es decir, es un contemporáneo, actual por la consistencia de su poesía.

El uso y el manejo del adjetivo insólito —que es una herencia inestimable del modernismo, inicialmente— sirve a Angel Rama para ubicar a Ramos Sucre en el campo de la vanguardia. De allí que sea "esta búsqueda del adjetivo la que le confiere a Ramos Sucre su lugar vanguardista y su excepcional intensidad"⁷⁸ De modo que lo que para unos es signo del modernismo en el poeta, para Rama constituye connotación de vanguardismo. De allí que insista en señalar que Ramos Sucre busca el "valor impersonal" de la escritura "al posponer el uso del adjetivo al sustantivo, en lugar de anteponerlo con su carga emocional y subjetiva". Por lo cual "Hay aquí un vuelco sensible respecto a la estética modernista, lo que aproxima al autor a la estética del vanguardis-

⁷⁴*Ibid.* pp. 55-56.

⁷⁵*Ibid.* pp. 56-57.

⁷⁶Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 57.

⁷⁷Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 50.

⁷⁸Angel Rama. *Op. cit.* pp. 44-45.

mo. Pero como tal vuelco se hace utilizando los mismos recursos del modernismo, se instauran ambigüedades en la recepción del mensaje".⁷⁹

Oponiendo las formas poéticas de Ramos Sucre a los dictados del surrealismo, Ludovico Silva tiene esta importante advertencia: "Para él la labor literaria implica un arduo trabajo consciente. En este sentido, su temperamento es clásico".⁸⁰

Por su parte, ya Carlos Augusto León había advertido: "Cuando los escritores jóvenes abrieron la "Válvula", por donde escaparía, a trazar remolinos y extrañas formas en el aire, la contenida inquietud de las nuevas generaciones, Ramos Sucre *les dio muestras de estímulos y simpatía*. En el primer número de la revista *válvula*, primero y único, hay un poema suyo. Fue él quien instó a los jóvenes a fundar una religión sin sacrificio, sin clero y sin altar. Esa suerte de llamado tenía en sus labios sonido de clarines".⁸¹

Tres ensayistas —Gustavo Luis Carrera, Oswaldo Larrazábal Henríquez y Argenis Pérez H.— están de acuerdo, por su parte en reconocer la ascendencia romántica del sistema poético de Ramos Sucre.

Para Gustavo Luis Carrera el simbolismo de Ramos Sucre es de clara estirpe romántica. Así, al profundizar en las vinculaciones simbólicas del poeta, como una forma de expresión romántica, observa que en sus textos sobresale "la importancia básica del *símbolo* como sustento anímico e instrumental", y que no se trata solamente "del recurso simbólico como parte constitutiva de un modo de creación caracterizado en su producto final".⁸² Para lo cual ayuda, en toda tentativa "de acercamiento conceptual a la obra poética de José Antonio Ramos Sucre: sus propias entregas, dispersas y no pocas veces oblicuas, de autocaracterización espiritual y sensible en función de la escritura".⁸³

Ese símbolo, caracterizador del discurso poético, afirma su expresión en fundamentales raíces de tipo romántico. Se trata, en definitiva, de un evidente "cuadro de caracterizada sensibilidad romántica" que encuentra un "invalorable refuerzo" en el "auto perfil" del poeta".⁸⁴

Esta vía de acercamiento "entre la noción del *símbolo* sostenida por los románticos y la evidenciada, y hasta declarada, por Ramos Sucre, puede conducir a significativos resultados".⁸⁵ Pero se aclara, a este propósito, que "aun en la más pura coincidencia espiritual y estética con la postura romántica, Ramos Sucre no podía dejar de ser hombre de su época, curado del espejismo de la retórica y del artificio de la belleza vacua de la palabra por la palabra".⁸⁶

⁷⁹*Ibid.* pp. 45-46.

⁸⁰Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 51.

⁸¹Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 52.

⁸²Gustavo Luis Carrera. El símbolo en José Antonio Ramos Sucre. (Consideraciones a la luz del capítulo "La crisis romántica" del texto *Teorías del símbolo*, de Tzveten Todorov). En *Memoria del III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana*. Mérida, Venezuela, t. II, pp. 268-282. 1978.

⁸³*Idem.*

⁸⁴*Idem.*

⁸⁵Gustavo Luis Carrera. *Op. cit.* pp. 268-282.

⁸⁶*Idem.*

A estas alturas el ensayista da por resuelto “un cuadro de evidente conexión doctrinaria y simbólica de nuestro poeta con postulados románticos”; pero de tales consideraciones también se deriva algo que debe subrayarse: “en la producción poética de Ramos Sucre, el *símbolo* llega a ser el único verdadero sustento estético definido y suficiente como para servir de columna básica de su obra de quimérica huida, como él mismo la llamó alguna vez”.⁸⁷ “A fin de cuentas —concluye Carrera—, no debe sorprender la profunda y decisiva correspondencia entre Ramos Sucre y la estética romántica del sueño, de la subjetividad y del símbolo”.⁸⁸

Dentro del mismo contexto ideológico anteriormente expuesto, se muestra Oswaldo Larrazábal Henríquez en su ensayo titulado “Buscando la huella de la expresión poética de José Antonio Ramos Sucre”, presentado, lo mismo que el de Carrera, en el III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Sólo que Larrazábal hace hincapié en la vinculación romántica de Ramos Sucre con un nutrido grupo de poetas venezolanos que le antecedieron o fueron contemporáneos. Tal es el caso, entre otros, de Cruz María Salmerón Acosta y Luis Enrique Mármol, que junto con Ramos Sucre podrían ser llamados “poetas de lo predestinado, poetas de la desgracia vital”,⁸⁹ que no deja de ser un elemento de connotación romántica.

Por otra parte, el mismo Larrazábal asienta que no es cierto que Ramos Sucre fuera una especie de isla entre sus compañeros de generación o sea de aquellos que nacen alrededor del 900. “Quizás pueda decirse que fue un diferente en su generación, pero no debe señalarse como caso aislado y hasta curioso dentro de la producción poética nacional. Las raíces poéticas de Ramos Sucre habían tenido un profundo arraigo en nuestra poesía, y sus consecuencias expresivas también las han tenido”.⁹⁰

En lo que respecta a su grupo generacional, Ramos Sucre difiere de Jacinto Fombona Pachano, de Andrés Eloy Blanco, de Fernando Paz Castillo, de Luis Barrios Cruz, de Enrique Planchart, de Enrique Soublette, de Juan Santaella, de Sergio Medina y de José Tadeo Arreaza Calatrava, quienes constituyen el núcleo central de los poetas representativos de aquella generación. Pero por las mismas razones que se diferencia de los nombrados se asemeja a Luis Enrique Mármol y a Cruz María Salmerón Acosta, por razones que son de orden existencial y más de contenido que de forma poética”.⁹¹

Larrazábal acude a la forma cómo se expresa Ramos Sucre para significar su diferencia con sus compañeros; y por ella concluye en que “podría decirse

⁸⁷*Idem.*

⁸⁸*Idem.*

⁸⁹Oswaldo Larrazábal Henríquez. “Buscando la huella de la expresión poética de José Antonio Ramos Sucre”. En *Memoria del III Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana*. Mérida, Venezuela, t. II, p. 251.

⁹⁰*Ibid.* p. 253.

⁹¹*Ibid.* p. 254.

que Ramos Sucre pasa de una esencia romántica a una expresión decantada modernista que lo lleva a un claro parnasianismo".⁹²

"Con esto aclarado —continúa Larrazábal— puede establecerse toda una línea de seguimiento en la forma expresiva de José Antonio Ramos Sucre a partir de textos conocidos y significativos que permiten determinar su presencia expresiva y su angustia existencial en ejemplos históricos dentro de la poesía venezolana".⁹³

Tales huellas se encuentran, según el ensayista, aun en los primeros románticos, como es el caso de Abigail Lozano con su poema "A la noche". Igual ocurre entre los poetas del llamado segundo romanticismo, con Miguel Sánchez Pesquera y su poema "La tumba del marino". Con mayor precisión se verifica esta vinculación con una de las grandes figuras parnasianas de Venezuela, Gabriel Muñoz y su poema "En el cementerio". Hay semejanzas también con Alfredo Arvelo Larriva y su poema "El Guijarro"; y "y tratándose de los posteriores el vanguardismo de Otto De Sola tiene una firme base de contenido, de expresión y de intención con la poesía de Ramos Sucre".⁹⁴

Otros señalamientos se hacen con respecto a Juan Antonio Pérez Bonalde; y entre sus coetáneos se mencionan a Jacinto Gutiérrez Coll y Juan Miguel Alarcón.

Más enfático al respecto en la vinculación de Ramos Sucre y el romanticismo se muestra Argenis Pérez H. "La estética romántica de José Antonio Ramos Sucre" titula el ensayo que dedica a la materia. Su visión personal del quehacer poético de Ramos Sucre —dice— se dirige a intentar demostrar "la funcionalidad estética de los códigos románticos en los signos artísticos de nuestro poeta, como premisa indispensable para comprender su modernidad".⁹⁵ Con lo cual da como un hecho la premisa del contenido romántico en la poesía de Ramos Sucre. Por eso habrá de afirmar, como conclusión de su estudio, que la escritura del poeta venezolano "tiene su origen en las fuentes de la lírica moderna de occidente: el romanticismo de raíz alemana. De allí arranca, a su vez, el sistema poético y la originalidad imperturbable de José Antonio Ramos Sucre".⁹⁶

Finalmente hay que poner de relieve cierta exageración crítica, no asentada en fundamentos razonables, al señalar a Ramos Sucre como un ejemplo del surrealismo venezolano en la década del 20, según sugiere Stefan Baciu en su *Antología de la poesía surrealista latinoamericana* (1974). Es una apreciación inexacta, en efecto, como conviene en señalar Angel Rama al observar que,

⁹²*Ibid.* p. 254.

⁹³*Ibid.* pp. 254-255.

⁹⁴*Ibid.* p. 255.

⁹⁵Argenis Pérez H. *Op. cit.*, pp. 258-267.

⁹⁶*Idem.* p. 267.

de este modo, Ramos Sucre pasa "a la todavía más equívoca categoría de precursor del surrealismo".⁹⁷

En todo caso —y es acertado comentarlo— Ramos Sucre constituye un antecedente de la poesía de años posteriores que se escribe en Venezuela, no sólo por el valor de novedad de su poesía, no del todo discernida justamente en su momento histórico, sino principalmente por el afán de universalidad en su expresión y contenido que lo llevó a la búsqueda de fuentes literarias más allá del esquema localista que le brindaban las letras de su propio país; y quizás, también, por su cerrado y pertinaz individualismo, de impenetrable soledad —en lo personal— frente a la indagación externa. Ya está dicho que su ubicación encuadra mejor en cierta corriente del simbolismo francés, por entonces no enteramente definida en nuestro medio, y a su tendencia por conseguir una expresión propia, original, que se separara de las formas comunes del modernismo o del postmodernismo entonces en boga entre nosotros, o de la corriente del criollismo que por esos años preconizaran con tanto entusiasmo Urbaneja Achelpohl y sus compañeros de contienda literaria.

Por eso, conviene adelantarse en señalar que la obra de Ramos Sucre se realiza totalmente en un período característico de la poesía venezolana: el que va del modernismo al postmodernismo y de éste a las nuevas formas insurgentes de la vanguardia. Pero movido por un intransigente individualismo que lo acompañará toda la vida, la tendencia creadora del poeta no se inscribirá definitivamente en ninguna de esas tres corrientes manifiestas, sin dejar por eso de apreciarlas y de brindarles consideración y cercanía. Optará por el contrario, intentar el desarrollo singular de una personal manifestación poética, refractaria a la alineación de grupos. Buscará ubicarse, así, en una línea expresiva de muy específicas características. El aliento le viene de otra parte, de muy lejos, como ya se ha dicho.

Sin embargo, Ramos Sucre no está, tampoco, demasiado distante del modernismo. Cierta percepción de su escritura nos acerca a esa experiencia, especialmente en cuanto al cuidado de la forma (derivada igualmente de los parnasianos) como al proceso seguido en el uso de la adjetivación. Podría pensarse que son elementos externos al fondo mismo de la poesía, pero elementos al fin que juegan un papel fundamental en la factura del poema. En todo caso hay que advertir que el modernismo de Ramos Sucre es, al mismo tiempo, distinto, por ejemplo, del de Arreaza Calatrava y Alfredo Arvelo Larriva. Y expresamente distante del criollismo de Urbaneja Achelpohl. Un ejemplo de similitud entre esta poética y la de otros modernistas, en este caso españoles, que tuvieron también su fuente en el simbolismo francés, lo hallamos en el caso de Don Ramón del Valle Inclán, especialmente en las *Sonatas de Otoño*. Valdría la pena intentar un esclarecimiento de estas afinidades líricas. Allí tenemos aguas de la mejor densidad para bucear. Eso significaría algo nuevo sobre Ramos Sucre. Para lo cual sería necesario tomar en cuenta las necesarias

⁹⁷Angel Rama. *Op. cit.* p. 10.

variaciones motivadoras, y agregar a ello cualidades de "tempo", de "ritmo", de "temperamento".

En todo caso, las consecuencias de la actitud y la orientación del poeta venezolano, sólo se verán más tarde con entera y precisa perspectiva. Mientras tanto la voz de Nerval parece oírse, allá en el fondo remoto del mundo poético de Ramos Sucre; lo mismo que sucederá en la iniciación y en algunos rasgos maduros de la poesía de Enrique Planchart, como ya hemos dicho. Ambos poetas, cada uno en su estilo y por rumbo propio, buscaron en las fuentes de origen francés los fundamentos esenciales de su creación lírica.

VIII.—EL TEMA DE LA MUERTE

La muerte pone un toque de luto persistente en la palabra poética de José Antonio Ramos Sucre. Lo persigue el eco constante, la voz sostenida en un fondo brumoso. Al fin habrá de redimirlo en la penosa noche del drama personal que culmina en un cuarto de hotel en Ginebra, el 13 de junio de 1930, cuando el poeta asume su destino, serena y decididamente, como una liberación final.

Atrás queda todo un largo y angustiado itinerario. Toda una vasta trayectoria de alucinantes signos. Se quiebra la luz de los espejos trágicos sobre el fondo del agua movediza en que reposa la inquieta mano insomne del creador. Vida y obra marchan confundidas bajo el áspero aletazo de una sombra nocturna que parece emerger de una insólita experiencia humana.

No puede, de ningún modo separarse la poesía de aquella vida de procelosas aguas que le brinda sustento y que es, como ella, un reflejo de insólitos argumentos existenciales que se confunden en la agria experiencia del tiempo.

Allí habría que ir a buscar todo lo que deja atrás, tocado por enardecido luto, la muerte de Ramos Sucre. Ese tránsito hacia el pasado conduce, ciertamente, a una de las más dramáticas vivencias de la poesía venezolana de todos los tiempos.

Por tal razón Carlos Augusto León diría que la muerte se enseñorea de las obras de Ramos Sucre. "Aparece en mil formas diferentes. A veces se trata de un sereno morir. Mas, en muchas ocasiones no sucede tal cosa. Mueren los hombres en las inundaciones, en el incendio, en la guerra, en la horca, "*a manos de una turba delirante, enemiga de su piedad*" o en mil otras formas trágicas". No hay contención posible al expresar este sentimiento predominante en su poesía, porque "los límites entre la vida y la muerte son confusos, como cuadra a quien pretendía "salir a su voluntad de los límites del mundo real".⁹⁸ ¿A qué obedece esta tremenda ansia de morir, mil veces repetida?

⁹⁸Carlos Augusto León. *Op. cit.* pp. 43-44.

Podría ser que ella respondiera, plenamente, a aquella otra “terrible hambre de sueño y de descanso”, que dominaba la vida del poeta.⁹⁹ “Una muerte plena, si cabe tal expresión, muerte hasta en la memoria de los hombres, deseaba para sí el atormentado”.¹⁰⁰

“Yo vi crecer junto a él, la sombra de la muerte”, escribe Paz Castillo.¹⁰¹ Y en cuanto a la persistencia de la muerte en el espíritu del poeta, expresa que la unidad de su pensamiento estaba “terriblemente, ascéticamente encadenado a la idea de la muerte, a la trascendencia de un vivir anterior a nuestra existencia”.¹⁰²

“El sentimiento de la muerte —nos dice a su vez Ludovico Silva— se revela, en esta poesía hirviente y helada a un mismo tiempo, como un puente de diamante que comunica los dos polos ya mencionados de la contradicción existencial de Ramos Sucre. Lo único que comunica el super-Yo estético con el Yo profundo del poeta es el sentimiento de la muerte”.¹⁰³

“La escritura de Ramos Sucre es el proyecto de su muerte, apunta Víctor A. Bravo. La fantasmagoría agónica que acorta los espacios vitales de una generación y la empuja a una sola posibilidad de existencia (la evasión), se traduce en Ramos Sucre en una búsqueda de la muerte. En este sentido la escritura de Ramos Sucre es —a veces en forma evidente, a veces en forma subterránea— un canto a la muerte (. . .) Ramos Sucre es un exiliado en lo imaginario, sin otra morada su subsistencia que las imágenes y el espacio de las imágenes: está obligado a ese eterno aplazamiento con su desesperación”.¹⁰⁴

Esta cercanía a la muerte es reiterativa y constituye una constante de la poesía de Ramos Sucre en las más diversas e inimaginables formas. Se diría, incluso, que hay una ansiedad premonitória por alcanzarla en medio de la vida, como el modo irrealizado de la liberación final; porque, ciertamente, al final, Ramos Sucre asumió la muerte como una liberación incontrastable.

“No comprendido, pero tampoco atacado, extraño en su propia tierra, filiado en una “degeneración ilustre”, retirado a la soledad que él mismo extenua a través del contacto con los libros, Ramos Sucre elabora un himnario a la muerte, preparando rigurosamente sus pasos para el acto final. . .”¹⁰⁵

En el poema “El desesperado” de *Las formas del fuego*, encontramos aquella expresión que deja de ser pura expresión estética para tornarse en manifestación testimonial: “He sentido el estupor y la felicidad de la muerte”.

Pero si quisiéramos profundizar aquella constante y enervante condición anímica que arrastra al poeta hacia la profusión de imágenes sombrías, dolo-

⁹⁹*Ibid.* p. 45.

¹⁰⁰Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 45.

¹⁰¹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 45.

¹⁰²*Ibid.* p. 47.

¹⁰³Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 53.

¹⁰⁴Víctor A. Bravo. *Op. cit.*, pp. 101-102.

¹⁰⁵Jesús Sanoja Hernández. Artículo citado.

rosas, desoladas o nocturnas y siempre llenas de un poderoso luto que evoca cercanías funerarias, tal vez no habría otro mejor camino que releer su último poema de *El cielo de esmalte*, "Omega". Allí escribió como para deshacerse de un peso inevitable o de una tormenta intensa del espíritu.

"Cuando la muerte acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.

Mis reliquias, ocultas en el seno de la oscuridad y animadas de una vida informe, responderán desde su destierro al magnetismo de una voz inquieta, proferida en un litoral desnudo.

El recuerdo elocuente, a semejanza de una luna exigua sobre la vista de un ave sonámbula, estorbará mi sueño impersonal hasta la hora de sumirse, con mi nombre, en el olvido solemne".

IX.—OFICIO DE LA VIDA

El terrible oficio de vivir. Así puede definirse el tránsito existencial de José Antonio Ramos Sucre que va desde su nacimiento en 1890, hasta su muerte en 1930. Cuarenta años apenas, pero todos ellos dominados por la sombra persistente de un dramático exilio interior.

Ramos Sucre enfrenta el discurso tremendo y amenazante de la realidad que lo acorrala, con la rama mística del sufrimiento en su mano desnuda. No pudo eludir el enfrentamiento doloroso y por eso buscó en la sombra y el recogimiento, en la esquividad de la vida interior, en la vana desolación de una fuga perenne, el descanso y el alivio para su atribulado espíritu. "En torres, celdas, claustros, pasadizos —reales o imaginados— transcurrió la vida de este solitario, extranjero en la tierra que era cárcel, "lámpara inútil" en aquellas que lo recogieron. Su yo de vasta historia, desde la diluvial hasta la urbana, se escapó entre pensamientos oscuros y minas interiores, con su jardín extraño, sus recámaras de olvido. De tal fuga, de tal concentración, se ha afirmado que son ininteligibles".¹⁰⁶

Enrique Bernardo Núñez recuerda las "palabras hamletianas" con que lo recibió la primera vez el poeta: "Yo nací en una cárcel y he permanecido en ella durante treinta años". Sin acudir a otras sibilinas significaciones, el poeta se refería al proceso interior de su vida, opuesto al "mundo hostil", donde venía a ser un perpetuo reo del dolor. "Ramos Sucre —continúa Enrique Ber-

¹⁰⁶Jesús Sanoja Hernández. "Poeta de otra realidad". Papel Literario de *El Nacional*, 21-VI-70.

nardo Núñez— estaba taciturno, expresión habitual en él, pero su rostro resultaba más pálido y afligido en el magnífico claroscuro”.¹⁰⁷

Por otra parte es de considerar la vida del poeta, a merced de las tremendas circunstancias externas e internas que lo asediaron constante y trágicamente, como una realización incompleta, inacabada. Por eso puede decir Víctor A. Bravo apoyándose en José Balza, que “Podemos mirar así la vida de Ramos Sucre como él siempre la miró, como la insuficiencia de un proyecto estético. Insuficiencia que lo llevó a contar su palabra y a asumir su último acto de libertad”.¹⁰⁸

De allí que la muerte en Ramos Sucre pueda considerarse como “el único acto posible. La búsqueda de la muerte es la vía para evadirse de la insoportable sensación de soledad e impotencia”. Así, “El poeta, asediado por la brutal realidad social y política decide entrar en el reino de la muerte”.¹⁰⁹ Es la decisión final de una voluntad exacerbada hasta el paroxismo.

Oswaldo Larrazábal Henríquez encuentra como un signo por lo demás de esencia romántica, que “la contextura del hombre Ramos Sucre está en su poesía” y cuya “profundidad de obra lo hace destacar en suficiente medida”. Es por eso por lo que cada uno de los textos que Ramos Sucre dejó, constituyen “una especie de diario, no cronológico, pero sí existencial donde van a converger toda una serie de actitudes de la angustia vital que signó la vida del poeta”. Y son “estas actitudes de angustia las que han provisto una adecuada y novedosa diferenciación a la obra lírica de Ramos Sucre. Su comportamiento existencial está implícito en esos textos”.¹¹⁰

El oficio de vivir fue, en tal sentido, un duro y lacerante itinerario para Ramos Sucre. Porque él no quiso o no pudo hacer distinción entre el arte y la vida. Entre ambos persistía ese vínculo que sólo se forja en la fragua del dolor. De aquí dirá Paz Castillo: “. . . en el fondo de sus escritos, hasta en aquellos de menos intimidad, siempre hay oculto un dolor: el dolor de vivir (. . .) Pero en él estaba confuso, desde hacía mucho tiempo el deseo de morir, sin violencia (. . .) Dos cosas hay que me causan terror, solía anotar: El esfuerzo muscular y la sangre”. “La muerte es hermosa cuando no se interrumpe la integridad anatómica”. Esas palabras son suficientes —concluye Paz Castillo— para explicar su vida, su arte y su muerte. De allí también que “en su muerte, como en su obra de arte: las dos cosas que preparó durante toda su existencia, hay un noble reposo exterior”.¹¹¹

Podría pensarse que “Había nacido predestinado para el dolor como todos los artistas y poetas de su calidad, como William Blake, con quien a veces tiene semejanzas, como Gerardo de Nerval”.¹¹²

¹⁰⁷Enrique Bernardo Núñez. *Op. cit.*, p. 213.

¹⁰⁸Víctor A. Bravo. *Op. cit.* p. 104.

¹⁰⁹*Idem.*

¹¹⁰Oswaldo Larrazábal Henríquez. *Op. cit.* p. 251.

¹¹¹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 27.

¹¹²*Ibid.* p. 32.

De él dice Carlos Augusto León, que tan bien ha penetrado en su vida y en su obra: "Llevaba sobre sí el peso de una agobiadora sensibilidad, acribillada sin cesar por las sensaciones, los sentimientos, los dolores, por *"el áspero ataque de la vida"*".¹¹³

De allí que "Toda su obra es la contante confidencia de ese hombre hipersensible a quien tocó vivir, precisamente, durante uno de los más crueles períodos de nuestra historia".

La confesión, el testimonio desgarrado se halla en "Entonces", texto de su primer libro, aludido con la misma intención por Carlos Augusto León: "Vivió siempre así como cuerda increíblemente tensa, siempre a punto de romperse. Cuarenta años llevó consigo el peso de sí mismo. Su primer libro vio la luz cuando tenía treinticinco. No es un libro juvenil, sino ya tinto en amargura de hombre en trance de envejecer, quien presiente su fin de manos de su propio dolor. La sensibilidad que del adverso mundo me hace huir al solitario ensueño, se habrá hecho más aguda y frágil al alejarse gravemente mi juventud con la pausada melancolía de la nave en el horizonte vespertino".¹¹⁴

La vida de José Antonio Ramos Sucre, fue, de este modo, como pocas, una dolorosa experiencia, llevada a cabo en medio de las más difíciles circunstancias personales y colectivas de la sociedad venezolana de la época en que le tocó actuar.

"Raro", "extraño", "ensimismado", "misógino", "neurótico", "reservado", "esquivo", son algunos de los epítetos utilizados para significar la singularidad y aislamiento de la personalidad y la obra del poeta. Esas expresiones aluden, en todo caso, a una conducta regida por la soledad y la introversión, como formas de contrarrestar el brillo y las dolencias de un mundo hosco y duro frente a las apetencias espirituales del creador.¹¹⁵ José Antonio Ramos Sucre cultivaba por igual la singularidad de un comportamiento personal (su tendencia hacia la soledad y el encerramiento en sí mismo) y la habitual expresión lírica de un temperamento desasido del tiempo y el espacio. Era su manera de ser —y su reacción necesaria— ante la agresividad manifiesta del mundo que alimentaba su enlutada presencia.

De este modo, el "oficio de vivir" pavesiano se convierte en el caso de Ramos Sucre en una permanente expectativa, que transmuta ese proceso de vigilia en una ritual desposesión humana. El tremendo esfuerzo de afrontar la vida, como exilio permanente, conduce, en última instancia, a tensiones dramáticas constantes, que se reflejan inequívocamente en la propia poesía, concebida,

¹¹³Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 16.

¹¹⁴*Idem.*

¹¹⁵Eduardo Arroyo Lameda. Artículo citado.

finalmente, como un refugio, como una compensación a la brega cotidiana, alternativa que planteó seguramente su desolado y enfermo corazón de solitario.

Vida de una parte y muerte acechante de la otra, tendidas en el tiempo, fueron entendidas por el poeta, además como soledad y destrucción perennes del hombre y del mundo.

Todo ese proceso conduce, sin remedio, al ensimismamiento, a ese reconcentrarse en perpetua intimidad, que uno de sus contemporáneos, Eduardo Arroyo Lameda, recuerda como "angustiosa intimidad".¹¹⁶ Paz Castillo lo ha llamado a su vez, en alguna parte, "un alma fuerte", y ha tenido que serlo para poder soportar esa tremenda y desigual batalla de todos los días.

Para legitimar estas tensiones dramáticas en que era sujeto y objeto a la vez, el poeta cultiva la soledad. Las alusiones, que hace en distintas partes de su obra confirman la evidencia. Sus alusiones son precisas, como cuando hace la defensa de la misantropía: ese "lastre saludable de alguna misantropía" a que se refiere en "El dilema de la gran guerra", por Francisco García Calderón, en *Trizas de papel*.

Su creación frente al tiempo participa, igualmente, de un sentimiento de frustración, de lucha inconsolable por lo que no puede ser desviado ni impedido.

La certeza que se tiene del tiempo es de que transcurre fugaz y depredador sobre los seres, ajando y destruyendo lo que toca a su paso por el mundo: "... por qué no tiene la tez de las hermosas, la tersura del lago, que escapa al raudal tiempo? (Romana, *La Torre de Timón*). ¿Cómo no ver entonces en la precisa entonación poética de Ramos Sucre, "sueños de evasión y nostalgias del desterrado", como respuesta inequívoca del proceso existencial?¹¹⁷

De otro lado está "la sensibilidad enfermiza" con que el poeta concurre al "áspero ataque de la vida". (Entonces. *La Torre de Timón*). De ésta dirá que es "amarga vida" y quien ya no lucha, vencido en el esfuerzo, "sufrió hasta ayer la vida...", "como "yermo" por donde discurre una infatigable vigilia". (Al pie de un cipo. *La Torre de Timón*).

Al principio de todo, en *Trizas de papel*, escribirá en el poema "Cansancio": "... la enfermedad de vivir arrecia como una lluvia helada y triste". O será también "el rudo vivir". Y para significar la realidad menguada de lo mismo describirá "... el llanto de quienes en la vida sin paz tienen peor enemigo que la muerte". (Duelo de arrabal. *La Torre de Timón*).

¿Será, después de todo, el final una liberación? El poeta parece dudar en la confrontación: "Estoico orgullo, horrenda soledad habré alcanzado", ya que "allí será la última hora de ésta mi juventud transcurrida sin goces". (Entonces. *La Torre de Timón*).

Las confesiones que hace en sus cartas a Luis Yépez, en los momentos difíciles de los últimos días, son patéticamente esclarecedoras de los sentimientos

¹¹⁶*Idem*.

¹¹⁷Ángel Rama. *Op. cit.* p. 72.

de entonces, cuando arriba al clímax de su lucha contra la enfermedad que lo acorrala, y a pesar de todo en busca de la sobrevivencia que le niega su quebrantada salud. "Leopardi es mi igual", exclamará en un arrebatado de condescendencia consigo mismo. O afirmará, en frase perdurable que refleja su padecer de entonces y de antes: "Yo poseo el hábito del sufrimiento".

Ese "vivir agónico", de corte unamuniano, y el expectante presagio de lo que vendrá, son elementos dramáticos que se confunden, como una constante, en la existencia y en la obra de José Antonio Ramos Sucre. En sus libros, dirá Eduardo Arroyo Lameda, aludiendo a circunstancias parecidas, "se combinan la fantasmagoría y la angustiada intimidad", que hace, además que su lírica se identifique con un "principado nocturno".¹¹⁸ De allí surgirá, en consecuencia, la entonación reiterativa de las palabras luctuosas, presagios de las sombras, que hallarán su explicación —si ello fuere necesario— en los sentimientos que nacen del propio vivir del poeta.

Por otra parte, es de advertir que la obra entera de Ramos Sucre —como toda verdadera poesía— es una confesión en alta voz. Una confesión recatada, pero cierta, fidedigna y elocuente. Es cuando se confunden, sin dimensión posible, el "yo" histórico y el "yo" personal de que habla Ludovico Silva.¹¹⁹ En tal sentido se verifica la identidad entre la vida y la obra del hombre. Este juega y aquilata sus valores en lugar de la otra. Y así se da el milagro de la autenticidad poética, cuando el poema no es otra cosa que la proyección del "yo" verdadero del poeta, escindido en dos ásperas vertientes concluyentes. Y así será hasta el final. "En esa disposición ecuaníme esperaré el momento y afrontaré el misterio de la muerte". (Discurso del contemplativo. *La Torre de Timón*).

La referencia que hace Enrique Bernardo Núñez, es suficientemente esclarecedora en relación al doliente tránsito vital del poeta: "Yo nací en una cárcel y he permanecido en ella durante treinta años".¹²⁰ ¿No es acaso, ésta también, el desahogo que va más allá del duelo personal, estremecido, a la significación del reproche contra el suceso histórico que pesaba como una lápida sobre el pueblo venezolano de la época?

El mismo Enrique Bernardo Núñez, dirá a su vez, que Ramos Sucre "fue sólo un poeta que cultivaba su dolor con alegría".¹²¹ Ida Gramcko lo ha llamado "doliente poeta del esmalte". "No puedo ver en las voces de José Antonio Ramos Sucre —las que sentí y sigo sintiendo como pulida, exquisita

¹¹⁸Eduardo Arroyo Lameda. Artículo citado.

¹¹⁹Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 45.

¹²⁰Enrique Bernardo Núñez. "De José Antonio Ramos Sucre", en la revista *Caracas*, 1930.

¹²¹Enrique Bernardo Núñez. *Op. cit.*

depresión— sino la expresión de un abandonado”. “Lo real en Ramos Sucre es una depresión lacerante y una búsqueda sin tregua de alivio”.¹²² Así fue toda su vida, así transcurrió su lucha inexorable contra el mundo.

Y esa tensión emocional que persiste durante toda su vida es analizada perspicazmente por Gustavo Luis Carrera. “La fuga, el sigilo, la aventura, la indiferencia, el olvido, la rebeldía, son otras tantas formas de expresar esa inconformidad esencial que determina la condición de los motivos de creación de Ramos Sucre. Y junto a ellos, quizás no hay tema tan repetido en sus poemas en prosa como el del peregrinaje, vale decir el tránsito infinito, sin término invisible en la vida”.¹²³ Y Carrera continúa: “La idea del permanente peregrinar, de modo natural se vincula a la de sentirse extranjero y extraviado donde quiera que se esté, con la compañía inevitable de una acre sensación de perseguir quimeras e ilusiones divagantes. Trilogía —peregrinaje, extraviado, quimera— que activa la sensibilidad del poeta y es fuente fija de su pensamiento obsesivo”.¹²⁴

Era finalmente, aquel “hombre lacerado en su totalidad”, de quien nos habla Eduardo Arroyo Lameda.¹²⁵

Ludovico Silva, en su importante ensayo “Ramos Sucre y nosotros”, encuentra “que años de creatividad literaria en Ramos Sucre corrieron paralelos a una situación psicológica personal caracterizada por tormentas interiores. La misma serenidad de muchos de sus poemas tiene un oculto aire proceloso, lleno de peligros mentales y de advertencias metafísicas (. . .) basta leer con atención su poesía para darnos cuenta de un mundo secretamente angustiado donde ciertos recursos literarios no pueden disimular el desarraigo interior”.¹²⁶

Para Ida Gramcko “lo real en Ramos Sucre es una depresión lacerante y una búsqueda sin tregua de alivio. . . Su abandono —¡cuántos abandonos debieron encadenarse desde el inicial de la infancia!— lo hizo convertirse en una isla anímica que luchó, desesperadamente, con su poderosa imaginación, por erigirse un albergue. Pero, a fin de cuentas, no lo logró, pues su vida acabó, dejando tras de sí dolientes páginas. José Antonio Ramos Sucre no fue sólo un abandonado. Releyéndolo, observamos un sentimiento de persecución, como si alguien o muchos lo asediasen cual supuestos victimarios”.¹²⁷

“A los cuarenta años —recuerda Sanoja Hernández—, los materiales estaban dispuestos para el viaje. Su propia mano buscó la muerte, y no guitarras sonaron entonces en Ginebra, sino clavecines, y no cayenas vio a su paso, sino nenúfares y la quimérica flor azul, y no muchedumbres acudieron a la agonía, sino la calavera del símbolo, “la soberanía perenne del olvido”. El 17 de julio

¹²²Ida Gramcko. “Doliente poeta del esmalte”. Papel Literario de *El Nacional*, 14-VI-1970.

¹²³Gustavo Luis Carrera. “Ramos Sucre. Hazaña en la soledad de un orgullo invicto”. Papel Literario de *El Nacional*, 14-VI-1970.

¹²⁴*Idem*.

¹²⁵Eduardo Arroyo Lameda. Artículo citado.

¹²⁶Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 52.

¹²⁷Ida Gramcko. Artículo citado.

de 1930 el cadáver del suicida tocó tierra de La Guaira. De allí a Cumaná, donde quiso descansar".¹²⁸

Sobre el tormento de su vida escribe Carlos Augusto León: "La presencia del tormento es un *leit motiv*, una cantinela incesantemente repetida, y los más diversos poemas, sobre los más diversos asuntos, están unidos por ese hilo mágico. Es característica del tormento tornarse obsesión, marcar con su hierro, en veces claramente, otras en forma confusa, todo momento, toda obra, toda emoción, todo sentir".¹²⁹

"Los últimos años de su vida —agrega— sufrió el suplicio del insomnio nervioso, prolongado, terco, invencible, a través del cual se hacía cada vez más intensa en el condenado a perpetua vigilia, la devoradora sed de sueño, de "un sueño libre de visiones", donde alcanzaría "un olvido total". (El alumno de Violante. *El cielo de esmalte*).¹³⁰

Habría alcanzado entonces, a los cuarenta años, el clímax del dolor que lo conducía inexorablemente a las puertas de la desesperación. "Ahora, el insomnio se había instalado en su cuerpo con un sentido de propiedad tan vigoroso que ya el Cónsul no sabía reconocer las cosas sino a través de aquel intruso. Cada vez que abría un libro, el insomnio estaba allí, adelantándose hacia las letras y llevándolas a un horizonte donde él, José Antonio Ramos Sucre, nunca podía leerlas".¹³¹

X.—LOS LIBROS, SU UNIDAD

Tres volúmenes integran toda la producción de José Antonio Ramos Sucre. *La Torre de Timón* (1925), *El cielo de esmalte* (1929) y *Las forma del fuego* (1929). Su libro inicial *Trizas de papel* (1921), fue reproducido luego, totalmente, en la edición de *La Torre de Timón*. Esos libros solos son suficientes para consolidar su sólido prestigio como pocos autores contemporáneos han tenido en la historia de la literatura venezolana. Estamos de acuerdo con el juicio expresado en este punto por Eugenio Montejo: "La obra poética de Ramos Sucre se condensa en tres libros que bastan para situarlo entre los autores de mayor exigencia en nuestra lengua durante las primeras décadas de este siglo".¹³² Conceptuado como introvertido, apartadizo, huraño, tocado por el morbo de incurable misantropía escribió una poesía rara para su tiempo y, en cierta medida, fue un incomprendido.

¹²⁸Jesús Sanoja Hernández. "Ramos Sucre vuelve a Caracas". Papel Literario de *El Nacional*, 18-VII-1976.

¹²⁹Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 20.

¹³⁰*Ibid.* p. 21.

¹³¹Tomás Eloy Martínez. "Entrada a la muerte". Papel Literario de *El Nacional*, 7-II-1978.

¹³²Eugenio Montejo. *Op. cit.* p. 69.

Sus textos responden a una sensibilidad nutrida por amargos fuegos. Obra, en general, escrita en prosa breve de trabada estructura, plena de profunda vibración interior y en donde la imagen simbólica apoya el dominio de la realidad expresiva. Era hombre de vastísima cultura, antigua y contemporánea, pues había estudiado a fondo las literaturas de mayor importancia universal en sus propias fuentes, por el dominio que tenía de las más diversas lenguas vivas y muertas, tal como lo demuestra el catálogo de libros de la nutrida biblioteca que poseyó.

El vasto mundo de conocimientos que extrajo de sus diversas y profundas lecturas lo proveyó de un rico y denso material que luego iba a expresar en su poesía, a través de un personal estilo —recipiente e instrumento a la vez de su arte— en que el texto lírico aparece como el fruto de un proceso de orfebrería semejante al que se pone en servicio para producir una joya de arte. En este sentido era selectivo y cuidadoso en extremo, poniendo en juego su don de síntesis y el afán de perfección lingüística, de manera que la palabra estuviera cargada de la mayor fuerza emotiva a la vez que sirviera de vehículo formal, vinculante y expresivo, de aquel mundo de extrañas resonancias de que era poseedor: intemporal, fantástico, dominado por mágicos efluvios, imposible de ubicar en el espacio y evadido de la realidad cotidiana hacia una realidad más profunda y personal. Mundo que tan bien revelaba las fantásticas persuasiones de su espíritu de solitario, de retraído, de inconforme en intimidad perenne. Poesía hermética, Ramos Sucre —y ahora viene a reconocerse plenamente, transcurridos 50 años de su muerte— fue un maestro de la creación poética en Venezuela.

En todo caso, es innegable que vuelve a nosotros, con mayor gallardía si se quiere, la enlutada figura de aquel hombre desasosegado, inconforme y perseguido por las sombras de su propia desolación, en busca de una más alta y duradera perfección estética, que hoy aceptamos sin reservas. Y al hacerlo nos damos cuenta al mismo tiempo de cuán viva se nos muestra su poesía, de cuán vigente y robusta se nos entrega su obra, que fue de breve formulación, pero de amplia e intensa repercusión en el tiempo. En ella se consumieron el esfuerzo y la voluntad trascendente del poeta, aliada a una rara y brillante claridad idiomática, que no sólo perdura, sino que convence y atrae con justísimo clamor contemporáneo.

Ramos Sucre aparece de este modo franqueando las puertas de las más audaces y decisivas posibilidades poéticas de este tiempo y, en tal caso, —hubo de expresarlo ya— como un adelantado de lo que en la actualidad constituye fundamento y apoyo esencial de los modos creadores que dominan el amplio ámbito de una buena parte de la sustantiva expresión lírica venezolana de los últimos años.

Desde 1911, cuando llega a Caracas, hasta 1921, año del aparecimiento de su primer libro, *Trizas de papel*, Ramos Sucre colabora asiduamente en las revistas y periódicos de la capital. Su iniciación literaria se produce en las páginas de *El Cojo Ilustrado*, apadrinado por el sabio Lisandro Alvarado, con la

versión del prólogo latino escrito por Chauveton para la *Historia del Nuevo Mundo*, de Benzoni.¹³³ Muchas de esas colaboraciones de diez años no fueron recogidas en libros. El autor las consideró como simples ensayos, aunque —como apunta Insausti— ellas “ya ponen de manifiesto una indudable y temprana madurez literaria”. A partir de entonces se gesta su primer libro, *Trizas de papel* publicado en 1921 “en edición que pudiéramos llamar privada, porque Ramos Sucre la destinó íntegramente a sus solos amigos. El elogio de Humboldt se conoció en folleto, dos años más tarde; *Cultura Venezolana* se encargó de difundirlo”.¹³⁴

Sus trabajos iniciales, publicados en órganos periódicos de Caracas, quizás los entendió como ejercicios preparatorios para mejores y mayores resultados. Esto por lo menos explica que no los haya reunido todos en volumen. Sin embargo fuerza es confesar, como lo señala Rafael Angel Insausti, que ellos ayudan a precisar un proceso creador que se inicia en la juventud y culmina en los primeros años de la madurez.

¿Podría afirmarse que esta colección de escritos, dispersos en periódicos, no agrega nada a la fama y a los méritos del autor? En realidad ello puede ser cierto. Pero en todo caso estos escritos iniciales representan el comienzo seguro de un poeta que ya, para entonces, avizoraba un horizonte de mayor densidad para su obra. Este es el juicio que debe adjudicarse, por lo tanto, al rescate realizado por Insausti en *Los aires del presagio*.

Su recopilador, justifica el rescate de esas páginas dispersas por la circunstancia de que en esta selección “hay todo un itinerario mental y emotivo, de que en él palpita una vida de escritor, con su mañana, su mediodía y su atardecer”.¹³⁵ Se refiere el compilador a un variado espectro de manifestaciones creadoras que junto a sus cartas finales presenta sus trabajos iniciales, sus búsquedas de un camino para andar seguro por el mundo de la literatura. No vacilamos en recoger las palabras, sobrias y medulares, con que Insausti presenta esos trabajos no recogidos antes en libro:

“Despunta en éstos una luz, o más bien un pensamiento de pura, de verdadera poesía. La traducción de poemas de Uhland, hecha directamente del alemán, confirma los felices pensamientos a que obligaba una iniciación tan clara y promisoría. El ataque a Leopoldo Lugones, a quien califica de sofista, atribuyéndole injusta y duramente una “erudición de revista y de manual”, es la de su época mejor y nos pone sobre el terreno de convicciones políticas. “Granizada”, dice del temperamento del autor, y de sus ideas en relación a la vida, la sociedad, los conocimientos humanos y la realidad circundante: filosofía del desencanto y de la absoluta soledad, sin noticias de la alegría ni del amor. En “Residuo” quedó vibrando el acento lírico de su angustia. A José Nucete Sardi, escritor y ciudadano de alta jerarquía moral, somos deudores de que ese

¹³³Rafael Angel Insausti. *Op. cit.*, p. 9

¹³⁴*Ibidem*

¹³⁵*Ibid.* *Op. cit.*, pp. 10-11.

poema haya llegado hasta nosotros. Las cartas tienen fuerza de testimonio insustituible, único, donde la tragedia desemboca de repente, como un oscuro soplo escalofriante: "Yo sufro infinitamente y los insomnios anulan mis facultades mentales". "Los desórdenes nerviosos, mi desesperación, no han cesado todavía. Son muy singulares y me desconciertan por completo. Los insomnios siguen siendo horribles. Si estos fenómenos no desaparecen habré caído en la desgracia más profunda. Perdería mis facultades mentales. Yo me siento herido de muerte". Esas cartas las dirigió a un amigo, a uno que lo comprendió y estuvo cerca de él cuando, desde el lago que presencié la amargura del postrer instante, lo llamaba el misterio con pérfida voz lírica de ola y de viento que decían el poema supremo, en el cual por fin la muerte le entregaba sus claves más ocultas. Sencillas, torturadas y exentas de intención literaria, Ramos Sucre trazó con un solo rasgo, con unas pocas palabras, discretamente tristes: "He perdido una persona afín, de alma generosa y tónica". "En las líneas apresuradas y breves de esas cartas, como en los poemas, se concentró el tormento de aquella vida corta y tan extrañamente dramática, tan desasistida de toda esperanza y de toda ilusión".¹³⁶

Fuera de la diversidad de los elementos literarios contenidos en los textos de *La Torre de Timón*, está fuera de toda duda la unidad fundamental que posee su poesía, desde los primeros poemas que escribe en *Trizas de papel* hasta los que forman sus dos últimos libros. Esto es el proceso de una culminación. Hay, en tal sentido, una continuidad integradora, una vertebración esencial, cuyo punto de partida tal vez pudiera señalarse en "El canto anhelante" (de *Trizas de papel*), como modelo de la escritura que el poeta va a desarrollar más tarde.

En este sentido, es lógico advertir que ya en *Trizas de papel* están dadas, por principio, las características dominantes de la creación del autor. A partir de entonces hasta sus últimos libros simultáneos, *Las formas del fuego* y *El cielo de esmalte*, se revela un proceso de afirmación y dominio del lenguaje, que se ubica, decisivamente en el ámbito poético, en el círculo glorioso de la poesía como forma de expresión particular. Es indudable que en los últimos libros se prueba una mayor destreza creadora, una más amplia entonación lírica.

De los apuntes y ensayos de diverso espectro se pasa, con seriedad y convicción, a la narración poética, al texto de encendido clamor. Todo lo cual nos demuestra que la diversa maestría del encaje poético se fue afirmando a medida que se avanzaba, sin sosiego, hacia la expresión concisa y terminante, en alarde de una imaginación poblada de recuerdos y fantasmas: los recuerdos y fantasmas de un tiempo enardecido convocado por el fuego de la pasión creadora.

Finalmente están sus cartas. Ellas se transforman en un testimonio ineludible para comprender el tránsito existencial del poeta. Especialmente las escri-

¹³⁶*Idem.*

tas en el último año de su vida arrojan intensa luz esclarecedora sobre el fondo cerrado e, incluso, sobre la motivación de su poesía. Cuando se acoge a una representación consular para buscar aires y climas salutíferos para su desvalida salud, va a entrar en un proceso mental en que la carta sustituye a la manifestación propiamente creadora. Su epistolario del período, marcado por la más honda y dramática tensión espiritual, integra un documento de incalculable valor exploratorio en este sentido. Particularmente resaltan las cartas recogidas por Rafael Angel Insausti en *Los aires del presagio* y que éste calificó como el "itinerario mental y emotivo" de los últimos días del poeta; cartas que en un descarnado estremecimiento interior "nos revelan el padecimiento de un insomnio devastador con toda la lacerante secuela orgánica que conduce al suicidio como doloroso final".¹³⁷

Por eso, "a esas cartas es debido llegar, como él lo hizo, sólo al cabo de toda su obra, aunque ellas integren un testimonio de valor estrictamente personal, fuera de toda intención literaria. No obstante, esas cartas remiten tangencialmente a ese ser insinuado en sus textos, que adopta la voluntad de suprimirse al advertir los comienzos de sus penurias físicas: "Yo había concebido la resolución de salir voluntariamente de la vida, al notar los síntomas del tedio, al sentir las trabas y cadenas de la vejez".¹³⁸

Después del período de ensayo propiamente dicho (1911-1921), ya apuntado, Ramos Sucre, a los 31 años exactamente, decide recoger en libro lo que considera más significativo de esa labor. Es cuando aparece *Trizas de papel* (1921) y más tarde, en 1923, su folleto *Sobre las huellas de Humboldt*. Su segundo libro *La Torre de Timón*, lo publica en 1925. Cuenta, entonces, 35 años de edad. No es, por lo tanto, un libro de juventud, sino del inicio de la madurez. Se trata de un libro de carácter misceláneo (ensayos, notas, discursos, narración y poesía), que contiene los trabajos selectivos del autor en el lapso de 15 años (1911-1925). En él refunde sus dos publicaciones iniciales *Trizas de papel* y *Sobre las huellas de Humboldt*. Pero, "ambos libros primeros no fueron simplemente adosados a nuevos textos sino que el autor operó una cuidadosa reorganización de los materiales, lo que indica en él una voluntad estructural nítida, una concepción del libro como un orden significativo".¹³⁹ La parte final corresponde a textos poéticos, "un conjunto de piezas que son de la misma índole de las que reunirá en sus pequeños volúmenes posteriores, ambos de 1929, *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*".¹⁴⁰

¹³⁷Eugenio Montejo. *Op. cit.* p. 83.

¹³⁸*Idem.*

¹³⁹Ángel Rama. *Op. cit.* p. 10.

¹⁴⁰*Idem.*

Con respecto a este libro, Angel Rama sostiene el criterio de que se trata de la obra más representativa del autor, precisamente por ese carácter de diversidad de los materiales que la integran, en que justamente se expresan pensamiento y poesía. De allí que diga: "Con respecto a sus dos últimos volúmenes, *La Torre de Timón* no sólo es más extensa, sino que se ofrece como una "suma" de poesía y pensamiento, conformando un libro en apariencia heteróclito (...) Visiblemente Ramos Sucre está en ese período del creador cuando forja simultáneamente una obra de arte y un pensamiento que le confiere vertebración, cuando debe manejar obligadamente ambos órdenes para tejer con ellos la trama de su cosmovisión".

La conclusión de Rama es definitiva: "De ahí que *La Torre de Timón*, resulte un libro menos literario pero más singular y más desconcertante que las dos breves colecciones posteriores; por lo mismo un libro más representativo y más ajustado a los propósitos del escritor. Es ahí donde está su poética, su manifiesto literario, su concepción del mundo, no sólo bajo las especies de estructuras literarias imaginarias como las que ocupan sus libros posteriores, sino también bajo las especies del discurso teórico de la visión histórica, de la marginalidad del escoliasta".¹⁴¹

Lo común ha sido, en contra de la opinión expresada por el ensayista, que *La Torre de Timón* se haya visto desde la perspectiva de *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*, olvidándose la unidad y particularidad de ese volumen, "con lo cual se ha traicionado el espíritu que animó al autor al concebirlo".¹⁴²

Enrique Bernardo Núñez escribe que *La Torre de Timón* fue "aquel libro donde Ramos Sucre, llevado de su genio, reunió sus sabias divagaciones. No eran tan perfectas como las que vinieron después. Grabó allí medallones de héroe que tienen rudos semblantes de nibelungos. De sus páginas, tan severas a veces que requieren un esfuerzo para advertir la gracia de sus contornos, vuelan tímidas palomas sensuales".¹⁴³

La Torre de Timón es, en tal sentido, un libro variado y disperso en su contenido, pero hondamente revelador de la obra general del autor. Todavía el poeta no ha alcanzado la plenitud de su fuerza creadora. En él se confunden en armoniosa y fecunda participación las notas del ensayo, el acento narrativo y el aliento poético de su prosa, que van a ser signos característicos y positivos de todo su quehacer literario de entonces y después. Sin embargo, ya se hacen visibles —como observa Eugenio Montejo— "algunas líneas que él prolongará con acierto más tarde". En todo caso los poemas de *La Torre de Timón* consti-

¹⁴¹*Ibid.* p. 11.

¹⁴²*Idem.*

¹⁴³Enrique Bernardo Núñez. *Op. cit.* p. 215.

tuyen una revelación en su momento, particularmente porque son “poemas leves e impersonales que contrarían visiblemente las modas post-modernistas tan en boga por aquella época”, aunque todavía el poeta “no alcanzaría plenamente la suntuosa eficacia de sus poemas posteriores, ni sus elipsis logran esa atmósfera tensa que será la imagen misma de toda su escritura”.¹⁴⁴ Ese nivel expresivo sólo se alcanzará con sus dos últimos libros: *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*: dedicados enteramente a la comunicación lírica. Por otra parte, esos dos libros revelan, en el plano del proceso creador, un afinamiento mayor del lenguaje. Son, como dice Eugenio Montejo, frutos “de un trabajo tenaz, así como de un mayor ahondamiento en la experiencia de la palabra”.¹⁴⁵ Pero *La Torre de Timón*, tal como fue concebido y estructurado en su diversa complejidad, tiene la virtud primordial de mostrar, con cierta profundidad, otras facetas fundamentales de la personalidad creadora del autor, distintas a las específicamente poéticas de sus libros ulteriores, tal como afirma Angel Rama.

Hay en *La Torre de Timón*, además, una muy precisa referencia al ámbito venezolano, especialmente en sus ensayos, lo cual va a desaparecer definitivamente en *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*. En estos últimos libros alcanza mayor profundidad y dominio la expresión poética; y se hace más nítida su evasión hacia planos de pronunciado universalismo en el tiempo y el espacio. El localismo que pudo aflorar en los primeros tiempos, desaparece totalmente y la evasión alcanza la plenitud.

El desarrollo de la escritura en José Antonio Ramos Sucre se muestra desde su primer libro hasta *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego* como un proceso de precisión imaginífica del lenguaje literario. En sus dos últimos libros alcanza mayor profundidad y dominio la expresión poética, sin dejar de advertirse, por eso, el sentido de la continuidad creadora y el carácter de unidad en la expresión y el estilo a través de toda la obra.

Sobre *La Torre de Timón* dijo en su momento Fernando Paz Castillo, insistiendo en el carácter personalísimo de su autor, que este libro no era como “la mayor parte de los que se escriben hoy, para ponerse en contacto con el público, para conquistar la simpatía de los lectores, sino para aislarse más”.¹⁴⁶

“Sin duda alguna —dice Carlos Augusto León—, cuando en las páginas de un diario cualquiera, hace unos veinte años, aparecían aquellos escritos, sin rótulo de “poemas”, donde se describían extraños países y raros personajes, era explicable el mote de “oscuros”, en el cual más de un lector superficial sintetizaba su impresión”.¹⁴⁷

Ciertamente, en vida del poeta ya se discutía sobre la incompreensión de sus poemas cuya “rareza” sorprendía a la mayoría y enojaba a no pocos críticos al uso del tiempo. Incomprensible para muchos resultan los temas de sus composiciones, escribía entonces Fernando Paz Castillo, quien añadía: El que

¹⁴⁴Eugenio Montejo. *Op. cit.* p. 71.

¹⁴⁵*Idem.*

¹⁴⁶Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 14.

¹⁴⁷Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 47.

carezca de reminiscencias infantiles, “el que no tenga una tradición literaria que arranque, cuando menos, de los bancos de la escuela, no podrá comprender los motivos de este escritor, o mejor, escoliasta de viejos pergaminos”.¹⁴⁸

XI.—TIEMPOS Y PERSONAJES

El poder fabulador es el don esencial del poeta. En Ramos Sucre ese poder se magnifica y acentúa con una fuerza convincente. Es, en cierta forma, la nota primordial de su escritura. Su idioma adquiere, entonces, un nivel de mágicas transparencias, que seducen y conmueven con el encanto del misterio y del asombro. “. . . La monotonía de los trozos comenzados y recomenzados con el mismo rito lingüístico, en prodigio de ola expresiva, vocifera en cada nuevo poema, sacando de lo vano, de lo yerto, de lo congelado, un magnífico caudal de imágenes, sensaciones, recuerdos, deseos, soberbias, profecías, remordimientos. A la anatomía fija en la construcción poética, Ramos Sucre la rompe con los súbitos descubrimientos y con una palabra que alcanza confines amenazantes, causando rotura en las significaciones y levantando prodigiosos sueños”.¹⁴⁹

De allí la conformación histórica de su poesía y el abigarrado mundo mítico de sus personajes. El poeta se coloca en medio de la escena y de su boca prodigiosa surgen, atropellándose, visiones que a ratos limitan con lo onírico. “Toda esa indefinición, todas esas alusiones a hombres y objetos que no hunden sus raíces en la materialidad, acaso tampoco en el tiempo, dan una idea aproximada del manejo de los materiales poéticos en Ramos Sucre, de esa especie de frotamiento entre un yo que emite sonidos, habla, escucha, toca, así sea en el pasado o en la imaginación, y una posibilidad descriptiva, iniciada en sustantivos, que se desenvuelve en tenuidades y con hilos invisibles, entre sombras y retiros bajo cielos de espanto y otoños imprecisables. Visiones —dice él—, refugios, meditaciones febriles, fantasmas, mitos”.¹⁵⁰

La ubicuidad de la imaginación y de la simpatía, que cubre la existencia humana a lo largo de toda su extensión geográfica y de las diversas etapas de su historia, condiciona ese rápido identificarse del “yo” artístico de Ramos Sucre con los más variados y pintorescos personajes, a menudo tipos extrasociales o atormentados, como una metempsicosis en que los siglos fueron absorbidos en instantes para mayor riqueza de avatares”.¹⁵¹

¹⁴⁸Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 10.

¹⁴⁹Jesús Sanoja Hernández. “Poeta de otra realidad”. *Papel Literario de El Nacional*, 11.VI-70.

¹⁵⁰*Idem.*

¹⁵¹Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 23.

Pérez Perdomo ve en la poesía de Ramos Sucre un “doloroso y delirante viaje, alternativamente hacia afuera, en el cual el yo experimenta las más diversas transfiguraciones y puede, lógicamente, asumir las más diversas personalidades. De aquí esa poesía envuelta en su vértigo y girando a través de todos los espacios geográficos y de todas las edades de la humanidad”. Es el desfile interminable de sus más diversos personajes encubiertos bajo el “yo” posesivo del poeta, verificables o simplemente aludidos bajo el manto de su extraordinaria erudición. “A semejanza del Dante, tan admirado y citado en sus libros, Ramos Sucre también se propuso una especie de suma de conocimientos en su obra de creación poética”, que se ve apoyada por su “vasta cultura” que “no ahoga sino que incita los vuelos de su imaginación”. Por todo lo cual, “Ramos Sucre logra, en conjunto, uno de los cuadros más ambiciosos y universales que se haya propuesto poeta alguno en el país”.¹⁵²

No se puede evocar a Ramos Sucre —dice en este punto Félix Armando Núñez— sin pensar en su biblioteca.

“Y no es que una colección de libros —añade— diga mucho de quien la posee, aun cuando siempre indica algo. Pero en el apasionado por el saber que es el verdadero hombre culto, no el aficionado, la biblioteca viene a constituir como un órgano de su ser a la manera del corazón, o el cerebro. Y en el caso de nuestro autor la auténtica asimilación de la cultura se nos hace presente a cada instante por la riquísima variedad de sus motivos poemáticos, tomados de todas las latitudes terrestres, de todas las épocas, de todas las razas, de todas las civilizaciones, con una precisión tan pasmosa que componen como una geografía y una historia universal de la fuga imaginativa, polarizada por supuesto hacia lo mitológico, pintoresco o mágico”.

“El carácter general de Ramos Sucre se define en esta ubicuidad de la fantasía, única en las letras de Hispano-América. Si a ella agregamos la riqueza y propiedad de la expresión, y el poder insuperable de síntesis que cristaliza en el período corto (...) tendremos la trinidad más aparente de su personalidad irreductible. A su connotación hay que añadir sin embargo, otros atributos más profundos”.

“En la biblioteca de nuestra referencia se mezclan en los idiomas antiguos o modernos, poseídos por su dueño y antes enunciados, la Filosofía con la Mitología, la Religión con la Magia, la Poesía con la Historia y sus ciencias auxiliares, la Geografía con la Filología y la Lingüística y hasta la Pedagogía con la Medicina. Clásicos y modernos de todas esas lenguas alimentaban la insaciable sed de saber de aquella alma, cuyas alas prodigiosas recorrían vertiginosamente la vastedad del espacio y abolían sin esfuerzo el devenir de los tiempos”.¹⁵³

Guillermo Sucre es enfático al escribir que “el pasado como ilustración del presente, según la perspectiva del historiador, sería una fórmula inadecuada para atribuírsela a Ramos Sucre”, por cuanto él “no buscó ni la fidelidad a los

¹⁵²Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* pp. 15-16.

¹⁵³Félix Armando Núñez. *Op. cit.* pp. 11 y 12.

hechos, ni su enseñanza”, ya que “no fue un cronista sino un alquimista de la historia: ésta es para él su laboratorio”. De allí “que el tema histórico cumple en sus poemas una función metafórica y simbólica: es la transformación de la realidad a un plano más inteligible, no simplemente ilustrativo”. Además, y esto es significativo, “gran parte de su obra es una suerte de teoría de males y hasta sería válido preguntarse si no constituye la transformación de la patología social de su tiempo”. Por eso se señala que “al lado del héroe, del asceta, del santo, del rapsoda, del solitario puro, aparecen con frecuencia en ella los caudillos sanguinarios, los conquistadores bárbaros, los tiranos crueles o refinados, los pueblos de leprosos y anormales, también (¿cómo podían faltar?) los suplicadores”. De modo que frente a “un mundo arcádico y sereno, aunque no siempre feliz”, aparece “la imagen de otro, despiadado”. Así que “no sólo el sueño o la alucinación; también la pesadilla”. Por eso, aparecen dos planos que parecen convivir, “sin embargo, de una *manera mental*: el autor no busca compararlos, busca revivir una experiencia y hacer posible una catarsis, una purificación”.¹⁵⁴

El cultivo de su fantasía, avivada por sus intensas lecturas, “lo lleva a situarse —dice Paz Castillo— con preferencia en la Edad Media. Espíritu por naturaleza sombrío, goza con los paisajes de esa época tan tenebrosa. . .” “Muchos de sus poemas, que no otra cosa resultan sus escritos, son reminiscencias, más que de la lectura, de las láminas que ilustran viejos libros. Gustavo Doré, Alberto Durero, etc. . . . Por ello los que no han visto esas ilustraciones encuentran oscuro lo escrito, pero, viéndolo bien, no todo es culpa del autor”. Y el poeta de *La voz de los cuatro vientos* se pregunta: “¿Es un deber del escritor que todo el mundo lo entienda? . . . mucho más fácil es decir: “no entiendo” que tomarse el trabajo de entender”.

“El hecho de no ser entendido —añade— es triste porque el incomprendido se siente aislado, sin simpatía en el mundo”. Sin embargo, en su concepto, Ramos Sucre reaccionó como un espíritu fuerte, porque “sólo un espíritu fuerte puede formarse con los despojos de sus sueños una “Torre de Timón”, una torre de aislamiento y de amargura, “una torre de esquivéz para los hombres como la que pensó construirse el misántropo de Atenas”.¹⁵⁵

En toda poesía hay el ingrediente fundamental de la confesión. Particularmente en el caso de un temperamento poético como el de Ramos Sucre.¹⁵⁶

¿Cómo no relacionar, entonces, aquella alma atormentada y fuerte con las contingencias más hondas de su poesía? Vida y obra reposan en este caso, necesariamente, en un mismo plano. No puede hacerse cosa distinta que la de verlas así, en conjunto dual, si queremos persuadirnos verdaderamente de la vivencia extraordinaria de esta expresión de autenticidad del poeta venezolano.

Así, al repasar la galería de retratos que hay en su poesía, al discurrir sobre la diversidad plural de los personajes de sus relatos —algunos repetidos con

¹⁵⁴Guillermo Sucre. *Op. cit.*, pp. 83-84.

¹⁵⁵Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* pp. 12-13.

¹⁵⁶Angel Rama. *Op. cit.* p. 52.

singular vehemencia en el recuerdo— es posible, y acertado, identificar en ellos una visión personal del poeta, enmascarado transitoriamente en el ejercicio circunstancial de una escena histórica o legendaria. De este modo hay un reflejo constante de sí mismo en la expresión poética a que el autor reduce su búsqueda de un mundo que sea propio e inequívoco.

De él puede decirse, luego, lo mismo que él dijo sobre sus criaturas de ficción: “los personajes son todos héroes, y hablan extraordinario lenguaje sobre un tablado trágico”. (La aristocracia de los humanistas. *La Torre de Timón*).

XII.—TONO, ESTILO, LENGUAJE

Lo primero que resalta al acercarse uno a la escritura de Ramos Sucre es el cuidado especial que el poeta da a la preparación de los poemas. Esmero de artista y dedicación de artesano son notas calificativas para aquella disposición anímica que al final entrega un fruto, labrado y firme, pleno de resonancia humana dentro de un exquisito don de la inteligencia y del arte.

Ramos Sucre no tiene parecido con ningún otro poeta de su tiempo, salvo las anotadas coincidencias circunstanciales con Enrique Planchart, Luis Enrique Mármol y Salustio González Rincónes. En tal sentido, el poeta se presenta, nítidamente con un preciso aire de individual originalidad, personal y creadora. Un poeta solitario, apartadizo y reconcentrado en sí mismo, cuyas fuentes de creación, que fueron varias, estaban más allá de las fronteras patrias.

La singularidad de Ramos Sucre, asienta la generalidad de la crítica, reside en la naturaleza especial de su escritura y en el esfuerzo de quien hizo de su poesía la expresión más acabada de una transparente y profunda desolación interior.

“Se imagina uno al que ha cultivado con tanta ternura la desesperación, al que ama al plumaje negro y las sentencias prometedoras de la noche, cuando sueña con la luz o el amor. Leyéndolo se oye su voz. Era su prosa densa, estremecida por un soplo de sabiduría y de misterio. Los pensamientos tienen la marmórea movilidad de las olas (. . .) Emociones e imágenes remotas. Difícil sería penetrar en su espíritu afanado siempre en tales interpretaciones, en las cuales se tornaba de continuo a formas excelsas. Lo cierto es que gozó sus éxtasis en aquellos sitios donde la historia exprimió las horas más augustas o voluptuosas. De ahí su amor apasionado por la flor del acanto, las glicinas o madre selvas, guirnalda heroicas que cubren ruinas o leyendas”.¹⁵⁷

“Extraña poesía en prosa, —escribe Félix Armando Núñez— de original vivencia y forma exacta. Pesadilla cambiante en que las imágenes oníricas se presentan con la nitidez y la coherencia de una vigilia a menudo informal. Pero

¹⁵⁷Enrique Bernardo Núñez. *Op. cit.* p. 214.

arte de oráculo, de morosa destilación o cristalización como en lo mejor de Baltasar Gracián, en que el duro trabajo del estilo es muy anterior al momento de hacer uso de él en la oportunidad de la ocurrencia o invención, como el entrenamiento del atleta antes de la prueba que ahora le resulta tan fácil. Arte de medalla y camafeo, o mejor de primoroso relicario o joyero que sólo deben abrir para su valoración cabal los que estiman la belleza como un don sagrado".¹⁵⁸

"La escritura de Ramos Sucre es una escritura de tono satánico, dionisiaco, al igual que algunos de los personajes de sus textos", dirá Francisco Pérez Perdomo.¹⁵⁹

"...Ciertas aves cabalísticas y ciertos animales premonitorios desatan calamidades incontenibles (. . .) Sus poemas son cruzados por conjeturas y fábulas, símbolos, alegorías y presagios, maldiciones, ritos, liturgias, costumbres crueles, consejas y leyendas, suplicios extravagantes, mujeres desvaídas, plagas y venganzas: un vasto mural de espanto, hechizado".¹⁶⁰

Guillermo Sucre encuentra "que el tema del horror y del sufrimiento está continuamente presente —transfigurado, multiplicado— en gran parte de su obra".¹⁶¹

"Ramos Sucre siempre trabaja con colores y líneas puras. Y las palabras tienen laboriosidad en su ajuste, pero no robustecimiento, advertirá Paz Castillo".¹⁶²

Los textos poéticos de Ramos Sucre están concebidos con un fondo narrativo particular, que denota una permanente tensión en la búsqueda final del resultado. De allí esa revelación de intensidad y brillo interior que domina su expresión, más allá de la simple cobertura formal que imprime un sello característico a su escritura.

"Típico de los poemas en prosa de Ramos Sucre es lo engañoso de su estructura eterna. La forma, escultural al primer contacto, se despoja en seguida de su apariencia primeriza y se convierte en instrumento cortante, filudo y frío como cuchillo o bisturí, y en vez del esperado reposo del mármol nos invade más y más el apremiante desasosiego de quien ha llegado a un límite cercano del abismo".¹⁶³

Esta poesía presenta un desconcertante y desolador panorama de la existencia del autor.

De allí que el sentido autobiográfico de las prosas poéticas de Ramos Sucre no sea un azar ni obedezcan a un procedimiento simplemente formal del poeta. Son, al contrario, autobiográficas por fidedignas como un acto de desgarramiento y confesión. La poesía es una forma de transferir a la palabra esa fuerza interior que desgarrar y ennoblece, al propio tiempo, la expresión. Ser verda-

¹⁵⁸Félix Armando Núñez. *Op. cit.* pp. 17-18.

¹⁵⁹Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 15.

¹⁶⁰*Ibid.* pp. 16-17

¹⁶¹Guillermo Sucre. *Op. cit.*, p. 82.

¹⁶²Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 29.

¹⁶³Félix Armando Núñez. *Op. cit.* pp. 21-22.

dero, exacto en su impureza, es el poeta cuando produce el testimonio, noble testimonio, de su verso. Autobiografía es testimonio, confesión, prueba de sí mismo ante el embate del mundo exterior.

Ramos Sucre no rehúye esa circunstancia. Por el contrario se entregó a ella como en una especie de inmolación cotidiana. Deja así la expresión asistida del reclamo vivencial, para que sea el espíritu alerta del lector el que logre la perfecta unidad de lo expresado. "Creó un estilo, —dice Enrique Bernardo Núñez—. Sus relatos tienen siempre la forma autobiográfica, porque ésta le ponía en mejor actitud para extraer el sentido impenetrable de instantes eternos".¹⁶⁴

Por eso en sus páginas habrán de encontrarse, a cada instante, expresiones y referencias —ya directas, ya sobreentendidas— a la propia condición humana del poeta, a su agobiadora trayectoria en el mundo. No verlo así es pasar por alto uno de los valores más consistentes de su poesía. Es esquivar o eludir la desolación de su espíritu y el doliente fracaso de su vida.

Escribía "cuando la tensión anímica se le hacía insoportable (Mijares), buscando catarsis u olvido, a manera de conjuro y muy probablemente le importaba poco lo que después aconteciese al poema. Ya él había vivido, y esa era su principal manera de vivir: en preparar su obra y su muerte se le pasaría la vida".¹⁶⁵

Angel Rama, al entrar en el análisis simbólico de los textos poéticos contenidos en *La Torre de Timón*, adelanta la opinión de que la expresión de los mismos es "bella" y "sabia", influyendo en su carácter hermético. "Tanto por su formación intelectual —dice Rama— como por su trato con las manifestaciones de un arte construido merced a un espeso tejido simbólico, Ramos Sucre creyó que el campo del artista no estaba exclusivamente en una expresión "bella" sino también en una expresión "sabia". Parte del hermetismo que caracteriza sus textos de allí nace, y la red de símbolos puede y debe analizarse directamente sobre esos textos aparencialmente oscuros".¹⁶⁶

¿No podrían tomarse como autodefensa encubierta de su poesía aquellas palabras que dedica al *Fausto*, de Goethe, y en las que propone una diferencia sustantiva entre lo claro y expreso o el misterio de la creación poética? "Con razón —admitía— ha dicho alguien que lo claro es generalmente vulgar o que lo bello se presenta ataviado de una oscuridad o misterio que a unos causa inquietud, a otros respeto". (Ideas dispersas sobre Fausto. *Los aires del presagio*.)

El mismo Rama discute el juicio de que Ramos Sucre eligiera el camino de la prosa en lugar del verso para la poesía, porque careciera de condiciones verificadoras. Al efecto, asienta: "En todo caso es evidente que Ramos Sucre no eligió la forma aparencialmente prosística porque careciera "del dominio de la rima" como se ha pretendido, sino porque optó a conciencia por una forma que ya tenía historia (desde Baudelaire al menos) y que ni puede defi-

¹⁶⁴Carlos Augusto León. Artículo citado.

¹⁶⁵*Idem*.

¹⁶⁶Angel Rama. *Op. cit.* p. 18.

nirse como “poema en prosa” ni como “cuento”, pues maneja recursos de ambos. Cuando los instrumentos lingüísticos y estilísticos que pone en funcionamiento Ramos Sucre se adecúan mejor al narrar, nos encontramos claramente en la órbita de un “cuento”, pero cuando voluntariamente los dificulta, rompe o escamotea, nos aproximamos al “poema en prosa” sin abandonar por eso una cierta ilación narrativa que no es específica del cuento, sino, diríamos del *relato* (del *récit*) en lo que éste tiene de expresión indistinta de múltiples géneros, pues está en la poesía, aun en aquella más lírica y concentrada, en la novela, en el teatro, en las series de imágenes que componen un filme, en cualquier manifestación secuencial donde los distintos elementos componentes funcionan como eslabones que se articulan lógicamente entre sí para formar una cadena, ya sea de causa a efecto, ya sea meramente de antecedente a consecuente”.¹⁶⁷

Ludovico Silva anota con perspicaz ojo crítico que “Ramos Sucre jamás se abandona a la “inspiración”, todo lo contrario del surrealismo”. Por eso, “su poesía es de una lucidez casi cruel; los períodos ondulantes de su prosa se mueven gobernados por un cálculo prosódico muy riguroso; sus adjetivos tienden a una precisión casi matemática (. . .) Con todo ello construye Ramos Sucre un universo mágico, teñido de misterio y esplendor nocturno, compuesto de vocablos “jamás directos”, que tintinean en el trasfondo de su prosa cantada como joyas en la oscuridad. Es un poeta hermético, en el sentido ritual y ocultista del término, no lo es en el sentido histórico-literario del vocablo, pues su poesía está compuesta de una prosa diáfana, cristalina, de claros períodos y vocabulario relativamente simple (. . .) Es, en todo caso, un gran mago poético. El antiguo parentesco entre poesía y magia revive en él y se actualiza con grandeza”.¹⁶⁸

Adviértase, sin mucho esfuerzo, aquella insistente rememoración de una comarca de fantásticos y distantes límites, por donde discurre la imaginación a través de cerrados espacios temporales muy característicos, y se manifiesta el dominio a placer de una riqueza verbal prodigiosa. Es, en cierto modo, un incitante recorrido por las edades más significativas de la historia, de una historia de la cual se apropia el poeta para acomodarla a las exigencias de su sensibilidad propicia a lo sorpresivo y enigmático, dentro de sugestivos trazos de un mundo descubierto en sus más extrañas dimensiones. Por detrás de todo eso se percibe una especie de suspenso narrativo, que acrece el misterio y el clamor de lo existente en torno a un reino, inverosímil, donde oficia una voz cercana de la noche y el luto. La insistencia de una vigorosa visión poética presta más aún caracteres de fantásticos relatos al resultado final del proceso expresivo. Es lo que se sintetiza en el juicio de Francisco Pérez Perdomo cuando dice: “Un mundo sobrenatural, fantástico, invade sus textos”.¹⁶⁹

¹⁶⁷*Ibid.* p. 42.

¹⁶⁸Ludovico Silva. *Op. cit.* pp. 67-68.

¹⁶⁹Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 16.

“Sus poemas en prosa, redondos, cerrados en sí mismos, de un simbolismo alto y cernido, tienen muchas veces valor de piedras preciosas”. (...) Son piedras mágicas sus poemas. Brillantes, pulidos en sus facetas diversas, concretos en su forma, de claro reflejo atravesando el aire. Los trabajaba —se siente al leerlos—, como pule su joya el artífice, paciente, gozosa, finamente. Al concluir cada uno de ellos debía sentir doble gozo: por la forma lograda y por el sentimiento lanzado al aire”. De otra parte está su permanente inclinación a la síntesis, que hace que sus poemas sean “siempre síntesis: cada frase parece llevar en sí el contenido de muchas otras; cada palabra tiene tras de sí un vasto mundo de resonancia”.¹⁷⁰

“Lo que atraía con mayor ahínco su amor a la belleza era la forma, anota Paz Castillo. Pero forma y pensamiento eran una sola cosa en su arte. Por ello defendía (...) la retórica y la elocuencia”.¹⁷¹ De allí su búsqueda de la perfección de la forma a través del hábito de la síntesis.¹⁷² “En realidad, agrega Paz Castillo, la obra de Ramos Sucre es sobria. Es como una biografía sentimental de su espíritu sediento, disimulado en varios episodios”.¹⁷³

Para Pérez Perdomo, el lenguaje de Ramos Sucre es sometido a una increíble reinención: “que explica y justifica en su escritura el uso constante de neologismos”; pero al mismo tiempo ese lenguaje, así originado, es objeto de una irreprochable construcción gramatical, lo cual ha suscitado espejismos y ha inducido “a pensar en una lógica en la poesía de Ramos Sucre, allí donde tal lógica no existe”.¹⁷⁴

Añade Pérez Perdomo que “su lenguaje es uno de los más lúcidos y laboriosamente trabajados en la poesía venezolana de todos los tiempos”. Pero hay dos momentos de la creación, motivos de expectativa, el del lenguaje propiamente dicho y el del poema, ya resuelto en su final expresión, pues si en el lenguaje no se producen fracturas, “en la concepción del poema Ramos Sucre sí rompe y anula todas las posibilidades de reconciliación con cualquier lógica que no sea la estrictamente poética. A su lenguaje sólo lo exige la virtualidad y eficacia necesarias para generar y expresar esos extraños y delirantes universos que tanto le fascinan”.¹⁷⁵

Coincide Eugenio Montejo en resaltar que se trata “de un lenguaje que está urdido con un movimiento intenso, el cual debió hacerse inaudito al momento de su creación”.¹⁷⁶ Es por todo esto, un lenguaje vivo, dinámico, persuasivo y plenamente penetrado por un hondo aire subjetivo y extraño. En ese caso está bien decir que “Ramos Sucre se atiene a la palabra”, a ese contenido de la lengua, de que habla Dilthey”.¹⁷⁷

¹⁷⁰Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 56.

¹⁷¹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 46.

¹⁷²Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 47.

¹⁷³Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 47.

¹⁷⁴Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 10.

¹⁷⁵*Idem.*

¹⁷⁶Eugenio Montejo. *Op. cit.* p. 73.

¹⁷⁷*Idem.*

Puede decirse que el poema que surge de la prosa de Ramos Sucre está en la mejor tradición de quienes le precedieron en el cultivo de esta forma poética. Así, los atributos esenciales del poema en prosa cobran en él niveles de excelencia. Por eso, "procurará hacer de cada texto no sólo una estampa animada de evocadoras sugerencias, se detendrá en el oficio e intentará por sobre todo recrear una especie de gema arduamente trabajada".¹⁷⁸ Se alude así a su constante inclinación por elaborar el poema con el mayor cuidado y ponderación de la forma, pero a su vez con el arrebato pasional contenido en el esfuerzo de la expresión, con toda su carga de autenticidad.

La fabulación, esto es el fondo narrativo sobre el cual descansa el poema, constituye una de las principales manifestaciones del arte creador de Ramos Sucre. Generalmente, esta fabulación o don de recrear un estado lírico, se hace "a partir de un dato histórico o literario que súbitamente rescata del olvido". Y de tal modo es importante esta manifestación del poeta, que ella sobresale por sobre otras dotes singulares de su estilo, como un proceso que "confiere, a un creador en posesión de una cultura como la suya, la más excitante libertad".¹⁷⁹

El uso reiterado de ciertas imágenes en la diversidad de sus manifestaciones, dota al texto poético de Ramos Sucre de una absoluta atmósfera simbólica. Eugenio Montejó destaca entre ellas las de las aves, las ruinas y el fuego. "Las aves proliferan a lo largo de sus visiones añadidas a una mecánica celeste, a menudo espectral, de la que el poema es siempre su reflejo. Ya se ciernan en el azul o crucen fugazmente, ya lleguen en bandadas o acaso sea una sola de ellas, su vuelo, su presencia, marca el espacio del poema de un modo por sí solo peculiar. Sin duda, la contemplación de las aves marinas en su niñez frente a nuestra costa oriental, ha dejado este rastro indeleble en su palabra. La invocación de las aves recreará entonces tal vez el tiempo de una infancia alimentada de presagios".¹⁸⁰

De parecida forma observa Angel Rama el carácter simbólico de las aves en la poesía de Ramos Sucre.

Rama encuentra en efecto que, "como las aves ocupan un lugar eminente entre las imágenes de Ramos Sucre, surgen en los textos más variados con diferencias de inflexión, matiz y significación, debemos convenir que estamos en presencia de uno de sus símbolos predilectos, que él maneja con amplitud".¹⁸¹

En dos formas se nos puede presentar el vuelo de las aves en los textos del poeta. La primera es la forma del orden, agrupadas de manera geométrica; en-

¹⁷⁸*Ibid.*, p. 77.

¹⁷⁹*Ibid.*, p. 78.

¹⁸⁰*Ibid.*, pp. 79-80.

¹⁸¹Angel Rama. *Op. cit.*, p. 70.

tonces “estamos ante una concepción ritual de las aves, capaces de interpretar una visión sagrada del universo”. En el segundo caso también las vemos aparecer juntas, pero sin orden, “son frecuentemente las “aves de rapiña” de “El rezagado” cebadas sobre sus víctimas o las “aves engrifadas de hábitos sanguinarios, cortejo de los ejércitos” que aparecen en “Entrevisión del peregrino” (. . .) La oposición del comportamiento de estas bandas de aves es ilustrativa: las ordenadas corresponden a un valor superior, religioso y sacro; las desordenadas y tumultuosas a la destrucción, el dolor, la crueldad”.¹⁸²

Por lo cual anota Rama: “Estamos en presencia de lo que, usando unas palabras del propio Ramos Sucre (en “Diva”) podríamos designar como una “imaginación volátil”, es decir, una imaginación del vuelo, que atiende a cada una de las posiciones y combinaciones de los seres alados para sugerir un verdadero alfabeto simbólico. No se trata, obviamente, de una racionalización consciente, sino de las plurales tendencias de una imaginación aplicada a un material rico de posibilidades significativas”.¹⁸³

Rama encuentra seguidamente que el ave representa originariamente la libertad. “En Ramos Sucre le corresponde esa función más exactamente al “pájaro” y no al “ave”.¹⁸⁴

“Al igual que las aves —insiste Montejo—, el tema de las ruinas se reitera siempre en los decorados que presta al paisaje, o llega sugerido en su proyección espiritual sobre seres y climas de su imaginación. Algo tiene del mito renacentista al que obsesiona el rescate de la cultura antigua. Ruinas, planicies áridas, arquitecturas abandonadas, encubren las sendas de una evasión que nunca creyó habernos dibujado del todo”.¹⁸⁵

El fuego se torna en otra constante temática de la poesía de Ramos Sucre, “hasta alcanzar el título de uno de sus libros: *Las formas del fuego*”. Se trata de una dialéctica de purificación —en acertado juicio de Montejo— que “se halla conectado con este elemento tan importante en las clases de sus símbolos”. Por eso “en la obra de Ramos Sucre el fuego adviene como parte de una expiación purificadora”.¹⁸⁶

La imagen de la destrucción también es una constante en la poesía de Ramos Sucre, y en sus textos se acentúa “su horror porque es obra de seres y aun de enteras poblaciones inferiores (. . .) La destrucción de la cultura, la belleza y el saber por obra de la barbarie, la fuerza y la ignorancia, es un tema que irriga la escritura de Ramos Sucre como posteriormente lo hará con la del Borges de la década del cuarenta. Es posible que sea en estas imágenes donde mejor pueda rastrearse la transposición simbólica de la situación de sus medios culturales, tal como ambos escritores lo vieron y padecieron”.¹⁸⁷

¹⁸²*Idem.*

¹⁸³*Idem.*

¹⁸⁴*Idem.*

¹⁸⁵Eugenio Montejo. *Op. cit.* p. 80.

¹⁸⁶*Ibid.* p. 81.

¹⁸⁷Ángel Rama. *Op. cit.* p. 61.

XIII.—LA SUPRESION DEL “QUE” Y EL USO DEL “YO”

La intención reiterativa del “yo” y la supresión del “que” relativo observadas de continuo en la escritura de Ramos Sucre, no son meras disposiciones de carácter lingüístico, puramente formales, sino que tocan aspectos esenciales del estilo y del fondo mismo de la expresión con que se entrega el material poético ya elaborado. Tampoco son afectación del estilo, sino una búsqueda más para afinar la expresión original del poeta.

El latinista insigne que era Ramos Sucre se muestra una vez más en todo el dominio de su afán verbal en estas coyunturas idiomáticas. Ellas advienen en su obra, —como advierte Montejo— “como recursos indispensables a la hora de establecer su comunicación. Son mecanismos que obedecen, junto a otros a las necesidades de su estilo, siempre estimulado por una permanente meditación sobre la realidad de la escritura”.¹⁸⁸ De allí que Ramos Sucre recurre al *yo* como a una palanca para impulsar la respiración del poema. Es un *yo* que dimana y enhebra el curso narrativo; prescinde en cambio del *que* para ceñirse, por una convención autónoma, a leyes más rigurosas. (Recuérdese que, años más tarde, Gottfried Benn abogará por la proscripción del *como* entre los síntomas para reconocer un poema moderno). La prescindencia del relativo lleva a Ramos Sucre a construir la frase de tal modo que el verbo queda al desnudo, soportando sobre sí la carga de la expresión. De allí la esbeltez marmórea de sus períodos. Así buscaba deslindar su propia zona de relación con el lector, una de aquellas zonas donde, al decir de Max Rense, “el pensar va a recaer más en la resonancia, en el ritmo de la prosa”.¹⁸⁹

Sobre la eliminación del “que” en los textos del poeta venezolano se ha hablado mucho, pero no es cierto que en todos ellos, especialmente, en *La Torre de Timón*, exista tal eliminación, porque, como bien apunta Angel Rama, “hay muchos textos, entre ellos muchos poemas de su primera época, que utilizan el *que* cuya ausencia lamenta Paz Castillo. El problema es más amplio y tiene que ver con tendencias estilísticas profundas y aun podría decirse, con obsesiones de la escritura artística de Ramos Sucre”.¹⁹⁰

El ensayista aclara su opinión: “la elisión del “que”, es sólo índice de otros comportamientos lingüísticos que a su vez traducen concepciones artísticas previas; la lengua se ajusta a una concepción estética. Los que desaparecen progresivamente hasta no dejar rastro en la escritura de Ramos Sucre son los pronombres relativos. No sólo desaparece el más importante de los pronombres relativos, sino que también se esfuma *cual*, *cuales*, *cuyo* - *cuya* - *cuyos* - *cuyas*, *cuanto* - *cuanta* - *cuantos* - *cuantas* y hasta se percibe el esfuerzo para escamotear *quien* - *quienes*”.¹⁹¹

¹⁸⁸Eugenio Montejo. *Op. cit.* pp. 73-74.

¹⁸⁹*Idem.*

¹⁹⁰Angel Rama. *Op. cit.* p. 38.

¹⁹¹*Ibid.* pp. 39-40.

“Mucho se ha comentado la eliminación del *que* relativo, realizada por Ramos Sucre a lo largo de su obra, apunta Carlos Augusto León. En otros tiempos era la única afirmación común y corriente sobre su poesía. Para muchos ésta era: una simple colección de cosas ininteligibles, escritas sin “que” (. . .) Un afán de pureza en el idioma, y no un simple capricho, ha debido impulsarle a tal resolución. En su eliminación del *que* relativo, hemos de ver la cualidad ejemplar de Ramos Sucre en cuanto a la forma artística. Esa eliminación no es la única muestra, sino una prueba más, de su constante preocupación por la palabra, por la pureza, la precisión y la elegante musicalidad del lenguaje. Esa preocupación y el trabajo constante por pulir y limar las obras de su sensibilidad, ha de ser tomada muy en cuenta por las nuevas generaciones. Vivimos en desgano, en tal aspecto fundamental de la obra poética y literaria. Quien poseyó muchas lenguas aprendió a amar la suya, así como el viajero por muchos países aprecia mejor, el retorno, su tierra natal”.¹⁹²

“Para abordar y hacer más directa y rápida su visión del mundo, —aclara Francisco Pérez Perdomo—, Ramos Sucre ha eliminado de casi todos sus textos, excepto de los primeros, la partícula *que*, en sus distintas funciones gramaticales y, sin duda, ha logrado con ello un lenguaje más intenso, más cerrado y de mayor perfección formal”.¹⁹³

La supresión del *que*, en concepto de Paz Castillo, es, por sobre todo, virtuosismo de lingüista. “Sin duda —añade—, no es el tipo mediocre del escritor correcto, preocupado de la pureza del lenguaje, sino de la pureza, como estricta norma estética, de un estilo personal que se ha formado, él mismo, con reglas precisas de gramática latina. Si alguien cree advertir un descuido y le hace alguna objeción, responde, vibrante y con perfecto dominio de sus conocimientos: Yo escribo el español a base de latín”.¹⁹⁴

Con sentido más profundo —y ligado al fondo de su personalidad creadora— observa el problema Jesús Sanoja Hernández. “Eliminé el *que*, —dice— no para valerse de una prescindencia formal como algo pericial y, en el fondo, retórico, sino para probar en estos terrenos, como en los de la vida de proscrito, el autocastigo. Aquella tortura deleitosa del novicio, por él expuesta como proyectada autobiografía, funcionaba más allá de las mortificaciones carnales, las dejaciones del espíritu, la afrenta de los sentidos. Era también una prueba del lenguaje, por él concebido como una renuncia al mismo tiempo que como un arma”.¹⁹⁵

El caso de Ramos Sucre —en concepto de Félix Armando Núñez— es “el de una perfección de la forma lograda por un hábito infalible de síntesis, un castigo del instinto que se ha convertido en satisfacción intelectual del freno y una repugnancia congénita hacia la vulgaridad y la negligencia del improvisador

¹⁹²Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 58.

¹⁹³Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 10.

¹⁹⁴Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 13.

¹⁹⁵Jesús Sanoja Hernández. “17 de julio de 1930. Ramos Sucre vuelve a Caracas”. Papel Literario de *El Nacional*, 18-VIII-1976.

o el pseudo intelectual de nuestras tierras americanas. En efecto, suprimió el “que” relativo, pero sin esfuerzo como correspondía a un maestro de idioma, cirujano habilísimo de la expresión, espíritu multiverso y prodigiosamente ágil en la trasposición poliglótica”.¹⁹⁶

Que el poeta infundía la fuerza de su misma personalidad a su poesía a través del drama permanente de que era actor, es indudable. El uso constante del pronombre *yo* es una manifestación resaltante en este caso. Recuerda Paz Castillo que siempre se sintió héroe. “En su vida y en su arte procedió como si lo fuera, pero también se sintió derrotado. Y aquí está su amargura. Su lenta amargura cotidiana, que lo iba encaminando silenciosamente hacia su fin, desesperado de su propio naufragio, y buscando apasionadamente el olvido para enmendarlo. Pero de ese olvido fatal; olvido de sí mismo, quiso salvar la única fe que le quedó en la vida: el candor del arte”.¹⁹⁷

¿Cuando Ramos Sucre utiliza el recurso de “yo” para iniciar sus textos, se refiere a sí mismo o a la narración de un ser distinto y extraño del mismo? Sí y no, responde Angel Rama. “En lo que cada una de esas páginas tiene de articulación narrativa, el “yo” es simplemente un narrador-personaje (*homodiegético* hubiera dicho Genette, pensando que la “voz” hablante corresponde a alguien incorporado al texto como fuerza actuante) por lo cual estamos ante la voluntaria construcción del narrador, propia de cualquier escritura. La pluralidad de historias, las circunstancias muy variadas que se nos ofrecen, los caracteres, trajes, costumbres de los diversos relatores, nos obligan a convenir que estamos ante una galería de personajes creados por la imaginación de un autor y a los cuales se les atribuye la narración de sus propias vidas”.

“Pero también podremos encontrar ciertos rasgos comunes bajo la pluralidad de disfraces, edades, nacionalidades y situaciones de esos narradores. Esto nos permitirá reconocer una identidad espiritual, interna, que ella sí será posible aproximar al propio autor. El confesionalismo operaría como en los “alter egos” byronianos: insertando, dentro de los personajes, almas afines, pero presentándolos como criaturas ajenas con las cuales entablar la profunda y deseada vinculación personal que, saltando sobre la muralla solitaria, restablezca la comunicación que el solitario ha perdido y añora”.¹⁹⁸

“En la escritura de Ramos Sucre —advierde Víctor A. Bravo— es evidente la persistencia de ese “yo” literario que excusa y solapa al yo de la vida: Ramos Sucre no quiere hablar en la vida y por ello construye un yo literario en donde disimularse (. . .) El “yo” literario que sustituye al “yo” de la vida es la soledad alcanzada por el poeta en medio de la obra. A partir del yo literario el poeta se ausenta del mundo. Y para ausentarse, ese “yo” recorre otros espacios estéticos que ofrece al poeta la historia de la literatura”.¹⁹⁹

¹⁹⁶Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 21.

¹⁹⁷Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 45.

¹⁹⁸Angel Rama. *Op. cit.* p. 52.

¹⁹⁹Víctor A. Bravo. *Op. cit.* p. 107.

XIV.—EJERCICIO DE LA PALABRA

La condición de hombre penetrado de las más cultas esencias literarias de su tiempo y del pasado, pero especialmente el signo característico que le es propio como latinista consagrado, hacen de Ramos Sucre un permanente burilador del idioma que extrae desde el fondo dormido de sus aguas esas resonancias y ecos de palabras y expresiones arcaicas, que aun fuera del uso y la vigencia, refuerzan su lenguaje poético en la recreación que demanda su infatigable mano laboriosa o en la sorpresa que busca suscitar en la expectativa del lector de su prosa.

En todo caso hay que advertir que la tentativa mayor del autor en su incesante afán frente a la tarea cotidiana, giraba principalmente en la necesidad de acudir a la concisión como forma final de un lenguaje robusto y propio, exquisito y complejo en su resultado final, prestado a la expresión poética.

Inevitablemente ante la prosa personalísima de Ramos Sucre, hay que caer en el uso y significación de la palabra, en su fuerza comunicante y simbólica, que culmina en el espacio trémulo y sofocante de un lenguaje penetrado por los más ácidos effluvios.

Es una prosa construida laboriosamente, en un plano de enigmáticos clamores. Nada se deja en ella al azar o a la improvisación inconsciente. De allí resulta el orden de su precisión semántica y poética, revelada en la concisión más acabada y singular. "Ajena al caos, dispuesta en una sucesión perfecta, la prosa poética de Ramos Sucre arranca con transparencia sintáctica los mayores secretos al mundo, entrecruza una red de significados, reelabora textos primitivos, arma en pasado la historia presente y otorga primacía a la imagen. No se encontrará en sus cláusulas de poderosa irradiación, ni en su simétrico uso interfuncional, la maraña técnica de la vanguardia venezolana. Esta poesía, su transcripción sin juegos ni trucos, se levanta sobre un orden, sobre una semejanza, sobre un cuadro lingüístico donde más que el azar y las desigualdades interesa la prisión de la forma, toda la enorme posibilidad interior de la palabra".²⁰⁰

Sobre todo hay que destacar esa singularidad de la prosa de Ramos Sucre: que más que el aspecto formal de la misma, la cual no podía estar ausente de la intención y de los propósitos del autor, era evidente e inestimable la mayor finalidad que lo animaba en el logro de una tesitura lingüística volcada hacia la evidencia impostergable de "toda la enorme posibilidad interior de la palabra".

Ese es, precisamente, el sentido exacto de su prosa, castigada con el más absoluto rigor. La palabra se convierte en él, de este modo, en una obsesión vital, de inevitable confrontación en sus significados y trascendencia. El poeta no puede impunemente desasirse de sus contenidos ni mucho menos burlar o esquivar el asedio de sus resonancias interiores. La palabra adquiere, de tal manera, un papel de primer orden como vehículo esencial de la expresión

²⁰⁰Jesús Sanoja Hernández. "Poeta de otra realidad". *Papel Literario de El Nacional*. 21-VI-1970.

más oculta, desbordada en la confesión y el alarde del creador frente al espectáculo del mundo. Este es, sin duda, el preciso valor del ejercicio de la palabra en Ramos Sucre.

La palabra sirve, además, en él como el vehículo necesario para su traslado en el tiempo y el espacio, para definir, mejor dicho, su evasión frente al mundo inmediato y construir esa "otra realidad", que de manera tan perfecta y apropiada, se adaptaba a sus infinitas ansias de peregrino solitario. De allí su posición de cara al pasado, la actitud irredenta de buscar en otros sitios y edades el aliento y sostén de su misión como intérprete y servidor de la poesía, como actor y espectador de ese particular éxtasis que encarna la palabra capaz de transmitir la esencia de la realidad. Es una actitud creadora fundamentada en la transmutación de las formas exteriores de la vivencia del hombre, en uso de esa facultad taumatúrgica que convierte al poeta en un pequeño dios fabulador. "Hay en él (Ramos Sucre), acota Jesús Sanoja Hernández, una adhesión volátil a la realidad, en atisbo de lo que ya fue y está precipitado y de cuyas cenizas puede componerse una nueva figura, reconstruirse una crónica fabulosa, engrandecer formas ya mutiladas o en exterminio".²⁰¹ En todo caso no se trata de un desasimiento total de las formas y circunstancias del mundo que se vive en la inmediatez de los días, sino una vía de escape para construir otro mundo a imagen y semejanza del poeta, pero sin descuidar la inminencia de la realidad que se transforma en lucidez plena, y sin esquivar la carga del testimonio que va implícito en cada acto del creador solitario. No hay, por lo tanto, idolatría del pasado sino una especie de escapada virtual al emplazamiento del mundo. Claramente se define, de este modo, lo que a falta de mejor vocablo pudiera entenderse como el ejercicio de un arte fundado en la fuerza del lenguaje que acude al sentido y resonancia de la palabra, enfrentándola como un reto para desentrañar el sentido de lo universal y de lo cósmico.

"Al contraponer pequeños discursos poéticos, la belleza realza dentro de la repetición, y uno, prevenido como los griegos ante el final de la tragedia, ensancha su mirada para ver hasta dónde llega la capacidad de Ramos Sucre, bajo qué cielos florece su vocablo mágico, y en cuál sitio termina su trayecto; la monotonía de los trozos comenzados y recomenzados con el mismo rito lingüístico, en prodigio de ola expresiva, vocífera en cada nuevo poema, sacando de lo vano, un magnífico caudal de imágenes, sensaciones, recuerdos, deseos, soberbias, profecías, remordimientos. A la anatomía fija en la construcción poética, Ramos Sucre la rompe con los súbitos descubrimientos y con una palabra que alcanza confines amenazantes, causando rotura en las significaciones y levantando prodigiosos sueños".²⁰²

En otro trabajo sobre el mismo autor, Sanoja Hernández profundiza y reitera con mayor ahínco sus ideas acerca de las calidades y la función del lenguaje en Ramos Sucre. Su crítica tiende a demostrar que el lenguaje utilizado por el poeta "era una prueba" para él "concebido como una renuncia al mismo tiem-

²⁰¹ *Idem.*

²⁰² *Idem.*

po que como un arma”, de lo cual resulta el que su idioma sea “único en la literatura venezolana”.

“Su elogio de la soledad y su discurso del contemplativo constituyen la textura de esa prosa rítmica que no acude al verso, tal vez para evitar rimas y sonoridades externas y poder demorar en las zonas imaginarias, que mientras más él inventa más lo maltratan, pero que exigen libertad absoluta en la expresión”.²⁰³

XV.—EL PAISAJE

La referencia al paisaje es nota dominante en los textos de Ramos Sucre. Un paisaje verdaderamente personal y característico. Ya lo habían anotado al paso los primeros que se ocuparon seriamente de su obra (Augusto Mijares, Pedro Sotillo, Paz Castillo).

Un paisaje nórdico, brumoso, muy lejano de la realidad venezolana, lo conceptúa la mayoría de la crítica. En cierta forma, es un paisaje enfermizo, creado a imagen y semejanza de una sensibilidad doliente, un paisaje de abstracciones y trazos desprovistos de vida intensa y verdadera.

El tono descriptivo de los textos ramosucreanos, lleva necesariamente a la representación visual de lugares y escenarios donde transcurre la acción narrativa. Esto conduce al dibujo, esquemático, puro, pero en todo caso virtual, de un paisaje plenamente nutrido de alientos subjetivos.

“Llevo en el espíritu la desolación del paisaje”, escribió alguna vez el poeta.

Carlos Augusto León califica, desde el principio, este paisaje como doliente y obsesivo. El poeta recurre con descarnado empeño al uso de contornos donde se mueven sus profusos personajes —y el personaje principal: él mismo— que pertenecen a una dimensión especial, sobrehumana. No sólo es el tono melancólico de la añoranza por lo sepultado en el tiempo, sino el desgarramiento de las formas extintas de la vida, que recuerdan el tormento y la vigilia. Son parajes de brumas y nostalgias, reconstrucciones de etapas sacudidas por las mareas de extintos mares. Abundan, sobre todo, los paisajes nocturnos. Sin embargo, “hay poemas donde luce el sol y se alegran los campos. Mas no son ellos el caso general. Por el contrario, aparecen a la manera de esos días luminosos, surgidos de pronto, fugaces y eufóricos, en medio del invierno (. . .) Lo general son los días brumosos, los cielos grises, los soles pálidos, los ríos de tinta o de oscuro verdor (. . .) Existen, a veces, paisajes con otra luz, con la luz cegadora del arenal, o la brillante luz del mar. Mas, una cosa es común a todos: la presencia del dolor (. . .) El paisaje doliente no es otra cosa sino el dolor

²⁰³Jesús Sanoja Hernández. “17 de julio de 1930. Ramos Sucre vuelve a Caracas”. *Papel Literario de El Nacional*. 18 de julio de 1976.

del poeta volcado sobre los montes y los ríos y las casas. Sobre los hombres también. . . ”²⁰⁴

Ludovico Silva señala como telón de fondo de los poemas de Ramos Sucre “una comarca desolada, un paisaje antiguo, un paraje olvidado de los hombres, etc. . . Siempre se trata de un viaje interior”.²⁰⁵ Y como tal, distinto de la realidad inmediata, del mundo que rodea al poeta.

Angel Rama añade un ingrediente más al paisaje ramosucreano, el exotismo bárbaro: “La nota dominante de estos textos es la construcción de escenarios de un exotismo bárbaro. Su originalidad, la poderosa energía que muestran sus imágenes, el terror y la zozobra que transitan por ellas, confieren a Ramos Sucre un lugar especial dentro de la invención poética. No puede decirse, sin embargo, que estamos en presencia de una invención exclusiva del escritor. La sombra del Parnaso está presente aquí”.²⁰⁶ Y más adelante: “Si la nota de exotismo bárbaro no es una invención de Ramos Sucre, pudiéndosela encontrar en una ancha escuela poética que en la América española produjo materiales semejantes y que, en la generación postmodernista a la que perteneció el poeta, dio los extraños paisajes de José María Eguren y de León de Greiff, en cambio los rasgos específicos de su exotismo resultan inconfundibles y definen varios aspectos de su personalidad”.²⁰⁷

Las características y la tonalidad expresiva del paisaje adquieren una categoría personal en Ramos Sucre. De este modo, Rama advierte: “El funcionamiento de la imaginación del escritor, —sus inclinaciones y riesgos— se revelan en la elección de determinados componentes del paisaje y de sus criaturas, en la tonalidad de sus imágenes: es aquí donde la “modernidad” de Ramos Sucre se hace patente”.²⁰⁸

Un paisaje del Adriático del siglo XVI, lo reputa Paz Castillo, quien encuentra en los poemas de *El cielo de esmalte*, y *Las formas del fuego* “motivos del Renacimiento vistos a través de una bruma nórdica, con cierta sobriedad en los trazos de pintor prerrafaelista”.²⁰⁹

Augusto Mijares, en la nota con que despidió la muerte del poeta, observa que el paisaje en la poesía de Ramos Sucre cede siempre ante la presencia mayor de la figura humana, transida de dramática vigencia: “Almas infatigables en un ambiente densísimo y trágico, he ahí la impresión que nos deja su lectura. Y no quedan exceptuados ni aun aquellos poemas que parecen puramente descriptivos, pues una de las características de esta poesía es la violencia con la que la figura humana se convierte en centro y razón de todo lo que vemos: en la descripción de tal castillo, del ocaso de un paisaje, mucho más que la imagen plástica, tan nítida sin embargo, lo que se nos transmite es directamente, la pasión o la idea, la epopeya humana a la que han servido de escena-

²⁰⁴Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 37.

²⁰⁵Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 59.

²⁰⁶Angel Rama. *Op. cit.* pp. 56-57.

²⁰⁷*Ibid.* p. 58.

²⁰⁸*Idem.*

²⁰⁹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* pp. 13 y 14.

rio. Por lo que el hombre ha vivido allí es por lo que este paisaje será para siempre inconfundible: fisonomías tan definidas, relieves tan conmovedores no se producen objetivamente en la naturaleza".²¹⁰

En todo caso podría afirmarse que esos escenarios paisajísticos que sirven de telón de fondo a la dramática peripecia humana, se entregan al lector penetrados de un hondo subjetivismo lírico. Por otra parte —y esta es característica fundamental de esa poesía de tan cerrada luz interior— nada hay tan alejado del trópico y su potencia solar que esas descripciones de paisajes remotos y extraños.

En este punto se encuadra perfectamente la observación de Paz Castillo, escrita en los momentos mismos del apareamiento de los últimos poemas de Ramos Sucre, respecto a que en él estaba ausente "esa forma tan moderna del arte que consiste en lo que pudiéramos llamar *el gozo de ver*". Por eso, "el poeta moderno no puede prescindir del paisaje, el cual es para Ramos Sucre una composición, una abstracción: pinos escuetos, tierras yermas, cielos de luz ofuscante, pero nada de espontaneidad, de color, de matiz propiamente creado, ni de impresión viva del movimiento".²¹¹

Expresado lo cual, el crítico aclara su observación: "No es que no tenga sentimientos del paisaje, lo que sería absurdo suponer en un temperamento tan fino como el suyo, sino que en su obra, esencialmente cerebral por la intención, el paisaje se despoja de lo peculiar, de lo que pudiéramos llamar expresión impresionista. En este sentido quizás sea el único escritor venezolano a quien se le pueda aplicar con propiedad el término inconcreto "deshumanización".²¹²

Se observa, en definitiva, que el marco en que se desarrolla el discurso poético —y así se da en la mayoría de los textos— es "un paisaje estéril" como el mismo poeta lo describió en más de una ocasión.

XVI.—LA SOLEDAD CREADORA

Vida y poesía se manifiestan con mayor intensidad en el caso de Ramos Sucre. Es imposible tratar de desvincular una cosa de la otra. Para conocer la vida del poeta, la vida entera y verdadera, sobre todo en la trágica dimensión que asumió como desolado y fatídico testimonio, hay que acudir a sus poemas todos, a sus libros, porque en ellos —y sólo en ellos— encontraremos la palpación verídica de aquel ser de tan ardida y vibradora poesía.

²¹⁰Augusto Mijares. Artículo citado.

²¹¹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 14.

²¹²*Ibid.* pp. 16-17.

Ramos Sucre, el solitario en permanente exilio, es una constante, desde luego, en los estudios sobre el poeta, como una identificación entre su vida y su obra. Ya en *Trizas de papel*, luego recogido en *La Torre de Timón*, está su "Elogio de la soledad", como punto de partida para enjuiciar este sentimiento persistente de su poesía. Pero tal vez sea su poema "El solterón", de *La Torre de Timón*, el que contenga lo que puede considerarse como confesión raigal en torno a la soledad del hombre.

Por otra parte están sus cartas, tan patéticamente descarnadas, que son un clamor, un asidero, para luchar contra la soledad y por donde se siente cruzar, lo mismo que en su poesía, "la amenaza del tiempo y de la soledad".

Sin embargo, a pesar de todo y pese al insistente rumor que corre sobre esta circunstancia, hay que recordar que desde el punto de vista material y espiritual el poeta no estaba solo, su soledad era de otra especie, y así lo demuestra la admiración, el respeto y el afecto que le tributaban sus compañeros de letras, sus contemporáneos y sus alumnos.

Ya en otra parte de este prólogo nos hemos referido a las amistades que Ramos Sucre tuvo en Caracas, y a que no estaba desligado del ambiente literario de la época, participando en las tertulias y reuniones que hacían los intelectuales de entonces. Su soledad era una soledad interior. "Ramos Sucre *no estaba solo*, en el sentido de aislado o segregado (. . .) En el precario ambiente cultural de entonces (. . .) tenía la admiración, el cariño de sus compañeros de letras, de sus amigos, de sus "paisanos". Era, por otra parte, cordial y amigo de conversar. Hasta nuestro tiempo llega el eco de sus dichos. "Fue un solitario, pero no hosco ni sombrío, sino más bien risueño y locuaz", dijo D. Badaraco Bermúdez en julio de 1930, nada menos que ante la tierra de Cumaná que se abría para recibir los restos del "cumanés insigne".

"Eso coincide con el recuerdo que guardan quienes estuvieron cerca de él: Paz Castillo, Sotillo —en *El Universal*, que éste dirigía, publicaba Ramos Sucre sus poemas—, Arroyo Lameda, Mijares, sus conterráneos los Martínez Centeno, Dionisio López Orihuela. Así lo quisieron y admiraron Rómulo Gallegos, Enrique Bernardo Núñez, Julio y Enrique Planchart, Rodolfo Moleiro, José Tadeo Arreaza Calatrava, Andrés Eloy Blanco, su fraterno Salmerón Acosta y otros, ya físicamente desaparecidos. Así lo conocimos. No estaba, pues, "solo". *Solo* estaba, sin duda, el "mundo de letras" como tal, isla de tenue luz en medio a la sombría represión erigida en sistema. Así ha estado, por lo demás, casi siempre en nuestra historia".²¹³

"Su soledad no acepta explicaciones fáciles. No era un solitario "solo" —valga el pleonasma— sino rodeado de amigos y familiares. No era un solitario *porque* su obra no se comprendiese, ni *porque* "idealizaba" a la mujer, sino aparte de todo eso. (Y esto no niega, sino afirma la presencia del hosco ambiente, su influencia sutil y profunda. ¿De dónde vino su soledad impenetrable"? se pregunta Carlos Augusto León.)²¹⁴

²¹³Carlos Augusto León. Artículo citado.

²¹⁴*Idem*.

Ya ha sido anotado que la inmersión de Ramos Sucre en la búsqueda y el aquilatamiento de su cultura, lo condujo con mayor empeño hacia el retraimiento y la soledad, afirmándose cada vez más en su desarraigo y evasión. Fue el alto precio que tuvo que pagar por su conducta de inconforme perenne. Al respecto se manifiesta Angel Rama de este modo: "La corona que rodea a Ramos Sucre insiste en su soledad altiva, en su plural conocimiento de lenguas extranjeras, en su amplia y variada lectura que hizo de él uno de los hombres cultos bien equipados intelectualmente (...) Es sabido que esa devoción la pagó con soledad y sufrimiento".²¹⁵

Ya se ha definido, con bastante frecuencia, la poesía de Ramos Sucre como la de un solitario. Pero ¿qué poeta no lo es? Sin embargo en Ramos Sucre la soledad es más entrañable, más apartadiza, más ensimismada, más doliente y dramática. "Ser solitario —expresa Carlos Augusto León— es algo más que estar solo. Es tener una soledad donde los otros no pueden penetrar, semejante a la que rodea, en su más hondo sentido, al nacimiento y a la muerte. Es en cierto modo una voluntad de estar solo, agravada —tal es el caso— por influencias exteriores, pero que no arranca necesaria ni únicamente de ellas".²¹⁶

El poeta define desde el principio, en *La Torre de Timón*, el ámbito de su poesía. Ya el propio título del libro alude a esa circunstancia: soledad y evasión en el círculo cerrado de la Torre de marfil. Por eso afirma Ludovico Silva: "José Antonio Ramos Sucre es probablemente el poeta venezolano que mayormente ha experimentado y descrito el sentimiento de la soledad".²¹⁷ Pérez Perdomo, a su turno, había expresado que "Ramos Sucre es un poeta alucinado que sufre en su soledad".²¹⁸

A su vez, para Fernando Paz Castillo, genéricamente, Ramos Sucre es "El solitario de La Torre de Timón", que en 1925 vive "en su torre, anacrónicamente en su torre de libros, ajeno a la vida cotidiana y a la vida moderna". Para justificar y escudarse en su retraimiento repetía: "mis maestros vienen de muy lejos", "pero, cosa rara, este espíritu recio, esta alma ascética, tiene una emotividad enfermiza de escritor moderno". Esto dice Paz Castillo situando al poeta en la época tumultuosa y estridente de los comienzos de la vanguardia en Venezuela.²¹⁹

La soledad es así uno de los temas fundamentales de la poesía de Ramos Sucre. De esta forma fue advertido, en vida del poeta, por sus contemporáneos compañeros y críticos que se encargaron de estudiar con empeño y simpatía su obra. Asimismo se expresa Carlos Augusto León en *Las Piedras Mágicas* (1945), dedicándole un capítulo al tratamiento especial del punto, bajo el título de "La soledad sin remedio", en forma esclarecedora y analítica. Fernando Paz Castillo retoma el tema, ya insinuado en sus primeros estudios, y com-

²¹⁵Angel Rama. *Op. cit.* p. 31.

²¹⁶Carlos Augusto León. Artículo citado.

²¹⁷Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 45.

²¹⁸Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 15.

²¹⁹Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 9.

pleta su visión del mismo en el opúsculo sobre el poeta que tituló, precisamente, *José Antonio Ramos Sucre, el solitario de "La Torre de Timón"*. (1973).

Entre los críticos de las últimas generaciones Ludovico Silva aporta nuevos elementos para la consideración crítica del tema. Al efecto expresa que en el poeta coexistían dos personajes en tensión galvánica. "Eran su Yo personal y su Yo histórico. Semejante dicotomía constituye, a mi juicio, la huella fundamental que aquel gran poeta dejó en sus libros. El sentimiento común a esos dos personajes era el de la soledad. Porque si el Yo personal, de clara naturaleza fáustica, conducía lentamente al poeta hacia esas "vacías tinieblas" de que nos habla desde el *Preludio* de su primer libro, también el otro Yo, el histórico, lo conducía insensiblemente al suicidio mental".²²⁰

En parecida tónica escribe Carlos Augusto León en *Las Piedras Mágicas* (1945): "En José Antonio Ramos Sucre actuaron, en un comienzo, razones de ambiente, influencias externas, las cuales, unidas a su tremenda vocación de saber, lo llevaron a la soledad". Por eso, "Nos dejó en su obra la historia de una soledad sin remedio y del tremendo esfuerzo por evadirse de su lucha contra el tiempo y el espacio, de su caída sobre la tierra de donde pensaba alejarse".²²¹

Sin embargo, "no todo en sí fue evasión". Porque "su soledad tenía los ojos abiertos. Abierto al mundo estaba su solitario corazón".²²² De allí el tormento y el dolor de su vida diaria, frente a un mundo enemigo y extraño.

Por la vía del estudio y del conocimiento fue distanciándose y aislándose en la cerrada noche de su soledad. Ciertamente, como escribe Ludovico Silva, "acumuló una suma de saber humanístico que, paradójicamente, terminó por hacerlo sentirse solo, como una isla abandonada".²²³

XVII.—LA CONDUCTA EN REBELDIA

El compromiso de la palabra del escritor venezolano se ha expresado, a través del tiempo, en las más variadas experiencias y expectativas, conformando un cuadro que va desde la disyuntiva de ofrecerse al sacrificio de la vocación, en abierta contradicción con el mundo que lo rodea, o disponerse al acatamiento de ese mundo.

En el primer caso habría dos variantes para la conducta en rebeldía, la palabra ejercida como instrumento de la acción mayor del combate, de lucha y profecía; o en un sentido inverso, el de la palabra como compromiso revelador

²²⁰Ludovico Silva. *Op. cit.* pp. 45-46.

²²¹Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 21.

²²²*Ibid.* p. 48.

²²³Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 47.

de una carga personalísima que la desliga de la praxis y la asume como una aventura en sí misma. Estas dos maneras de entender y de ejercer el destino de la palabra literaria han tenido en Venezuela, a lo largo del tiempo, precedentes de excepcional carisma. En el primer caso estarían Bolívar y los que con él llevaron el combate de la independencia también al campo de debate ideológico, dando a la palabra, en cierta forma, un sentido de profesión de fe, en la que se compromete la vida y la acción que acusa el esfuerzo de vivir, Bolívar resume, con la violencia de su tránsito heroico, un destino que va a ser común en una vasta galería de escritores, inscritos en lo que puede definirse como el compromiso de la palabra-acción, y que entre nosotros representa la más abundante y decisiva legión de los intelectuales activos. Dentro de una variante de la misma conducta, tal vez más trágica y dolorosa, asoman las expresiones de quienes tomaron la palabra en préstamo, como fueron acaso, en tiempos distintos, las de Manuel Vicente Romero García y de Pedro María Morantes (Pío Gil).

La otra vía nos lleva a manifestaciones de un brillo extraordinario, que trascienden del hosco encierro y de la soledad a que se somete el escritor por propia voluntad, como forma de protesta interior y por no hallar otro camino para alzarse en el combate de la idea o de la pasión creadora. José Antonio Ramos Sucre ilustra, de manera fehaciente, esta especie de exilio interior. Pero fuera de él, que la supo encarnar en la forma más dramática dentro de su aislamiento personal, muy escasamente se ha manifestado entre nosotros la tentativa de evasión en su más puro y aséptico contenido de palabra que acecha la claridad desde el fondo turbio de un sacrificio personal. Empujado a mirarse en sí mismo por sobre el áspero desafío de una sociedad alienante e incomprensiva de los valores del espíritu contemporáneo, a Ramos Sucre no le quedó otro camino que el que escogió para su obra, hasta el final abrupto de la vida. Acaso le acompañe en otra vía de separada vivencia, ese personaje, también de estirpe dramática, que encarnó Manuel Díaz Rodríguez, obligado a definirse —sin poderlo hacer— entre el fulgor de una palabra estética, dictada por la fórmula del modernismo, y la práctica de una conducta contraria a la doctrina que expresaba su escritura fervorosa.

Ramos Sucre representa, de este modo, una de las más trágicas experiencias de la vocación creadora en Venezuela. Tuvo que ir al sacrificio personal para guardar fidelidad a su palabra de desolado e individual combatiente. Actitud de toda la vida que prefirió las excelencias de su arte literario, antes que asumir una posición de fácil acomodo ante la realidad del mundo que lo convirtió en exiliado en su mismo país y ante su tiempo contradictorio y alienante. Rebelión e insumisión que lo rescatan a los ojos de nuestros días para la condición más alta de una verdadera conducta estética, que prefirió las dificultades de una obra personalísima antes que las facilidades del halago colectivo.

XVIII.—LA DESOLADA COMPETENCIA: EL DESARRAIGO

El tema de la evasión en los poetas modernistas es la huida de la realidad hacia otro tiempo y otro espacio. Se configura, de esta forma, una especie de irrealidad poética: la creación misma. El fenómeno en el caso de Ramos Sucre, tiene otro carácter, otras dimensiones y distinta significación. A este respecto observa Francisco Pérez Perdomo: "En el proceso fabulador de Ramos Sucre se establece una extraña corriente y reciprocidad entre lo real e imaginario, o viceversa, movilizándose lo inmóvil e inmovilizándose la movable".²²⁴ Con parecida referencia se había pronunciado a su vez Augusto Mijares al decir "Anotemos el poder con que el autor maneja el movimiento y el reposo".²²⁵ Con otra intuición semejante se expresaba el mismo Augusto Mijares al señalar que el poeta "convive con los personajes de Dante, Shakespeare y Homero y quiere afirmar que en ellos tienen una realidad más cierta y más legítima que la del transeúnte callejero".²²⁶ Y el propio Carlos Augusto León, había escrito en *Las Piedras Mágicas*: "una vasta muchedumbre de desventurados, en inúmeros países de dolor, forman la obra de Ramos Sucre. ¡Tantas desventuras juntas no son sino mil rostros de la suya verdadera".²²⁷

El mismo Pérez Perdomo, en fecha más reciente a la de Mijares, coincide en señalar: "Son las suyas, como hemos visto, figuraciones que corren a menudo en planos reales y paralelamente imaginarios, que se invaden y en última instancia se supeditan mientras que en otros casos esas categorías permanecen incólumes, estables en su existencia, y lo real y lo imaginario se mueven sin subordinarse, no obstante sus intensas oscilaciones y relaciones".²²⁸

De este modo se manifiesta una de las más características, originales y ricas modulaciones expresivas de lo poético en Ramos Sucre, y, al mismo tiempo, una variante de la intensa vibración interior que lo movía a verter en el poema aquella desolada inclinación a la huida de la áspera inminencia de la realidad que atormentaba su espíritu sensible.

De allí que la evasión y el cosmopolitismo —extremos de una misma y única confluencia: el escapismo ante el tormento de la vida cotidiana— han sido temas constantes en el enjuiciamiento crítico de Ramos Sucre.

Pero hay que aclarar —si hiciere falta— que ni evasión ni cosmopolitismo pueden ser un reproche literario en el caso de Ramos Sucre. Simplemente denotan la constatación de un hecho creador, porque, en definitiva, ambas manifestaciones son formas válidas plenamente en el ámbito de la creación literaria, como lo es, a su vez, el regionalismo o la tendencia nativista, una de las alter-

²²⁴Francisco Pérez Perdomo. Prólogo a *Antología Poética de José Antonio Ramos Sucre*. p. 12. Citado por Carlos Augusto León en su artículo del Papel Literario de *El Nacional*, titulado "Invitación a la crítica". 14-VI-70.

²²⁵Citado por Carlos Augusto León en su artículo "Invitación a la crítica". Papel Literario de *El Nacional*. 14-VI-1970.

²²⁶*Idem*.

²²⁷Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 41.

²²⁸Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* pp. 13 y 14.

nativas presentes en el momento venezolano en que el poeta hace acto de presencia.

Su desarraigo, tan manifiesto y enervante, no es pues, simple metáfora o mera formulación estética (como pudo ser en el caso de los modernistas la evasión), sino un sentimiento poderoso que domina desde la propia intimidad del ser, en forma desgarrada y dramática, con luctuoso y sensitivo clamor.

Por eso, más que una simple evasión estética, asumida en favor del arte por el arte y el cultivo de la torre de marfil, la manifestación vital del poeta que trasciende a su arte es la del desarraigo. De allí lo dicho por Francisco Pérez Perdomo: "... la rareza de Ramos Sucre no se manifiesta como en muchos de los parnasianos y simbolistas franceses que seguramente leyó con devoción, en alguna señalada excentricidad sino en un consciente desarraigo".²²⁹ De ese hecho deriva, precisamente, el drama permanente de su vida, que por igual afectó —y trascendió— su conducta existencial y su poesía. Y el desarraigo es mayor cuando toca al ámbito de una sensibilidad exacerbada como la suya, víctima del insomnio y de su enfermiza búsqueda de soledad.

"En toda la poesía de Ramos Sucre —señala Osvaldo Larrazábal Henríquez— es posible destacar la manifiesta incompatibilidad entre él mismo y el mundo que le tocó vivir". De esta manera Ramos Sucre "sería un inconforme, pero un inconforme sui géneris, ya que no pudo adaptar el mundo a sus ideales".²³⁰

Y más concreto aún, se afirmará con énfasis: "Todo lo que Ramos Sucre consigna parece pertenecer a un esquema predeterminado por él mismo para trasladar su yo angustiado ante una realidad que no puede condicionar con su modo de vida, pero que necesita expresar como manera de liberación humana".²³¹

Para Gustavo Luis Carrera, Ramos Sucre es "aquel irreductible habitante de reinos distantes, siempre en lo alto y siempre a solas".²³²

Sobre este punto observará Angel Rama que se trata "de un poeta que buscó paisajes exóticos, revistió historias mitológicas, se trasladó a culturas distantes", como vía para huir de aquella realidad que lo lastimaba tanto, como expresa en el "Preludio" de *La Torre de Timón*: "Porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras".²³³

De este modo sería pertinente estar de acuerdo con Félix Armando Núñez, cuando escribe que "No nos curamos de lo que nos obsesiona sino sublimándolo de alguna manera, o por evasión imaginativa", como se evidencia en el caso del poeta venezolano, para el cual la violencia cotidiana constituía la principal causa de evasión.²³⁴

²²⁹Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 7.

²³⁰Osvaldo Larrazábal Henríquez. *Op. cit.* p. 253.

²³¹*Ibid.* p. 252.

²³²Gustavo Luis Carrera. *Op. cit.* p. 268.

²³³Angel Rama. *Op. cit.* p. 20.

²³⁴Félix Armando Núñez. *Op. cit.* p. 13.

Aquel mundo de afuera, en permanente enfrentamiento a su mundo interior, enardecía su carácter y temperamento, con el consiguiente rechazo simultáneo. Era también una manera de acercarse a las formas del misterio que procura la imaginación creadora. Al mismo tiempo el poeta busca —mediante el juego de la fantasía— transformar el mundo exterior en un mundo interior, que se recrea sobre el paisaje de la propia desolación.

Otra era entonces, la proyección del “yo” personal en la pura realidad literaria.

“En la poesía, —nos dice José Balza— Ramos Sucre propondría un mundo paralelo (pero tramado en cada línea que escribiera) sobre concepto y ejecución de la escritura”.²³⁵

Ya Paz Castillo se había expresado en parecidos términos en 1930: “Para el autor de *La Torre de Timón* el mundo exterior no existe. La vida para él es una serie de cerebraciones más o menos arbitrarias: digo la vida y no el arte, porque su arte es un traslado fiel de su manera de vivir, incomprendida y maníática”.²³⁶

Sobre su fuga en el tiempo advierte Jesús Sanoja Hernández: “Ramos Sucre odia el activismo, el despliegue del yo sobre la masa social y el ambiente contemporáneo, fluctúa entre la aceptación hostil de la actualidad y el goce y la infección de lo remotamente acaecido. Beatriz, Don Quijote, Kligsor, Ulises, Amadís, Nausicaa o Penélope son sus personajes, su contemporaneidad mitologizada, en vez de Rubén Darío, Clemenceau, Juan Vicente Gómez o las heroínas dannunzianas. Hay en él una adhesión volátil a la realidad, en atisbo de lo que ya fue y está precipitado y de cuyas cenizas puede componerse una nueva figura, reconstruirse una crónica fabulosa, engrandecer formas ya mutiladas o en exterminio”. No es el presente real sino otro tiempo al que acude el poeta para instaurar sus efusiones poéticas, en forma tal que al través de su prosa “se han juntado idioma y universo en una representación incompatible con la cruda riqueza de la actualidad y del emplazamiento testimonial”.²³⁷

Refiriéndose al contraste entre el poeta y el ambiente histórico que le toca enfrentar, Ludovico Silva señala por su parte que su mundo era “un mundo introyectado y lanzado hacia las paredes del alma, un acorralamiento existencial propio de una mente alucinada. Pero ello no significa que el mundo circundante no haya influido en esa alma atormentada. A veces el rechazo total es también la total respuesta (. . .) Esa respuesta que, dialécticamente, se presenta como un rechazo, constituye uno de los rasgos más genuinos de la poesía de Ramos Sucre”.²³⁸

Precisando el alcance de la evasión en Ramos Sucre, Guillermo Sucre observa que su obra “no es ni una elaboración candorosa, regocijada en sí misma,

²³⁵José Balza. Prólogo a *Especios y disfraces* de Guillermo Meneses. Volumen inédito de la Biblioteca Ayacucho.

²³⁶Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 10.

²³⁷Jesús Sanoja Hernández. “Poeta de otra realidad”. *Papel Literario de El Nacional*, 11-VI-70.

²³⁸Ludovico Silva. *Op. cit.* p. 51.

ni una elaboración preciosista". Advierte que "es cierto que casi todos sus poemas están inspirados en temas del pasado, y de un pasado americano. Pero nada o muy poco hay en ello de recreación arqueológica, a la manera de muchos modernistas, ni tampoco de búsqueda de un color local, a la manera de los románticos. Sus poemas no son "helénicos" ni "romanos", "medievales" o "renacentistas".

Insiste Sucre que "su procedimiento y sus objetivos son distintos: de la historia o de la literatura misma tomaba unos pocos elementos, un pormenor o un detalle todavía no congelado por la erudición o susceptible de ser visto como una experiencia todavía viva, y con ellos creaba una situación nueva. Esta situación tiene con frecuencia un carácter novelesco; hay una cierta trama, una acción y personaje, reconocibles o no en su identidad. La situación puede ser explícita o implícitamente discernible en sus fuentes (Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, la literatura caballeresca, la poesía provenzal, la cábala y la alquimia, la historia de España, la Edad Media, el Renacimiento, etc.), pero también puede ser más ambigua y aun desdibujada, hasta el punto de que el lector no llega a precisar del todo si está en el pasado o en el presente".²³⁹

El principio de la evasión comienza en plena adolescencia, cuando la lectura sustituye todo otro goce de la edad y lo declara un solitario. Busca amparo, sobre todo en la Mitología y en la Historia. La Historia, especialmente, va a brindarle, al principio, un camino propicio para su desasimiento de la realidad foránea, y más tarde "una salida a su tormento". "La historia fue para él escala de evasión. Se dio a evocar tiempos y países lejanos, para escapar a la tremenda realidad".²⁴⁰

"De otras épocas se sentía él. Golpeado por sí mismo, por el duro ambiente, miró hacia los tiempos idos. Era una forma de evadirse, una forma de olvidar, el pensar en aquellos tiempos, el reconstruir sus hombres y sus cosas".²⁴¹

Por eso no es difícil concluir en que "la imaginación poética en Ramos Sucre se aparta de lo real, recurriendo (. . .) a la nostalgia del pasado y a los espacios estéticos que le ofrece la historia literaria para realizar a nivel de coherencia estética la vocación de su generación".²⁴²

Sus poemas nos trasladan a otras épocas y a otros lugares, de extrañas sugerencias, a través del símbolo y la imagen de concisos reflejos.

El uso del símbolo es, sin duda, la manera a través de la cual el poeta expresa su enmascaramiento de la realidad, o su intención al menos de eludirla. Esta es una tentativa visible en Ramos Sucre: forjar otra realidad a expensas de la realidad verdadera mediante un proceso que se apoya en la imaginación y el mito constante y que tiene en el símbolo su exacto vehículo expresivo. "El símbolo parece sugerir, y en Ramos Sucre se nos muestra con clara evidencia,

²³⁹Guillermo Sucre. *Op. cit.* p. 82.

²⁴⁰Carlos Augusto León. *Op. cit.* pp. 31-32-34.

²⁴¹*Ibid.* p. 32.

²⁴²Víctor A. Bravo. *Op. cit.* p. 102.

espacios más vastos, de mayor lontananza en las edades y en las literaturas, cuanto más áspera sea la cifra de lo real, cuanto más agobiante resulte la cauda del tiempo presente. De ello surge, sin duda, esa dialéctica de la evasión, que será una actitud tan característica del movimiento simbolista²⁴³, al cual adhirió con todas sus fuerzas de creador el temperamento atormentado del poeta de *Las formas del fuego*.

Paz Castillo reafirma este concepto: "...en él se confunden en un plano de elevación estética su mundo real: su pequeño mundo real y su vasto mundo de ensueños. Nunca llegó a vivir, totalmente, en la realidad..."²⁴⁴

El ensayista insiste en que el escapismo de Ramos Sucre, lo conducía, por sinceridad artística, "hacia un mundo inactual creado a conciencia: rincón umbroso de escape, vuelta acaso al medroso escondite de los primeros años de su juventud vigilada, retiro fabricado por su propia voluntad enferma (...) Tanta tensión de pensamiento, tenía, necesariamente, que estallar. Su sistema nervioso no podía resistir, sin crujidas violentas, el máximo de esfuerzo a que lo sometía"²⁴⁵.

Recuerda el mismo Paz Castillo que Ramos Sucre solía expresar: "Yo vivo en el pasado". "En un pasado que no tiene tiempo..." Por eso, él, que vivía en el pasado, allí encontraba la resonancia necesaria para ser voz de profundos clamores, el escenario o telón de fondo para la expresión virtual de su poesía. Y algo más: la fuerza de su creación tan personal y única, como expresa el propio Paz Castillo, resaltando esta extemporaneidad como el elemento efectivo de su concepción artística.²⁴⁶

Por eso el poeta se nos presenta en su obra, "en momentos de su vida, real y sentimental, dentro del ambiente onírico de su arte. Ambiente creado por la lectura frecuente de Homero, de Dante, de Shakespeare, de Goethe, de Hugo y de Balzac. Por ello en sus imaginaciones abunda una mezcla de paganía y de teología, y desfilan personajes que representan una idea de la Edad Media, del Renacimiento y del Romanticismo. Personajes que corresponden a una Divina Comedia, a una Leyenda de Siglos o a una Comedia Humana". Sin embargo, tampoco este mundo de abstracciones lo hace feliz. Porque el autor "pertenece a la estirpe de los poetas que, como Baudelaire y Nerval, viven con una terrible nostalgia de un pasado que apenas existe en los vagos espacios de la subconsciencia. Reclaman, por ello, el consuelo de una soledad material, que tampoco llega a satisfacerlos, porque el sosiego que necesitan es el del espíritu".

"La poesía es, por lo tanto, divertimento de sus congojas y a la vez testimonio de los sufrimientos de una humanidad hermosa, pero triste, en la cual sin embargo, no falta la esperanza"²⁴⁷.

No es hipotético pensar que el poeta fuera acumulando experiencias negati-

²⁴³Eugenio Montejo. *Op. cit.* p. 81.

²⁴⁴Fernando Paz Castillo. *Op. cit.* p. 29.

²⁴⁵*Ibid.* pp. 18-19.

²⁴⁶*Ibid.* p. 27.

²⁴⁷*Ibid.* pp. 48-53.

vas frente al proceso de acomodación en el medio venezolano. Una sensibilidad como la suya siempre estaba expuesta a los más contradictorios enfrentamientos a un medio contrario a sí mismo, que lo negaba o perseguía, y cuya respuesta no podía ser otra que el repliegue hacia el mundo interior, profundo y desolado.

A propósito escribe Pérez Perdomo: "El desencanto, la vigilia y la soledad se van apoderando del poeta. Como en su poema "El extranjero", fue también él un extranjero en su propia tierra y, por eso, resolvió "escondarse para el sufrimiento".²⁴⁸ Pero, por reversión, esta fuga ante la constante aspereza exterior lleva a un proceso que lo conduce en última instancia, al robustecimiento de la individualidad. "El desarraigo y el exilio dentro de su propio país, a que lo condena el medio, van afirmando en Ramos Sucre a uno de los humanistas más sólidos de su tiempo. Antes de los cuarenta años ya está en posesión de una cultura prodigiosa, acaso excesiva para su edad, y que no se constituye en peso muerto y árido sobre su imaginación creadora y la ahoga, sino que, al contrario, lo estimula y lo desencadena".²⁴⁹

Como dice Jesús Sanoja Hernández, él abordaba la realidad "a través de lo imaginario o fabuloso, que se mueve en un escenario generalmente brumoso, ceniciento y nórdico", los cuales "son elementos para entender la vida del maldito por la poesía".²⁵⁰

Esos dos planos, reales e irreales, se funden en una sola materialización expresiva, donde lo fantástico predomina sobre lo objetivo. Para Pérez Perdomo "Ramos Sucre se refiere generalmente a una realidad presunta e hipotética (a algo que por sus características convencionales parece serlo), situada las más de las veces en un tiempo y espacio remotos".²⁵¹ Es el signo inequívoco de la evasión que predomina en su poesía. Por lo cual se concluye "que, como en los solipsistas, su realidad parece no encontrarse fuera sino dentro de él mismo". Sin embargo no siempre la fuga imaginaria niega el tiempo o el lugar en el tiempo, ya que "existen también, sin duda, obvias y explícitas referencias y espacios geográficos y tiempos históricos inmediatos, como innumerables alusiones alegorizadas de los mismos".²⁵² Precisamente, la alegoría dota de un atributo de cambio al poema y enmascara, a su vez, en cierta forma a la realidad aludida, o la esconde.

"El movimiento, signo molesto de la realidad, perturba a Ramos Sucre", escribe Carlos Augusto León. Igual cuenta el poeta cuando expresa "Yo quisiera estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras". (Preludio. *La Torre de Timón*). "Toda la obra de José Antonio Ramos Sucre es una terca insistencia en ese sentimiento", agrega Carlos Augusto León. De ahí arranca,

²⁴⁸Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 8.

²⁴⁹*Idem.*

²⁵⁰Jesús Sanoja Hernández. "Ramos Sucre vuelve a Caracas". *Papel Literario de El Nacional*, 18-VII-1976.

²⁵¹Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* p. 13.

²⁵²*Ibid.* pp. 13 y 14.

ciertamente, el proceso de la evasión en el poeta, porque en él está vivo “el odio y el desprecio para la materia, en general, pues el tormento de José Antonio Ramos Sucre, al llevarlo a la evasión, le señalaba un rumbo no material, el camino del espíritu tal como él lo concebía en su idealismo filosófico”.²⁵³

“Ramos Sucre —insiste Carlos Augusto León— se declaró en rebeldía contra la vida material (. . .) Colocado así, en el camino del “espíritu puro”, en lucha contra la materia, fue como realizó su obra. . .” Es por lo cual “En su poesía (. . .) esa lucha asume una forma precisa. A semejanza de Prometeo, empeñado en una lucha sobrehumana, se declaró en guerra contra el tiempo y el espacio. Como los dioses inflexibles, la materia, de la cual tiempo y espacio son formas, le da su buitre devorador”.²⁵⁴

La relación entre la realidad verdadera y esa “otra realidad”, asistida por la imaginación se apoya en el proceso fabulador, tan característico de Ramos Sucre, mediante el cual se establece una suerte de extraña corriente y reciprocidad entre lo real y lo imaginario, o viceversa.²⁵⁵

Ese fue, en todo tiempo, el signo dramático que envolvió la vida y la obra de este poeta excepcional que hoy, a los 50 años de su muerte, se asoma por medio de esta edición especial de la Biblioteca Ayacucho al conocimiento de un público diverso y más vasto que el que hasta ahora ha constituido su audiencia natural, confinado a los límites estrictos de su propio país.

Esas visiones tan personales del poeta enfrentadas a la hostilidad de su mundo abrieron el camino de su lancinante evasión. Sería así al principio. Pero luego ese proceso envolvente lo convertiría en un ser desprovisto de suelo verdadero y más cercano, en desafiante lucha contra la realidad, a un mundo extraño de imágenes y visiones torturantes.

¿Consiguió al fin el poeta la liberación que pretendía a través de esta huida pertinaz por el tiempo y el espacio? Probablemente no y esto haría más sensible su incapacidad de adaptación a una existencia limitada y dramática. El olvido, la muerte, el regreso total a un principio de indefinición personal serían en definitiva, los trofeos de aquella desolada competencia. Ciertamente podríamos respondernos a estas interrogantes con aquellas palabras definitivas de Carlos Augusto León al comentar el suceso de esta trágica experiencia de Ramos Sucre: al final, “en la lucha contra el tiempo y el espacio ha perdido el hombre”.²⁵⁶

Este fue, en efecto, el término de una trayectoria alucinante que comprende el tránsito existencial y la creación poética como una unidad indivisible que sirve para diseñar sobre el trasfondo de un agónico enfrentamiento, material y espiritual al propio tiempo, el perfil señero de un poeta excepcional que merece plenamente el homenaje de un reconocimiento mayor que el que hasta ahora se le ha reservado en el mundo intelectual latinoamericano.

Caracas, 15 de marzo de 1980.

JOSÉ RAMÓN MEDINA

²⁵³Carlos Augusto León. *Op. cit.* pp. 7-25 y 26.

²⁵⁴*Idem.* p. 26.

²⁵⁵Francisco Pérez Perdomo. *Op. cit.* pp. 13 y 14.

²⁵⁶Carlos Augusto León. *Op. cit.* p. 29.

CRITERIO DE ESTA EDICION

PARA LA PRESENTE EDICIÓN de la *Obra completa* del poeta venezolano Jose Antonio Ramos Sucre (1890-1930), se utilizaron las ediciones originales de sus libros: *La Torre de Timón* (Caracas, Litografía y Tipografía Vargas, 1925), volumen que contiene sus dos obras anteriores: *Trizas de papel* (Caracas, Imprenta Bolívar, 1921) y *Sobre las huellas de Humboldt* (Caracas, Tipografía Mercantil, 1923); *El Cielo de Esmalte* (Caracas, Tipografía Americana, 1929); y *Las Formas del Fuego* (Caracas, Tipografía Americana, 1929). Se incluye además la recopilación de poemas, cartas y traducciones realizadas por Rafael Angel Insausti (*Los Aires del Presagio*, Caracas, Colección Rescate, 1960), señalándose en cada caso la fuente hemerográfica u otra. También se publican las cartas que fueron añadidas a la segunda edición de dicho libro (Caracas, Editorial Monte Avila, 1976).

Por último, esta edición comprende también algunos textos hemerográficos no incluidos en ninguna de las obras anteriores y algunas cartas inéditas cedidas por los familiares del poeta.

B. A.

LA TORRE DE TIMON

PRELUDIO

YO QUISIERA estar entre vacías tinieblas, porque el mundo lastima cruelmente mis sentidos y la vida me aflige, impertinente amada que me cuenta amarguras.

Entonces me habrán abandonado los recuerdos: ahora huyen y vuelven con el ritmo de infatigables olas y son lobos aullantes en la noche que cubre el desierto de nieve.

El movimiento, signo molesto de la realidad, respeta mi fantástico asilo; mas yo lo habré escalado de brazo con la muerte. Ella es una blanca Beatriz, y, de pies sobre el creciente de la luna, visitará la mar de mis dolores. Bajo su hechizo reposaré eternamente y no lamentaré más la ofendida belleza ni el imposible amor.

PLATICA PROFANA *

No CREO escapar la misión que se me ha conferido para este momento, si por miedo de suscitar pasiones y rencores aún vivos, me abstengo de ensalzar detenidamente al ciudadano cuya efigie inauguramos. Redunda en honor suyo el elogio del heroísmo que yo haré en la frase parca de un eterno estudiante, muy corta ofrenda a ese atributo, digno de ser alabado en cánticos o por palabras cuya elocuencia embargue, como la augusta vecindad del peligro.

Persuadido de que ninguna excelencia del espíritu arrastra, como el heroísmo, séquito tan numeroso de virtudes, y de que nada es tan digno de la admiración entusiasta y generosa de los niños, yo creo muy conveniente la presencia de efigies heroicas en los institutos de enseñanza. Se armoniza muy bien la imitación de su actitud indomable con la instrucción que redime y exalta, porque la palabra que enseña es casi siempre la expresión de una idea combatiente y porque donde el pensamiento humano alcanza su expansión, no se respira ambiente de paz, sino ambiente cálido de palenque o de fragua.

En mi sentir, ninguna superioridad conquista al hombre con mayor justicia que el heroísmo, el perpetuo voceo de la fama, el fiel recuerdo de la historia o la inmortalidad en la carne inmarcesible del bronce. El más frecuente homenaje a esa virtud, el recuerdo de antiguas proezas, asiste a los pueblos en momentos de prueba como un consejo de virilidad, y los alumbró y los guía como estrella. La ventaja moral ordena, con la gratitud, la elevación de las figuras heroicas en los lugares más públicos, en medio de árboles cuyas hojas caídas imiten con su remolino el desorden de un campo de batalla, bajo la inmensidad celeste y el lujo del sol, de modo que expuesta a todas las intemperies, como

*Fue escrita en 1912, al proyectarse la inauguración del retrato del general Ezequiel Zamora en la escuela de su nombre, en Caracas. (Nota de edición de 1925. Lit. y Tip. Vargas, Caracas.)

ayer al peligro su modelo viviente, la figura marcial reviva la visión de una actitud impávida en un día glorioso.

Además, la efigie heroica es prenda de victoria en la guerra interminable al vicio y a la ignorancia, es mudo consejo de perseverar vigilando este inexpugnable baluarte de la cultura, cuya ruina vendría a ser la de la quimera del progreso, único y postrer alivio que el optimismo sueña hoy para la humanidad dolorosa.

Se nota en los tiempos que corren un desmedido entusiasmo por los intereses materiales e inmediatos, muy hostil, en cambio, al culto de los ideales que han exaltado en todo tiempo la dignidad humana. Esta va perdiendo con el desdén por una de las cualidades más altas de la especie, por el valor guerrero, que la ciencia ha inutilizado, cumpliendo aquel presentimiento que en el libro de Cervantes amargaba la última hora de la caballería. Se asegura la necesaria desaparición del poeta y del héroe en la próxima civilización del porvenir que amenaza ser rígida como la de aquellos sepultureros de la antigüedad, que fueron los egipcios, y muy del agrado de los hombres regocijados con la confesión del último romano, para quienes los grandes ideales no son sino palabras. . .

Contribuyen al desdén por el valor guerrero quienes le asignan como origen el instinto agresivo de las fieras, sin advertir que la lógica los fuerza a comparar la paciencia propia de los felinos en acecho con la tenacidad del sabio en perseguir los aspectos y evoluciones de un microbio. Origen tan deprimente no cabe asignar a la poesía, blanco también de la ojeriza de los pedestres, que se han limitado a tildarla de inútil, y a predecir su muerte en la próxima época de utilidad, cuando será ídolo de la admiración el americano, ejecutor y usurpador del invento ajeno, debido a lucubraciones desinteresadas y abstractas; pero son profetas falsos los que publican la muerte de la poesía, que, lejos de agonizar, resurge con bríos nuevos y con originalidad inaudita, por ser la expresión de sensaciones y de aspiraciones de almas refinadas por una civilización incomparable; y no es rémora ni canto de sirena el verso moderno que vuela y canta como un tábano de iris que fuera estimulando el potro sin frenos del actual progreso.

A estas enseñanzas de práctica y de envilecimiento opone la raza hispanoamericana el recurso de su generosidad inagotable, que la lleva a ser cantora en esta edad del hierro colado, muy distinto del hierro épico de las espadas. En el último siglo nuestra virilidad exuberante se ha mostrado en la proeza y en el canto, como la de nuestra Madre Patria en el siglo diez y seis, que para nosotros no ha pasado aún, porque en guerra fratricida o en empresa redentora nuestro afecto por la aventura desatinada o caballeresca hizo que el castellano vibrara su acento marcial en todos los campos de batalla del continente. Vive generoso el espíritu de andanza a pesar de que el sedimento de nuestra población criolla se debió a aquella horda de aventureros y de presidiarios, que por una ironía del destino recogieron el beneficio del hallazgo genial. Para explicar esta fortuna, deberíamos creer que, a través de las generaciones, los defectos hereditarios se habían destemplado o invertido en cualidades contrarias, o más bien

que son tan arraigadas las numerosas virtudes del pueblo de España, que bien pudieron poseerlas y trasmitirlas a sus hijos aquellos delinquentes que colmaban sus presidios. No fue la que ellos ostentaron en las guerras crueldad de mercader deliberada y sistemática, sino crueldad marcial y bravía, la misma de nuestras guerras civiles, la crueldad del buitre que no humilla a su víctima inmolándola en el suelo, sino que de un solo arranque de sus alas la eleva muy alto, hasta sobre una cumbre, y sobre ella la sacrifica, extraño sacerdote, como sobre un altar.

El elogio de estas virtudes caballerescas y aventureras no impide confesar que hemos ofrecido espectáculos de barbarie a la humanidad civilizada, que con la cultura ha olvidado sus antiguos arreos de fiera; que mucho valor y talento se consumió sin dejar obra; que pasaron estériles las generaciones tras las generaciones, renovándose la humanidad penosamente como la selva del símil homérico; y que nuestros batalladores por la civilización descendieron al sepulcro, despidiéndose de la lid desconsolados. Para no sufrir esa desesperanza, creamos que el tiempo que trabaja gota a gota hará el milagro de sosegar esos impulsos, que, constituyendo más tarde el fondo de fuerza inagotable y recóndito, impedirán que nos caiga en suerte una decadencia senecta, como aquella bizantina, en vez de la decadencia a que tendríamos derecho, ilustre como la de nuestra Madre Patria, con honra salvada a precio de sacrificio, y muy tardía porque la infancia de nuestro pueblo augura una juventud larga y briosa.

Para que no aparezca el elogio de ese espíritu aventurero y belicoso como la aprobación de todas sus obras, execremos la brutalidad de las guerras civiles, el crimen de los partidos que tomaron por divisa de sus odios los colores de la bandera nacional desgarrada, y la perenne difusión de la sangre humana que, cuando no se vierte por la libertad, ha atraído en todo tiempo maldiciones sobre la tierra culpable. Pero la confesión de que el desahogo brutal de nuestra fuerza ha entronizado despotismos asfixiantes ha corrompido precozmente el carácter nacional, esterilizando para el bien mucho florecimiento enérgico, debe venir seguida de la esperanza en regenerar con la paz y con la dignidad infundida por la palabra y el ejemplo, santo propósito a que se sirve mejor con el elogio del heroísmo y de la fuerza que con el de la mansedumbre o cualquier otra virtud evangélica.

Consejo de virilidad no se pierde cuando se da a los niños venezolanos en quienes revive el alma bravía del antepasado libertador o revolucionario. De ellos hay quienes con el relato de nuestro pasado fabuloso no sientan admiración, sino la pena de haber llegado demasiado tarde, y están tristes porque han pasado tal vez para siempre las épocas de las expediciones remotas y heroicas, como las acometidas por los venezolanos de hace un siglo, descolgados en intrépido descenso hacia el sur. . .

Es el más digno homenaje a la efigie de un valiente la presencia de ellos, que cada mañana reviven en su memoria las visiones de Venezuela heroica, al permanecer en silencio y en actitud militar ante el paso de la bandera nacional,

desplegada lentamente al aire que enmudece a su contacto sagrado. La influencia de este rito solemne les hará lamentar que este ciudadano prodigara en lides intestinas aquel valor e innato talento militar, que lo harían comparable a los generales de la primera República francesa, que habían adivinado el arte de vencer. No hubiera debido sucumbir a una bala fratricida, sino a la vista de aquellos héroes adolescentes, en uno de aquellos campos de batalla que en afamados lienzos aparecen vistosos como torneos, cuando el humo de una pólvora más detonadora y más épica decoraba la gala de las banderas y de los uniformes, y se derramaba por el campo el tumulto de la caballería, gallardo y a descubierta, cuando a pesar del cañón, arma para el asesinato de los hombres, conservaba su importancia la espada, el arma noble para el combate cercano y de frente.

La santidad de este recinto, de donde está proscrita hasta la mención de la guerra civil, se opone a hablar más de este hombre, cuya vida íntegramente heroica fue perfeccionada por la muerte, recibida al último halago de la victoria. El momento es de recordar que en nuestras guerras civiles ha alcanzado su satisfacción el odio y ningún triunfo el derecho, para cuya defensa y culto se prepara sólo en la paz el alma colectiva. Se contribuye a esa preparación instruyendo al pueblo y al ejército, apuntando el lamentable retardo experimentado en la civilización, a pesar de nuestro avanzado puesto geográfico, abominando las mentidas glorias alcanzadas con el sacrificio de la sangre hermana, que ha corrido sobre nuestro territorio más devastadora que el fuego, fecundador de la tierra en el poema virgiliano. La escuela moderna y el cuartel civilizado trabajan por la paz que ha sellado tantas guerras civiles, negadas todas ellas al perenne laurel, que precave de anatemas los escombros de la historia. Anteriores días magníficos y no esos de nefasto nombre debieron componer la vida de Zamora: un escaso destino le permitió apenas la oportunidad de mirar con asombro infantil aquella ráfaga ardiente de batalla, pregonera de Venezuela heroica por el ámbito de la América del Sur.

EL FUGITIVO

HUÍA ANSIOSAMENTE, con pies doloridos, por el descampado. La nevisca mojaba el suelo negro.

Esperaba salvarme en el bosque de los abedules, incurvados por la borrasca.

Pude esconderme en el antro causado por el desarraigo de un árbol. Compuse las raíces manifiestas para defenderme del oso pardo, y despedí los murciélagos a gritos y palmadas.

Estaba atolondrado por el golpe recibido en la cabeza. Padecía alucinaciones y pesadillas en el escondite. Entendí escaparlas corriendo más lejos.

Atravesé el lodazal cubierto de juncos largos, amplexivos, y salí a un segundo desierto. Me abstenia de encender fogata por miedo de ser alcanzado.

Me acostaba a la intemperie, entumecido por el frío. Entreveía los mandaderos de mis verdugos metódicos. Me seguían a caballo, socorridos de perros negros, de ojos de fuego y ladrido feroz. Los jinetes ostentaban, de penacho, el hopo de una ardita.

Divisé, al pisar la frontera, la lumbre del asilo, y corrí a agazaparme a los pies de mi dios.

Su imagen sedente escucha con los ojos bajos y sonrío con dulzura.

A UN DESPOJO DEL VICIO

PÁBULO HASTA ENTONCES de la brutalidad, ignorante de la misericordia y del afecto, caíste en mis brazos amorosos tú, que habías caído y eras casta, reducida por la adversidad a lastimosa condición de ave cansada, de cordero querrelloso y herido. Interrumpida por quejas fue la historia de tu vida, toda dolor o afrenta. Expósita sacrificada a algún apellido insigne, fuiste recogida por quien explotó más tarde tu belleza. Ahora pensabas que tu muerte sería pública, como tu aparición en el mundo; que algún día vendría ella a libertarte de tus enemigos, la miseria, el dolor y el vicio; que la crónica de los periódicos, registrando el suceso, no diría tu nombre de emperatriz o de heroína, sustituyéndolo por el apodo infamante.

Agobiaba tu frente con estigma oprobioso la injusticia; doblegaba tus hombros el peso de una cruz. Cerca de mí, dolorosa y extenuada, hablabas con los ojos bajos que, muy rara vez levantados, dejaban descubrir, vergonzosos, ilusión de paraísos perdidos de amor.

Tanto como por esos pensamientos, se elevaba tu queja por la belleza marchita casi al comienzo de la juventud, por la mustia energía de los músculos en los brazos anémicos, por los hombros y espaldas descarnados, propicios a la tisis, por la fealdad que acompañaba tu flaqueza. . . Era la tuya una queja intensa, como si estuviera aumentada por la de antepasados virtuosos que lamentaran tu ignominia. Era la primera vez que no la sofocabas en silencio, como hasta entonces, a los cielos demasiado lejanos, a los hombres demasiado indiferentes. Y prometías recordar y bendecirme a mí, a aquel hombre, decías, el único que te había compadecido, sin cuya caridad te habrías encontrado más aislada, que tenía los brazos abiertos a todas las desventuras, pues fijo como a una cruz estaba por los dolores propios y ajenos. Por no afligirte más, te dejé ignorar que yo, soñador de una imposible justicia, iba también quejumbroso y aislado por la vida, y que, más infeliz que tú, sin aquel afecto que moriría pronto contigo, estaría solo.

EL FAMILIAR

LOS CAMPESINOS se retraían de señalar el curso del tiempo. Empezaban, con el día, las faenas de la tierra y se juntaban y citaban prendiendo una hoguera en el campo raso.

Yo distinguía desde mi balcón, retiro para el soliloquio y el devaneo, la humareda veleidosa nacida sobre la raya del horizonte.

Disfrutaba, después de mi juventud intemperante, el sosiego de una ciudad extinta.

El arco iris, joya de la celeste fragua, era diadema perpetua de su monte.

Yo recorría sus avenidas, percibiendo el desconuelo del ciprés y del mármol. Cavilaba en sus plazas opacas y húmedas, esteradas de hojas. Adivinaba, en el espejo de sus estanques y de sus fuentes, cabelleras profusas velando desnudos cuerpos fluidos.

Yo defendía el reposo del agua. La oí cantar, en cierta ocasión, una escala de lamentos al sentirse herida por la rama desprendida de un árbol.

Miraba una vez las imágenes voluptuosas, cuando sentí sobre el hombro izquierdo el contacto de una mano fría, adunca. El importuno me interpelaba, al mismo tiempo, con una voz honda, bronca.

El estanque de mi contemplación se había mudado en un abismo.

Desde entonces me siguió aquel hombre imperioso. No osaba verle de frente, su cuerpo alto y desarticulado prometía un rostro demasiado irregular. Bajo sus pasos resonaba hondo el suelo de la calle. Pisaba arrastrando zapatos desmesurados. Provocaba, al pasar, el ladrido de los perros supersticiosos.

No puedo recordar el tema de su conversación. Sus ideas eran vagas, referentes a edad olvidada. Una vez solo, me esforzaba inútilmente dando sentido y contorno a sus palabras molestas.

Los habitantes de mi ciudad, capital de un reino abolido, empezaron a ha-

blar de espantajos y maravillas. Notaban la fuga de formas equívocas al despertar del sueño matinal.

Insistían en el resentimiento de los antiguos reyes, olvidados en su catacumba.

Reposaban en un valle, al pie de cerros tapizados de vegetación menuda, donde la luz y el aire divertían con variaciones de terciopelo verde.

Yo me junté a la caterva de jóvenes animosos, esperanzados de reducir los difuntos, por medio de increpaciones, dentro de los límites de su reino indeciso.

Nos acercamos a la puerta de la cripta y dudamos entrar.

Sobrevino mi azaroso compañero y se nos adelantó resueltamente.

Volvió en compañía de los reyes y de los héroes incorporados de su urna de piedra.

Estábamos mudos de terror.

Observé entonces, por primera vez, su faz enjuta, blanquiza, de cal.

Acerté con su origen espantoso.

Había desertado de entre los muertos.

TIEMPOS HEROICOS

A LA DEMANDA de Bolívar salió del Oriente el ejército más errabundo. Hacia el Centro adelantóse soberbio, dispersando y desconcertando al enemigo en combates sin cuento, que se prendían cual súbitos incendios. Sus jefes tenían nombres terribles, de sonoridad bárbara: Bermúdez, Azcue, Arrijoja. En ellos se cumplía el concepto del heroísmo, cuya pauta nos dejó Homero, porque jóvenes e infortunados eran a aquella hora los paladines como el protagonista de la *Ilíada*. Avanza, el primero de todos, Santiago Mariño, que trae por la melena a un león: a José Francisco Bermúdez, que del valor venezolano dio en toda su vida la más fiera, avasallante muestra. La Libertad no contaba en sus filas caballero más espléndido que aquel infausto rival de Bolívar, pródigo en sacrificios, arrojado y apuesto como un Byron. Con una lira, habría sido imagen de Apolo. El más alto grado militar lo alcanzó de un vuelo este hombre, afortunado al principio de su carrera, como favorito de un hada: a los veinticuatro años era general, y precedía a Bolívar en redimir a Venezuela.

Después menguó por culpa de su insubordinación desatinada, y tal mengua en la historia ha sido injusta. El pretendido crimen de su rebeldía es falta leve. La desobediencia del joven caudillo encuentra su explicación y hasta su justificación en el celo regional, naturalísimo en aquellos días, puesto que las provincias que más tarde constituyeron a Venezuela, habían sido hasta entonces verdaderas naciones independientes, bajo la común regla de España. De los libertadores, sólo Bolívar tuvo la visión de la patria grande, y quiso extenderla y la extendió, perturbada y efímera, entre dos océanos. Tal vez sentía la influencia de aquellos apóstoles generosos y delirantes de la humanidad, de la gran patria sin fronteras, que fueron tan frecuentes en el siglo diez y ocho. Los demás libertadores, por razones de educación, estaban dispensados de acalorar tan vastos ideales.

Laureano Vallenilla Lanz es quien considera a don Simón Bolívar en esta, su casi inédita faz de unificador. Por el apremio de su voluntad, por el ascendiente de su genio en el alma díscola de los tenientes, por el sacrificio de Piar, Venezuela es una sola nación, desde la escalera de Los Andes hasta donde el Orinoco rechaza con sus aguas el Atlántico. El hermanó las huestes recelosas debajo de la bandera venezolana, rodeada de muerte en cien campos, como un ídolo complacido en hecatombes. E hizo más: adelantado en siglos a su época, depositó en el seno fecundo y misterioso de los tiempos el germen de futuras evoluciones grandiosas.

CANSANCIO

GRATITUD más que amor siento por esa adolescente que cada tarde, a mi paso por delante de su ventana, recompensa con una sonrisa mi trabajo agobiador del día entero. Su inocencia no se ha espantado de mi tristeza que trasciende y contagia; para calmar mi desesperación, ella responde a mi galantería con un tímido silencio, mientras me envuelve en la más persistente de sus miradas dormidas, atenuando mi propio dolor y el que acabo de recoger a mi paso por los barrios de la miseria y del vicio.

Imposible el amor cuando el porvenir ha caído al suelo, y la enfermedad de vivir arrecia como una lluvia helada y triste. Gratitud nada más para la adolescente que me protege contra la desgracia por todo el resto del día, siguiéndome con la vista hasta que desaparezco entre los transeúntes de la calle interminable. Gratitud también para la naturaleza que a esta hora del año se viste de funerales atavíos, haciéndome comprender que no estoy solo, que cuanto vive sufre, y todo vive.

Sólo ella aparece eludiendo la fatalidad del dolor; sobre su juventud se prolonga la inconsciente ventura de la infancia; ninguna pena ha paralizado la alegre locura de su risa, que es la de sus primeros años, a pesar de que ninguna frescura es tan deleznable en manos del tiempo como la de esa manifestación del regocijo. Se diría que la naturaleza no resiste a su gracia y se deja vencer; cuando la luz solar proclama su victoria, triunfa en sus ojos la noche, más luminosa cuanto más espesa, como algunos mares tropicales más fosforescentes cuanto más oscuros.

Con su tranquila alegría no se aviene la aflicción que traza surcos en mi frente y doblé mi vida. Envenenaría su inocencia si la iniciara en el afán de la batalla sin reposo, si en cambio de su misericordia la hiciera comprender cómo asfixia la angustia por la ambición asesinada. No he de ayudar en contra

de su bienestar a la desgracia oculta de cada momento que se acerca como una ola hinchando el seno rugidor. Es cruel adelantarla en pocos días a los desengaños que no aplazan su venida y a los torvos pensamientos que ciñen las frentes mustias en fúnebre ronda.

Con misericordia correspondo a la suya, si de su quietud me alejo con el estéril miedo de la vida, huyendo de la sonrisa que enlaza. Ni vale más el amor que este suave recuerdo que conservaré de su aparición en momentos de mi más rudo vivir. Hundiéndose en el tiempo, su figura despierta afectos tranquilos, cual convienen a espíritus cansados; y ya al mío sólo alcanza fuerza para esa melancólica simpatía con que el viajero en reposo contempla la palmera lejana, encendida en el último adiós del sol, única compañera sobre la vasta soledad.

LIED

LOS ESPINOS llenan, desde el pórtico en ruinas, la hondonada.

Tejen sus ramas siniestramente, figurando coronas de martirio.

La dama de la corza blanca se entrega a cantar, al sentir en torno la magia lunar.

El eco burlesco augura la muerte desde el matorral.

Nadie podría decir el susto de la corza blanca.

Hasta ese momento no se había cantado en la mansión desierta.

EPICEDIO

Es DIFÍCIL que en ocasión alguna se manifieste de modo tan elocuente la solidaridad que trae consigo el servicio de las armas como ahora, cuando la desaparición del capitán Lucena Borges abre un claro considerable en nuestras filas. Todos le rodeamos muerto con más simpatía que si le sonriera la fortuna en vida, y a todos nos conturba el mismo dolor adusto y silencioso. Si hubiéramos de manifestar ese dolor, desecharíamos la queja por escasa en dignidad viril y porque a los hombres de armas se les lamenta sólo en el estampido de la salva fúnebre, y lo expresaríamos más bien en voces de acusación y de protesta contra el destino aciago que ha castigado en nuestro compañero con el más triste de los fines su juventud intensa, su bondad inefable y su alegría perenne.

Insistiré sobre su bondad recordando sus cualidades de hijo y de hermano amantísimo. Por ellas era buen ciudadano, buen amigo y buen soldado. Sus virtudes de hombre de hogar eran la razón de que descollase tanto como hombre de ese otro hogar que es el cuartel. En el primero se exhibía ardiendo en devoción por la madre amantísima, en el segundo se consagraba a la patria con el mismo afecto filial. Por bueno y por patriota, prestó al ejército el inapreciable concurso de su persona, desde el momento en que el cuartel venezolano dejó de ser casa de francachela y de suplicio, para convertirse en lo que es hoy, lugar de austeridad y de recogimiento. Fue de los oficiales que vistiendo el uniforme, supieron reanudar la noble tradición de nuestras armas, y que del suelo donde yacía humillada recogieron la espada, para esgrimirla con manos puras, como para el limpio oficio guerrero.

En gracia de tantas virtudes ha debido premiarle el cielo con una muerte gloriosa, si se la reservaba prematura, perfeccionarle la vida con remate brillante, que de toda ella fuese como una corona de triunfo, y él resultase en definitiva heroico. Se fue de nuestro lado joven y en medio al duelo unánime

del ejército, tal como hace cien años desapareció de entre nuestros libertadores Anzoátegui, inesperadamente, pero con la fortuna de haber cumplido antes de los treinta años aquel voto romano de su adolescencia, el de consagrar su vida a grandes hechos. Y este dolor de tu vida frustrada, oh compañero, es el motivo más fuerte que nos congrega a todos en el culto de tu memoria y en el lamento de tu fin desdichado.

ELOGIO DE LA SOLEDAD

PREBENDAS DEL COBARDE y del indiferente reputan algunos la soledad, oponiéndose al criterio de los santos que renegaron del mundo y que en ella tuvieron escala de perfección y puerto de ventura. En la disputa acreditan superior sabiduría los autores de la opinión ascética. Siempre será necesario que los cultores de la belleza y del bien, los consagrados por la desdicha se acojan al mudo asilo de la soledad, único refugio acaso de los que parecen de otra época, desconcertados con el progreso. Demasiado altos para el egoísmo, no le obedecen muchos que se apartan de sus semejantes. Opuesta causa favorece a menudo tal resolución, porque así la invocaba un hombre en su descargo:

La indiferencia no mancilla mi vida solitaria; los dolores pasados y presentes me conmueven; me he sentido prisionero en las ergástulas; he vacilado con los ilotas ebrios para inspirar amor a la templanza; me sonrojo de afrentosas esclavitudes; me lastima la melancolía invencible de las razas vencidas. Los hombres cautivos de la barbarie musulmana, los judíos perseguidos en Rusia, los miserables hacinados en la noche como muertos en la ciudad del Támesis, son mis hermanos y los amo. Tomo el periódico, no como el rentista para tener noticias de su fortuna, sino para tener noticias de mi familia, que es toda la humanidad. No rehúyo mi deber de centinela de cuanto es débil y es bello, retirándome a la celda del estudio; yo soy el amigo de los paladines que buscaron vanamente la muerte en el riesgo de la última batalla larga y desgraciada, y es mi recuerdo desamparado ciprés sobre la fosa de los héroes anónimos. No me avergüenzo de homenajes caballerescos ni de galanterías anticuadas, ni me abstengo de recoger en el lodo del vicio la desprendida perla de rocío. Evito los abismos paralelos de la carne y de la muerte, recreándome con el afecto puro de la gloria; de noche en sueños oigo sus promesas y estoy, por milagro de ese amor, tan libre de lazos terrenales como aquel místico al saberse amado por la

madre de Jesús. La historia me ha dicho que en la Edad Media las almas nobles se extinguieron todas en los claustros, y que a los malvados quedó el dominio y población del mundo; y la experiencia, que confirma esta enseñanza, al darme prueba de la veracidad de Cervantes que hizo estéril a su héroe, me fuerza a la imitación del Sol, único, generoso y soberbio.

Así defendía la soledad uno, cuyo afligido espíritu era tan sensible, que podía servirle de imagen un lago acorde hasta con la más tenue aura, y en cuyo seno se prolongaran todos los ruidos, hasta sonar recónditos.

EN LA MUERTE DE UN HEROE

HASTA EN LA OPINIÓN de graves y aprobados autores eclesiásticos la guerra es plantel de virtudes y gimnasio de caracteres. Descubre y remunera el valor, que es un caso de la abnegación, que es un despecho de los hombres altos, inconformes con la realidad menguada. Generoso y original es el valiente; de allí su prisa en amparar y hospedar los ideales desairados.

Del soñador es la sed del martirio, la curiosidad por la aventura, la exposición de la vida antes de la utilitaria vejez. El valor es en su alma, desterrada y superior, un artístico anhelo de morir.

Temprana melancolía, fiebre dolorosa y oculta es de ordinario esa virtud radical del soldado. Huye por tanto de la frecuente exhibición, del alarde brutal y plebeyo, acompasándose con la disciplina y con la espera de lucidos lances. El valeroso es tranquilamente enérgico.

El valor es timbre de las castas egregias, criadas para el torneo decoroso y gallardo. Copia el campo de batalla el palenque de los caballeros en el urgente peligro, en las ufanas banderas, en el duro pregón de los heraldos. También es el ejército una orden hidalga y abstinentes.

El valor es una de las tantas dotes hermosas y funestas. Lleva al sacrificio y a la muerte, apareja el desastroso escarmiento. Se perpetúa y repite por el ejemplo más que por la herencia insegura, ya que el valeroso está predestinado a perecer sin hijos, en verde juventud.

Resentimiento y protesta del idealista, gravedad amarga, señoril entono, atrevimiento sereno, prenda infausta, era a un tiempo mismo el valor completo de Manuel Bermúdez. Se enfrentaba al enemigo en armas, a la naturaleza desatada, a la calamidad de la suerte. Debía su ánimo al ejemplo, porque nació en donde vegeta la energía varonil. Lo debía igualmente al linaje; con los brazos abiertos lo habrá reconocido por suyo José Francisco Bermúdez de Castro, el guerrero descomunal que en los muros humeantes de Cartagena cerró el paso a don Pablo Morillo con la espada del Cid.

ENTONCES

SUEÑO QUE SOPLA una violenta ráfaga de invierno sobre tus cabellos descubiertos, oh niña, que transitas por la nevada urbe monstruosa, a donde todavía joven espero llegar, para verte pasar. Te reconoceré al punto, no me sorprenderá tu alma atormentada y exquisita, tu cuerpo endeble ni tu azul mirada; he presentido tus manos delicadas y exangües, he adivinado tu voz que canta y tu gentil andar. El día de nuestro encuentro será igual a cualquiera de tu vida: te veré buscando paso entre la muchedumbre de transeúntes y carruajes que llena con su tumulto la calle y con su ruido el aire frío. La calle ha de ser larga, acabará donde se junten lejanas neblinas; la formará una doble hilera de casas sin ningún intervalo para viva arboleda; la harán más tediosa enormes edificios que niegan a la vista el acceso del cielo. Lejos de la ciudad nórdica estarán para entonces los pájaros que la alegraban con su canto y olvidado estará el sol; para que reine la luz artificial con su lívido brillo, lo habrán sepultado las nubes, cuyo horror aumenta la industria con el negro aliento de sus fauces.

Entonces y allí será la última hora de esta mi juventud transcurrida sin goces. Habré ido a experimentar en la ciudad extraña y septentrional la amargura de su despedida y el desconuelo de su eterno abandono. Para sufrir el ocaso de la juventud ya estaré preparado por la partida de muchas ilusiones y el desvanecimiento de muchas esperanzas. En mi memoria dolerá el recuerdo de imposibles afectos y en mi espíritu pesará el cansancio de vencidos anhelos. Y ya no aspiraré a más: habré adaptado mis ojos al feo mundo, y cerrado mi puerta a la humanidad enemiga. Mi mansión será para otros impenetrable roca y para mí firme cárcel. Estoico orgullo, horrenda soledad habré alcanzado. En torno de mi frente flotarán los cabellos grises, grises cual la ceniza de huérfanos hogares.

De lejos habré llegado con el eterno, hondo pesar, el que nació conmigo en el trópico ardiente y que me acompaña como la conciencia de vivir. Un pesar no

calmado con la maravilla de los cielos y de los mares nativos perpetuamente luminosos, ni con el ardor ecuatorial de la vida, que me ha rodeado exuberante y que sólo en mí languidece. Los años habrán pasado sin amortiguar esta sensibilidad enfermiza y doliente, tolerable a quien pueda tener la única ocupación de soñar, y que desgraciadamente, por el áspero ataque de la vida, es dentro de mí como una cuerda a punto de romperse en dolorosa tensión. La sensibilidad que del adverso mundo me hace huir al solitario ensueño, se habrá hecho más aguda y frágil al alejarse gravemente mi juventud con la pausada melancolía de la nave en el horizonte vespertino.

Al encontrarte, quedaremos unidos por el convencimiento de nuestro destierro en la ciudad moderna que se atormenta con el afán del oro. Ese día, demasiado tarde, el último de mi juventud, en que despertarán, como fantasmas, recuerdos semi muertos al formar el invierno la mortaja de la tierra, será el primero de nuestro amor infinito y estéril. Unidos en un mismo ensueño, huiremos del mundo, cada día más bárbaro y avaro. Huiremos en un vuelo, porque nuestras vidas terminarán sin huellas, de tal modo que éste será el epitafio de nuestro idilio y de nuestra existencia: pasaron como sonámbulos sobre la tierra maldita.

LA ALUCINADA

LA SELVA había crecido sobre las ruinas de una ciudad innominada. Por entre la maleza asomaba, a cada paso, el vestigio de una civilización asombrosa.

Labradores y pescadores vivían de la tierra aguanosa, aprovechando los aparejos primitivos de su oficio.

Más de una sociedad adelantada había sucumbido, de modo imprevisto, en el paraje malsano.

Conocí, por una virgen demente, el suceso más extraño. Lloraba a ratos, cuando los intervalos de razón suprimían su locura serena.

Se decía hija de los antiguos señores del lugar. Habían despedido de su mansión fastuosa una vieja barbuda, repugnante.

Aquella repulsa motivó sucesivas calamidades, venganza de la harpía. Circunvino a la hija unigénita, casi infantil, y la persuadió a lanzar, con sus manos puras, yerbas cenicientas en el mar canoro.

Desde entonces juegan en silencio sus olas descolmadas. La prosperidad de la comarca desapareció en medio de un fragor. Arbustos y herbajos nacen de los pantanos y cubren los escombros.

Pero la virgen mira, durante su delirio, una floresta mágica, envuelta en una luz azul y temblorosa, originada de una apertura del cielo. Oye el gorjeo insistente de un pájaro invisible, y celebra las piruetas de los duendes alados.

La infeliz sonríe en medio de su desgracia, y se aleja de mí, diciendo entre dientes una canción desvariada.

LAUDE

VENEZUELA debe lo principal y más duradero de su crédito a la valentía de aquellos militares que con el siglo diez y nueve surgieron apasionados e indóctiles. La sana fuerza de su índole no se degradaba con tímidos recatos ni cedía un punto a la moral hipócrita de las sociedades en reposo. Nunca fue su norte el renombre de pacato y de honorable, lazo de incautos. Todos eran hombres ingenuos y violentos, de vida desproporcionada y libre.

Como suscitan la saña de los incoloros y la venganza de los eruditos apergaminados y dispépticos, una filosofía pobre, en que no alienta el entusiasmo adivinador de los poetas, rompe el sigilo de su sepulcro y turba el sueño de sus cenizas.

La crítica mezquina halla su más frecuente ocasión en el humor díscolo y altanero de los héroes. No descubre allí la fuerza profunda del linaje, la suficiencia individual, el conñado arrojo que hizo del abuelo español la consternación y la pesadilla del mundo.

Su gloria consiste en no haber depuesto el temerario reto a la metrópoli, y al reconocerles aquel mérito continúa elevado e intacto el de su jefe. La justicia crece con la distribución del premio, y hay deshonestidad en pretender que la fama de Bolívar coincide con el recorte de sus tenientes.

De esta opinión mojigata y pudibunda nace la docilidad como razón para el crédito a los honores, el examen superficial de la discordia, la repetida sentencia contra los varones levantiscos que ensangrientan y revuelven el curso de aquellos años. Se olvida que muchos entraron iguales a la lid; que los separaba el más contrastado interés; que los acontecimientos habrían de traer con la prueba de las aptitudes la escala de la jerarquía; que los ánimos porfiados, finalmente sometidos, acreditan el genio de Bolívar; que en la escena de duelo desentonaba, más que el amoroso pastor, el rebaño de las bestias pacíficas.

Para los mansos la medalla de buena conducta; para nuestros héroes el monumento elevado y la estatua perenne. Han impuesto al repeto de los extraños la serie de nuestros anales con un esfuerzo que pertenece a la epopeya, con actos extraordinarios que habría acogido, para perpetuarlos, la musa popular del romancero. De vez en cuando no siguieron las razones de Bolívar por la fatalidad que aísla al genio en su siglo. El los arrastra finalmente, y con tan digno séquito, como de bravos cóndores, preside la mitad del mundo desde el pico más alto y nevado de Los Andes.

AL PIE DE UN CIPO

LLAMÁBASE José María Milá Díaz un hombre que en nuestra más antigua ciudad oriental sufrió hasta ayer la vida; la pasó toda cantando y llorando, movido a imitación de Arnaldo de Daniel que así estaba en el purgatorio del vate gibelino. A causa de un grande infortunio podría negarse que cantara, pues sus versos, pobres en cadencia, se apresuraban a modo de sollozos apretados y bruscos. Por todos esos méritos, en la ciudad de Cumaná se apresuran a honrar la memoria del mártir, y nosotros aplaudimos con fervor la tardía ofrenda, desde acá, desde bien lejos, hijos dispersos de esa idolatrada Jerusalem. No era posible otra conducta, porque Milá entre los más recientes literatos de las comarcas orientales, es augusto. Lo es como un numen, porque la lepra, la enfermedad que comparte con la locura el carácter de sagrada, había encendido un nimbo de santidad sobre su frente. Como la locura es de inferior majestad, ilustre en el paganismo, durante cuyo reinado enfurece la alegría de las bacantes y el vaticinio de las pitonisas, mejor cuadraba a nuestro hombre de pensamiento y de sacrificio la enfermedad conocida en remota mención bíblica y que en el divino infierno fue terror dantesco.

Justísima es la ofrenda al hombre que aceptó, sin gemir de dolor ni de terror, la enfermedad a que el genial pueblo de Colombia acomoda la expresión del libro sagrado relativa a la muerte: ¡el rey de los espantos!

Sobrehumano se exhibe él, atormentado por la enfermedad que obliga a Job a maldecir su nacimiento, y que inspiró a los varones piadosos de la primitiva Iglesia la comparación de la faz del desdichado con la del león, porque ambos, desdichados y leones del desierto, eran familiares a aquellos santos, apóstatas de la alegría, apartados en aislamiento salvaje. Crece su dignidad si se recuerda que no consagró una sola de sus quejas a la desgracia inmensa, como la de aquellos predecesores suyos en lejanos siglos, a quienes se apartaba de la socie-

dad con la ceremonia lúgubre del canto de difuntos entonado por el sacerdote y de la ceniza vana y estéril esparcida sobre la cabeza miserable.

De tal manera lo consagraba la desventura, que con su cadáver se santifica la tierra de su descanso. No necesitaba de la hospitalidad en los cementerios bendecidos, porque es santa toda tierra donde se abre una fosa a un mártir como al naufrago un puerto. Además, es bendita toda nuestra tierra, y por ello recibe el homenaje de los días espléndidos y de las noches solemnes. Tanto es así, que sobre nuestros escombros cumplen un rito fúnebre las estrellas temblando desde la negrura celeste como lágrimas de agua bendita en las ceremonias eclesiásticas sobre el paño de los ataúdes.

Debe erguirse sobre la morada definitiva un monumento funeral con severa tristeza, como para la amarga vida y la temprana muerte. Convendría que lo amparase un follaje doliente, como aquel de la poesía heinesca, armonioso de cantos vespertinos, a cuya sombra los enamorados interrumpían el diálogo para llorar sin saber por qué, de súbita tristeza. Se hablaría con elocuencia a los venideros, si se representara al mártir meditando con la faz afligida de aflicción nazarena sobre la mano mutilada, cuando desde la ventana de su cuarto de enfermo comparaba su reclusión con la libertad del mar lejano, en cuya brisa intermitente venía muy rara vez un desmayado clamoreo a interrumpir el silencio abrumador sobre el vecino arenal llameante. El transeúnte se descubriría ante él, como ante un dios derruido y deforme de desenterrada idolatría, y muchos habrían de comparar su actitud a la del hombre que bajó al abismo, cuando meditaba sus castigos tremendos.

EL SOLTERON

EL TIEMPO es un invierno que apaga la ambición con la lenta, fatal caída de sus nieves. Pasa con ningún ruido y con mortal efecto: la tez amanece un día inesperado marchita, los cabellos sin lustre y escasos, fácil presa a la canicie, menguado el esplendor de los ojos, sellada de preocupaciones la frente, el semblante amargo, el corazón muerto. Sobre el mundo en la hora de nuestra vejez llora la amarilla luz del sol, y no asiste a dulces cuitas de amor la romántica luna. Blancos, fríos rayos de acero envía desde la altura melancólica. Pasó la juventud favorecida por el astro benéfico en las noches de ronda donjuanesca. Desde hoy preside el desfile de los recuerdos en las noches en que despiertan pensamientos como ruidos en una selva honda.

Ha pasado el momento de unirse en amorosa simpatía; hace ya tiempo que con la primera cana se despidió para siempre el amor, espantado del egoísmo y la avaricia que en los corazones viejos hacen su morada. Ahora comienza la misantropía, el odio de lo bello y de lo alegre, el remordimiento por los años perdidos, la queja por el aislamiento irremediable, la desconfianza de sobrar en la familia que otro ha fundado. Trabaja, pena la imaginación del soltero ya viejo, daría tesoros por el retorno del pasado, no muy remoto, en que pudo prepararse para la vejez voluptuoso nido en regazo de mujer.

La alegría ruidosa de los niños canta en nuestro espíritu. Castigo inevitable sigue a quien la desecha para sus años postreros, y es más feliz que todos los mortales quien participa con interés de padre en ese inocente regocijo, y se evita en la tarde de la vida la pesarosa calma que aflige al egoísta en su desesperante soledad. A éste, desligado de la vida, desinteresado de la humanidad, estorboso en el mundo, lo espera con sus fauces oscuras la tumba. Fastidiado debe ansiar la muerte, ya que su lecho frío semeja ataúd rígido.

Cuando descansa en la noche con la nostalgia de amorosa compañía, no le

intimida el pensamiento de la tierra sobre su cadáver. El horror del sepulcro es ya menos grave que el hastío de la vida lenta y sin objeto. No le importa el olvido que sigue a la muerte, porque sobreviviendo a sus amigos, está sin morir desamparado. Quisiera apresurar sus días y desaparecer por miedo al recuerdo de la vida pasada sin nobleza, como un río en medio a estériles riberas. Huye también de recordar antiguas alegrías, refinadamente crueles, que engañaron al más sabio de los hombres, convenciéndolo de la vanidad de todo. Así concluye pensando el que de sus goces recogió espinas, y vivió inútil. Aún más desolada convicción cabe a quien ni procreando se unió en simpático lazo con la humanidad. . . Ahora olvidado, triste, duro a todo afecto el corazón, si derramara lágrimas, serían lavas ardientes, venidas de muy hondo.

DE CAPA Y ESPADA

MUCHO SE HA encarecido el encierro en que guardan a la mujer española los varones de su sangre. Se ha visto en la custodia escrupulosa el trasunto de la opresión musulmana en el harén del invasor morisco. Se ha dicho que un adventicio espíritu de recelo y de severidad doméstica construyó la cerrada casa del español a imitación de la de su huésped secular.

Pero el uno y el otro fueron independientes y originales al levantar sobre el suelo mismo de la lid moradas inaccesibles. A tanto forzaba en toda Europa la necesidad de aquellos tiempos de asalto. Fuera de que el español seguía tradiciones más antiguas, relativamente indígenas, al remedar en su vivienda la seguridad y el imperio de los baluartes.

Tampoco aportó el sarraceno la moral obstinada y bronca que estrecha a la familia española dentro del hogar inexpugnable. En frecuentes pasajes se le anticipa el Fuero Juzgo. La excesiva protección a la mujer obedece tal vez a la virtud primitiva y fundamental del orgullo español, que tiene por variantes la devoción a la pureza del nombre, el culto de la probidad y la pasión por la justicia.

Gracias a ese mismo germen innato y multiforme del orgullo, el carácter del español se ostenta sensiblemente igual, entero y magnífico a través de toda la historia. Su más lejano antepasado fue capaz del susceptible pundonor, de la fe exaltada, del amor vehemente, de los celos iracundos que intrincan, si no mancillan de sangre, el enredo de la comedia calderoniana.

LA TRIBULACION DEL NOVICIO

BEBEDIZOS MALIGNOS, filtros mágicos, ardientes misturas de cantárida no hubieran enardecido mi sangre ni espoleado mi natural lujuria de igual modo que esta mi castidad incompatible con mi juventud. Vivo sintiendo el contacto de carnes redondas y desnudas; manos ligeras y sedosas se posan sobre mis cabellos, y brazos lánguidos y voluptuosos descansan sobre mis hombros. A cada paso siento sobre mi frente los pequeños estallidos de los besos. Una mujer con palabras acariciantes se inclina hasta tocar con la suya mi mejilla. Su voz insinúa dentro de mí el deseo como una sierpe de fuego. Todo mi ser está embargado de fiebre y lo inquieta un loco deseo de transmitirse encendiendo nuevas vidas. Barbas selváticas, cuernos torcidos, cascos, todos los arreos del sátiro podrían ser míos. Demasiado tarde he venido al mundo; mi puesto se halla en el escondrijo sombrío de un bosque, desde el cual satisficiera mi arrebatado espiondo la belleza femenina, antes de hacerla gemir de dolor y de gozo.

Por desgracia otra es mi situación y muy duro mi destino; me viste un grueso sayal más triste que un sudario; vivo en una celda, y no en medio de árboles frondosos en un campo libre. Suspiro por un raudal modesto bajo la sombra de ramajes enlazados y cuya superficie temblorosa señalara el vuelo de las auras. Diera la vida por ver en la atmósfera matinal y serena un instantáneo vuelo de palomas, como una guirnalda deshecha. Y en una diáfana mañana, cuando recobran juventud hasta las ruinas, desechar la última sombra del sueño, turbando con mi cuerpo el éxtasis del agua, enamorada de los cielos. Huida la noche, volviera yo a la vida, cuando el concierto de los pájaros comienza a llenar el vasto silencio, despertara con más lujo que un déspota oriental, segador de hombres. Bajo la luz paternal del sol sintiera el júbilo de la tierra y contemplara el mar, después de haber jadeado escalando un monte. Sufro por

mi estado religioso mayor esclavitud que un presidiario; con mortificaciones y encierros pago el delito de esta rebosante juventud; aislado, herido por desolación profunda, resguardo mis sentidos, y niego satisfacción a mis deseos y hospitalidad a la alegría. El mar palpitante, el viento incansable, el pensamiento volador exasperan el enojo de mi cautiverio, recrudecen la tiranía de mi condición, agravan los grillos que me aherrajan. Debo recatarme de participar en la alegría de la tierra amorosa y robusta; vestir perpetuo traje de oscuridad, cuando a todas partes la luz, rauda viajera, lleva su aleluya; reemplazar con rigurosa seriedad la grave sonrisa que conviene al espectador de la tragicomedia del mundo. Sabiendo que el organismo cede con la satisfacción, he de resistirle aunque reproduzca sus deseos con más furia que la hidra sus cabezas, y merezca por insistente y por traidor su personificación en Satán torvo y enrojecido.

No se calma este ardor con claustro inaccesible ni con desierto desolado. Con esa abstinencia, la locura me haría compañero de santos desequilibrados y extáticos. Ni la penumbra de los templos abrigados me auxilia, porque es tibia como un regazo y favorable al amor como un escondite. La oración tampoco es defensa porque su lenguaje es el mismo que para cautivarse emplean los hijos y las hijas de los hombres. Ni es para alejar del siglo la belleza que resplandece en las efigies: algunas me recuerdan las mujeres que hubiera podido amar, tienen los mismos ojos hermosos y tranquilos, la misma cabellera destrenzada sobre las espaldas y los hombros, y sobre los mismos pies menudos y curiosos debajo del vestido descansa la estatua soberbia del cuerpo. No es bastante el único refugio que alcanzo a los pies del hijo de Dios extenuado y sangriento. Más me apacigua comunicándome su dolor la madre Virgen a los pies del grueso madero. Lloro, mientras vencida bajo su calcañar, según la lección bíblica, se tuerce la serpiente perezosa y elástica. Pierden su brutalidad los groseros anhelos, si atiendo a esos ojos lacrimantes, azules de un azul doliente, como el cielo de un país de exilio. Sería distinto, si fueran sus ojos negros, como aquellos otros de brasa infernal, que me han envenenado con su lumbre.

LA CUITA

LA ADOLESCENTE viste de seda blanca. Reproduce el atavío y la suavidad del alba. Observa, al caminar, la reminiscencia de una armonía intuitiva. Se expresa con voz jovial, timbrada para el canto en una fiesta de la primavera.

Yo escucho las violas y las flautas de los juglares en la sala antigua. Los sonos de la música vuelan a zozobrar en la noche encantada, sobre el golfo argentado.

El aventurero de la cota roja y de las trusas pardas arma asechanzas y redes contra la doncella, acerbando mis dolores de proscrito.

La niña asiente a una señal maligna del seductor. Personas de rostro desconocido invaden la sala y estorban mi interés. Los juglares celebran, con una música vehemente, la fuga de los enamorados.

LECCION BIBLICA

PODRÍA FINGIRSE el aspecto de Moisés con sólo recordar los días de la historia en que prevale su autoridad y subyuga su elocuencia. Varón de digno porte y entera energía debió de ser en medio de su pueblo ingrato. La majestad de su misión no mermaba con la pobreza de su traje sencillo, el que visten de ordinario los hijos peregrinos del desierto, el grueso vestido talar ceñido con una correa a la cintura. Ni lo santo de su empresa padecía con la oscuridad de su vida azarosa. Antes bien, los altibajos de su carrera conducían a probar el favor divino que resguardaba su persona y que legitimaba su lenguaje de entonación imperativa y audaz.

A toda hora deduce fuerza de la voz soberana que domina el aparato alucinante de las zarzas y montañas incendiadas. De ella escucha el precepto legal saludable que conviene a cualquier tiempo y lugar, y recoge asombrado la historia primitiva del universo. De igual origen viene la inspiración que lo posee y levanta con vuelo inaudito. Así pudo elevarse su lenguaje a la dignidad de interlocutores y de temas extraordinarios. Ni se concibe que de otro modo hubiera serenado a su pueblo numeroso y turbulento cual la abrasada arena de su senda. Ni reducido al propio ingenio pudo inventar la serie desconcertante de prodigios, volcando sobre el reino del soberbio la repleta cornucopia de los males.

Es el legislador de faz radiosa en cuya frente erige Miguel Angel los cuernos augustos de la fuerza. Logra disponer en torno de la divinidad única un sistema de verdades presentidas, consuela el clamor de aspiraciones difusas, y no olvida el deber de la actividad despierta. No surge de su altar aquella sugestión pesimista que petrifica los pueblos más viejos del mismo continente, y que ha sido para el eslavo indocto el más atroz fermento de su humor absurdo. Desnuda la torpeza de las civilizaciones réprobas y el deshonor de los esclavos mustios, y expande el ígneo espíritu civil que fragua las sociedades libres. Surte de raudales eternos la moral de los hombres, y arrulla el sueño de sus caravanas con las harpas de una angélica aleluya.

DUELO DE ARRABAL

EN LA POBRE VIVIENDA de suelo desnudo, alumbrada con una lámpara mezquina, las mujeres se congregaron a llorar. Fuertes o extenuados alternativamente, no cesaban los trémulos sollozos, palabras ahogadas y confusas escapaban de los pechos sacudidos, gestos de dolor suplicaban a los cielos mudos. En torno de un pequeño ataúd crecía el clamor y llegaba al delirio; contenía el cuerpo de un niño arrebatado por la muerte a la vida de arrabal. Hacia un rincón estaban reunidos en haz los juguetes recién abandonados, junto a los pobres útiles de industrias femeninas, y, en irónica ofrenda a los pies del Crucifijo, las drogas sobre la mesa descubierta. Nobles sacrificios fracasaron en resguardo de su vida: el consumo del ahorro miserable, los días de zozobra, las noches de vigilia. Aquel día, cuando la oscuridad prosperaba hasta en el ocaso tinto de sangrante sol, vino la muerte al amparo de las sombras leves y benignas, con fría palidez sellando su victoria.

Vino a aquella mansión, como a otras muchas; un mal tremendo, como aquel que de orden divina diezma los primogénitos de Egipto, apenas dejó casa pobre sin luto. Por su influjo tuvieron de cuna el seno de la tierra innumerables niños, despedidos por coros gemebundos, lamentados con llanto breve y clamoroso, el llanto de quienes en la vida sin paz tienen peor enemigo que la muerte.

Siguiendo el general destino de los tristes que, con la urgente pobreza, desconocen el deleite del recuerdo lloroso, los dolientes de la pobre vivienda, alumbrada con una lámpara mezquina, también se lamentaron con desesperanza pasajera. Las voces roncadas gimieron hasta la partida del pequeño cadáver; pero el olvido, ante el esperado afán del día siguiente, hizo invasión con el sosiego de la primera noche augusta y encendida.

LA ARISTOCRACIA DE LOS HUMANISTAS

CARENCIA DE OBJETIVIDAD, lo que multiplica los dictámenes personales, como si de opiniones no constara el tesoro de austeras disciplinas humanas. Flojo enlace, consecuencia problemática entre los acontecimientos, falta de regularidad que engaña a la previsión. He aquí los argumentos de quienes reducen la historia a simple entretenimiento literario, donde cada autor de respeto marca su estampa, enriqueciendo más la diversidad del mundo.

La historia puede merecer el majestuoso nombre de ciencia, desde que ésta, despojada de lo absoluto y allanada a tarea más humilde, renuncia a explicar y antever y se reduce a describir.

La historia como pasatiempo estético es parecer de humanistas. Los hombres del Renacimiento repetían en la escritura de ella la grandiosa unidad del poema épico, y ejecutaban una y otra empresa literaria bajo el dictado de la misma musa. Seguían otras veces el curso de los acontecimientos, para exponerlos a guisa de ejemplos, con fines de moral práctica para uso de los príncipes. Prestaban a los personajes en consejo discursos armados de sutilezas y figuras, como en torneo de escuelas. Atribuían a los caudillos de la batalla arengas razonadas o briosas que tenían de Tito Livio o de Homero. Cerraban el comentario a los sucesos estampando con duro buril de hierro la grave sentencia escapada a la ceñuda concisión de Tácito.

Jamás se ha tratado la historia, como entonces, con tan fina curia, como para público de artistas. Los personajes son todos héroes, y hablan extraordinario lenguaje sobre un tablado trágico. Desde aquí amonestan a caballeros y monarcas. La Edad Media contribuye con la parte más principal al brote del Renacimiento. Aporta el entono caballeresco, el menosprecio casi feroz hacia el villano, sentimientos más benéficos para el culto del arte que todo el primor de la erudición grecolatina. Los letrados se alejan hoscos e inhumanos de la plebe.

Escriben historia a modo de epopeya, o con moraleja que no sirve a la turba de los mortales. Plagan, por lo mismo, las literaturas de la época con aquellos modos de expresión, raros y artificiosos, que sedujeron a Góngora, entre muchos. Eran, en suma, estilos y temperamentos cortesanos y heroicos, en los cuales se reiteraba el Feudalismo.

DISCURSO DEL CONTEMPLATIVO

AMO LA PAZ y la soledad; aspiro a vivir en una casa espaciosa y antigua donde no haya otro ruido que el de una fuente, cuando yo quiera oír su chorro abundante. Ocupará el centro del patio, en medio de árboles que, para salvar del sol y del viento el sueño de sus aguas, enlazarán las copas gemebundas. Recibiré la única visita de los pájaros que encontrarán descanso en mi refugio silencioso. Ellos divertirán mi sosiego con el vuelo arbitrario y el canto natural; su simpleza de inocentes criaturas disipará en mi espíritu la desazón exasperante del rencor, aliviando mi frente el refrigerio del olvido.

La devoción y el estudio me ayudarán a cultivar la austeridad como un asceta, de modo que ni interés humano ni anhelo terrenal estorbará las alas de mi meditación, que en la cima solemne del éxtasis descansarán del sostenido vuelo; y desde allí divisará mi espíritu el ambiguo deslumbramiento de la verdad inalcanzable.

Las novedades y variaciones del mundo llegarán mitigadas al sitio de mi recogimiento, como si las hubiera amortecido una atmósfera pesada. No aceptaré sentimiento enfadoso ni impresión violenta: la luz llegará hasta mí después de perder su fuego en la espesa trama de los árboles; en la distancia acabará el ruido antes que invada mi apaciguado recinto; la oscuridad servirá de resguardo a mi quietud; las cortinas de la sombra circundarán el lago diáfano e imperturbable del silencio.

Yo opondré al vario curso del tiempo la serenidad de la esfinge ante el mar de las arenas africanas. No sacudirán mi equilibrio los días espléndidos de sol, que comunican su ventura de donceles rubios y festivos, ni los opacos días de lluvia que ostentan la ceniza de la penitencia. En esa disposición ecuánime esperaré el momento y afrontaré el misterio de la muerte.

Ella vendrá, en lo más callado de una noche, a sorprenderme junto a la muda

fuelle. Para aumentar la santidad de mi hora última, vibrará por el aire un beato rumor, como de alados serafines, y un transparente efluvio de consola-
ción bajará del altar del encendido cielo. A mi cadáver sobraré por tardía la
atención de los hombres; antes que ellos, habrán cumplido el mejor rito de mis
sencillos funerales el beso virginal del aura despertada por la aurora y el revuelo
de los pájaros amigos.

STURM UND DRANG

CARLYLE eleva a Cromwell con su cortejo austero y fúnebre sobre los turbulentos regicidas del noventa y tres. Taine le objeta con acierto que el propósito de los segundos contrasta con la filantropía, con el motivo casi egoísta del puritano. Nuevos ideales habían ennoblecido durante el siglo XVIII el apasionado anhelo de reforma.

El esfuerzo generoso de la Revolución ocasiona el aserto muy socorrido y abundante de que la política desinteresada es prez singular de Francia con el mismo título y en la misma proporción que el talento discursivo, regular y consecuente. Ello es declarar por tenaz virtud de un pueblo lo que es apenas mérito y carácter exclusivo de cierta época inaudita. En la Europa sentimental de aquel siglo las personas cultas se preocupaban por la suerte del hombre, abstracto y universal, como que todas ejercitaban y honraban la razón, facultad propensa a omitir lo particular e individuante. En Alemania, semillero para entonces de filósofos distraídos y perplejos, abundaban naturalmente los weltbürger o ciudadanos del mundo. Los de Inglaterra aplaudían a la faz de un gobierno réprobo las victorias de Washington. Estaba de moda abstenerse del patriotismo, por mezquino, y oscilar entre la monarquía constitucional de Montesquieu y la república democrática de Rousseau.

Dos poetas, Schiller y Shelley, a mutua distancia de treinta años, albergan y retratan el sentimiento humanitario de aquellos días ardientes. Los dos descontentos, nebulosos y oratorios. Intrépidos heraldos, videntes irritados, bajo el cielo tormentoso y enigmático sostienen y vibran en la diestra un haz de rayos.

MIERCOLES DE CENIZA

SOBRESALE en el concurso de los fieles ingenuos por la severa majestad que levanta su hermosura decaída. Lucen las galas últimas de la juventud con el doliente esplendor de la tarde, y aridece y blanquea sus cabellos el implacable otoño que arranca las hojas trémulas. Las melancólicas memorias de sus años juveniles sugieren la nostalgia de espléndidos festejos en un castillo señorial abandonado, y a oscurecer de lágrimas sus ojos viene, en el umbral de la vejez, un mensaje del pasado radiante en el recuerdo de anticuadas músicas.

El olvido, inexorable centinela, custodia su ventana, y ya ante ella no sucumben las demandas suplicantes, como olas rumorosas y humildes al pie de una roca inaccesible. Esquiva su alma a la mundana agitación, y moderada por el desengaño, vuela como la enlutada golondrina a recogerse en el ambiente místico del templo. Allí queda cautiva de la música que surge y se dilata cual la humareda lenta del incienso, y abomina del siglo entre un rumor de fúnebres latines.

Ocupa su alma el pensamiento de lo que es divino e inmortal desde que tuvo el espejo para su belleza mustia la censura pesimista de la calavera, y viste desde entonces los sombríos colores que simbolizan la desolación de nuestra vida y que son propios para lamentar el estrago irremediable del tiempo. La injuria de los años no oscurece el espejo de sus ojos que alumbran con vivo esplendor, como en virtud de un rito perenne. Ellos prestan a su rostro religiosa gravedad y la exhiben agotada y penitente cual si extenuara su vida el culto de un numen adusto.

Arrepentida de profanos coloquios y ávida de dolores, guarda para la cruz inflexible la confianza de sus cuítas. Con desear para su frente, por piadosa imitación, la corona de sangrientas espinas ahuyenta el recuerdo de las fiestas. Para expiar las mundanas ilusiones satisface el extremo de la enmienda y eleva sobre el yermo de su vida, para alumbrar el resto de su viaje, el cirio de cada- vérica luz.

CRITICA

El Dilema de la Gran Guerra, por
Francisco García Calderón.

ESTE HONROSO INGENIO se apresura en el examen de la guerra europea. Mayor demora lo habría apartado de trabajar este libro superfluo y rudimental, que divide el campo de la contienda entre feudales y demócratas, como ya lo hicieron tantos viles papeles de propaganda, interesados en seducir el mercado antes que el foro de los neutrales. Esta y cualquier otra realidad confunde y escarnece con patentes contradicciones los distingos formales y las explicaciones sencillas. Mucho más cuando se trata de los hombres, de las repúblicas que ellos forman y de los intereses que las gobiernan. Entonces, una heterogeneidad abundante y sucesiva burla aquella crítica simple y aquel sistema enterizo que pudieran ser loables en el estudio de los seres inertes.

La pasión de un alma optimista, sin el lastre saludable de alguna misantropía, alaba el desinterés de uno de los dos bandos, impulsa el torrente de una prosa magnífica, allega una erudición abusiva, como de litigante que amontona ansioso autoridades y hechos. Párrafos caudalosos marcan, por ejemplo, el contraste que separa el Estado consensual tolerado por los pueblos occidentales de aquel otro Estado absorbente y divino, que ensalzan a porfía, con devoción teologal, los doctores prusianos.

Ninguna realidad más confusa que la del humeante conflicto, donde los imperialismos culpables cruzan aceros mortales, donde venganza y atropellos equivalentes niegan la existencia del dilema, y necesitan en igual medida la disculpa del patriotismo, donde aparecen concordés en un súbito amor del derecho los pueblos más desemejantes, desde el japonés desalmado y oblicuo hasta el ruso nihilista, a la orden para entonces de supresiva tiranía. Enganche

metódico y silencioso que trae gentes inferiores a mancillar el culto suelo de Europa, a que asedien y extrañen de la humanidad al hermano de raza condenado a muerte, zagal forzado, innovador del hecho consumado.

Algún escolástico puede entretenerse en redactar el Antidilema, con variados argumentos. Diría que Alemania imita la moral expansiva y codiciosa que cunde en todo el orbe civilizado con el advenimiento del régimen capitalista; que sin la amenaza de Francia se habría perpetuado en la generosa utopía del Parlamento de Francfort, trayendo su unificación el triunfo de los principios avanzados; que los alemanes no son reaccionarios ni feudales, sino observadores de la continuidad histórica; que sienten que nada está descoyuntado y solo en la continuidad del universo; que por eso practican la colaboración y la convergencia social en cuyo seno se esfuerza holgadamente la iniciativa del individuo; que por lo mismo ninguna institución ni órgano, inclusive el ejército, alcanza desproporcionado desarrollo en el crecimiento cíclico del imperio; que por lo mismo dan el ejemplo de alzar a desheredados y débiles con leyes providentes; que tradiciones de cultura niegan su concurso a los teorizantes más o menos transitorios de la fuerza; que no se encierran en intratable vanidad nacionalista, sino que conocen simpáticamente a todos los pueblos y letras de la tierra; que representan con mayor densidad y anchura el sentimiento que los románticos ponderan sobre la razón crítica e irreverente de Francia.

El escolástico distaría de la justicia. Habría observado el método de quienes retratan a la generación alemana entretenida en la aciaga incertidumbre, solicitante de la prosperidad en la guerra clamorosa, atenta a la flaqueza de la paz con el júbilo de aquel pueblo maldito, cuando el temporal anunciaba naufragios cerca de su playa inhospitalaria.

EL EPISODIO DEL NOSTALGICO

SIENTO, asomado a la ventana, la imagen asidua de la patria.

La nieve esmalta la ciudad extranjera.

La luna prende un fanal en el tope de cada torre.

Las aves procelarias descansan del océano, vestidas de edredón.

Protejo, desde ayer, a la huérfana del caballero taciturno, de origen ignorado.

Refiere sobresaltos y peligros, fugas improvisas sobre caballos asustados y en barcos náufragos. Añade observaciones singulares, indicio de una inteligencia acelerada por la calamidad.

Duda si era su padre el caballero difunto.

Nunca lo vio sonreír.

Sacaba, a veces, un medallón vacío.

Miraba ansiosamente el reloj de hechura antigua, de campanada puntual.

Nadie consigue entender el mecanismo.

He espantado, de su seno, las mariposas negras del presagio.

EL RETORNO

PARA ENTRAR en el reino de la muerte avancé por el pórtico de bronce que interrumpía las murallas siniestras. Sobre ellas descansaba perpetuamente la sombra como un monstruo vigilante. Extendíase dentro del recinto un espacio temeroso y oscuro, e imperaba un frío glacial que venía de muy lejos. Era el suelo bajo mis pies como una torpe alfombra, y sobre él avanzaba lentamente suspendido por alas invisibles. El pasmo de la eternidad se revelaba en augusto silencio, comparable a la calma que rodea el concierto de los astros distantes. Con él crecía el misterio en aquella región indefinida, donde ningún contorno rompía la opaca vaguedad. El espectáculo igual de la sombra invariable perpetuaba en mí el estupor del sueño de la muerte.

Había invadido voluntariamente el mundo que comienza en el sepulcro, para ahogar en su seno, como en un mar de olvido, mi lastimado espíritu. Allí detenía el tiempo su reloj y sucumbía la forma en el color funeral. Surgía de oculto abismo la oscuridad, con el sigilo de una marea tarda y sin rumor, y me arrastraba y tenía a su merced como una voluptuosa deidad. Cautivo de su hechizo letal, erré gran espacio a la ventura, obstinado en la peregrinación extraña y lúgubre. Pero al sentir tras de mí el clamor de la vida, como el de una novia abandonada y amante, volví sobre mis pasos.

FELIPE SEGUNDO

EL DESPOTISMO es heredero pródigo. Consume la reserva atesorada en días más benignos. España cesa de producir, bajo los reyes austriacos, el político oportuno, el soldado emprendedor, el diplomático sutil.

Los hombres capaces abundan todavía en torno de Felipe Segundo, que los envidia y persigue. Evocan el prodigio de una vegetación que se renueva triunfante sobre el clima que se torna hostil. Acepta apenas lo que le semejan en sus prácticas de oficinista nimio y temporizador, los que le acompañan en el culto de la fórmula, del requisito y del expediente. Circunstancia que explica la fortuna más sostenida del duque de Alba, sofista en vez de soldado por la costumbre de la cavilación y de la hipótesis.

Ninguno más adecuado para el castigo superfluo e impolítico de Flandes. Tipo de su pueblo estrecho, desaseado, famélico y violento. Descarga su encono de fanático sobre la vida pagana y la prosperidad rebosante del país que recibe a guisa de botín. No hubiera perdonado a alguna dama flamenca el intento de seducirlo con su hermosura esponjada y lozana, porque habría dado el tema de trágico romance haciéndola morir. Habría seguido al féretro con andar mesurado y ufano, y, ya de vuelta, se habría sentado insomne a la luz de su candelabro de plata, sin deponer el traje de terciopelo ni el continente digno de su persona marcial.

El séquito de servidores idóneos facilita los planes de Felipe Segundo con más seguridad que la riqueza de todo el orbe nuevo. Ningún tesoro equivale al ánimo fecundo. Pero él los enreda y paraliza con la ordenanza detallada y el programa rígido. El monarca absoluto recela de la iniciativa individual, capaz de alterar la unidad y la uniformidad que él se propone.

Este ideal en boga para entonces proviene de que el hombre simplifica para entender. Santo Tomás de Aquino gradúa los espíritus en razón de esa facultad

de unificar. Asegura que los seres sobrehumanos comprenden con el mínimo caudal de ideas. La unidad pasa, sin demora, de requisito del pensamiento a meta de funesta política.

El esfuerzo absorbente y centralizador era ensalzado en toda Europa por los teólogos que recordaban las razones de San Agustín en la Ciudad de Dios y por los juristas que traían del Derecho Romano las máquinas con que arrasar el feudalismo. Por unificar, servía la política a la ortodoxia.

Felipe Segundo personifica y extrema el designio totalizador que consolida las realezas. Suma bajo su autoridad al clero y esteriliza el entusiasmo de las nuevas órdenes religiosas. Vive en trato solitario con la Divinidad, a quien representa y sustituye sobre la tierra en desacato de la Santa Sede.

El tercio decae sin remedio bajo aquel rey amanuense y trapacista, que acusa de rebeldía al pundonor, sin agradecer que exalta los ejércitos y fertiliza la disciplina. Bachilleres y trámites consumen el estipendio de los héroes.

Aquella manía de centralización y reglamento, injerta en la perfidia de un Tiberio, había prosperado con su crianza lejos de la naturaleza, en medio de la etiqueta y de la educación formalista y mezquina. El Ticio lo exhibe impropriadamente delante de un paisaje pintado con los colores que tienen la hilaridad del día.

El historiador de esa vida maligna necesita reproducir la continuidad de la pieza dramática y su creciente efecto, iluminándose con la indignación de Alfieri. Esforzar fantasía de vate y examen de filósofo en vez de minucia de archivero. Señalar con entonación sacerdotal a la fatalidad que frustra cada empresa del rey, y promulgar en el horror del desenlace el comentario edificante del coro en la tragedia antigua.

EL CRIMEN DE LA ESFINGE

—Sí, SEÑORES, es cierto, dijo enfáticamente don Alvaro, mientras arrojaba como desabrido un cigarro celebrado por sospechosa propaganda; el vulgo no yerra cuando atribuye a los leprosos el cálculo de proporcionar a los hombres sanos la ocasión del contagio.

Serenó un momento el semblante y quedó silencioso; esperaba la improbación de los oyentes para satisfacer su manía de argumento y de polémica.

Pero sus palabras dejaron entonces de suscitar comentarios irónicos y ásperos debates. Como se trataba de los enfermos por antonomasia, vencía a todos un respeto que participaba de la compasión y del miedo.

Así, pudo continuar conmovido y teatral:

—Los muchos años no han logrado apagar la memoria que guardo de mi amigo Julio. La cortesía graciosa, el talante despejado, el cuerpo de príncipe le conciliaban la simpatía de los hombres y el amor de las mujeres. Era su carácter extraviado y arbitrario como de artista. Vivía para la acción intrépida y el enlace galante.

Una noche siguió tenazmente por cierta calle estrecha y azarosa los pasos de una mujer embozada. Después de alcanzarla, confirmó su conjetura de que era joven y hermosa. Al principio ostentó ella altanero recato para verse instada por el rendido galán. Diciéndose casada le impuso fácilmente no descubrir su cara ni seguirla jamás a su vivienda.

Sin embargo, convino en acudir a la casa que él tenía reservada para sus diversiones en una calle escondida. Una casa desolada y espaciosa, de difícil alquiler, en cuyo patio se enderezaba un pino aciago. Allí voy con frecuencia a calentar el recuerdo de su más infortunado habitante.

La insistencia de aquella mujer en quedar desconocida lisonjeó primero el

espíritu novelesco de mi amigo; luego despertó su curiosidad. Para resolver el enigma determinó seguirla hasta su casa.

Así lo hizo ocultándose una que otra vez. Anocheceía cuando la vio penetrar en aquel edificio a cuyo nombre temblaba. Ya sabemos que era una construcción antigua, de amenazador sello español, con más de presidio que de hospital, de paredes soberbias, como para guarecerse en días revueltos y armados. En torno suyo se dispó alguna vez la algazara de los aborígenes indóciles.

No esperaba verlo allí recluido cuando concurrí después a la fiesta anual, costeada por los patronos de la institución.

Después de la misa, el sacerdote acusó a la vida como a un cómplice pérfido, rechazó a la alegría como a un bufón indigno, habló de la tierra como de una madre enferma.

Alguna ráfaga desprendida de los cerros vecinos depuraba el aire infecto, suplantaba con aromas agrestes la nube del incienso, estremecía la llama de los cirios y las lágrimas de los ojos enternecidos.

El sermón evocaba el hálito fosforado del osario, la boca muda del sepulcro, cuando él me invitó a un sitio apartado.

Me precedía con pies tardos y gruesos que humillaban su alto porte.

Cuando llegamos al lugar previsto, donde nos salvaba del sol la sombra que proyectaba una pared, pude advertir que vestía uno de sus antiguos trajes elegantes en lastimoso estado, para remedo de su suerte.

Luego me habló entre sollozos potentes.

LA CONVERSION DE PABLO

LOS MORADORES de aquel pueblo extrañaban la facilidad con que yo había ganado la privanza del sacerdote que los presidía y curaba de sus almas. Ponderaban su carácter extraordinario, insistían en su retraimiento lastimoso, recordaban para contraste los desmanes de su libre juventud rectificadas bruscamente. Venía al caso apuntar la índole sombría de sus deudos, que buscaban el sosiego en diversiones brutales y en regocijos estruendosos, antes de incurrir en el desvarío místico o zozobrar en la demencia.

Decían que el arrepentimiento lo había consumido, que la virtud adoptada de pronto le había prestado aquel aspecto de árbol delgado y vacilante. La frente grave y los ojos desatentos indicaban al hombre desprendido del mundo, que recorre alado la tierra, que oye en el silencio altas voces aéreas.

Acostumbraba el monólogo mortificante, la retirada excursión bajo la luna lenta, el hurraño extravío a lo largo de los árboles que mece el aura de la tarde.

Una vez toleró mi compañía. Las estrellas lucían nuevas en la atmósfera despejada por la lluvia. Celajes desvaídos viajaban hacia el sol declinante. Cálido vapor surgía de la tierra desperezada al extinguirse el fuego del día.

Avanzaba a mi lado con el paso temeroso de un anciano, cuando me reveló el motivo de su sacerdocio, la razón de su perfeccionamiento asiduo. Entrecortaba este relato bajo un miedo angustioso:

—Vivía yo en donde nací, en una ciudad de claras bizarrías, de consejas extrañas y cármes morunos. Debieran ser mármoles trunco sus escombros para completar el cuadro helénico del cielo y del mar cristalinos.

Por una de sus calles vetustas regresaba solo a descansar de la noche de orgía y de pasión. Yo adelantaba por aquella oscuridad de caverna cuando me detuvo un miedo superior.

Alguien se me oponía en traje de religioso . . .

Reconocí la aparición infausta que augura el trance supremo a los hombres de mi raza licenciosa y doliente, y que les inspira el pensamiento invariable en las postrimerías que amenazan más allá de la muerte. Entonces contraen ellos la demencia o conciben desesperada contrición.

OCASO

MI ALMA se deleita contemplando el cielo a trechos azul o nublado, al arrullo de un valse delicioso. Imita la quietud del ave que se apresta a descansar durante la noche que avecina. Bendice el avance de la sombra, como el de una virgen tímida a la cita, al recogerse el día y su cohorte de importunos rumores. Crecen silenciosamente sus negros velos, tornándose cada vez más densos, hasta dar por el tinte uniforme y el suave desliz la ilusión de un mar de aguas sedantes y maléficas.

Envuelto en la obscuridad providente, imagino el solaz de yacer olvidado en el seno de un abismo incalculable, emulando la fortuna de aquellos personajes que el desvariado ingenio asiático describe, felizmente cautivos por la fascinación de alguna divinidad marina en el laberinto de fantásticas grutas.

Expiran los sonos del valse delicioso cuando el sol difunde sus postreras luces sobre el remanso de la tarde. A favor del ambiente ya callado y obscuro disfrutan mis sentidos su merecida tregua de lebreles alertos. Y a detener sobre mi frente el perezoso giro de su vuelo, surge del seno de la sombra el vampiro de la melancolías.

EN DIAS DE CARTAGO

I

LOS ARENALES y el mar se extienden indefinidamente debajo de la torre, clavada como una saeta. El atalaya siente que se confunde en torno suyo la ráfaga salobre con los vapores del desierto. Sin mudar de sitio, domina las rutas opuestas, por donde amenazan a Cartago la armada del romano y la caballería de los nómadas infieles.

Las hermosas suben en bulliciosa corte a esperar el asomo del peligro. Sofonisba descuella por la belleza extraña, por los verdes ojos y el cabello oscuro. Reproduce el hechizo de su madre, cautiva comprada en fabulosa isla del norte.

De su amor, cuando sea ingenuo, pende la suerte de la patria. Ha dicho el familiar de una divinidad sanguinaria, el más anciano de los sacerdotes, para quien la naturaleza es transparente y franco el porvenir.

Pero el amor de Sofonisba oscila como una balanza sin peso. Concilia alternativamente a su pueblo la enemistad o el apoyo de Sifaz, e invierte desde luego el ánimo de Masinisa, su rival.

Los dos hombres más divergentes concuerdan en el blanco de la pasión. Sifaz combate por el brazo de sus capitanes, y cultiva en el retiro la política. Masinisa prueba el exquisito hierro de sus armas en las batallas ardientes e inseguras.

II

Cartago se doblega bajo el desastre. Escipión la amenaza con apretado cerco. La juventud ha caído con lástima en España, el país amontado y fiero, de cuyas guerras no se vuelve. Las naves huelgan en el puerto, amedrentadas por la derro-

ta, esquivas del combate que buscaban empavesadas y veloces. Los cadáveres de los vencidos abundan en el Mediterráneo.

Sofonisba parte en numerosa cabalgata hacia Sifaz, de cuya astucia necesita la república. Los guardianes dicen que Masinisa no se atreve bajo el alcance de las máquinas de guerra, con que la ciudad defiende su distrito. Hace tiempo que no lo reconocen bajo el nuevo atavío de su casco rematado por la cola de un caballo y de su manto formado por el cuero de un león.

El concurso avanza sobre la celada, bajo la dirección de un guía pérfido. Cien hombres lo asaltan repentinos desde los escombros de una aldea. Los guardianes resisten torpemente, en lucha con las bestias espantadas. Masinisa arrebatada a Sofonisba y, entre los dardos que se clavan trémulos, escarnece el clamor de sus doncellas.

Escipión aplaude el lance de su aliado, y ensalza obsequioso a la cautiva, que le responde con pasión disimulada. Olvida en su presencia la costumbre de la severidad, muda el semblante enérgico, desoye las voces del senado.

Masinisa está seguro de perder sin remedio su presa, y defrauda por el veneno a su rival. Sofonisba muere, enamorada y sin dolor, en una tarde cálida. La misma noche, el tumulto singular de los vientos, al remedar el galope de los corceles, augura la vuelta de los combates.

La vergüenza de haber cedido redobla el patriotismo de Escipión. Ante el cadáver de la víctima, alaba a la fortuna que allana definitivamente su camino.

A PROPOSITO DE BOYACA

LA GUERRA es labor y profesión de empírico, según el reposado fallo del Mariscal de Sajonia. El alumno del campamento y del combate quiebra fácilmente las alas al técnico adocenado y pedante. El azar preside las hostilidades, ensalza la conjetura, burla el cálculo.

La campaña presenta situaciones que se suceden sorprendentes y diversas. Requiere por tanto a cada paso astucia instantánea, originalidad brusca. Derrota la teoría preconcebida, la erudición encastillada y minuciosa.

Los acontecimientos buscan y revelan al jefe. En el curso de luchas prolongadas surgen los capitanes en parvada moza y arrogante a oscurecer asentados renombres. El general germina muchas veces en el mancebo magro y soñador.

El entusiasmo suscita los conductores aptos e intrépidos con igual certeza que el tiempo calamitoso o el curso alterno de las lides largas. Ello ocurre cuando circunstancias extraordinarias vuelcan y difunden la energía de algún pueblo, hasta ese momento empozada y oculta.

El entusiasmo resiste a la pericia y arrebatada la victoria en porfías intrincadas e inciertas. Incorpora a las naciones y arma las ondas populares que surgen al cabo el poderío napoleónico. Demuestra rigurosamente la incontrastable fuerza del espíritu, secreto sedimento del mundo.

De otro modo no se podría explicar la áspera tenacidad, el denuedo finalmente victorioso del antepasado venezolano comprometido en la justa con el partido del rey. Los generales de atrevimiento juvenil, los soldados de zafia energía aprendieron el arte jamás escrito de vencer en la escuela de atribuladas campañas, por el consejo del entusiasmo, como por el de una deidad.

No tiene mucho valor la habilidad previa que alguno de ellos lograra en el servicio de la rudimentaria milicia colonial ni la atrasada teoría aprendida en

el trato con jefes peninsulares, si se las compara con la práctica depurada en medio del exterminio, en la alternativa de la victoria y del desastre.

Anzoátegui es honroso ejemplar en la falange ambiciosa, inexperta e imberbe. Mancebo enjuto y soñador que percibía el efluvio electrizado de Europa que consagraba de una vez la vida entera a grandes hechos, en voto de clásica factura. Días después, militar airado y enteco, a prueba del desaliento en la campaña diez veces comenzada. Más tarde, general inspirado y juvenil, de brega y de consejo, que acude al desastre, que empuña la dirección de la retirada, que apura los resultados de la victoria. Sellado de melancolía por la muerte cercana, decide a Boyacá con la encendida espada de un arcángel.

Bolívar lamenta su muerte con palabras entonadas y llorosas. Recuerda agradecido la sumisión del subalterno y la probidad del ciudadano. No ejercitaba para honrarlo la pródiga indulgencia ni el clemente olvido. Había aprovechado sin trabajo la abundancia de aquella energía dócil. Había seducido desde un principio para fines importantes la voluntad del héroe malogrado. Había recogido y armonizado, sin lastimarse, aquel carácter con otros varios para la sola empresa. Con el mismo objeto de ahuyentar la noche, combina el sagaz campesino las virtudes diferentes de los árboles, al desgajar sus ramas para una sola antorcha.

LA VENGANZA DEL DIOS

EL DESAFUERO de los habitantes afeaba la fama de aquella tierra amena, vestida de flores, rota por manantiales ariscos, amada por la nube de gasa y el sol paternal. Tenía el nombre de una piedra rara y al mar de tributario en perlas.

El Dios velaba el crimen de los hombres en el inmerecido país, y quiso el nacimiento de un mensajero de salud y concordia, lejos de ellos, en la más umbría selva. Nace una noche del seno de una flor, a la luz de un relámpago que pinta en su frente luminoso estigma. Crece al cuidado de las aves y los árboles y al apego de las fieras.

Aquellos hombres reciben la misión de virtud con atrevimientos y excesos y pagan al enviado con trance de muerte ignominiosa. El Dios los castiga engrandeciendo la riqueza de la tierra que mancillan. La nutre de tesoros fatales que son desvelo de la codicia, que dividen al pueblo en airados bandos de ricos y de pobres. Los nuevos dones infestan de odios vengativos y pueblan con huesos expiatorios.

EL CANTO ANHELANTE

EL CASTILLO surge a la orilla del mar. Domina un ancho espacio, a la manera del león posado frente al desierto ambiguo. Al pie de la muralla tiembla el barco del pirata con el ritmo de la ola.

El vuelo brusco y momentáneo de la brisa recuerda el de las aves soñolientas. Sube la luna, pálida y solemne, como la víctima al suplicio.

Con la alta hora y el paisaje límpido despierta la nostalgia del cautivo y se lastima el soldado. Mueve a lágrimas alguna extraña y ondulante música. La contraría con rudos acentos, con amargura de irritados trenos un cántico ansioso que tiene el ímpetu recto de la flecha disparada contra un águila.

FULMEN

POR LOS CRISTALES viejos y manchados entra la luz a la oficina de trabajo. Viene del cielo oscuro y nublado a este sitio de orden severo y melancólico retiro. Queda suspensa, sin rozar la tierra, como una aparición beatífica.

El rayo luminoso aravesó en su viaje el aire húmedo y turbio. Parece llegar a los objetos que ilumina con fatiga de enfermo. Diríase el dardo impotente del homérico arco de Apolo. O más bien que pronostica la luz futura del sol envejecido.

Mientras luce el desleído esplendor, bulle el trabajo esforzado y afanoso. Las almas se comunican a través del pesado silencio, la atención endurece el semblante, la tarea apremia los brazos fuertes y las manos ágiles. Casi no alientan los pechos animosos.

No hay tregua para la diversión ni el pensamiento. El patrón quiere el mayor beneficio de sus máquinas. Impone a sus hombres por única actitud la espalda doblada del siervo. Guarda para ellos el recelo de un cómitre a sus galeotes.

Insta a la hosca grey sin respetar su tedio por la vida uniforme y estrecha. Irrita sus oprimidos anhelos, que alcanzan la tensión de la nube gruesa. Reta al peligro hasta que ve la muerte en la idea siniestra que exalta las lívidas frentes. Siente la consternación del viajero ante el signo grave del rayo, flagelo de áridas cimas.

LA HIJA DE VALDEMAR

Los PINOS aparecen humildes al pie del palacio que alzaron con exaltación de aves de presa hombres soberbios. Su mole oculta durante algún tiempo el ascenso de la luna después que ha evadido el lomo del monte. Su fábrica imponente deprime el osado proyecto del normando, que solo se acerca en son de paz. Concuerta con el sitio agreste donde el torrente cae desde la cima silenciosa, frecuentada por águilas, e impera el misterio de la vecina selva. Recibe del pasado luctuoso una tremenda majestad que turban con el favor de la noche los duendes vocingleros.

La flor oculta en una gruta no se consume con mayor desdicha que la hija del señor en el recato de la torre, muy cerca de las nubes revueltas en la fuga de los vientos glaciales. Demora en medio de la tempestad con la osadía del ave en el vértice de un mástil. Se alivia del clima helado, del cielo oscuro, del paisaje desierto, del árbol verdinegro con el espectáculo de la nieve. Recuerda entonces el mármol blanco y frío que guarda los despojos de su madre, a cuyo lado anhela descansar.

Disfruta apenas la compañía del ciervo familiar, cuya enramada testa abate la tierna gala de los montes y prefiere el espejo de los lagos yertos. Ella lo tiene bajo sus pies cuando suscita la angustia honda y trémula del arpa.

Canta el amoroso duelo del invierno que arriba del norte a funerales nupcias con la tierra; el extravío de los navegantes en el mar despoblado; la amenaza del pez deforme y la masa del témpano; el desmayo del náufrago en la noche inmensa; la luna blanca y torva que es nuncio de la muerte.

Escapa al cautiverio por la mística fuerza del canto encumbrado y solitario. Cultiva el divino atributo a la manera de pío ejercicio que consume la vida y apresura el tiempo. Espera la hora última con himno melodioso por merecer de tal modo el sitio que la fe del país augura entre las almas aladas y errantes. Venturosa esperanza, rescate liberal del duro encierro: una vez libre y con la nueva forma, seguiría a las aves en el viaje al Sur festivo y musical.

DE LA VIEJA ITALIA

EL CABALLERO Leonardo nutre en la soledad el mal humor que ejercita en riñas e injurias. No lo consuela su palacio y, lejos de gozarlo, se aplica a convertirlo en caverna horrenda y sinuosa, en castillo erizado de trampas. Allí interrumpe el silencio con el aullido de cautivas fieras atormentadas. Recorre la ciudad desgarrando el velo medroso de la media noche con los golpes y las voces de secuaces blasfemos.

Antes de amanecer, con miedo de la luz, se recoge a descansar de la peregrinación desnatural. Huye de mirar la belleza en la alegre diversidad de los colores repartidos en edificios y jardines, y solaza los ojos en la oscuridad confusa y en la sombra llana.

Encuentra en lecturas copiosas el consejo que induce a la maldad y el sofisma que la disculpa. Entretiene, por el recuerdo de encendidas afrentas, el odio hético y febril. Desvela a sus malquerientes con la amenaza de infalibles sicarios, con la intriga perseverante y deleznable, con la interpresa en que ocupa gente de horca y de trailla.

Sigue sin esfuerzo la austeridad que endurece el alma de los malos. Niega extraterrenos castigos y venturas con amarga e imprecante soberbia. Desafía el sino de la muerte sangrienta que despuebla su alcázar. Espera de su erizado huerto el prometido talismán de alguna flor de rojo centro en cáliz negro. Viste entretanto de luto el caballero siniestro y medita bajo el torvo antifaz.

Está rodeado de miedo y de silencio el palacio en que de día descansa o traza para la noche su delito. Morada ruidosa, ufana de antorchas, desde que las sombras agobian el resto de la ciudad, y urna de recuerdos y leyendas desde que el cadáver del enlutado señor muestra en el pecho abierto manantial de sangre, y figura el absurdo talismán. El pueblo se apodera de esa vida, y dice, con sentimiento pagano, que fue víctima de la noche y de sus vengativos númenes guardianes.

VISION DEL NORTE

LA MOLE de nieve navega al impulso del mar desenfrenado, mostrando el iris en cada ángulo diáfano. Tiembla como si la sacudiera desde abajo el empuje de pechos titánicos; pero la trepidación no ahuyenta al ave, retirada y soberbia en lo más alto del bloque errabundo; antes engrandece su actitud extraña, como de centinela que avista el peligro, observando una ancha zona.

Las ráfagas fugaces no alcanzan a rizar el plumaje ni los tumbos de la ola asustan la testa inmóvil del pájaro peregrino, cuyo reposo figura el arrobo de los penitentes. Boga imperturbable a través del océano incierto, bajo la atmósfera destemplada, interrogando horizontes provisionarios.

El ave no despide canto alguno, sino conserva la mudez temerosa y de mal agüero que exalta en leyendas y tragedias la aparición y la conducta de los personajes prestigiadores y vengativos, los que por el abandono de la risa y de la palabra excluyen la simpatía humanitaria y la llaneza familiar.

A vueltas de largo viaje, circulan aromas tibios y rumores vagos, y ruedan olas abrasadas por un sol flagrante, las que atacan y deshacen la balumba de hielo, con la porfiada intención de las sirenas opuestas al camino de un barco ambicioso.

El panorama se diversifica desde ahora con el regocijo de los colores ardientes, y con la delicia de los árboles vivaces y de las playas bulliciosas, descubriendo al ave su extravío, precaviéndola de conocer tórridas lontananzas, aconsejándole el regreso al páramo nativo; el ave se desprende en largo vuelo, y torna a presidir, desde cristalina cúspide, el concierto de la soledad polar.

LA BALADA DEL TRANSEUNTE

¡CUÁNTO RECUERDO el cementerio de la aldea! Dentro de las murallas mancilladas por la intemperie, algunas cruces clavadas en el suelo, y también sobre túmulos de tierra y alguna vez de mármol. El montón de urnas desenterradas, puestas contra un rincón del edificio, deshechas en pedazos y astillas putrefactas. Densa vegetación desenvolvía una alfombra hollada sin ruido por el caminante.

De aquella tierra húmeda, apretada con despojos humanos, brotaba en cattervas el insecto para la marcha laboriosa o para el vuelo rápido. Los árboles de follaje oscuro, agobiados por las gotas de la lluvia frecuente, soplaban rumor de oraciones, trasunto del oráculo de las griegas encinas. Alguna que otra voz lejana se aguzaba en la tarde entremuerta, zozobrando en el pálido silencio con la solemnidad de la estrella errante, precipitada en el mar.

Las nubes rezagadas por el cielo, cual procesión de angélicas novicias, dorándolas el sol occidental, el que inunda de luz fantástica el santuario a través de los góticos vitrales. Montes de manso declive, dispuestos a ambos lados del valle del reposo, vestido de nieblas delgadas, que retozan en caballos veloces de valkirias, dejando repentino arco iris en señal y despojo de la fuga.

Abandono afflictivo encarecía el horror del paraje, aconsejaba el asimiento a la vida, ahuyentaba la enfermiza delectación en la imagen de la fosa, mostrando en ésta el pésimo infortunio, de acuerdo con la razón de los paganos. La luz de aquel día descolorido secundaba la fuerza de este parecer, siendo la misma que en las fábulas helenas instiga la nostalgia de la tierra en el cortejo de las almas suspirantes a través de los vanos asfódelos.

ALABANZA A BERMUDEZ

JUAN VICENTE GONZÁLEZ ensalzó los méritos de Bermúdez con remontado estro y pluma altiva. El familiar del torvo Dante ajustaba con el héroe que sólo discurre holgado entre los límites anchos de la fábula. No se decanta al hosco ejecutor de la guerra a muerte sin el azufrado tinte y el cavernoso terror de la Divina Comedia.

He aquí el ejemplar del patricio colonial, soñador de la aventura en la larga paz, rota de vez en cuando por la amenaza del filibustero. Bermúdez aparece en malvada leyenda con el porte de un Sileno obtuso y popular; pero jamás fue la taberna el estrado del caballero cejijunto ni se da el mentecato entre los naturales intensos de la costa.

Hijo insumiso en medio de familia de tono, calavera predestinado, de los que satisfacen con hazañas y tesoros e imperios el resentimiento maternal de la patria, segundo Lord Clive, muy digno de que otro Macaulay lo celebrase en historia anecdótica y risueña.

Juan Montalvo lo saluda comparándolo al Cid, de quien tuvo hasta la airosa costumbre de amedrentar con el grito del propio nombre al adversario. Mas no lo iguala en aquella venturosa plenitud de campeador y de esposo de Jimena; no se divide entre el campamento y la familia, entre la ardiente Iliada y la doméstica Odisea.

La guerra es situación anómala, donde es más bochornoso el robo y se disculpa el homicidio. Bermúdez no se enriquece con el botín, a pesar de que su brazo impulsa a toda hora la contienda. Muestra el desinterés y la invulnerabilidad de algún dios batallador en setentrional mitología.

Su campaña en demanda de Caracas, el año 1821, causa el desconcierto de instantáneo zarpazo. Iguala el arrebato de siete años antes en Maturín, el doce de setiembre de 1814, cuando gana la jornada más desigual. Ese día re-

corre el campo enemigo entre el vuelo de los jinetes que sacian los aceros vengativos y vocean la victoria ante el crepúsculo más tinto. Aquella campaña y su término infausto en El Calvario corresponden a la indocilidad del adalid irregular, a la porfía del que sostuvo la bandera desamparada de Venezuela en los cien días del asedio de Cartagena, y la empuñó y la subió hasta retar con ella al ofuscado cielo.

Las honras consuetudinarias desdicen del soldado excesivo. Su sepulcro debiera ser el de un caudillo celta: el túmulo de rocas a la orilla del mar o en desnuda cima. El laurel, demasiado escolar y extranjero, no conviene con la frente del paladín desorbitado y sencillo. En nuestro clima abunda el árbol que lo premie y lo recuerde, el que simboliza su estatura, asombró su cuna y arrulló su sueño: la vertical palma sonante, cuyo engreimiento se repite en los trofeos que multiplicó su espada.

ROMANZA

CUANDO YA DECLINA mi doliente juventud, y nace la nostalgia de sus días primeros, regresa el mismo amor que convidó sus matinales ímpetus.

Vuelves a mí en un rellano de la vida, en un recodo de la tupida selva, cuando ya tu belleza vacilante es un espejo de apagada luna.

Guardas el porte airoso y la diadema triunfal de los cabellos, reliquia de alegres dones y de rubias galas; ¿por qué no tiene la tez de las hermosas la tersura del lago, que escapa al raudo tiempo?

Aquellos días de suaves horas y de azules sueños son aves fugitivas cuyo gorjeo contrista al nauta errante. Un vuelco de la suerte ha mudado en tristeza el retozo de la cálida mañana; ya la noche dirige hacia nosotros las ruedas silenciosas de su ebúrneo carro, y el sol occidental, a ras del mar, figura la cabeza del león asomada al horizonte del desierto; un enlutado cisne augura nuestra ruta, y, encontrados nuevamente al azar, somos viajeros únicos a bordo del bajel que lleva nuestro ideal difunto.

LA VENTANA

ELLA ESTÁ PUESTA a la ventana, desierta de galanes. Vestida de luto y pensativa, reclama la atención de los artistas y demanda la reverencia de los soñadores. Ajada por el tiempo, regala y apacigua las almas afligidas.

Vuelve los ojos de la calle solitaria a la colina opuesta, por donde el día se aleja como un rey asiático sobre lardo elefante. Observa la sombra que adelanta con el furtivo paso de la mendiga a un festín regio.

Conforma el ánimo con el apocamiento de la luz; bendice con un recuerdo la estrella más temprana; y mira que los celajes dolorosos componen una escena de holocausto, donde su esperanza, casta Ifigenia, sucumbe entre lamentos.

EL CULPABLE

AGONICÉ en la arruinada mansión de recreo, olvidada en un valle profundo.

Yacían por tierra los faunos y demás simulacros del jardín.

El vaho de la humedad enturbiaba el aire.

La maleza desmedraba los árboles de clásica prosapia.

Algunos escombros estancaban, delante de mi retiro, un río agotado.

Mis voces de dolor se prolongaban en el valle nocturo. Un mal extraño desfiguraba mi organismo.

Los facultativos usaban, en medio del desconcierto, los recursos más crueles de su arte. Prodigaban la saja y el cauterio.

Recuerdo la ocasión alegre, cuando sentí el principio de la enfermedad. Festejábamos, después de mediar la noche, el arribo de una extranjera y su belleza arrogante. La pesada lámpara de bronce cayó de golpe sobre la mesa del festín.

Entreveía en el curso de mis sueños, pausa de la desesperación, una doncella de faz seráfica, fugitiva en el remolino de los cendales de su veste. Yo la imploraba de rodillas y con las manos juntas.

Mi naturaleza venció, después de mucho tiempo, el mal encarnizado. Salí delgado y trémulo.

Visité, apenas restablecido, una familia de mi afecto, y encontré la virgen de rostro cándido, solaz de mi pasada amargura.

Estaba atenta a una melodía crepuscular.

El recuerdo de mis extravíos me llenaba de confusión y de sonrojo. La contemplaba respetuosamente.

Me despidió, indignada, de su presencia.

SOBRE LAS HUELLAS DE HUMBOLDT

LOS ALEMANES del siglo diez y ocho, alucinados y magnánimos, celebran especialmente las invenciones de Juan Jacobo Rousseau. Ellos militan debajo de las banderas del sentimiento y de la originalidad, y censuran las culpas de la vida social, recreándose con el ejemplo de la naturaleza.

El mismo filósofo anima el afecto de aquel siglo por el viaje erudito y la excursión remota, y exalta generaciones libres, aventureras y esquivas. Repudia la literatura vigente de palaciegos y de colegiales, y describe la escena habitual, y refiere el hecho corriente, y sin grandeza, confesándose espectador simpático de las vidas humildes. Educa los ingenios vehementes, entretenidos en la emigración lejana, en el retraimiento acerbo, en el ensueño estrafalario y orgulloso.

Alejandro de Humboldt muestra cercana semejanza con dos literatos que elevan las sociedades silvestres e ingenuas, al cantar las endechas del amor infausto; quienes se llaman Bernardino de Saint Pierre y Francisco Renato de Chateaubriand; y son próceres de nombre engolillado y molesto; y son alumnos pendencieros de Rousseau. Los cita en notados pasajes donde él mismo se regodea alabando la belleza equinocial. Esta semejanza y compañía se manifiesta mejor advirtiendo que el naturalista compone en francés sus obras más pintorescas y manuales. Usa el idioma del abuelo hugonote; el que más sirve para la diplomacia reticente, según la queja de la abandonada Aurelia a Wilhelm Meister; el habilitado para la ciencia antes que los otros de Europa, desde que Descartes lo redime del formulario escolástico, renovando el gesto del que retira una vegetación criada en cavernas, lejos del sol, desfigurada y pálida.

Humboldt pertenece a la Alemania indulgente y enciclopédica de entonces. A cada paso adorna sus escritos con la referencia del literato y del artista. Un sitio del litoral venezolano le rememora el paisaje donde Leonardo coloca

la persona de La Gioconda, y tal escena del mercado de esclavos de Cumaná le recuerda el modo de evaluarse los cautivos en el *Trato de Argel*, el drama vigoroso, aunque descosido e inorgánico de Cervantes. Aún no había nacido la plaga de la especialidad reclusa y miope, tan zaherida por Eça de Queiroz, quien cita el caso de un sabio alemán, autor de recios tomos sobre la fisonomía de los lagartos.

El pensamiento germánico sube constantemente del pormenor a la idea universal, de la observación pequeña al concepto grandioso, a la empresa alentada y quimérica. Humboldt observa gradualmente los naturales del nuevo mundo, y encuentra que el medio geográfico no logra decantar la integridad del tipo conservado por la herencia, aviso que ilustra los conatos juveniles de la sociología, esa interpretación determinista de la vida. Visita el Orinoco hasta su enlace, por el Casiquiare, con el Río Negro, y discurre el modo de unir por medio de canales los ríos internos de la América del Sur, soñando una pasmosa navegación desde Angostura a Buenos Aires.

Mira que el caballo decide originalmente la suerte de las naciones; sugiere que si el morador de la llanura venezolana y el de la pampa argentina hubieran conocido y domesticado el generoso animal antes de la invasión europea, habrían subido las altiplanicies de Cundinamarca y del Perú, y derribado su gobierno teocrático, para sustituirlo con el régimen patriarcal de las sociedades pastoriles; y esta conjetura sale verdadera al marcarse el rumbo de las campañas emancipadoras. También observa que el colono español, aturdido por la naturaleza americana, asombrado con las circunstancias de la nueva morada, concibe un alma nueva, olvida el suelo nativo, suelta las amarras que lo atan a la playa distante de la metrópoli; y este fenómeno denuncia de una sola vez las pasiones y los sentimientos del criollo descontentadizo, censor de la patria de sus mayores, dócil a la sugestión de extranjeros adelantos.

Habla de estudiar en el hombre salvaje el desarrollo paulatino de la mente, en lo cual se anticipa al acierto de sabios ulteriores, y emite discretas opiniones sobre el desenvolvimiento de las sociedades primitivas. Declara que la circulación de las ideas y de las noticias precede en los pueblos nacientes al cambio de los artículos mercantiles, y que los salvajes más internados de la América del Sur habían sabido del mar y sus grandezas. Dice que los habitantes del selvático Alto Orinoco no lograban comunicarse por tierra, de tanto crecer la vegetación en medio de la disoluta abundancia de las aguas; así, aislados y hostiles hasta los más vecinos, usando solamente los ríos, no conseguían estado menos bárbaro, juntándose en tribus mayores. Más adelante observa que el culto de la trompeta santa, guardada en la colina del Tomo, sitio del mentado país fluvial, podía reunir los indios en un solo estado, regido teocráticamente, ganando aquel adoratorio la importancia de Delfos con su oráculo. En otra parte nota, para enseñanza de viajeros y de filósofos de la historia y respecto del indígena americano, que el carácter y las costumbres de un pueblo confiesan mejor su pasado que su presente.

Filósofa acerca de los vegetales reparando que determinan la fisonomía del

paisaje y enderezan de modo correspondiente el alma de los moradores. Habla del ministerio sucesivamente guerrero, civilizador y pacífico de la caña, la esbelta arundinácea, que sirvió antes de flecha, luego de flauta y que más tarde se mudó en docto cálamo. Indica el decisivo alcance del moriche, palma que satisface cualquier necesidad del guaraúno, asociado en cabañas lacustres, y que tanto vale en la economía natural de los llanos de Venezuela, anunciando bajo sus pies el manadero de aguas, y ganando, por esta señal de la frescura, el nombre de árbol de la vida, con que lo recompensa la pluma gracejosa y mendaz del padre Gumilla. Recuerda, con Linneo, que la primera patria del hombre debió de ser la región de las palmas providenciales, y cuenta de primitivos lotófagos, despertando evocaciones rumorosas de Simbad. En pasaje digno del moderno Rudyard Kipling describe el árbol que da las castañas del Brasil, nueces triangulares muy amadas de las bestias montaraces, que se las disputan en estrepitosa porfía, mientras el indígena infantil aspira a reprimir aquella negación de su gobierno.

No falta el discurso pesaroso, costumbre de su generación anhelante. Retrata muchos de sus contemporáneos cuando refiere que el explorador Malaspina goza en la soledad las emociones profundas que la contemplación de la naturaleza y el estudio del hombre, en distinto suelo, suscitan en un alma sensible y experimentada por la desdicha. En cierto lugar de sus escritos opina, con dejo pesimista, que el mono pierde su alegría al asemejarse al hombre, y más adelante se abandona a la contemplación amarga de que este último puede sobrar en el concierto de la naturaleza. Así piensa al visitar el Alto Orinoco, país absorbido por la espesura y su fecundidad infatigable.

Allega noticias contra la filosofía sencilla, obra de la pereza mental y del interés político, que califica los pueblos como si fueran individuos, y distingue razas fuertes, escogidas desde la eternidad para el privilegio del mando, y razas humildes y precitas, abandonadas a la degradación irremediable. Elogia la vivacidad de los canarios, los oprimidos insulares, anticipándose a la murmuración vulgar, olvidadiza de aquilatados nombres y desagradecida con Andrés Bello, el inspirado civilizador, y con José Félix Ribas, general delantero en campaña de portentos; dos prohombres nacidos bajo el cielo, más clemente, de Caracas. Niega la enervación del hombre por el solo efecto del clima tropical y sin la causa del miasma deletéreo; y maravilla el poder físico del indio que rema quince horas en contra de la corriente, el de los faquines mulatos del puerto de La Guaira, capaces para la carga más pesada, y el de los mineros aztecas, que llevan y traen, seis horas continuas, por subterráneos de calor sofocante, cuerpos de metal de trescientas cincuenta libras. Ensalza el valor del zambo americano, enfrentado sin armas al cocodrilo y a las fieras del bosque, y cree que los agitadores del nuevo mundo pueden triunfar con el séquito de la gente de color, de energía doblada en el infortunio. Entiende que los caribes, de lenguaje disertado, deben contarse entre las razas más bellas y robustas de la tierra, y aplaude la agudeza nativa y el arrojo de los guaiqueríes de Cumaná y Margarita, que ejecutan atrevidas navegaciones en delgados bajeles,

sin más gobierno que el de las estrellas fijas; empresa digna de los vasallos de Alcinoos.

Declara la suerte y muestra el carácter del indígena, sujetándose al sabio principio de examinar las instituciones, dejando el cuento del infortunio individual. Cita los privilegios y favores que recibe de la piadosa legislación española, servida por agentes retrecheros y desmandados, y lo recuerda escarnecido desde bajo el mando de sus príncipes nacionales. Encuentra su casta multiplicada sin término en los mismos sitios donde formaba reinos urbanizados el día del descubrimiento. Sostiene, contra Ulloa, que el número de los indios ha crecido en ciertos lugares del nuevo mundo español, componiendo, en 1825, la mitad de sus diez y seis millones de almas; suma considerable en un hemisferio, donde fieros nombres de lugar, Victorias y Matanzas, celebran a cada paso el exterminio. Cree que, de esclavo, no sucumbe en excesivo número al maltrato, antes al cambio súbito de clima. Niega la antropofagia, cual refinamiento malicioso, y la censura, ingenua costumbre, hasta en tribus inteligentes y pacíficas. Absuelve de esta abominación a los caribes del continente y la confiesa apenas respecto de los caribes antillanos. Enseña que el indio reducido en misión se propaga mejor que el montaraz, avezado al aborto y desperdiciado de la prole; que en uno y otro estado se le topa agricultor; que en uno y otro estado entiende baja y cortamente el dogma del europeo y, gustoso de la nueva ceremonia, la refiere a los antiguos númenes, con los cuales interpreta a la naturaleza permanente; y cita el ejemplo del azteca, el que reúne en un mismo culto el águila gentilicia y la paloma evangélica. Consigna que el precolombino ejercita la cerámica, descuida los rumiantes y los lacticinios, ignora la vida pastoril, y omite la cultura de cualquier cereal, distinto del maíz. Antepone, por el carácter de adelantados y de progresivos los indios del clima alpino y los de la militante nación caribe; y ve que los segundos mejoran la aritmética palpable de los quipos y aprovechan las armas de fuego de los vecinos holandeses y, puestos de pies, semejan estatuas de bronce, y son alados corredores, pero menos diestros que el guaraúno, práctico natural del Orinoco, quien corre sobre el lodo sin hundirse. Al indicar la igual fisonomía de los indios, enseña que el rostro difiere individualmente con la vida civilizada, rica de sentimientos y emociones, y advierte que el drama del mundo salvaje, eternamente repetido, y el hábito del matrimonio dentro de la misma tribu ayudan la conservación del semblante uniforme. Observa que los indios, y todos los hombres, buscan la belleza corporal, adelgazando y remarcando los rasgos físicos de la propia raza. Encuentra los indios bien conformados, sin la aflicción de jorobas y demás notas repugnantes. Indica la aparición del pudor en el hombre, antes que en la mujer primitiva, y sonrío donosamente de la urbanidad de los caribes y de sus parciales, que consiste en pintarse de onoto. Humboldt dilata el entrecejo más altivo con la narración de un mito indiano, que parece el ensueño nevado y lunar de un alma escandinava, y cuenta el nacimiento del primer hombre en el mundo inocente, en una selva amena, rodeado de las aves y de los venados, desprovistos aún de

las alas y de los cuernos, con que se salvan y defienden. Dispone el tema de sencillos cuentos, arrullo de niños desvelados, con la historia de dos tribus ocultas en el bosque venezolano, la de los otomacos, enviados en comer tierra, y la de los sálivas, indios silbadores de flautas. Regocija cuando nota que el indio asiente oficiosamente al mayor dislate que se le pregunte; que el preparador del curare, donde se aspira el efluvio de las aguas amazónicas, ponía su trabajo por encima de los inventos europeos, descontada la composición del jabón; y que los indios de esta última comarca anunciaban, juntados en un coro de voces, el curso de dos ríos, el Inírida y el Atabapo, tan vecinos como los dedos contiguos de la mano; rasgo magistral para una conseja inocente.

Señala pueblos más incultos y atrasados que sus lenguas; razón nueva para distinguir entre los bárbaros de original rudeza y los decaídos de anterior civilización. Apunta el origen antillano de los vocablos indios que envían el lenguaje de los conquistadores. Encuentra que las mujeres usan idioma anticuado en donde conservan el retiro doméstico; y cuenta de cautivas de los caribes, que hablan con el vocabulario propio y con la gramática de los varones vencedores. Refiere que el linaje de las lenguas americanas practica la costumbre de la aglutinación, que consiste en reunir varias ideas en un solo vocablo prolongado; y declara que este fenómeno, igualmente notado en históricas lenguas del viejo mundo, origina las teorías fatuas y las comparaciones violentas de los primeros estudiosos. Enmienda la desvariada lingüística de sus contemporáneos; niega la etimología por la semejanza del sonido, y ordena y junta los lenguajes por la estructura y el funcionamiento de la gramática. Escribe que esta última difiere esencialmente en los idiomas arios y en los del nuevo mundo, lo que fatiga los indios en la asimilación del castellano, y despierta en los jesuitas el sensato pensamiento de propagar la fe en el habla de los incas, usándola con todas las tribus, devolviéndola los títulos de privilegiada, cortesana y general, con que la honra más de un cronista enfático. Sugiere que este idioma adopta las mentiras deliciosas y magníficas de la literatura, y advierte que guarda en su tesoro los idilios de Teócrito, el más dichoso pasatiempo de la imaginación antigua, gracias a la versión de Juan de Larrea, aplicado naturalista ecuatoriano. Refiere que el caribe, cuya claridad perdura en el curso de cláusulas consecutivas y anchurosas, ha servido para el tratamiento de la teología, materia donde pueden escasear los vocablos concretos y de origen sensorio y abundan los términos espiritualizados y abstractos.

Humboldt escatima los elogios al misionero, sucesor disipado y regalón de otros más meritorios. Aprueba apenas sus establecimientos vecinos de la costa, y condena sin rebozo los de adentro. Goza en todos la hospitalidad y la tolerancia, y extraña libros de ciencias naturales en la misión venezolana de Caripe. Encuentra la vegetación desapoderada y sin término de la fábula y del cuento en el ocio de los planteles retirados, y recuerda los mapas desleales de regiones desiertas, donde el misionero y el gobernador mienten ciudades, villas y castillos a la corte perezosa y crédula. Nota que los religiosos penetran los ríos y civilizan las orillas, sin renovar la mente basta del primitivo. Acon-

seja la educación de los evangelizadores en seminarios particulares de la zona tropical y el abandono de la disciplina monástica sobre el indio desmemoriado y candoroso. Censura el poder indiviso del misionero, enemigo de la autoridad episcopal, de la militar y de la civil, monopolista del comercio y de heterogéneas facultades. Acusa francamente los del Alto Orinoco, rapaces de criaturas apocadas para la servidumbre, desaprovechados de terrenos fecundos para la agricultura. Narra la desazón de su presidente, domiciliado en San Fernando de Atabapo, a quien elude la sonsaca de un elogio manuscrito para los establecimientos deplorables. Descubre los vestigios de ferales batallas entre los indios del remontado Orinoco; sugiere las valentías sin cuento ni memoria; deplora el osario de los vencidos; y admira otras señales del odio en la república de los monjes indolentes, y tacha las intrigas delgadas y zahiere las revoluciones de escamoteo. Mira las consecuencias del régimen colonizador del portugués, aplicado por autoridades contrapuestas de orden religioso y profano, cuando cita el estado más venturoso de las misiones de la cuenca amazónica y el número abundante de los reducidos. Expone en breve trecho el curso y el destino de la institución, al ver en ella la especie de un distrito separativo entre el colono español y el indio de las soledades forestales, y agrega que el blanco mira sin descanso a invadir el cerrado pueblo de misiones y que el presbítero del clero secular sucede tarde o temprano al religioso. Muestra al indio secuaz del misionero y enemigo de su émulo, el soldado, quien lo molesta con vejaciones más desordenadas. Exceptúa los guarauinos por abandonados del celo catequista, y señala jovialmente su morada en la cima de los árboles, para susto de los varones apostólicos. Gradúa la mies de los segadores misionarios al distinguir los apacibles monteros de la selva situada al este del Orinoco y los alzados vagabundos de la sabana extendida al oeste. Divide entre el misionero y la reiterada expedición de límites el prez de adelantar el conocimiento geográfico de la América del Sur. Encuentra que los altivos y diligentes capuchinos catalanes habían reunido casi todos los naturales del Bajo Orinoco en sus misiones opulentas, entre el Caroní y el Cuyuní, y que, enfrentados al gobernador y al obispo, administraban estado independiente; y deja ver que otros soldados de la milicia franciscana, bienquista del salvaje, tuvieron mucha parte en la reunión de los sesenta mil indios puros, la mitad de los de Venezuela, contados en la provincia de Cumaná y en la de Barcelona el año 1800, y abandonados después al exterminio.

Calcula trescientos ochenta y siete mil negros entre los diez y seis millones de habitantes del continente hispanoamericano, el año 1826. Cuenta otros tantos en Cuba y Puerto Rico, y más de dos millones en el resto de las Antillas; todos oprimidos y con la fortaleza y la jovialidad del oso bailarín y del mono petulante. Observa siempre esclavos menos numerosos, menos maltratados y más favorecidos con la manumisión en las comarcas sujetas al cetro de Castilla. Cita un negro de la América Española por cada cinco del Brasil y de los Estados Unidos. Teme a cada paso el nacimiento borrascoso de una confederación etíope, absorbente del archipiélago antillano, y añade que el mie-

do a los esclavos irritados ayuda la seguridad del gobierno de la metrópoli y la continuación de la adventicia dinastía en el Brasil, cuyos naturales son africanos hasta la mitad del número el año 1818. Recuerda con este hecho la política uniforme de los gobiernos europeos, encaminada a conservar la colonia por el odio entre los habitantes. Repite la acostumbrada alabanza de las leyes españolas, caritativas con la raza ofendida, y frustradas ocasionalmente en la administración de la servidumbre doméstica. Deja ver que la emancipación progresiva de los serviles basta a disipar la amenaza de su resentimiento, y olvida el fútil prejuicio que los niega a la asimilación de la cultura europea. Recomienda la reforma gradual y en paz, enraizada en la misma opresión bárbara y nefanda, el lento rescate escogido por el Presidente de Colombia, el general Simón Bolívar, hombre insigne por los méritos del republicano, por el lucimiento de la carrera militar y por la moderación el día de la fortuna. Desmiente el cómputo fabuloso de Depons, que eleva cuatro veces el número de los negros de Venezuela; y sustituye cuarenta mil en la provincia de Caracas, seis mil en todo el territorio de Cumaná y Barcelona, y cuatro mil, bastante entreverados y dispersos, en los llanos de San Carlos, Guanare, Barquisimeto y Calabozo. Observa la fácil propagación de los demás hombres de color y el desmedido fallecimiento de los siervos, y opina que la colonia mayor de dos millones, aposentada en la ergástula de Las Antillas, supone la introducción de un número duplicado de cautivos; y refiere que el régimen de los brasileños alienta la multiplicación de la casta y defiende la vida de los infantes atezados. Despierta la conjetura de que el África surtía más hombres que mujeres, de suerte que la prole servil era menos castiza que los padres; e inspira la observación correlativa de que la unión ilegítima apaga la diferencia de una a otra casta venezolana, y les confiere sin tregua la apetecida merced de la tez blanca.

Humboldt recorre, ileso de los hombres, los dominios del mundo colombino. Agradece el humor del criollo inteligente y hospital, pródigo de la atención afectuosa. Los tacha de indolentes, de esquivos del afán, de prolongar la vida sin ocuparla. Los describe enredados en odios municipales, en rencillas de cuerpo, siguiendo los resabios de origen español, divididos en dos noblezas, enemigas a matarse; la una de antepasado remoto, aventurero de la conquista, fundador de la ciudad, patrono de la villa iniciada; y la segunda, de más reciente cuna, ralea del ensimismado agente de la metrópoli; y consigna la protesta sediciosa y tercera del vizcaíno, por la cual todo blanco es caballero. Los describe ignaros de los recursos nacionales, porque el gobierno reserva la noticia estadística, capaz de alentar el propósito rebelde; ufanos y ansiosos del tratamiento hidalgo y del calificativo nobiliario, conformes con el supletivo mando en la milicia; y nota el provento de la corte en el comercio del pergamino señorial y de la insignia militar. Razona el enojo del criollo contra el español de la península, su igual en la legislación escrita, su tirano en la practicada, y confiesa que el sujeto más ruin, con sólo nacer en el suelo de la metrópoli, sube sin esfuerzo donde es despedido el americano más ilustre. En-

cuentra la generación juvenil descontentada y sin piloto, revolviendo ideas fogosas e informes, y omite el nombre de los campantes valvasores, sometidos más tarde a la prueba de una guerra sin ejemplo. Encuentra los cabildos a cargo de una minoría, remota de la plebe, dispuesta al dominio de otra corona antes que al reparto de los privilegios con el resto de los compatriotas. Cuenta doscientos mil españoles en el nuevo mundo castellano, bastantes a salvar el partido del rey en medio de tantos altercados, sin dejar inmediatamente los menesteres civiles y de paz, con que se sustentan los más de ellos. Ilustra la diversidad entre los americanos de origen español, distinguiendo los países de población internada de aquellos donde es litoral y novelera, y notando los territorios de apretada y culta raza indígena el día de la conquista, y los de tribus ambulantes y escasas esa misma fecha. Mira la vocación literaria entre los criollos de Lima y Quito, la aplicación por las ciencias en Bogotá y en Méjico, y la inquietud de orden político en Caracas y La Habana, capitales de vecindario marítimo, francas a la novedad extranjera; pero añade que los colonos guarecidos pierden la originalidad ganada en el aislamiento, desde que fundan república vivaz, familiar con las naciones hermanas y con las más cultas del viejo mundo.

Advierte las mejoras del gobierno colonial, bajo el mando de recientes monarcas, atentos a la enseñanza de los filósofos contemporáneos, amigos del género humano; la propensión de la corte a facilitar esos días el adelanto de los reinos ultramarinos, y el encuentro del estorbo mecánico administrativo. Aplauda la comenzada educación de los americanos en las ciencias naturales; el desvelo gubernativo por la ilustración de la geografía, alentado de aptos ingenieros y marinos de origen español; el subvenido estudio de la botánica en el hemisferio enorgullecido de un Mutis; el edicto del comercio libre, ordenado en 1778, desmentido en parte por los aranceles aduaneros, pero bastante a romper el bloqueo de los puertos americanos por el monopolista de Sevilla y Cádiz. Pasa a los rezagos vivaces de la opresión, de la política sencilla, más severa en las islas, que paga con el artefacto de la metrópoli el fruto natural y la materia prima de la colonia cerrada al extranjero; y cita la consiguiente prohibición del taller industrial en los nuevos reinos; el cultivo de la vid, del moral, del cáñamo, del lino y del olivo, negado por el Consejo de Indias; los recursos extraordinarios de Venezuela, ocultos por la clausura y el estanco, ligeramente desenvueltos por el contrabando, remedio de la ley fiscal; el marasmo de territorios opulentos, necesitados del subsidio mejicano para la satisfacción del gasto oficial; la breve renta de las colonias americanas, dividida en veintinueve millones para el gobierno de ellas mismas, y en ocho millones, saldo irrisorio guardado al cabo en el tesoro de la metrópoli. Lamenta la política suspicaz ocupada en contar los pasos del criollo; el malcaso de fincar el régimen de la corona en la división de los gobernados; el inveterado consejo de cultivar la asechanza entre las castas, entre los naturales del clima alpino y los del suelo caliente, entre los clérigos seculares y los religiosos, entre el obispo y el presidente de la misión, entre las diversas autoridades por medio de la confusión de los distritos

y poderes, y en la muchedumbre de los súbditos por la culpa de un derecho procesal absolutor de la instancia, tupido de excepciones y recursos, que alimenta un ejército de abogados y curiales y envía los caracteres litigiosos y atrabiliarios, demasiado frecuentes; y guarda mayores argumentos contra el derecho penal y su administración a cargo de tribunales perezosos, que exasperan con el encierro superfluo el averío bullicioso de los reos induciéndolos a la evasión y al subsiguiente oficio de bandolero.

Deja las disensiones entre los lugares hasta el examen pasajero de la república de Colombia. Adivina su rompimiento provocado y acelerado por la aplicación de un régimen centralista de confianza en el curso de las hostilidades, pero molesto el día del orden a la cerviz de los pueblos nativamente solícitos de la independencia municipal y provincial. Aprueba, entretanto, la forma republicana faustamente escogida en las naciones emancipadas, y la recomienda por bien conforme a sociedades nuevas, de breve tradición, exentas del verdoyo de los siglos medios, advenedizas e intrusas. Repite, en esta y otra oportunidad, la acusación profetal dirigida a la derrotada metrópoli, porque enmalezó los nuevos planteles de la raza, sembrando a manos llenas los gérmenes de la guerra civil. Califica de esta última suerte la contienda de la emancipación, y la sigue con asombro hasta su término. Cierra el más ameno de sus relatos el año 1825, cuando los clarines colombianos decantan la victoria y prometen el descanso dichoso de las armas. Pero sólo acontece que, según el uso de la guerra melancólica, ordenan el reposo de la batalla en la declinación de la tarde.

A UNA DESPOSADA

CUALQUIER INVENCION de mi enfermizo numen desluciría las páginas de este álbum. Las ofendería con el desentono de azarosa tela de araña en una mansión regia. Más conviene el relato de venturosas nupcias.

Sueño que lo escuché de virgen lisonjera en una comarca del Asia inverosímil; que era de noche, y estaba yo embriagado con la plácida expiración de rumores, canciones y perfumes; que el paisaje exótico se coronaba con la luna y con el cortejo de las estrellas mayores, porque las menores no conseguían lucir en medio de la irradiación de aquellas, sus hermanas; y sueño que, sobre la tierra y delante de mis ojos, fantástica ciudad de cúpulas y torres dormía cabe el espejo de un río fabuloso; y recuerdo que la virgen me refirió esta fábula amena: Yo conocí una princesa prometida en matrimonio al sultán de un país remoto. Veía en las bodas el comienzo de un cautiverio, porque, retirada y asustadiza, imitaba las selváticas gacelas. Buscaba mi compañía y luego la contemplación de sí misma en el espejo de una fuente ornamental. Era delgada, firme y de tupidos cabellos, que bajaban a confundirse con las aguas del ensombrado tazón de mármol. Hasta aquí vino una tarde cierto poeta errante, precursor del cortejo nupcial cada vez más vecino. El se dijo despedido de entre los suyos para entretener a la princesa durante el viaje a la capital del esposo prometido. Todos se reúnen y parten el día siguiente, cuando ya la princesa acepta los agasajos del poeta y lo ama sin manifestarlo. El cortejo recorre selvas y desiertos, en medio de la lluvia rumorosa y del estío lento, cuando el sol prefiere su carro de bueyes albos. El poeta ejerce, en su vez, el valor, el gracejo y la piedad. Ofende al tigre de estirpe real; burla al mono desvergonzado; acoge la mariposa blanda, de seda y lana; reverencia al asceta absorto. Se muestra cortesano amable y jinete aguerrido. Ella se acerca al término del viaje y divisa los palacios dispuestos para hospedarla, y repara que más le convendría el desierto

en compañía del vate gentilísimo. Entretanto, éste ha desaparecido de su lado, y ella es introducida, con el rostro sumiso, a presencia de su dueño; pero una voz oculta y bien conocida la exhorta a la alegría. La princesa alza los ojos y observa que el cortés poeta era el esposo prometido, quien había dejado las galas de monarca para ganar afectuosamente la mano de la amada, omitiendo el prestigio de su elevado puesto.

Así me dijo la virgen lisonjera en un país distante, debajo de un árbol musical; y su relato y mi único sueño venturoso terminaron cuando la aurora llamaba, enamorada, a mi ventana.

HECHIZO

LA TARDE aterida vestía de azul, ceniza y plata. Las neblinas, fantasmas de la atmósfera, bajaban la escala del monte proceros hasta las ondulaciones de la tierra dura y parda. Circulaban arpegios moribundos, sonos eólicos, gemidos del aire. Descendía en sacudidos copos la tristeza y una difusa luz tildaba los vértices de cristal.

La niña de infausta belleza rompía con emersión de nelumbo el lago del tedio. Lucía también colores austeros y marchitos, excepto el azul cándido de los ojos infantiles y el lujo solar de la cabellera, capaz de coronar con majestad de tiara su continente de sacerdotisa intacta, al servicio de una religión astronómica.

Yo soy ahora un mar callado al pie de una columna de basalto, orillas de un reino de escaladas, donde no alcanza el sol oblicuo. Y ella misma, druidesa de espantoso bosque, sugiere el lago de una comarca hiperbórea, oscuro y glacial, de donde huyera la danzante luz con el arribo de noviembre. Y su rostro perdura en mis ojos desde que me apareció por vez primera en el curso de un letargo, del cual desperté con la súbita fractura de un espejo, en medio de mansión desamparada, una noche interminable.

La noticia de su nombre debía prenunciar mágicamente este segundo encuentro, parecido al reconocimiento fortuito, desenlace de los dramas fatales. Yo conocí aquel nombre leyéndolo con dificultad a la luz de arrinconada lámpara, en la sala de una fiesta concluida. Aquella luz era intermitente, fuliginosa y de color pálido. También eran de color pálido los contados trechos libres del cielo y, con significación de presagio irrevocable, una nube enorme, vampiro de alas satánicas, estorbaba en aquel instante el nacimiento del sol.

FILOSOFIA DEL LENGUAJE

EL SEÑOR Pedro Emilio Coll insiste una vez más en que el adjetivo aporta al lenguaje una contribución de valor subjetivo. Este juicio demanda algún reparo: los autores más calificados de la materia distinguen el adjetivo antepuesto y el adjetivo pospuesto al sustantivo, parten de la sentencia fundamental de que el ordenamiento de las palabras traduce el ordenamiento de las ideas, y entienden que el sustantivo y el adjetivo se oponen como la sustancia y el fenómeno, distinción más entrañable que la superficial entre el sujeto y el objeto. Siguen de consecuencia en consecuencia hasta sustentar que la frase entera asume el color emocional cuando el adjetivo va antes del sustantivo, y asume valor impersonal en el caso contrario, porque reparan que el discurso se caracteriza por aquella de las dos palabras, adjetivo o sustantivo, escrita primero. De modo, pues, que el adjetivo sólo ofrece y comunica valor subjetivo en el caso de gobernar en cierto modo la frase, antecediendo al sustantivo. Estos principios se han aplicado ya a las lenguas romances, y más de un autor ha disertado sobre la adjetivación de la lengua oil y sobre la adjetivación de Cervantes. Huelga decir que el genial heraldo de nuestra raza se acomodó intuitivamente a las verdades de ardua metafísica que gobiernan la ciencia del lenguaje. En obsequio del lector, se omite la lista de los filólogos que han apurado este asunto, porque ellos son profesores teutones, más o menos atracados y ultrasabios, y todos de apellido rebelde y pedregoso.

LA PRESENCIA DEL NAUFRAGO

LA DAMA singular y gentil se disponía a comunicarme esa tarde la confidencia prometida una y otra vez.

Yo le servía una silla plegadiza en un retiro de la playa aireada.

El disco del sol rodaba fugitivo hacia el límite de un mar oscuro.

El azar nos había reunido en aquel rincón del litoral italiano. Habíamos llegado por caminos opuestos a reposar la fatiga y la melancolía de largos viajes.

Ocultaba su origen bajo el sello de una reserva altiva. Era difícil acertar con su patria porque usaba atinadamente cualquier idioma culto, y porque su persona física armonizaba los rasgos y las prendas más nobles de razas esculturales. Había nacido en alguna familia acaudalada, con raíz en naciones divergentes.

Cabellos de oro, perdición de las flechas del sol, y ojos verdes, memorias de alta mar, solemnizaban su hermosura lozana y perdurable de deidad.

Declaraba haber contentado con sencilla gratitud las finezas y los requiebros de los galantes, sin pasar a mayor afecto; y convenía en referirme ahora la razón de su aislamiento definitivo. Dejaba entrelucir el nombre de un criollo español, mi compatriota.

Iba yo el año pasado, cantaba su voz artística, en un vapor lujoso, invención de hadas, a través del océano. Viajeros de distinto origen sentían y propagaban una alegría vivaz, exaltada, y me compusieron inmediatamente una corte enfadosa. Aquel bullicio retrocedía ante el recato inexpugnable de un agitador hispanoamericano, hombre de urbanidad sobria, idéntica. Circulaba entre comentarios y leyendas su nombre de soldado. Aquel retraimiento podía venir de una juventud infructuosa, de una vida descabalada. Su duro semblante de asceta vencía las fachas contentas y mofletudas. Vino un día de cerrazón y el vapor lujoso, herido por un témpano, bajó al abismo con sacudidas de terremoto. Yo fui salvada de morir por aquel militar hastiado, de fisonomía absorta. Me de-

claró su afecto y su nombre y me llevó en peso hasta un bote, donde me había cedido su puesto. Regresó al barco náufrago, donde ocupó sucesivamente los lugares libres todavía de las aguas. Poco después, el sitio mismo de la catástrofe se borraba en el mar raso. Aquel hombre invitaba con la ilusión de una vida intrépida en república desquiciada. De uniforme azul, sobre un caballo blanco, debió de regir las montoneras turbulentas, libres de escalafón, magnetizándolas con su voz marcante, de una seducción irresistible. . .

Cesó de hablar, y la más espesa noche completaba el pensamiento de la mujer desilusionada y casta. Se habían roto las compuertas de las tinieblas.

EL TESORO DE LA FUENTE CEGADA

Yo vivía en un país intransitable, desolado por la venganza divina. El suelo, obra de cataclismos olvidados, se dividía en precipicios y montañas, eslabones diseminados al azar. Habían perecido los antiguos moradores, nación desalmada y cruda.

Un sol amarillo iluminaba aquel país de bosques cenicientos, de sombras hipnóticas, de ecos ilusorios.

Yo ocupaba un edificio milenario, festonado por la maleza espontánea, ejemplar de una arquitectura de cíclopes, ignaros del hierro.

La fuga de los alces hurraños alarmaba las selvas sin aves.

Tú sucumbías a la memoria del mar nativo y sus alciones. Imaginabas superar con gemidos y plegarias la fatalidad de aquel destierro, y ocupabas algún intervalo de consolación musitando cantinelas borradas de tu memoria atribulada.

El temporal desordenaba tu cabellera, aumento de una figura macilenta, y su cortejo de relámpagos sobresaltaba tus ojos de violeta.

El pesar apagó tu voz, sumiéndote en un sopor inerte. Yo despuse tu cuerpo yacente en el regazo de una fuente cegada, esperando tu despertamiento después de un ciclo expiatorio.

Pude salvar entonces la frontera del país maléfico, y escapé navegando un mar extremo en un bajel desierto, orientado por una luz incólume.

SOBRE LA POESIA ELOCUENTE

LA ELOCUENCIA es el don natural de persuadir y de conmover. La retórica, arte de bien decir, es sierva leal o desleal de la elocuencia, y cuando usa palabra altisonante o superflua merece el nombre de declamación. De modo que no hay disculpa al confundir maliciosamente la elocuencia, ventaja del contenido, emanada del afecto vehemente o de la convicción sincera, con la declamación que es vicio de la expresión, retórica defectuosa.

Algunos poetas sostienen que debe torcerse el cuello a la elocuencia, y conviene objetarles que tal severidad sólo debe usarse con la declamación, porque aquel don afortunado sirve muy bien a la poesía entusiasmada y lírica. Además, debe distinguirse entre los poetas inactuales y egotistas y los poetas comunicativos, de apostolado y de combate, bardos de aliento profético y simpatía ardorosa que ejercen una función nacional o humanitaria. Los últimos no pueden prescindir jamás de la elocuencia y se expresarán inevitablemente en imágenes, medio que puede enunciar la filosofía más ardua y comunica eléctricamente la emoción. La imagen es la manera concreta y gráfica de expresarse, y declara una emotividad fina y emana de la aguda organización de los sentidos corporales. Algunos dialécticos, enamorados de la idea universal y sin fisonomía, reprueban esta manera de expresión, considerándola de humilde origen sensorial, y abogando por la supremacía de la inteligencia, con lo cual insisten en las distintas facultades de la mente humana, que es probablemente una totalidad sin partes.

La imagen siempre está cerca del símbolo o se confunde con él, y, fuera de ser gráfica, deja por estela cierta vaguedad y santidad que son propias de la poesía más excelente, cercana de la música y lejana de la escultura.

La imagen, expresión de lo particular, conviene especialmente con la poesía, porque el arte es individuante.

La imagen es un medio de expresión concreta y simpática, apta para poner de relieve las ideas sublimes e independientes de la metafísica y las nociones contingentes de la experiencia, y comunica instantáneamente los afectos. Pero nunca deja de ser un medio de expresión, y quien la use como fin viene a parar en retórico vicioso, en declamador.

EL RAPTO

EL FOLLAJE exánime de un sauce roza, en la isla de los huracanes, su lápida de mármol.

Yo la había sustraído de su patria, un lugar desviado de las rutas marítimas. Los más hábiles mareantes no acertaban a recordar ni a reconstituir el derrotero. La consideraba un don funesto y quería devolverla.

Pero también deseaba sorprender a mis compatriotas con aquella criatura voluntariosa, de piel cettina, de cabellos lacios y fuertes. Su lenguaje constaba de sones indistintos.

Enfermó de nostalgia a la semana de la partida. Los marinos de ojos verdes, abochornados con el sol de las regiones índicas, escuchaban, inquietos, sus lamentos. Recalaron para sepultarla, una vez muerta, en sitio retraído. Se abstuvieron de arrojarla al agua, temerosos de la soltura de su alma sollozante en la inmensidad.

La compasión y el pesar desmadejaron mi organismo. Pedí y conseguí mi licencia del servicio naval. Me he retirado al pueblo nativo, internado en un país fabril, donde las fraguas y las chimeneas arden sobre el suelo de hierro y de carbón.

Mi salud sigue decayendo en medio del descanso y de la esquizofrenia. Siento la amenaza de una fatalidad inexorable. Al descender las cortinas de mi lecho, ante la suspirada aparición del día, he de reconocer en un viejo de faz inexpresiva, más temible cuando más ceremonioso, al padre de la niña salvaje, resuelto a una venganza inverosímil.

EL HIJO DEL ANCIANO

UNAS RAYAS de buril bastarían para el trasunto del paisaje elemental.

Algún árbol enjuto, esqueleto de palos, signo de blasón, vivía sobre el suelo calcinado.

Montes negros, de perfil translúcido, encerraban el valle.

Mi casa desaparecía, al cabo de un día incierto, en la inundación de la noche fluida.

Los ruidos subterráneos duraban hasta el advenimiento del sol retardado. Fuerzas sobrehumanas removían la piedra de los sepulcros.

Yo dividía la vida uniforme entre la lectura de epopeyas y tragedias y los hábitos de una mocedad inquieta.

Concebí la imagen de una infanta, amenazada por los silenciarios en el palacio del miedo. Yo sólo besaba de rodillas la franja de su manto.

Salí una vez al pasatiempo de la caza en día venerado, no obstante los avisos de mi progenitor. El anciano de los dichos infalibles, aficionado a narrar, descansaba en una silla majestuosa, de arte primitivo.

Una bocina invisible, perdida en la montaña, extravió los perros de mi jauría.

Después de una jornada infructuosa, penetré a descansar en la cámara de una vivienda ilusoria. Las quimeras surgieron paulatinamente de las tinieblas de mi sopor. Creía visitar el palacio del miedo, en donde la infanta de mi pasión afrontaba, en un suplicio, el trance de la muerte. Los ministros y los criados avisaban e imponían el secreto. Las lámparas agotadas soltaban cabelleras de humo en la sala encubertada de negro.

Desperté, cerca de la mañana, en medio del campo.

Mi cabeza reposaba sobre una piedra. Tenía los cabellos húmedos de rocío y, en el rostro, la luz de una luna diluida.

EL REZAGADO

LA TEMPESTAD invade la noche. El viento imita los resoplidos de un cetáceo y bate las puertas y ventanas. El agua barre los canales del tejado.

He dejado mi lecho, y me he asomado, por mirar la calle, a la ventana de la sala en ruinas. Los meteoros alumbran un panorama blanco.

Estoy a solas en la oscuridad restablecida, velando el sueño de la tierra.

Mis compañeros, avezados al trajín de estepas y desiertos, me abandonaron pérfidamente en esta aldea, etapa de jornada arriesgada. Rehusaron admitirme al aprovechamiento de sus riquezas, guardando para sí solos el secreto de sus metales y piedras. Mentaban un lago verde y salobre, escondido en una selva de pinos, amenazada por la brumazón.

La aldea es el campamento de una banda feroz. Hombres de tez amarillenta circulan inquietos, la espada en el puño, calado el sombrero cónico.

Aliento la esperanza de volver a mi suelo meridional, cerca del mar bruñido por el sol.

He tratado mi fuga con un hombre menesteroso, de la aviltada raza aborigen.

Ofrece conducirme por caminos desusados, a espaldas de salteadores homicidas.

El y yo escaparemos definitivamente de este lugar, donde las víctimas escarpadas invitan las aves de rapiña, criadas entre las nubes torvas.

EL ENSUEÑO DEL CAZADOR

YO ME HABÍA avocindado en un país remoto, donde corrían libres las auras de los cielos. Recuerdo la ventura de los moradores y sus costumbres y sus diversiones inocentes. Habitaban mansiones altas y francas. Se entretenían en medio del campo, al pie de árboles dispersados, de talla ascendente. Corrían al encuentro de la aurora en naves floridas.

Se decían dóciles al consejo de sus divinidades, agentes de la naturaleza y sentían a cada paso los efectos de su presencia invisible. Debían abominar los dictados del orgullo e invocarlas, humildes y escrupulosos, en la ocasión de algún nacimiento.

Señalaban a la hija de los magnates, olvidados de la invocación ritual, y a su amante, el cazador insumiso.

El joven había imitado las costumbres de la nación vecina. Renegaba del oficio tradicional por los azares de la montería y retaba, fiado en sí mismo, la saña del bisonte y del lobo.

Olvidó las gracias de la amada y las tentaciones de la juventud, merced a un sueño desvariado, fantasma de una noche cálida. Persegua un animal soberbio, de jiba montuosa, de rugidos coléricos, y sobresaltaba con risas y clamores el reposo de una fuente inmaculada. Una mujer salía del seno de las aguas, distinguiéndose apenas del aire límpido.

El cazador despertó al fijar la atención en la imagen tenue.

Se retiró de los hombres para dedicarse, sin estorbo, a una meditación extravagante.

Rastreaba ansiosamente los indicios de una belleza inaudita.

LA RESIPIENCIA DE FAUSTO

FAUSTO quiere pacificar su curiosidad, encontrar razones con que explicar de una vez por todas el espejismo del universo. Ha solicitado la inspiración de la soledad y domina abrupta cima, teniendo debajo de sí un apretado cerco de nubes. Huella con ligereza de ave una mole de aristas resaltadas. La borrasca embiste sin tregua el paraje sublime, adecuado para la meditación del problema fundamental.

Fausto ha abandonado el estudio parsimonioso y el amor suave de Margarita, desde que trata con cierto personaje recién aportado al pueblo: un hombre de sospechosa parla, que desordena el vecindario con prestigios de invención diabólica, señalados por más de un detalle arlequinesco.

El propone a Fausto las interrogaciones últimas, inspirándole una curiosidad descontenta y soberbia, habilitándolo con máximas feroces, enemigas de contemplaciones y respetos. Fausto lo rechaza de su trato y amistad con términos violentos, proferidos en la abrupta cima, redoblados por los ecos temerosos del precipicio; y el seductor se retira gesticulando grandiosamente y sin compás, obstinado en visajes y maniobras de truhán. Parte confiado en la germinación de su influjo malsano.

Fausto prueba a aliviar con el viaje distante, dividido en peligros y orgías la enfermedad de aquel ideal orgulloso, infundida por la ciencia; pero encuentra la desesperanza al cabo de las nuevas emociones. Solicita las vivaces comarcas meridionales; atraviesa, menos que fugitivo, un reino tenebroso, obseso de la matanza y de la hoguera, de alma sacerdotal con vistas a la muerte, y renegado del esfuerzo y de la vida.

Pero llega finalmente a un país elisio donde los mirtos y los laureles, criados bajo un cielo primaveral, tremolan al paso del aire melodioso y montan guardia al lado y en torno de los mármoles ejemplares y de las ruinas sempiternas. Des-

cansa en una ciudad quimérica, de lagunas y palacios, visitada por las aves; y deja entonces la investigación desconsolada. Crédulo en la mayor veracidad de los símbolos del arte, espera dar con una explicación musical y sintética del universo.

RENACENTISTA

LA VENECIANA altiva de tez nevada, escucha las barcarolas desde la azotea de su mansión bizantina. Mira la tarde fantástica, de celajes dispersos, semejanza de tesoros volcados sobre el piso de un palacio roto a la fuerza. Un soplo del mar desata los cabellos de luz sobre la veste azul y la besa el rostro mortificado.

Defiende a veces con la diestra los ojos deslumbrados, adornándose con el atributo de una ceguera temprana y divinadora, y la breve sombra de la mano aumenta la dignidad de la faz muda.

La mujer nota el arribo de las galeras alegres, ostentosas de blasones dominantes, animadas con el atavío de las banderolas triangulares y volubles. Vienen de visitar naciones índicas, de alma sinuosa, de prosperidad inficionada, sujetas a la voluntad de reyes disipados.

Reconoce a los vencedores del mar fluctuoso, deshecho en montes, marinos prendados de constelaciones hechiceras, rescatados y salvados por algún vuelo de aves de vida continental; y desadvierte la hazaña de la juventud aguerrida, de fuerza probada en el océano patente.

La virgen refractaria condena las mercedes de la fama, siguiendo la voz de un orgullo terminante. Conoce las ideas de su tiempo, recreo de un ideal soberbio, enemigo de la fe tradicional. Resume el infortunio de su casta, de porte senatorial, extinguida bajo la saña de una facción victoriosa, y oculta su vida y su nombre en la morada bizantina, arruinada secretamente por el mar, celador previsto de su lápida.

EL ESCUDERO DE ENEAS

IL. 1,49

Los eventos de la lid dejan en salvo la calma de Eneas, el héroe paciente. Acude al mayor peligro, donde lo demandan las voces de los suyos.

El humo de los funerales sube a despintar los arboles del verano.

La greguería de los combatientes, vestidos de metal, hiere el cielo cóncavo.

El héroe transita a pie, seguido de un solo escudero. Siente a veces el roce de un dardo o de una piedra.

Reúne súbitamente una escuadra de soldados entusiasmados y la arroja sobre una muchedumbre de insulares, desperdigados en medio del contento de un éxito reciente.

Los enemigos, criados entre los embates del mar, resisten y mueren con las armas en la mano, antes de componer su desorden.

Eneas confirma los fieros barraganes, atentos a la suerte de la ciudad nativa, en la esperanza de un destino superior, libre de las contingencias de la guerra presente.

Su discurso domina la protesta de los vencidos.

El gesto de su mano, siempre exenta de sangre, anuncia la traza de una ciudad, rompiente de las olas del tiempo, término y descanso de las avenidas del mundo. Sobre los palacios suntuosos vuela perpetuamente una tropa de aves consagradas, juntas en forma de triángulo o de arco; y sus ruinas, el día de postrera decadencia, no alimentarán la hoguera, donde se caliente la orgía del vencedor.

El héroe conforta sus amigos y se aleja hasta perderse en el horizonte caldeado.

El escudero vuelve el rostro, y dispara desde el límite del campo.

Los contendores maravillan la cauda luminosa y el son espeluznante de sus flechas.

SIGLO DE ORO

EL CABALLERO sale de la iglesia a paso largo. Saluda con gentil mesura a las señoras, abreviando ceremonias y cumplimientos. Aprueba sus galas y las declara acordes con la belleza descaecida.

Del río, avizor de la mañana y espejo de sus luces, sopla un viento alado y correntón. Mece los sauces, y penetra las calles solas, alzando torbellinos de polvo.

El caballero se retira a su casa desierta. Depone el sombrero y la recorre lentamente, ensimismado en la meditación. Apunta y considera los asomos de la vejez.

Los suyos se extinguieron en la contemplación o se perdieron en la aventura. El mismo llega de ejecutar bizarrías en aguas levantinas. Decanta su juventud fanfarrona en las urbes y cortes italianas.

Junta con la devoción una sabiduría alegre, una sagacidad de caminante, allegada de tantas ocasiones y lances.

El caballero se sienta a una mesa. Escucha, a través de las letras contemporáneas, la voz jocunda de las musas sicilianas. Pone por escrito una historia festiva, donde personas de calidad, seguidas de su servidumbre, adoptan, por entretenimiento y en un retiro voluntario, las costumbres de los campesinos.

El caballero finge discursos y controversias, dejos y memorias del aula, referentes a la desazón amorosa.

Administra la ventura y el contratiempo, socorros de la casualidad, y conduce dos fábulas parejas hasta su desenlace, en las bodas simultáneas de amos y criados.

LA CIUDAD

Yo vivía en una ciudad infeliz, dividida por un río tardo, encaminado al ocaso. Sus riberas, de árboles inmutables, vedaban la luz de un cielo dificultoso.

Esperaba el fenecimiento del día ambiguo, interrumpido por los aguavientos. Salía de mi casa desviada en demanda de la tarde y sus vislumbres.

El sol declinante pintaba la ciudad de las ruinas ultrajadas.

Las aves pasaban a reposar más adelante.

Yo sentía las trabas y los herrojos de una vida impedida. El fantasma de una mujer, imagen de la amargura, me seguía con sus pasos infalibles de sonámbula.

El mar sobresaltaba mi recogimiento, socavando la tierra en el secreto de la noche. La brisa desordenaba los médanos, cegando los arbustos de un litoral bajo, terminados en una flor extenuada.

La ciudad, agobiada por el tiempo y acogida a un recodo del continente, guardaba costumbres seculares. Contaba aguadores y mendigos, versados en proverbios y consejas.

El más avisado de todos instaba mi atención refiriendo la semejanza de un apólogo hindú. Consiguió acelerar el curso de mi pensamiento, volviéndome en mi acuerdo.

El aura prematinal refrescaba esforzadamente mi cabeza calenturienta, desterrando las volaterías de un sueño confuso.

LA PEREGRINA DE LA SELVA PROFETICA

LA CASTELLANA recorre el bosque. Su canción despierta la espesura. Los árboles vuelven del sopor de la noche y de sus nieblas.

La voz lánguida declara afectos y memorias de la ausencia. Mienta al único hermano, fascinado, al empezar la juventud, por el ejemplo de recios adalides en reinos ultramarinos. Partió sobre un caballo rápido, vencedor de los dragones, y un águila seguía la carrera del héroe.

Algún viajero aporta con breve noticia, recordada laboriosamente después de la zozobra de un mar intransitable.

El héroe se ha perdido en medio de un laberinto de montañas, donde se cruzan caminos indiferentes y nace el manantial de un río sin nombre, alimentado por las lluvias.

El bosque entero exhala voces compasivas, y un álamo, el más bello de todos, plantado por el ausente, se ha desplomado sobre la fuente cándida.

EL MENSAJERO

LA LUNA, arrebatada por las nubes impetuosas, dora apenas el vértice de los sauces trémulos, hundidos, con la tierra, en un mar de sombras.

Yo cavilaba a orillas del lago estéril, delante del palacio de mármol, fascinado por el espanto de las aguas negras.

Ella apareció bruscamente en el vestíbulo, alta y serena, despertando leve rumor.

Pero volvió, pausada, a su refugio, cerrando tras de sí la puerta de hierro, antes de volver en mi acuerdo y mientras esforzaba, para hablarle, mi palabra anulada.

Yo rodeo la mansión hermética, añadiendo mi voz al gemido inconsolable del viento; y espero, sobre el suelo abrupto, el arribo del bajel sin velas, bajo el gobierno del taumaturgo anciano, monarca de una isla triste, para ser absuelto del pesado mensaje.

EL VIAJE DE HIMILCON

EL ALMIRANTE de la escuadra pisó el templo. Estaba ajado por las tribulaciones del viaje. Venía a cumplir los votos enunciados, debajo del peligro, en un mar desconocido. Portaba en la diestra el volumen donde había consignado los portentos de la navegación. Lo puso en manos del sacerdote, a quien abordó modesta y dignamente, previniéndolo con una reverencia. Aquel relato debía inscribirse, a punta de cincel, al pie del ídolo gentilicio, en honor de la ciudad marítima.

Las naves aportaban rotas y deshabitadas. Los marineros escasearon en medio de un mar continuo, cerca del abismo, cabo del mundo.

Algunos recibieron sepultura nefanda en el seno de las aguas. Muchos perdieron la vida bajo los efluvios de un cielo morboso, y sus almas lamentan el suelo patrio desde una costa ignorada.

Los supervivientes divisaron, camino del ocaso, el reino de la tarde, islas cercadas de prodigios; y descubrieron el refugio del sol, labrador fatigado.

Unos bárbaros capturados en el continente, prácticos de naves desarboladas, contaban maravillas de su visita a un país cálido, más allá del miraje vespertino; y aquellos hombres de semblante feroz y ojos grises, criados bajo un sol furtivo, motivaron con sus fábulas insidiosas el comienzo del retorno.

EL AVENTURERO

ESTABA INERME por efecto de la porfía secular con el burgués y el villano. Había perdido sucesivamente mis privilegios.

Un afecto legítimo reposó los días iniciales de mi juventud.

La doncella rústica, peregrina del mundo de los sueños, portaba una hoz de plata en la ocasión de la primera vista.

Enviudé en el curso de hostilidades activas. La algazara de los rebeldes abrevió los últimos instantes de mi compañera.

Pasaba las noches, solo y vestido de hierro, al pie del lecho de su última dolencia. Amigos y criados me habían abandonado en el peligro.

Escrutaba, asomado al ventanal, el cielo manchado de luz tímida.

La muchedumbre se revolvía al pie de los muros, apercibiendo armas y vociferando amenazas.

Aproveché la celebración de un armisticio y escapé, en demanda de la fortuna, sobre un caballo nervioso. Buscaba peligros más importantes.

Dormía con las riendas en la mano sobre el suelo rudo. La noche letárgica borraba las siluetas.

Monté en una barcaza del comercio levantino y hallé el ejército de los cristianos en donde corrieron, bajo la sanción divina, los días primeros de la humanidad.

Los azores y los corceles habían muerto de sed en los desiertos de arena. Los paladines jadeaban a pie o cabalgaban el asno modesto y el buey palurdo.

Un intrigante, fugitivo de mazmorra bizantina, se propuso desviarme de la hueste lacerada. Me insinuaba la conquista del mando en reinos indefensos, al alcance de la mano, y me prometía la cohorte desigual de sus adeptos.

Ejecuté el proyecto después del escarmiento de los nuestros. Los infieles salieron por escuadras, de los senos y de las cuevas de una serranía.

Fuimos acorralados y vencidos por la multitud de sus jinetes. Usaban caballos habilitados para combatir simulando la fuga. Sus armas, de un metal claro, encarnaban tenazmente.

Las mujeres, guardadas en el medio del campamento, prefirieron la servidumbre al sacrificio. Vistieron galas y preseas para aumentar su belleza a los ojos del vencedor.

Mi consejero quedó entre los muertos. Yo salí a salvo, con el séquito de sus parciales, siguiendo una despedazada vía romana.

Atravesé los escombros de una civilización historiada por los gentiles.

Llegué donde me aclamaron pueblos desconocidos, segregados.

He cimentado la fortuna de mi reino por medio de mi casamiento con la sobrina de un príncipe armenio.

LA VIDA DEL MALDITO

YO ADOLEZCO de una degeneración ilustre; amo el dolor, la belleza y la crueldad, sobre todo esta última, que sirve para destruir un mundo abandonado al mal. Imagino constantemente la sensación del padecimiento físico, de la lesión orgánica.

Conservo recuerdos pronunciados de mi infancia, rememoro la faz marchita de mis abuelos, que murieron en esta misma vivienda espaciosa, heridos por dolencias prolongadas. Reconstituyo la escena de sus exequias, que presencié asombrado e inocente.

Mi alma es desde entonces crítica y blasfema; vive en pie de guerra contra los poderes humanos y divinos, alentada por la manía de la investigación; y esta curiosidad infatigable declara el motivo de mis triunfos escolares y de mi vida atolondrada y maleante al dejar las aulas. Detesto íntimamente a mis semejantes, quienes sólo me inspiran epigramas inhumanos; y confieso que, en los días vacantes de mi juventud, mi índole destemplada y hurafía me envolvía sin tregua en reyertas vehementes y despertaba las observaciones irónicas de las mujeres licenciosas que acuden a los sitios de diversión y peligro.

No me seducen los placeres mundanos y volví espontáneamente a la soledad, mucho antes del término de mi juventud, retirándome a esta mi ciudad nativa, lejana del progreso, asentada en una comarca apática y neutral. Desde entonces no he dejado esta mansión de colgaduras y de sombras. A sus espaldas fluye un delgado río de tinta, sustraído de la luz por la espesura de árboles crecidos, en pie sobre las márgenes, azotados sin descanso por un viento furioso, nacido de los montes áridos. La calle delantera, siempre desierta, suena a veces con el paso de un carro de bueyes, que reproduce la escena de una campiña etrusca.

La curiosidad me indujo a nupcias desventuradas, y casé improvisamente con una joven caracterizada por los rasgos de mi persona física, pero mejorados por

una distinción original. La trataba con un desdén superior, dedicándole el mismo aprecio que a una muñeca desmontable por piezas. Pronto me aburrí de aquel ser infantil, ocasionalmente molesto, y decidí suprimirlo para enriquecimiento de mi experiencia.

La conduje con cierto pretexto delante de una excavación abierta adrede en el patio de esta misma casa. Yo portaba una pieza de hierro y con ella le coloqué encima de la oreja un firme porrazo. La infeliz cayó de rodillas dentro de la fosa, emitiendo débiles alaridos como de boba. La cubrí de tierra, y esa tarde me senté solo a la mesa, celebrando su ausencia.

La misma noche y otras siguientes, a hora avanzada, un brusco resplandor iluminaba mi dormitorio y me ahuyentaba el sueño sin remedio. Enmagrecí y me torné pálido, perdiendo sensiblemente las fuerzas. Para distraerme, contraje la costumbre de cabalgar desde mi vivienda hasta fuera de la ciudad, por las campiñas libres y llanas, y paraba el trote de la cabalgadura debajo de un mismo árbol envejecido, adecuado para una cita diabólica. Escuchaba en tal paraje murmullos dispersos y confusos, que no llegaban a voces. Viví así innumerables días hasta que, después de una crisis nerviosa que me ofuscó la razón, desperté clavado por la parálisis en esta silla rodante, bajo el cuidado de un fiel servidor que defendió los días de mi infancia.

Paso el tiempo en una meditación inquieta, cubierto, la mitad del cuerpo hasta los pies, por una felpa anchurosa. Quiero morir y busco las sugestiones lúgubres, y a mi lado arde constantemente este tenebrario, antes escondido en un desván de la casa.

En esta situación me visita, increpándome ferozmente, el espectro de mi víctima. Avanza hasta mí con las manos vengadoras en alto, mientras mi continuo servidor se arrincona de miedo; pero no dejaré esta mansión sino cuando sucumba por el encono del fantasma inclemente. Yo quiero escapar de los hombres hasta después de muerto, y tengo ordenado que este edificio desaparezca, al día siguiente de finar mi vida y junto con mi cadáver, en medio de un torbellino de llamas.

SUEÑO

MI VIDA había cesado en la morada sin luz, un retiro desierto, al cabo de los suburbios. El esplendor débil, polvoso, de las estrellas, más subidas que antes, abocetaba apenas el contorno de la ciudad, sumida en una sombra de tinte horrendo. Yo había muerto al mediar la noche, en trance repentino, a la hora misma designada en el presagio. Viajaba después en dirección ineluctable, entre figuras tenues, abandonado a las ondulaciones de un aire gozoso, indiferente a los rumores lejanos de la tierra. Llegaba a una costa silenciosa, bruscamente, sin darme cuenta del tiempo veloz. Posaba en el suelo de arena blanca, marginado por montes empinados, de cimas perdidas en la altura infinita. Delante de mí callaba eternamente un mar inmóvil y cristalino. Una luz muerta, de aurora boreal, nacida debajo del horizonte, iluminaba con intensidad fija el cielo sereno y sin astros. Aquel paraje estaba fuera del universo y yo lo animaba con mi voz desesperada de confinado.

LA PENITENCIA DEL MAGO

RECIBÍ ADVERTIMIENTOS numerosos de origen celeste cuando empezaba a iniciarme en una ciencia irreverente. Me disuadían de seguir la demanda de verdades superiores a la fragilidad del hombre, y me amenazaban con la pérdida de la felicidad el mismo día de tenerla a mi alcance y con la prolongación expiatoria de mis días.

La meditación orgullosa había desmedrado aceleradamente mi organismo, anticipando las señales de la vejez.

Vi en la ruina de mi salud el último aviso de una potestad indignada.

Volví en mis fuerzas retirándome a la soledad de un predio, defendido por barrancos y hondones. De allí salí más tarde, en busca de impresiones nuevas, para un reino de tradiciones y de ruinas. Y, debajo de un pórtico despedazado, encontré una mujer adolescente, de ojos extasiados.

De tanto frecuentar su trato plácido, sentí el contagio de su arrobamiento, y sané de la zozobra anterior, disfrutando una promesa de bienestar.

Una tarde le referí los atentados de mi pasada curiosidad soberbia.

Mis palabras alarmaron su imaginación; ratificaron temores informes de peligros entrevistos o soñados durante su niñez retraída. Aquel sobresalto comenzó la abolición de su pensamiento y fue el estímulo de una agonía larga.

Seguí adelante al comenzar el advenimiento de las amenazas fatales. Buscaba un lugar apacible donde pagar el resto de la sanción irrevocable y esperar el diferido término de mis días.

Di con este país sumido en silencio nocturno. Escogí para edificar mi retiro la sombra de esta selva, tapiz desenvuelto al pie de los montes.

Sobre la selva y sin alcanzar la altura de los montes, vuelan ocasionalmente algunas aves de alas fatigadas.

DEL CICLO TROYANO

POLIDORO, hijo último de Príamo, demasiado joven para los deberes militares, vivió lejos de la patria cercada y en la corte de un rey fementido, donde lo había relegado el celo afectuoso de los suyos.

No sabía del asedio funesto, ni de su término en la noche de lamentos, tinta en llamas, cuando cayó bajo el hierro de su huésped, mudado en pro del vencedor.

Su tumba, asombrada por áspero matojo que emite una voz compasiva, suscita el miedo en los peregrinos de Virgilio.

El príncipe venía macilento por efecto de un monólogo suspiroso. Pensaba en Ifigenia, escapada de en medio del sacrificio y a punto de morir, refugiada entre los sármatas, cuyos corceles infatigables hieren un suelo de nieve marmórea. Había tratado a la virgen tácita, de reposado continente y blando paso, en uno de los santuarios insulares, donde amistaban los pueblos comarcanos, separados por los agravios personales de sus reyes. Clitemnestra alenta la pasión de los niños; pero su esposo la vedaba por el interés de la política y por la insinuación de los sacerdotes, necesitados de una víctima regia.

Clitemnestra salva a su hija con valiente superchería, y medita años continuos el desquite.

Espera en su cubil de leona durante el decenio de la lid fatal, repartido entre ventajas y reveses: más de una vez el regio esposo, holgado y soberbio, no obstante el peso de las armas flamantes, increpa las catervas de los suyos, amedrentadas porque un trueno fortunoso recorre las alturas, y Héctor desordena el campamento, redoblando su furiosa acometida de vendaval.

Clitemnestra dispone la muerte del real consorte, en reparación de su voluntad desoída, en desagravio de su vil sumisión, propia de las cautivas ganadas a lanza; y el crimen acontece la noche misma del regreso y sigilosamente, en medio del angustiado clamor de los pájaros nocturnos, de vuelo disparado y errátil.

EL CRUZADO

LOS ÁRBOLES, de columna desnuda, esparcen hacia arriba una ramazón vigorosa, reparo de la frente del castillo.

De los torreones cuelga una broza parásita, de crines ralas. Allí suben aves corpulentas, de irónico rostro de gárgola.

Desde mi ventana remontada miro a mis pies la ondulación de la floresta y, en un ángulo del horizonte, la luz espasmódica del relámpago.

Huyeron lejos los días de andanza militar. Defendí contra el musulmán apartados reinos zozobrantes. Ejecutábamos y sufríamos una guerra de asechanza y campo abierto, perpetua y sin merced. Una noche de consternación dejé, entre aves de rapiña y acostado en un precipicio, el cadáver de mi hermano de armas. La luna asomaba por una brusca apertura del nublado.

Un consejo interior me restituyó a esta vivienda, una vez convenida la paz. Derribé encinas y robles para vedar, tras de mí, las sendas y carriles de la selva. Escogí, por mi aposento, la sala de los trofeos de caza, donde sobresale un espejo nebuloso.

El ocio y la monotonía recrecieron mi natural amargura, aliviada pasajera-mente por el intervalo de trajín mundano.

Sentía un desmayo de la voluntad, un raptó sobrenatural, efecto de presencia desconocida. Perdí la cuenta del tiempo y de su paso.

Una vez quiso verme el más alegre de mis camaradas, y lo consiguió adivinando las veredas y sorteando los estorbos colocados de través.

La ambición desengañada lo había reposado, confiriendo autoridad a su discurso. Había penetrado los secretos de la sabiduría.

Me refirió las tradiciones de mi casa, los atropellos de mis antepasados y su término aciago. Mi orfandad temprana, mis hazañas de cruzado habían bas-

tado a rescatarme del sino. Debía poner fin a mi raza, pasando a mejor vida sin descendientes.

Por su mandamiento me acerqué al espejo nebuloso, momentáneamente esclarecido.

Y allí miré, asombrado, mi faz de anciano.

LOS LOBOS DEL YERMO

LOS INFANZONES dejan rara vez el asilo de su torre. Miran, debajo de sí y en derredor, un contorno de roquedos de esterilidad mineral.

Un ave negra vuela verticalmente desde la tierra y traza en la altura un circuito obstinado.

La imaginación popular mira en el pájaro obsedente el alma del anterior castellano, progenitor de los actuales garzones desmandados.

Nacieron de una joven raptada, cargada, hasta morir, de afrentas y de golpes. Conservan la memoria de su ademán sufrido.

Los villanos censuran y repugnan el desmán. Osan manifestar su propio resentimiento y el de sus antepasados.

Se agazaparon, mal armados y de tropel, en los tornos y recodos de un monte hueco, frontero de la torre; y consiguieron desbaratar la hueste de sus mandones.

Los mozos vencidos resisten uno contra dos y cejan, sin volver la espalda, hasta guarecerse.

Los villanos se concertan para el asalto de la torre, desenlace de la guerra impía. Sus emisarios visitan aldeas apartadas, en demanda de hombres y perrechos.

La muchedumbre entusiasmada y bisoña llega de sobresalto, empuñando armas tundentes, enarbolando pendones gaiteros.

Embiste una y otra vez, y retrocede en desorden. Los agresores sucumben, por escuadras, bajo una lluvia de cantos y de flechas. Sus jefes los increpan, alzando sobre la cabeza los brazos desesperados.

Organizan, en un instante de tregua, el ataque unánime, y aparejan puentes y escalas, para vencer la resistencia de avenidas y puertas.

Logran, de esa suerte, romper la indiferencia de la victoria titubante.

Entran la torre descollada, profiriendo amenazas y cumpliéndolas sin misericordia, hasta despoblarla.

Los vencedores la envuelven en llamas, y dejan sobre el suelo, por único vestigio, una mancha de fuego.

Los campesinos dejan de ver, en toda la redonda, el ave saturnina.

VISLUMBRE DEL DÍA ACIAGO

EL PRADO fenece en una arboleda. Los vegetales, de un verde luctuoso, prosperan libremente al aire embebido, fiados al sol mortecino. Un ave friolenta, de gorjeo tenue, sube en demanda de la luz. Vuela y trina en medio de un débil esplendor blanco. Posa alguna vez sobre el techo rojo de un edificio, mansión de dos pisos, aislada y abandonada.

Lamenta la primavera transparente, cuando revolaba, trazando orbes y rayas fugaces. Soporta diluvios y torbellinos, meteoros de la estación maligna. Observa el reposo de las nubes y de las sombras amontonadas. Recibe la sugestión de la tierra letárgica y permanece inmóvil, sumada al panorama desanimado.

Resiste las energías calamitosas, soltadas de su cárcel nocturna, juntando los débiles alientos de sí misma, acostumbrada a las oscilaciones de la naturaleza inmortal; y guarda semejanza con el espectador de una escena litúrgica, preliminar del retorno indefectible del júbilo, comentada por el viento en su triste pífano.

LA CUNA DE MAZEPPA

UN AURA fácil propaga la querrela de la tierra cubierta de ruinas, lastimada por el invierno y su saña de vencedor. La estación nueva espira un fuego vital, preludio del bullicio. Los ánades retornaron a los pantanos deshelados, y turban la superficie de azogue. Humilde flor esporádica supera al yerbazal fecundo, tapiz de la sabana, mullido por la primavera. Los tallos surgen a porfía, delgados y briosos, del agua superficial, derramada. El sol diferencia los tonos del verde en las ondulaciones de la pradera agitada por el viento, y una nube proyecta la sombra de su vuelo. Aves de rapiña circulan frecuentes en las alturas del aire, y desde allí registran su dominio o lo recorren con determinación de mensajeros. El cielo, de azul nítido, baja en redondo sobre el yermo, criadero de lobos, y un jinete, embutido en su hábito de felpa, cruza a galope en demanda de una ciudad de cúpulas doradas.

LAS AVES DE LA VISIONARIA

HE VISTO la doncella retraída, sujeta al pesar, obsesa de memorias. Acostumbra la veleidad y el ensueño. Desatiende alguna vez el rumor seduciente de un arroyo, peregrino desde cima invisible por un cauce hundido. Precipicios de roca desnuda componen sus márgenes paralelas, de breve intervalo, negando luz al raudal abismado. La doncella admira el vuelo suspenso de unas mismas aves taciturnas sobre este sitio del yermo, y quiere saber dónde posan a reponer el vigor de sus alas. Pero las aves querenciosas del abismo escapan siempre de su atención y huyen a disiparse en la inmensidad.

TRANCE

HE SOÑADO con la beldad rubia. Miro su despejo y siento su voz.

Inicia con razones elegantes una conversación de motivo lisonjero.

Yo estoy prosternado. Quiero oprimir entre mis manos su diestra delgada y perezosa.

Expone en lenguaje selecto un suceso de siglos ilustres. Refiere las cuitas de un trovador desengañado.

Yo espío los rasgos de su faz iluminada.

Añade comentarios de crítica afilada y suspicaz, y yo asiento con mudez inescrutabile.

LA CASA DEL OLVIDO

UN ESPEJO retrata la oscuridad de la estancia, donde los muebles antiguos aumentan la majestad de la sombra. El color amarillo de los marcos, guarniciones y entalladuras vacila y fenece en un borde negro. La estancia ocupa un extremo interior de la mansión desierta, salvo de ruidos y de alarmas; conviene con la meditación abismada y con el desconsuelo infinito; rememora las ilusiones de antaño, desfile de lamentos. El sueño, de semblante lívido y alas funerales, visita el retiro inexpugnable, posando finalmente sobre el piso de alfombras; él es la única interrupción del soliloquio vertiginoso.

Una alta ventana descubre el cielo sublime, donde la nube flota con naciación de náyade y corre con desbandada fuga de Atalanta. Un vegetal flexible sigue la jamba de la ventana, se dobla en arco y termina en flor solitaria; una flor que parece de artificio: casta, indemne del tiempo, color de alabastro y sin aroma; y esa flor beata, de palidez litúrgica, traba relaciones dichas con una estrella, divisada desde la ventana en un mismo sitio del cielo.

Pero la flor padece otro amor secreto y más vehemente: solicita el estanco vecino, yacija del agua dormida y desnuda, y quiere escapar de la sombra, para morir sumisa bajo el dardo del sol, igualando el sacrificio de tal cautiva, amante del vencedor en bárbara epopeya.

La luna coloca un nimbo de plata sobre la flor enjuta, monja negada al sueño y sustraída del mundo, una noche amenizada con inmensa luz remota, preludio y mensaje del cielo; y esa noche de contemplación, en su llano estanco, murmura en sueños el agua virginal.

La mansión enorme engrandece los fantasmas de la sombra y recibe la inundación del sol con el sosiego del desierto. Dispone la mente a la meditación escrupulosa de la muerte y su recinto sellado enuncia agüeros de la eternidad.

En el centro de la morada funeral, edificada con regularidad severa, el agotado pozo antiguo, convertido en fosa, puede sustentar la vida de un ciprés inmóvil. El árbol hurano vigila sin fin sobre la fosa inadvertida, y su cúspide, finalmente elevada por encima de los muros de la mansión rigurosa, demanda el horizonte lejano y el lenitivo de la aurora.

CUENTO DESVARIADO

EL INFANTE de los reyes proscritos fue abandonado en un esquife, después de vencidos en la contienda desesperada.

Bogaba en medio del cántico de las olas salvajes, hacia la isla de los naufragios, visitada por las aves.

Aportó derechamente donde lo esperaba el adepto de una ciencia aborrecida, árbitro de los elementos, adornado con una guirnalda de roble. Había dejado su retiro, entre las ruinas de fortalezas inmemoriales, al sospechar el arribo del predestinado.

Debía trasmitirle las enseñanzas fiadas a la memoria de una secta formal, temerosa de escribirlas.

El niño creció con sólo respirar un aire vital. Mandaba sobre la milicia de las aves, celosas de contentar su voluntad inocente y de contarle mensajes de un origen superior.

Su vida apacible conserva el dejo de un solo pesar, desde la evasión inopinada del maestro. La isla alargaba en ese momento de la tarde su sombra triangular sobre el mar violáceo.

La luna, anegada en la borrasca, inspira al solitario la imagen de una mujer distante, de alma simpática.

La busca en un bajel insumergible, de estela argentina.

Ella vive, abrazada a una esperanza, en el aposento más alto de una torre.

El proscrito descubre su única hermana en la mujer vigilante.

Conoce el principio de su separación y recupera, por sus avisos y con los medios aprendidos en la isla tormentosa, los bravos súbditos de sus progenitores.

PAISAJE DEL MAR DESIERTO

EL BAJEL atraviesa el mar inhospitalario, donde el cielo uniforme pinta visos de un color de acero. La luz vaga horizontalmente, oprimida por el aire turbio, originaria de un sol humoso; el bajel de negro volumen interrumpe la inmensidad.

La llovizna sosiega el mar oleoso, ocupando las horas iguales; y el horizonte oscuro limita el agua inerte, ciñe un abismo en que duerme la vida.

El balance del bajel descolma el silencio; y el aire fusco difunde cristales inquietos, mitigando el arrebol de un péndulo fanal.

El bajel está servido por marinos de calma adusta, que reposan de la maniobra atisbando sin esperanza; ellos afrontan el día nebuloso y la noche retinta, y prodigan la hazaña en la soledad, secuaces de un orgullo invicto.

EL AVENIMIENTO DE SAGITARIO

YO HABÍA escapado la saña de mis enemigos, retirándome dentro del país, al pie de las montañas, de donde bajan, en son de guerra, las tribus homicidas. Había dejado la ciudad nativa y su alegre enseñada al arbitrio de una facción vehemente.

Me había seguido la cautiva meditabunda, a quien rescaté de los piratas, seducido por su belleza grave. Sólo se animaba al recordar el suelo de su nacimiento, donde las selvas de ébano prosperan cerca del océano infecundo.

Mis huéspedes temían haber ofendido a su dios aborigen, arquero vengativo. Lo creían deseoso de continuar entre los hiperbóreos, moradores, en casas de madera, de un clima propicio, donde una luz vaga reposa los sentidos.

Autoritarios sacerdotes, negados al regalo, buscaban reconciliarlo por medio de una ceremonia decisiva. Me impusieron la separación de mi compañera y el sacrificio de su vida.

Partió de mí con adiós interminable, despertador de la compasión.

Un galope solitario y el aire trémulo de saetas invisibles anunciaban, al mediar la noche, el retorno del numen.

FANTASIA DE LA ESTACION ADVERSA

EL DESFILE de los días morosos, enlutados por el invierno, visitados por la pesadumbre. Los pájaros del cielo, emisarios de la tormenta, desbandados por la ventolera. La niebla suspendida, de pies alados, esquivos del contacto de la tierra.

El palacio de los escombros fulminados sobresale en la comarca ignota, orillas del mar de las aguas pesadas, y una selva le cubre las espaldas.

El cortejo de los jóvenes alegres, venidos de más allá del horizonte, profana cierto día las salas y aposentos de la ruina feudal. Motejan las armas de la panoplia antigua y su retozo descomunal despierta los ecos indignados.

Visitan la selva, donde cortan de raíz los árboles macizos, reproduciendo a cada paso el derrumbe estrepitoso de una torre, y componen esquife liviano, seguros de continuar, por nuevos caminos, su peregrinación bulliciosa.

Partieron entre canciones volanderas, señal de su humor desprevenido, a la exploración del mar enigmático, y perecieron náufragos en sus aguas pesadas, antes de comunicar el descubrimiento del palacio fatal.

EL PUPILO DE FABRICIO

ERA UN SENSIBLE. Amaba la vida indeterminada y en paz, sin fines tiránicos. ¿Por qué había nacido él, esbelto y condescendiente, en aquella familia maciza y bronca?

Las gentes lo comparaban con el tío, hermano de su difunto padre, y lo tenían por segundo ejemplar de aquel hombre, devoto de la teoría y del ensueño, que murió temprano en medio de sus amigos desconsolados.

El hermano mayor, limitado a las satisfacciones corporales, había contraído un matrimonio desigual, y vivía lejos, despreocupado de los suyos.

La familia, de alma insocial y austera, constaba de la madre y tres hermanas. Recordaban la cruel significación del proverbio español: tres hijas y una madre, cuatro diablos para un padre. Porque eran negadas a convenir en las angosturas de la pobreza, en las negativas de la suerte, sin embargo de esquivar la exhibición y el estruendo. Eran egoístas y duras.

Después de breve educación escolar, al desaparecer el jefe de la familia, se asentó de empleado en un almacén famoso, en cuyo aumento aplicó largos años la potencia de su alma nocturna y sin refugio. Mas no logró seducir, con tanto esfuerzo, la voluntad del amo, un profesor de energía, enamorado de la iniciativa anglosajona, censor de la indolencia criolla, encarrilado por máximas ruines, conversador de simpleza magistral, admirado de las señoras.

Pasaba la vida monótona; huía la juventud sin sonrisas.

Una ocasión, el héroe de este relato sustrajo de la caja una corta suma, esperando reponerla antes del próximo tanteo, con el socorro de un amigo; y se atrevió tanto por remediar un apremio de los suyos, por serenarles el regaño permanente. Pero una visita fiscal trajo por consecuencia el examen anticipado de los caudales, la confesión del sustrayente y su arresto bajo las inculpaciones del amo.

Más de una vez hubo de venir al tribunal, a pie, entre gendarmes que le formaban alas, y con el séquito de los curiosos.

Un abogado novel asumió espontáneamente la defensa, gustoso de la novedad y del escándalo. Tartajeó en un castellano adúltero los retazos de su erudición apelmazada y bárbara.

Llovían las citas de origen italiano, cotorreadas con la mediocridad ejemplar del buen estudiante.

Pero sobraban las razones del curial presuntuoso. El jurado, constante de hombres humanitarios, sintió, entendió y disculpó.

Salió libre al cabo de meses. La mortificación lo había embrutecido. La afrenta le impedía la reconstitución de la propia estima, y huyó lejos de la ciudad, lejos de los suyos, siempre interesados y descontentos.

Se acordó de Fabricio, un muchacho humilde, amigo de su niñez, antiguo sirviente de la casa, quien había fundado familia en una aldea del litoral vecino.

Resolvió esperar, bajo su protección corta y afectuosa, el relevamiento de su salud y de su nombre.

Allí lo conocí años después, idiota, persiguiendo a pedradas una banda de granujas. De vez en cuando sonaban apodos indecentes.

DIVA

LA DAMA venusta lee, entre sonrisas, las dos páginas de mi invención.

Desea dar con un pensamiento disimulado, escurrido entre las líneas.

Deja la estancia de recibo, llena de luz enfadosa.

Pasa a la sala con airoso continente, diciendo a media voz una canción remota. La sombra porfía con el destello de los espejos y de las baratijas de cristal.

Se esconde una vez más en el recinto sosegado y tibio. Repugna el floreo de los salones y la galantería sobajada.

Ennoblece la conversación y el debate con ideas inventadas en el retiro, o sugeridas por autor descollante, hijo de nación activa.

Mira desde un zócalo, guardando reposo escultural, la sucesión de los días.

La dama venusta, de alma fatigada, reposa a oscuras en la sala apacible. Sigue las figuras y especies de su imaginación volátil, y se abraza a la visión de su vida acabada, resorbida en la sombra caótica.

ENTREVISION DEL PEREGRINO

EL VENDAVAL riguroso, nacido en el secreto de un páramo, sacude los árboles encarados al crepúsculo violáceo. Los sones del viento, flébiles y largos, recorren la ciudad de las ruinas monumentales, donde el contado transeúnte desaparece con pasos de muda sombra. El sol esclarece las cúpulas de las mansiones de ecos profundos.

En los jardines impenetrables, murados de excelsas paredes, que despiertan la emoción opresiva de un secuestro en hundido calabozo, prosperan los árboles verdinegros y piramidales, rezagos de una flora pretérita. A cada paso algún recinto espacioso brinda su lóbrega soledad, bajo la guardia de quimeras ornamentales, reliquias de un arte excepcional, símbolo de una fe deserta.

La rotura de los monumentos revela profanaciones sucesivas a fuerza de armas, obra de invasores arribados en tumultuosa caballería, y la despoblación recuenta la visita de las epidemias errabundas, criadas en lejanas riberas inundadas, en el seno de los pantanos cálidos.

Aves engrifadas, de hábitos sanguinarios, cortejo de ejércitos, celebran el estrago, y describen en la atmósfera letal, antes de caer sobre la presa, vuellos arremolinados en forma de embudo. Columbran, tangente al horizonte, la última cinta de la luz execrada, y su conjunto movedizo, encima de los pórticos maltratados, desordena la noche estancada.

SANTORAL

EL MONJE vive en la caverna, originada de pretéritos asaltos del mar. El agua vehemente consiguió practicar un portillo en la roca.

La costa retorcida, alba de tantas olas, es la orla del manto de la noche cerrada.

La aspiración de las criaturas al infinito se torna angustiosa bajo el peso de la sombra. Adivinan y sienten el cerco de un cautiverio.

Seres informes se deslizan por el aire fluido. Son agentes del mar, anteriores al nacimiento de la tierra, más poderosos en el cambio de la estación.

El monje está rodeado por las tentaciones del miedo. Acude al oficio de la media noche, aprendido de una hermandad sigilosa.

El socorro del cielo fuga las potencias enemigas de la luz. Se manifiesta en el trueno hondo y espacioso, en el relámpago entrecortado.

La faz del monje conserva para siempre el estupor de la noche del prodigio.

A ORILLAS DEL MAR ETERNO

LOS VIENTOS recorren a galope el estadio del mar, sacan sones profundos de las naves, provocan sonoras palpitaciones en el velamen, y arrastran las olas a una vida más bulliciosa y efímera. Una montaña de cuesta dificultosa proyecta lejos su vaga sombra, dando al mar la oscuridad de un espejo envejecido.

Los vientos bullen bajo una zona del aire, adornada con distinta gaviota inmóvil, un pájaro de vida rutinaria y tediosa, avezado a las alturas de los mástiles, donde culmina el tremendo pulso del piélago. Observa la retirada lenta del sol, del cual recibe trémula aureola.

Las naves padecen sacudidas bruscas, semejando bestias amodorradas y en descanso penoso. Desentonan con espeso color negro en medio de la tarde avanzada. Su reposo pronostica navegaciones raudas, bajo el impulso de las velas sopladas.

El aire se llena con los sones bárbaros del agua, en los que se declara una fuerza profunda; ellos componen un cántico infinito, concertado herméticamente con otras armonías distantes. Su rumor canta la huella rutilante del sol descendente y reconstituye, en la gradual oscuridad nocturna, la voz del abismo primordial.

GEORGICA

LOS DOLIENTES, portando ramos de ciprés, hollaban el camino de los sepulcros. Cantaban a una sola voz trenos lentos, de ternura íntima, extinguidos en breve espacio. Aquellos gemidos, propagados en el oquedal, morían a la luz de un ocaso lívido. Todos vestían de lienzo blanco en la procesión ocupada de contentar los manes.

Una mujer avanzaba en medio del concurso, juntado para el aniversario de su hija, doncella muerta el pasado otoño; y lo presidía con la dignidad de un sentimiento venerable. El séquito constaba de paisanos, acudidos de los escondites de la campiña, sensibles a la memoria de la virgen finada, y dispuestos a sublimarla con los títulos de nueva deidad rural, tutelar de sus faenas.

Siguieron hasta posar en un rellano, donde algunas piedras, arrimadas a un árbol austero, defendían la fosa y componían la mesa de un altar. Dejaron el canto por el sacrificio de un animal negro, dedicado a los poderes tenebrosos, conforme un rito inmemorial; y dos mozos gentiles tributaron las primicias de su numen, porfiando a sobresalir en las endechas.

Recordaron la hermosura de la joven, los prodigios contemporáneos de su muerte y el acto de sepultarla bajo una lluvia opaca. Todos callaron a la primera anunciación de la luna, y de su esplendor escaso, dejaron encendida una antorcha simbólica, y se dividieron y se alejaron consolados por la noche apacible.

EL ROMANCE DEL BARDO

YO ESTABA PROSCRITO de la vida. Recataba dentro de mí un amor reverente, una devoción abnegada, pasiones macerantes, a la dama cortés, lejana de mi alcance.

La fatalidad había signado mi frente.

Yo escapaba a meditar lejos de la ciudad, en medio de ruinas severas, cerca de un mar monótono.

Allí mismo rondaban, animadas por el dolor, las sombras del pasado.

Nuestra nación había perecido resistiendo las correrías de una horda inculta.

La tradición había vinculado la victoria en la presencia de la mujer ilustre, superviviente de una raza invicta. Debía acompañarnos espontáneamente, sin conocer su propia importancia.

La vimos, la vez última, víspera del desastre, cerca de la playa, envuelta por la rueda turbulenta de las aves marinas.

Desde entonces, solamente el olvido puede enmendar el deshonor de la derrota.

La yerba crece en el campo de batalla, alimentada con la sangre de los héroes.

VESTIGIO

TU SUERTE infundía el pesar de una ilusión anulada, de una felicidad escapada y distante; tu distinción exótica daba relieve a la desventura interminable de una vida anómala. Yo escuchaba tus lamentaciones de criatura débil, amenazada y fugitiva.

Vestías de azul y blanco, los colores de la ola momentánea; y tus ojos, de mirada atónita y lejana, compendiaban un nostálgico panorama oceánico. Yo celebraba tu belleza alba y taciturna de pájaro boreal.

Adornabas la tarde; y yo recuerdo que entonces acrecentaba la melancolía del poniente e inundaba la ciudad patricia una procelosa irrupción de nieblas, indómitas mensajeras del mar.

La muerte benévola te llevó dormida a su limbo oscuro y vano; pero tu imagen alada, vencedora del olvido, humilla las malezas de mi jardín sellado con una sobrenatural blancura de mármol.

**EL CIELO
DE ESMALTE**

(1929)

VICTORIA

SU VESTE BLANCA y de galones de plata sugería la estola de los ángeles y las galas primitivas del lirio. Una corona simple, el ramo de un olivo milenario, ocultaba sus sienes. Los ojos diáfanos de esmeralda comunicaban el privilegio de la gracia.

Los rasgos sutiles del semblante convenían con los de una forma tácita, adivinada por mí mismo en el valle del asombro, a la luz de una luna pluvial. Uno y otro fantasma, el de la veste blanca y el de la voz tímida, se parecían en el abandono de la voluntad, en la calma devota.

Yo recataba mi niñez en un jardín soñoliento, violetas de la iglesia, jazmines de la Alhambra. Yo vivía rodeado de visiones y unas vírgenes serenas me restablecían del estupor de un mal infinito.

Mi fantasía volaba en una lontananza de la historia, arrestos del Cid y votos de San Bruno. Yo alcancé una vista épica, en un día supremo, al declinar mi frente sobre la tierra húmeda del rocío matinal, reguero de lágrimas del purgatorio. Yo vi el mismo fantasma, el de la voz tímida y el de la veste de azucena, armado de una cruz de cristal. Su nombre secreto era aclamado por los arcángeles infatigables, de atavío de púrpura.

PENITENCIAL

EL CABALLERO de túnica de grana, la misma de su efigie de mártir, aspira a divertirse del enfado jugando con un guante.

Oye en secreto los llamamientos de una voluntad omnímoda y presume el fin de su grandeza, el olvido en la cripta desnuda, salvo el tapiz de una araña abismada en el cómputo de la eternidad. Ha recibido una noche, de un monje ciego, una corona risible de paja.

El caballero se encamina a verse con el prior de una religión adusta y le propone la inquietud, el ansia del retiro. Los adversarios se regocijan esparciendo rumores falaces y lo devuelven a la polémica del mundo.

Las mujeres y los niños lamentan la muerte del caballero inimitable en la mañana de un día previsto, censuran el éxito de la cuadrilla pusilánime y besan la tierra para desviar los furoros de la venganza. El cielo negro, mortificado, oprime la ciudad y desprende a veces una lluvia cálida.

EL VALLE DEL EXTASIS

Yo vivía perplejo descubriendo las ideas y los hábitos del mago furtivo. Yo establecía su parentesco y semejanza con los músicos irlandeses, juntados en la corte por una invitación honorable de Carlomagno. Uno de esos ministriles había depositado entre las manos del emperador difunto, al celebrarse la inhumación, un evangelio artístico.

El mago furtivo no cesaba de honrar la memoria de su hija y sopesaba entre los dedos la corona de perlas de su frente. La doncella había nacido con el privilegio de visitar el mundo en una carrera alada. La muerte la cautivó en una red de aire, artificio de cazar aves, armado en alto. Su progenitor la había bautizado en el mar, siguiendo una regla cismática, y no alcanzó su propósito de comunicarle la invulnerabilidad de un paladín resplandeciente.

El mago preludiaba en su cornamusa, con el fin de celebrar el nombre de su hija, una balada guerrera en el sosiego nocturno y de esa misma suerte festejaba el arribo de la golondrina en el aguaviento de marzo.

La voz de los sueños le inspiró el capricho de embellecer los últimos días de su jornada terrestre con la presencia de una joya fabulosa, a imitación de los caballeros eucarísticos. Se despidió de mí advirtiéndome su esperanza de recoger al pie de un árbol invisible la copa de zafir de Teodolinda, una reina lombarda.

LOS HEREJES

LA DONCELLA se asoma a ver el campo, a interrogar una lontananza trémula. Su mente padece la visión de los jinetes del exterminio, descrita en las páginas del Apocalipsis y en un comentario de estampas negras.

La voz popular decanta la lluvia de sangre y el eclipse y advierte la similitud con las maravillas de antaño, contemporáneas del rey Lear.

Un capitán, desabrido e insolente con su rey, fija la tienda de campaña, de seda carmesí, en medio de las ruinas. Los soldados, los diablos de la guerra, dejan ver el tizne del incendio o del infierno en la tez árida y su roja pelambre. Un arbitrista, usurpador del traje de Arlequín, los persuade a la licencia y los abastece de monedas de similor y de papel.

La doncella aleja la muchedumbre de los enemigos, prodigando las noches de oración. Se retiran delante de una maleza indeleble, después de fatigarse vanamente en la apertura de un camino. El golpe de sus hierros no encontraba asiento y se perdía en el vacío.

EL VERSO

EL NENÚFAR blanco surgía de la piscina, entre los ánades soberbios de lucir en sus plumas el rubor de las llamas. El ciprés confundía en el polvo las hojas tenues, en el cruce de las avenidas. Sufría, vestido de luto, el riego de una llovizna de cristal.

Un doméstico, abastecido de un tridente de hierro y de una linterna en la cintura, recorría dando voces el jardín aciago. Los pavones ruantes animaban las horas indolentes de la cerrazón.

La princesa de China, de talle esbelto, apareció de puntillas a lamentar la corola decadente de las flores criadas bajo una campana de vidrio y se abandonó a sus lágrimas humildes e infantiles.

Ese mismo día fue solicitada en casamiento y dividió conmigo su amargura. Quiso llevarse a la tienda de campaña de un nómada, al yermo glacial, un juicio profundo, un verso de mi fantasía, aplicado a la dureza de la suerte y yo lo dibujé en su abanico de marfil, recordando los signos de una caligrafía noble.

EL DUENDE

EL CARDENAL me circunvenía y agasajaba desde cuando sorprendí sus trampas en el juego. Yo había militado en garitos innumerables.

La ambición terrestre lo había desviado de contraer los votos del sacerdocio. Los murmuradores le imputaban el proyecto de ganar cabida y mando en una familia arrogante, por medio de un casamiento secreto.

Se acercaba constantemente al objeto de sus afanes. Una mujer del linaje soberbio se desvelaba al lado de su consorte, reducido a los huesos por un mal progresivo, y esperaba a cada paso la viudez.

El Sumo Pontífice, animado de una sana intención, me despidió de entre sus familiares, revueltos contra mí por el cardenal, y me confió un recado para la diócesis de Rávena. Yo estaba prendado de la belleza antigua y su ritmo preciso y censuré, en la ciudad de mi destierro, el arte pródigo de los bizantinos y el desvarío de Dante, un poeta absurdo, sepultado allí mismo.

He rastreado los motivos del cardenal en contra de mi persona y dignidad. Acaso me creyó en la pista de sus relaciones culpables con una ralea sindicada. Un niño díscolo, el más consentido de sus servidores, me derribó en su palacio, enredándome con un hilo invisible, y yo lo azoté a mi satisfacción. El cardenal lo había tomado de los brazos de una mujer aviesa, reliquia de una tribu de idólatras.

LUCIA

YO ABRÍA las ventanas de la cámara desnuda y fiaba el nombre de la ausente a los errores de una ráfaga insalubre. Mi voz combatía una lápida, imitaba el asalto del ave del océano sobre el fanal.

Yo adivinaba los acentos claros del alba, salía de mi retiro y pisaba con reverencia y temor la escalinata roída por la intemperie. Yo divertía la pesadumbre con la vista de un horizonte diáfano. El fresno y el pino menudeaban lejos y a la ventura en el país de lagos y raudales.

Yo me censuraba fielmente. Quería atinar un desliz de ineptitud o de apatía en el proceso de sus dolores inhumanos y no recordaba sino mi actividad y mi presencia continua en el aposento. Su muerte reprodujo el semblante de la agonía de Jesús.

Las brumas lentas nacían, al empezar la noche, de los pozos del agua pluvial, sosegaban los ruidos y se perdían en la vivienda alucinada.

Los velos del agua palúdica facilitaron el regreso de la virgen asidua. Se allanó a dejar en mis manos, señal de reconocimiento, la preseca de su candor. Me devolvió la corona de su frente.

EL CAPRICORNIO

FIJAMOS LA TIENDA de campaña en el suelo de arena, invadido por el agua de una lluvia apacible. Vivíamos sobre las armas con el fin de eludir la sorpresa de unos jinetes de raza imberbe.

Unas aves de pupila de fuego, metamorfosis de unos lobos empedernidos, alteraban la oscuridad secreta. Un lago trémulo recogía en su cuenca la vislumbre de un cielo versátil.

Sufríamos humildemente la penuria del clima. Derribamos un cabrío, el primero de una tropa montaraz, y nos limitamos a su vianda rebelde, coriácea. Los cuernos repetían la voluta precisa de los del capricornio en la faja del zodiaco.

Plutarco, prócer de un siglo decadente, cita los ensueños torpes, derivados de los manjares aviesos, y persiste en reprobar la cabeza del pólipo.

Los jinetes habían dirigido en nuestro seguimiento el rebaño funesto. Esperanzados en el desperdicio de nuestra pólvora, inventaron el ardid magistral de ponerlo a nuestro alcance. De donde vinieron la captura y el aprovechamiento de la res infame y la danza de unas formas lúbricas en el reposo de la cena.

Disparamos erróneamente los fusiles sobre el ludibrio de los sentidos. Unos gatos de orejas mótulas cabriolaban, a semejanza de los sátiros ebrios de un Rubens, en el seno de una llama venenosa.

LOS GAFOS

LA NOCHE disimulaba el litoral bajo, inundado. Unas aves lo recorrían a pie y lo animaban con sus gritos. Igualaban la sucedumbre de las arpías.

Yo me había perdido entre las cabañas diseminadas de modo irregular. Me seguía una escolta de perros siniestros, inhábiles para el ladrido. Una conseja los señalaba por descendientes de una raza de hienas.

Yo no quería llamar a la puerta de uno de los vecinos. Se habían enfermado de ingerir los frutos corrompidos del mar y de la tierra y mostraban una corteza indolora en vez de epidermis. La alteraban con dibujos penetrantes, de inspiración augural. El vestido semejava una funda y lo sujetaban por medio de vendas y de cintas, reproduciendo, sin darse cuenta, el aderezo de las momias.

Las líneas de una serranía se pronunciaban en la espesura del aire. Daban cabida, antes, a la aparición de una luna perspicaz. Un espasmo, el de la cabeza de un degollado, animaba los elementos de su fisonomía.

El satélite se había alejado de alumbrar el asiento de los pescadores, trasunto de un hospital. Yo me dirigí donde asomaba en otro tiempo y lo esperé sin resultado. Me detuve delante de un precipicio.

Los enfermos se juzgaron más infelices en el seno de la oscuridad y se abandonaron hasta morir.

ANTIFONA

YO VISITABA la selva acústica, asilo de la inocencia, y me divertía con la vislumbre fugitiva, con el desvarío de la luz.

Una doncella cándida, libre de los recuerdos de una vida mustia, sujetaba a su albedrío los pájaros turbulentos. El caracol servía de lazarillo al topo.

Yo frisaba apenas con la adolescencia y salía a mi voluntad de los límites del mundo real. La doncella clemente se presentó delante de mis pasos a referirme las venturas de una vida señorial, los gracejos y desvíos de las princesas en un reino ideal. Yo los he leído en un drama de Shakespeare.

La memoria de mis errores en la selva diáfana embelesó mi juventud ferviente. Larvas y quimeras de mi numen triste, una ronda aérea seducía mis ojos bajo el cielo de ámbar y una corona de espinas, la de Cordelia, mortificaba las sienes de la doncella fiel.

LA SALVA

UNA AMANTE pérfida me había sumergido en el deshonor. Su discurso ocupaba mi pensamiento con la imagen de una carrera absurda, en un bajel pros-crito. Yo desvariaba en la sala de una orgía cónica.

Los cazadores de ballenas, aventurados antes de Col n y Vasco de Gama en el derrotero de los países inéditos, no habían previsto en sus cartas el sitio del extravío. Las aves del mar sucumbieron de fatiga sobre los palos y mesetas de mi galera. Yo me detuve al pie de unos cantiles inhumanos, bajo un cielo gaseoso.

Recorría en la memoria los pasajes de la Divina Comedia, donde alguna estrella, señalada por la vista augural de Dante, sirve para encaminarlo entre el humo del infierno y sobre el monte del purgatorio.

Mi viaje se verificaba en un mismo tiempo con la orgía decadente. Quise interrumpir el hastío del litoral grave, disparando el ca n de proa. El estampido redujo a polvo la casa del esparcimiento infame.

LAS FUENTES DEL NILO

EL REY libraba sus mandamientos desde el pie de un sicomoro. Engrandecía la solemnidad de la persona con los espejuelos y el par de zapatos, recibidos de mí el día anterior. De ese modo le retorné la fineza de un diente de marfil.

Yo presencié el castigo administrado por dos ujieres del palacio, vivienda de cañas, sobre un pastor de las greyes del soberano. La resistencia de la víctima fatigaba las correas de hipopótamo.

Siguió la vez de los prisioneros inhibidos de pies y manos por una soga de cáñamo. Un verdugo de salvaje esfuerzo los arrojó de bruces al abismo. El más indócil se proclamaba descendiente de David, a pesar del tizne y del monte de cabellos. Servía de acólito y manejaba el sistro en una iglesia de Abisinia. Fue sacrificado antes de una reata de palurdos ingenuos, alentados por él mismo a querellarse de los servidores del rey, de sus vejámenes y robos.

Emprendimos una jornada continua en solicitud de unos comerciantes árabes, juntados en caravana a través del desierto. El tumulto de un rebaño de cabras, botín de los soldados, impedía la celeridad del movimiento. La greguería simulaba el regocijo de la vendimia, el bullicio de una fiesta de Ceres.

Los árabes previnieron el combate y se alejaron en sus cabalgaduras veloces, dejando a merced de los nuestros algunos camellos y borricos. La presa, odres de vino de palma y vasos de alfarero, dividió a los vencedores y los enredó en litigios y porfías.

El ejército arribó tropezando y cayendo, enajenado por la bebida espirituosa, a la gruta de un mago versátil y lo consultó, a voz en grito, sobre el éxito de una cacería. El impostor, ganado por los árabes, dedujo del pecho una voz profunda e hirió el suelo con la semejanza de un caduceo. Un ave de alas descompasadas salió de entre sus pies a oscurecer la rueda del sol y produjo el desconcierto y la fuga de la muchedumbre sencilla.

El autor del prodigio me separó cortésmente de la compañía frenética y me invitó a refugiarme en su casa. Desprendía de las orejas el disfraz de unas barbas de vellón.

EL CIRUJANO

LOS VALENTONES convinieron el duelo después de provocarse mutuamente. El juglar, compañero del médico de feria, motivó la altercación irritándolos con sus agudezas.

Acudió la multitud encrespada del barrio de la horca y las mujeres se dividieron en facciones, celebrando a voz en grito el denuedo de cada rival.

La cáfila bulliciosa recibía alegremente en su seno al verdugo y le dirigía apodos familiares. Los maleantes vivían y sucumbían sin rencor.

Yo estudiaba la anatomía bajo la autoridad de Vesalio y me encaminaba a aquel sitio a descolgar los cadáveres mostrencos. El maestro insistía en las lecciones de la experiencia y me alejaba de escribir disertaciones y argumentos en latín.

Uno de los adversarios, de origen desconocido, pereció en el duelo. El registro de ninguna parroquia daba cuenta de su nacimiento ni de su nombre.

Fue depositado en una celda de osario y yo la señalé para satisfacer más tarde mis propósitos de estudioso. Nadie podía solicitar las reliquias deplorables, con el fin de sepultarlas afectuosamente. Yo no salgo de la perplejidad al recordar el hallazgo de dos esqueletos en vez del cuerpo lacerado.

BAJO LA RAFAGA DE ARENA

UNA MUCHEDUMBRE de hormigas había practicado sus galerías en el suelo de nuestra tienda de campaña. Insinuaban en las venas una saliva cáustica. Nos defendíamos sufriendo un barniz general de aceite de palma.

La aridez consentía apenas el sicomoro y el áloe.

Visitábamos profundamente los desiertos de una raza infeliz para abastecernos de marfil y de cortezas perfumadas. Esperábamos aumentar en una sola vez los tesoros del comercio y los recursos de la medicina. Las preesas de la flora debían usarse en la mitigación de los dolores humanos.

Los naturales se habían dividido en facciones y se consumían en una guerra ilimitada. El vencedor acarrea los prisioneros, donde no podían desertar, y los vendía para la esclavitud. Una sola cuerda los juntaba por el cuello. El espanto dominaba en las aldeas reducidas a cenizas.

Unos ciegos habían sido desviados de la muerte o del cautiverio. Los recogimos para llevarlos a un lugar habitado y feraz, donde pudieran vivir de la compasión. Navegamos a la sirga, por un río seco, durante una semana.

Nos anunciamos por medio de cohetes al divisar el vecindario de casas de paja, en donde esperamos alojar los desvalidos. Las casas de paja, de un dibujo circular, se prolongaban en aposentos subterráneos.

Un ministro del rey vino a preguntarnos el objeto de nuestro viaje. Yo lo insté a mediar en obsequio de mi interés civilizador.

El rey me llamó a su presencia y me regaló un caudal de resinas, de bálsamos y de hojas. Aproveché la entrevista para despertar su misericordia, refiriéndole el caso de los ciegos.

Se holgó extremadamente de saberlo y decidió mostrarme al punto los méritos de su presente. Ensayó con los desgraciados el efecto de las hojas narcóticas y murieron en medio de un embeleso.

EL REBELDE

EL CINCELADOR italiano trabaja con el arcabuz al lado. Trata a los magnates de su siglo mano a mano y sin rebozo, arrogándose una majestad superior.

Sus pasiones no se coronan de flores, ajustándose a la imagen de Platón, muy celebrado en esos días, sino se exaltan y revuelven a la manera de la hueste épica de las amazonas.

Los cortesanos de un rey batallador lo saludan con un gesto de asombro y se dividen para formarle calle. Derrama en el suelo y a los pies del trono las dádivas de su arte seguro y de su numen independiente. Las joyas despiden en la oscuridad una luz convulsa y reproducen la vegetación caprichosa del mar y las quimeras del terror.

Se cree invulnerable y desahoga en aventuras y reyertas la índole soberbia. Aleja de tal modo las insinuaciones del amor y de los afectos humanos para seguir mereciendo el socorro de la salamandra y de la república volante de las sílfides.

EL PEREGRINO DE LA FE

Yo GUSTABA de perderme en la isla pobre, ajena del camino usual. Descansaba en los cementerios inundados de flores silvestres, en el ámbito de las iglesias de madera.

Mi pensamiento se desvanecía a la vista del cielo de ámbar y de una serranía azul.

Yo rompía al azar la flora voluble de los prados. El iris mágico de una columna de agua aturdí la serie de mis caballos imprudentes.

El sol fortuito invertía las horas de la vigilia y del sueño, presidiendo el fausto de una latitud excéntrica.

Los ríos verdes ocupaban un cauce de cenizas. Merecían el privilegio de llevar al océano el ataúd de una virgen desconsolada.

Yo recliné la cabeza en una piedra, compadeciendo la frente proscrita de Jesús, y dormí en una colina sobria, en donde crecía una maleza perfumada, cerca del blando tapiz del mar.

Yo disfruté, en el curso de la noche plácida, las visiones reservadas a Parsifal y recibí, antes del alba, el mandamiento de alejarme en silencio.

Un prócer de la corte celeste, favorecido con el semblante y la sabiduría de un San Jerónimo, me esperaba a breve distancia en el barco del pasaje y lo dirigió con la voz.

CEREAL

LOS LABRADORES se detuvieron a escuchar el ruido. Habían llegado de la profundidad del horizonte, por sendas vías, y coronaban una meseta. Se encontraban desconcertados.

Los perros miraban fijamente el suelo y lo despolvoraban con sus resoplidos.

El rumor crecía por momentos y semejaba el de una ciudad precipitada a su ruina.

Los labradores ahuyentan y matan un ave sanguinaria, ensañada con un toro fugitivo de la muerte, herido por la segur del sacrificio.

El sol arroja de sí mismo el velo de azafrán, efecto del verano, y preside la salvación de la víctima ensangrentada.

Los labradores observan el respeto de la vida y aborrecen las prácticas de sus vecinos. Conjeturan su pérdida en medio de un portento.

Los labradores emprenden el camino de su aldea y reservan al predilecto del sol una ribera fecunda.

LA INSPIRACION

YO ME ESFORZABA en subir el curso de un río. No soltaba de la mano los remos de un bajel fugaz, fabricado de una corteza. Yo la había desprendido de un árbol independiente, familiar de las alondras y pregonero de sus flores virginales en una selva augusta, reflejada en el espejo del éter.

Yo dibujé en la frente del bajel la imagen fácil del amor y redimí sus ojos del cautiverio de la venda. Había usado en penetrar la corteza fragante un estilo de hierro.

Vine a dar en una llanura libre, donde se encrespaba y corría, vencedora de un asalto de leones, la hueste de unos caballos ardientes.

Se adelantaba hasta la presencia del océano y se volvía al sentir el sonido frenético de la carrera me presentaba a cada instante un motivo nuevo y singular de admiración. Yo pensaba en unos retóricos de la gentilidad, divididos y hostiles al calificar méritos en los caballos de un friso, agilitados por el cincel de Fidias.

El sonido frenético de las trompetas repercutía en el cielo diáfano y anunciaba a la soberana del país quimérico. Vino a la cabeza de una escolta de monteros y de prohombres ancianos, pares de una orden cortés en los días de una briosa juventud. Había dejado un mundo inefable, a semejanza de Beatriz y con el mismo atavío de sus llamas, y esgrimía el acero de Clorinda. Me invitó al estribo de su carro e impuso en mi frente una señal de su autoridad, por donde me visitaron pensamientos y sentimientos de una grandeza ilimitada.

LA CABALA

EL CABALLERO, de rostro famélico y de barba salvaje, cruzaba el viejo puente suspendido por medio de cadenas.

Dejó caer un clavel, flor apasionada, en el agua malsana del arroyo.

Me sorprendí al verlo solo. Un jinete de visera fiel le precedía antes, tremolando un jirón en el vértice de su lanza.

Discutían a cada momento, sin embargo de la amistad segura. El señor se había sumergido en la ciencia de los rabinos desde su visita a la secular Toledo. Iluminaba su aposento con el candelabro de los siete brazos, sustraído de la sinagoga, y lo había recibido de su amante, una beldad judía sentada sobre un tapiz de Esmirna.

El criado resuelve salvar al caballero de la seducción permanente y lo persuade a recorrer un mar lejano, en donde suenan los nombres de los almirantes de Italia y las Cícladas, las islas refulgentes de Horacio, imitan el coro vocal de las oceanidas.

Cervantes me refirió el suceso del caballero devuelto a la salud. Se restableció al discernir en una muchedumbre de paseantes la única doncella morena de Venecia.

MARGINAL

UNA CRÓNICA inicia el episodio de un aventurero desengañado de sus correrías y lastimado por la pobreza. No había alcanzado ninguna presea en medio de los sobresaltos del campamento. Supo a caso la destitución de un rey y su cautiverio de casi tres decenios sin otra compañía sino la de su enano.

El aventurero interrumpe la crítica de las rapsodias homéricas en el original griego, único solaz de su decadencia, para abrazar en vano la empresa de soltarlo. El cautivo había sido un déspota soberbio y se le acusaba de haber lanzado su jauría al encuentro de un obispo solícito.

El aventurero volvía de una guerra con los infieles en las praderas del Danubio. Sentado sobre un tambor de piel de asno, ocuparía el desvelo de las noches de alarma en recoger de un bizantino prófugo las noticias del idioma vibrante. Debíó de recrear el carácter desabrido en las vicisitudes de la Iliada y de esa misma escena puede escogerse el símbolo del buitre, enemigo de los moribundos, con el objeto de significar el estrago de su voluntad empedernida.

LOS HIJOS DE LA TIERRA

LOS NÓMADES, reducidos a la indigencia, habían fijado su tienda de campaña en medio de un llano roído por el fuego. Los caballos, prácticos en el arte de acertar con la hierba debajo de la nieve, mordían y trituraban la paja renegrida. Habían sido soltados de unos carros innobles. Una polvareda fortuita venía del horizonte a malograr la faena de los herreros y de los albéitares, oficios reivindicados para satisfacer las preguntas de la policía.

Los naturales del país, fieles de un dogma tiránico, vigilaban la actitud de los peregrinos y los acusaban de impíos y de rapaces. Yo no me aventuraba en su campamento sino a caballo y provisto de un sable recurvo y después de calarme hasta las orejas un gorro cilíndrico, de pelambre de carnero.

Los nómades se decían ofendidos en su credo rudimental y solicitaban el auxilio de unas divinidades obrusas, fantasmas del caos desolado. Referían el origen de su raza a la invasión de un cometa, en el principio de los siglos.

Decidieron alejarse en las últimas oscilaciones del otoño. Volaban los cristales de la nieve precoz. Las ráfagas del polo disolvían el sudario de una virgen insepulta, en la noche estigia, en el límite del mundo.

Lastimaron, antes de su viaje, la fe de los indígenas con el sacrificio de un perro en la actitud del crucifijo. Consultaban de ese modo el éxito de sus pensamientos y requerían el arribo inmediato y el socorro de la noche. La invitaban a fustigar sin tregua la pareja de cuervos de su carro taciturno.

La hueste famélica se dirigió al encuentro de un sol precipitado.

AZUCENA

EL SOLITARIO divierte la mirada por el cielo en una tregua de su desesperanza. Agradece los efluvios de un planeta inspirándose en unas líneas de la Divina Comedia. Reconoce, desde la azotea, los presagios de una mañana lánguida.

El miedo ha derruido la grandeza y trabado las puertas y ventanas de su vivienda lucida. Un jinete de máscara inmóvil retorna fielmente de un viaje irreal, en medio de la oscuridad, sobre un caballo de mole espesa, y descansa en un vergel inviolable, asiento del hastío. Las flores de un azul siniestro y semejantes a los flabelos de una liturgia remota, ofuscan el aire, infiltran el delirio.

El solitario oye la fábrica de su ataúd en un secreto de la tierra, dominio del mal. La muerte asume el semblante de Beatriz en un sueño caótico de su trovador.

Una doncella aparece entre las nubes tenues, armada del venablo invicto, y cautiva la vista del solitario. Llega en el nacimiento del día de las albricias, después del viernes agónico, anunciada por un alce blanco, alumno de la primavera celeste.

EL CIEGO INFALIBLE

EL DONCEL indiferente pregona desde una balsa los cereales de la campiña. Sorteja la angostura y el vértice del río sedentario. Un sombrero de paja de arroz defiende su persona lisa, escultural.

Un anciano de ojos vacíos ejecuta una música desolada en su caramillo de bambú. Vive de limosna a la puerta de mi tienda de abalorios de laca y de porcelana. Refiere alguna vez su cautiverio en el escondite de unos salteadores encarnizados con su vista, recelosos de su práctica del terreno.

Ejercito el menester igual de comerciante en una ciudad mustia. No alcanzo ningún esparcimiento sino la muerte de un mendigo en la vía pública y la cremación de su cadáver en medio de una algazara de pilletes o bien el suplicio de un parricida estrujado y desarticulado sagazmente por el verdugo.

El doncel me debe su crianza. Yo lo salvé de sucumbir en medio de unas ruinas, durante una guerra con los piratas de Europa. Las armas del invasor devastaron el puente de mármol de una metrópoli e imprimieron el tinte del carbón y del hollín sobre las efigies de unos leones decorativos. Yo descubrí al infante en una cesta de mimbre, abandonado de sus servidores en un vergel de camelias y de hortensias. El humo de la batalla ofendía la glicina rozagante, de guirnalda aérea, de flor azul.

El anciano de los ojos vacíos alienta mi esperanza en los efectos del bien y me promete una gracia de la fortuna. Ignora mi diligencia en defender a un niño privilegiado.

He seguido la conducta de un pescador en un episodio honesto e imagino la visita de una princesa de semblante de marfil, atribulada con el extravío de un hijo. Sus dones deben de rescatarme de la penuria.

EL BEJIN

Yo vivía a la sombra de una iglesia en la ciudad devota. El aire de un cielo desvanecido soliviantaba el polvo y lo difundía en el ámbito severo.

Yo me encenagaba en los placeres de una vida libre y perdía el sentido sorbiendo a solas un licor depravado.

Yo pertenecía a una fraternidad de pillos y me criaba y me servía de su nombre. No conseguí desempeñarme con lucimiento y refería gatadas, robos pusilánimes.

El más fiel de mis compañeros me dirigió en el asalto de un palacio. La aventura se convirtió en mi arrepentimiento y en la pérdida de su vida. Fue precipitado desde un ventanal.

Yo recogí en mi desván, esa misma noche, un niño lacerado. Me llamaba soplando hipos y zollipos de lástima y desconsuelo. Yo maldije sus ojos redondos y su nariz de cigüeña. Su cabeza era un monte de pelo contumaz.

Me esforcé en facilitar su vida y en prosperar su infancia y lo rodeaba con la solicitud de un filántropo. Me enfadó con su voracidad y su carácter espinoso y lo despedí llenándolo de golpes.

El atropello de mi impaciencia trajo, según mis conjeturas, un desenlace rápido. Yo porfío en sustentar la identidad del amigo frecuente con el niño perverso.

Mi captura por los ministriles de la justicia sobrevino el día siguiente de mi rabia. Fui instado a la confesión por medio del azote y de la rueda. El cirujano me retiró de la cámara del suplicio cuando el síncope amenazaba la muerte.

El juez se deslizó a compadecerme y festejó el auxilio de una persona en el descubrimiento de mi celda. Reprodujo el ademán y los hábitos de mi consejero de antes.

EL VERTIGO DE LA DECADENCIA

ASISTO EN EL COLISEO romano al sacrificio de los mártires sublimes. Se han juntado en el centro del estadio y sugieren el caso de una cohorte diezmada, sensible al mandamiento del honor.

Las fieras soltadas de su cárcel rodean la turba lastimosa, agilitándose para el asalto. Las espaldas flexibles ondulan voluptuosamente y las zarpas agudas, hincadas en el suelo, avientan mangas de polvo.

La muchedumbre de los espectadores, animada de una crueldad gozosa, rompe en un clamor salvaje. Reproduce el estruendo de la ovación.

El soberano del orbe domesticado nota los accidentes y pormenores de la fiesta, mirándola a través de una esmeralda, la piedra mejor calificada para el atavío de las divinidades.

Las fieras se fatigan dilacerando el grupo inerme y respetan los residuos inanimados y una virgen de gesto profético.

Una voz la condena al suplicio del fuego y provoca el asentimiento unánime. La muchedumbre asume una responsabilidad indivisible y se pierde en el delirio de su maldad, hiriendo a la inocencia.

La hoguera despide una lumbre fatídica y les dibuja, a los más inquietos, un rostro de cadáver.

ISABEL

HABÍA RECIBIDO del cielo el presente de una belleza infausta. Sus ojos benignos se abrieron, llenos de espanto, a la maravilla del mundo y una estrella de lumbré matinal, embeleso de los arcángeles aguerridos, se extinguió a esa misma hora en el infinito. Yo velaba al margen de su cuna y concebía pensamientos felices para allanarle el porvenir.

Yo la admití y la guardé en mis brazos con el fin de salvar su infancia de los ejemplos de la tierra y dirigí desde entonces su voz ferviente a cantar la agonía del viacrucis y la resistencia de los mártires.

Yo me retiraba sobre el vértice de una colina a vigilar y defender su esparcimiento en un valle recóndito. El lirio galano de la parábola alternaba con el rosal nacido y florecido en una misma noche sobre la tumba de Isolda.

Yo la seguí a una entrevista en la hora del alba, cerca de un río transparente. Se enajenaba al fijarse en el discurso de un anciano, doctor o caballero en el reino celeste, y se perdía en la admiración del signo de la cruz, pintado súbitamente en el aire. El himno de unas vírgenes la invitaba con instancia desde un bajel rutilante.

Dijo mi nombre entre loores y promesas antes de transfigurarse y perderse en el espacio y consiguió de tal modo incorporarme del suelo, en donde me había derribado el sentimiento de su ausencia.

EDAD DE PLATA

Yo vivía retirado en el campo desde el fenecimiento de mi juventud. Lucrecio me había aficionado al trato de la naturaleza imparcial. Yo había concebido la resolución de salir voluntariamente de la vida al notar los síntomas del tedio, al sentir las trabas y cadenas de la vejez. Yo habría perecido cerca de la fuente del río oscuro y un sollozo habría animado los sauces invariables. Mi cisne enlutado, símbolo y memoria de un eclipse, habría vuelto a su mundo salvaje.

Había dejado de visitar la ciudad vecina en donde nací. Me lastimaba la imagen continua de su decadencia y me consolaba el recuerdo de haber combatido por su soberanía.

Mis nacionales ejercitaban sentimientos afectuosos en medio de la infelicidad y me llamaron del retiro a participar en un duelo general. Rodeaban la familia de una doncella muerta en la mañana de sus bodas.

Yo asistí a las exequias y dibujé el movimiento circular de una danza en la superficie del ataúd incorruptible. Meleagro, el mismo de la Antología, escribió a mi ruego, un solo verso en donde intentaba reconciliar al Destino.

ENTRE LOS ESLAVOS

LA IGLESIA inmemorial cabía en la sombra de un roble. Yo admiraba el altar de plata dorada, primor bizantino. Registré el coro y los muebles de encina esculpida.

Allí se efectuaron unas exequias inolvidables. El cortejo de unos hombres enlutados se anticipaba al féretro de un joven. Portaban sendas linternas.

El consejo de los ancianos se había reunido para decidir el restablecimiento de una ceremonia antigua, en señal de tribulación.

La virgen más bella del lugar montaba el caballo del difunto y presidía el duelo. Se habían apasionado desde la niñez.

La fiesta debía terminar fuera de poblado, en el cementerio, y yo la observé desde lejos. La virgen se abandonó al trote de su cabalgadura y yo la vi desaparecer en un camino ideal, de vaguedad celeste.

EL SUPERVIVIENTE

EL RÍO funeral principia en una ciénaga del infierno, donde gimen las sombras errátiles. Describe circuitos lánguidos antes de salir a la faz de la tierra. Su linfa discurre por una vía de sauces tenues y los inunda. Ovidio no transita, durante su confinamiento, una ribera más infeliz.

Yo venía siguiendo los pasos de la sibila de castidad incólume. Escondía su rostro en el velo mágico donde Proserpina dibuja, siglos antes, las formas de los seres. Yo portaba en la diestra una flor mitológica y la ofrecía en secreto al signo presente del zodiaco.

La sibila se perdió en la gruta del río, subiendo el curso lóbrego. Se hurtaba a la vista de la humanidad nueva, sustraída, mil años, al dictamen del Olimpo resplandeciente.

La fuga de la sibila me inspiró el acierto de recorrer la obra de Virgilio para conciliar sus presagios volátiles y entenderlos a cabalidad. Yo vislumbro el semblante del vate romano en el pórtico del mundo caliginoso.

El asalto de una raza boreal anuncia el milenio del eclipse. Yo me insinúo en la muchedumbre de los vencedores y reprendo el desmán y la jovialidad incivil. Mi intrepidez en el umbral de la muerte y la asistencia de Virgilio me confieren el privilegio de una vida inmune.

EL DERROTERO DE CAMOENS

NOS PROPONÍAMOS visitar a un reyezuelo timorato. Pendía del asentimiento de la Gran Bretaña.

Mandó, para facilitarnos el viaje, una escolta de sus ministros, vestidos de seda amarilla. Montaban un barco fluvial, canoa de guerra, semejante a una mariposa desplegada. ¡Tan original era el aderezo de sus velas!

Teníamos siempre a la vista alguna pagoda de forma de campana situada en una tregua del bosque. La naturaleza tropical soltaba el coro de sus voces innumerables y lo gobernaba el grito de un mono colgado por una sola mano. Los ministros del reyezuelo aumentaban la batahola sonando una música de carraca y tambor.

Superamos los rodeos del majestuoso caudal de agua y llegamos al palacio de nuestro personaje, edificio de estilo quimérico, en medio de una salva de cañones desusados. Los espantajos del sueño y las fieras del desierto constituían los motivos ornamentales de la arquitectura. El rey incorporaba a su propio nombre, una serie de calificativos y atributos sanguinarios, holganza de su vanidad ingenua.

Nos recibió cortésmente y se dio por satisfecho con nuestro saludo prostrado. Nos recitó, en la primera entrevista, los preceptos relativos a la cólera y al orgullo, para darnos una idea de las doctrinas de su raza.

Nos invitó, la noche siguiente, al pasatiempo de un drama. La decoración poseía un olvidado sentido litúrgico y los parlamentos, iguales y prolijos, componían la historia de una venganza. El conflicto se desenlazaba por medio de un acaso inverosímil y la ilusión dramática cedía el puesto a un desmán efectivo. Una mujer del serrallo, malquista del rey, desempeñaba el papel más odioso y fue enterrada viva.

EL PARAMO

LOS HUÉRFANOS se han formado en las praderas libres. Ejecutan solamente las veleidades de su albedrío.

Han descubierto los secretos de la medicina rústica, mirando las costumbres de los animales. Discurren sobre los ejemplares de la selva, desde el cedro hasta el hisopo, a semejanza de Salomón, el monarca feliz. Un oso les ha cedido su caverna, usando la condescendencia de un abuelo. Un pájaro estridente les enseña el pronóstico de la lluvia.

Cantan en el retiro de la noche y el sapo verdinegro danza en dos pies delante de una luna mortal.

Disípan las visiones de la sombra y del miedo agitando en el aire un ramo de verbena céltica.

Se abstienen de encender lumbre en los días sujetos a una constelación inicua. Una figura sangrienta, vestida con la sotana de los supliciados, divide las fauces de la tierra y se declara su progenitor.

Los huérfanos la ahuyentan dirigiéndole motes indignos, reservados para el topo y demás criaturas de vivienda sórdida.

EL NOMBRE

UN NAVEGANTE del rey Salomón celebraba sus aventuras en un mar diáfano y lucía las perlas y los corales del abismo. No alejaba de sus hombros un pájaro de voz humana.

Unos leones amenazaron la nave desde un litoral ardiente. Los marinos acertaron a distinguirlos en medio del resol y los hirieron con saetas encarnizadas.

Un viejo de fisonomía aguda gobernaba de noche el viaje después de humillarse en presencia de una luna bermeja, reducida a un esquife. Perteneía a una raza de costumbres livianas, avezada a prosperar con la guerra, adquiriendo cautivos para venderlos de nuevo.

Los marineros se amedrentaron al escuchar su discurso infame y lo presentaron maniatado a la boca de las fieras, donde rugían más gravemente.

El viejo dirigía la nave a los jardines de loto del olvido.

El ave de voz humana sobrevino poco después a garantizar la fortuna de la navegación. Un pasajero intentó abatirla con su arco de marfil. Pero lo disuadió el grito unánime de los demás.

El ave se colgó del hombro del navegante hebreo, autor del cuento. Enunciaba a cada instante el nombre de su dueña y retenía en sus alas el perfume de un camarín. Felicidad es el apelativo constante de las princesas en los reinos fantásticos.

LA VIDA MORTECINA

UNA MIRADA involuntaria había despertado la pasión. El afecto volvía de su letargo a semejanza de un ser fantástico, de vida perdurable y sujeta a un ritmo de actividad y de inercia.

Mi casa se alzaba en el extremo de un vial despojado. Yo vivía lejos de las diversiones, abismado en pensamientos laboriosos. Atendía especialmente a la salud del alma y recorría una estampa lúgubre, en donde el ángel de una amenaza profética domina la soledad de los mundos abolidos.

Un recuerdo interrumpía y malograba la meditación desabrada. Nos habíamos salvado osadamente de la calamidad sobrevenida en una fiesta de carnaval. Yo tomé en brazos a la mujer alucinante y la saqué a la ribera del río viejo, lleno de limo, en donde ardía la nave del bullicio.

Me advertía ahora, por medio de una confidente, su proyecto de visitarme. Yo me disponía a recibirla, en el secreto de la noche, vistiéndome conforme el fausto del siglo. Había retirado del armario la espada, el jubón azul y el birrete encarnado de pluma negra.

Yo la esperé sentado en el balcón y a la intemperie, hasta el momento de rayar el día. El aire húmedo y la oscuridad aumentaron mi desazón. Yo distinguí el perfil de la mujer, desvanecido entre los cendales del alba, sobre la raya del horizonte.

La confidente vino poco después a preguntarme el derrotero y la suerte de su dueña. Yo no descubría la manera de responderle y de calmar su impaciencia.

La vigilia infructuosa me había desalentado y me volvió al arrepentimiento y al celo tiránico. Deseché las ropas galanas y escogí el traje de luto y el rosario para expiar la veleidad de la entrevista.

EL NIÑO

LOS EGIPCIOS aprendieron de las avispas el arte de fabricar el papiro. Un niño refractario a la disciplina debió de sorprenderlas en su trabajo febril. Resistió los dardos emponzoñados y contó a sus padres, durante la convalecencia, el denuedo y el ingenio de los insectos.

Los antiguos alaban el entendimiento de las mujeres egipcias y su consejo en la administración de la república familiar. La madre del niño discurrió la manera de imitar el aderezo de las avispas y acertó con un nuevo medio de facilitar la comunicación entre los presentes y los venideros. El papel se usa desde entonces en vez de la piedra.

El labrador egipcio no ganaba la propiedad de su campo y era despedido sin remedio. El invento del rapaz debió de mejorar la existencia de sus progenitores y los salvó, seguramente, de sucumbir en el trajín de la obra pública, sufriendo la dieta de las tres cebollas crudas y el azote del sobrestante.

LOS ACUSADORES

YO DEFENDÍ a la hija menor del rey cuando se vio estrujada por sus hermanas infieles emprendí desde ese momento el camino del destierro.

Atravesé el mar en una noche y me encontré delante de una costa derruida. Reconocí el domicilio de un eremita servido por una muchedumbre de aves marinas, de porte espeso y voz gutural.

El puso en mis manos una gaita. Yo debía sonarla al caer la tarde y sus melodías bastaron para crear la imagen del suelo nativo y salvarme de olvidarlo. Yo cultivé de tal modo el sentimiento de la ausencia y alcancé fama de artista elocuente y retribuía la hospitalidad con los sonos de una música sensible.

Yo sonaba la gaita en medio de la incertidumbre de un crepúsculo vano, irisado por la lluvia. La luna surgía poco después, ceñida de una aureola tenue, y recordaba a la virgen resentida y su corona de verbena céltica.

Las hermanas la ocuparon en ministerios indignos y de apremio, atentas a marchitarla. Adoleció y murió al reparar en su belleza mustia y galopines y fregonas compusieron el cortejo de su entierro.

Yo quise difundir el malcaso a los cuatro vientos y lo referí a los actores de una farándula, aprovechando una estancia de su carreta.

LA JUVENTUD DEL RAPSODA

Yo vivía feliz en medio de una gente rústica. Sus orígenes se perdían en una antigüedad informe.

Deliraban de júbilo en el instante del plenilunio. Los antepasados habían insistido en el horror del mundo inicial, antes de nacer el satélite.

Una joven presidía los niños ocupados en la tarea de la vendimia. Se había desprendido del séquito de la aurora, en un caballo de blonda crin. Los sujetaba por medio de un cuento inverosímil y difería adrede su desenlace.

Escogía el jacinto para adornar sus cabellos negros, de un reflejo azul. Yo adoraba también la flor enferma de un beso de Eurídice en un momento de su desesperanza.

Me esforcé en conjeturar y descubrir su nombre y procedencia al darme cuenta de su afición a la flor desvaída. La joven disfrutaba el privilegio de volver de entre los muertos, con el fin de asistir a las honras litúrgicas del vino. Desapareció en el acto de evadir mis preguntas insinuantes.

EL CASUISTA

EL REY desvariado preside la corte y juzga las controversias al pie de un álamo de plata, en el territorio de lontananza fúnebre.

Un ave locuaz, presente de un rústico, imita la voz humana e imprime un sesgo al pensamiento fortuito del rey.

El médico judío, alumno de una escuela de Italia e inspirado en sus versos leoninos, desea restablecer la salud. Cumple de ese modo con los méritos de Carlomagno, autor de la cultura, ascendiente de las casas reales. Aprecia los efectos del eléboro de los antiguos, hallazgo de un simple, y maravilla sus flores originarias del manto del invierno patriarcal o de su barba fluida.

El rey siente, después del ocaso, el vuelo rumoroso de las almas en solicitud del infinito y se imagina en una selva alegórica, donde una beldad imposible se distingue en el paisaje tenue.

Un hada, según los trovadores, viene furtiva de Bretaña, el país de las siete florestas, a ocupar la mente inválida. Un obispo reconoce en la forma espiritual un trasunto de la Virgen María y se abstiene de corregir el dispendio del rey en hábitos flamantes, costumbre de enamorado. San Eloy, afecto de la piedad caballeresca, se vestía de las estofas más ricas del Asia, durante su vida en el castillo del rey Dagoberto.

EL TOTEM

YO HABÍA perdido un año en ceremonias con el rey del país oculto. Los áulicos sagaces anulaban mi solicitud y sufrían los desahogos de mi protesta con una sonrisa neutral.

Yo procuraba intimidarlos con el nombre de mi soberano y describía enfáticamente los recursos infinitos de su armada. Se creían salvos en el recinto de sus montes.

Yo entretenía el sinsabor criticando el estatuto de la familia. Me holgaba con el trato de las mujeres infantiles y de los niños alegres y descubría los efectos de una crianza atendida a la captura del presente rápido. Un pasaje en verso, el primer asunto fiado a la memoria, escrito en una cinta de seda, insistía de modo pintoresco en la realidad sucesiva.

Nunca he visto igual solicitud por las criaturas simples de la naturaleza. Los niños demostraban un alma indulgente en su familiaridad con las cigarras y con las mariposas recogidas, durante la noche, en una jaula de mimbre y se divertían con las piruetas y remolinos de unos peces de sustancia efímera, circulantes en un acuario de obsidiana.

Un cortesano, especie de senescal, me visitó una vez con el mensaje de haber sido allanados los inconvenientes de mi embajada. Yo debía presenciar, antes de mi retorno y en señal de amistad, una fiesta dirigida a conciliarme los genios defensores del territorio. El cortesano se alejó después de asentarme en el hombro su abanico autoritario.

La fiesta se limitaba a recitar delante de un gamo unicornes, símbolo de la felicidad, pintado en un lienzo escarlata, unos himnos de significación abolida. Unos sacerdotes calvos no cesaban de imprimir un sonido igual en sus tambores de azófar.

Uno de los oficiantes renunció el vestido faldulario y el instrumento desapacible con el propósito de facilitar mi salida. Gobernó un día entero mi balsa rústica, palanca en mano, según el curso de un río tumultuoso.

El gamo unicorne, signo del feliz agüero, se dejó ver sobre la cima de un volcán extinguido.

LOS SENTIDOS ILUMINADOS

LOS MINISTRILES de alma sencilla proferían el himno de la augusta alabanza y lo encomendaban a la brisa de travesura infantil.

El creciente, escabel de María, bogaba en el cielo de nitidez heráldica.

El cántico sosegaba los suspiros íntimos de un cortejo de mujeres invisibles, mártires de un amor ilustre. Yo sorprendía el desliz de sus pies en el musgo de esmeralda.

La voz inocente de los donceles creaba en un instante, sobre la tierra oscura, el embeleso paradisial. Yo distinguía el concierto de unos pájaros ignotos, músicos de una floresta divina, atentos a interrumpirse delante del aria del ruiseñor, amigo de Julieta.

TROVA

EL ENANO belitre envidiaba la fortuna de Amadís y lo equivocó adrede con el caballero salteado e inmolado al pie del árbol de la encrucijada. Corría por los caminos soñolientos, de espaldas y sobre el cabrío soez, el de los baladros, y difundía lejos el horror. Un volatín había dibujado en un naipe la cabalgadura.

El enano baldío se encaminaba de tal modo al paso de un monte, sitio distinguido por la muerte de una doncella, y solicitaba de una criatura falsa el escarmiento de Amadís y de su ninfa. Una vieja disimulaba su boca de Gorgona, hebilla de un solo diente, y contrahacía el viso noble de Oriana. Su destreza no conseguía reproducir los ojos de vaguedad celeste, alzados en mudo pensamiento, afligidos por la ausencia del paladín.

Yo acudí a la presencia de Oriana y le dije el parabién, arrojándome a sus pies. Su enemiga no salía avante en imitarle el gesto y Amadís es hallaba lejos y no era uno mismo con el galán sacrificado al pie del árbol, en el cruce de las vías.

La bruja mentecata y el enano rabez desperdiciaron el ardid en separar los amantes castizos y se desavinieron con Satanás y le negaron la pleitesía vergonzosa. El maestro de los célibes y de los egoístas, censor y falsario de los afectos humanos, había prestado un socorro inerme. Redujo los cómplices al secreto, hiriéndoles y torciéndoles la cerviz, humillándolos con el trato infligido sobre las aves de corral.

EL POLITICO

LA CARROZA del caudillo sanguinario solivianta el polvo de la ruta de fuego. Su escolta ha recogido las tiendas de campaña sobre el lomo de unos perros inícuos.

El tizne del incendio releva la tez bisunta y los cabellos lacios de los guerreros enjutos, efialtos y vestiglos, delirio de un bonzo.

El mandarín, astuto y perezoso, gato sibarita, socava el auge de la horda montés. Su discurso indirecto, proferido a sovoz en una entrevista con los invasores, divierte el estrago a una lontananza quimérica. Su frívolo cincel refina la corola de marfil de una flor mecánica.

El tropel de sagitarios, amenaza frenética, se engolfa en el erial, se encara al cielo resplandeciente, de límites violáceos. Un numen alevé suelta la cuadríga de los torbellinos y sepulta la algazara de los jinetes bajo un tapiz monótono.

El mandarín, azar de su niñez, recibió de su maestro, un peregrino tunante, el apólogo de la calavera nihilista, en el sitio del vendaval. Un astrólogo señalaba ese día el equilibrio de los elementos.

LA NAVE DE LAS ALMAS

RECUERDO APENAS el lugar de mi ausencia. Una columna de fuego iluminaba el clima boreal. Yo me había perdido en un desierto de nieve.

La voz de mi congoja subía hasta las nubes de ámbar pálido.

Tu fantasma vino de la distancia, en la nave taciturna, dirigida por el vuelo de un albatros herido. Tu vida real se había deslizado, siglos antes, en una ciudad gentil. Shakespeare ha soñado los jardines quiméricos, en donde los señores y las damas de viso porfían a ganar el prez de la agudeza o decantan los méritos del amor con citas y argumentos de Platón. Cipreses y laureles demandan el cielo virginal.

Yo había concebido en torno de tu imagen una leyenda inhumana y señalado tu paso de este mundo en la oscuridad nocturna. Yo deposité furtivamente sobre tu féretro unas violetas, las flores de tu mismo nombre.

Tú me llevaste, en premio de mi fidelidad, al país desvaído de tu vivienda, a un horizonte de ensueño. Yo presencié el desfile sonámbulo de tus hermanas, las heroínas de la tragedia, y caí de bruces a la vista del dolor, bajo los aletazos de un pájaro vengativo, condenado a la suerte de Satán.

LA FRONTERA

LA INFANZONA habilita la gente del servicio, las criadas simples, en el uso de la ballesta y del arco. Distingue, esforzando el oído, los atabales de la morisma.

Los castellanos se han dividido en facciones y olvidan la saña con los infieles. Un prelado violento los acusa de amistar con el adversario, de sobrellevar sus maneras lúbricas, de preferir la sombra de la palma y el ambiente del jazmín al resol de la jornada pulverulenta.

Un leproso de semblante escarnecido no se limita a ofender el sosiego de las fuentes, sino allana la empresa del invasor, asumiendo el servicio de práctico. Se ha formado entre los judíos y herejes del Languedoc y difunde sus doctrinas culpables. La enfermedad lo precipita de la grandeza.

El prelado sabe del conflicto por un medio original. Se esfuerza en reprimir una desazón, un susto repentino, y acude al secreto del santuario, a la consulta reverenda. Un hilo de sangre divide el corporal, el lienzo eucarístico.

El prelado se encamina a la plaza, junta los feligreses en son de guerra y los induce a un entusiasmo victorioso.

La turba de los humildes acorre a suprimir el asedio y admira a la heroína sobre el adarve. Un anciano triste y de vestido rozagante proclama el avenimiento de la santidad con el valor en una misma persona. Ha visto en sueños, dirigido por una voz juvenil, la cota de armas de lumbre diamantina, arrojada a los pies de una cruz.

EL DONAIRE

LOS ENANOS forjaban tridentes para las divinidades marinas. Enseñaban a los naturales de la isla de las canteras el arte de pescar las esponjas. Inventaron los espejos de obsidiana.

Se ocupaban de educar el ruiseñor y el alción, los pájaros de la felicidad, y maldecían la escasa inteligencia de las aves de rapiña. Habitaban en viviendas de yeso y no se atrevían sino con las liebres. Fueron desterrados por una muchedumbre de hormigas cáusticas.

Aristófanés se complacía refiriendo, entre carcajadas homéricas, la sumersión de los enanos en una ciénaga después de su brava resistencia en un bosque de lirios y azafranes.

Los enanos habrían salido vencedores sin la animadversión de unas grullas de pico incisivo, autoras de lesiones incurables.

Los enanos corrieron a salvarse en la nave de los argonautas y confesaron el origen de su infortunio. Habían imitado de modo risueño el paso de Empous, una larva coja, de pies de asno.

EL LEGO DEL CONVENTO

AL RECORRER los caminos de Italia, yo tuve la fortuna de recibir los consejos del mismo Amor, disfrazado de peregrino. Ningún mortal, sino Dante, pudo contar ese privilegio.

Me anunció una vida solitaria y me felicitó por haber escuchado a la mujer de voz infantil, sin llegar hasta su presencia. La plegaria, un himno eucarístico, nació en la oscuridad del campo y volaba a perderse en el éter immaculado.

Yo me separé del mundo y dirigí mi contemplación al mismo objeto del cántico sagrado. Renuncié al aplauso terrenal y olvidé el devaneo del arte cuando mis maestros, los poetas contemporáneos, expresaban el cansancio de una generación diezmada por las guerras napoleónicas y Leopardi recogía en su obra el acento de la patria ofendida.

Conservé la admiración noble por la mujer del linaje de Beatriz y vine a servir en una sociedad franciscana, profesando en su beneficio la santa mendicidad. Yo imito al hermano insipiente, administrador del asno de la cuestación en la novela perfecta de Manzoni.

LOS ELEMENTOS

EL PESCADOR de la isla seca me refería los mitos de la gentilidad, conservados en la tradición humilde. Se parecía a la cigarra febril, imagen de la elocuencia en las fábulas de Homero, al decantarlos en una forma inaudita.

El pescador insistía en el caso de un joven sacrificado por Aquiles. Se había ausentado llorando para el reino de los difuntos y aspiraba a ver de nuevo el panorama del día. Las musas acudieron del monte a extinguir la hoguera de sus cenizas y provocaron el nacimiento de una fuente, espejo de la aurora, en el mismo suelo inflamado. Las aguas de la fuente satisficieron, años indefinidos, la sed de los caballos de las cuadrigas siderales.

El pescador pasó a describirme el retorno vengativo del fuego desde el abismo infernal y su efecto en las aguas de la fuente, convertidas en una humareda rápida.

Una brisa de origen celeste disolvía su barba incivil y unas aves antiguas, desde unas ruinas egregias, prestaban asentimiento a la conseja entusiasta.

LA REFORMA

EL CABALLERO extático ha salido por el arco de tres puertas, de estilo olvidado, de líneas y proporciones ilimitadas. Observa el cometa de la agonía y su reflejo en el mar de cristal.

Repugna el torneo y la conversación en el palacio de los nobles, morada de la alegría. Ha abrazado la vida penitente desde su estancia en Italia, para desagravio de los pasatiempos juveniles. Asistió, la víspera del regreso, a un festival académico, en donde abundaban los sobrenombres mitológicos. Un abate leía su discurso facticio, a la luz de las antorchas, en una sala adornada de bustos egregios y en presencia de los cardenales.

El caballero alemán posee nuevamente su alma seria y profunda. Descubre, en torno de sí y en el universo, los vestigios del mal originario y sin rescate, el estrago de la voluntad insinuante de Satanás y duda salvarse por sus propios méritos.

Sirve celosamente a María, la madre de Jesús, y dirige, de ese modo, sus actos al contento y a la satisfacción de una dama perfecta, ateniéndose al único principio, libre de censura, de la urbanidad de Italia, desenvuelto una y otra vez en el libro de Baltasar de Castiglione.

EL CAZADOR DE AVESTRUCES

EL NÓMADE se divorció de su mujer y la despidió de su tienda, regalándole un camello.

Escogí esa montura, en vez de un asno, para atravesar el desierto de las hogueras. Buscaba el mar de los arrecifes de coral, en donde se crían las tortugas inmortales.

Debía tratar con una gente silvestre, de cara infame. Se jactaba de haber nacido en las cavernas de la tierra, en donde cegaba los manantiales. Se congregó, siglos antes, en torno de una anfisbena, el vestiglo capaz de caminar en sentidos opuestos. Sus próceres no bajaban de unos carros livianos.

Fui recibido con extrañeza y consternación por aquellos infieles. Adivinaron mi llegada, recordando el aviso de generaciones difuntas. Los servidores del culto se precipitaban en todas direcciones, dando señales de miedo, o caían sobre su rostro.

Yo me atreví con el ídolo más reverenciado. Era hueco y sonoro y en su seno descubrí la piedra preciosa para la diadema de mi rey.

LA VALENTIA

EL CLÉRIGO lleva los mastines violentos, asidos con la trailla. Ha revisado las páginas de la epopeya con el fin de asignarles un apodo gentil. Dirige los perros a un prócer inclemente, versado en los rodeos de la caza, émulo del sol y obstinado en escogerlo para cifra de su vanidad y señal de su escudo.

El prócer demora en una aldea simple y su vida huraña y sus maneras solemnes motivan el nacimiento y la soltura de rumores solapados. Los satélites recelosos viven a la redonda y bajo el imperio de su voz inflexible.

El prócer alcanza nombre de político en un reino sedicioso, en un siglo de monjes y caballeros, desviándose del criterio feudal. Se precave del asalto de la fortuna engolfándose en los avisos del drama de la historia y descubre el solaz de los embates del mundo en las imágenes de un romance libre.

El clérigo maravilla los bríos del prócer, su voluntad encaminada al dominio de la tierra y su afecto a los revuelos de la fantasía. Deposita en sus manos una leyenda fatua, en donde él mismo, autor de inspiración antojadiza, allana los conflictos por el ministerio del azar.

El prócer demuestra una vez más el denuedo irrepreensible. Suspende la entrevista con el clérigo y se aparta a reprimir el baladro sanguinario de los canes, hiriéndolos en el rostro con la mano desnuda.

ENTRE LOS BEDUINOS

NOS RECOGÍAMOS en un cauce labrado por las aguas de la lluvia y respirábamos del sobresalto perenne. Los torbellinos de tierra cegaban el horizonte.

Las nubes regaban al azar y brevemente el país del ensueño. El sol mitigaba la arena cándida y el guijarro de bronco perfil esparciendo una gasa de amatista, dibujando una ilusión vespertina del Bósforo.

No osábamos elevar la voz en el silencio ritual. El pensamiento se anegaba en el éxtasis infinito. El polvo continuaba indemne bajo el pie elástico del camello. Los guías invocaban en secreto el nombre y la asistencia de Moisés.

Los monjes de un convento secular, adictos al dogma griego, comparecieron a facilitarnos la visita del área del resol. Habían labrado su casa guerrera y feudal en presencia de un bajo relieve esculpido en la faz de una piedra. Yo reconocí la efigie de Sesostris.

Siempre he guardado algún desvío a las reliquias del reino del Faraón y les he atribuido anuncios malignos. Un salteador de los arenales, señalado por un tatuaje supersticioso, me visitó con el fin de venderme un arco infalible, de fábrica milenaria y de una sola saeta recurrente. Yo pensé en el privilegio del martillo de Thor.

Yo disparé el arma falaz en seguimiento de unas aves grifas, encarnizadas con las liebres. Yo perdía de vista la fuga de la saeta en el seno del aire y el volátil amenazado se desvanecía en la calina del estío.

Un dolor me derribó súbitamente en el caudal de mi sangre.

EL CLAMOR

Yo vivía sumergido en la sombra de un jardín letal. Un ser afectuoso me había dejado en la soledad y yo honraba constantemente su memoria. Unos muros altos, de vejez secular, defendían el silencio. Los sauces lucían las flores de unas ramas ajenas, tejidas por mí mismo en su follaje estéril.

He salido de esa ciudad, asentada en un suelo pedregoso, durante el sueño narcótico de una noche y he olvidado el camino del regreso. ¿Habré visto su nombre leyendo el derrotero de los apóstoles? Yo estaba al arbitrio de mis mayores y no les pregunté, antes de su muerte, por el lugar de mi infancia.

La nostalgia se torna aguda de vez en cuando. La voz del sér afectuoso me visita a través del tiempo desvanecido y yo esfuerzo el pensamiento hasta caer en el delirio.

He entrevisto la ciudad en el curso de un soliloquio, hallándome enfermo y macilento. La voz amable me imploraba desde el recinto de un presidio y una muchedumbre me impedía el intento de un socorro. Los semblantes abominables se avenían con los símbolos de sus banderas.

Yo no acostumbraba salir de casa en la ciudad de mi infancia. Mis padres me detenían en la puerta de la calle con un gesto de terror.

EL MITO VERSIFORME

UNAS SOMBRAS ilusorias frecuentan el palacio de Helena y desaparecen furtivamente de su mirada crítica. Emiten unas voces casuales y provocan recuerdos infelices.

Helena se lamenta de haber atravesado indemne las llamas de Troya derruida y se promete sinsabores y reprensiones al asentarse de nuevo en su morada. Adivina en la fisonomía de las mujeres el vestigio del llanto, el pensamiento en la ausencia irreparable de la juventud nativa. Una águila negra circunscribe el vuelo sobre el aposento real y despierta en la memoria el presagio del sacrificio de Ifigenia.

Helena se confunde al juzgar las fábulas imaginadas en su desdoro por los griegos versátiles. Aparece escondida en el reino de los egipcios y tributaria de su culto singular o cautiva del espectro de Aquiles, a hurto del sol veraz, entre figuras aéreas.

Los griegos no alcanzan a esclarecer el portento de Helena. Su fantasma visita la mente de Eneas, el más noble de los adalides contemporáneos, y los secunda en la vía de la apoteosis.

EL FAVOR

YO SALÍ a correr monte, en la hora del alba, con unos jinetes proscritos. Nos detuvimos a leer el cartel donde se les amenazaba, fijo en un rollo de piedra, insignia del gobierno de la ciudad.

Yo retenía en mi poder el velo de una musulmana. Su dueña lo había despedido sobre mí desde su balcón, una noche serena de Tiflis. Sus deudos velaban a la redonda, con la mano en el puño de la espada y el caballo presto. El velo de seda transparente desprendía un viso mágico, ornamento y prestigio de mi persona.

El jefe de los jinetes no me perdía de vista y me señalaba al recelo de la cuadrilla en un lenguaje secreto, arte del garito y del presidio. La penuria del traje desentonaba con la nobleza de sus caballos y el lujo de sus armas de fuego. Preferían el antiguo fusil de pedernal.

No los acompañé sino breves instantes. Los soldados y los agentes de policía los habían alcanzado y sorprendido a hurto. La musulmana había denunciado el rumbo de la cuadrilla y el modo de salvarme. Los enemigos atendían al velo de seda y desviaban de mí sus disparos.

Los jinetes contumaces riñeron hasta morir. La vista de la mañana jovial los animaba a defenderse, a asirse de la vida. Los caballos, lejos del espacio de su llanura, prestaban un socorro fútil. Los heridos y los prisioneros fueron arrojados de cabeza a los precipicios de la montaña.

Se encarnizaban llamándome traidor.

DEL PAIS LIVIDO

No ME ATREVÍA a interrumpir con la voz el sosiego de los olivos uniformes. Yo veneraba su follaje de un color cetrino. Habían crecido, conforme una ley, en el circuito de unos sauces impasibles.

Los residuos de un acueducto romano aumentaban la majestad del valle sombrío. Una balanza adornaba la frente de un templo ultrajado por las generaciones infieles y significaba las amenazas irremisibles de la justicia en un mundo superior.

Yo me perdía adrede en las avenidas, invocando los difuntos de mi predilección. Un sol rojo, presagio del temporal, desaparecía en la niebla de la tarde húmeda.

El afecto y la presencia de una sombra asidua me habían desprendido de la tierra. Yo me retiraba a descansar cuando la luna, el astro de los muertos, ocupaba el medio del cielo.

Un fantasma idéntico, reliquia del mito de Psiquis, me visitaba en el curso del sueño. Yo despertaba con la memoria de haberme fatigado en una persecución inverosímil y descubría en mis dedos el tizne de una mariposa nocturna.

EL EXVOTO

EL REY progenitor del paladín, bebía agua de un pozo. Guardaba una simplicidad rural. Defería al parecer de su noble consorte, segura y satisfecha de una vejez lozana.

El rey había recibido agravios de un salvaje de extraña fealdad y esperaba de un hijo desaparecido el restablecimiento de la honra. Descubrió en un sueño, la noche de un domingo, la suerte del niño y su crianza bajo la encomienda de un caballero denominado Héctor, émulo del héroe troyano en las virtudes, y no pudo acertar con el domicilio, ni consultando a los sabios del reino.

El desaparecido retorna, sin el consejo de nadie, al sentir los bríos de la mocedad y encuentra el camino derecho de su casa. Ha empezado el viaje del regreso al ceñirse, por travesura y petulancia juvenil, un arma invencible, una espada secreta, sin el asentimiento ni la presencia de su maestro.

El caballo resplandeciente de un santo, autor del miedo pánico en la muchedumbre de los paganos, lo espera el principio de un bosque envuelto en una lumbre matinal; y la hija del maestro lo alcanza y lo sigue en otro de la misma casta, después de tejer en sus cabellos el iris y el nenúfar de un estanque diáfano.

El príncipe fue reconocido por sus progenitores y les sucedió y su compañera vino a ser reina. Agradeció la felicidad emprendiendo y ejecutando la fábrica de una iglesia y tejió en su ornamento la semblanza de la llama, de la rosa y del trébol; y su dama constante se disculpó de la presunción de usar corona, ofreciendo su guirnalda de flores acuáticas para el adorno de los capiteles.

LAS ALMAS

LA NAVE tenía el nombre de una flor y de un hada. Dividía rápidamente la superficie elástica del mar. El grumete anunciaba a voz en grito la isla de las aves procelarias. Sus rocas se dibujaban en el crepúsculo tenue, simulando las reliquias de una ciudad. Significaban la guerra de los elementos en un día inmemorial.

Una humareda se descomponía, a breve distancia del suelo, en una serie de orbes distintos. Un sér aleve se entretenía quemando leña verde en una atmósfera alterada artificiosamente. De donde venían las figuras inusitadas del humo.

En pisando tierra, descubrimos al autor del fuego. La naturaleza había intentado de modo involuntario y a ciegas el esbozo de una criatura humana. La malignidad del endemoniado se traspintaba en su fisonomía rudimental. Encerraba el viento en un odre.

Lo tratamos osadamente y sin respeto y lo dejamos inerme y contrito. El nombre de nuestra nave despertó de su letargo y redimió de su cautiverio una compañía de formas aéreas. Nos siguieron en el tornaviaje y su presencia no llenaba espacio.

Las condujimos al pie de un monte y penetraron en el seno de unos árboles, para esconderse. Una laguna las rodeaba y defendía con sus gases.

Quedaron bajo la encomienda de un ave libre de los menesteres y limitaciones de la vida.

LA CUESTACION

SALÍA DE MI CELDA, en anocheciendo, a juntar limosnas para el enterramiento de los suplicados y el consuelo de sus hijos. Las recibía copiosamente de los próceres de la ciudad, amigos de la diversión y del riesgo, atentos al mejor provecho de la hora presente, según la costumbre de los paganos y la advertencia de sus autores mendaces. La mañana eclipsaba a menudo las antorchas vigilantes de la orgía, cuando no declaraba las víctimas de la sensualidad o permitía reconstituir, en vista de una carroza volcada, la riña de los satélites.

El cielo habría llovido sus meteoros fulminantes sobre la ciudad incrédula, si no estuviera presente la doncella de mirada atónita y rostro exangüe, ejemplo de una fraternidad religiosa y de su ley estricta. Volaba sobre la tierra nefanda y su voz prevenía el ademán del homicida.

Pertenecía a un linaje de caballeros, los más entusiastas de una cruzada, lisonjeados con la promesa de una corona en ultramar. Satisfacía una penitencia atávica, motivada por una de sus abuelas, el hada Melusina, acusada de mudar la mitad del cuerpo, un día de la semana, en una cauda lúbrica de sirena.

La devoción de la doncella redime sus deudos de la visita de un fantasma. El hada Melusina, resentida con sus descendientes, frecuentaba las torres de sus palacios, amenazando calamidades.

EL HERBOLARIO

EL TOPO y el lince eran los ministros de mi sabiduría secreta. Me habían seguido al establecerme en un paisaje desnudo. Unos pájaros blancos lamentaban la suerte de Euforión, el de las alas de fuego, y la atribuían al ardimiento precoz, al deseo del peligro.

El topo y el lince me ayudaban en el descubrimiento del porvenir por medio de las llamas danzantes y de la efusión del vino, de púrpura sombría. Yo contaba el privilegio de rastrear los pasos del ángel invisible de la muerte.

Yo recorría la tierra, sufriendo la grito y pedrea de la multitud.

No conseguí el afecto de mis vecinos alumbrándoles aguas subterráneas en un desierto de cal.

Una doncella se abstuvo de censurar mi traje irrisorio, presente de Klingsor, el mago infalible.

Yo la salvé de una enfermedad inveterada, de sus lágrimas constantes. Un espectro le había soplado en el rostro y yo le volví la salud con el auxilio de las flores disciplinadas y fragantes del dicitamo, lenitivo de la pesadumbre.

LA MESNADA

LOS COLORES vanos del alba me indicaban la hora de asistir al oficio de difuntos, celebrado en honor de la joven reina por unas monjas de celestial belleza. Yo sosegaba de ese modo el humor sombrío y castizo.

Las monjas adivinaban mi interés por la memoria de la soberana y me rodeaban solícitas. Yo quedaba de rodillas en el oratorio impenetrable, después de la celebración de la misa. Entreveía las figuras entecas, dibujadas en las vidrieras y mosaicos. Unos santos armados y a caballo militaban contra los vestiglos de un arte heráldico.

Yo salía del retiro a unirme con los devotos de mi persona, esparcidos a distancia de la voz en las avenidas del asilo venerable. Debían acudir al mediar la mañana.

Yo recuperaba, al pisar la calle, mi presunción innata. Habría dirigido, en presencia de los matasietes, la bienvenida al peligro, imitando una actitud de César.

Un jorobado empezó a reírse de manera abominable al reparar en el entono y compás de mis ademanes. Lo había salvado, el año anterior, cuando el verdugo se disponía a descuartizarlo, acusándolo de homicida.

Mis aficionados se precipitaron a satisfacer mi indignación y lo enderezaron por medio del tormento.

EL ERROR VESPERTINO

UNOS JINETES bravíos me escoltaban durante la visita al país de las ruinas legendarias. Nos detuvimos a maravillarnos los arabescos y perfiles de un puente de arcos ojivales.

Invadimos la ciudad fatídica por una avenida de cipreses violados. Yo me extasiaba en el ambiente de pureza, a la vista de un cielo de tintes ideales. La imagen de un alminar brillante se dibujaba en el río de linfas indolentes.

Yo adelantaba, peregrino del desencanto, en el sosiego inverosímil.

Un cortejo nupcial, pregonado por los sonos de una melodía sensible, me despertó del ensueño, me volvió a la presencia del infortunio. La joven se dirigía al cautiverio en un carro de usanza agreste.

Yo traté de seguir los vestigios sutiles del cortejo a la luz del crepúsculo de éter y me encontré solo y a ciegas en el circuito de unas tumbas idénticas.

EL DUELO

EL GALÁN quedó tendido en el suelo de nieve, entre los árboles disecados por el invierno. Salía del baile de máscaras, animado de la pasión de los celos, a demandar un desagravio. Recibió en el pecho la aguda lámina del hierro.

La dama vestida de terciopelo azul, motivo de la discordia, presencié el curso y el desenlace del conflicto sangriento. Le atribuían en secreto uno de los apellidos más nobles de Francia.

El mágico de ropilla escarlata sostiene en sus brazos al moribundo y escucha las últimas palabras, enunciadas con la voz ansiosa y débil de un infante. Presta el auxilio de una ciencia difamada.

La mujer culpable se recoge en el palacio de exquisita arquitectura. Sus autores y fabricantes se habían inspirado en la fauna. Balbuce de miedo al considerar la noticia de una peste ensañada con las hermosas y criada en los puertos de Levante.

La dama sucumbe en la sala del piso de pórfido, al lado de su lebré blanco. Ha divisado en la penumbra de los aposentos la figura mortal de Empous, una larva de ojos de envidia y cabeza de asno, repulsada por Mefistófeles.

LA PARVULISTA

Los NIÑOS fallecidos antes del bautismo saludan la aparición de la luna, el numen infernal de tres visajes, y son los duendes inquietos y malignos. Vuelven a ser, cuando nace el día, hongos, parasoles del diablo.

Una bruja los disciplina cruelmente y los precave de las ceremonias y de los símbolos del cristianismo.

La novicia de casto perfil desea salvar la hueste de los niños infelices y sale del convento, armada de resolución. La Virgen María ha consentido en llenar su ausencia, vistiéndose de su persona, según se cuenta a cada paso en la Edad Media.

La novicia reprende a la bruja pérfida y le prohíbe despojarse de su figura de lechuza, mensajera de la esterilidad.

Arrastra consigo la muchedumbre de los inocentes y los reconcilia con la fe de Cristo. No incurrieron en travesuras ni dieron más noticia de su existencia después de amaestrados en cantar las alabanzas de María.

LOS SECRETOS DE LA ODISEA

EL REY de los feacios apresuró el viaje de Ulises y se negó a cultivar su recuerdo y amistad. Había concebido un miedo extravagante al fijarse en su confesión de una entrevista con los difuntos. Imaginaba a través de la fábula del peregrino, el resentimiento de Tiresias, asaltado y sujeto.

El rey de los feacios amaba ansiosamente la vida y la juventud. Se espantaba de la vejez y del cautiverio en la tumba sempiterna. Al oír el cuento de Ulises y para eliminar sus efectos aciagos, requirió una espada de bronce, presente de Mercurio, alojada en una vaina de marfil. Se levantó bruscamente, animado de una idea precisa, y se dirigió, por una avenida de estatuas, al arsenal de sus navíos indemnes.

Unos remeros pródigos se aventuraban, poco después, con el héroe sagaz en un mar vacío. Tremolaba en las entenas y en los mástiles el apéndice de luz de los Dioscuros.

El rey de los feacios fue herido en su afecto más noble. Debía pagar con una senectud inconsolable el azar de una hospitalidad réproba. Su hija Nausicaa, la hermana pensativa de las fuentes, se había prendado de la elocuencia de Ulises y se consumió llorando su alejamiento perentorio.

Las doncellas de su trato la sepultaron, vestida con el atavío de las nupcias, bajo un túmulo de piedras humedecidas por el relente de un valle fluvial.

LA VISITA

LOS BRUJOS del yermo se escondían a pasar los meses de la nieve en los senos del monte. Un rústico los sorprendió en el curso de un sopor y murió de extinguir con su aliento una lámpara de ónix, sobre una mesa de piedra, en la galería falaz.

Su hija, atenta a los signos de la lluvia, retiene en torno de sí los hermanos menores y los persuade con la amenaza del temporal. Interrumpe la urdimbre de un tejido, solaz de la espera, e imagina el caso de su progenitor. Distingue el acto imprudente y las consecuencias del humo funesto.

Las almas de los brujos insensibles recorren el vecindario en forma de gnomos y las preside Lucifer, vestido de gris.

La hija del rústico demanda el auxilio sobrenatural y lo retribuye de antemano, arrojando por la ventana y al espacio libre un ratón, presente de los supersticiosos a Lucifer.

Los hijos del rústico pierden el sentido al descubrir en su ventana, poco después, el semblante de un oso crepuscular.

EL VEJAMEN

Yo OMITÍ el nombre de la beldad florentina cuando referí el cuento de su perfidia a uno de los donceles del Decamerón. La mujer me había permitido, con tal reserva, celebrar su muestra de ingenio y yo pude contribuir un asunto a la retórica magistral de Bocaccio. Me proponía divulgar el desengaño de un galán presuntuoso.

El cuento se difundió velozmente y encontró auditorios alegres y despertó esclarecimientos malignos. De donde nació el rencor del escarnecido y su aspereza con mi reputación.

Se acercó a desafiarme en mi propia casa, al cerrar la noche, y fue ahuyentado por el ademán fiero de un autómeta apostado en la escalera de entrada y destinado al oficio de pandorga en una fiesta campesina.

Esta ocurrencia me dejó libre y yo me vi en el caso de trasmitirla a los fanfarrones y pedantes de la Comedia del Arte. El generoso Bocaccio se había arrepentido de su hilaridad.

EL RAMO DE LA SIBILA

EL CANTO de la salud, vuela sobre el mar jocundo, sube al cielo de ópalo. Sirve para distinguir los momentos de la maniobra. No se requiere el portavoz ni el mandamiento lacónico.

He despedido los vestigios de una visión infeliz al incorporarme del regazo de la noche. Una voz inmortal había insinuado en mis oídos el verso canoro de Virgilio, para describirme el naufragio de un timonel vencido por el sueño.

Yo reconstituí los pormenores del episodio al despertar y volver en mi acuerdo. Reconocí inmediatamente el litoral donde fue sacrificado el náufrago después de salir a salvo.

Tenía a mi alcance un ramo de olivo, el árbol místico y virtuoso. Lo sumergí en las aguas lívidas y lo agité sobre mis compañeros indiferentes.

EL RESFRIO

HE LEÍDO en mi niñez las memorias de una artista del violoncelo, fallecida lejos de su patria, en el sitio más frío del orbe. He visto la imagen del sepulcro en un libro de estampas. Una verja de hierro defiende el hacinamiento de piedras y la cruz bizantina. Una ráfaga atolondrada vierte la lluvia en la soledad.

La heroína reposa de un galope consecutivo, espanto del zorro vil. El caballo estuvo a punto de perecer en los lazos flexibles de un bosque, en el lodo inerte.

La artista arrojó desde su caballo al sórdido río de China un vaso de marfil, sujeto por medio de un fiador, e ingirió el principio del cólera en la linfa torpe. Allí mismo cautivó y consumió unos peces de sabor terrizo. La heroína usaba de modo preferente el marfil eximio, la materia del olifante de Roldán.

Un sol de azufre viajaba a ras del suelo en la atmósfera de un arenal lejano y un soplo agudo, mensajero de la oscuridad invisible, esparció una sombra de terror en el cauce inmenso.

EL MONOLOGO

EL CABALLERO de los pensamientos desvariados registra el mar. Se apoya de espaldas en una roca perenne. Deja de la mano y en el suelo el sombrero y la espada.

Un ave feudal, de librea cenicienta, domina el aire desierto. ¡Cuántas batallas se libraron a la vista de las torres!

El caballero descubre la imagen de su vida en la soledad del pájaro altivo. ¿No sucumbe en la amargura y rehúsa la sociedad desde el rapto de su amada, el día de una incursión de los infieles?

El caballero piensa en redimirla y fía en la merced de un azar feliz, prodigado en la realidad contemporánea. Se ha arruinado con la desdicha y se extravía en medio de las lucubraciones de un entendimiento evaporado.

Inventa, entre suspiros y sonrisas, el término de su inquietud. Los accidentes de su fortuna y el desenlace imaginario se encuentran en más de una conseja de romeros infantiles, recitada en una etapa vespertina.

EL RENCOR

LA MÚSICA del clavecín, alivio de un alma impaciente, vuela a perderse en el infinito. La artista divisa, por la ventana de su balcón, el río fatigado y el temporal de un cielo variable.

El instrumento musical había venido de Italia, años antes, por la vía del mar. Los naturales de mi provincia convinieron en el primor de la fábrica y dejaron, esa vez, de enemistarse por una causa baladí. Los artesanos habían aprovechado la madera de un ataúd eterno.

La artista no se mostraba jamás. Un drama de celos había arruinado su casa y dividido a sus progenitores. Los hermanos la vedaban a la vista de los jóvenes y riñeron conmigo al sorprenderme en la avenida de su mansión. Yo vivía suspenso por efecto de los sonos ansiosos y sobrellevé la arbitrariedad y no me adherí al resentimiento de mis abuelos, heridos por esa familia rival.

La artista había nacido de una pasión ilícita, oprobio del honor intransigente. Yo vine a discurrir sobre el desvío de los suyos para mis antepasados y concebí una leyenda oscura y tal vez injusta.

Los hermanos de la artista aceptaron sin recato mi pésame cuando sucumbió de un mal exasperado. Los retratos de la sala mortuoria me dirigieron una mirada penetrante e impidieron la reconciliación definitiva.

EL ESPEJO DE LAS HADAS

LA VIRGEN de la espada al cinto visita el remanso profundo para ver la imagen de su galán, devuelta de entre los muertos. Contenta su propósito sin bajar del caballo rebelde.

La virgen ciñe en ese momento una corona de ortigas, la del rey Lear, víctima de su presunción.

Se envanecía de su felicidad al ensalzar con elogio redundante los méritos del galán y la escucharon los celadores del orgullo, los aviesos ministros del Destino.

La muerte asume el gesto de un viejo socarrón e interrumpe el camino del amante a la entrevista apasionada. Consigue indignarlo con sus parábolas ambiguas y lo burla y lo derriba con una suerte de su tridente, arma desusada.

Ovidio, el fabulista de los gentiles, habría decantado el llanto de la mujer en una elegía ronca y la habría convertido en un ciprés, anulando la figura humana.

Las hadas setentrionales, reconciliadas con el niño Jesús y partícipes de la fiesta de su nacimiento, se compadecieron de un amor desventurado y permitieron la aparición de la sombra en la cuenca de su lago de zafir.

LA TABERNA

LOS LIBERTINOS disparaban en una risa abundante al lanzar con el pie, en distintos sentidos, la gorra de la fondista. Su embriaguez, efecto de un brebaje mortal, se confundía con la enajenación. La llama de los reverberos imitaba el tinte del ajeno.

Un duende rojo volaba sobre las copas vacías y derribadas.

El más viejo de los libertinos se había tornado flemático y adiposo. Los compañeros intentaban irritarlo con sobrenombres amenos. Pero nada lograban con el veterano de la licencia y de la bacanal. Había arrojado de sí mismo la caperuza de campanillas del bufón.

Alguien despidió una mecha encendida sobre el fauno soñoliento y sobresaltó su torpeza y la convirtió en aflicción y en miedo. Los calaveras le formaron una rueda festiva y probaron a refrescarlo con aspersiones de agua. Presenciaron, atónitos, la ignición del ebrio, caso maravillado y hasta desmentido por la ciencia.

EL SENADOR

LAS SÚPLICAS de los ancianos llenaban el ámbito del edificio. La intemperie lo había revestido de musgo y de líquen.

Nadie conseguía desplegar el entrecejo del vencedor y persuadirlo a la clemencia. El joven rey ordenaba el suplicio desde un escaño de piedra. No se conmovía ante la hermosura atlética de los cautivos.

Los verdugos desprendían los cabellos nobles y los afrentaban con el pie. Se divertían hiriendo la cerviz lozana.

Los prisioneros se ofrecían a la muerte con ademán soberbio, y le asignaban un semblante de belleza fatídica.

Los ancianos se prosternaron al terminar el sacrificio. El concierto de sus voces profundas se alzaba en loor de los vencidos y en desagravio de la justicia invisible

LA HIJA DEL CISNE

Goethe saludó la presencia de María Antonieta en Francfort del Main, pausa del camino de Viena a París, con los únicos versos franceses de su pluma.

YO DEJO el vapor de ruedas y visito la abadía de los benedictinos en una orilla apacible del Danubio. Una joven afable me refirió el origen del edificio, delante de una capilla solitaria. Los monjes lo habían labrado en un límite de la civilización antigua, ileso del vestigio de César.

Los monjes erigieron la abadía, monumento expiatorio, con el fin de eliminar de la memoria de los hombres el desenlace de un afecto profano y escogieron el sitio mismo en donde unos amantes soberbios se arrojaron a perecer en la corriente.

Los monjes facilitaron el socorro de Viena, asediada por el musulmán. Acudieron al encuentro de Sobieski, el héroe del carcaj primitivo y del escudo homérico, y lo dirigieron donde el caudillo de los infieles, seguro de la victoria, departía libremente con sus hijos sobre un tapiz de Bokara.

El joven me describió con lástima el abandono de la casa reverenciada por los monjes, un día amargo. Los vencedores de una guerra igualaban el cortijo y la aldea con paja del suelo y esparcían la voz iracunda de sus mecanismos de muerte en el ámbito desolado.

El joven asignó el principio de la hecatombe al casamiento de María Antonieta y celebró su blancura en términos fervientes, donde se traslucía un amor quimérico a la reina martirizada. El último director del establecimiento pío adivinó las consecuencias del viaje nupcial y se abstuvo de mirar el cortejo. El asceta se había encerrado en un lugar incólume de los rumores del mundo sensible.

El joven terminó la apología vivaz de su heroína citando el epitalamio de Goethe, el pensador cautivo de la belleza marmórea de Elena y crédulo en el retorno de su fantasma.

EL OLVIDO

YO NO PISABA las huellas del cazador extravagante. Quería evitar el contagio de su pesadumbre.

Morábamos vecinos en un país de belleza augusta. El azufre y demás fósiles predilectos del fuego se juntaban en la composición de la tierra.

El cazador frecuentaba los montes de granito. Su gesto valiente se dibujaba en la zona del éter cándido. Una lumbré fugitiva dirigía sus pasos.

Había domesticado el sér más viejo entre las gamuzas repentinas. Acertaba de espaldas con el objeto de sus tiros.

No lo abordé sino una vez, para dar con el motivo de su desvío.

La manera grave de su discurso no me permitió recoger una vislumbre.

Había fabricado su cabaña a la sombra de un pino glacial.

Yo la visité furtivamente al advertir su ausencia de una semana. El cazador, libre de los efectos deletéreos de la muerte, yacía en un ataúd de piedra. El semblante helado, ajeno del pesar, no inspiraba conjeturas sobre la causa del fallecimiento. Un reguero de carbunclos magnéticos había caído de su diestra.

Un torrente, creado por la lluvia fortuita, arroja sobre la cabaña un sedimento de arena y promete cegarla.

LOS ORTODOXOS

YO RECORRÍA el país grave en solicitud del monasterio decadente. Recuerdo la pausa y el zurrido monótono de mi carro de bueyes en el camino de guijarros y su vuelvo en el río de lodo. Los naturales morían de consumir los peces de su corriente paralítica.

Unas aves negras, de calvicie petulante, retozaban en la hierba incisiva y sobre el dorso de unos caballos enjutos. Su vuelo repetía, en el azul violento, el orden estricto de la falange.

El revés de los tiempos sumía las aldeas en la miseria, aconsejaba la indolencia, el aborrecimiento de la vida. Una mujer impasible, de ojos áridos, presidía el juego de sus niños en el recinto de un cementerio obstruido por el matorral. El traje de antigüedad noble y la rueca doméstica secundaban el ascendiente de su faz.

El abad me esperaba antes del edificio, al pie de un nogal mustio. Su discurso voluble me retrajo de pedir un sitio en el aposento de los peregrinos. Se lamentaba del egoísmo y parsimonia de los feligreses.

Yo recogí, durante la visita, motivos frecuentes de suspicacia y desvío. Unos monjes dibujaban imágenes canijas, siguiendo la costumbre de un arte fanático, y el más incivil acudía a la autoridad de San Basilio, con el fin de recomendar la sucieza, en señal de penitencia.

LA REDENCION DE FAUSTO

LEONARDO DE VINCI gustaba de pintar figuras gaseosas, umbrátiles. Dejó en manos de Alberto Durero, habitante de Venecia, un ejemplar de la Gioconda, célebre por la sonrisa mágica.

Ese mismo cuadro vino a iluminar, días después, la estancia de Fausto.

El sabio se fatigaba riñendo con su bachiller presuntuoso, de cuello de encaje y espadín, y con Mefistófeles, antecesor de Hegel, obstinado en ejecutar la síntesis de los contrarios, en equivocar el bien con el mal. Fausto lo despidió de su amistad, volvió en su juicio y notó por primera vez la ausencia de la mujer.

La criatura espectral de Leonardo de Vinci dejó de ser una imagen cautiva, posó la mano sobre el hombro del pensador y apagó su lámpara vigilante.

LA ALIANZA

Yo ESCUCHABA sollozos a través del sueño ligero y variable. No podían venir de mi casa desierta ni de mi vecindario diseminado en un área espaciosa.

Yo vivía delante de una plaza vieja, sumida en la penumbra de unos árboles secos, de un dibujo elemental. Mostraban una corteza de escamas y sus hojas afiladas y de un tejido córneo, semejantes a cintas flácidas, habían cesado de criar savia.

Un mensajero llegó de lejos, al rayar el día, a decirme la nueva infausta. Había devorado la distancia, montado sobre un caballo impetuoso, de arnés galano. Admiré el estribo de usanza arábica.

Las hijas de mi ayo y consejero me recordaron al verse desvalidas. La muerte lo hirió sigilosamente en medio de la espesura de la noche y los sonos de su flauta burlesca de ministril revelaron la desgracia y propagaron la consternación.

Yo había olvidado en una cámara de muebles pulverulentos el carruaje de mis excursiones juveniles. Alcancé el hogar visitado por el infortunio, después de restablecer el armazón y las ruedas en más de un sitio de la campiña reseca.

Las mujeres vinieron a mi encuentro, solemnes y demacradas a la manera de las sibilas. Me habían reservado la ceremonia de esparcir el puño de cal sobre el rostro del difunto, semejanza de algún rito de los gentiles en obsequio del piloto infernal.

Yo sellaba de tal modo el convenio de un pesar inmutable, sin esforzar mi lenguaje exento de efusión y de gracia. Asisto fielmente al responso cotidiano en el oratorio familiar y añado mi voz a una salmodia triste.

LA JORNADA DEL EREMITA

YO ASISTÍ en su agonía al ciervo de edad prolongada y recogí el collar de bronce, de monedas romanas, soltándolo de su cerviz.

Los gentiles habían atribuido al ciervo una longevidad prodigiosa, según se refiere en muy doctos escritos, y Nuestro Señor despertó por medio de uno de ellos la vocación de San Huberto.

Nadie había logrado seguir la pista del ciervo de edad prolongada. Las zarzas humildes y sin nombre dejaron de trabarse delante de mí, el día de hallarlo en su última hora. Unas flores se prendieron en mi saya monástica, tejiéndole una franja, y me turbaron con su belleza. Yo sé defenderme del hechizo de las criaturas.

Tuve entre mis manos la cabeza del ciervo caduco y su ruina se manifestó cuando solté de su cerviz el collar antiguo, de labor secreta y efecto pasmoso, por donde se volvía invisible.

Una vez despojado de aquella prenda de su fuerza, espiró la vida gimiendo.

LA ABOMINACION

EL SOLITARIO maldijo la ciudad en términos precisos y se escondió lejos, en una selva de espinos florecientes.

Los naturales divisaban, desde los miradores y solanas, un contorno inflamado. El moral resistía esforzadamente el suelo de nitro y el pozo de betún.

Las mujeres ejercían la autoridad y celebraban de noche un rito lúgubre y sensual. Yo mismo presencié la fiesta del llanto y del amor.

Conseguí sustraer de la muchedumbre una joven destinada a la orgía clamorosa. Adiviné el fervor de su ternura e inocencia. Unos piratas la habían cautivado sutilmente.

El solitario nos puso en el camino del mar y yo no acierto a distinguir si me perteneció la idea súbita de invocar el nombre de Ulises, para conciliarme la voluntad de unos remeros griegos.

SIGLOS MEDIOS

KLINGSOR, el mago tenebroso, desaparece de la tierra al nacer Santa Isabel de Hungría.

Los alemanes lo presentan en un certamen de trovadores. Se quiere dar con el más liberal de los magnates contemporáneos. Suena entre loores el nombre del rey de Francia y lo contrasta el de pródigos landgraves. Un manuscrito de la época refiere al porfía y acusa al hechicero de falsear las opiniones y desordenar el juicio. Klingsor merece figurar en el teatro de Shakespeare. Se había enemistado con los hombres al sucumbir en una aventura galante. Incurría en el exceso de llamarse heredero y descendiente de Virgilio. El dramático inglés, apasionado de Italia, pudo convenir en esta novedad y honrarlo con el sobrenombre de marqués de Capua, acogiendo un residuo de la tradición.

LA MERCED DE LA BRUMA

Yo vivo a los pies de la dama cortés, atisbando su benigna sonrisa de numen.

El cierzo invade la sala friolenta y cautiva en su torbellino las quimeras y los fantasmas del hastío. Repite el monólogo del pino desventurado y humedece ¡oh lágrimas invisibles! la faz de los espejos y de las consolas de un dorado triste.

Yo diviso a través de la ventana el desmán de un oso y el sobresalto de unas aves lentas, de sueño precoz. La tarde engalana el bosque de luces taciturnas.

El discurso de la mujer insinuante no consigue mitigar la pesadumbre del exilio. Yo padezco el sortilegio de su voluntad repentina y declaro en frases indirectas el pensamiento del retorno al mediodía jovial. Mis palabras vuelan ateridas, enfermas de la congoja del cielo.

La dama cortés adivina en lontananza un mensaje benévolo. Recibe de manos de un jinete menudo y suspicaz el secreto de la belleza inmortal, el iris de los polos, una flor ignorada.

EL MONIGOTE

EL SENESCAL, observando el consejo de Ambrosio Paré, nos había salvado del veneno por medio del azufre. Sentíamos, sin embargo, las consecuencias de un vino de sabor metálico.

Las cortesanas, vestidas de raso blanco, permanecían indiferentes y resultaron libres del mal. Habían nacido en Venecia y ayudaban al embajador de su república, el mejor espía de la historia. No sospechábamos el interés de este personaje en el seguimiento de nuestros pasos y recibimos gozosamente en nuestra compañía las mujeres del cabello rojo y de la tez azucena. Vivíamos prendados de Italia y habíamos llegado hasta defender, espada en mano, el nombre de Vignola, negando el estrago de su doctrina en el arte francés.

Los servidores del rey, armados sólidamente, aparecieron en la meseta más alta de la escalera y bajaron a prendernos sin peligro. Entrábamos de modo insensible en una especie de letargo y lo atribuíamos a un pólipo servido en nuestra mesa, no obstante la censura de los médicos de la antigüedad. Interrumpíamos el sopor infernal con gritos de espanto y de furia y desviamos la atención de los centinelas del presidio.

Yo fui separado de mis compañeros y sometido a un tratamiento más humano. He aceptado del rey la invitación a abrazar el estado sacerdotal, esperando imitar la liviandad de Rabelais.

No he podido averiguar la situación de mis cómplices. Diana de Poitiers acostumbra vender al sultán de Turquía los enemigos del rey de Francia, a veinte escudos la pieza.

ANALOGIA

EL SOLITARIO lamenta una ausencia distante. Se consuela escribiendo el soneto difícil, en donde el análisis descubre a menudo un sentido nuevo.

El solitario se pierde en las distinciones de su doctrina escolar y satisface los requisitos del arte cuando el ocaso pinta de negro el mirto y el ciprés y marca sus perfiles.

La imagen de la ausente, de semblante excavado por la meditación y vestida de los matices del fuego, recorre la floresta de las arditas y de las gacelas en donde subsiste la memoria de la reina Ginebra.

El solitario se embelesa en la transfiguración de la ausente y describe sus méritos, refiriéndose al motivo heráldico del lirio de hojas de acero.

EL SEDENTARIO

EN LA MAÑANA de ámbar, el murciélago rezagado vuelve a la torre sacrílega de Fausto. El ave réproba de Moisés llega de recoger en los calabozos el treno de los prosélitos del mal. Invade la cámara por la ventana fiel a la luna desierta e infunde el sobresalto de la vida en la imagen de un hombre, portentoso del arte mecánica.

Fausto domina el estupor y dirige un puño de tierra al volátil siniestro, usando el arbitrio de la geomancia. Conjetura la pérdida de su alma en la eternidad al reconocer el esparcimiento del polvo en la sobremesa.

LOS LAZOS DE LA QUIMERA

YO VELABA en la crisis de la soledad nocturna. El retrato de una mujer ideal, única alhaja del aposento, desplegaba mi sobreceño, divertía algunas veces mi inquietud.

Yo lo había conseguido en la subasta de unos muebles gentiles. El matiz de los cabellos me recordó los de una beldad grácil, fantasma del olvido. El pincel de un iluso había persistido inútilmente en imitarlos.

Yo me esforzaba en calar el enigma de una disciplina singular, de un arte secreto, y dibujaba, sin darme cuenta, la cifra de cantidades inéditas.

Me he fatigado hasta el momento de hundirme en un sopor, bajo los dedos de una mano fría de mármol.

Yo desperté en una sala funeral y la recorrí por entero, sorteando las urnas de piedra. En el zócalo de una imagen de la eternidad, cegada por una venda, acerté con el residuo del veneno de Julieta.

LA HORA

LA DONCELLA compasiva, de voz alada, cruza el vergel de anémonas y caléndulas.

Una ráfaga del cielo mustio solivianta de un zócalo derruido los buitres de la guerra y humedece las hojas de un legendario mirto.

La silueta de un numen fatídico y de su caballo turbulento crece en el horizonte libre.

Su amenaza, ritmo del trueno, ofusca las torres impávidas.

EL EXORCISTA

EL MONJE inocente se esforzaba en dirigir los actos del joven. Lo inducía a condenar los ejemplos de soberbia, frecuentes en la casa de sus mayores.

El joven fue persuadido a la caridad y se abstuvo de presenciar los suplicios impuestos sobre los campesinos alzados en una lejanía silvestre.

El monje inocente se había escurrido entre los sediciosos y los había invitado al avenimiento. Un sujeto de faz grave, distinguido con el atavío de una dignidad universitaria, acudió del seno de la espesura y lo envolvió en una red de argumentos profanos.

El zascandil hiere al monje en su afecto más ingenuo, seduciendo al joven alumno. Se dedica a facilitar el extravío de las costumbres y se huelga de haber precipitado al mismo Fausto en una correría vana. Solivianta las cuadrillas de los fugitivos y anima los señores a la severidad. Se divierte con los ayes y lágrimas del sér humano.

El monje inocente desea prevenir la astucia de su enemigo y se entera del nombre y de los hábitos de los demonios. Acierta con el segundo de Satanás e insiste en su filatería de rapabarbas y de alcahuete leyendo unas pláticas del rey Jacobo, el hijo aprensivo de María Estuardo.

LA ZARZA DE LOS MEDANOS

EL PAÍS de mi infancia adolecía de una aridez penitencial.

Yo sufría el ascendiente de un cielo desvaído y divisaba el perfil de una torre mística.

Los montes sobrios y de cima recóndita preferían el capuz de noviembre. Las almas de los difuntos, según el pensamiento de una criatura pusilánime, se recataban en su esquivéz, seguían las vicisitudes de un río perplejo y volaban en la brisa del océano.

Vencíamos el susto de las noches visionarias a través del páramo, en la carroza veloz. Unos juncos lacios interrumpían la fuga de las ruedas y la luna indolente vertía a la redonda el embeleso de sus matices de plata.

La criatura infantil, objeto de mis cuitas, amaba de modo férvido unas flores balsámicas, de origen sideral, imbuidas en el aire salobre. Vivía suspensa del anuncio de la muerte y las demandaba para su tumba. Yo he defendido las hojas montaraces del asalto de las arenas.

El mar salió de sus límites a cubrir el litoral desventurado. Una sombra muda y transparente dirigió el esquife de mi salud al reino de la aurora, a la felicidad inequívoca. Yo despertaba de unos sueños encantados y percibía en el aire del aposento los efluvios de la maleza fragante.

LA PRESENCIA

LA IMAGEN de las torres se dibujaba en el mar. Unos pájaros tenues las rodeaban con su vuelo metódico. No podían sostenerse en sus pies elementales, falsos.

Los rayos caían al azar y con frecuencia desde el cielo vacío. Yo esforzaba el pensamiento y no descubría su origen imposible. Las torres y un ciprés lacio permanecían indemnes.

Yo había despertado de un sueño inmóvil y de sus visiones fatídicas, originarias de la luna. La vista del ciprés me encaminó a un sepulcro inédito.

Isolda había desaparecido de la tierra y descansaba allí mismo de su pasión agónica. Yo quise hablar y mis palabras volaron por el aire, convertidas espontáneamente en gemidos.

DE PROFUNDIS

HE RECORRIDO el palacio mágico del sueño. Me he fatigado en vano por descubrir el vestigio de una mujer ausente de este mundo. Yo deseaba restablecerla en mi pensamiento.

Conservo mis afectos de adolescente sufrido y cabizbajo. Su belleza adornaba una calle de ruinas. Yo me insinuaba hasta su ventana en medio de la oscuridad crepuscular. Me excedía en algunos años y yo ocultaba de los maldicientes mi pasión delirante.

Dejó de presentarse en una noche de temores y congojas y recordé infructuosamente las señas de su vivienda. Un temporal corría la inmensidad.

Yo seguí a desahogar la melancolía indeleble en una aventura, donde mis compañeros se perdieron y murieron. Yo amanecí en el recinto de una iglesia, monumento erigido por una doncella de otros siglos. El sacerdote encarecía las pruebas de su devoción y anunciaba desde el púlpito amenazas invariables. Celebró después el oficio de difuntos y llenó mis oídos con el rumor de un salmo siniestro.

EL ALUMNO DE GARCILASO

EL DONCEL visita la fuente de los alisos, donde una mujer afectuosa, en siglo distante, había acabado la vida llorando. Se desviste el seguro arnés de hierro. Guarda en la mente los pormenores del caso infeliz y los cuenta a sovoz en un romance. Gusta de refugiarse en el paraje secreto, disponiéndose en un mismo grado, para el oficio de las armas y la sutileza del arte.

Un ocaso del otoño pinta de rojo los vergeles. Una muchedumbre de pájaros se ha criado de los árboles y exhibe el color de la hoja primitiva.

Allí se ha avecindado en otro tiempo un ermitaño sencillo. Iba y venía sobre un asno agobiado por una figura negra de la cruz. Agasajó varios huérfanos de una misma edad, encomendados a un cisne receloso, y coronó la vida con el martirio.

El doncel saca a lucir una viola, fabricada de una madera acústica de ese mismo sitio. Paga su tributo a la pesadumbre de la mujer y a la abnegación del religioso, decantadas por los aldeanos, y aniega el bosque en una serenidad argentina.

OFELIA

LA BRUJA adereza el veneno de la fiebre soñolienta. Requiere los nenúfares y lentejas del agua.

Desde el cielo de colores sordos, el aquilón de carrillos inflados, imagen de un dibujo holandés, arroja su brisa letal.

Una canturía lenta, insipiente, erige de la tierra la zarza de las espinas y demanda la presencia de un lagarto famélico. El monje de la zozobra avista su efigie en la frente de una calavera de risa desdentada.

Sobre las ruinas, ocultas bajo las redes y lazos de una vid silvestre, la forma aérea de una virgen florecida en un siglo ideal suprime el sortilegio y sosiega el ambiente con sus alas de fantasma.

Y la secunda el rui señor, poeta del amor inconsolable.

EL DISIDENTE

SAN FRANCISCO DE SALES aconsejaba dirigir invectivas al demonio, para alejarlo de nuestra presencia. Yo había leído en otro escritor ascético la costumbre saludable de arrojarse de bruces sobre la tierra desnuda.

La muchedumbre de los posesos había molestado la atención de Bodin, el probo jurisconsulto francés, y motivado largos trabajos de su pluma.

Los suplicios difundían el terror y contristaban el ánimo. Se multiplicaron los casos de enajenación y el padre de un ahorcado se declaró igual a Jesucristo y salió de noche a quejarse con voz sepulcral.

No me avine jamás con el arte lúgubre de aquellos hechizados y pude esperar a mansalva el fin de las hogueras de la represión.

En medio de la amenaza constante, quise expiar mis culpas ignoradas y despistar los satélites de un poder asombradizo. Recordé la ceremonia de los israelitas con el cabrío emisario y la usé con un ave nocturna.

EL RESCATE

LOS DUENDES visitaban la luna a su voluntad y entretenían la vista de los palurdos, a tan larga distancia, con el simulacro de una liebre despavorida.

Los duendes voluntariosos se ensañaban con los palurdos y sus animales de labranza y cubrían de herrumbre los enseres. Se habían soltado, un siglo antes, del magisterio de Paracelso.

Los duendes fementidos habían divulgado a los cuatro vientos un error galante de la reina Mab y señalaban sus mercedes ilícitas en el trato con Ariel. La ofensa dirigida a la reina contrista el alma indulgente de Shakespeare e influye en su muerte precoz.

Yo percibí el temperamento de los palurdos al convalecer de una fiebre en su vecindad. Yo servía de pedante en una farándula trivial.

El más crédulo solicitó mi consejo en un caso de sobresalto. Me preguntó si debía retener cautivo al maestro de los duendes fútiles, enlazado en una trampa de lobos e insigne por el pie bisulco o si lo perdonaba en cambio de una suma de rubíes.

Desoyó mi sentencia de sujetarlo y de alternar la aspereza con el donaire y recibió un premio irrisorio.

Plinio se refiere a las piedras preciosas originadas del residuo abyecto del lince.

LA PROCESION

YO RODEABA la vega de la ciudad inmemorial en solicitud de maravillas. Había recibido de un jardinero la quimérica flor azul.

Un anciano se acercó a dirigir mis pasos. Me precedía con una espada en la mano y portaba en un dedo la amatista pontifical. El anciano había ahuyentado a Atila de su carrera, apareciéndole en sueños.

Dirigió la palabra a las siete mil estatuas de una basílica de mármol y bajaron de sus zócalos y nos siguieron por las calles desiertas. Las estatuas representaban el trovador, el caballero y el monje, los ejemplares más distinguidos de la Edad Media.

Unas campanas invisibles difundieron a la hora del ángelus el son glacial de una armónica.

El anciano y la muchedumbre de los personajes eternos me acompañaron hasta el campo y se devolvieron de mí cuando las estrellas profundas imitaban un reguero de perlas sobre terciopelo negro, sugiriendo una imagen del fastuoso pincel veneciano. Se alejaron elevando un cántico radiante.

Yo caí de rodillas sobre la hierba dócil, rezando un terceto en alabanza de Beatriz, y un centauro desterrado pasó a galope en la noche de la incertidumbre.

EL EXTRANJERO

HABÍA RESUELTO esconderse para el sufrimiento. Se holgaba en una vivienda sepulcral, asilo del musgo decadente y del hongo senil. Una lámpara inútil significaba la desidia.

Había renunciado los escrúpulos de la civilización y la consideraba un travesaño de la molición. Descansaba audazmente al raso, en medio de una hierba prehensil.

Insinuaba la imagen de un ser primario, intento o desvarío de la vida en una época diluvial. El cabello y la barba de limo parecían alterados con el sedimento de un refugio lacustre.

Se vestía de flores y de hojas para festejar las vicisitudes del cielo, efemérides culminantes en el calendario del rústico.

Se recreaba con el pensamiento de volver al seno de la tierra y perderse en su oscuridad. Se prevenía para la desnudez en la fosa indistinta arrojándose a los azares de la naturaleza, recibiendo en su persona la lluvia fugaz del verano. Dejó de ser en un día de noviembre, el mes de las siluetas.

LA VIRTUOSA DEL CLAVECIN

LAS MINAS se esconden bajo el suelo fragoso. Los residuos fatigan el río diezmado, lineal. Una colina difiere bruscamente del paraje desabrido. El visitante de la cúspide se distingue reflejado, conforme una ley natural, en los vapores del cielo.

La hija de un minero pensativo me dirigía en el territorio adusto y me señalaba sus maravillas. Dejó de aplicarse, esa mañana, a las emociones vagas de la música y me introdujo en un palacio y en su capilla recóndita, debajo del suelo. La estatua yacente de una beldad insigne mostraba a los pies el acero de su paladín sacrificado. La recámara o tesoro de la sacristía contaba la prenda muy singular de un relicario de figuras de marfil. Allí se juntaban las efigies de los evangelistas y los simulacros del león y del águila, defensores del cordero en un paso de Apocalipsis. Yo pensé de modo involuntario en los símbolos de los elementos, dibujados en un escrito réprobo de Hermes.

La hija del minero me sacó después al espacio libre y me encaminó a las ruinas de una fortaleza labrada por un descendiente de Carlomagno. La fortaleza se había fundido, afectando una sola forma, con el monte donde había sido asentada. Yo miré en ese portento una venganza de la tierra, el desquite de una divinidad telúrica.

Yo reconocí la sombra majestuosa de Goethe, antes de sentirla mi confidente. El poeta augusto había meditado allí mismo los secretos de la naturaleza, refiriéndolos a las doctrinas de la fábula, a las señales de la superstición, y se había esforzado en consolar de la vida a un joven nostálgico, del linaje de Werther.

La hija del minero gustaba de referirme las menudencias de la visita de Goethe. Insistía en la gravedad y en el sosiego del genio salubre y aspiraba a conferirme igual indiferencia ante las zozobras del mundo con sólo otorgarme, en presente y memoria de su amistad, la anémona del Broken, la flor del sortilegio.

EL PREDESTINADO

EL SONIDO reverberante de las cornetas avisa la llegada de la reina. Viene de ultramar y no ofrece al consorte, escogido libremente, ningún tesoro ni feudo, sino el de la belleza.

Los políticos rabian al considerar el desinterés del soberano.

Los caballeros permanecen amables y prudentes. Han ordenado en la última guerra el silencio de los cañones para lidiar con más gallardía. ¿Son acaso los caballeros del Santo Grial, renuentes a declarar su propio nombre?

La reina es enérgica y trae consigo la victoria. El gavián estaba de centinela el día de su nacimiento y sobresaltó la junta de las brujas, alimentadas de carne mortecina. El autor de la discordia entre los hombres se retiró al abismo, bajando por una escalera de espiral vertiginosa. El consejero nefasto leía en la oscuridad.

Un caudillo precoz, de semblante infantil, nace de las nupcias alegres. Anuncia la fuga de los infieles desde el puente de su galera destrozada, señalando el límite de un espacio lleno de humo.

El cronista del reino consigna en un lenguaje solariego la hazaña del Doncel del Mar.

EL ALUMNO DE VIOLANTE

UN CIPRÉS enigmático domina el horizonte de mi infancia.

Yo prefería el éxtasis vespertino, me retiraba de la aldea y me perdía a voluntad en el recato de los montes. Un poder invisible me encaminaba a la presencia de unos sepulcros, a descubrir la serenidad y la esperanza en el semblante de unas imágenes de mármol.

Una sombra clemente, distinta de las figuras del miedo, me envolvía con sus agasajos y me situaba en el camino del retorno. Su faz anunciaba un dolor celeste y el ciprés de su refugio despedía el lamento de una cítara.

Yo me sumergía en un sueño libre de visiones y alcanzaba un olvido cabal.

Una virgen atenta dirigió mis primeros años con el ejemplo de sus facultades. Su canto fugitivo despertaba el júbilo de los silfos del aire. Sus dedos fáciles herían una mandolina de Francia.

Su voz cándida enajenaba mis sentidos al recorrer los episodios de un romancero. Conjuraba del limbo de mis sueños la sombra clemente y la rodeaba con el atavío de una balada legendaria.

EL ASNO

YO NO PODÍA sufrir la vivienda lóbrega y discurría por la vega de la ciudad escolar.

Yo disfrutaba la soledad montado sobre un asno y me detenía en presencia de un río sereno. Los pájaros volaban al alcance de la mano y al amor de una ráfaga del infinito. Yo buscaba en el seno de las nubes rasantes el origen de una música de laúdes.

El senescal de un rey santo me había separado de solicitar la salud por medio de las letras y me invitaba a abrazar la humildad de las criaturas insipientes. El trato del senescal me reposaba de la meditación febril.

El rey santo vivía afligido por los reparos de una conciencia mórbida y se calificaba de soberbio al aceptar de sus hermanos el ministerio de criados de su mesa. La etiqueta se inspiraba en un paso de la Biblia.

El rey santo me había dirigido a pensar en los rodeos y asaltos del diablo a las almas de los moribundos. El trote modesto de mi cabalgadura facilitaba el arrobo y la pérdida de mis facultades. El asno frugal y resignado, presente en las ceremonias del culto, dividía conmigo la cuíta suprema. Me salvó en una carrera súbita al descubrir, en el enredo de unas espadañas y lentejas fluviales, la obesidad innoble de una esfinge de ojos oblicuos.

EL AÑO DESIERTO

Yo subía despacio la escalera de piedra y descansaba a mis solas en una silla grave, de autoridad secular. La azotea dominaba una redonda fría, mortecina, y yo me guardaba de recorrerla con la vista.

Una memoria infeliz me obligaba a permanecer cabizbajo y me retraía de contemplar la maravilla del edificio, refugio de mi desesperanza. Había surgido en una sola noche, según la fábula de los humildes, y por un arte réprobo. Los metales, los elementos más enérgicos de la naturaleza, obedecían al punto la voluntad de un arbitrista o demiurgo de faz inmóvil y de boca sellada y florecían mágicamente en sus dedos.

Yo entretenía la pesadumbre leyendo las páginas de Boecio y meditando el revés de su fortuna. Una conseja le asignaba el invento de artificios de hierro, destituidos de ejes y de ruedas y proporcionados a imitar la carrera de los planetas. Recibían un movimiento perenne de manos de un ser invisible.

Yo demandaba el favor sobrenatural. La doncella nostálgica había desaparecido de los caminos de la tierra y volado con alas transparentes bajo el cielo mustio. Yo la invitaba desde mi lasitud y desconsuelo a volver de la ausencia infinita. Una forma aérea convino en aparecer, en sosegar mi sensibilidad gemebunda. Recuerdo apenas el tinte de sus cabellos, lumbre de volátil oriflama.

EL JUGADOR

LA NUBE estadiza, de color negro, domina la vista del suelo de escorias y del monte descortezado.

Un personaje recorre el área taciturna. Su caballo, de cerviz humilde, sopla el polvo de la tierra.

El personaje debe jugar hasta en el cadalso, conforme la amenaza de una cartomancia lúgubre. Se ha conciliado la suerte por medio de un naipe falaz, en donde mira estampado su retrato.

El personaje cabalga hasta una vivienda arruinada, al distinguir la máscara jovial de la sobrepuerta. Pone en manos de una mujer el puño de cequíes rutilantes y se rinde a la belleza fúnebre y al discurso astuto.

La mujer, de raza nómada y exterminada, presencia desde una azotea, la mañana siguiente, el suplicio pronosticado y suspende un mensaje al cuello del ibis nacional.

EL CABALLO DEL LUCERO

HE RECORRIDO el territorio de Elsinor para allegar noticias acerca de Ofelia. Se atreve a comparecer, durante el plenilunio, en el sitio donde perdió la vida. Allí mismo se cultivan, por mi consejo, las flores de su cabellera y las vírgenes lugareñas se abstienen de profanarlas.

Yo intentaba atravesar un puente de fresno cuando una anciana me detuvo para invitarme a seguir la jornada con mis pies. Yo faltaba a la modestia con explorar a caballo el reino hundido en la pesadumbre.

El acento metálico y frío de una trompeta me llenó de espanto. Un alférez la soplaba desde la azotea visitada por el espectro.

La anciana me retrajo de tomar en cuenta el sonido lúgubre. De otro modo, me dijo, quedaba yo cautivo en el circuito de la melancolía.

Desprendió la rama de un sauce para componer una imitación de la corona silvestre de la heroína.

Sus avisos me alejaron para siempre del ámbito de la desgracia en donde circulaba el pensamiento desesperado de Hamlet. Mi caballo debía sacarme por sí mismo y sin el gobierno de mi mano a un lugar saludable y yo me abandoné a su trote incierto. Sobresaltó con su relincho, el día siguiente, los cisnes y las cigüeñas de Copenhague.

EL CAUTIVO DE UNA SOMBRA

YO NO INTENTABA salir de la ciudad, de contorno infecundo, anegada en la arena del litoral. Sufría, a semejanza de mis compatriotas, la amargura de la decadencia. Los ayudaba con mis amonestaciones y con el ejemplo de una pobreza altiva.

Yo me apresuré a recibirlos al pie de la escalera de mi casa vetusta, cuando volvieron de perder una lid desigual. Los consolé en nombre de mis antepasados.

Los contratiempos me desviaron de la realidad y me persuadieron a la esquivéz. Yo vivía absorto en la contemplación del puerto vacío. Los bajeles evitaban el país indigente.

Una doncella de mi afecto, destinada a acompañarme, no sobrevivió al desvanecimiento de mis sueños. Los cabellos rojos y la tez blanca se avenían con la tarde violácea, hora de nuestra cita. Acudió, la vez última, con un ramo de adelfas y con un espejo en forma de luna, símbolo de la brava castidad de Diana.

Sobrellevo el retiro con la cabeza hundida entre las manos y sin exhalar una voz. El infortunio me arraiga de nuevo en el suelo de mi nacimiento. Después de su muerte, una figura suspicaz adivina el sentido de mis pasos.

He encendido un fanal sobre su tumba, al pie de un monte ríspido, y la visitan las aves de la lluvia y del agua estancada.

EL ANIVERSARIO

LOS SEÑORES, envejecidos en las atenciones del gobierno y en los menesteres y fatigas del campamento, subieron la escalera de pórvido. Se habían diseminado para adelantar con más holganza. Cada uno había escogido su confidente.

Retardaban adrede el paso y prevenían una voz reverencial. Posaron en una azotea humedecida por el relente y quedaron a la vista de un horizonte pálido. Algunos se apoyaron sobre el pretil de granito, límite de la azotea, a mirar la tierra lúgubre.

El rey los había citado para un tributo a la memoria de su hija, el primer año de su muerte. Carecía de otros descendientes y agonizaba imaginando el porvenir de su reino.

Los señores dudaban al recordar la virgen pensativa. Habían sepultado un féretro vacío.

Volvieron el pensamiento a las bodas del rey, en una fecha inolvidable. Un lunático lo asaltó en la sala del baile nupcial y negó su nombre en medio del tormento.

LA PRESEA

LA MAGISTRATURA y la nobleza reñían a la continua en el foro de la ciudad libre. Se juntaban en el hábito de irritar con tributos e injurias a los villanos del contorno, arrojándolos a la desesperación.

Yo vivía lejos de las hostilidades y en presencia de un monje discursivo, mi consejero en los asuntos de la cortesía. Me señalaban, en más de un pasaje sensible del Evangelio, la sonrisa clemente de la Virgen María y me invitaba a pensar en las tribulaciones de Blancaflor, vendida a los piratas. Un acto de mi niñez bastó para el júbilo perenne de su vida.

Los nobles habían destituido un juez intransigente y lo paseaban en un carro tirado por vacas, en medio del vocerío de la muchedumbre. Su hija acudió entonces a rescatarlo, sin otra autoridad sino la de su inocencia y sobre un caballo impulsivo. Dividió y dispersó, con sólo anunciarse, el tumulto de los indignos.

Yo recogí entre mis manos una flor desprendida de sus cabellos.

DEL SUBURBIO

LA MISERIA nos había reducido a un sótano. Yo sufría a cada paso la censura de mis culpas.

Conservo la satisfacción de no haber ultrajado a mi consorte ni a mis hijos cuando gemían en la oscuridad. El vicio no me negaba a la misericordia.

Enfermaron y murieron de un mal indescifrable, tórpido. Una fiebre, efecto de la vivienda malsana, les suprimió el sentido.

Me he consolado al recordar la agonía del niño superviviente. Se imaginaba con bastante vivacidad el temple de ese día, el primero del año, y señalaba el sol cárdeno y el cielo desnudo. Una figura lo seducía desde un trineo veloz, de campanillas de plata.

Su madre le había descrito una escena parecida antes de abandonarlo en este mundo.

GLORIA

EL ASCETA vive sojuzgado por una imagen funeral. Se aplica a discernir el asunto de la salvación y duda asirse a la doctrina de la gracia. Olvida su costumbre de producir himnos seráficos.

Se pierde en la contemplación del crucifijo de semblante desesperado y alcanza el límite sideral de la santidad. Alberto Durero podría asignarle, de alumno, el león de San Jerónimo.

El asceta repulsa los fantasmas del miedo. Abandona la cama de guijarros, en la noche sepulcral, y acude a una voz emitida en el pórtico de su vivienda. Reprime a un demonio de cabeza de asno.

El asceta adivina el término de sus fatigas y el éxito de su jornada terrestre en una visión del sueño matinal. La Virgen María, refugio de los penitentes y alivio de las conciencias mórbidas, esparcía de su regazo la violeta, el amaranto y el lirio de plata, recompensa de los trovadores místicos.

BAJO EL CIELO MONOTONO

Yo seguía, en mis primeros años, el derrotero de la imaginación de Shakespeare. Divisaba, desde la fragata, unos molinos de viento desvanecidos en la atmósfera líquida.

Las cigüeñas descansaban en las torres y linternas de una iglesia.

La devoción popular les confería ventajas y privilegios ingenuos. Habían denunciado la inhospitalidad de los gitanos con la Virgen María y se les anticipaban en los caminos de su peregrinación varia, ejercitando una venganza inmemorial.

Yo me interné, después del desembarco, en una selva de fresnos y una rama azotó furiosamente mi rostro. La había dejado en ese instante el búho insomne de la noche del regicidio, según me esclareció de seguida mi guía y confidente, un viejo benévolo. Hallé menos su presencia cuando salí a un prado de flores de luz.

Retrocedí en demanda del primer vecindario y una mujer de cabellos sueltos y de frente inspirada me describió las señas de mi protector. Había muerto en una fecha antigua y su aparición auguraba felicidad. No se mostraba sino a los niños.

EVANGELIO

EL MÍSTICO revuelo me había sobresaltado. Yo presenciaba una visión aérea. Los símbolos de la fe ganaban una forma espiritual y despedían voz.

Yo caí de rodillas bajo el cielo radiante.

Un mensaje de salud, música del silencio casto, sorprendía la tierra, consolaba la aridez empedernida.

La fuga del ensueño devoto suscitó un lamento unánime en los retiros del valle sombría. Los humildes se dijeron alucinados por un meteoro de luz vana y se quejaron de su lástima y orfandad.

EL SELENITA

YO NO SABRÍA distinguir, en las cartas más fieles de los náuticos, dónde se hallaba la isla de mi cautiverio. Debe de aparecer con el nombre de un arrecife.

La luna deprimía su vuelo a través de la oscuridad e inspiraba la ilusión de comenzarlo desde una torre impenetrable. Yo me recliné sobre su escalinata pulverulenta y fui adormecido por el pífano de un pastor de bisontes. Soñé con una doncella de otras edades y con un vestigio de su breve estancia en la isla de los torrentes. La reliquia de su paso, oculta en unos escombros olvidados, podía restituirme al seno del mundo civil.

Ignoro si yo había despertado cuando emprendí la demanda quimérica, la vía de la sierra. No me dejé espantar de unas mujeres bellas e irascibles, reunidas en tumulto y armadas de tallos y de ramos de ortigas.

El hechizo del pífano me suspendía en los aires y yo volaba, convertido en una sustancia leve, sobre los roquedos y precipicios. La isla estaba desierta y los residuos solemnes de una raza difunta no se daban sino en la cima de los montes incólumes.

Yo encontré un anillo de oro, la prenda augurada, entre las ruinas de un alcázar, vivienda rupestre, en donde circulaban todavía el estampido y el humo de un rayo.

LA VIRGEN DE LA PALMA

Yo vivía retirado en la oscuridad y en el polvo de mi casa desierta. El aire frío, convertido alguna vez en ráfaga maldita, criaba a ocultas de la luz el hongo linfático y siniestro y sumía bruscamente en la sombra la sala austera, suprimiendo los candelabros. Un velo de seda violácea, joya ancestral, imitaba la colgadura del templo de Jerusalem, rasgada por una mano invisible en la muerte de Jesús.

Yo había crecido en la orfandad y sin aviso ni disciplina. El mudo recinto de la vivienda me persuadía a solicitar en calles y plazas el desenfado, el esparcimiento de mi juventud rebelde. Una mujer inmaculada, ajena de sí misma, se recató de mí y del trote petulante de mi caballo en el secreto de su ventana. Había reposado la vista en las formas de un arrebol mágico.

El conde Alfieri, obstinado en el énfasis de la tragedia, había permanecido antes en la misma ciudad y más de un vecino ponderaba su desvío de los hombres, su refugio en la avenida del ciprés atónico y del sauce de la elegía. El artista meditaba a solas en un amor inclemente, en una visión tácita.

Ensayé repetidas veces el hallazgo de la mujer pensativa y de su palacio gentil y me perdí sin desquite en medio del día. Yo dibujé en el sosiego de la noche unas letras dominantes en la frente del edificio y vine a perder la afición a la oscuridad y al polvo de mi casa recóndita. Un sobresalto, primicia del infortunio, dividía a cada paso mi pensamiento y me arrojaba a una amistad impura.

LOS PALADINES

LOS CABALLEROS, sujetos a un voto difícil, habían edificado una iglesia redonda, acordándose del Santo Sepulcro.

Vivían en un espacio oprimido por el cielo bajo, de colores muertos, y abrazaban la tribulación y guardaban el ayuno.

Se habilitaban para las faenas y peligros de la milicia por medio de penitencias inexorables y miraban la inanidad de la gloria en la imagen del lagarto de las ruinas, pintada en la mejilla de una cabeza descarnada. No se ejercitaban para el acaso de las hostilidades usando con los animales simples el artificio y el rodeo de la caza, en donde los antiguos vieron el simulacro de la guerra.

Se despojaban de la severidad para festejar el nacimiento del Salvador y se esparcían con el desagravio del asno, ceremonia risueña, y escogiendo por soberana de ellos mismos, durante esa jornada, a la doncella más hermosa del lugar, prevenida de ejercer su autoridad con fines caritativos.

EL DOMICILIO DEL EIDER

LA MANTECA viciada, el comestible rancio, el pescado fétido provocaban el escorbuto y la sarna en la isla secreta. Los naturales se felicitaban de su longevidad. Yo conocí más de un anciano de faz devorada.

Los pescadores aliviaban mi nostalgia alejándome de la costa de hierro en sus esquifes agudos, sobre un mar impasible.

El sol rezagado, el de una latitud anómala, variaba los colores del témpano en medio de una superficie de cobalto y se complacía en la amatista religiosa y en el ópalo de Bizancio.

Yo regresaba de la correría marítima a esconder la desesperanza en una vivienda singular. Los huesos de una ballena habían servido para su fábrica.

Me esforzaba infructuosamente en conciliar el sueño después de repetir un salmo gemebundo. Un rey me había proscrito de Dinamarca.

Yo volvía la mente a la doncella de mis afectos y celebraba su valentía en el acto de alentarme al destierro. Un sapo verrugoso, en el cieno torpe, levantaba su voz en honra de la luna y de la aureola fatídica de su tristeza.

La doncella de mis afectos había alcanzado las visiones de Santa Brígida y sentía a menudo la voz del Crucifijo. Su cadáver inmarcesible reposa en un ataúd de vidrio, a la vista de unas monjas de alma celeste.

LAS VIRTUDES

RECUERDO EL FESTEJO de las nupcias en la noche transparente. Un artista nómada rozaba con una pluma las cuerdas metálicas de un instrumento de su invención. El sonido secundaba el efluvio de los jazmines. Yo soñaba en el arribo inmediato de un califa.

El cortejo de las vírgenes disipó en un instante el sinsabor de mi niñez pensativa. Sus nombres musicales, de origen italiano, circulaban en medio de alabanzas. Ningún mortal sino Dante pudo referir un caso de igual felicidad. Yo suspiraba y sonreía al mismo tiempo.

La fiesta sucedía al luto de la guerra y demostraba una vitalidad inmune. Los vecinos se habían sacrificado con altivez y honraban el ejemplo de sus mártires. Yo no advertí sino el vestigio del conflicto en los montes de la ciudad, el día de retirarme para siempre. La brisa enderezaba por un mismo camino los arboles y la nave de la ausencia.

El cortejo de las vírgenes, de sonrisa tímida, ha desaparecido del mundo. He adivinado sus voces, reunidas en un cántico, al perderme voluntariamente en el limbo de la esperanza. Un río de plata divide al sesgo una pradera de la eternidad y un ciervo, el de San Huberto, muestra la pesadumbre del viernes santo. Yo me recreo en el episodio de mi infancia y en la ilusión de las voces y fío en morir a la vista de los ojos diamantinos.

FALENA

ESBELTA Y SERÁFICA, vestida de negro, se recataba del sol. La sombra había pulido su tez de mármol.

Yo sufría del cautiverio de mi voluntad y pensaba en las cadenas invisibles, imaginadas por un aeda, labor del numen del fuego.

Juntos los dos, desde el balcón florido, maravillábamos la selva trémula y un cazador alado, mensajero de la muerte, desprendía de los árboles las hojas de plata y visitaba la fuente de los ciervos.

Yo velaba hasta el alba, en presencia de mi señora, despidiendo el sueño de mis ojos y bajo el relente del cielo cristalino. Las alondras del júbilo huían a perderse en la inmensidad, amedrentadas por una elegía monótona.

Las doncellas de su amistad y servicio se desconsolaron en la semana del anuncio y repitieron de un modo fatídico la actitud escultural de las vírgenes de Ismenia y sus voces juntas en un solo treno.

El principio de su ausencia, la funesta visión, ocupa a toda hora mi pensamiento. Se había retirado a descansar, lamentando la opresión de unos dedos de hierro en su frente lacia y desde su recámara me citó con adioses gemebundos. Un ser indescifrable, de ojos hendidos y faz lívida, presidía una moji-ganga nocturna.

EL APRENDIZ

YO ME ESFORZABA en atinar los vestigios de una sombra aventurera. Le atribuía la rueda y el compás, los avíos de Santa Catalina o de Urania, e imaginaba su descenso de una sala etérea, de un reino inverosímil.

Yo trataba entonces con el maestro de un arte sublime, autor de edificios reflejados en las linfas del Rhin, y atento a imitar la regularidad sideral, la melodía visible del cielo.

Yo horadaba continuamente la tierra para descubrir maravillas sombrías. Un ser proscrito me había celebrado a solas los aposentos y corredores de una urbe sepultada y añadía los méritos del gnomo en la fábrica del cristal y su recelo de los hombres. Una piedra me separó de la entrevista, cayendo de reposo en las aguas de una laguna crepuscular.

Yo vine a pensar en los artistas de una raza difunta y soterrada. Los residuos de su grandeza habían inspirado sin duda la disciplina de mi consejero y maestro y yo erraba al asignarle un origen celeste. El espíó desde ese momento mis pasos, sin arrepentirse de su benevolencia, me siguió por una caverna sinuosa y me recogió, inerte y desvariado, delante de un sepulcro distinguido con la rueda y el compás, los signos de Santa Catalina o de Urania.

LA PIA

EL TEMOR encadena mis facultades si pienso en la aridez, en el olvido, en el silencio mágico del país fulminado.

Una forma leve se dibujaba en el aire. Se había desprendido de un cortejo de heroínas, de santas imperfectas, alejadas en un cielo fatal, desiguales con el privilegio del nimbo.

Yo vine entonces a reconstituir la desventura de una joven ferviente, ajena del siglo. Murió víctima de los celos, precipitada de un mirador, y yo la recogí de la tierra. He sostenido la verdad de su inocencia.

Una gracia, un bien superior a las ventajas del mundo, retribuye mi denuedo. Su imagen cristalina me socorre en los trances de la amargura, adivinando, desde el mirador de su tragedia, los colores atónitos del alba.

LA CANONESA

YO VISITÉ la ciudad de la penumbra y de los colores ateridos y el enfado y la melancolía sobrevinieron a entorpecer mi voluntad.

El sol de un mes de lluvia provocaba el hechizo del plenilunio en el espejo del suelo glacial. Yo salí a recrear la vista por calles y plazas y pregunté el nombre de las estatuas vestidas de hiedra. Prelados y caballeros, desde los zócalos soberbios, infundían la nostalgia de los siglos armados de una república episcopal.

Una iglesia esculpida y cincelada imitaba la de San Sebald en la vetusta Nuremberg. Las imágenes de la puerta reproducían el semblante del águila, del león y del buey.

Los nativos se esmeraban en la fábrica de juguetes infantiles, de tiorbas angélicas, salterios y laúdes. Una doncella me separó de la reverencia a los monumentos arcaicos, me otorgó el privilegio de su amistad y vino en referirme su vida sombría, un ejemplo de sencillez y de sacrificio. Ofrendaba su juventud a la memoria de un hermano fallecido antes de tiempo y lo sustituía, conservándose pura y célibe, en el consejo de una orden militar.

ELAINA

LA VIRGEN duerme el sueño invariable en su ataúd de vidrio. Una lámpara de piedra ilumina el bajo relieve de la pasión en la iglesia nocturna. El reguero de la lluvia divide las piezas del tejado y disemina en los muros una broza caduca.

La virgen se incorpora de donde yace, en los días de portento y de amenaza. Su voz incoherente ha revelado las maravillas de otro siglo, del mundo sobrenatural, el alivio de las almas del purgatorio en el viernes santo.

Los naturales no se atreven a depositarla en el seno de la tierra y admiran cómo pasó de una juventud alegre al pensamiento ensimismado, a un afecto mortal y conflictivo. La doctrina mística no consiente la desmedida afición a las criaturas.

La virgen del sueño padece con las zozobras de los enamorados y los endereza por el camino del remedio. Yo vivía consumido por la desesperanza y di con el solaz permaneciendo de rodillas al pie del ataúd de vidrio.

Yo no sabía de la virgen del sueño ni de esa manera de salud durante los días de lluvia del año marchito, cuando las nubes arrojaban sobre las colinas una gasa fría. Descubrí la iglesia del prodigio y miré en la actitud prosternada y humilde un requisito para el hallazgo del júbilo, al romper el alba de la primavera y en vista de un mensaje del hada golondrina.

EL PEREGRINO FERVIENTE

YO SUFRÍA en paz el sinsabor de los cielos ateridos. Un esplendor lívido, el sol extraviado, nació debajo del horizonte e iluminaba la urbe glacial. El agua de los meteoros ennegrecía las casas monumentales.

Un monje reflexivo, poseído de la soberbia, conocía los secretos de la mecánica y de la magia natural. La cabeza de un autómatas anunciaba el porvenir y yo la consulté sin remordimiento.

Yo recibí ese día un castigo de origen arcano. Pasabas de esta vida a ocultas de mí y sin esperanza. Yo vine a perderme en la sombra y en el polvo de un palacio frágil, seguí los errores de un fantasma ciego, de una efigie entrevista bajo las tenues gasas de Eurídice y volví a la plaza misma del ingreso, después de una ronda febril.

Yo emprendí la vuelta de mi patria en medio del rumor de una inmensa desventura. Los hombres desertaban de las ciudades, huyendo de la peste y de los ludibrios del miedo. El incendio de las ricas mansiones desentumía al lobo condenado.

Unas vírgenes de tu amistad, inspiradas en el ejemplo de tu virtud y vestidas con el atavío del fantasma ciego, de la sombra aérea, me encaminaron al lugar de tu sepulcro, me arrodillaron al pie de tu imagen de alabastro.

CONSTANZA

ME SOBRECOCHE el remordimiento al precisar la imagen esbelta y seráfica, asomada del limbo del olvido. Desde las iglesias subía la plegaria de los bronce al infinito de la bruma. Yo sustentaba la semejanza de la doncella fiel con la pasionaria.

Yo la visitaba en su casa antañona, bajo el atisbo de sus deudos y valedores decrepitos. Me detenían con el objeto de referirme episodios elegantes, el auge de la ciudad convertido en lacería, el orgullo de los notables y la virtud de las damas en presencia de un ejército vencedor, atento a la honra y servicio de la corona de Castilla. Una mujer de su linaje, de belleza casta, vino a morir en esos días agitados y los jóvenes de una y otra parcialidad se unieron en la pesadumbre. Los ancianos me describían, sin darse cuenta, los funerales de Julieta.

Me ensalzaban el amor de un iluso a una señora de gesto solemne, los escritos de una pluma vivaz y los desahogos bizarros del afecto al recibir el informe de su viaje en la carreta del sepulturero, en medio de una peste. Yo quise esclarecer la valentía del abnegado con recitar en la junta senil la nota humilde, llorosa, de Petrarca en la orla de su manuscrito virgiliano con motivo del fallecimiento de Laura, en la sazón igual de una epidemia.

Yo vivía a mi antojo en el aire de ruina y de leyenda y me descuidé en aliviar de su hastío a la doncella de alma inocente. Se limitaba al sacrificio de la misa en la primera luz del día, a una hora tenue, y viajaba a una visita de condolencia en la carroza tiránica de una virgen triste en el siglo de Cervantes.

El temporal nace en la incertidumbre del océano y asalta por momentos su tumba derruida. Yo no podría contar a sabiendas sus dolores últimos, pero más de una vez la he imaginado de rodillas y con las manos juntas, salvando por medio de la voz el muro de un encierro lúgubre.

LA HUELLA

UNA LUZ febril recorría los cielos en la noche del viernes santo.

Yo distinguía los perfiles de una ciudad oculta en la sombra y el símbolo de una escala de sonos volátiles en el silencio penitente.

Yo me había asomado a la ventana después de consignar en un escrito los azares de una pasión ideal. Yo volvía el discurso al caso de Dante, a sus cuitas de amor en la cámara del sobresalto y de la amargura.

Yo sufría del arrojío de mi pensamiento. Una forma aviesa imitaba el objeto de mis devaneos y sugería con el ademán la vista de un suplicio.

El temporal, nacido en unos montes lívidos, fugaba delante de sí el tumulto de las tinieblas y esparcía las voces de una multitud precita. Yo dije entre alabanzas el nombre soberano, cifra de mis anhelos, y el fantasma lacónico se deslizó de mi presencia, dejando en su vez un reguero de polvo.

EL BUHONERO DE GALATA

YO DESCANSABA de mis fatigas en el receso de un desván. Un negociante de raza armenia me había alentado en el oficio de perfumista. Yo fascinaba los incautos abusando del nombre de Cleopatra y encareciendo sus recetas maravillosas.

Una carantoña aleve y un mensajero etíope, avezados al castigo servil, insinuaban en más de un harem fanático el prestigio de mis arreboles y drogas.

La mujer apuntaba la originalidad y el relieve del orbe musulmán y se detenía en los momentos de ansia, perentorio, de alguna tragedia flébil. Una cautiva de origen persa, contenta de su forma gentil, se había atrevido con la hermana del sultán, hiriéndola en el rostro con la guía de un abanico de plumas, y fue vencida y estrangulada por los sicarios de su dueño, verdugos de habilidad siniestra. El sultán escogió para la tumba el mármol de vena azul, prodigado en los edificios y pabellones del Bósforo, y cultivó a la redonda y de su mano el mirto y el jazmín.

El mensajero etíope me refería el cautiverio de su niñez, mostrándome el vestigio del azote rudo, y se esparcía en decantar el pánico de la fuga a través de la arena soñolienta, febril. Mitigaba la acedumbre de sus memorias describiéndome su establecimiento en la gruta de un dervís ladino y el progreso y la bonanzas alcanzados con el hábito de seguir una devoción aparente.

Mi trato con el etíope y la mujer astuta cesó de un modo repentino. Llevé a cabo, por su consejo, una aventura distinguida y libré desde entonces la salud en el retorno a casa, a las banderas de Cristo. Convine en ocultar, lejos de los infieles, el infante de una odalisca griega, amenazado por la cólera de su rival, y lo deposité en la cabaña de unos labradores albaneses.

La odalisca me había requerido a tomar de sus brazos el niño infeliz. Desde el suelo, donde había caído de hinojos, me inspiró lástima perenne, fidelidad esclarecida. Juntaba en su persona la faz y el nombre de Ismenia, la hija inconsolable de Yocasta.

LA CIUDAD DE LOS ESPEJISMOS

YO CULTIVO las memorias de mi niñez medítábunda. Un campanario invisible, perdido en la oscuridad, sonaba la hora de volver a casa de recogerme en el aposento.

Ruidos solemnes interrumpían a cada paso mi sueño. Yo creía sentir el desfile de un cortejo y el rumor de sus preces. Se dirigía a la tumba de un héroe, en el convento de unos hermanos inflexibles, y transitaba la calle hundida bruscamente en el río lánguido.

Yo me incorporaba de donde yacía, atinaba un camino entre los muebles del estrado, sala de las ceremonias, y abría en secreto las ventanas. Porfiaba inútilmente en distinguir el cortejo funeral. Una vislumbre desvariada recorría los cielos.

No puedo señalar el número de veces de mi despertamiento y vana solicitud. Recuperaba a tientas mi dormitorio, después de restablecer el orden en las alhajas de la sala. Un insecto diabólico provocaba mi enfado ocultándose velozmente en la espesura de la alfombra.

La ruina de las paredes había empolvado la sala desierta. Mis abuelos, enfáticos y señoriles, no recibían sino la visita de la muerte.

Yo no alcanzaba a desprenderme de los fantasmas del sueño en el curso de la vigilia. La mañana invadía de tintes lívidos mi balcón florido y yo reposaba la vista en una lontananza de sauces indiferentes, en un ensueño de Shakespeare.

EL JARDINERO DE LAS ESPINAS

UN RELICARIO de bronce guardaba, más de mil años, los despojos de una virgen cristiana arrojada al Tíber. Yo había reconstituido algunos episodios de su jornada en este mundo por medio de las noticias breves, lineales, de una crónica devota.

La iglesia de su descanso dominaba una vía desierta. Las reliquias de los jardines y palacios declaraban el esfuerzo magnánimo de los antiguos. Yo visité el paraje en la mitad de noviembre, bajo un cielo de ópalo, desnudo y friolento. Yo me detuve al pie de un árbol de hojas invictas y las persuadí al sosiego recitando unos versos augurales de Virgilio.

Adiviné en ese momento uno de los prodigios atribuidos a la virgen martirizada. Su imagen ilusoria había consolado los días de un proscrito de la Edad Media, de un enfermo arrojado lejos de los hombres, impedidos en su cubil de helecho, y había puesto en sus manos el arpa de Israfel. Un judío de vida imperecedera me había revelado el nombre del primer músico en el cortejo de los ángeles.

Yo me restablecí de un afecto desvariado asumiendo una actitud contemplativa, esforzándome en dibujar la figura ideal de la santa. Yo me perdí adrede en la soledad de unos montes bruñidos y me abandonaba sobre un reguero de piedras. Una golondrina desertaba de los suyos en el mes de sombras de la cuaresma y creaba delante de mí, enredándose en mis cabellos, la vista de la vía desierta y de la iglesia del relicario en la Roma pontifical.

SERAFITA

YO PRESENCIO el sombrío castigo del orgullo.

El rey díscolo se envanece de su virtud inflexible.

Una piedra, lanzada por la mano de un palurdo, hiera en el rostro la imagen profana de la victoria, alhaja de la frente del alcázar.

Los ruiseñores líricos, bajo el cielo uniforme, celebran un encantado país. Infunden la nostalgia del sol y del tornasol y se declaran cautivos de unas flores ataviadas según el retozo de Iris.

Un arduo pensamiento lastima, desde la viudez, el alma del rey. Los familiares huyen del ambiente de pureza y desvarío.

Su hija cruza, aérea y celeste, los aposentos y las torres. Oye el himno de las alondras al triunfo del guerrero místico del cáliz mágico.

EL TEJEDOR DE MIMBRES

UN AVE ESPECTRAL, imagen de la pesadumbre y del sacrificio, volaba entre el humo y el ámbar de noviembre. Yo me perdía en la contemplación del vuelo monótono.

Los hábitos indolentes, la afición al ensueño, impedían mi rescate de la miseria. Yo me escondía en la maleza de un río palustre.

Una beldad seráfica aparecía a interrumpir mi desidia y me señalaba el camino del océano. Yo me aventuraba a recoger unas hierbas salobres y, pensando en el atavío de su persona, las despojaba de sus flores de marfil, emitidas súbitamente en el día más prolijo del año.

Yo asistí de lejos a la fiesta de sus bodas, perdido en la muchedumbre de los descalzos. La doncella clemente vestía de luto y las luces de la basílica, una joya italiana, la rodeaban de una aura mortecina. Había nacido para el embeleso de un amor ideal.

Pasó brevemente de esta vida. Su caballo la derribó por tierra, al emprender un viaje fortuito.

Yo penetré en la sala de su vivienda, la semana misma del llanto. Los deudos solemnes preguntaban el linaje de sus flores de marfil, reunidas sobre un cojín de terciopelo. No alcanzaban a comprender su origen de un mundo invisible.

EL ARRIBO FORZOSO

LA FRAGATA divide el mar de las ballenas y suspende la correría en el archipiélago de las aves. Los indígenas habitan cobertizos de madera y viven de la pesca, bajo un cielo de hollín.

El mito resume el origen de la sociedad mó dica.

El cuervo de la aventura, par del lobo en el festín de la batalla, dirige la nave del pirata ancestral, en una edad impía, y detiene el vuelo en el monte desnudo, en la cima de vidrio.

Yo me propongo recorrer la isla de basalto, percibir el lienzo de nieve.

Las olas de ritmo funeral mecen unos veleros de España en la rada sombría. Yo vuelvo la memoria a los mareantes vizcaínos, augures de la mitad del orbe en un siglo ignaro, y los diviso atónitos delante de la aurora boreal, danza de luces, asueto de corte en la soledad húmeda.

Visito la ciudad episcopal y sufro el ascendiente de la mujer súbita en una calle gris, donde prevale el signo procerco de la ojiva.

He descrito su efigie al pastor de almas, cuando me hospedé en su vivienda ese mismo día. Una lámpara de tierra, abastecida del aceite de un pez y dibujada conforme un arte secular, iluminaba la entrevista.

Señaló en el hallazgo fortuito un presente de la gracia. La faz convenía a la reina de un pasado arcaico, devota del viacrucis. Los ojos inspiraban el ansia de un mundo invisible y lucía, en realidad, el hábito de una estatua yacente, sobre una tumba de hierro, en el país de la lluvia.

EL BIENAVENTURADO

UNAS LUCES mágicas retozaban en las aguas inmóviles del mar. Las cabañas de la ribera, escasez y ruina, surgían y zozobraban alternativamente en la sombra.

Los nativos interrumpían mi sueño pregonando la desnudez y el frío. Yo me retiraba de sus lágrimas a la esquizofrenia de unos montes eremíticos y volvía tarde a su vecindad.

Yo vivía atento a los desahogos del dolor. La diaconisa de mirada inocente y voz angélica me había señalado ese medio de juntar méritos, de crecer en salud y sabiduría.

Yo recibí el mensaje de la gracia en su cántico de acento gris. El salmo del exilio y de la congoja subía de la celda a las ventanas de mi sala, en el país erial.

Una lástima infantil, merced de mi visita a los desheredados, y el treno de la nostalgia a una misma hora del día me convirtieron fácilmente al hábito del sacrificio. A la vista de los arboles de un ocaso flamante, adolecí de la memoria del viacrucis.

FANTASIA DEL PRIMITIVO

LOS QUERUBINES de semblante esclarecido vibraban sus espadas versátiles de fuego.

Las estrellas de lumbre entusiasta animaban el portento de la noche diáfana, erigían los guiones pontificales del cortejo de las virtudes e imitaban su cántico de esperanza.

Yo descubría delante de mis pasos el amaranto del certamen de los trovadores, la sencilla rosa de carmín y el junco ritual, el cingulo del poeta florentino en el alba del purgatorio.

Yo me vi rodeado de mis sueños y memorias de la tierra. Siguiendo el hilo de un río lacio, un grifo solemne dirigía un bajel, ataúd de la virgen del nimbo, sacrificada en un eclipse. Desde su sepulcro había revolado sobre la humanidad, en alas del pavor, la protesta de su fe.

Yo recibí la gracia de atinar con el secreto de prodigios recatados a la mente profana del hombre. Convertida en una forma celeste, la virgen del nimbo alentaba los paladines del empíreo al socorro de los conflictos de los fieles y ella misma había serenado la faz y enaltecido la última hora de Roldán.

OMEGA

CUANDO LA MUERTE acuda finalmente a mi ruego y sus avisos me hayan habilitado para el viaje solitario, yo invocaré un ser primaveral, con el fin de solicitar la asistencia de la armonía de origen supremo, y un solaz infinito reposará mi semblante.

Mis reliquias, ocultas en el seno de la oscuridad y animadas de una vida informe, responderán desde su destierro al magnetismo de una voz inquieta, proferida en un litoral desnudo.

El recuerdo elocuente, a semejanza de una luna exigua sobre la vista de un ave sonámbula, estorbará mi sueño impersonal hasta la hora de sumirse, con mi nombre, en el olvido solemne.

**LAS FORMAS
DEL FUEGO**

(1929)

A Carmen Elena de Las Casas

LAS RUINAS

SENTÍA BAJO mis pies la mollicie del musgo de color de herrumbre, aficionado a la humedad. Proliferaba sobre el tejado y en la rotura de las paredes y de las ménsulas.

Sobre la maciza escalinata había corrido un tropel de caballos alados y de zueco de hierro, a la voz de un héroe imberbe, lisonjeado por la victoria. Hería con una maza ligera y usual como un cetro, de cabeza redonda y armada de puntas metálicas.

Yo visitaba, después de un decenio, el palacio de techo hundido. La lluvia, descolgada perpetuamente a raudales, había desnudado, de su delgado tapiz de tierra, la roca de granito situada a los pies y delante del edificio. Su acceso había llegado a ser una cuesta difícil.

Yo me incliné delante de la imagen de un santo, aposentada en su vetusta hornacina, orlada de parietarias, y bajé a perderme en una senda de robles. Desde sus ramas bajaban hasta el suelo de arena los sarmientos péndulos de una flora adventicia.

Yo seguí por ese camino, solo y sin deponer la espada, y vine a sentarme, ansioso de meditar y de leer, en un poyo de piedra, ceñido al pie de un árbol imprevisto.

Sus hojas amarillas y de un revés grisáceo vibraban al unísono del mar indolente y una de ellas, volando al azar, rozó mi cabeza y vino a llenar de fragancia las páginas de mi libro de Amadís.

EL RITO

ME HABÍAN traído hasta allí con los ojos vendados. Llamas sinuosas corrían sobre el piso del santuario en ciertos momentos de la noche sepulcral, subían las columnas y embellecían la flor exquisita del acanto.

Las cariátides de rostro sereno, sostenían en la mano balanzas emblemáticas y lámparas extintas.

Me propongo dedicar un recuerdo a mi compañero de aquellos días de soledad. Era amable y prudente y juntaba los dones más estimados de la naturaleza. Aplazaba constantemente la respuesta de mis preguntas ansiosas. Yo le llevaba algunos años.

El murió a manos de una turba delirante enemiga de su piedad. Me había dejado en la ignorancia de su origen y de sus servicios.

Yo estuve cerca de abandonarme a la desesperación. Recuperé el sosiego invocando su nombre, durante una semana, a la orilla del mar y en presencia del sol agónico.

Yo retenía un puñado de sus cenizas en la mano izquierda y lo llamaba tres veces consecutivas.

LA ISLA DE LAS MADREPORAS

LOS SALVAJES miran una mueca en el rostro de la luna. Se llenan de susto e imputan al ogro nocturno alguna ofensa infligida al astro malignante.

Sintieron durante el sueño sus pisadas rotundas. Debía de apoyar en ese momento su talla desemejable sobre un asta arrancada del bosque.

El más gallardo de los mozos se dispone a salir en demanda de la ballena. Los compañeros celebran sus hazañas de cazador, su impavidez en el escalamiento de las montañas y traen su genealogía del buitre carnicero.

Un lamento del bosque desaconsejaba la empresa del joven caudillo y sonó más fuertemente al salir en su nave de velamen de esparto.

Los compañeros lo seguían cabizbajos y se equivocaban a menudo en la maniobra.

El joven cazador, esperanza de una sociedad natural, divisa un pez desleznable y lo persigue apasionadamente. Los compañeros se quejan de la caza infructuosa y proponen el retorno.

El joven caudillo pierde el dominio de sí mismo y solicita derechamente su ruina. Se enreda en la soga del arpón y lo dispara consumiendo el esfuerzo de su brazo.

El pez herido lo arrastra al abismo de las aguas y un torbellino de gaviotas señala, días enteros, el paraje del suceso.

ACIBAR

YO LO TRASLADÉ sobre mis hombros a la fosa nocturna, al abismo de la naturaleza mecánica, a reposar de su dolor inclemente.

El crepúsculo simulaba el día de un pasado originario en donde nacieron, del aire y de la tierra, las formas de la vida inmarcesible.

Una flor de corola de seda, presea de su último baile, sucumbe en un vaso de cristal de figura esbelta. Reflejaba las vicisitudes de la enfermedad y el estrago de la fiebre solapada.

Adopté, en consecuencia de su muerte, una severidad lacónica y suprimía celosamente el desahogo del pesar continuo.

Yo estaba sentado, cerca de la media noche, delante de una mesa artística, en una taberna de lujo. Bebía cerveza en un jarro de pino de Alemania.

Un importuno me recordó la suerte del extinto y puso delante de mis ojos la ruina y lasitud de su prometida.

Hube de soltar en ese momento la pesadumbre sojuzgada. La imagen de su amada infeliz sacó de mí ser un sollozo recóndito y mi cabeza cayó pesadamente sobre el mármol de la mesa de ébano.

EL TALISMAN

VIVÍA SOLO en el aposento guarnecido de una serie de espejos mágicos. Ensayaba, antes de la entrevista con algún enemigo, una sonrisa falsa.

Había exterminado las hijas de los pobres, raptándolas y perdiéndolas desdefiosamente. Alberto Durero lo descubrió una noche en solicitud de una incauta. El galán se había provisto de un farol de ronda para atisbar a mansalva y volvió a su vivienda después de un rodeo infructuoso y sobre un caballo maciento. El artista dibujó, el día siguiente, la imagen del caballero en el acto de regresar a su guarida. Lo convirtió en un espectro cabalgante y le substituyó el farol de ronda por un reloj de arena.

El caballero habita una casa desprevenida de guardianes, sumida en la sombra desde la puesta del sol. No se cuenta de ningún asalto concertado por sus malquerientes.

Se abandona sin zozobra al sueño inerte. Fía su seguridad al efluvio de una redoma fosforescente, en donde guarda una criatura humana, el prodigio mayor del laboratorio de Fausto.

EL MANDARIN

YO HABÍA perdido la gracia del emperador de China.

No podía dirigirme a los ciudadanos sin advertirles de modo explícito mi degradación.

Un rival me acusó de haberme sustraído a la visita de mis padres cuando pulsaron el tímpano colocado a la puerta de mi audiencia.

Mis criados me negaron a los dos ancianos, caducos y desdentados, y los despidieron a palos.

Yo me prosterné a los pies del emperador cuando bajaba a su jardín por la escalera de granito. Recuperé el favor comparando su rostro al de la luna.

Me confió el debelamiento y el gobierno de un distrito lejano, en donde habían sobrevenido desórdenes. Aproveché la ocasión de probar mi fidelidad.

La miseria había soliviantado los nativos. Agonizaban de hambre en compañía de sus perros furiosos. Las mujeres abandonaban sus criaturas a unos cerdos horripilantes. No era posible roturar el suelo sin provocar la salida y la difusión de miasmas pestilentes. Aquellos seres lloraban en el nacimiento de un hijo y ahorrabán escrupulosamente para comprarse un ataúd.

Yo restablecí la paz descabezando a los hombres y vendiendo sus cráneos para amuletos. Mis soldados cortaron después las manos de las mujeres.

El emperador me honró con su visita, me subió algunos grados en su privanza y me prometió la perdición de mis émulos.

Sonrió dichosamente al mirar los brazos de las mujeres convertidos en bastones.

Las hijas de mis rivales salieron a mendigar por los caminos.

EL CASTIGO

EL VISIONARIO me enseñaba la numeración valiéndose de un árbol de hojas incalculables. Pasó a iniciarme en las figuras y volúmenes señalándome el ejemplo del cristal y la proporción guardada entre las piezas de una flor. Descubría en el cuerpo oscuro un átomo de la luz insinuante.

El visionario desaparecía al caer la tarde en un esquife de cabida superficial. Creaba la ilusión de zozobrar en una lejanía ambigua, en medio de un tumulto de olas. Yo miraba flotar las reliquias de su veste y de su corona de ciprés.

Volvía el día siguiente a escondidas de mí, usando el mismo vestido solemne de un sacerdote hebreo, conforme el ritual de Moisés.

Comentaba en ese momento el pasaje de un rollo de pergamino, escrito sin vocales. La portada mostraba la imagen del licaón, el lobo del Africa. Terminaba citando el nombre de los profetas vengativos y soltaba a faz de la mañana un himno grandioso donde se agotaba el torrente de su voz.

Dejé de verlo cuando se puso a hablar temerariamente, a través del espacio libre, con un astro magnético.

La rotonda, en donde se había acogido, vino súbitamente al suelo, rodeada de llamas soberbias.

EL EMIGRADO

QUEDÉ SOLO con mi hijo cuando la plaga mortífera hubo devastado la capital del reino venido a menos. El no había pasado de la infancia y me ocupaba el día y la noche.

Yo concebí y ejecuté el proyecto de avecindarme en otra ciudad, más internada y en salvo. Tomé al niño en brazos y atravesé la sabana inficionada por los efluvios de la marisma.

Debía pasar un pequeño río. Me vi forzado a disputar el vado a un hombre de estatura aventajada, cabellos rojos y dientes largos. Su faz declaraba la desesperación.

Yo lo compadecí a pesar de su actitud impertinente y de su discurso injurioso.

Pude alojarme en una casa deshabitada largo tiempo y acomodé al niño en una cámara de tapices y alfombras. El padecía una fiebre lenta y delirios manifestados en gritos.

El mismo hombre importuno vino a ofrecerme, después de una noche de angustia, el remedio de mi hijo. Lo ofrecía a un precio exorbitante, burlándose interiormente de mis recursos exiguos. Me vi en el caso de despedirlo y de maldecirlo.

Pasé ese día y el siguiente sin socorro alguno.

Yo velaba cerca del alba, en la noche hostil, cuando sentí en la puerta de la calle, una serie de aldabonazos vehementes.

Me asomé por la ventana y sólo vi la calle anegada en sombras.

Mi hijo moría en aquel momento.

El hombre de carácter cetrino había sido el autor del ruido.

SPLEEN

EL VIAJERO inglés era la imagen del remordimiento. Se había separado de los hombres y los retaba a cara descubierta. Recorría con paso autoritario el esquife de un pescador cipriota, en la vecindad de una costa árida, frecuentada de cabras.

El pescador gemía disuadiendo del peligro al magnate presuntuoso, de gesto de pirata.

El inglés se proponía mirar de cerca la muchedumbre de los infieles, junta para el exterminio de la civilización. Acampaban en donde antes crecía el viñedo y el olivar. El humo tortuoso de una fogata se criaba en el vestíbulo de un antro, reliquia venerada por los escolares de las naciones cultas, y seguía a infectar el aire enérgico del mar. Aquel humo vedaba la lumbre del sol y significaba un puñado de tierra lanzado al disco divino.

Un militar croata, desertor de la fe de sus mayores y contento de los extremos de una vida equívoca, dirige la artillería de los infieles y deshace el esquife en el segundo tiro.

El pescador, alcanzado en el hombro, no pudo intentar un esfuerzo y se convenció de la verdad de su temor. Las olas bulliciosas llevaban y traían, una hora después, su cadáver anémico y liviano.

El inglés volvió al real de sus compañeros y se ofreció de nuevo para el servicio de escampavía.

Se comparaba a un nadador mitológico e insistía en la veracidad de los aedas.

EL GUIA

SUCUMBÍAMOS de sed en el territorio cálido. Un aliento de fuego se levantaba del arenal reverberante, ceñidor de un lago salado.

Uno de los nuestros arrojó una piedra dentro de un pozo de betún y provocó un incendio y sucesivos estampidos.

Nosotros buscábamos el domicilio de la raza veraz de los íranios, bajo la dirección de un guía indiferente.

Debíamos subir una montaña caliza y hospedarnos en una ciudad de hombres corredores del monte, destruida por los terremotos.

Los caballos morían de comer un ajénjo rastrero o de la ponzoña de los escorpiones.

No vimos en aquel trayecto señales de habitación, sino las reliquias de pabellones de campaña y de otras viviendas efímeras. El paraje calizo y monótono había enfermado de tedio, veinte años antes, una colonia de desterrados.

Los cazadores aguerridos de la ciudad aislada en la zona volcánica, se abstuvieron de molestarnos. Vestían pantalones anchos, recogidos inferiormente en unas polainas, y mostraban en la cintura un arsenal inquietante.

Vivían en el presente, limitando, estoicos o mezquinos, las necesidades. El humor bravío y el juicio rudimentario surgirían el temperamento de las aves de presa.

El guía taciturno, enemigo del júbilo, se retiró de nosotros advirtiendo el fin de la jornada.

Escuchamos inmediatamente la bienvenida en el canto de los ruiseñores de Firdusi.

EL REAL DE LOS CARTAGINESES

LOS ENEMIGOS nos atacaban a mansalva, desde sus montes y derrocaderos. Las peñas de aquel lugar simulaban monolitos y columnas e igualaban, cuando menos, la estatura de un hombre.

Los cirujanos, imperturbables ante el lamento de los heridos, trabajaban día y noche extrayendo las flechas más insidiosas, provistas de uñas laterales en forma de anzuelo.

Uno de aquellos hombres bajó, en el secreto de la noche, hasta el pabellón de nuestro caudillo y le dio muerte sin provocar sospecha ni alarma. Nosotros admirábamos un sueño tan prolongado.

Capturamos al invasor cuando escapaba a su satisfacción, dejando muy atrás la raya de nuestro campo. Resistió, sin exhalar una queja, los suplicios más esmerados. No se inmutó cuando el verdugo, asistente de los cirujanos, le cercenó las manos y le soldó las arterias aplicando un hierro candente.

Los próceres del ejército se juntaron en senado venerable para escoger el nuevo caudillo. Uno de ellos optaba por el nombramiento de un jefe despreocupado y listo, capaz de remediar los ahogos del soldado. Veía en la juventud la garantía de la victoria y se esforzó hasta sacarme preferido.

Yo era el más joven de los capitanes.

FARANDULA

EL DRAMA empieza con el altercado entre un joven impetuoso y un cortesano de edad marchita. La controversia es transferida a la presencia del rey y cae bajo su arbitrio.

El progenitor del joven iracundo ha perecido, años antes, en una celada nocturna. Salía de un baile espléndido y retaba a sus enemigos dejando tras de sí y a larga distancia el séquito de sus pajes cabalgantes y portadores de antorchas. El se adelantaba al encuentro de la muerte, cuando sus secuaces le componían una teoría nupcial, conforme la usanza helénica.

El rumor del pueblo acusó al palaciego más cauto y ambicioso, recrudenció el encono del huérfano y lo habilitó para el arresto marcial.

El rey despide a los disidentes y los aleja a reinos dispares, vedándoles la reconciliación antes de un lapso marcado.

El joven caballero ha trabado una conversación casual con la hija del político y se dedica a seguir sus pasos y a contentar sus caprichos y pensamientos. De ese modo se frustra el veto del monarca y el avenimiento ocurre en la Ciudad de Maestros Cantores.

El joven y el ministro destituido confieren sobre las sucesivas perfidias del rey y esclarecen el homicidio del magnate arrogante, adelantado locamente a los suyos en la noche del festival célebre.

Los avenidos vuelven triunfalmente del destierro al acontecer la súbita muerte del rey. La voz del pueblo insiste en haber sido sofocado por sus camareros.

Las bodas del joven impetuoso con la hija del antiguo familiar del soberano se verifican en la sala del baile deplorado.

LA AMADA

LA HERMOSA vela y defiende mi vida desde un templo orbicular, rotonda de siete columnas.

Su voz imperiosa desciende, por mi causa, a las modulaciones del canto.

Salí confortado de su presencia, llevando, por su mandamiento, una rama de cedro.

Descendí por una vereda montuosa hasta la orilla del mar, donde se balanceaba mi esquife.

El cántico seguía sonando, ascendente y magnífico. Paralizaba el curso de la naturaleza. Me alentó a salvar la zona de la borrasca.

El sol permaneció, horas enteras, asomado sobre la raya del horizonte.

LA NOCHE

YO ESTABA perdido en un mundo inefable. Un bardo inglés me había referido las visiones y los sueños de Endimión, señalándome su desaparecimiento de entre los hombres y su partida a una lejanía feliz.

Yo no alcanzaba la suerte del pastor heleno. Recorría el camino esbozado en medio de una selva, hacia el conjunto de unas rocas horizontales, simulacro distante de una vivienda. Desde la espesura, amenazaban y rugían las alimañas usadas por los magos de otro tiempo en ministerios perniciosos.

Un escarabajo fosforescente se colgó de mis hombros. Yo había distinguido su imagen sobre la tapa de un féretro, en la primera sala de un panteón cegado.

La luna mostraba la faz compasiva y llorosa de Cordelia y yo gobernaba mis pasos conforme su viaje erróneo.

Salí a la costa de un mar intransitable y fui invitado y agasajado por una raza de pescadores meditabundos. Suspendían las redes sobre los matojos de un litoral austero y vivían al aire libre, embelesados por una luz cárdena difundida en la atmósfera. Hollaban un suelo de granito, el más viejo de la tierra.

LA SALA DE LOS MUEBLES DE LACA

LA HETAIRA colocó sus pies encima de un escabel de marfil y comenzó a pulsar un laúd de veinte cuerdas dobles. Alteraba a voluntad la longitud de esas cuerdas por medio de unos trastes móviles.

Se inquietaba por la suerte de un pintor de ánades, perdido en la muchedumbre de Cantón o en sus garitos. Los jugadores desleales habían minado con paciencia de topos el suelo de los suburbios.

La hetaira se encontraba sojuzgada por una aspirante al amor del ausente. Imploraba en vano el socorro de una imagen de yeso, armada de un cetro de mandarín y agorera de la felicidad.

La rival conseguía retener al prófugo en el sitio de mayor peligro, en el estrado de los fumadores de opio. El se distinguía para ese momento entre los alucinados y furiosos.

La rival perspicaz se felicitaba de haber sumido al pintor en la desdicha. Anunciaba el éxito final de su maniobra al quemar en el fuego, sin producir ceniza, una piedra de virtud fecunda.

LA PLAGA

MI COMPAÑERO, inspirado de una curiosidad equívoca y de una simpatía vehemente por los seres abatidos y réprobos, andaba de brazo con una joven extraviada.

Intentó disuadirlo de semejante compañía, alegando el porte censurable de la mujer, afectada por la memoria de un hermano vesánico, autor da su propia muerte.

Nos separamos una noche memorable. Las fortunas se hacían y deshacían en el garito de mayor estruendo. Los reverberos derramaban una luz clorótica y aguzaban la fisonomía de los tahures. La angustia electrizaba el aire del recinto y reprimía el aplauso y la risa de las mujeres livianas.

Una muchedumbre de insectos alados, cayó, el día siguiente, sobre la ciudad y difundió una peste contagiosa. Sus larvas se domiciliaban en los cabellos de los hombres y desde allí penetraban a devorar el encéfalo, socorridas de un mecanismo agudo. Arrojan de sí mismas un estuche fibroso para defenderse de alguna loción medicinal. Herían, de modo irreparable, los resortes del pensamiento y de la voluntad. Los infectados corrían por las calles dando alaridos.

Mi compañero se resistió a mi consejo de huir y vino a perecer, sin noticia de nadie, en su vivienda del suburbio.

Los naturales del reino se abstenían de pisar el contorno de la ciudad precita. Los agentes del orden asentados en lugares oportunos, impedían la visita de los rateros y circunscribían la zona del mal.

Yo arrojé la prohibición y conseguí descubrir la suerte de mi amigo.

Abrí, después de algún forcejo, la puerta de su casa y lo vi tendido en el suelo, mostrando haberse revolcado.

Unas arañas, de ojos fosforescentes y de patas blandas y trémulas, saltaban sobre su cadáver. La nueva ralea había despoblado la ciudad, corriendo en pos de los supervivientes.

EL RETORICO

UNA LÁMPARA de arcilla, usada por los romanos, perfila una figura de sombra en la pared. El discípulo de los alejandrinos combate la victoria del cristianismo, afeando la sandez y la ignorancia de sus fundadores y eclipsando la austeridad de los feligreses por medio de una sobriedad elegante y recatada. Escribe disertaciones para contrastar la fábula necia de los hijos del desierto con el mito juvenil de los helenos. Observa en torno de sí una humanidad inferior, empecinada en el seguimiento de una doctrina basta y absurda y se da cuenta de haberse extinguido la clase privilegiada del senador y del oficiante. Mira en la conspiración universal, dirigida al exterminio del júbilo y a la ruina de la belleza, el retorno y el establecimiento definitivo de los antiguos fantasmas del caos y de la nada y se arroja en brazos de la desesperación. Acaba de saber el sacrificio de Hipatia en un desorden popular, animado contra la fama y la existencia de la mujer selecta por la envidia de unos monjes cerriles, y decide refugiarse y perecer de hambre en el santuario de las Musas.

LA VENGANZA DE VIVIANA

YO PERMANEZCO de pies en presencia de la señora. He imaginado, para su belleza de ícono, la estola bizantina y la corona de esmeraldas y berilos.

El traje de luto mejora su tez de jazmín. He visto, durante mi correría por España, la flor primorosa de los infieles.

La señora está sentada en una silla de roble y mira, por la ventana, el bosque maligno. Los soldados de César temieron atravesarlo, según escribe un monje elocuente.

El señor desapareció en la primera mañana de su viaje y el caballo volvió solo, dando señales de pesadumbre.

El cierzo arroja sobre las almenas un cuervo fugitivo.

La señora ordena guarecerlo y prohíbe su caza a los arqueros.

EL NOMADE

YO PERTENECÍA a una casta de hombres impíos. La yerba de nuestros caballos vegetaban en el sitio de extintas aldeas, igualadas con el suelo. Habíamos esterilizado un territorio fluvial y gozábamos llevando el terror al palacio de los reyes vestidos de faldas, entretenidos en juegos sedentarios de previsión y de cálculo.

Yo me había apartado a descansar, lejos de los míos, en el escombro de una vivienda de recreo, disimulada en un vergel.

Un aldeano me trajo pérfidamente el vino más espirituoso, originado de una palma.

Sentí una embriaguez hilarante y ejecuté, riendo y vociferando, los actos más audaces del funámbulo.

Un peregrino, de rostro consumido, acertó a pasar delante de mí. Dijo su nombre entre balbuceos de miedo. Significaba Ornamento de Doctrina en su idioma litúrgico.

La poquedad del anciano acabó de sacarme de mí mismo. Lo tomé en brazos y lo sumergí repetidas veces en un río cubierto de limo. La sucedumbre se colgaba a los sencillos lienzos de su veste. Lo traté de ese modo hasta su último aliento.

Devolvía por la boca una corriente de lodo.

Recuperé el discernimiento al escuchar su amenaza proferida en el extremo de la agonía.

Me anunciaba, para muy temprano, la venganza de su ídolo de bronce.

LA ENTREVISTA

LA HERMOSA descansa a sus anchas en la butaca y la llena con su persona y con las cintas y volantes de su traje suntuoso.

Miro a sus espaldas el campo de yerba alegre y su término en el monte de zafir.

La dama trashumante refiere los percances de la vida mundana, suplicio de la inteligencia susceptible. Reproduce el gesto del sinsabor y se ensimisma a ratos, guardando una pausa lenitiva.

La majestad de su belleza aumenta en el paraje de reposo diuturno, alivio de una alma descontenta. El raudal mitiga una rotura de la sierra y suma, en un remanso, la atmósfera severa del paisaje.

La hermosa perfecciona el hechizo de su rostro de marfil, desatando los cabellos renegridos, en donde se pierde una espiga humilde.

Teme las zozobras del aire, avisadas por los disones y preludios del arpa del otoño, y emprende el camino de su vivienda.

Asume el porte y el paso de una divinidad telúrica, anunciada por un largo trueno de címbalos.

FRAGMENTO APOCRIFO DE PAUSANIAS

TESEO PERSIGUIÓ el ejército de las amazonas, cautivó su reina y la sedujo. La tropa de las mujeres huyó sobre el Bósforo congelado, montada en caballos de alzada soberbia. Una de ellas murió en el sitio de su nombre, donde los atenienses la recuerda y la honran. Las fugitivas volvieron a perderse en la estepa de su nacimiento, socorridas de la brumazón.

Un autor anónimo refiere las valentías del hijo de Teseo y de la amazona cautiva. Se atrevió a solicitar el amor de la sacerdotisa de un culto severo, dedicado a una divinidad telúrica, reverenciada y temida por los esclavos asiáticos.

El joven licencioso contrajo una rara enfermedad de la mente y vagaba delirando por la ciudad y su campiña, amenazando con volverse lobo.

Teseo escucha el parecer de viajeros memoriosos, habituados a la nave y a la caravana, y manda por un médico hasta el valle del Nilo.

El sabio se presentó al cabo de un mes y consiguió sanar al mozo delirante por medio de la palabra y envolviéndolo en el humo de una resina balsámica.

Teseo fiaba en la medicina de los egipcios y lo tenía por el pueblo más sano y longevo de la tierra.

El médico dejó, en memoria de su paso, una efigie de su persona. Yo la he visto entre los simulacros y ensayos de un arte rudimentario.

La figura del egipcio, de cráneo desnudo, mostraba la actitud paciente y ensimismada de un escriba de su nación.

EL COMPLICE

YO TEMÍA la presencia de la castellana. Recelaba de su moral austera y de su orgullo indiferente.

Había despedido varios galanes de humor salvaje, de rudeza castrense. Desdeñaban la mesura del ademán y el acierto del discurso.

Se había retraído de la sociedad, adoptando una vida igual, insípida. Conseguía, a un mismo tiempo, la satisfacción del pundonor y el restablecimiento de la hacienda.

Me prefería entre sus domésticos y familiares. Había ganado su aprecio atendiéndola celosamente y sin precipitación. Me retiraba de su presencia después de contestarle en términos estrictos.

Me citó una vez para contarme su resentimiento de un clerizonte bigardo, criado con bellotas, y captó mi voluntad para el propósito de su venganza.

Lo invitamos a una partida de caza y yo mismo le escogí, en la caballeriza de mi señora, un caballo taimado, lleno de resabios.

Los tres salimos por una avenida al campo llano, en presencia del alba.

La castellana me recordó el grito convenido.

El bruto desleal despidió por delante su jinete, después de ejecutar una serie de saltos vehementes.

Yo me acerqué al rostro inanimado y aconsejé el regreso, dando por fructuosa la jornada.

La primavera había tejido flores modestas, durante la noche, en el paño del verdegal.

MITO

EL REY sabe de los motines y asonadas provocados por los descontentos en torno de la misma capital. Recibe a cada paso un mensajero de semblante mustio. Se traba un diálogo sobresaltado en torno de una noticia ambigua.

El soberano imagina la devastación de una zona feraz y el exterminio de sus labradores. Una tribu cerril se ha aprovechado de la confusión del reino y lo ha invadido en carros armados de hoces. Unas brujas desvergonzadas, consejeras de los caudillos montaraces, vociferan sus vaticinios en medio de los residuos negros de las hogueras. A través del aire calentado se distingue un sol rojo, de país cálido.

Los hombres de la tribu cerril trasportan unas tiendas de cuero sobre el lomo de sus perros desfigurados, ávidos de sangre, y se establecen con sus mujeres, a sus anchas y cómodas, en cavernas practicadas en el suelo. Reservan las tiendas para sus jefes.

El rey consulta en vano el remedio del estado con los capitanes antiguos, de barba pontificia y de elocución breve.

El príncipe, su hijo, sobreviene a interrumpir el consejo, en donde reina un silencio molesto. Inventó los medios saludables y los recomienda en un discurso fácil. Posee la idea virtual y el verbo redentor. Acaba de salir de la compañía de los atolondrados.

Los veteranos se retiran ceremoniosos y esperanzados y se sujetan a sus órdenes. La presencia del joven suprime las fluctuaciones de la victoria y neutraliza el ardor de los rebeldes.

El héroe ha salido al peligro con la asistencia de una muchedumbre entusiasmada.

El día de su regreso, las mujeres hermosas entonan, desde la azotea de los palacios de la capital, un himno de antigüedad secular en alabanza del arco iris.

EL DESAGRAVIO

HE PRESENCIADO la cabalgata dirigida a un reino meridional, bajo el mando de una dama risueña. Vi la imitación de la primavera y de su escolta bizarra.

Cada señor iba a pie delante del palafrén de su elegida, llevándolo del diestro, y escuchaba de su compañera algún relato gracejoso o galante. Ahuyentaban de ese modo la melancolía, siguiendo la consigna impuesta para el trayecto por la soberana del cortejo.

Yo me había retirado a un yermo, en donde simulaba el cumplimiento de una penitencia asignada por la señora de mi devoción, descontenta de mis maneras excéntricas.

Las del cortejo oyeron entre risas el cuento de mi falta y decidieron llevarme consigo, esperanzadas de alcanzar mi absolución.

Yo me junté a la compañía de los próceres y adopté su alegría desvariada, montado sobre un asno recalcitrante.

Caí de rodillas delante de mi señora, mientras las damas la persuadían en coro bullicioso. La más bella de todas adaptaba entretanto a mi cabeza una corona de papel.

La dama de mis pensamientos me alzó de la humillación, alargándome la diestra.

EL EXTRAÑO

HE SEGUIDO los pasos de una mujer pensativa. Me sedujeron los ojos negros y la extraña blancura de la tez.

Una enfermedad me había desinteresado de la vida.

Recorrí una serie de calles desempedradas y sumidas en la oscuridad. Yo me abandonaba al peligro de una manera indolente.

He llegado hasta el suburbio de su vivienda. La luna me fascinaba impresionantemente.

He presenciado el desfile y la reunión de unas figuras ambiguas. Todas mostraban el rostro de la mujer pensativa y me rodearon, formando un coro de amenazas y de lamentos.

Volví a la plaza principal de la ciudad, apoyado en el brazo de un sereno.

Visité, no obstante la hora avanzada, la sala en donde se me aceptaba de buen grado. Las ventanas dejaban salir a la calle una luz profusa.

Me incorporé, sin decir palabra, a la tertulia de los abates incrédulos.

EL CONVITE

THAIS ERA una cortesana de la antigüedad. Su nombre constaba en la obra perdida de Menandro. El tiempo respetaba su juventud y yo no he encontrado en los residuos de la era clásica ninguna señal de su muerte.

He leído una hazaña de su perfidia en un documento reconstituido. Si yo no revelara a los hombres ese episodio, faltaría a los consejos de la moral de Plutarco.

Thais atrajo sus amantes a una celada, después de reconciliarlos mutuamente. Se acomodaron en unas curules de marfil, dignas de un senado de reyes. La mujer los dejó maravillados y suspensos con la bizarría de su imaginación y les ciñó una corona de adormideras, mientras arrojaba al fuego un laurel seco. Ese laurel había bastado para defender la vida de un héroe en la empresa de visitar los infiernos.

Los invitados quedaron embelesados y perdidos en la incertidumbre.

Thais había abolido su entendimiento y les había inspirado la ilusión de estar siempre en medio de los preludios del alba. Oían a veces un himno desvanecido en la bruma cándida. Lo entonaban unas jóvenes coronadas de jacintos.

Las arpías y las quimeras tejían un velo circular y bajaban a colgarse de los brazos de un árbol insociable.

EL IDOLO

LA HERMOSA amenazó con el ceño al fijarse en mi negativa a uno de sus caprichos. Volví de mi decisión añadiendo los agasajos de la condescendencia y del afecto. Yo temía acelerar el desenvolvimiento de sus dolores.

Sucumbió esa misma noche en la crisis de un delirio. Narraba una vez más, en términos apasionados, las cuitas de su niñez y de su adolescencia. Yo amanecí a los pies de su cama de roble.

Recorro sin descanso los aposentos de mi casa antigua, recatada en la esquizidez de una sierra. Sólo perdura el techo de una torre vigilante.

Rehusó volver al mundo y menosprecio las invitaciones de mis amigos. Deseo reconstituir la situación de ánimo de aquel día nefasto y el ademán estéril de juntar con mi pecho su cabeza inerte.

EL RETRATO

YO TRAZABA en la pared la figura de los animales decorativos y fabulosos, inspirándome en un libro de caballería y en las estampas de un artista samurai.

Un biombo, originario del Extremo Oriente, ostentaba la imagen de la grulla posada sobre la tortuga.

El biombo y un ramo de flores azules me habían sido regalados en la casa de las cortesanas, alhajada de muebles de laca. Mi favorita se colgaba afectuosamente de mi brazo, diciéndome palabras mimosas en su idioma infranqueable. Se había pintado, con un pincel diminuto, unas cejas delgadas y largas, por donde resaltaba la tersura de nieve de su epidermis. Me mostró en ese momento un estilete guardado entre su cabellera y destinado para su muerte voluntaria en la víspera de la vejez. Sus compañeras reposaban sobre unos tapices y se referían alternativamente consejas y presagios, diciéndose cautivas de la fatalidad. Fumaban en pipas de plata y de porcelana o pulsaban el laúd con ademán indiferente.

Yo sigo pintando las fieras mitológicas y paso repentinamente a dibujar los rasgos de una máscara sollozante. La fisonomía de la cortesana inolvidable, tal como debió de ser el día de su sacrificio, aparece gradualmente por obra de mi pincel involuntario.

LOS GALLOS DE LA NOCHE DE ELSINOR

LA BRUMA del canal subía a envolver los jardines lacios. Los faroles, de vidrios húmedos, arrojaban durante el día una luz fatua, de alquimia.

La joven macilenta había cautivado mi atención al asomarse por la ventana con el propósito de descubrir la hora en el reloj de la plaza. El tiempo y la intemperie habían mancillado la esfera y oscurecido el número romano, más propio de una lápida.

Hablábamos a escondidas de sus padres y guardianes. Se presentaba fielmente a averiguar por la ventana la misma hora en el reloj decrepito y la enunciaba escrupulosamente con su cauda de minutos y segundos.

Prometió acompañarme en la vida, huyendo conmigo, a favor del contorcio, sobre la grupa de mi caballo.

Le facilité la salida a la calle, despedazando los barrotes arcaicos de la ventana. Apareció envuelta en el lienzo plañidero de Eurídice.

Mi caballo nos arrebató en una carrera ciega, me lanzó por tierra y me arrastró un largo espacio del suelo. Un pie se me había prendido en la correa del estribo.

Dejó el galope y volvió a su mansedumbre natural, cuando el pregón de los gallos despidió de mi compañía el vano simulacro de la mujer.

EL DESESPERADO

YO REGABA de lágrimas la almohada en el secreto de la noche. Distinguía los rumores perdidos en la oscuridad firme.

Había caído, un mes antes, herido de muerte en un lance comprometido.

La mujer idolatrada rehusaba aliviar, con su presencia, los dolores inhumanos.

Decidí levantarme del lecho, para concluir de una vez la vida intolerable y me dirigí a la ventana de recios balaustres, alzada vertiginosamente sobre un terreno fragoso.

Esperaba mirar, en la crisis de la agonía, el destello de la mañana sobre la cúspide serena del monte.

Provoqué el rompimiento de las suturas al esforzar el paso vacilante y desfallecí cuando sobrevino el súbito raudal de sangre.

Volví en mi acuerdo por efecto de la diligencia de los criados.

He sentido el estupor y la felicidad de la muerte. Una aura deliciosa, viajera de otros mundos, solazaba mi frente e invitaba al canto los cisnes del alba.

MICENAS

HE LLEGADO hasta el pórtico después de recorrer una avenida de estatuas. El escultor las había concebido y erigido para memoria de calamidades y portentos. Había escuchado las voces informes y entrecortadas de Casandra.

Avancé resueltamente por las galerías obstruidas sin encontrar el vestigio de un ser humano. Me inclinaba a recoger del pavimento las antorchas pisadas, emblemas de la muerte.

Yo ignoraba los peligros inherentes a la visita de aquel lugar. Mis compañeros habían guardado silencio cuando les interrogué de manera apremiante. Fijaban en el suelo una mirada preocupada.

El agua llovediza había manchado las paredes fluyendo desde las roturas del techo. Unos escudos, semejantes a los colgados, para ornamento, en las proas de las naves, se habían roto al caer en el suelo.

He entrado sin darme cuenta en la cámara de reputación más lúgubre. Dúdese haber llegado al término de mi vida.

Un dragón se había acostado a sus anchas delante de un disco lúcido.

Yo volví precipitadamente sobre mis pasos y hallé en torno de las ruinas la hueste de mis familiares solícitos.

He cavilado, a través de los años y en medio del ansia y del temor, sobre mi salvación inesperada.

Me adhiero, de vez en cuando, a una conjetura sensata.

El dragón se había fascinado a sí mismo viéndose en un espejo de metal.

EL ALIVIO

YO HABÍA crecido bajo la encomienda de mi hermano mayor.

Jamás salí de casa a divertirme con los niños de mi edad en la plaza vecina.

Las ventanas del contorno permanecían cerradas y ninguna doncella se asomaba a mirar el parque silencioso. Las ramas de los árboles centenarios bajaban hasta el suelo, relajadas por el agua. Yo recordaba los sauces fluviales en donde suspendían el salterio, un día de nostalgia, los hijos de Sión.

Los niños se enfermaban de trajinar y corretear sobre la yerba infecta. Sus voces circulaban apenas en el aire torpe.

Yo ignoraba las tradiciones de mi familia y cómo se había extinguido en mi casa infausta. Quedé sumido en la incertidumbre después de la muerte de mi hermano. El vivía hosco y taciturno, perdido en el vicio del alcohol, y no se permitía conmigo ninguna efusión. Se vestía de paños raídos y de color negro. Era, a un mismo tiempo, sombrío y bondadoso.

Entró de la calle y se encerró, para morir, en la sala donde acostumbraba reservarse. Me dejó un papel sobre la tapa de un piano inválido.

Concebí un dolor íntimo y sin desahogo y pasaba horas continuas de la noche descifrando su expresión incoherente a la luz de un farol de la plaza, cercado por un halo de humedad.

El empeño de calar su pensamiento y el recuerdo de su generosidad llegaron a desecarme y me inspiraron el deseo de seguirlo.

Sentí, por vez primera, el afecto a la vida cuando se deshizo en mis manos la carta pulverulenta.

RELOJ DE PRINCIPES

EL REY depuesto se hospeda en el palacio del amenazado con la misma suerte. Recuerdan y comentan, ancianos aureolados, las vicisitudes de sus respectivas carreras. Pasean el andén oreado por el río.

Las aguas, nacidas de un manantial invisible, esconden la margen frontera.

Un espía secuaz los interrumpe. Muestra la apariencia de un criado provisto del flabelo. Llega con el pretexto de ahuyentar una avispa.

Los sacerdotes atisban al soberano reluctante, aficionado a la amenidad y a la tolerancia de una civilización colmada. Mantienen amistad con tribus agueridas, llanas a la insinuación, adaptadas al precipicio y al matorral de su vivienda alpestre.

Los adeptos monteses aprecian el ejercicio de las armas sobre el refinamiento y la holganza.

Rodean la ciudad y la asaltan por donde un centinela bajó desde su puesto a la campiña, en solicitud de un amor vedado.

Columnas de humo rápido nacen de los incendios diseminados y los pregonan.

Los reyes presencian, resignados, el término de una era exhausta.

LA BRUJA

EL CABALLO descendió de la colina de forma piramidal y se internó por las calles de la ciudad abandonada. Era de color blanco y de crines abundantes. Se detenía para escuchar con aire contristado un rumor nacido en las entrañas de la tierra.

Emprendía a veces un trote marcial. El ramo de una zarza espinosa reprimía el torbellino de su cabellera.

Unas aves de voracidad insaciable, procedentes del desierto, habían acampado sobre los edificios y avizoraban la caza menor. Resistían los embates de la lluvia y del vendaval retrayendo y comprimiendo el plumaje, hasta conseguir el aspecto de una lanza o de un huso. Habían motivado el hambre y la fuga de una tribu de gitanos, previniéndola en el consumo del erizo, del topo y de la musaraña.

Yo seguí los pasos del caballo y me perdí con él en una pradera de heno, dividida por un río. Veía siempre delante de mí y sobre la raya del horizonte unas cabañas de figura cónica. Sus habitantes, de temperamento apacible, vivían en la miseria y se nutrían del pescado crudo y en descomposición. Sufrían los desmanes de una cáfila de bandoleros, desertados de un presidio distante y afeados por la mutilación de la nariz y de las orejas.

Los moradores de las cabañas se prosternaban delante de una bruja despótica. Me condujeron a su vivienda, semejante a un establo.

La había compadecido y respetado cuando la vi, siendo pequeño, en la orilla de un bosque de pinos. Se ocupaba de juntar reviejos para defenderse del frío insalubre. La ayudé espontáneamente en su tarea.

Había agradecido mi auxilio y velaba de día y de noche en mi resguardo. El caballo blanco había sido su emisario y me había traído hasta su presencia, a ocultas de los facinerosos.

EL SOPOR

NO PUEDO mover la cabeza amodorrada y vacía. El malestar ha disipado el entendimiento. Soy una piedra del paisaje estéril.

El fantasma de entrecejo imperioso vino en el secreto de la sombra y asentó sobre mi frente su mano glacial. A su lado se esbozaba un mastín negro.

He sentido, en su presencia y durante la noche, el continuo fragor de un trueno. El estampido hería la raíz del mundo.

La mañana me sobrecogió lejos de mi casa y bajo el ascendiente de la visión letárgica.

El sol dora mis cabellos y empieza a suscitar mis pensamientos informes.

Caído sobre el rostro, yo represento el simulacro de un adalid abatido sobre su espada rota, en una guerra antigua.

ANCESTRAL

EL SOL, después de mediar su viaje, introduce por la vidriera un rayo oblicuo. No se da otra señal del curso del día.

La vidriera espesa y triple defiende del ruido exterior la sala de los caballeros. Los postigos permanecen cuidadosamente cerrados y uno solo de ellos permite la infiltración del rayo oblicuo del sol. Los muebles arrimados a la pared, asoman entre la penumbra. Intentan acaso arrojar de sí mismos el velo de polvo de los siglos.

La araña de los cuentos, sensible al ritmo de la flauta de un prisionero, se arroja hasta el suelo, fiada en sus hilos y segura del equilibrio. La araña ha contribuido su tela para los guantes de las personas reales y ha urdido el velo de la Virgen en la siesta del verano.

Huecos y hornacinas interrumpen a cada paso el muro. Allí se esconde, tal vez, algún guerrero pérfido y desmandado.

Uno de mis abuelos usaba un yelmo de airón de llamas. Lo había recibido de un mago, según declaró en el delirio de una pasión infernal. Ese yelmo imperecedero quedó sobre la tierra al ser raptada Proserpina.

Ese mismo abuelo ocupa mi pensamiento. Preside con gesto impío una tragedia memorable y la impulsa a su desenlace.

Cerca de la mesa de nogal subsiste el sillón de Córdoba acostumbrado por su consorte. La forzó a tomar un tósigo.

El portero de esta mansión dejó entrar una vez, a esta misma hora de quietud y bochorno, una mujer de ánimo resuelto. Vestía un traje de moda histórica y su faz, de belleza ilustre, descubría las señales del llanto y de la cólera. Ocupó el sillón de Córdoba y se desvaneció en el aire sin dejar memoria de su visita.

Había penetrado sin esperar mi licencia. Es inútil oponerle cerrojos y trabas. He dejado la sala de los caballeros en el mismo orden de aquel momento. Nadie puede entrar allí antes de su vuelta.

EL ASEDIO

LA AMADA se presentó en el balcón, después de escuchar la contraseña.

La mañana despeja su faz jubilante, retirando el estupor del sueño, y convierte las gotas de agua, pendientes de su cabellera, en una viva guirnalda de campánulas.

El anciano reprueba los amores de su hija y vela sus pasos. Conserva la malicia de la mocedad, cuando espiaba, desde la orquesta, las diversiones de la corte en los jardines disciplinados por el arte.

Debe la seguridad de sus días extremos a la merced de un magnate eclesiástico. Vive cerca de los murmullos del campo, notando las quimeras de la distancia, las veleidades del aire y de la luz. Conjura del seno de instrumentos sensibles, a zozobrar y a morir, ligeras armonías.

Amonesta a su hija contra los rodeos y asaltos de un galán, cazador insinuante. Es un oficial de maneras libres y de nacimiento privilegiado.

El anciano presencia una vez más el fracaso de su autoridad.

La niña ejecuta al piano el aria del ruiñeñor enamorado, pasaje de una música de antaño, de inspiración pastoral.

LA HEROINA

EL CAZADOR ha conseguido hurtarse a la suspicacia de los combatientes.

Sale de una ciudad asentada en la llanura, sobre las dos márgenes opulentas de un mismo río, fiada en sus torres y en las ventajas de su comercio de joyas y tapices. Las mujeres lucen estofas versicolores y ostentan la imagen del arco de la luna en sus tiaras cilíndricas.

El cazador solicita, para su amada, las noticias del curso de la guerra. Electra ha visto al más generoso entre los adalides troyanos. Héctor viajaba en compañía de su esposa y seguía asiduamente su litera, impuesta sobre los hombros de contentos palanquines. El héroe montaba un caballo negro, de la casta de los infernales, presente de un numen pálido, opresor de las sombras nostálgicas.

El cazador trajo una vez el informe del asalto de la ciudad y refirió la matanza de sus jóvenes, cuando yacían inermes en el abandono del sueño.

El incendio suelta, semanas enteras y a larga distancia, sus pavesas tiznas.

Electra no se consoló jamás de la caída de Troya.

EL RIESGO

LAS ORQUÍDEAS se criaban en medio de la fiebre, encima de unos árboles revestidos de parásitos y roídos de hormigas. El sol multiplicaba los recursos del suelo húmedo y alentaba una vegetación ileña, escondite de animales pérfidos. Yo distinguía entre la oscuridad del matorral los ojos fosforescentes de las fieras.

Yo menosprecié el peligro y subí resueltamente las gradas de una pirámide rota, disimulada entre la selva.

Un águila, enemiga de las sabandijas y dragones terrestres, se había posado sobre una máscara de granito, de proporciones descompasadas y de ojos huecos, destituidos de párpados. Recordaba la mirada obvia y directa de ciertos monstruos de la naturaleza. La máscara de granito, embellecida con algunos atavíos, habría igualado exactamente la imagen de una princesa del tiempo de los Faraones, rodeada de admiradores lunáticos en un museo de Europa.

La presencia del águila bastaba a disipar el maleficio difundido por aquella reliquia de una idolatría sanguinaria y frustraba la amenaza de las fieras consagradas.

Un viejo de aquella redonda se había empeñado en velar por el éxito de mi exploración y me había prometido el auxilio de su volátil gentilicio.

EL HIDALGO

HE SALIDO a cabalgar fuera de la ciudad, al principio de una tarde plácida. El campo muestra los colores ambiguos y frágiles de un espejismo.

Reconstituyo el pasaje de una guerra lastimosa, donde se agotó mi juventud. Salí sin escolta, lejos de una fortaleza amenazada, a la campaña rasa, en medio del asombro de mis compañeros de armas. El recuerdo orgulloso compensa ahora el sentimiento de los años pretéritos.

Ejecuté la hazaña al otro día de una ocasión memorable. El más fraternal de los camaradas me había conducido a la presencia de su prometida. Correspondí a la urbanidad de la mujer lozana permaneciendo mudo y con los ojos bajos. Me retiré fingiendo una súbita ausencia de la atención y de la memoria.

Decido terminar el paseo vespertino y volver al refugio de mi casa, a componer, según costumbre, la viva y alucinante representación de esa entrevista, donde empieza la agonía de mi alma impar. Las vislumbres del relámpago marean la franja de la noche recién iniciada del mes de agosto. Yo pienso en los signos de fuego, presagios del infortunio, descifrados por un visionario en la sala de un rey maldito.

Regreso por la calle modesta y sin lumbré, donde he escogido mi morada. Conduzco la cabalgadura al sitio de su reposo y me encierro en la sala defendida por las puertas viejas y resonantes.

Yo padezco, sumergido en la sombra, la ceguedad de una estatua de mármol y su tristeza inmortal.

CENIT

LA VIRGEN ahuyenta unas aves largas, acostumbradas a retozar en el pantano, afines, conforme el talle, del canuto de vida acuática.

La caravana de las nubes candidas sufre de sed en el desierto radiante.

El esclavo sube el agua de un pozo vacío y refresca el pie de un granado. Aprovecha el ministerio de una polea, ejecutando movimientos iguales, mecánicos.

El espejismo oscila en el arenal, lámina desnuda, al trasluz de una evaporación viva.

Un lago oleoso interrumpe el suelo de betún.

La virgen permanece en la azotea, de donde corrió los pájaros desvaídos. Registra, de una sola mirada, la redonda.

Canta o grita en idioma venerable, con voz firme, avezada a la distancia. Festeja la gloria del fuego elemental.

EL REMORDIMIENTO

EL GENTIL hombre pinta a la acuarela una imagen de la mujer entrevista. La vio en el secreto de su parque, aderezada para salir a caza, en medio de una cuadrilla de moneros armados de venablos.

El gentil hombre imprime la visión fugaz, marca la figura delgada y transparente.

Los caballos salieron a galope, ajando la hierba de la pradera lustrada por la lluvia. El gentil hombre se incorporó a la cabalgata, de donde toma la escena para el arte de su afición.

Recuerda las peripecias y los casos de la partida y, sobre todo, la muerte de su rival, precipitado dentro de un foso inédito en el curso de la carrera.

El gentil hombre fue inhábil para salvar la vida del jinete y llega hasta considerarse culpable. Abandona el pincel y se cubre con las manos el rostro demudado por las sugerencias de una mente sombría.

LA VERDAD

LA GOLONDRINA conoce el calendario, divide el año por el consejo de una sabiduría innata. Puede prescindir del aviso de la luna variable.

Según la ciencia natural, la belleza de la golondrina es el ordenamiento de su organismo para el vuelo, una proporción entre el medio y el fin, entre el método y el resultado, una idea socrática.

La golondrina salva continentes en un día de viaje y ha conocido desde antaño la medida del orbe terrestre, anticipándose a los dragones infalibles del mito.

Un astrónomo desvariado cavilaba en su isla de pinos y roquedos, presente de un rey, sobre los anillos de Saturno y otras maravillas del espacio y sobre el espíritu elemental del fuego, el fósforo inquieto. Un prejuicio teológico le había inspirado el pensamiento de situar en el ruedo del sol el destierro de las almas condenadas.

Recuperó el sentimiento humano de la realidad en medio de una primavera tibia. Las golondrinas habituadas a rodear los monumentos de un reino difunto, erigidos conforme una aritmética primordial, subieron hasta el clima riguroso y dijeron al oído del sabio la solución del enigma del universo, el secreto de la esfinge impúdica.

EL PRESIDARIO

LA ALDEA en donde pasé mi infancia no llegaba a crecer y a convertirse en ciudad. Las casas de piedra defendían difícilmente de la temperatura glacial. Habían sido trabajadas conforme un solo modelo desusado.

Durante el breve estío dejaba a mi padre en su retiro habitual y salía fuera de poblado a correr tras de unos ánades holgados en la pradera. Yo esperaba alcanzarlos en su fuga a ras del suelo. Mis vecinos indolentes no se ocupaban de perseguirlos.

No podía intentar otro medio de cazar las aves sino el de apresarlas con la mano. Yo carecía de arco y de honda y las piedras no se daban en aquel distrito.

Mi padre vino a morir de una fiebre exigua y tenaz. Se había visto en el caso de beber el agua de las ciénagas. Su organismo se redujo a la voz cavernosa y a los ojos brillantes. Proveyó hasta el último aliento a mi invalidez de niño.

Habría perecido de inanición si no me socorre un militar destinado a guarnecer un pueblo más ameno, asentado en una rada espaciosa. Me tomó de la mano el día del entierro y me llevó consigo. Los murmuradores me llamaban el hijo del deportado.

Yo crecí a la sombra del militar caritativo. Se violentaba al verme desidiioso y pusilánime. Yo me resistí a seguirlo cuando le retiraron el nombramiento y lo pasaron a un puerto del Mar Negro. La pesadumbre le impedía hablar cuando me abrazó por última vez.

Caí desde ese momento en la mendicidad. Los consejos de un perdulario me alentaron al delito y me trajeron al presidio. Dedico las horas usuales del día a trasportar unas piedras graves de alzar hasta el hombro.

El consejero de mi infortunio me visita en el curso de la noche inmóvil, cuando yazgo sobre el suelo de mi celda. Me fascina de un modo perentorio con los sonos de su flauta originada de la tibia de un ahorcado.

LA SOMBRA DE LA HIJA DEL FARAON

LA VISIÓN mostraba los rasgos vehementes de un ser vivo. Una jauría sañuda se dibujaba en el secreto nocturno y salía a devorarla. Sobre el piso quedaban reliquias sangrientas y los canes encarnizados dejaban el sitio a unas aves de ojos de rubí. Los canes de ese linaje han desaparecido del mundo habitado y sus descendientes, enemigos de los hombres, se han escondido en las recodos y vértices de unos montes, semejanza fugaz de almenas y torres feudales. Un ave, de vuelo constante y silencioso, única en su género, les sirve de atalaya y los previene con su voz aguda.

Mis ojos se abrieron a la aurora cuando mi cabeza ardiente se desvió de su acomodo, en el despedazado plinto.

Yo había pasado la noche entre las columnas de un pórtico y bajo la encomienda de una hoguera. Yo seguía y censuraba en aquel momento los itinerarios fabulosos de los griegos. Una suerte maligna me dirigía siempre a los residuos de algún palacio de Cambises, el rey sacrílego, en donde se alojaban felinos insaciables.

Yo conseguía aposentarme después de una cacería audaz. Las fieras abatidas y heridas de muerte reproducían la escena de un bajo relieve exceptuado de las ruinas, inspirado o dibujado por el cruel ingenio asirio.

MERRY ENGLAND

EL MORIBUNDO se incorpora sobre la almohada. El son de su amenaza queda suspendido en el aire. Los familiares inquietos se miran unos a otros, interrogándose con el gesto. El abad manifestaba en la crisis de la agonía su carácter intolerante. Yo comparaba su ademán tiránico y su discurso terrenal con el porte dócil de Falstaff en el mismo trance. Una hostelera me había contado en términos compasivos el fallecimiento del aturdido.

Los familiares del abad impaciente me habilitaron para el rompimiento de una perplejidad y dejaron en mis manos el hilo magistral de un enredo célebre entre los políticos de esa fecha, ennoblecido más tarde por la fantasía de los dramáticos. Los familiares imputaban la muerte del abad al desvanecimiento de sus proyectos culpables. Quería la pérdida de su rey en el momento de nacer una guerra con el francés y había alentado el enojo de varios nobles injustos.

Unos calaveras vislumbraron la conspiración en el diálogo de unos caballeros disolutos y corrieron a ponerla en noticia de Falstaff. Le deparaban de ese modo la oportunidad de volver, en sus días extremos, a la gracia del rey, enemistado con su bufonada grandilocuente.

El rey agradeció el afeto de sus parciales y confesó la ventaja de haberse allanado, cuando mozo turbulento, a la compañía de los haraganes.

LA ILUSION

DECIDÍ VENCER la resistencia de aquel oficial disidente e imponerle mi trato y conversación. Incurría a menudo en una cólera súbita y pueril. Había rehusado, bajo el hierro de los cirujanos, el alivio de los anestésicos. Profesaba una religión de parsimonia y dolor.

Lidiábamos día y noche con el japonés sinuoso. Los rusos continuábamos en el campo y seguíamos la batalla, impidiendo su conversión en derrota. Un ícono, de troquel bizantino y de rigidez enfática y molesta, animaba el sacrificio de los héroes transidos.

Yo solicité la compañía del oficial venático en un reposo de la lucha, aplicado a la supresión de los muertos. Admirábamos la virtud del fuego en disipar las reliquias humanas. El vino a mencionar, después de un largo rodeo, su indiferencia al peligro y su repulsa de las mercedes de la vida.

Supe el motivo peregrino de su originalidad. Había visitado, en cumplimiento de una misión, la zona del Cáucaso y saludado las cimas y desfiladeros con el cántico impetuoso de Lermontov. Distinguió entre la raza escultural una joven reclinada sobre un ciervo y guarecida bajo un parasol de plumas de avestruz. Esa mujer, vestida de un traje real, cantaba la noche de ese mismo día, en su balcón iluminado. Cerró las persianas de junco de China al sentir sobre sí una mirada frecuente.

El oficial se detenía siempre en este momento de su relato y quedaba suspenso y con la mirada vacía, perdido en los rumores de la noche feliz de Tiflis.

Me abstuve de censurar las señales incoherentes de su imagen. El militar había registrado, viviendo en el secreto, las civilizaciones más dispares y juntaba en un solo recuerdo el atavío de una princesa lidia y la actitud de Diana de Poitiers, segura de su juventud invulnerable en un retrato fascinante.

EL CIEGO

EL TEÓLOGO se había tornado macilento y febril. Meditaba sin tregua una idea mortal y recorría, en solicitud de alivio, los infolios cargados sobre los facistoles o derramados sobre el pavimento.

Los autores de aquellos volúmenes habían envejecido en el retiro escuchando los avisos de una conciencia. Salían de sus celdas para despertar, con sus argumentos, el asombro de las universidades.

El teólogo demandaba el socorro de un crucifijo sangriento, después de registrar con la mirada las imágenes de unos diablos de tres cabezas y armados de tridentes, en memoria y representación de los pecados capitales. Un escultor de la Edad Media había usado tales figuras al componer la filigrana de una abadía.

Yo me insinué en la amistad del penitente y lo insté a confiarme la razón de su inquietud. Pretendió retraerme de la pregunta usando alternativamente de efugios y amenazas. Se paseaba en ese momento bajo el estímulo de una alucinación apremiante.

Yo vine a quedar de rodillas al dirigirle el ruego más apasionado.

El impuso la mano sobre mi frente y consintió en asociarme a su visión terrible.

La vista de los suplicios infernales se fijó profundamente en mis sentidos y me siguió de día y de noche, hundiéndome en la desesperación.

Encontré mi salud cegando voluntariamente. He abolido mis ojos y estoy libre y consolado.

LA ESPIA

EL LICENCIADO escribe una breve novela de equivocaciones y de casos imprevistos, ocupando las demoras de una corte en donde juzga, mal remunerado y holgazán.

El licenciado no pernocta en la ciudad, sino en su contorno. Se retira a una casa de corredores largos y cámaras solemnes, revestidas de cal, agazapada en una aldea anónima. Los ingenuos lugareños reparan en la acedía de la faz.

El licenciado se repone del tedio inventando lances y percances. Imagina las ansias y las querellas de los amantes y las graba en letras indelebles. Reclina, de vez en cuando, la frente de pergamino, llena de memorias, en la mano derecha. Prolonga la faena hasta el asomo de la mañana, bajo la mortecina luz de cera.

El licenciado abandona la pluma cuando la aurora muestra su cara de moza rubicunda.

Pasa al aderezo de su persona ante un espejo de Lorena, de esplendor mustio, y cuando retira los cabellos grises, observa a sus espaldas la calavera astuta de la muerte.

EL SACRIFICADOR

LA MAÑANA alumbra la ruina de las naves.

Los caudillos permanecieron vigilantes a través de la noche, sobre un mirador del litoral, abismados en el pensamiento de la derrota.

Las víctimas de la última porfía muestran, sobre el regazo de la tierra, el visaje paralizado y el abandono y lasitud de la muerte.

Una muchedumbre se junta a gemir en torno de su jefe. Censura el malcaso de la suerte y reverencia la dignidad del héroe y su faz de dios imberbe. El rostro de los dolientes se anega en la luz de una hoguera eclipsada por el día. La voz del mar secunda la escena del llanto, observando un compás ritual.

Los caudillos se despiden adelantándose al discurso fatuo del más proveccto y se dirigen, sin concierto previo, a demandar el socorro de Aquiles. Los suplicantes alivian la ira ponzoñosa del joven y lo persuaden a la aceptación del deber.

El reconciliado se propone el desagravio de los suyos y la satisfacción de los manes del héroe, en medio de la turba inconsolable. Ordena la restitución de Briseida, acusándola, secretamente, de misionaria de la discordia.

La cautiva llega poco después, avergonzada de su ignominia, asegurando con el auxilio de un heraldo el paso tímido.

Aquiles la sujeta por la diestra y la sitúa bajo la amenaza de su lanza, menospreciando el intento de una súplica. Anula a golpes la resistencia, antes de infligir la herida mortal.

EL IMPIO

EL CIERVO del abad se ha acogido a la iglesia, librándose de los perros sanguinarios. Oye, desde su refugio, el grito del cazador. Descansa del peligro bajo una luz velada, atisbo del infinito.

El cazador amedrenta los humildes, señalándolos a la jauría frenética. Ríe estrepitosamente de su capricho de señor.

Sube las gradas de la iglesia, camino de su pórtico, sobre un caballo de pisada firme. Apellida los canes, desde el umbral, por medio de una bocina irreverente.

El abad, indignado por la irrupción del sonido, resiste al profano, arredra la jauría feral.

El caballo emprende súbita carrera y desaparece en un precipicio, llevando su jinete.

Los canes aúllan en torno de un sumidero calcinado.

LAS MENSAJERAS DEL ALBA

LAS DOS HERMANAS se han asomado a la ventana. Siguen conversando en términos cordiales. Difunden una aura bonancible.

He visto la más rubia en el curso de un ensueño. La doncella desaparecía en la oquedad de una selva irreal, seguida de un alce. Iba absorta en la contemplación de una flor de cáliz encendido.

He visto la segunda sentada entre cojines y vestida de seda joyante en el lienzo de un pintor flamenco. La burguesa cauta sostiene en el regazo un cofre cincelado y sopesa en la mano un aderezo de diamantes.

Las dos hermanas se han asomado a la ventana, sobre el canal gris de una ciudad herética, resistida a las órdenes de mi soberano taciturno.

La presencia de las beldades setentrionales asalta y desvirtúa mi lealtad.

Yo mudo el semblante y acelero el paso al escuchar el falaz parabién de un sicario.

EL SINO

MARÍA ANTONIETA acaba de llamarme por medio de su confesor, un clérigo de virtud entera. Quiere encomendarme un mensaje para el diputado de una ciudad provincial, apasionado en la defensa de la reina, obstinado en granjearla el beneplácito de la nación.

María Antonieta se ha dejado persuadir del diputado caballeroso y se vuelve cauta. Ocupa el tiempo en la crianza de los hijos y se hurta a la malicia de los cortesanos.

Yo recorro, en cumplimiento del encargo, una calleja retorcida, en donde arde un solo farol. Allí se juntaba la gente maligna de otras edades a concertar las aventuras de homicidio y de rapacidad.

Encontré al diputado en su gabinete modesto. Ordenaba los libros hacinados sobre una mesa. Descubrí el origen de sus ideas leyendo el título de algunos volúmenes sobre el hombre y su destino reunidos con ensayos y disertaciones de una filosofía prudente, de estampa británica.

Puse en sus manos un rico presente y la efigie de la soberana, trazada por un pincel infalible, esmerado en reproducir la tez satinada.

El diputado rehúsa el don magnífico. Por causa de su gesto de asombro, corre sobre el piso la muchedumbre de las monedas sonoras, fabricadas del metal regio.

Guarda el retrato pintado con habilidad celosa, y lo embellece con una flor violácea, en donde los antiguos leyeron la interjección del lamento.

EL ADOLESCENTE

YO RECORRÍA, durante las vacaciones, la costa del Adriático. Holgaba en un esquife inseguro, pintado de blanco, parecido al cisne velívolo, enemigo del fuego en la fábula de Ovidio.

Yo recogía de mi trato con los pescadores la historia de los héroes de la montaña y del mar y confrontaba su discurso ingenuo con algún pasaje egregio de Tito Livio, en donde se adivina la amenaza de los piratas de Iliria.

He reverenciado en más de un blasón inerte la autoridad de Venecia y la de Ragusa, la rival de estirpe eslava.

Yo juntaba las memorias de la antigüedad pagana con las emociones del drama alegre o sombrío de Shakespeare y había dejado, en más de una ocasión el escrutinio de un texto difícil para sosegar las mujeres de mi fantasía, atemorizadas por un duende travieso de la Noche de Verano.

Yo había salido de mi recogimiento en la isla del tedio y renunciado mis hábitos de niño y pisaba ahora un castillo de edad incierta. Nadie recordaba el nombre de sus dueños.

Una mujer espiaba mis pasos desde una ventana circular, semejante a un rosetón, y yo distinguí en su faz la dignidad y el desvío de Olivia.

LA DERIVA

YO DIVISABA, desde la galera, el mausoleo de siete cámaras, dedicado a una dinastía leyendaria y edificado en una rotura de la montaña. Los marinos hablaban secretamente de los restos pulverizados y señalaban en algunos pasos de la costa el vestigio de pueblos desaparecidos.

El sol horizontal penetraba las ventanas de una mole, en forma de pirámide, dividida en mesetas graduales. Debajo de la galera corría un súbito espasmo de las aguas. Nosotros lo imputábamos a la irrupción de una ráfaga de nacimiento ignorado.

Un pez corpulento nos amenazaba a poca distancia, abandonado a merced de las olas. Lo designábamos con el nombre de una bestia marina, mencionada en el delirio de un profeta.

Uno de los nuestros, habituado a la navegación de un río perezoso y al fuego de un clima tórrido, soplaba a ratos su trompeta de bronce.

Ninguna criatura humana asomaba sobre los cantiles áridos.

WINDSOR

EL REY trata familiarmente con el pintor flamenco sobre la última novedad del arte y coloca en un velador la bolsa de monedas prevenida para el allegamiento de cuadros suntuosos. El soberano y el artista se han juntado en la estancia abierta sobre el parque de los álamos de plata. Se asoman por una ventana a escuchar la voz diáfana de una fuente.

El ruiseñor entona su melodía, regalo de un poeta descontento, par de visionarios y profetas, amenazado de la ceguedad de los inspirados.

La vislumbre de una luna emboscada intenta el dibujo de siluetas vanas.

El ave seduce la voluntad y suspende la atención del rey, dando cabida a la enunciación de una amenaza presentánea.

Un asceta vocífera la pérdida del soberano y condena su pasión de la belleza, adoptando el acento de un apóstol hirsuto en presencia de Atenas, la ciudad de los ídolos.

LA GUERRA

EL HOMBRE de inteligencia rudimentaria salió a cazar lejos de su llanura inundada, al empezar el día de una época primitiva.

Dirigió sus pasos a un desfiladero de origen volcánico, donde habitaban dragones crispados y aves deformes y perezosas.

Escogió, durante el trayecto, las piedras más sólidas, para armar su honda.

Emitió gritos con el mayor aliento, usando las manos a guisa de tornavoz.

Otro hombre apareció, vestido de una zamarra y aparejado a la lucha. Vociferaba desde la cima de un monte. Su rostro se perdía en el bosque del cabello y de la barba.

El combate duró, sin decidirse, un tiempo indefinido. Hilos de sangre pintaban la cara y el pecho de los rivales.

Una mujer falseó cautelosamente el pie del defensor y lo precipitó desde la altura. Se vengaba de una sumisión abyecta.

El vencedor la toma bajo su autoridad e impone sobre sus hombros la suma del botín. La dirige hacia la llanura por una cuesta breve.

Se despreocupa de la espalda abrumada y de los pies sangrientos de la cautiva.

NOCTURNO

QUISE HOSPEDARME solo en la casa de portada plateresca. Me esforcé mucho tiempo restableciendo el uso de los cerrojos. Mis pasos herían el suelo sonoro y descomponían la vieja alfombra de polvo.

Sujetos de formas vanas apagaban los fanales al empezar la noche, rodeándome de tinieblas agónicas, y el edificio de dos pisos desaparecía en la semejanza de una cabellera desatada por el huracán.

Yo esperaba ansiosamente un prodigio.

He visto una mujer de fisonomía noble, de rasgos esculpidos por la memoria de un pesar. Ocupaba una rotura súbita de la sombra y acercaba el rostro a la cabecera de un féretro.

La fractura de una fiola de cristal despedía un sonido armonioso y la fantasmagoría zozobraba en la oscuridad impenetrable.

PARODIA

EL CABALLERO se ha prendado súbitamente de una criada, extraviándose en el principio de su carrera. Ha sobresaltado el pensamiento de su propia madre, amiga y señora de la joven favorecida.

El caballero emprende el camino de la corte, donde lo invita un rey venerable.

Las damas comparecen a criticar la ingenuidad del mozo y confiesan la gentileza de su talle, juntadas en grupos alegres y malignos. Huyen asustadas al presenciar el infortunio de un palaciego reprimido a cintarazos por el novicio.

La criada se propone el engrandecimiento de su galán. Obtiene el permiso de su amiga y señora, y se dice enferma y se finge muerta a la vista de la gente del servicio, pregonera del suceso.

Adopta secretamente el vestido y las maneras de un joven deseoso de correr el mundo y viaja hasta la capital del reino, tratando mano a mano con perdidos y matones y fingiendo el amor a las doncellas.

Se insinúa en el trato de su amante y lo fascina con los avisos y recursos de una imaginación fértil, disuadiéndolo de su carácter cerril y subiéndolo hasta consorte de una mujer principal.

El caballero solicita en vano al ministro de su felicidad en la fiesta del casamiento.

BAJO EL ASCENDIENTE DE SHAKESPEARE

YO USABA alternativamente el caballo y el bote durante mi peregrinación por las islas del Báltico.

Los naturales acudían oficiosamente a señalarme el camino. Un garzón, forzado e ingenuo, me precedía a pie o remaba pausadamente sin aceptar presente ni sueldo. Usaba muchas veces pantalón de cuero y camisa de un color vistoso, aumentada con un pañuelo en son de corbata. La limpieza era su elegancia.

Yo pasaba del campo de cebada o de lúpulo al mar de visos indefinidos, mudado ocasionalmente en un remanso de color de pizarra.

El monte de hayas y de sauces descolgaba sus ramas sobre el fiord y las enredaba en el tope de los mástiles.

He preferido la antigua capital de una isla donde no había mendigos ni beodos y donde las personas acaudaladas mejoraban la suerte de los pobres y legaban dotes a las doncellas.

Los nobles sobresalían por sus méritos personales y conversaban mano a mano con el pueblo. Se dedicaban a la química o al conocimiento de las antigüedades setentrionales y gobernaban la conducta aludiendo a pasajes y momento de la Biblia. Ocupaban tribunas y palcos reservados en las cenizas de sus antepasados en túmulos de piedra, donde pendían armaduras de acero y espadas macizas. Sus mansiones habían perdido el ceño feudal y eran francas y hospitalarias.

El tímpano de la misma iglesia mostraba a Jesús en compañía de los doce apóstoles. Un campesino, educado en Roma por la comunidad, había labrado exquisitamente las figuras.

El sacristán de la iglesia, anciano de sabiduría patriarcal, me guió al palacio

de una familia extinta. Se había encargado de precaverlo del estrago del tiempo y de esa mano invisible ensañada con los edificios deshabitados.

El almirante de un siglo famoso había recibido el castillo en recompensa de una victoria sobre los suecos. Había perdido en ese lance el ojo derecho cuando dirigía la función de armas desde el pie de un mástil. El almirante, en una canción de los aldeanos, sólo respiraba a sus anchas en medio del humo del cañón. Había sido recompensado por un rey justo y económico, censor de los gastos de su guardarropa.

El sacristán me invitó a reposar en los sillones ilustres, vestidos de un forro de estopa, me exhibió el uniforme y las insignias del héroe recogidos en un cofre armorial, y me contó la suerte de los descendientes señalándome los retratos.

El anciano me describió la figura de Ofelia al referirme el término del linaje en una virgen fantástica y generosa. Usaba los cabellos sueltos y vestía de verde, confundiendo con un hada silvestre.

La virgen seguía mis pasos cuando bajé a la calle por una escalera de granito. Llegó hasta posar en una meseta de mármol y me dirigió una mirada atenta.

El sacristán me sacó de la contemplación aferrándome el brazo. No volvió el rostro al cerrar tras de sí la puerta, sonando adrede la aldaba enorme.

LA HUERFANA

EL HUERTO da al río obstruido, de márgenes fecundas, en donde amenazan el sumidero y la espesura.

La vegetación desvaría a consecuencia del aire nebuloso. Recuerda el crecimiento de una fuerza cósmica, libre de la medida, usurpante del límite.

La rapaza dirige una piedra al ave de gorja estridente, cursante de la ciénaga flatulenta.

Deja la travesura para contemplar, una vez más, las fauces rojas de un codrilo de basalto. Compone el caño por donde se vierte la piscina de granito, residuo de una mansión ufana, combatida por los hálitos virulentos.

Temores volubles asombran y paralizan el retozo infantil.

Un saurio soñoliento sale del estuario y se insinúa entre los árboles abatidos o acarreados por la creciente. Asesta la embestida segura, de cálculo atávico. Restablece el sosiego del bosque, suprimiendo gemidos pusilánimes.

EL RAJA

YO ME EXTRAVIÉ, cuando era niño, en las vueltas y revueltas de una selva. Quería apoderarme de un antílope recental. El rugido del elefante salvaje me llenaba de consternación. Estuve a punto de ser estrangulado por una liana florecida.

Más de un árbol se parecía al asceta insensible, cubierto de una vegetación parásita y devorado por las hormigas.

Un viejo solitario vino en mi auxilio desde su pagoda de nueve pisos. Recorría el continente dando ejemplos de mansedumbre y montado sobre un búfalo, a semejanza de Lao-Tsé, el maestro de los chinos.

Pretendió guardarme de la sugestión de los sentidos, pero yo me rendía a los intentos de las ninfas del bosque.

El anciano había rescatado de la servidumbre a un joven fiel. Lo compadeció al verlo atado a la cola del caballo de su señor.

El joven llegó a ser mi compañero habitual. Yo me divertía con las fábulas de su ingenio y con las memorias de su tierra natal. Le prometí conservarlo a mi lado cuando mi padre, el rey juicioso, me perdonase el extravío y me volviese a su corte.

Mi desaparición abrevió los días del soberano. Sus mensajeros dieron conmigo para advertirme su muerte y mi elevación al solio.

Olvidé fácilmente al amigo de antes, secuaz del eremita. Me abordó para lamentarse de su pobreza y declararme su casamiento y el desamparo de su mujer y de su hijo.

Los cortesanos me distrajeron de reconocerlo y lo entregaron al mordisco sangriento de sus perros.

MAR LATINO

ESTOY GLOSANDO el pasaje de la Iliada en donde los ancianos de Troya confiesan la belleza de Helena. Me escucha una mujer floreciente del mismo nombre. Los dos sentimos la solemnidad de ese momento de la epopeya y esperamos el fragor del desastre suspendido sobre la ciudad.

Agamenón, el rey de las mil naves, puede apresurar, apellidándolas, el desenlace de la contienda.

La sucesión de los visos del mar, presentes en la memoria de Homero, desaparece bajo el único tinte de la sangre.

La mujer me invita a dejar el recuento de las calamidades fabulosas y a seguir el derrotero de una fantasía más serena, en demanda de unas islas situadas en el occidente. Horacio las recordaba cuando quería descansar de los males contemporáneos.

Yo emprendo la excursión irreal sirviéndome de los residuos lapidarios de una leyenda perdida. Nuestro bajel solicita, a vela y remo, los jardines quiméricos del ocaso. Nos hemos fiado a un piloto de la Eneida. Su nombre designa actualmente un promontorio del Tirreno.

La voz mágica de mi compañera fuga las sirenas ufanas de sus cabellos, en donde se enredan las algas y los corales, y se muda en un canto flébil. Invita a comparecer, bajo el cielo de lumbre desvanecida, la hueste de larvas subterráneas, mensajeras de un mundo espectral.

SUTILEZA

YO ESCUCHABA el discurso de una mujer inteligente y sensible. Se había sentado en un sillón regio, de un solo pie. Adaptaba sus brazos a los del asiento y sostenía la faz de belleza imperturbable sobre el dorso de las manos entrecruzadas. Yo le recordé la actitud semejante de Arquímedes en una estampa divulgada.

La mujer prefirió la igualdad con Margarita de Navarra, en el acto de imaginar sus cuentos libres. Sus palabras crearon el ambiente de un drama cortesano, en donde un caballero pulido teme el ingenio de una dama festiva y la celebra al mismo tiempo en unos versos frívolos.

Aproveché ese instante para subrayar un pasaje significativo en donde la reina siente de modo visible el pensamiento de Bocaccio y su estilo cicero-niano. Usé en mi servicio la elocuencia de Fiammetta y su ademán insinuante y sufrí de mi gentil señora una protesta indignada.

He acudido en ese momento a una superstición favorita de los antiguos. He abierto al azar uno de los libros de mi devoción y he encontrado el ejemplo de mi suerte en la paráfrasis de un soneto de Shakespeare.

LAY

EL REY permitía a los mendigos acomodarse al pie de su trono, en las gradas de una escalinata. Attendía sus ruegos y se contentaba descubriendo el interés velado de sus patrañas.

Los naturales del reino vivían diseminados en el campo o reunidos en aldeas humildes. El cuervo de las batallas había suspendido el vuelo en la atmósfera deslucida. Recordaba a las nuevas generaciones la grandeza de Artús.

El rey clemente se había arrepentido de consentir el refugio de los facinerosos en las iglesias y en los cementerios. Usaban la garantía del asilo para saltar. Ordenó su destierro por el puerto más vecino y salieron, humillados hasta implorar la caridad, portando sendas cruces.

El rey se equivocaba rara vez en las tareas del gobierno cuando se atenía a su propio discernimiento. Desvariaba al incurrir en la flaqueza de consultar una voz nacida en el seno de un mausoleo. No se atrevía a emanciparse del mandamiento de Merlín.

LA SUSPIRANTE

LA HERMOSA ha regresado de muy lejos. Se encierra nuevamente en su cámara inaccesible, satisfaciéndose con el mueble esbelto y la baratija exótica. Impone el recuerdo de una era señorial, rodeándose de las escenas sucesivas de un tapiz.

La hermosa se pierde en la lectura de sucesos extravagantes, acontecidos en reinos imaginarios, y narrados con semblante de parodia. Vuelve sobre un paisaje burlesco, en donde alterna un pastor con el bufón expulsado de la corte.

La dama displicente se engolfa en las peripecias de un relato incomparable y suspende el entretenimiento cuando empieza una batalla entre caballeros de sobrenombres ínclitos.

La dama renuente, aficionada a las quimeras de la imaginación, sueña con huir de este mundo a otro ilusorio.

Nadie podría averiguar el derrotero de su fuga.

La hermosa vuela sobre los caminos cegados por la nieve y un búho solitario da el alarma en la noche fascinada por el plenilunio.

LA VUELTA DE ULISES

PENÉLOPE cita las criadas para interrogarlas sobre el último atropello de los pretendientes y sobre la asechanza dirigida contra la vida de Telémaco.

Penélope está sentada en una silla autoritaria, asiento de reyes patriarcales, y posa los pies ligeramente calzados sobre un escabel de encina.

Penélope se conforma al susto de las mujeres bisbisantes. Se interrumpen a cada paso para volver el rostro suspicaz y terminan su referencia con súplicas y votos a los númenes tornadizos.

Telémaco salió en demanda de su progenitor, bajo el consejo de un huésped casual, de porte eminente y discurso veraz, y con el auspicio de un águila aplicada a romper la hueste de unas aves infelices.

Navega hacia el palacio de un rey pesaroso, ocupado en la memoria de los suyos y salvo de su fin deplorable. Recoge noticias fragmentarias durante el festín de la bienvenida y admira los tesoros de origen distante y la modestia de su dueño. Permanece extasiado bajo la mirada inmóvil de una máscara de granito, descubierta en la orilla de un río divinizado, entre lotos y palmeras.

El rey pesaroso cuenta sus viajes y correrías, su arribo de náufrago y de mendigo ante el solio de los soberanos de raza desemejante y el riesgo frecuente de sucumbir de sed en medio de un mar paralizado.

Los pretendientes se juntan una vez más para la orgía e inquietan vanamente el paradero del viejo rapsoda, ansiosos de despedir su amargura unánime. Se retiran solitarios y mohínos al escuchar, de los menestrales de la cocina, la noticia de la ineptitud de la lumbre y de su desperdicio en llamas veloces y efímeras de fuego fatuo.

EL ACONTECIDO

EL JUDÍO timorato y mendaz se asusta con los improperios del jinete de Ucrania. Agota, en disculparse, los recursos de una diplomacia innata.

El judío contempla un monumento de terror. Uno de su nación se distingue cerca del horizonte lívido, entre un revuelo de aves furiosas. La pértiga del suplicio se dobla con el peso del cadáver.

El delito del ajusticiado había sido considerable. Intentó defender la honra de su familia.

El judío se niega a declararse rico y a confesar el escondite de su caudal. Se resigna al azote, al incendio de su choza de paja y a la dispersión de sus hijos. Vuelve la memoria a los ejemplos de paciencia de Israel.

El jinete enlaza una correa debajo de la barba del cuitado y lo ata a la cola de su caballo. Captura la más espigada de sus hijas y parte en carrera suelta, venciendo precipicios y dando al aire una canción orgiástica.

El caballo, avezado al país, cruza la llanura de hierbas y de juncos florecidos espantando los zorros y las aves acuáticas.

El caballo se dirige a una candelada. Unas sombras se agitan en medio del esplendor lejano. Los jinetes de la horda se divierten lanzando al fuego las alhajas de un palacio y mofándose de una civilización enervada.

Se ponen de pies y elevan sus tazas de piedra en señal de alborozo y de felicitación al compañero. Celebran las gracias de la doncella en términos de pastoreo, usados con las terneras y las potrancas.

Desprenden de la cola del caballo al estrangulado y lo arrojan a puntapiés lejos del campamento, maldiciendo su avaricia empedernida. El más violento resulta cojo de haber impreso un golpe brusco.

Según advierten desde el principio de la campaña, el cadáver de un judío ennegrece el fuego e inficiona el humo de las hogueras.

SEMIRAMIS

LA SEÑORA, de gentil disposición, me demandaba al principio de esa mañana el tributo acostumbrado de una galantería.

Yo registraba las páginas del breviario, solicitando las devociones señaladas para esa feria y censuraba desdeñosamente la dicción inelegante de los autores píos, imitando el descontento de mi consejero el cardenal Bembo, escrupuloso humanista de Venecia.

Yo le dije una atrevida lisonja, aprovechando las reminiscencias de un siglo retórico y libertino. Un abate, de ingenio buido, me había enseñado a esculpir en un latín capcioso las demasías de la depravación. Yo había escrito, de mi puño y letra, el elogio de sus epigramas inverecundos.

La señora se reclinó sobre un lecho, imagen de la clásica litera. Mostraba en la frente el dejo de una noche inquieta y dirigía una mirada fija sobre la vega de su dominio.

Más de una vez había envidiado, delante de mí, la autoridad de una reina cruel sobre un país abundante en leones sitibundos y flavos. Esos leones habrían sido los tenantes de su escudo.

La señora, de humor variable, debía de concebir y de seguir, en ese momento, las figuras de su ambición fabulosa.

Yo la veía dictando órdenes al más fiel de sus ministros, un verdugo etíope, criado en los desiertos de Nubia, conforme el aspaviento de un romance de caballería.

EL VIAJE

MI PENSAMIENTO sigue las inflexiones de su voz ondulante.

Una imagen vaporosa se anuncia detrás de los vidrios húmedos y viejos de la ventana y se pierde velozmente en la profundidad de los salones interiores.

El edificio rasga, con sus ángulos y perfiles violentos, la sombra perezosa.

Yo marchaba sin descanso, activado por una voluntad superior.

El día sobrevino a iluminar el paraje desierto.

Pero la noche me sorprendió una vez más dentro del círculo inexorable de los montes.

LA ALBORADA

EL REVUELO de las golondrinas impide la serenidad de la mañana celeste. Las aves seráficas observan su voto de júbilo y pobreza. Sugieren una emoción nostálgica y piadosa. Desaparecen repentinamente, inspirando la sospecha de acudir al llamamiento de un ermitaño benévolo y anciano.

Las iglesias vetustas de la ciudad episcopal, habitada por colegiales y doctores, conciertan ocasionalmente sus campanas.

El enfermo registra el contorno desde un balcón retirado profundamente en su casa hermética. Permanece, vestido de blanco, en una silla poltrona. Deja ver, en el rostro cándido y marchito, los efectos de un mal contraído desde la niñez.

Ha velado la noche entera, sintiendo los sones de una orquesta lejana, a través del aire veleidoso. La música insinuaba el pasatiempo de la danza en una sala radiante.

El enfermo ha desechado la fe de sus mayores. Sobrelleva el ocio prolijo siguiendo el pensamiento de filósofos desolados y réprobos y penetrando los secretos de los idiomas antiguos, de belleza lapidaria. Rememora la amenaza de la fatalidad, las leyes inexorables del universo en estrofas de sonoridad latina.

El enfermo se envuelve la faz con un lienzo recogido de sus hombros. Quiere ocultar a las miradas de su criada afectuosa el sentimiento de su última composición y la dice en voz baja y suave.

El poeta se burla del privilegio del genio, merced diabólica transformada en cenizas. La calavera del símbolo domina en su canto de soledad y amargura y anuncia, por medio de una trompeta de bronce, la soberanía perenne del olvido.

RUNICA

EL REY inmoderado nació de los emores de su madre con un monstruo del mar. Su voz detiene, cerca de la playa, una orca alimentada del tributo de cien doncellas.

Se abandona, durante la noche, al frenesí de la embriaguez y sus leales juegan a herirse con los aceros afilados, con el dardo de cazar jabalíes, pendiente del cinto de las estatuas épicas.

El rey incontinente se apasiona de una joven acostumbrada a la severidad de la pobreza y escondida en su cabaña de piedras. Se embellecía con las flores del matorral de áspera crin.

La joven es asociada a la vida orgiástica. Un cortesano dicaz añade una acusación a su gracejo habitual. El rey interrumpe el festín y la condena a morir bajo el tumulto de unos caballos negros.

La víctima duerme bajo el húmedo musgo.

EL FESTIN DE LOS BUITRES

HABÍA PERDIDO la seguridad y el atrevimiento después de sacrificar a su mujer. La había sorprendido en una entrevista con el enemigo y le infirió la muerte antes de escuchar la primera disculpa.

Había quedado solo y casi inerte. La tribu peregrina había sucumbido en la porfía con ejércitos regulares. El superviviente no contaba otros bienes sino su caballo y un carro encomendado a la fuerza de sus canes y en donde se guardaba de la lluvia. Habría muerto de hambre si no se atreviera con las raíces incultas y con las viandas aprovechadas por los gitanos en su dieta indigente.

Recibía a cada instante una advertencia de la suerte. Llegó a desconocer el ruido de sus propios pasos y giró sobre sí mismo para defenderse. Un aparecido acostumbraba interrumpirle el sueño, violentando la puerta de su vivienda en medio de la jauría consternada.

El proscrito decidió abandonarse a merced de los sucesos. Se encontró fortuitamente con una mendiga lastimosa el día de caer prisionero y de ser victimado. La ancianidad la había convertido en una grulla con muletas.

La mendiga deseaba el fin de la guerra continua, en donde había perdido sus hijos, y se prestaba al oficio de espía.

Los vencedores sobrevinieron por vías distintas y desvanecieron el último ademán de la defensa. Lo hirieron a satisfacción.

La mendiga se limitó a sellar con un puño de tierra la faz del héroe.

EL DESVARIO DE CALIPSO

ULISES, reclinado sobre un monte de arena, posa la mirada en el mar solitario. Vive consumido por la nostalgia y cultivando el sentimiento pío y la memoria acerba.

La ninfa, vestida de sus cabellos, lo llama a voces desde el pie de una encina rutilante.

Ulises, el demoledor de ciudades, mira el vértigo de las nubes y piensa en el humo delirante del incendio, hoguera de los reinos caducos, y en la veracidad de su sobrenombre épico. El sol ejerce una vez más su autoridad de titán vencedor del caos.

Ulises carece de su destal, de corte instantáneo, requerido para la sección de un pino y el aderezo de un esquife.

Alcanza a nado un leño baldío, herido por una centella del cielo, y viaja conforme el sesgo de una corriente visible entre las olas confusas.

Una escolta de tritones, de visaje libertino, sopla, alborozada, su caracol de pabellón acústico.

EL ENTIERRO

ERASE UN MOCETÓN dicaz y engreído. Venía de la guerra civil, de lucirse en una jornada sangrienta, de esclarecer el abolengo marcial en presencia de un caudillo ambicioso.

Tenía en sus manos el gobierno de una aldea.

Salió una noche fuera de poblado a gozar un paisaje esquivo y silencioso. La luna asomaba sobre un estribo de la sierra.

El mozo distinguió, en la hora ambigua, el paso de un cortejo. Algunos bur-ladores iban a su frente, llevando sobre sí una cama y pregonando la nueva de una muerte. Eran lugareños de vida traviesa y faz alcoholizada.

El joven escuchó su propio nombre al preguntar el del caído. Los persuadió fácilmente al abandono de la farsa lúgubre y a desbandarse en demanda de sus hogares.

Se juntaron, la noche siguiente, para la misma diversión a la vista de la luna exangüe, y retiraron el aviso de la muerte del joven. El los deshizo espada en mano, a tajos y denuestos y arrestó los más culpables.

Una fiesta se dio, a los pocos días, en la casa de un hidalgo rural.

El héroe agasajaba sumisamente a las hermosas y las trenzaba guirnaldas de flores pasajeras.

Un hombre macizo y desgreñado penetró en la sala y se trabó con el galán. Venía de la maleza y del barranco y desahogaba una acometividad irreflexiva.

El desconocido parecía invulnerable al arma de fuego.

La lucha se decidió con el puñal y terminó, después de unos momentos premiosos, con la muerte de ambos adversarios.

Los lugareños, de vida traviesa y faz alcoholizada, fueron absueltos de su arresto y encargados de llevarse el cadáver del joven.

No consiguieron identificar el del importuno.

LAS SUPLICANTES

LAS MUJERES fugitivas se prosternan a los pies del rey y se expresan en voces entrecortadas, sin ordenar el cuento de su desgracia.

El rey no consigue entenderlas sino cuando se aparta a un lado con la más serena y diserta.

No podían sufrir los oprobios de su señor. Se horrorizaban de sus bigotes lacios, de su cara cetrina, de su vientre descolgado sobre unas piernas de enano.

Yo salí inmediatamente a impedir la generosidad del rey y lo disuadí de salvar a las fugitivas.

Yo había dominado, en esos días, una sedición entre las mujeres de mi serrallo. Se dejaron aconsejar de un eunuco malicioso y deforme, comparado por ellas mismas al cebú.

Yo le había inferido el agravio más pesado entre los musulmanes, arrojándole al rostro una de mis pantuflas cuando me hallaba enfurecido por un brebaje de cáñamo.

Las suplicantes fueron devueltas a su dueño por mi consejo y bajo mi dirección. Marcharon a pie, atadas entre sí por los cabellos, a través de un arenal ardiente y bajo el azote de uno de mis esclavos.

Yo las puse en manos de su amo y le recomendé un castigo memorable.

Las paseó, en medio de la gritería popular, montadas de espaldas sobre unos camellos roídos de sarna.

Unas viejas les salieron al encuentro, dirigiéndoles motes desvergonzados y lanzándoles puños de la basura de la calle.

LA CAZA

LA DUQUESA guarda, montada a caballo, una actitud pudorosa y gentil. Increpa al azor aferrado en el puño y lo despide en seguimiento de un ave indistinta.

El azor dibuja un vuelo indeciso y acierta con el rumbo.

La belleza de la señora me distrae de seguir el curso de la caza. Resalta de lleno en el campo uniforme.

Yo recojo del suelo y oculto recatadamente un chapín de cordobán, escapado de su pie.

La duquesa nota la pérdida en una tregua de la activa diversión.

Me abstengo de contestar sus preguntas inquietas, donde se traspinta el enfado. Un paje saca a plaza la vergüenza de mi hurto.

La duquesa ríe donosamente al adivinar la señal de una pasión en el más intonso de sus villanos.

DIVAGACION

YO HABÍA esperado el equinoccio de primavera, el día tradicional del florecimiento del narciso.

La flor de la metamorfosis había sido honrada en los anales de un pueblo justo y de suerte contraria.

Quise visitar las reliquias de su vivienda y me interné por la hondonada de un río seco. De las ramas lánguidas de una espesura emprendían el vuelo más aves de gorjeo molesto.

Yo me recliné cerca de una estatua descabezada. Su diestra empuñaba una lanza de fresno, conforme el uso de la Iliada, y su escudo redondo yacía por tierra, deshecho en pedazos. Sobre el zócalo se leía el nombre de un artista inmortal.

Yo recibí el premio de mis afanes y de mi veneración a los vestigios de una edad sencilla. Una mujer, viajera en un carro tirado por leones, me invitó a su lado y me inspiró una confianza viva. Su imagen, con el mismo aparato y decoración de las fieras, adornaba una fuente soterrada y su nombre era el del país en siglos de más ventura.

Me señalaba los derroteros siderales y me hablaba de los días ulteriores, reservados a la bonanza. Su discurso había anticipado el arribo de la noche, de palio fosforescente.

Alteró a voluntad el aspecto de la redonda y me dejó en el principio de una llanura fértil, donde los seres se ofrecían a la medida de la exigüidad del hombre y los celajes se pintaban con los tintes inválidos del crepúsculo matinal.

Un caballo dosalbo, de linaje solar, dominaba el territorio y lo registraba desde una altura. Su voz de bronce y el sonido profundo de sus pasos determinaban en lontananza la fuga oblicua del lobo de ladrido maldito.

LA ENSENADA

EN AQUELLA redonda, defendida por un anfiteatro de montañas y con salida a un mar lisonjero, se había refugiado la inocencia del mundo primitivo.

El cielo se hermoseaba siempre con los tintes suaves y mustios del otoño.

Los nativos eran ligeros y frugales y se holgaban con el tributo de las encinas y de las vides agradecidas.

Las vides arrastraban por el suelo sus sarmientos perezosos y reproducían en sus racimos el color de la perla y del ámbar, tesoros del puerto vecino.

Las encinas reposaban y arrullaban el sueño de los bardos augustos, remozados por el vino y seguros de una dichosa longevidad. No se atrevían a la proeza de los jóvenes en el mar lejano, lleno de peces móviles.

Las mujeres se decían hermanas de los árboles y adoptaban al hijo del oso y al lobezno huérfano. Reinaban por el don maravilloso del acierto y de la previsión.

Aquellos hombres estaban persuadidos de su felicidad inviolable y sin término.

En sus brazos había muerto Homero.

DIONISIANA

Yo subí al mirador a celebrar una entrevista con Celimena en el comienzo del día. Se igualaba con las reinas de Homero por su habilidad en el diseño y en la ejecución de tejidos ornamentales. Despertaba la memoria de la esposa de Alcinoos en medio de sus criadas dóciles.

Sonreía ante la luz virginal de la mañana. Usaba los cabellos sueltos sobre el traje de raso verde, en donde unas piedras falsas completaban la imitación de un vestido célebre de Ana de Austria en el romance de los mosqueteros.

El mismo color se repetía en el manto del prado, donde el azar había diseminado las gladiolas requeridas para la corona de un dios fluvial. El paraje, libre de amenaza, podía servir de escena al paseo de una doncella atribulada en el curso de una novela pastoril. Un caballo blanco sugería el caso de un palafrén licenciado.

Yo disertaba sobre la historia de los amantes ejemplares y su término desventurado. El semblante de la mujer y el sitio aislado y superior restauraban la hora de un siglo heráldico y traían a cuento el dúo frenético de una reina y de su cortejo.

Celimena se negaba al sinsabor de la tragedia, volvía la mente a las seducciones del pasado veneciano y las sumaba a la realidad festiva, de donde había desterrado el pensamiento del mal y de la muerte. Se proponía sustraer del olvido y dejar a los venideros más distantes la imagen de su belleza desnuda, a semejanza de una heroína del Ticiano.

CREPUSCULO

SILVIO resiste difícilmente el ingenio de Beatriz. Las burlas irritan al galán presumido.

El gótico sol de los vitrales pinta la orla de una alegre nube, de forma alternativa.

Los follajes componen una oscuridad continua, a la hora de la tarde, en la ciudad blanca.

Beatriz contempla el río, suspensa ante el caudal transitorio y la figura idéntica.

El galán se aleja amenazando rivales imaginarios. Beatriz usa, para despedirlo, una cortesía juiciosa, abstinentes.

La joven retorna, en presencia de una luna eclipsada, a los severos pensamientos de su tedio.

Las tinieblas incoercibles, de pies suaves, de carátula burlesca, soplan unas largas flautas de ébano o de plata.

Un ladrido brusco, originado en los claustros interiores de la tierra, consterna el bosque de laureles.

EL REINO DE LOS CABIROS

UNAS AVES negras y de ojos encarnizados se alojaban entre los mármoles derruidos. Infligían la afrenta de las harpías soeces. Andaban a saltos menudos y alzaban un vuelo inelegante.

La vega de la ciudad abundaba en arbustos malignos citados, para memoria de la venganza y de la amargura, en más de un libro sapiencial.

Un busto de mirada absorta, ceñido de una guirnalda de yedra, se alzaba a cada momento sobre su pedestal roto. El suelo de los jardines violados había dado albergue, un siglo antes, a las víctimas de una histórica epidemia.

La luz del día regurgitaba de una rotura del globo del sol, y la noche, duradera cual las del invierno, estaba a cargo de un astro, de orbe incompleto y de través.

Unos hombrecillos deformes brotaban del suelo, en medio del sopor nocturno. Salían por una apertura semejante al escotillón de un tablado. Sus ojos eran oblicuos y el cabello lacio y espeso invadía la angosta zona de la frente. Respondieron a mi interpelación valiéndose de un gesto lúbrico y hube de asestarles el puño sobre la faz dura, como de piedra. La mano me sangra todavía.

Yo no contaba otra amistad sino la de una mujer desconsolada, atenta a mí bien y a las memorias de un mundo superior. No sabría decir su nombre. Yo olvidaba, en el principio de cada mañana, su discurso.

Ella misma me puso en el camino del mar y me señaló una estrella sin ocaso.

A poco de soltar las velas al viento próspero, vi alzarse, desde el sitio donde me había despedido con lamentos, una interminable espiral de humo.

EL PASEO

EL EFLUVIO magnético de la hermosa aturde mis facultades.

Salimos de la ciudad y su angostura en solicitud de la campiña.

La yerba rompe el suelo de la antigua avenida.

La mañana de noviembre suena con los alardes y revuelos del viento festivo y luce colores apacibles. Prefiere el azul y el blanco, siguiendo el ejemplo de una doncella reverente, en procesión devota. Mas no ostenta, cual la doncella, un presente floral, orgullo del jardín o del bosque, sino los cristales y diamantes de una lluvia fortuita.

Yo suprimo delante de la hermosa los estorbos más incómodos a la huella.

Avanza con el desgaire de una convaleciente y refiere los percances de un drama señorial, en donde el pundonor veda la confesión de los amantes y les impone una actitud sobrehumana.

Sentimos las situaciones de la comedia y celebramos el donaire de una azafata, por donde llega la ventura del desenlace.

El día boreal sugiere el ambiente del reino en donde acontece el suceso romanesco.

OFIR

LA BORRASCA nos había separado del rumbo, arrojándonos fuera del litoral. Empezábamos a penetrar en la noche insondable del océano.

Oíamos el gemido de unas aves perdidas en la inmensidad y yo recordé el episodio de una fábula de los gentiles, en donde el héroe escucha graznidos al cruzar una laguna infernal. Los marineros, mudos de espanto, sujetaron a golpe de remo el ímpetu de la corriente y salieron a una ribera de palmas.

Yo vi animarse, en aquella zona del cielo, las figuras de las constelaciones y miré el despreciamiento del escorpión, autor de la caída de Faetonte.

Nosotros desembarcamos en la boca de un río y nos internamos siguiendo sus orillas de yerba húmeda. Los naturales nos significaron la hospitalidad, brindándonos agua en unas calabazas ligeras.

Subimos a reposar en una meseta y advertimos el dibujo de una ciudad en medio de la atmósfera transparente. La comparamos a la imagen pintada por la luz en el seno de un espejo.

El rey, acomodado en un palanquín, se aventuraba a recorrer la campiña, seguido de una escolta montada sobre avestruces. Gozaba nombre de sabio y se divertía proponiendo acertijos a los visitantes de su reino.

Unos pájaros, de plumaje dispuesto en forma de lira, bajaban a la tierra con vuelo majestuoso. Despedían del pecho un profundo sonido de arpa.

Yo discurrí delante del soberano sobre los enigmas de la naturaleza y censuré y acusé de impostores a los mareantes empecinados en sostener la existencia de los antípodas.

El rey agradeció mi disertación y me llevó consigo, en su compañía habitual. Me regaló esa misma noche con una música de batintines y de tímpanos, en donde estallaba, de vez en cuando, el son culminante del sistro.

Salí el día siguiente sobre un elefante, dádiva del rey, a contemplar el ocaso, el prodigio mayor del país, razón de mi viaje.

El sol se hundía a breve distancia, alumbrando los palacios mitológicos del mar.

LA VIGILIA DEL CAMPAMENTO

EL REY, antiguo calavera, se enorgullecía de ser un soldado. Me había encomendado la tarea de espiar la actividad de los granujas de su trato y amistad, incorporados a la expedición ultramarina. El mismo rey había presidido la revista de las fuerzas navales y pisaba el territorio enemigo, con pretensiones de invasor.

Recuerdo el sueño malsano de la hueste en la noche de los fantasmas volátiles. Los soldados requerían las armas para defenderse de un asalto ilusorio. Yo vine a dar en una ciénaga al perseguir un jinete falso. Lograba soltarse de mis manos por medio de suertes y prestigios originales. Una cicatriz dividía oblicuamente su cara diabólica de gato desorejado; por donde hube de pensar en la estampa de un guerrero de Atila. Espanté del seno del agua unas ranas criadas del limo, inhibidas y atemorizadas por la voz inquieta de los centinelas. Ostentaban un collar de aljófares sobre la verde librea.

Los sujetos maleantes, señalados a mi censura, desaparecieron seducidos por las visiones infieles y se internaron en el campo del adversario, en donde sufrieron la suerte de los espías y de los batidores. La codicia los había separado lejos del auxilio.

El más alegre e impío se perdió en una batalla extravagante. Su rival fugaz consiguió fatigarlo con los golpes imprevistos del florete de Hamlet.

EL PROTERVO

NOSOTROS constituíamos una amenaza efectiva.

Los clérigos nos designaban por medio de circunloquios al elevar sus preces, durante el oficio divino.

Decidimos asaltar la casa de un magistrado venerable, para convencerlo de nuestra actividad y de la ineficacia de sus decretos y pregones.

Esperaba intimidarnos al doblar el número de sus espías y de sus alguaciles y al lisonjearlos con la promesa de una recompensa abundante.

Ejecutamos el proyecto sigilosamente y con determinación y nos llevamos la mujer del juez incorruptible.

El más joven de los compañeros perdió su máscara en medio de la ocurrencia y vino a ser reconocido y preso.

Permaneció mudo al sufrir los martirios inventados por los ministros de la justicia y no lanzó una queja cuando el borceguí le trituró un pie. Murió dando topetadas al muro del calabozo de piso hundido y de techo bajo y de plomo.

Gané la mujer del jurista al distribuirse el botín, el día siguiente, por medio de la suerte. Su lozanía aumentaba el solaz de mi vivienda rústica. Sus cortos años la separaban de un marido reumático y tosigoso.

Un compañero, enemigo de mi fortuna, se permitió tratarla con avilantez. Trabamos una lucha a muerte y lo dejé estirado de un trastazo en la cabeza. Los demás permanecieron en silencio, aconsejados del escarmiento.

La mujer no pudo sobrellevar la compañía de un perdido y murió de vergüenza y de pesadumbre al cabo de dos años, dejándome una niña recién nacida.

Yo la abandoné en poder de unas criadas de mi confianza, gente disoluta y cruel, y volví a mis aventuras cuando la mano del verdugo había diezmado la caterva de mis fieles.

Muchos seguían pendientes de su horca, deshaciéndose a la intemperie, en un arrabal escandaloso.

Al verme solo, he decidido esperar en mi refugio la aparición de nuevos adeptos, salidos de entre los pobres.

Dirijo a la práctica del mal, en medio de mis años, una voluntad ilesa.

Las criadas nefarias han dementado a mi hija por medio de sugerencias y de ejemplos funestos. Yo la he encerrado en una estancia segura y sin entrada, salvo un postigo para el paso de escasas viandas una vez al día.

Yo me asomo a verla ocasionalmente y mis sarcasmos restablecen su llanto y alientan su desesperación.

HESPERIA

EL SACERDOTE refiere los acontecimientos prehistóricos. Describe un continente regido por monarcas iniciados, de ínfulas venerables y tiaras suntuosas, y cómo provocaron el cataclismo en donde se perdieron, alzados contra los númenes invulnerables.

El sacerdote se confesó heredero de la sabiduría aciaga, recogida y atesorada por él mismo y los de su casta.

Infería golpes al rostro de las panteras frenéticas. Afrontaba la autoridad de los leones y percutía su corona. Captaba, desde su observatorio, las centellas del cielo por medio de un mecanismo de hierro.

Se ocupó de facilitar mi viaje de retorno. Su galera de veinte remos por banda surcaba, al son de un pífano, el golfo de las verdes olas.

Volví al seno de los míos, a celebrar con ellos la ceremonia de una separación perdurable.

La belleza de la mañana aguzaba el sentimiento de la partida.

Debía seguir el consejo del sacerdote interesado en mi felicidad, fijándome, para siempre, en la península de la primavera asidua.

EL SIGILADO

EL ESTUDIANTE entrega al magnate las trovas donde refiere cuíitas apasionadas. Ha desertado de las aulas para adelantar en el arte de la guitarra y celebrar las prendas de su amada en el recato de la noche, sin cuidarse de la inquietud y de la curiosidad de los vecinos.

Los maestros, de reverendas mucetas y perspicaces antiparras, amonestan y reprimen al galán.

Las composiciones líricas descubren el dejo y la apatía de la desesperanza, el deseo de una felicidad inaccesible. El autor se compara a un boyero de vida humilde y clandestina, zarandeado y desesperado por la suerte.

El magnate se hace cargo de las especies vertidas contra la fama del joven y le censura, en términos animados de simpatía, el desperdicio del tiempo. Reserva sus escritos en un cartapacio de badana y lo despide cortésmente, siguiéndolo con la vista, a hurtadillas de los pedigüenos.

El magnate piadoso, avisado por los celadores de la religión, deja de patrocinar al estudiante, cuando lo mira alejarse del brazo de un personaje equívoco y rondante, vestido de ropilla escarlata con botones de acero.

LA QUIMERA

LA VIRGEN, seducida por los entretenimientos del mundo y perdida entre los devaneos de la imaginación, ha adoptado el nombre de Viviana, y tañe su laúd invocando el socorro del hada. Imita las solturas y desenvolturas del romance.

Sueña con redimir y ganar un príncipe encantado, víctima del maleficio de la envidia, humillado bajo la forma de un escuerzo y signado en la frente con la imagen de un círculo rutilante. Una laguna, de aliento venenoso, defiende la galería de su escondite. La virgen consigue romper el sortilegio permaneciendo de rodillas, una noche entera, en medio de unas ruinas, lejos del auxilio humano, y bajo la amenaza de las sabandijas ferales. La virgen resiste los fantasmas de la oscuridad y su cántico victorioso, espanto de unas aves diabólicas, acompasa con el alba y sus llamas de un color devoto.

La virgen interrumpe la música voluble, trasunto del curso de su desvarío, y encierra el laúd en la caja de ébano, de tapa resonante.

La virgen mira el asomo de un bajel y la soltura de un pájaro desde su puente, y acude con voz sobresaltada a la incertidumbre del mensajero.

EL JUSTICIERO

YO ERA UN PRELADO figuroso. Mi autoridad pesaba sin contemplaciones sobre un distrito fortificado. Mi palacio gobernaba el río de la frontera, de cauce irregular, alterado por el precipicio y la caverna. Mi estandarte, en figura de triángulo, mandaba con acento vigoroso el concierto de escarpas, reductos y atalayas.

Yo quería imponer, en su significación cabal, los dragantes de mi blasón.

Me encarnizaba especialmente con los delitos de condescendencia y de flaqueza. Vivía sumido en la ventilación del problema de la gracia y del albedrío, y sustraído al hechizo de la naturaleza sensible.

Yo ordené el castigo inhumano del emparedamiento al saber el caso de una monja enamorada y permanecí impasible a la súplica de sus deudos arrodillados.

La infeliz se dirigió al sitio del suplicio al compás de una música sorda y llevando en la diestra el cirio de la penitencia.

Yo me enfermé de un mal incurable al recibir, el día siguiente, la visita del progenitor de la víctima. El anciano había aprendido, en la compañía de las aves, un arte afectuoso. Habitaba, hasta ese momento, en la linde de una floresta, en la vecindad de los ruisseños, y los había defendido de la saña innata del gavilán.

Las aves le habían referido, en trinos y gorjeos, el cuento de esa vieja enemistad, notada, desde el alba de la historia, en más de una teogonía venerable.

El anciano tañía el violón de un ángel filarmónico, visto por mí en una miniatura alegórica del paraíso.

Sus increpaciones, en el momento de alejarse, dieron al traste con mi severidad.

SAUDADE

LA NIÑA pasea la ribera umbrosa del Tajo, lamentando la desaparición de las zagalas y de las ninfas celebradas en más de una fábula de origen lusitano. Jorge de Montemayor, el bizarro gentilhombre, dejó la memoria de esas mujeres sensibles y de sus cuitas de amor en los párrafos elegantes de su Diana, y pereció, acusado de indiscreto, por efecto de una asechanza nocturna, dirigida desde el recato de una celosía.

La estampa de una mano crispada en el muro calizo y una cruz señalan el sitio del malcaso.

La niña descubre, en la corteza de un fresno, la cifra del nombre aciago.

Un aura indolente desprende, sobre el caudal de agua, las hojas de la selva nostálgica, en el principio de la mañana ilusoria.

LA CAMPAÑA

YO FUI INVITADO a las exequias de un perro cazador. La familia nómada prorrumpió en lamentos agónicos y se dijo amenazada de la penuria al morir aquel servidor pródigo. Las mujeres impusieron sobre los varones la misión de componer una brigada y de salir en demanda de los lobos inculpados.

Salimos a campaña al rayar el día siguiente. Carecíamos de pólvora y sólo portábamos bastones ferrados. El sol apareció bien pronto sobre el suelo de nieve y lo convirtió en una superficie de vidrio. La nieve era delgada y los caballos la rompían fácilmente para devorar la hierba escondida. El hambre devastaba el país.

Nosotros topamos la cuadrilla de las fieras al rodear el estribo de un monte escarpado. Algunos de nuestros jinetes fueron mordidos peligrosamente en la riña cruenta y se dijeron infectados de rabia. Ocho o diez lobos quedaron abatidos y con el espinazo roto. Yo me di por satisfecho capturando un lobezno de pelo rojizo.

Volvimos a la aldea después de alcanzar la victoria y procedimos a la curación de los heridos por medio del cauterio. Todos mostraban los signos de la melancolía, por donde se inicia la crisis de la rabia.

Las mujeres no esperaban salvar los infectados sino sacrificando mi cautivo en aras de un símbolo de su fe, conservado por generaciones innumerables, desde los días de Atila. Adoraban una espada clavada en el suelo, imagen de la fuerza. Envidiaban solapadamente mi fortuna y me demostraban una vez más la inseguridad de su trato. Habrían sido capaces de aconsejar mi pérdida en caso de salir mejor librado en una segunda excursión.

Los heridos se restablecieron a raíz del sacrificio de mi lobezno. Se contentaron al advertir las señales de mi despecho y me dejaron ver la necesidad y

oportunidad de continuar mi viaje. Habían fingido, según mi conjetura, los síntomas de la rabia.

Deseché la compañía de aquellos cazadores infieles y me abrí paso con mi caballo a través del país uniforme, con el auxilio de una brújula.

Una mujer me hirió con una piedra cuando yo separaba mi caballo de mirarse en el espejo de un aguazal.

EL SECRETO DEL NILO

ADRIANO ESTABA inconsolable con la pérdida de su favorito en el río cenagoso, entre saurios torpes. Había perecido cuando ostentaba los atributos e insignias de Apolo.

Las palmeras descabelladas presenciaban una vez más el sacrificio del sol, anegadas en la penumbra del momento solemne, y una pirámide abrumaba el horizonte de modo inexorable.

Adriano había seguido las inspiraciones de una curiosidad impía y las enseñanzas de una crítica presumida, al visitar osadamente el país de los mitos sabios, espectador inmóvil del misterio.

Adriano se ha reclinado sobre el zócalo de un monumento derruido, en la vecindad del río inagotable, y descubre una imagen de su pensamiento en la actitud de un gavilán, el mismo del rito indígena, ensañado en aventar las plumas de una víctima.

LA SIRTE

ARIEL SE HABÍA refugiado en un acanto del capitel corintio. Un arquitecto, agradecido a las seducciones y recuerdos de Italia, había erigido un palacio de líneas seguras e inspiración clásica.

El rey lo había dado en presente al astrónomo de su corte, versado en los presagios de las esferas. Delante del palacio, edificado en una isla desierta, se extendía el mar extático. Un alma errante había preferido aquel panorama a la ventura celeste. Los pescadores referían esta leyenda y la de un cazador nocturno, sentenciado a seguir una presa inalcanzable hasta el cataclismo final del universo.

Aquel astrónomo había cegado el entendimiento del rey y lo animaba asiduamente en contra de sus familiares. Negaba a la nación las avenidas del trono.

El envolvió el reino en una guerra intempestiva y prometió caudales brillantes, reservados en el suelo, para esquivar una armada vencedora.

La suerte preparó sigilosamente un abismo a los proyectos de la soberbia y las naves se dispersaron, por consecuencia de un miedo superior, el día de la batalla.

Ese momento acarreo la desaparición del consejero pernicioso.

La isla de su domicilio se hundió algunos pies debajo de la superficie del mar y se convirtió en un arrecife enemigo de la navegación.

LA RAFAGA

LAS NINFAS de mármol derraman el agua de la fuente por la boca de sus cántaros cincelados. Están sentadas sobre la orla del tazón de jaspe y recogen y vierten las ondas encaminadas por medio de un artificio. El agua vertida de los cántaros cincelados anima la umbría, hiriendo sonoramente el suelo.

Las heroínas del amor infeliz se juntan en aquel sitio a una misma hora, para la confidencia de sus pesares. Una voluntad superior las encierra en el húmedo jardín, en donde juegan las vislumbres de una luz cárdena.

Refieren alternativamente el cuento de su desventura y añaden cánticos lamentables.

Las heroínas despiden un grito y se lanzan en varias direcciones al sentir el nacimiento de un estruendo lejano. El paso de una ráfaga caliginosa deshace el jardín fantástico y sus tintes de violeta, y deja en su vez una oscuridad llena de gemidos.

EL VENTUROSO

YO SALÍ, a la hora prohibida, del templo solar y me adelanté más allá de la torre coronada de una estrella, emblema y recuerdo de Hércules.

Acudí en servicio de una mujer desfallecida sobre la ribera de un mar inmóvil y de aguas negras, en donde zozobraba un arrebol extravagante. Ostentaba la corona de violetas de la penitencia y pedía a voces el alivio del sueño. Desapareció dejando en mis manos su veste de gasa lunar.

Yo había perdido el camino del regreso y seguí los pasos de un gato salvaje encarnizado en la persecución de un faisán.

Vine a dar en un paraje cerril y hallé gracia entre unos cazadores magnánimos. Combatían el elefante al arma blanca, auxiliados de unos perros de la casta maravillada por Alejandro, el vencedor de los persas. Uno solo bastaba para estrangular al león.

Adopté fácilmente sus costumbres. Se decían los preferidos del sol y los hombres más cercanos de donde nace.

He llegado hasta presidir la única ceremonia de su religión. Elevan al amanecer un coro de lamentos en memoria del hijo de la Aurora, sacrificado por Aquiles.

EL MUSULMAN

LA MEZQUITA había venido al suelo durante el exterminio de los fieles.

Los piratas rubios habían mutilado sus torres y cubierto de estuco las letras decorativas en donde se leía el nombre del profeta. Se reían de la filigrana concebida y realizada por nuestros antepasados en una serie de siglos de entusiasmo.

Los muecines, humillando la frente en el polvo, anunciaron la nube de los neblíes sanguinarios.

Llegaron después de una travesía de seis meses, lucios y descortezados por el bochorno de los mares tórridos. El viento se dividía en silbidos al correr entre las velas tirantes. Los grumetes soplaban las sirenas, colgados ágilmente de los mástiles.

No nos atrevimos a combatirlos en el litoral, sino en un descampado fácil a nuestra caballería. Fuimos asesinados a mansalva. Nuestros héroes fiaban locamente en una lid vistosa, de aceros cruzados en combate singular. El fuego de los ingenios de hierro venció al denuedo franco y esteró el suelo con las víctimas y despojos de un simún.

Mi hermano mayor quedó entre los prisioneros y sufrió una suerte aciaga.

Los vencedores lo escogieron para blanco de sus pistolas. Su cadáver, colgado por los pies, se deshizo durante varios días en medio de una ronda de chacales crepusculares. El se había atrevido, a pesar de sus cadenas, con un jefe principal.

Yo visité a hurtadillas la mezquita de nuestra devoción, antes de ausentarme de mi suelo cautivo, y rescaté las reliquias de mi hermano, pagándolas al vencedor con el presente de unas armas antiguas y de una estofa suntuosa. La museлина, elástica y transparente, pasaba sin ajarse a través de un anillo.

Yo escogí para mi destierro el hogar de un pueblo hermano. Una planta voluble, presea de nuestras selvas, se teje en torno de un árbol seco y lo adorna con sus flores de escarlata. Yo la traje y la conservo en memoria de mi casa.

Pedí servicio en una flotilla de pescadores de perlas y recorro un golfo cristalino.

EL TOSIGO

LA DAMISELA ha salido a las ocasiones del siglo y presencia las diversiones después de criarse en el retiro, cohibida por los dictámenes de una moral adusta, defendida por la hueste de servidores de un obispo linajudo. Los ojos y los cabellos negros esparcen una insidiosa hechicería.

La damisela comenta la farsa desempeñada en la sala del rumboso coliseo, y se abandona a los efectos enervantes de una música inventada por los artistas de una raza desventurada y nómada. La melodía, de formas imprecisas, despierta la imagen de una infelicidad quimérica.

Un extranjero, de sentimientos profanos, descubre el palco de la damisela y sigue sus pasos. La acompaña hasta la portezuela de una carroza distinguida con las insignias del prelado, y desafía la protesta de una escolta de criados ceremoniosos.

El extranjero, de fe cismática y vida bacanal, se pierde en los garitos y holgorios hasta el momento de sentir un sueño tenaz.

Reposa largamente en su vivienda y se despierta bajo el resol de una mañana bermeja.

Prueba a levantarse de su lecho y repara en el comienzo de un mal inexorable al ejecutar, por vez primera, unos movimientos infieles de perlático.

EL CORTESANO

LA PRINCESA de China me decía aquella tarde los versos de un poeta de vida orgiástica. El había muerto, poco tiempo antes, cayendo desde una balsa a las aguas de un río navegable.

Los versos decantaban el reposo de un saurio entre los nenúfares de una ciénaga y esa misma escena decoraba el lienzo rojo de un biombo.

Yo había usurpado, con el fin de escucharla, una silla de marfil en donde acostumbraba acomodarse el consejero más docto y ceremonioso.

El papagayo de voz desapacible, posado en un aro de mimbre, eriza el pecho sonoro a la vista de una nube precipitada sobre el palacio de madera. Yo abominaba al pájaro importuno.

Anuncié desde la azotea el avance de un golpe de jinete y la vibración de sus lanzas en el seno de una polvareda.

La princesa comenzó a farfullar, con el miedo impreso en la tez de nácar, y pudo contarme la maldad de aquellos vencedores y cómo abolían los ojos de sus víctimas, señalándolos al pico de unas grullas amaestradas.

No supe de la princesa en el curso del incendio provocado y agenciado por los jinetes. Resolvió sucumbir en la compañía de los suyos.

Los enemigos vociferaban, ebrios de un licor extraído del arroz, y yo me hurté a su vigilancia.

Me escondí en la pagoda vecina, respetada del saqueo, y adopté la vida y el hábito del bonzo. Yo sonrío al verme enfundado en mi vestido talar, de color amarillo y de mangas ampulosas. Permanezco subido en una meseta de mi templo, festonada de flores.

He conseguido sustraerme a la desconfianza de los jinetes y me insinúo con ellos.

Exploro alguna vez el asiento del palacio convertido en cenizas, de donde la princesa volvió al cielo, vivienda original de sus mayores.

He escogido, para mi devoción y recogimiento, cada uno de los sitios en donde reconstituyo su presencia y adivino el vestigio de su borceguí de plata.

LA CONSEJA DE LOS ALABARDEROS

EL MINISTRO del rey había acusado los fines egoístas del cardenal encenagado en los deleites. Se encaraban a cada momento, animados de un odio venenoso. Habían nacido en el seno de la misma familia dinástica. Sus criados habían reñido al pie de la torre de un presidio.

El cardenal, acostumbrado a la seducción, había insinuado un discurso indigno en la mente de la hija del ministro, bajo el secreto de la confesión. No prosperó en su maldad, sino salió desengañado y ofendido.

Escogió una segunda vía para la desgracia de su malqueriente y dirigió las pasiones del rey liviano en perjuicio de la mujer inflexible.

El ministro se dispone a la defensa del honor y padece en su persona y en sus bienes. No sobrevive, en la oscuridad del calabozo, al cercenamiento de las orejas y a la tonsura, afrentas legales de los falsarios.

La hija del ministro desfallece en manos de unas religiosas innobles. Oye la referencia de su infortunio en la serenata irrisoria de los parciales del clérigo. Se pierde en conjeturas y alucinaciones y descubre una junta de ratas cabriolantes en torno de la mariposa de luz. Danzan de espaldas y ensayan corcovos, a la manera de las brujas.

Las religiosas la persuaden a la inmovilidad y al abandono de su resistencia. Le anuncian el fallecimiento de su progenitor y le muestran la aguja empleada en coserle el sudario y destinada a unir las cortinas de su lecho de prisionera.

EL FENICIO

PARA SALIR al océano se necesitaba navegar, tres días continuos, el río apacible. Yo detenía mi barco, al cerrar la noche, bajo la custodia de un árbol egregio. La proa estaba defendida por la cabeza de un monstruo alado.

Yo avizoraba sin descanso las riberas desiertas y no conseguía explicarme el abandono y la desidia de los pueblos circunvecinos.

Hacia el manantial del río apacible, muy dentro del continente, se alzaba el palacio de un rey ciego, en donde se dictaba una justicia inexorable.

Las víctimas bajaban, en esquifes azarosos, a perderse en la anchura del mar. Los naturales veían en las aguas salobres el abismo de donde salía la noche y su terror.

Recorrí aquellos parajes sin molestia alguna, y no alcancé a ver hombres ni fieras.

Nació el sol cuando divisé, en medio del mar, la nave de mi salvamento, originaria del sur.

Pertenecía a unos comerciantes griegos, aventurados, hasta allí, en demanda del ámbar.

EL KNUT

LA SERVIDUMBRE secular inhibía, a través de las generaciones, el pensamiento de los campesinos.

Se dejaban zurrar sin oponer reparo ni protesta. Sus amos los trasquilaban a cruces y los multiplicaban uniéndolos en pares sin consultarles la voluntad.

Yo asistí a uno de esos matrimonios. Los campesinos y sus mujeres se habían embriagado con un alcohol virulento y danzaban cogidos de las manos al son de una música elemental. Muchos caían de bruces sobre el suelo desnudo, tartamudeando una canción. El señor no podía reprimir las carcajadas.

Consumían en vasijas de madera una harina glutinosa, de sabor ácido y quedaban atragantados para el resto del día.

Trabajaban fielmente y con bastante desaliño y torpeza en cambio de un salario escatimado y descansaban sobre el césped de los parques. La policía interrumpía a cintarazos su sueño nocturno.

El primer frío del invierno bastaba para exterminar el enjambre de los desheradados. Salían haciados en carretas para fuera de la ciudad donde se les incineraba sin esperar, alguna vez, su fallecimiento. El oficial del registro civil no se molestaba en llevar la cuenta de las defunciones. Los campesinos ignoraban si tenían un nombre y respondían a cualquier apodo.

El acaso de una lluvia me deparó el conocimiento de una doncella de esa muchedumbre. Me cautivaron su gesto de inerme y su blandura de linfática. Separaba por el medio de la frente sus cabellos de un color rubio desteñido. Se había refugiado en un soportal de mi casa.

Su hermano, un sujeto de complexión exausta y barba rala y precoz, sobrevino a defenderla de mi alevosía.

Decidí vengarme de su resistencia aumentándoles el infortunio. Acudí al

jefe de la guarnición, mi compañero en la vida bacanal, y lo persuadí al reclutamiento del joven.

Aquel militar, de origen aristocrático y educación selecta, había esparcido el renombre de severo en la disciplina y de insensible al sufrimiento ajeno. Se divertía imponiendo azotainas dilacerantes. Los soldados volvían éticos a sus hogares.

El joven recluta vino a ser contado entre los enemigos de un superior tiránico. El oficial había muerto de ingerir, con la sopa, fragmentos de vidrio.

Yo esforcé las sospechas dirigidas contra el desvalido y mejoré la defensa de sus compañeros.

Fue declarado autor del homicidio y sentenciado a la fustigación. Pasó a un suburbio, en donde los soldados le formaron calle y le descargaron sendos flagelos enérgicos. El recluta llevado a rastras, iba y venía, maniatado a un fusil armado de su bayoneta, por donde podía herirse en cualquier movimiento de esquivéz.

Los gritos de la víctima helaron de espanto a los verdugos. El azote descubrió en breve tiempo el esqueleto.

La faena duraba cerca de una hora, cuando se interpuso el médico del regimiento para discernir el pulso y certificar la muerte.

La hermana del recluta, forzada a comparecer, se desmayó en el curso del suplicio.

EL SAGITARIO

SUBÍ LA ESCALERA de mármol negro en solitud de mi flecha, disparada sin tino. La hallé clavada en la puerta de cedro, embellecida de dibujos simétricos.

Yo acostumbraba disparar el arco de plata, semejante al de Apolo, con el fin de interrogar a la fortuna. Yo estaba a punto de salir en un bajel de vela cuadrada y no fiaba sino en los de vela triangular. Había crecido satisfaciendo mis veleidades y caprichos.

Una mujer salió a espaldas de mí, se adelantó resueltamente a desprender la flecha trémula y me la alargó sin decir una palabra. Su presencia había impedido el acierto de mi disparo. Yo reconocí una de las enemigas de Orfeo.

Quedé prendado de aquella mujer imperiosa, ataviada con la piel de una pantera. Creí haberla visto a la cabeza de una procesión ensañada con las ofrendas tributadas al mausoleo del amante de Eurídice. Su gesto de cólera desentonaba en la noche colmada.

Defendí una vez más las cenizas del maestro y espanté la turba de las mujeres encarnizadas, simulando, desde una arboleda, rugidos salvajes. Yo esperaba sufrir de un momento a otro el desquite de aquella estratagema.

La mujer subió conmigo dentro de la nave y llamó despóticamente a su servicio las fieras del mar, ocultas en los arrecifes. Los marinos se entendieron con la mirada y escogieron un rumbo nuevo. El sol trazó varias veces el arco de su carrera sobre el circuito de las aguas. Un ave desconocida volaba delante de nosotros.

Yo fui abandonado a mis propios recursos en un litoral cenagoso, desde donde se veía, a breve distancia, un monumento consagrado a las furias.

Yo descubrí el nombre del sitio recordando una lamentación de Orestes.

EL MALCASADO

YO ERA EL SENESCAL de la reina del festín. Habíamos constituido una sociedad jocunda y de breve existencia, recordando los estatutos de la república jovial establecida en el principio del Decamerón. Las cigarras fervientes molestaban, a veces, desde los olivos.

Donceles o, mejor dicho, damiseles vanos amaestaban en la danza los perros favoritos de las mujeres. Llorábamos de risa al contemplar el gesto de una grulla de instintos imitativos. Reproducíamos algunos momentos del genio extravagante de Aristófanes.

Cuando volví del campo a la ciudad, redimido de la petulancia faunesca, vinieron a mi encuentro los magnates de mi trato y compañía, mercaderes habituados a la riqueza hereditaria. Abandonaron un momento su actitud distinguida y el estrado en donde pregonaban su dignidad y me enunciaron una misma frase acompasada, en señal de condolencia. Mi noble señora había salido de este siglo.

Una mano desconocida había depositado, antes de mi deserción, una corona de flores lívidas en la mesa de su oratorio. Esa corona, ceñida a la frente de la muerta, bajó también al reino de las sombras. Encarecía el rostro lánguido y lo asemejaba al de una santa en el arte rutinario de un monje.

MONTERIA

YO ME HABÍA fatigado corriendo tras de los carneros salvajes.

Hube de aliviar la sed en un pozo de agua salobre. Allí mismo quise restablecerme de una topetada. La sal había cristalizado en las orillas, en forma de nácar.

Los jóvenes de mi edad habían sido igualmente maltratados al perseguir aquellos animales irreductibles. Ninguno había sido victimado ni cogido en cepo. Se les asignaba una vida tenaz.

Oculté el daño recibido en el curso de la caza y no la referí a mis compañeros. Me recogí en mi cortijo al caer la tarde y quise envolverme en el humo de una hoguera de enebro. Yo gustaba singularmente de este leño perfumado y había juntado un haz de sus ramas al volver de la correría azarosa.

El aroma exhalado del fuego me inspiró una embriaguez dominante y desenvolvió en mi presencia una avenida de estatuas monumentales. Las cabezas estilizadas imitaban exactamente la testa de las fieras hurtadas a mi persecución.

Yo reconocí, desconcertado, un pasaje de Tebas, la ciudad de las cien puertas.

LA CIUDAD DE LAS PUERTAS DE HIERRO

YO RASTREABA los dudosos vestigios de una fortaleza edificada, tres mil años antes, para dividir el suelo de dos continentes. Las torres se elevaban muy poco sobre las murallas, conforme la costumbre asiática. La antigüedad de aquella arquitectura se declaraba por la ausencia del arco.

El paso de Alejandro, el vencedor de los persas, había difundido en aquel país un rumor imperecedero.

Yo observé, desde un mirador de las ruinas, la disputa de Sergio y de Miguel, dos haraganes de origen ruso. Se les acusaba de haber asesinado y despojado a un caballero, cuando lo guiaba a través de un páramo. Se apropiaban las reses heridas por los cazadores del vecindario. Superaban la perfidia del judío y del armenio.

Miguel se retiró después de infligir a su adversario un golpe funesto y se encerró en la hostería donde yo me había alojado. Ninguna otra persona se había dado cuenta del caso.

El herido murió la noche de ese mismo día, profiriendo injurias y maldiciones. Miguel no podía, a tan larga distancia, conciliar el sueño y llamaba a voces los compañeros de alojamiento para salvarse de alucinaciones constantes. Yo contribuí a serenarlo y lo persuadí a esperar, sin temor, hasta la mañana.

Lo dejamos solo cuando empezaba a dormirse.

Volvimos a su presencia después de entrado el día. Lo encontramos ahogado por unas manos férreas, distintas de las suyas.

RAPSODIA

JUNO SUELTA, desde las alturas celestes, al hijo deforme, oprobio de la hermosura divina.

Las nieblas se apresuran al socorro del infante y lo deponen sobre la superficie elástica del océano, moderando el ímpetu de la caída.

El niño desciende en una carroza de nácar, aviada por las sirenas, a una vivienda aparente, fantasía de los artistas del abismo, situada al cabo de una vegetación de corales y madréporas. La vergonzante luz de las profundidades circula a través de los aposentos.

El infante concibe el amor de la belleza, probado más tarde en la forja y en la cinceladura de joyas resplandecientes, durante el trato con los seres hundidos, de forma caprichosa. Admira la medusa presumida y sus crines acumuladas debajo del disco de su quitasol aplicado.

Debe, asimismo, la índole risueña y las costumbres pacíficas, por donde se distingue de sus compañeros de inmortalidad, a la enseñanza de criaturas inermes. Oye el consejo de la anguila versátil, de la esponja sedentaria, del pez orbicular de fisonomía bufa.

El donaire de Vulcano tersa la faz contrastada y mitiga la voz resonante de la tragedia.

CRONICA

EL REY escucha mal de su grado las reprensiones de un familiar exento de doblez y privilegiado por la ancianidad y por el amago de la muerte.

Las censuras proferidas en medio de la agonía alcanzan el valor de la amenaza. El anciano lamenta la sujeción del reino al mandamiento extranjero y su confiscación al agiotista lombardo. Los piratas, súbditos de un rey niño, exterminan las naves y pisan la bandera semejante, en la canción de los bardos, a un meteoro de la tormenta.

El anciano trata del descontento de los nobles, de su retiro maligno y de sus proyectos concertados a sovoz. Los aldeanos y los ciudadanos, ajenos de la holganza y demás ventajas acarreadas por el comercio, esperan en sus viles casas de madera el signo de la sedición. La riqueza persuade a la mansedumbre.

El rey adolece de la voluntad y sobrelleva la advertencia. Vuelve al palacio y se recoge en su cámara a criar pensamientos valerosos bajo la sugestión de un águila de bronce.

Mensajeros fieles acorren sucesivamente con la nueva de atroparse los sediciosos. Desconfían de la entereza del rey y lo miran vencido y sujeto al deshonor.

Los autores de la asonada entran la cámara despedazando puertas y ventanas con el esfuerzo del hombro y de la mano vestida de un guante de hierro. Imprimen sobre el piso de madera el pie soberbio, calzado de una espuela arisca, para secundar el desmán de la cara hirsuta y de la voz entonada. Se mesan en los momentos de enfado la barba espinosa. Ordenan el cautiverio del rey en un subterráneo, especie de mazmorra o de sumidero, y ejecutan en ese instante y de manera unánime el gesto bravo de ajustar la mano a la cintura.

El rey es viudo y cuenta un solo hijo. El ayo desleal se entretiene cortando esmeradamente con una tijera de cirujano los párpados del infante.

El nombre del rey se lee en una lámina de plomo adherida a un ataúd.

ALASTOR

EL EJÉRCITO de los atenienses había sufrido reveses deplorables en el ámbito de Siracusa y fue necesario el ordenamiento de la retirada. Las naves encargadas de facilitarla se habían perdido en una lid restablecida varias veces. Los supervivientes envidiábamos la felicidad de los sacrificados. Las hogueras consumían los muertos y sus vistosos arreos de milicia y marcaban el rumbo de nuestra jornada.

El ejército se movía lenta y difícilmente. Los heridos, abandonados en el suelo, rompieron en lamentos y se creyeron en manos del vencedor.

Mi compañero de tienda de campaña se incorporó de donde sucumbía y se colgó de mis hombros. Habíamos crecido juntos en la imitación de los héroes y convenido en socorrernos. Se espantaba de morir en medio de los ultrajes y mucho más de salvarse para el cautiverio.

Yo lo derribé delante de mí y le quité la vida con un dardo penetrado del veneno del acónito infernal y reservado para mí mismo en el caso de verme prisionero.

Le he inferido a ciegas el tiro mortal. He desviado el rostro y cubierto mis ojos con la mano siniestra.

La compasión ilimitada sirve escasamente para aliviar mi delito de haberle anticipado el día necesario. Describo sin tregua el suceso en donde principia mi inquietud.

Su alma no se alejó indignada.

EL CLIMA DEL NOPAL

EL ERMITAÑO cuenta los sucesos y prodigios del amor y se incorpora a la hueste de los personajes lacerados y sin remedio. Se confiesa autor de más de un raptó y sugiere, por medio de una elocución viva, el susto de la fuga a rienda suelta, bajo el alcance de las piedras y de los disparos.

Se finge dedicado a la memoria de Mercedes, constante en censurar sus mocedades y autora, una vez difunta, de su retiro del siglo y de su arrepentimiento y humildad.

Describe la estancia en donde pasó de esta vida y quedó yacente, sin auxilio ni compañía. Un soplo del norte rompía a cada paso los ventanales, arrojaba lejos el perfume de los sahumeros y extinguía, delante del crucifijo de marfil, un cirio de lumbre mustia.

Pasa a celebrar su propósito irrevocable de vivir penitente, desde esa hora, en el hueco del monte, en medio de una maleza parca y cenicienta.

El ermitaño da fin a su discurso y me sorprende con la mención de sus compañeros y el reproche de su tardanza. Los apellida por medio de un sílbato de cobre.

Yo me vi amenazado, en breve espacio, por una rueda de fusiles asestados. No podía alzar mi voz sobre la greguería de los truhanes.

El capitán los persuadió a respetarme la vida y me sacó a salvo por caminos despeñados, sin dejar el hábito de monje, y contentándose con mi dinero y la promesa de navegar la vuelta de mi patria.

Disparaba su pistola sobre unas aves de rapiña juntadas, sobre mí, en revuelo furioso.

EL ENVIADO

EL BARDO, agobiado por la senectud, esclarecía a los humildes el calendario de los días faustos e infaustos, obra de su numen. Les enunciaba preceptos saludables para la vida y el oficio del navegante y del labrador. Prefería, para su discurso, el sosiego vespertino, en los días señalados por el florecimiento del cardo.

El se decía vivo y activo en el curso de varias generaciones humanas y superior en edad a las encinas.

Estaba de más en la casa de los magnates. No había conseguido avenirlos, a pesar de su éxito con las fieras del monte.

El compadecía la situación mezquina de sus adeptos y los llevó tras de sí, para fundar un establecimiento pacífico, delante del cerco de piedras de una fuente.

Un relámpago anunciaba la salida fortuita del agua y el río se formaba a poco andar, fecundando una juncaleda.

El consiguió ordenar los estamentos de la ciudad, previniendo los motivos de la discordia. Conforme su enseñanza, una fuerza íntima junta y sostiene, en torno de un centro, los elementos de cada ser de fábrica natural y señalaba el caso de la estrella y sus puntas separadas. Diciendo de esta suerte, esrutaba en la mano un grano de arena del color de la perla.

El les enseñó la administración de la leche de los rebaños y el modo de fermentarla en cubos de madera.

Les impuso la observación de una política tolerante con los pueblos de la redonda y les permitió iniciar la guerra si caía fija en el suelo una de las tres saetas lanzadas en el sentido de la carrera del sol. Por este consejo vino a crecer su nación de victoria en victoria.

Desapareció para morir, atento siempre a esconder la pequeñez de su naturaleza de hombre, y se alejó subiendo una colina desmoronada, en la compañía de un oso gris.

LOS CELOS DEL FANTASMA

YO CONTABA apenas veinte años cuando terminé los estudios en una antigua universidad. He adoptado la solemnidad de sus claustros.

Volví al pueblo de mi nacimiento, situado en medio de una vegetación lozana, en un distrito inundado.

Me enamoré súbitamente de una joven cándida, de epidermis suave.

La descubrí sentada en un banco de piedra, debajo de las hojas flácidas de un árbol azotado por la llovizna. Había llegado furtivamente, arropada en los jirones de la niebla.

Desapareció de mi lado al llegar la primavera. Dudo si murió por causa de los morbos insidiosos de la región palustre o si era tan sólo un fantasma aéreo.

Deseoso de morir, he salido de mi isla nebulosa en busca del peligro. Sufrí la uniformidad del mar a la sombra de las velas arrogantes. He visto sin pasión ni interés la alegría de los puertos meridionales. Quería asistir al duelo de naciones irreconciliables, trabado desde siglos entre las ruinas de una civilización augusta.

Me he juntado al ejército más ufano. He visto el signo bizantino del creciente en el lienzo rojo de los pabellones y en el turbante de los guerreros fatalistas.

Un bajá despótico regía aquella muchedumbre. Llevaba consigo las mujeres de su harem, sujetas a una vigilancia perpetua. Una de ellas acompañaba al son de la guzla un canto monótono. Habría contentado mi sentimiento por la joven cándida.

Determiné raptarla en el tumulto de la primera función de armas y refu-

giarla muy lejos de su tirano, en mi isla nebulosa. Su afecto me habría sanado de la antigua pasión fantástica.

Presenció el desastre del ejército en la primera batalla. Los oficiales enemigos aparecían gallardamente del seno de una nube de humo.

Visitaba los sitios de mayor peligro con las manos en los bolsillos, disimulando mi interés.

Me dirigí, montado a caballo, donde me esperaba la mujer. Había convenido en salvarse conmigo al llegar la crisis de la derrota.

Los vencidos habían desesperado de poner en salvo las cautivas. Yo las vi moribundas, revolcadas en su propia sangre, heridas de un balazo en la sien.

LA ACEDIA DEL CLAUSTRO

ME VISITA el recuerdo de los seres malogrados en medio de sus méritos para un destino más liberal. Reverencio la veste de azafrán de Ifigenia, en donde se descubren los dedos esforzados del sacrificador.

Beatriz se viste de un tinte sangriento al aparecer, la vez primera, en presencia de Dante y se envuelve en el trasunto de una llama vehemente al asistirlo en la escala sideral del Paraíso. El poeta florentino ha escogido, en uno y otro momento, los colores devotos del martirio, sugiriendo los días pasajeros de la heroína.

Conservo la memoria de un ser infeliz, de una joven agostada por la tiranía de sus deudos presuntuosos. El orgullo del linaje los había persuadido a separarla del siglo, en donde la esperaba un doncel valiente.

El juicio de la cautiva se había desvanecido en la austeridad monótona del convento. Huía a menudo del encierro y se asomaba a un balcón, a disfrutar una vista libre.

Yo recorría una iglesia resplandeciente en el momento de prevenirse la fiesta principal de la diócesis. Yo vi la joven artodillada en el suelo de pórfiro y delante de un altar de plata.

Me tomó de la mano para indicarme la imagen de su galán. Me señaló en un mosaico la efigie de un rey vestido de dalmática y prosternado a los pies de la cruz.

BAJO EL VELAMEN DE PURPURA

YO HABÍA pasado la mitad de la noche a la vista de las frías constelaciones y vine a recogerme y a dormir en una sopeña, a la manera de Orfeo.

Hallaba menos al joven compañero de mis fatigas. El era hijo de un rey precipitado de su trono y había llegado hasta mí después de recorrer climas distintos.

Me apareció en sueños y me refirió su muerte a manos de unos cabreros insensibles. Su cuerpo había sido abandonado en un desierto de piedras. Allí raptaban pesadamente unos vestiglos nacidos del océano.

Gimió inconsolable hasta el momento de tenderle mi diestra, en seguridad de mi culto por su memoria. El temía especialmente a un sepulturero de la vecindad, encarnizado en romper la cabeza de los difuntos. Se retiró en paz, prometiéndome su inmediato retorno al originario torbellino del sol.

Yo entregué al fuego su cadáver en la mañana del día siguiente.

Guardo sus cenizas en una urna de ciprés incorruptible, para sumarlas a las de mí mismo el día supremo y esa urna es el único tesoro ganado por mí en este viaje involuntario.

EL CRISTIANO

YO LO VEÍA diariamente sentado a la puerta de su choza y con la cabeza entre las manos, hundido en una reflexión intensa. Se mostraba en aquella actitud cerca de la noche, cuando el cielo igual de la región se alteraba ligeramente con delgados celajes de ámbar y violeta.

El había perdido los años más fértiles de la vida en el sufrimiento del presidio, por efecto de una acusación injusta. Su honestidad se había conservado intacta y lo había redimido al principio de la vejez. Los superiores le habían permitido edificar su vivienda en un descampado. El se había insinuado en la amistad de sus compañeros y había suavizado la ley de su destino, esclareciéndoles las promesas del Evangelio.

Yo lo visitaba con frecuencia y lo seguía en sus peregrinaciones hasta la orilla del océano de las ballenas y de los témpanos. Había sustituido con un nombre fingido el verdadero y se justificaba alegando su humildad y el propósito de semejarse a la ola fundida en el mar.

El me enseñó la caridad con los animales. Antes de su muerte, me encontró digno de proteger sus dos amigos más probados. Yo trasladé para mi casa, sobre mis hombros, el ajuar de la suya y eché por delante un zorro azul del polo y una liebre sedosa.

EL HALLAZGO

LOS MARINOS me habían acostado en el ataúd de sicomoro, habilitándome para el sueño subterráneo. Se ausentaron después de ensayar conmigo una planta de cebolla, de olor nauseabundo. Me dieron a beber el zumo de sus hojas velludas y de su raíz, del grueso de un dedo. Se pagaba del suelo seco y sus flores apacentaban la voracidad de un enjambre de sabandijas de coselete doble, abastecidas con el aparejo de un verdugo.

El dolor de cabeza y un ligero frenesí me asaltaron después del cesamiento del sopor. No vi sino imágenes de espanto y de crueldad. Un pájaro se ensañaba con su hijo.

He roto sin darme cuenta la cifra de un pensamiento inexpressable, dibujada en la frente de un monolito, y miré alzarse delante de mí una serie de estatuas indignadas, de ojos de esmalte.

He desechado, recelando una perfidia, la nave suelta en el vecino río de lodo, en medio de una selva marchita.

Esforcé el paso en demanda de un monte sereno, en donde nacieron y posaron la planta fugitiva, una vez proscritos, los númenes alegres del paraje.

Descubrí una lápida adherida a un sitio inaccesible de la cuesta, y la alcancé a rastras y jadeando. Mostraba, a manera de señal, una figura humana terminada en el pico de un ave rapaz. Cedió fácilmente al empuje de mis manos y dejó ver un aposento húmedo y fosforescente.

He escondido de los compañeros infieles el secreto de mi riqueza inagotable.

BAJO LA ADVOCACION DE SATURNO

YO RECUERDO la aldea de mi nacimiento. En sus colinas áridas agonizaba la retama de Leopardi. El soplo del páramo irritaba el hambre del lobo de boca ensangrentada, entumecía las manos e infiltraba un sueño péfido, imagen y preludio de la muerte.

El lobo perseguía unas aves alharaquientas, de ojo redondo y pico de marfil. Sentía la crisis de la atmósfera y el cambio de la estación y cegaba de cólera en presencia de una luna desenterrada. Yo contraje, mirándolo, el hábito del mordisco sañudo.

Yo leía sin orden ni concierto, en mi cabaña de tierra, sumido en la penuria del lugar nativo. Las nubes pendían del cielo torvo, ocultaban la carrera del tiempo, igualando el día y la noche, y ahogaban la voz de la hora del sueño.

Un caballero se internó en mi suelo yermo y no acertaba con el camino del regreso. Yo el vestí una pelliza, regalo de un cazador de osos, y lo salvé de perecer de frío. Su gratitud me convirtió, dos años después, en estudiante de una escuela de cirujanos.

Los compañeros me burlaban de un modo festivo, y provocaban mis opiniones y sentencias para aplaudirlas con aspaviento irónico. Me desviaron de consumir los estudios y de alcanzar la licencia, acusándome, tuertos de envidia, de efectuar la vivisección en los enfermos. Los dignatarios de la universidad publicaron, al expulsarme, los motivos de su enojo, confiriéndome una fama azarosa.

Yo me refugié en un distrito mezquino, cercano de mi solar, en donde se criaba una gente acerba. La serranía de torrentes agotados cargaba el peso del cielo horizontal. Un vestigio de ocre alumbraba los pastores macilentos en su tarea de agenciar una hueste de cabras.

Vivía penosamente de la práctica ilegal de mi profesión. Ocupaba un edi-

ficio aislado y macizo, de un color de herrumbre, anegado en el de la tierra. La araña geómetra suspendía impunemente su tapiz.

Yo me enamoré de una virgen sincera, preocupada de las criaturas inermes, afines de su temperamento. La veste cándida y el atavío de flores de su frente insinuaban la figura de una víctima. Yo la sustraje de la casa de sus padres. Se arrepentió de haberme seguido y sucumbió al darme el tercer hijo.

Yo pensaba en la reforma de mi oficio, sin escrúpulo del exterminio de los clientes, y vine a zozobrar en la miseria y en el vilipendio. Intentaba salvar, por medio de un tratamiento quirúrgico, la respiración de los afectados de angina. Lo ensayé, sin motivo de enfermedad, en mis dos hijos mayores y los dejé sin voz. Gemían sin consuelo, poniéndome en el caso de fustigarlos.

Recuerdo el último de mis intentos estériles, cuando infligí un corte en la garganta de mi otro hijo. Estaba de crianza y no se sostenía sobre sus pies. Guardó su feliz sonrisa hasta el momento del sacrificio.

Los vecinos acudieron a mi duelo, rodeándome compasivos. Se olvidaban de sí mismos y de sus razones para acusarme. Yo los había mutilado o herido mortalmente. Se maravillaron de mi perplejidad e indiferencia.

Yo concebía en aquel momento el proyecto decisivo de mi ruina. Compaginaba las notas de mi experiencia y las lucubraciones de mi ingenio para dirigirme a un cuerpo de médicos de la ciudad vecina. Yo los asedié con instancias y amenazas y los persuadí a escucharme en sesión solemne.

Comparecí vestido de gala y desmelenado y con los pies desnudos. Subí a un estrado y espanté las señoras con mi lenguaje procaz y altanero. Esforzaba y bajaba alternativamente la voz, reduciéndola a un murmullo.

Los gendarmes fueron invitados a la supresión del desorden. Yo les amaraté el rostro a golpes. Me trajeron hasta aquí, en medio de una muchedumbre, con las manos atadas a la espalda.

Encerrado en una gavia y sentado sobre el arca de mis viejos libros de cirujano, refiero a los visitantes la malignidad de mis colegas.

EL LINCE

ME HABÍA PAGADO en monedas falsas el precio de mi casa, dejándome en la descalcez y a la intemperie.

Volví a ganar la vida en una tarea lastímosa. Debía permanecer diez horas del día en los arrozales, hundido en el lodo tenaz. El sombrero en figura de parasol me defendía escasamente del cielo veraniego. Por allí mismo corría el viento de los tifones, suficiente para torcer los árboles y sacar a tierra las naves de los europeos, animadas y tiznadas por un fuego de carbón.

Denuncié mi caso a los magistrados de la provincia. Desesperaban de reprimir los fulleros y ladrones. Habían agotado la imaginación en el invento de suplicios terribles. Cercenaban gradualmente la persona del reo hasta reducirla a un torso o le estrechaban el cuello en un cepo de madera. Cualquier movimiento podía separar la cabeza de la víctima.

Resolví dejar mi tarea de labriego y seguir la pista del autor de mi desdicha. Los magistrados me alentaban pagándome un salario modesto.

Pasé en una balsa a la isla de Hong-Kong, asiento del pirata inglés y refugio de los salteadores del continente. Los agentes de policía, ajenos del carácter y del idioma del país, sufrían burlas y gatadas.

Me ocupé de dirigirlos en la muchedumbre y confusión de los garitos. Visité los fumaderos de opio y apliqué sendos moquetes a los viciosos de rostro enajenado y consumido.

Una cortesana me puso en el camino del hallazgo. Me abordó risueña y pizpireta, correteando y riendo. La faz de porcelana se iluminaba de risa y la cabellera imitaba la forma de un pájaro con las alas abiertas. Algunos pilletes quemaban petardos delante de su casa.

Me dió las señas de un garito subterráneo. Preceptos de moral, estampados en gallardetes y banderolas, negaban el carácter del sitio. Los negociantes más

ricos de la isla aventuraban su fortuna a la luz timorata de un fanal de papel. El autor de mi desgracia servía de banquero y de cambista. Un ropaje faldulario, de color amarillo, acentuaba sus ademanes pacíficos de obeso.

Lo entregué en manos de los gendarmes británicos y conseguí su restitución a los magistrados de mi provincia.

Yo fui invitado, en premio de mis servicios, a escoger la manera de ajusticiarlo.

Quedó de rodillas y con la frente sobre una loza.

Un elefante, montado por mí, le oprimió y quebrantó la cabeza con uno de sus pies delanteros.

EL ESCOLAR

LA SONÁMBULA sufría de la perfidia de un amante. Había enfermado de considerar una aspiración remota.

Merecía el nombre de visionaria y de profetisa y pasaba la mitad del día arrodillada delante de una imagen de arcilla negra. Le tributaba siempre el exvoto de una flor cantada en las hipérboles de la Biblia y conservada por muchas generaciones devotas. La flor exhausta recuperaba su perfume bajo el rocío del agua bendita. Había adornado el peto de un cruzado.

La sonámbula me predijo el éxito de mis intentos y me inspiró la voluntad de aplicarme al juego de manera más vehemente. Salía vencedor de los garitos en medio del asombro y de la envidia de los perdularios. Malograron su tiempo ordenándome asechanzas e invitándome a fiestas campestres. Me rodeaban solapados y famélicos.

La sonámbula me separó de usar los consejos de un médico en la crisis de una fiebre inopinada. Me salvó de recibir los gérmenes de una enfermedad desaseada y frustró una vez más el despecho de los perdidosos.

Yo la recibí en mi compañía y la llevé a respirar las auras del mar de Sicilia, de donde vino el restablecimiento de su hermosura.

Mis enemigos nos dispararon por última vez sus arcabuces desde unas ruinas.

Yo había dejado mis lares nativos con el propósito de reconstituir un momento deplorable de la antigüedad bajo la sombra de Tucídides.

EL DESAHUCIO

LA CORTESANA había arribado de Londres y se había revestido con sus nieblas. Se encontraba sola y enferma.

Yo me apresuré a defenderla de la incertidumbre y la recibí en mi estancia desprevenida. Subió la escalera apoyándose en mi hombro.

Alboroté el fuego para restablecerla del pasmo del frío. El gozo de la llama tiñó de rojo las cortinas de terciopelo, residuo de mi fortuna salvado de las garfas de los acreedores.

Venía de la isla de las praderas, quejándose de la avilantez de los gendarmes y sollozaba amargamente al declarar la ruina de su salud y de su prestigio.

Se acomodó en la cama de palisandro, enriquecida de placas de bronce e incrustada de plata, conforme el estilo de Pompeya, y se perdió entre las sábanas abandonándose a merced de sus morbos. No podía resistir la muchedumbre de sus redolores.

Yo consumí en sus exequias el resto de mis bienes y la incineré con los muebles artísticos, arriesgando la última partida con el desgaire de un Sardanápalo.

No pude pagar el alquiler de la vivienda y me arrojé a la calle en demanda de los peligros de la intemperie.

LA CASTA DE LOS CENTAUROS

LA MUJER provinciana, de grave y primeriza juventud, refiere las aventuras y peligros del llano, donde nació y se crio. Los cabellos negros acentúan el rostro pálido y demandan una corona de flores narcóticas.

Sugiere, vestida de blanco, la imagen de un clima tórrido y el refrigerio de sus palmas. Su mano se ha posado sobre la frente de una esfinge y ha registrado pergaminos venerables en el asilo de un santuario, bajo el destello de una lámpara de alabastro.

Su voz ha cantado un aria nostálgica en donde un río deletéreo se funde con el mar, y unas aves azules trinan sin alivio ni refugio sobre las riberas de sauces.

La doncella requiere una escena imaginaria. La favorita diserta en el patio de las canciones y de las fiestas musicales, cerca de una fuente custodiada por las efigies de bronce de los leones insurrectos, e insiste en los tesoros guardados por los grifos, más allá de la esquivez de los arenales, donde viven y penan los eremitas centenarios; y una esclava etiope interrumpe el cuento para celebrar el aire delicioso, lleno del aroma de los mirtos.

La doncella refiere los azares del llano, los lances de su equitación a la luz de un crepúsculo interminable. Su figura, sobre el caballo de galope resuelto, debiera esculpirse en el frontón de un templo gentilicio.

EL LAPIDARIO

EL SENTIMIENTO del ritmo dirigía los actos y los discursos de la mujer. Dante habría señalado el valor de las cifras mágicas al criticar la fecha de su nacimiento y la de su muerte.

Volvieron sus cenizas del destierro en un país secular. El amor deshojaba, desde la nave taciturna, un ramo de azucenas en el mar de las olas fúnebres.

Yo divisaba desde una altura el arribo de sus reliquias y la escolta de los dolientes y me retraje de incorporarme al duelo.

He dibujado a golpes de cincel un signo secreto en la frente de una piedra volcánica, respetada en medio de la erosión del litoral y vecina del puerto del regreso.

El signo comprende mi nombre y el de la muerta y ha sido esculpido con la exquisitez de una letra historiada. Lo he inventado para despertar en los venideros, porfiados en calar el sentido, un ansia inefable y un descontento sin remedio.

EL VIAJE EN TRINEO

EL COBRE y la plata yacían sepultados en una zona estéril, en donde los vegetales alcanzaban una arborescencia mezquina. El abedul enano y el liquen no conseguían alegrar la vista.

Un río continental permanecía más de la mitad del año paralizado por los hielos. Algunos barcos informes, de arte rudimentario, se deshacían en medio del clima estricto. Los autores de su fábrica juntaban las piezas por medio de sogas de cáñamo, sin el auxilio del hierro. Aquellos barcos navegaban pesadamente balanzando sus tres mástiles en el aire lívido.

Hombres apáticos, vestidos de piel de reno, moraban en la desembocadura del río. Unas aves de pico sórdido despedazaban en su presencia el cadáver de una ballena polar.

Aquellos hombres desaseados morían de roña y de escorbuto. No acostumbraban el uso de la sal y consumían el pescado sin despojarlo de sus vísceras.

Yo había arribado a aquel paraje cumpliendo un encargo del gobierno británico. Debía espíar la actividad de los agentes moscovitas, obstinados en nuestra pérdida. Había adoptado laboriosamente las costumbres y el lenguaje de aquellas naciones incultas y nadie me habría distinguido entre los mongoles de tez de azafrán.

Advertí inmediatamente la ineptitud de nuestros enemigos. No habían descubierto el modo de aplicar a la industria del armamento los metales atesorados en el suelo.

Algunos jinetes del Cáucaso habían penetrado en el territorio de una tribu desprevenida e inocente, sujeta a la autoridad incierta del emperador de China y desidiosa en pagarle el tributo de cuarenta pellizas de zorro blanco. Se decía devota de los espíritus infernales refugiados en una montaña de arena.

Yo persuadí la tribu en contra de los invasores prodigando el dinero y el aguardiente. Junté una muchedumbre armada de picas y bastones y la conduje al asalto de un pequeño reducto de madera en donde se guarecía el enemigo. El zar descuidó el agravio inferido a sus servidores y los incorporó a su guardia de honor.

Procuré aumentar mis conocimientos en ciencias naturales cuando me convencí de la incapacidad de nuestros émulos en el dominio del Asia. Me encaminé a un sitio famoso por el hallazgo de animales prediluvianos. Trabé en esa ocasión alguna amistad con un naturalista ruso, nacido en el litoral del Báltico y educado en Riga.

Juntaba a su preparación universitaria la credulidad y la superstición de un pope. Se embriagaba copiosamente para festejar el domingo y rodaba por el suelo dejando oír un hipo fatigante. Ingería habitualmente un pan negro, ácido, aromatizado de anís y de comino y salpicado de una salsa cáustica.

Se dio cuenta, no obstante, de la razón de mi viaje por aquel desierto y podía frustrar mi labor esforzada.

Había despertado mis celos previniéndome en el descubrimiento de una nueva casta de cedros de Siberia.

Conseguí envenenarlo en el curso de su embriaguez, dándole a comer de la carne de un mamut fósil.

EL ALUMNO DE TERSITES

YO ME HABÍA internado en la selva de las sombras sedantes, en donde se holgaba, según la tradición, el dios ecuestre del crepúsculo. Era un sagitario retirado del mundo y sustraído a la alegría y recibió por ello el castigo de una muerte anticipada. El numen de la luz le guardó un duelo continuo y le encomendó la hora ambigua del día.

Su amada había recibido la merced de la inmortalidad y recorría las veredas y atravesaba la espesura del monte, en donde reinaba perpetuamente la misma hora, a la vista de los celajes cárdenos.

Un pensamiento supremo la había enmudecido.

El matorral componía una alfombra delante de sus pies y los árboles, soñando con el mediodía rutilante, arrojaban sobre su cabeza una lluvia de flores martirizadas.

Yo me había internado en la soledad silvestre, llevando de compañero al bufón desterrado de la corte. Decía sus gracejos en forma de argumento, parodiando risueñamente a los escolares y doctores. Shakespeare lo mienta en uno de sus dramas. Había incurrido, por imprudente, en el enojo de un rey venerable y de sus hijas.

El bufón dirigió la palabra, en son de festividad, a la mujer del bosque entredicho, elevada al mismo privilegio de las personas divinas, de hollar la tierra con pies desnudos e ílesos.

El bosque embelesado se mudó repentinamente en un cantizal y el flagelo del relámpago azotó las higueras condenadas a la esterilidad.

TACITA, LA MUSA DECIMA

LA HERMOSA hablaba de la incertidumbre de su porvenir. Había llegado a la edad de marchitarse y sentía la amenaza del tiempo y de la soledad. Los hombres no se habían ocupado de sus méritos y tenían su inteligencia alerta.

El discurso de la mujer hería y agotaba mi sensibilidad. Su suerte me inspiraba ideas desesperadas acerca de la vida. Aquel ser sufría de su misma perfección.

Yo la he separado cruelmente de mi presencia. Podía interrumpir mi fuga clandestina, a través de la orgía del mundo, hacia el abrazo letárgico de la muerte. Yo divisaba una lontananza más sedante al imaginar la anulación de mis reliquias en el seno del planeta cegado por la nieve, desde el momento de extinguirse la energía milenaria del sol, conforme el pronóstico de un vidente de la astronomía.

Mis días desabridos anticipan el sueño indiferente de la eternidad.

La autora de mi inquietud se acerca afectuosamente al féretro en donde yazgo antes de morir. Su lámpara de ónix, depositada en el suelo, arroja un suave resplandor y su abnegación se pinta en el acto de sellar con el índice los labios herméticos, para mandamiento del silencio.

CARNAVAL

UNA MUJER de facciones imperfectas y de gesto apacible obsede mi pensamiento. Un pintor setentrional la habría situado en el curso de una escena familiar, para distraerse de su genio melancólico, asediado por figuras macabras.

Yo había llegado a la sala de la fiesta en compañía de amigos turbulentos, resueltos a desvanecer la sombra de mi tedio. Veníamos de un lance, donde ellos habían arriesgado la vida por mi causa.

Los enemigos travestidos nos rodearon súbitamente, después de cortarnos las avenidas. Admiramos el asalto bravo y obstinado, el puño firme de los espadachines. Multiplicaban, sin decir palabra, sus golpes mortales, evitando declararse por la voz. Se alejaron, rotos y mohínos, dejando el reguero de su sangre en la nieve del suelo.

Mis amigos, seducidos por el bullicio de la fiesta, me dejaron acostado sobre un diván. Pretendieron alentar mis fuerzas por medio de una poción estimulante. Ingerí una bebida malsana, un licor salobre y de verdes reflejos, el sedimento mismo de un mar gemebundo, frecuentado por los albatros.

Ellos se perdieron en el giro del baile.

Yo divisaba la misma figura de este momento. Sufría la pesadumbre del artista setentrional y notaba la presencia de la mujer de facciones imperfectas y de gesto apacible en una tregua de la danza de los muertos.

LOS AIRES DEL PRESAGIO

(1960)

*Compilación publicada, titulada, prologada y anotada por Rafael Angel Insausti. Caracas, Colección "Rescate", 1960. 2ª edición aumentada, Caracas, Monte Avila Editores, Colección Eldorado, 1976.

IDEAS DISPERSAS SOBRE FAUSTO*

¿DÓNDE NACIÓ su leyenda? Nadie podrá decirlo con precisión. En Alemania hay varios Faustos populares distintos del de Goethe. Existe el de Marlowe en Inglaterra, el Mágico Prodigioso en España; y por último, las almas cándidas y fieras de la Edad Media se divertían con narraciones cuyo protagonista era el hoy anacrónico diablo, burlado ingeniosamente por un individuo que con él había hecho un tratado. Lo mejor sería responder a la anterior pregunta: Supuesto que la humanidad es esencialmente una misma en todas partes, la leyenda nació en cualquier lugar donde hubiera hombres que sintiesen sed de sabiduría, ansia de placeres, nostalgia de juventud.

Debido a esta uniformidad de sentimientos en la raza humana sucede que el genio no crea el asunto de la obra maestra que lo inmortaliza y cuyos personajes son tipos permanentes y cosmopolitas. Más de un libro podría escribirse sobre los precursores de Dante; el argumento del Paraíso Perdido es el de una comedia italiana a cuya representación asistió Milton; algunos dramas de Shakespeare fueron inspirados por narraciones novelescas o trágicas difundidas en su época. Esta falta de originalidad muy lejos de disminuir la gloria del genio la aumenta, haciendo notar la distancia que lo separa de la multitud. Además, el estilo de esos seres superiores es oscuro generalmente: circunda sus pensamientos una nube como a los dioses paganos.

La mayor parte de las obras maestras lo son de oscuridad y su lectura ordinariamente no aumenta la noción que de oídas habíamos adquirido acerca de ellas. Es natural que las enseñanzas de los genios sean enigmas; a nadie extraña que el caudal de agua caído desde muy alto sobre la tierra, la hiera profundamente y se envuelva en nieblas evanescentes. Con razón ha dicho alguien que

**El Cojo Ilustrado*, n° 488; Caracas, abril de 1912.

lo claro es generalmente vulgar o que lo bello se presenta ataviado de una oscuridad y misterio que a unos causa inquietud, a otros respeto.

Este diferente resultado de lo desconocido depende del temperamento de cada cual. Una filosofía comenzaba sentando que para el hombre el misterio es un tormento; y Bacon al contrario pensaba que ante lo desconocido el hombre se rendía de buen grado, disminuyendo la audacia de sus investigaciones.

Esta diferencia en el sentir se debe imputar a que los escritores atribuyen a la humanidad sus opiniones, porque casi nunca se atreven a hablar de sí mismos y emplean en lugar del *yo* franco y odioso el *se* vago e impersonal.

En literatura la oscuridad del estilo contribuye a aumentar el número de los admiradores inconscientes que repiten y consagran con furor la opinión de unos pocos escogidos dotados de criterio o de audacia. Entre los hombres de escaso talento cuentan los autores célebres sus más decididos partidarios. Es sabido que cuando enfermó de aquella divina fiebre de antigüedad el espíritu humano, los retóricos que interpretaban a los autores antiguos atribuíanles en su entusiasmo de ignorantes, ideas que nunca habían tenido y belleza que nunca habían pensado.

Todas estas reflexiones sugiere la lectura de la obra maestra de Goethe, reflexiones de aplicación general y variable. Alusiones no comprendidas, escenas indescifrables, comunicanle el misterio que prestigia los templos famosos, las religiones, las filosofías antiguas. En el libro me hallaba perdido como en un laberinto lleno de voces discretas, sombras temerosas, pasos quedos, cuando sirvióme de guía el poeta francés de Nerval, a quien enfureció la locura sagrada de las pitonisas y malogró el mismo destino de Lucrecio. El oro de mucha belleza pasó por mi espíritu, oro fugaz que se convertía en una de las escenas del libro en mariposas y fuegos fatuos cuando era cogido por los espectadores que rodeaban el carro de Pluto, que pasaba derramando falaces riquezas.

EL POETA DE LA DEMOCRACIA*

SI SE TIENE en cuenta que la claridad de la frase anuncia la del pensamiento que expresa, muy indistintos han debido ser los del escritor angloamericano que fatiga con un desfile de ideas e imágenes para cuya expresión se dieron cita los más raros vocablos ingleses sumados a voces indias como rezagadas de la fuga ante la expansión yanqui. Indecisa pensaba la distinción entre la poesía y la prosa este raro poeta que tenía un propio concepto del arte y que debió producir la misma alarma causada por Rubén Darío en los países de lengua española, de quien se diferencia en haber sido el cantor del presente y de la democracia. Un escritor del culteranismo lo habría llamado antípoda del poeta centroamericano, cuyos versos han cantado muertas y aristocráticas grandezas.

No debió a aspiración de ciencia ni de gloria las arrugas que surcaron su faz a pesar de la alegría de vivir y de la satisfacción del presente, derivadas de su organismo firme heredado de antepasados holandeses. Desde niño se identificó con la naturaleza, por cuyos espectáculos tenía la atención de Byron adolescente, el terror sagrado de los pueblos bárbaros. Al mar, en alta voz, como queriendo renovar los prodigios de Orfeo, leía versos de poetas inspirados y rudos, de quienes fue tan fiel discípulo que padeció siempre ausencia de conocimientos preparatorios, siéndole extrañas las reglas más elementales de la puntuación.

Cada uno de nosotros concibe un hombre perfecto y normal a cuyas cualidades trata de aproximarse. Tal modelo debía ser para Walt Whitman el herrero de la aldea descrito por Longfellow, y cuya vida se dividía entre el trabajo cotidiano, la asistencia puntual a los oficios religiosos y la meditación continua de la Biblia. Estas ocupaciones llenaban, asegura un viajero, la existencia de los americanos cuando nació el poeta; en las diversiones sociales reinaba una

**El Tiempo*; Caracas, 22 de enero de 1913.

gravedad puritana: en el centro, formando en círculo, estaban las damas sentadas en sillas, detrás de cuyos espaldares rígidos permanecían de pie los caballeros estirados y fúnebres.

No tenía el culto de los grandes hombres, proclamado por los positivistas, tal vez porque su índole modesta se escandalizaba de las inteligencias y caracteres excepcionales. En su sentir ningún elogio habría enaltecido más que aquel "éste era un hombre", tributado al personaje shakespeariano. Por su afecto a la democracia sin selección cuyo triunfo sería el de las medianías, era adverso a Renán, justamente alarmado por la ascensión insolente de la muchedumbre.

A pesar de ser oriundo de Nueva Inglaterra, llamada la Grecia de los Estados Unidos por la producción de un escaso número de hombres de talento, no hizo esfuerzo porque ideales desinteresados sedujeran el espíritu de los modernos cartagineses y fuese satisfecha la aspiración de Heriberto Spencer, que los acusaba de infecundos por proponerse únicamente el bienestar material. Para señalar ese nuevo rumbo parecía autorizado por su estilo y aspecto de poeta: la faz ruda y venerable, la barba y los cabellos como si los hubiera puesto en desorden uno de aquellos vientos sagrados que trayendo en su seno cálidos alientos de desierto y rumores de oasis, animaban las aguas muertas de los lagos hebreos.

ESTIRPE PROCERA*

LA HERENCIA es una fuerza de efectos inconstantes y tenaces. A negarla han sido inducidos algunos por lamentables degeneraciones que no se han tomado la pena de explicar imparcialmente. Ignorados vicios hereditarios pueden hasta anular la virtud a que debe su renombre alguna familia ilustre, y que conocidos servirán para confirmar la fatalidad de la fuerza que nos hace solidarios de nuestros antepasados. Toda contradicción desaparecería ante un examen detenido y justo.

Los defectos de uno de los progenitores pueden contrariar y sobreponerse a las virtudes del otro, una vez que los ha asociado el amor o el acaso demasiado eventuales. Muy raras veces habrá dictado esa unión un propósito de selección como el que se atribuye a los antiguos espartanos, de posible cumplimiento en sociedades organizadas de una manera militar y despótica.

Se ha creído por ciertos pueblos conveniente para la prosperidad de las familias dominadoras y para la íntegra conservación de sus caracteres, la reproducción por el matrimonio de los parientes más cercanos, como ocurría entre los incas, hijos de matrimonios incestuosos. No observaban tan extremada conducta, sino más bien cruzaban la raza heroica con otras excelentes y extrañas, los bárbaros, vencedores del imperio romano, que eligiendo por jefe al más valeroso de los individuos de una misma familia, armonizaban el principio hereditario y el selectivo.

Siempre que no se cumpla ese propósito de selección se hará difícil la persistencia de determinada virtud en una familia expuesta por el escaso número de sus miembros a confundirse y a desaparecer a cada paso en la muchedumbre circundante.

**El Tiempo*; Caracas, 4 de abril de 1913.

Al contrario, la general uniformidad de los caracteres hace muy frecuente la conservación y repetición del tipo primitivo en los pueblos numerosos o relativamente puros. Según Taine, los teólogos bizantinos reviven la sutileza y larga facundia de Néstor en la leyenda homérica; para Carlyle la paciencia del trabajador inglés tiene su explicación en el heroísmo sombrío del antepasado sajón, y por último, el francés actual es el galo descrito por el conquistador romano.

Nada más justo que la admiración por el raro espectáculo de una familia que ilustra por individuos de mérito, muchas veces oculto, florece hasta agotarse ruidosamente con el genio. La historia hispanoamericana no cita más singular ejemplo de virtudes heredadas que el ofrecido por la estirpe cubana de los Heredias. Este apellido ha sido el de sacerdotes virtuosos, el de magistrados íntegros y quizás también fue el de algún conquistador pirata y después fundador de ciudades. En el último siglo culminó la distinción espiritual en la obra de dos poetas de renombre latino.

Esta distinción espiritual en una familia parece favorecer la aparición del talento poético tantas veces seguido de la superioridad moral, que alguno se arriesgó a considerarla su condición indispensable. Podrían citarse los nombres de muchos poetas para quienes la vulgaridad fue el tormento de toda su existencia, que sucedieron a militares leales y a caballeros sin reproche, y que mejoraron, como aconsejados por Milton, su vida y su obra a imitación de las cosas laudables que ensalzaban. La divina facultad crece en mérito con la rareza que debe sobre todo a la escasa probabilidad de transmitirse. Su aparición es aleatoria, no estando asegurada por determinada ventaja orgánica como la de la aptitud para la pintura o la música, dependiente de una especial constitución del aparato visual o auditivo. En prueba de esa afirmación la historia no ofrece ejemplos de familias de poetas y cita en cambio muchas de pintores y de músicos.

Pueblos enteros casi siempre infortunados y errantes poseen esta última habilidad, a cuyo ejercicio prestan auxilio el recuerdo del hogar abandonado, el dolor del exilio perpetuo, las cuitas del desterrado que no tienen confidente.

Sorprende el advenimiento de los dos artistas del verso en una misma familia separados por el intervalo de un cuarto de siglo. El breve tiempo intermedio y la comunidad del nombre permiten que de uno a otro se continúe la dilatada reputación, aunque no la obra poética, que persiste siempre en el estado en que la deja el autor. Como el más joven no descendía del más antiguo, la insólita casualidad no da lugar a creer de la naturaleza que fue poco estricta en la observación de sus leyes ni de la ciencia que fue aventurada en sus afirmaciones terminantes.

El renombre de ambos artistas se dilata en momentos críticos para la suerte de su patria. Conmovía a ésta la simpatía por los pueblos hispanoamericanos sublevados y resueltos a la libertad o a la muerte, cuando floreció el poeta en lengua castellana. Ideas revolucionarias, que disimuló después, lo obligaron a una vida peregrina y tormentosa, extraviándolo, por desgracia, en la poesía

patriótica y rebelde. El segundo presenció muy de lejos los sacrificios de sus compatriotas y tuvo tiempo para verlos premiados con el más ilusorio resultado. Esas desventuras no lo distrajerón de narrar en sus sonetos la peregrinación que por tierras y épocas lejanas realizó su fantasía, tan aventurera como el antepasado conquistador o como el normando de que descendía por su madre. Podría suponerse también que revivía la rigidez del cumplido magistrado en aquel esmero y corrección de la obra. Poeta y erudito, sería comparable a Leopardi si la debilidad constitucional le hubiera enfermado la fantasía, impidiendo la serenidad y juventud helénica de su producción.

Trasladada la familia eminente a un país de general y exquisita cultura, hay razón para esperar el advenimiento de otros intelectuales tan conspicuos. De tal modo podría ser incesante el perfeccionamiento en ese medio favorable, que acumuladas las cualidades mentales se llegara al mecanismo complicado del genio, probándose la veracidad de Goethe, para quien el hombre genial reúne las cualidades intelectuales dispersas en sus antepasados.

Tanto podría hacerse esperar ese hombre superior, que anulada la actividad militar por el triunfo del movimiento hacia la paz universal, quedase el espacio libre a la actividad benéfica o civilizadora comparable, según algunos, a la energía aventurera de otros tiempos. No deja de convenir en manos de los civilizadores la lira, el instrumento que ha de apaciguar siempre fierezas y levantar ciudades como en los remotos tiempos helénicos. Si la familia Heredia está destinada a la producción del hombre genial, éste podría ser algún vate de ésos que resumen una civilización o encauzan el tumulto de una época; podría esperar la decadencia inevitable con resignación orgullosa después de producir un gran poeta, a pesar de la escasa persistencia de esa aptitud literaria. Mayor motivo para esa orgullosa resignación si apareciera por misterioso designio en horas grávidas de porvenir, cuando la humanidad siente inquietud como de mar que prepara su latido gigante para próximas tormentas.

NI EL DERECHO NI LA FUERZA*

A PESAR de que prorrumpir en discursos edificantes a propósito de tal o cual fenómeno histórico es muchas veces tan acertado como protestar contra la perversidad de una inundación, numerosos escritores se han dado a la tarea de moralizar en la historia; unos han tenido atención únicamente para los hechos que manifiestan el triunfo definitivo de la fuerza, cuyas conquistas han calificado de estables; otros, por el contrario, sólo han encontrado firmes las situaciones adquiridas sin detrimento del derecho. Estos últimos, más generosos y optimistas, tal vez se proponían disuadir a sus semejantes de las prácticas violentas, haciendo de la historia un libro por el estilo de esos catecismos en ejemplos que con narraciones piadosas objetivan las enseñanzas de la moral cristiana. Seguramente con mayor facilidad han demostrado sus adversarios la victoria perenne de la fuerza; bastante razón tenía aquella escuela de economistas que consideraba el estado actual de la sociedad humana resultado indiscutible de la violencia. La mayor realidad de esta opinión ha hecho crecer el número de los que niegan los beneficios del derecho, especialmente del que resuelve las cuestiones internacionales. Insensata negación ésta no sólo porque es imposible desconocer que con la creciente civilización y demás causas de perfeccionamiento humano va prevaleciendo el respeto a la justicia, sino porque también el examen atento de la historia prueba que ambas tesis —la de los apologistas de la fuerza y la de los apóstoles del derecho— distan tanto de la absoluta verdad que ambas son ciertas. La historia da para muchas demostraciones aunque sean contrarias. Estables han sido numerosas conquistas del derecho y otras tantas de la fuerza. Si de algún modo se puede explicar esa estabilidad no será alegando que fueron justas o violentas, sino más bien que fueron oportunas, acordes con las circunstancias y condiciones existentes.

**El Tiempo*; Caracas, 21 de abril de 1913.

COMENTARIOS A UN CRIMEN*

EN LOS ÚLTIMOS días ha aumentado el interés de los periódicos con el caso alarmante de Madame Caillaux. Esta señora se propuso castigar personalmente al autor de las injurias contra su marido, el Ministro de Hacienda de la República Francesa. Salió, pues, un día armada con un revólver a cumplir su resolución firme y espontánea. No la detuvo ni la consideración de la peligrosa responsabilidad que abrumaría a su marido, una vez perpetrado su proyecto. Presentóse decidida e implacable delante del procaz injuriador de su consorte y con raro desparpajo le descargó todo el fuego de su arma. Acorrió al escándalo mucha gente que gritando vituperios, completó contra los esposos Caillaux la obra de difamación emprendida por el reciente asesinado. Yo me figuro a la notable delincuente pálida y nerviosa, como una Lady Macbeth, en medio de la multitud agrupada que comenta sin cesar con gestos iracundos.

No faltará quien califique a la valiente dama de sufragista escapada hacia este lado de La Mancha, porque la acción es propia del encono de esas militantes frenéticas. Por otra parte, quedarán convencidos de su injusticia los escépticos en punto de afecto conyugal. El asesinato cometido puede ser considerado como ejemplo de fidelidad elocuentísimo. Otros predecirán la necesaria frecuencia de actos parecidos en la conducta de la futura mujer emancipada, y hablarán de restaurar para la interesante madre del linaje humano desastrosos cautiverios y obsoletas disciplinas, predicando sin bastante autoridad contra el actual propósito de su liberación. Así pensando, pierden el tino esos retrógados, porque el nivel moral se eleva con la más suelta condición de la mujer.

Por primera vez ejerció ésta con libertad sus facultades en aquella hora de la Edad Media en que el perenne batallar absorbía la atención de los hombres.

**El Nuevo Diario*; Caracas 28 de marzo de 1914.

alejándolos de sus hogares largo tiempo. Al amparo de esas circunstancias surgió la caballería, la más alta presea de la dignidad humana, por cuyo enterramiento el noble Gobineau acusa a Cervantes de haber aplebeyado el mundo.

Por otra parte, emancipada la mujer, recupera la facultad que tuvo el organismo femenino en los orígenes de la vida: la de seleccionar los seres masculinos y fortificarlos en el curso de las generaciones por la acumulación de cualidades excelentes. De este modo alcanzó el macho la superioridad que en el hombre ha llegado a ser indiscutible, gracias al dominio que obtuvo sobre su compañera en momento determinado del desarrollo de la sociedad. Después de este momento ejerce el hombre la selección de tal manera que ha ido acumulando en la mujer virtudes negativas, frágiles encantos, dotes miserables, que con el tiempo acabarán por convertirla en un ser parásito u ornamental. En los últimos diez siglos ha aumentado a favor del hombre la diferencia entre los sexos, sobre todo desde el punto de vista intelectual. De modo que continuada por más tiempo la absoluta postergación de la mujer, se llegaría al desastre fisiológico y sociológico de su parasitismo. El feminismo puede ser la reacción inconsciente del instinto de conservación alarmado.

EL CONTRATO DE VENTA*

OBSERVACION

DURANTE SIGLOS fue extraña al contrato de venta la idea de trasladar la propiedad. El vendedor romano enajenaba los derechos que podía tener sobre la cosa. El antiguo derecho francés permitía vender por quien no fuese propietario. Como salvaguardia del comprador estaba allí la acción de saneamiento para el caso de consumarse la evicción. Antes de este momento la venta surtía todos sus efectos, y el comprador no podía ejercer ningún recurso.

El código civil francés vino a incorporar resueltamente en el contrato de venta la idea de enajenar la propiedad. Es cierto que dio del contrato una definición propia de la doctrina que aspiraba a suplantar, pero rectifica esa definición y excluye sus consecuencias en los artículos que siguen. Además, para disipar toda sombra de duda sobre el carácter traslativo de propiedad, expresa formalmente la nulidad cuando se vende la cosa ajena. Y la expresa en términos que la exhiben como de carácter absoluto, susceptible de ser invocada por el comprador y por el vendedor con igual razón. Pero la jurisprudencia francesa, experta y positiva, creyó conveniente asentar con diestros argumentos que la nulidad en la venta de la cosa ajena es relativa y que favorece al comprador. Extrema su saña contra el vendedor de tal modo que le niega la acción de nulidad aun cuando vendió creyéndose propietario. Lo mismo hace el reciente legislador civil venezolano, reconociendo el crédito magistral que merece la jurisprudencia de aquel gran pueblo desierto.

Vista la argucia de la jurisprudencia francesa para imponer el carácter de relativa a una nulidad que lo tiene de absoluta por la redacción del precepto

**El Universal*; Caracas, 26 de julio de 1918.

que la establece, y reconocida la consideración que puede merecer el vendedor, cabe preguntar si con mayor equidad y con menor esfuerzo no se hubiera logrado el mismo objeto de salvar al comprador. Tal hubiera acontecido si el legislador de ambas naciones, la francesa y la venezolana, hubiera definido correctamente la venta, como traslativa de propiedad mediante un precio, dispensándose de expresar la nulidad cuando se vende la cosa ajena. Llegado este caso, sólo el comprador habría invocado la condición resolutoria implícita en los contratos bilaterales. De modo que más simplificada la teoría de la venta, el comprador habría tenido dos acciones sucesivas: una inmediata, para resolver el contrato, y otra ulterior, para demandar el saneamiento en caso de evicción.

UN SOFISTA*

EL SEÑOR Leopoldo Lugones sigue molestando con su erudición de revista y de manual.

Enuncia últimamente sus ideas políticas, adoptando la arrogancia de quien publica vaticinios. Se limita a reproducir los delirios impertinentes y anticuados de Nietzsche. Confunde maliciosamente la democracia con el redil, y la trata con el desdén soberbio e ininteligente de un patricio de la antigüedad grecorromana. Recuerda los improperios de Theognis, el feroz oligarca de Megara, y la tesis autoritaria de Guizot, el odioso liberto, desagradecido con la Revolución Francesa. Desconoce que la democracia se dirige a suprimir la desigualdad artificial, y que es el único régimen capaz de provocar el advenimiento de la aristocracia individual, como término de la competencia llana y franca.

Niega rotundamente la eficacia de las ideas, y afirma que la inteligencia del hombre sirve tan sólo para la adaptación pasiva y que no pasa de mecanismo registrador, inepto para dirigir el curso de la vida. Heriberto Spencer no se habría expresado con más ingenuidad en 1860.

Lugones ve en el hombre la fiera sañuda y egoísta. Omite el sentimiento innato de la solidaridad, y toma al pie de la letra las metáforas guerreras de Darwin. Profesa una biología refutada.

Llega por este mismo camino a identificar el derecho con su cumplimiento o con la fuerza, olvidando que la noción primitiva de la justicia nace de la simpatía. Nos sentimos amenazados al presenciar el agravio inferido a nuestro hermano.

Las ideas políticas del señor Lugones sólo pueden medirse con sus opiniones de escrutador de Homero. Afirma que la caballería andante es la imitación de

**El Nuevo Diario*; Caracas, 27 de enero de 1926.

los héroes del ciclo troyano y, partiendo de tal premisa, no vacila en rectificar temerariamente al humanista Alfredo Croisset, a propósito de Diomedes.

Se encarniza puerilmente con el cristianismo, y lo apellida barbarie nazarena, usurpando el célebre adjetivo de Enrique Heine. Desestima que el ideal caballeresco se sustenta con la devoción a la Madre de Jesús, profesada de manera unánime por los paladines sobrehumanos. La Edad Media ignoraba perfectamente a Homero. El mismo Dante era ajeno del habla y de la civilización de los helenos, y los conocía a través de Virgilio.

GRANIZADA*

I

- LEER es un acto de servilismo.
- El bien es el mal menor.
- La vida es un despilfarro.
- La vida es una afrenta; el organismo es una red de emunitorios.
- Vivir es morirse.
- Dios se ensaña con los pobres.
- Dios carece de existencia práctica.
- Dios es el soberano relegado y perezoso de una monarquía constitucional, en donde Satanás actúa de primer ministro.
- La verdad es el hecho.
- La filosofía nos pone en el caso de que la insultemos.
- La ignorancia nos lleva derecho al escepticismo, que es la actitud más juiciosa de nuestra mente.
- La ciencia consta de los hechos y de su explicación. Esta última es variable y sujeta a error, pero no debemos preocuparnos, porque el error es el principal agente de la civilización.
- Las reputaciones impedirían el progreso si no existieran los murmuradores.

*I.—*Elite*; Caracas, 7 de septiembre de 1929. II.—*Elite*; Caracas, 10 de octubre de 1925. III.—*Elite*; Caracas, 5 de enero de 1929. (Publicado con el título de CENCERRO.) IV.—*Elite*; Caracas, 24 de diciembre de 1927. (Publicado con el título de RESUMEN.) V.—*Elite*; Caracas, 7 de julio de 1928. (Publicado con el título de ARGUMENTOS.) VI.—*La Universidad*; Caracas, septiembre de 1927.

—El calificativo de sobresaliente aplicado a los escolares: etiqueta de bo-
regos, presea de insignificantes, ruido de anónimos.

—El derecho y el arte son una enmienda del hombre a la realidad.

—Los modales sirven para disimular la mala educación. La urbanidad con-
siste en el buen humor.

—El cultivo del Libertador.

—La aristocracia de nacimiento es una autosugestión. Por eso, nadie cree en
el linaje de otro.

—La democracia es la aristocracia de la capacidad.

—Los apellidos ilustres son patentes de corso.

—El dinero no sirve sino para comprar.

—Los burgueses se caracterizan por el miedo de aparecer como burgueses.

—Los intrigantes acostumbran una laboriosidad ostentosa.

—El trabajo es un ejercicio devoto que sirve a los desvalidos para ganar el
reino de los cielos.

—La gramática sirve para justificar las sinrazones del lenguaje.

—Las palabras se dividen en expresivas e inexpressivas. No hay palabras
castizas.

—Un idioma es el universo traducido a ese idioma.

—Es buen escritor el que usa expresiones insustituibles.

—Los escritores se dividen en aburridos y amenos. Los primeros reciben
también el nombre de clásicos.

—Las personas de temperamento clásico elevan el caso a ejemplo y el ejem-
plo a regla.

—Lo único decente que se puede hacer con la historia es falsificarla.

—La historia no sirve sino para aumentar el odio entre los hombres.

—Hay que desechar la historia, usar con ella el gesto de la criada que, al
amanecer de cualquier día, despide con la escoba el cadáver de un murciélago,
sabandija negra, sucia y mal agorera.

—Los godos son zurdos.

—Dos médicos no pueden mirarse a la cara sin reírse.

—Es posible calificar los pueblos conforme las interjecciones de que se valen.
Los romanos eran unos sandios; se animaban con interjecciones inexpressivas:
io, eheu, papae.

—Los norteamericanos son alertos inventores. Descubrieron que el vestido
tiene por objeto vestir al hombre, en vez de oprimirlo o disfrazarlo. La adop-
ción del cuello flojo es otra victoria de la república sobre el antiguo régimen,
una amena lección de Benjamín Franklin al acompasado cortesano de Versalles.
Aquel filántropo no descansaba en servicio de sus semejantes después de in-
ventar el pararrayos.

—El concubinato merece bien de la república. Ha acelerado la fusión de las
razas venezolanas.

—En Venezuela no hay ni puede haber conflicto de razas, porque la gente de
color aspira a ser blanca.

- La familia es una escuela de egoísmo antropófago.
- El matrimonio es un estado zoológico.
- El matrimonio es el camino por el cual dos personas llegan más fácilmente a odiarse y a despreciarse.
- El matrimonio: azotes y galeras.
- Enamorarse es una falta de amor propio.
- Un hombre se casa cuando no tiene otra cosa de qué ocuparse.
- Marido y mujer: ¡cómplices!
- La humanidad es una reata de monos.
- Los hombres se dividen en mentales y sementales.
- Las mujeres se dividen en bellas y feas.
- Las mujeres son botín de guerra.
- Gedeón se toma el trabajo de enamorar a la mujer con quien se casa.
- Gedeón quiere a su esposa.
- Los clérigos abominan la mujer, agente de la naturaleza herética.
- Las señoras son los alguaciles de la burguesía dogmática y panzuda.
- Todo varón debe ignorar y maldecir la literatura. Leerla es una disipación digna, a lo sumo, de las odaliscas mentirosas y de los eunucos perversos del harem.
- Dostoyewski predicaba la religión del sufrimiento. ¡Cuidado con escuchar a ese ruso anómalo! Fundemos, por fin, la religión de la dignidad humana, una religión inteligible y barata, sin clero ni altar.
- Los cándidos entienden que el amor de una mujer puede constituir el premio de un esfuerzo heroico o de una vida meritoria. No observan que un aventurero o un insignificante conseguirían el amor de esa misma mujer.
- El adulterio es delito forzado como el contrabando. Sirve para subsanar las situaciones tiránicas nacidas del matrimonio de conveniencia. Restablece la sinceridad en la elección.
- La amistad es una capitulación de la dignidad.
- La falta de escrúpulo es el sucedáneo de la energía.
- La fortaleza es la desesperación aceptada.
- El lenguaje no consiente sinónimos, porque es individuante como el arte. Dos palabras, equivalentes en el diccionario, no pueden usarse la una por la otra en el discurso.
- Las Islas Británicas sufren la plaga del *snob*. Sus literatos han inventado, para combatirla, una manera especial de sentir y de expresarse, denominada *humour*.
- El feminismo es una pretensión de la mujer a justificar lo gastado en su crianza.
- Es superfluo hablar mal de la gente.
- La aristocracia no se da en la especie humana.
- La hospitalidad es una virtud de pueblo bárbaro.
- Los hombres deben pagar el privilegio de haber nacido varones.

—El orgulloso se compara con el ideal de la perfección y el vanidoso se compara con los demás hombres.

—El elogio no contenta sino a los seres abyectos. Equivale a una gracia o licencia. Al aceptarlo, confesamos la soberanía de los demás.

—La palabra cosmético resume la vida y la obra de Oscar Wilde.

—La mujer es la madre de la nación.

—Las mujeres mandan en las fiestas de sociedad. Las inventaron al darse cuenta de que el varón se abstiene de maltratarlas en público. La invención es relativamente moderna. Los antiguos no conocieron semejantes funciones de fantoches.

—El mal es un autor de la belleza. La tragedia, memoria del infortunio, es el arte superior. El mal introduce la sorpresa, la innovación en este mundo rutinario. Sin el mal, llegaríamos a la uniformidad, sucumbiríamos en la idiotez.

—La frivolidad es un elemento de la belleza literaria. Todo lo que enseña es feo.

—El aristócrata necesita prestancia. La fealdad de la raza estorba de modo sensible el florecimiento de una aristocracia en Venezuela.

—Cierta caridad, la del soberbio, es simultánea con la envidia. Una persona maldice la prosperidad de su igual, censura, cuando menos, al prójimo de su misma línea y abraza y regala al humilde.

—El tiempo es una invención de los relojeros.

—Horacio es una áurea mediocridad.

—La gloria no es aristocrática. Es el veredicto de la humanidad, el asentimiento de un aquelarre de loros.

—La virtud es el sacrificio de sí mismo. Difiere esencialmente de la austeridad y de su cómplice la fealdad.

—Un olvido de Hamlet: tal vez hay necesidad de practicar el mal para ser respetado, para vivir en medio de nuestros semejantes.

—El autómatas inglés, empedernido en la imitación, catedrático de elegancia adocenada, títere formal, abastece de mímica al género humano. La corrección es su ideal hipócrita.

—Una lengua carece de existencia propia. Al lado del idioma abstracto, general e impersonal, recogido en los léxicos rezagados, existe el idioma singularísimo de cada artista del verbo y el idioma convenido de cada gremio de profesores o de oficiales.

—Es muy fácil descubrir los defectos porque toda cualidad es necesariamente un rasgo característico, esto es, un límite.

—La cobardía, el atrevimiento con el desvalido, es el rasgo esencial de la criatura humana.

—El hombre ha inventado el símbolo porque no puede asir directamente la realidad.

—Dios es la ley primordial del Universo. Es, por consiguiente, inflexible.

—La explicación debe ceñirse al fenómeno. Un hombre de juicio escasea la regla general y proscribte las causas latitudinarias, holgadas, capaces de explicar

demasiado. La sociología es el arte monótono de negar el progreso voluntario, citando causas informes, de efecto conjetural o equívoco.

—La sociología es la torre de Eiffel de la estupidez.

—El sacrificio rescata el oprobio de la vida.

II

La incertidumbre es la ley del universo.

—La literatura siempre merece elogio. Es cuando menos un derivativo; el sujeto que la ejerce podría molestarnos con otra actividad más deplorable.

—Puede concebirse una moral naturalista, fundada en el instinto de conservación. No se trata aquí de un instinto de conservación feral, sino de un instinto de conservación humano, convertido al culto de la dignidad propia y al respeto de la ajena.

—La timidez es de buen tono.

—La sociedad aprovecha con los grandes hombres menos de lo que pierde con la calamidad de sus descendientes.

—La sociología es un capítulo de la psicología, porque los seres racionales se determinan en virtud de razones.

III

—Novio de origen alemán, insípido e hipnótico.

IV

—La fama no es sino el voto de la muchedumbre.

V

—La democracia en el Estado y la aristocracia en la familia.

—La grandeza de los héroes falsos y de forja sube con el cercén de los méritos ajenos.

—La historia convenida y ortodoxa, catecismo de urbanidad y de modales correctos, se ensaña con el original y el cismático, y prodiga sus palmas al adocenado.

VI

La libertad no es sino el cumplimiento de la ley dictada en interés general.

RESIDUO*

YO DECLINÉ mi frente sobre el páramo de las revelaciones y del terror, donde no se atreve el rocío imparcial de la parábola.

Salí a una ciudad ilustre y las vírgenes cerraban su ventana al acento de mi laúd siniestro.

Una forma casta, de origen celeste, depositaba en mis cabellos su beso glacial. Acudía a través de mi sueño de proscrito, a mi cama de piedra, fosa de Job, abismo de dolores de Leopardi. ¿Se habrán lastimado sus pies de azahar?

Un árbol, emisario de la tormenta, azota el horizonte con su rama desnuda en el curso del día monótono. Mi voz te ha ahuyentado de mi duro camino, ave procelaria, cenit de la cúpula del cielo.

Ginebra, marzo de 1930.

**El Universal*; Caracas, 13 de junio de 1931. (Publicado por José Nucete Sardi en artículo suyo sobre Ramos Sucre.)

LUIS UHLAND*

LUIS UHLAND fue uno de los más eximios poetas del siglo XIX. Un crítico sagaz lo opone al acerbo Henrique Heine, por el carácter contrario de su poesía tierna y apacible; y luego explica de este modo el origen de sus respectivas inspiraciones: por el halago del vino depuso su gravedad Euterpe, y se transformó en bacante. Bajó enloquecida a la tierra, y con un beso comunicó inspiración malsana a un adolescente, que fue después el desdichado Henrique Heine. Al recobrar su serenidad, la musa quiso compensar el influjo de su acción funesta, infundiendo con otro beso y en otro mortal un soplo benéfico. Entonces bajó al país de Suabia, y agració a Luis Uhland con el don de una poesía feliz.

**Renovación*, n.º 3; Caracas, 20 de mayo de 1916.

TRADUCCIONES

DEL ALEMAN

*POEMAS DE UHLAND**

LA SERENATA

¿PARA QUÉ me despiertas con dulces sonidos?

¡Oh madre, ve quién puede ser a hora tan avanzada!

—Yo nada oigo, yo nada veo, vuelve a dormir hija. Nadie te trae serenatas nocturnas, porque eres miserable y enferma.

—Siento que no son músicas terrenas las que turban ahora mi sueño, me llaman con cánticos celestes los ángeles. ¡Oh madre, adiós!

**Renovación*, n.º 3; Caracas, 20 de mayo de 1916.

LA VIDA DE LOS MUERTOS

LEJOS DE TI, soy como un sepultado; no me halagan las auras primaverales; ni el canto de la alondra ni la luz del sol me resucita.

Cuando los vivos se entregan a dormir y los muertos se levantan de sus sepulcros, yo voy como en un sueño sobre los abismos y sobre las cumbres que tanto me alejan de ti.

Y atravieso el jardín prohibido y fuerzo las puertas herméticas, y llego al santuario de tu hermosura.

Si te espanta mi hálito de difunto, tierna flor, piensa que mi amor te protege. Pero ya desaparezco. . . los gallos rompen a cantar.

EL RAMILLETE

COMO LAS FLORES tienen propios significados, y así el mirto indica el amor, el laurel la fama, el ciprés el dolor y el no-me-olvides la fidelidad; y como, por otra parte, los colores simbolizan las pasiones humanas, de tal modo que el orgullo y la envidia tienen su emblema en el amarillo y la esperanza en el verde; yo hago irrupción en mi jardín y cojo flores de todas especies y colores para ofrendártelas en silvestre ramillete. Con él te habré hecho la mejor ofrenda, habré puesto en tus manos la fama y la esperanza, los dolores y las pasiones que constituyen mi vida.

ELEGIA A UN CURA DE ALDEA

SI ESTÁ PERMITIDO a los espíritus de los muertos volver de nuevo a su morada terrenal, el tuyo no regresa en las noches tétricas en que vigilan la pesadumbre y la nostalgia. No; pero en las mañanas de verano, cuando ninguna nube viaja por el azul celeste y están las mieses altas y doradas, regresa tu alma y recorre la campiña saludando con un beso a cada campesino, como lo hacías tú mismo en otro tiempo.

DEL LATIN
*POLITICA INDIANA**

La *Historia del Mondo Nuovo* de Jerónimo Benzoni, por razones fáciles de comprender, no ha sido nunca traducida al español, pero sí al francés, al italiano, al alemán, al flamenco y al latín. La misma suerte ha tenido una parte de las obras de Fray Bartolomé de Las Casas, que en muchas lenguas europeas se conoce, menos en castellano. Convinieron una vez el inolvidable poeta Gabriel Muñoz y el que esto escribe, en traducir la edición latina de Benzoni al español; pero la Muerte dispuso las cosas de otra manera, y a poco de esa resolución el buen Gabriel se adelantó en el viaje que aún espero, y los venezolanos de hoy día no conocemos a Benzoni sino por la versión latina de Chauveton, dedicada al calvinista francés Teodoro de Beza, al dialéctico temible del coloquio de Possy. El *ex-libris* que poseo perteneció a Muñoz.

Débase la traducción que luego se verá del prefacio latino al estudioso joven José Antonio Ramos Sucre. Las ideas de Chauveton respecto de la política española en las Indias Occidentales, son tanto más dignas de consideración cuanto que él fue también traductor de Oviedo, el adversario de Las Casas.

LISANDRO ALVARADO

A los cristianos y pios lectores, salud

PUEDO CONFESAR haberme sucedido en este insignificante escrito lo que al principio de su gran obra dice Livio, brillante historiador romano: que él al investigar los antiguos hechos y primitivos orígenes del pueblo romano, apartaba su

**El Cojo Ilustrado*, n° 471; Caracas, agosto de 1911.

mente de la consideración de los males que durante muchos años vio su siglo. Así yo, trabajada Europa de guerras durante mucho tiempo, buscando consuelo a las desgracias y descanso al espíritu, deseé muchas veces el retiro y apartamiento de lejano país donde pudiera vivir no sólo lejos de la contemplación de tantos delitos sino también de toda noticia y fama. Por tanto, no viendo ningún lugar tranquilo al fin me traslado con todo el espíritu a la que llaman nueva India, como continente extraño a guerras. Y allí me invitaban especialmente muchas cosas: Montes de oro y ríos que lo arrastran en sus aguas, el admirable clima, las nuevas especies de frutos y de aves, la simplicidad ruda y primitiva de los hombres, mar fecundo en perlas, tierra repleta de piedras preciosas; por último, riquezas de que más habla la fama que la observación, cosas todas que examinar sería grato al ánimo, pero ante todo la paz, la quietud y el disgusto de nuestras costumbres.

Apenas trasladado allí, como he dicho, a primera vista todo aquello me agradaba no sin fundamento. Pero puesto mi ánimo a la consideración de aquellas maravillas fue muy otro el aspecto de las cosas. Proscritos los indígenas y hostiles a los cristianos, destruidos los montes y casi vacíos de oro, exhaustas las aldeas, triste y espantosa soledad por doquiera, los bárbaros esclavos o temiendo serlo de quien ni de nombre habían conocido antes, cruentas guerras de ellos con los nuestros y las calamidades que son su consecuencia. En fin, encontré allí todos nuestros vicios: la crueldad, la lujuria y la avaricia. Entonces me pregunté: ¿me será dado conocer y examinar las causas de esa situación? Deseoso de saber recurro a los historiadores españoles, hojeo sus libros. Allí encuentro maravillas: países domados en una o dos batallas, reinos antes tomados que atacados, victorias de los españoles sobre los bárbaros, triunfos insignes si no fueran debidos a los caballos, en fin, se diría tanto Escipiones o Alejandros como capitanes españoles guerrearon en aquellas tierras. En verdad no negara la gloria a los dignos si ellos hubieran puesto límites a su crueldad y los escritores a las alabanzas. Nada diré de sus delitos y escándalos sino parcamente. Respecto de los bárbaros casi todo empeora, ya que la ignominia, como las demás calamidades, sigue casi siempre a los vencidos.

Pero extrañaba primeramente por qué aquellas tierras no habían sido recorridas más bien en paz que en guerra: de dónde y qué principio habían tenido las guerras de los indios con los españoles, más aún, qué causas de división pudo haber entre ellos, donde no había ninguna ambición de riquezas, ninguna emulación ni deseo de honores, origen frecuentísimo de pendencias entre los hombres. En fin, por qué hubiesen querido experimentar a los españoles más con la injuria que con el beneficio, ya que de ellos habían recibido no sólo muchos recursos de subsistencia y costumbres honestas sino también la religión junto con las letras, cosa rara entre los bárbaros. Por lo cual primero atribuía esto a cierta agreste ferocidad y a un carácter enemigo de toda sociedad que, como en algunos animales, no pudiera ser domado por beneficio alguno.

Investigando yo esto, viene a mis manos precisamente Benzoni, que, quitándome el error de las anteriores opiniones, desató los nudos que me trababan,

y reveló la verdadera causa de aquellas desgracias. Este escribió en italiano lo que durante catorce años había visto en gran parte de la India Occidental, con admirable brevedad, pero sin omitir nada digno de saberse, o si algo falta, lo hemos llenado nosotros de algún modo. Y aun sin compararlo con los demás, descubrí que difería mucho de ellos por sólo tratar éstos de los sucesos, mientras que él investiga las causas que los otros callan muchas veces dolorosamente, y no narra, como la mayor parte, lo que oyó a otros, sino lo que él mismo vio y exploró, de donde resulta mayor autoridad al testimonio y mayor fe al escritor.

Habiendo leído cuidadosamente a este autor, empecé a sospechar de aquellos escritores como demasiado favorables y halagadores de la gloria de los suyos, y a entender fácilmente (lo que revela el asunto mismo y que comprendieron los indios no menos por su razón natural que por la experiencia) que los españoles habían navegado a aquellas regiones para difundir la religión cristiana por la palabra, pero en verdad, para fijar su dominación en esas provincias sometidas, es decir, que pusieron un especioso pretexto a su avaricia y deseos depravados.

Pero vale la pena conocer este asunto, no tan sólo por mis palabras como por sus hechos. Así, pues, en someter aquellos pueblos y regirlos después de sometidos, se condujeron en gran parte hasta tal punto que ejecutando otra cosa de la que habían manifestado, más probaban ser discípulos de algún Dionisio o de Maquiavelo que de Cristo.

Vamos a comparar algunas decisiones de Maquiavelo con los hechos de los españoles, que tienen tal relación que pudiera creérselos salidos de su escuela o que de sus preclaros delitos en Italia había tomado aquél sus enseñanzas. Aconseja Maquiavelo en aquellos comentarios en que educa más bien a un tirano que a un príncipe que, aun cuando no se adore a Dios con el alma, se debe aparentando piedad conciliarse tal fama entre los hombres. Parece que esto no lo aconsejó Maquiavelo más perniciosamente que lo cumplieron los españoles entre los indios. Nada más fácil que persuadir de esto a las inteligencias rudas de los bárbaros, que plenos de admiración por aquella gente nueva y extranjera, creían de ella todo lo espléndido por absurdo que fuese. A los españoles, que habían puesto como pretexto de sus expediciones la promoción de la gloria divina y del nombre cristiano, y que continuamente decían ser hijos del Supremo Dios, dióseles tanta fe que aquellas gentes fueron persuadidas de que también habían descendido del cielo, hasta que las circunstancias mismas y sus hechos refutaron esa vanidad.

Entretanto los españoles empezaron a abusar de tal manera de la credulidad de los bárbaros, que la esperanza de salud que ellos abrigan (ciega y sin fundamento, pero sin embargo esperanza) la convertían en desgracia de aquellos míseros y en provecho propio. Citaré un ejemplo: Desde que en la Española e islas vecinas faltaron a los españoles operarios indígenas para el trabajo de las minas, determinaron buscarse esclavos en las Lucayas, que están cerca de Cuba hacia el norte. En lo cual usaban de maravilloso arte y de su acostumbrado disfraz de piedad. Como confiasen aquellos hombres sencillos y nada

malignos que expiados sus pecados por el frío de la región setentrional emigrarían a ciertos campos eliseos que suponían situados al Mediodía, los españoles llegaron en sus naves y los persuadieron de que ellos habían venido para llevarlos a aquella feliz residencia. Así llevaron para las minas de oro sus navíos llenos de aquellos desgraciados atraídos por una vana esperanza y que tenían por cierto que eran llevados a algún ameno paraíso. En capturas de esta especie fueron llevados 50.000 hombres y se destruyó casi toda la raza de los lucayenses. Tan religiosos eran aquellos españoles, que no querían colocarlos en el paraíso sin haberlos llevado antes al Purgatorio. Pero veamos el resto.

Aconseja Maquiavelo que no puede mantenerse mejor sometido un país o campo recién tomado que, si introduciendo nuevos colonos, se expulsan los antiguos habitantes, o que si consumidas sus riquezas sean oprimidos de modo que de ellos no pueda temerse ninguna rebelión ni violencia. Esto también ha sido hecho hábilmente por los españoles. Así pues, ocuparon aquellas tierras (con qué título y derecho ellos habrán visto) de modo que no sólo impusieron colonias y fortalezas a aquellas gentes vencidas sino que las obligaron a fabricar estas cadenas con sus propias manos. Y no bastó esto, pues habiendo expulsado de sus mansiones y de sus campos con intolerable crueldad a los indígenas o agobiado de trabajos a los que tenían esclavos, no dejaron en la mayor parte de los lugares a ninguno de los antiguos habitantes, en muchos lugares dejaron poquísimos y en todos, en fin, indios tan pobres y humillados que no temían de ellos la más mínima rebelión. Testigos de esta tiranía son Española, Cuba, Jamaica, San Juan de Puerto Rico y las islas Guanoxias, en las cuales apenas quedan hoy 500 o 600 indios de los 4.000.000 que en otro tiempo las habitaban. Tanto supera la avaricia los destrozos de las guerras.

Y casi ninguna gente veo hoy a quien convenga con más justicia lo que según escribe Tácito, reprobaban una vez los britanos a los romanos: Ladrones del mundo, luego que faltaron tierras a sus piraterías, escudriñan el mar; si el enemigo es rico, son avaros; si pobre, ambiciosos; no los saciaría Oriente ni Occidente, desean de igual modo la riqueza y la pobreza del suelo, quitan, roban, matan, dan un falso nombre al dominio, y cuando causan devastación llaman eso paz.

El mismo maestro de los tiranos ordena que de ningún modo puede someterse mejor una ciudad o provincia que llenándola de malas costumbres; de ese modo Ciro, aconsejado por Creso, sometió a los lidios más que con las armas. Esto nos lo ha mostrado mejor Maquiavelo con sus escritos que los españoles con sus hechos. Es común vencer y enervar por la embriaguez a los bárbaros no acostumbrados al vino, atentar contra el pudor de sus mujeres y doncellas, de donde se ha esparcido por Europa y el mundo el mal índico (sífilis); también han enseñado a los hijos de los indios que han tomado para doctrinar, a jurar, a blasfemar el nombre de Dios, a jugar, robar, mentir, a darse a la deshonestidad y a manejar puñales. Esto no ha sido gratis, pues en cambio de las perlas, el oro, la libertad y demás bienes que tomaron a aque-

llas gentes, les dejaron sus vicios. En lo cual sucede que comparando según su natural juicio los preceptos divinos aprendidos de lo españoles con sus hechos y ejemplos, condenen gravemente sus delitos y escándalos, de modo que los bárbaros los llaman a juicio.

Además aconseja Maquiavelo que de ningún modo se mantiene con mayor facilidad a los súbditos en paz y fidelidad y se les aleja de rebelión que refrenándolos por la pobreza y los trabajos. Causa maravilla cómo han aprovechado el consejo estos discípulos dóciles al mal. No sólo privaron a los bárbaros de todo lo de oro que llevaban en los brazos, cuellos y orejas y de sus demás deleites, sino que obligaron a ellos, que se contentan con poco, a penetrar, cavadas las montañas, en las entrañas de la tierra en busca de riquezas ocultas. De aquí el origen de los tributos, cargas, penas serviles, minas y demás gravámenes impuestos a los indios en cuya invención es la avaricia mucho más ingeniosa de lo que desearíamos. No contentos con robarles cuanto tenían, obligaban a los desgraciados por la fuerza, la maldad y la tortura a encontrar lo que no tenían y a pagar a sus soberbios señores oro en aquellos lugares donde ni una pajuela se encontraba, de modo que aquellos infelices buscaban escapar a tantos males por la desesperación y una muerte horrenda. Vale la pena conocer cuán graciosamente calmaron algunos bárbaros aquella furiosa sed de oro: vertiéndolo derretido en la boca de los españoles, como hizo Mitrídates al prisionero general romano Aquilio. Habiendo obligado a los bárbaros a llamar públicamente con espantosas maldiciones oro al Dios de los cristianos, ¿con qué expiaciones llegarán a librarse de tan grave culpa?

Largo sería examinar cómo ha fundado y ejercido su irresistible y tiránica dominación en Indias, poniendo por pretexto propagar el imperio de Cristo. Es ejemplo insigne de su inflexible e incurable avaricia y crueldad que consumidas o trasladadas a España las riquezas de los montes, ríos, tierras y mares y no quedando a los indios sino sus cuerpos desnudos, empezaron a lucrarse con éstos, y no sólo a usar de ellos como asnos y mulos, sino también a arrebatarse como esclavos a aquellos hombres libres, a venderlos y a matarlos porque no querían hacerse cristianos. Y creo que habrían llenado de esclavos las Indias y España si Carlos V no hubiera enfrenado su avaricia, a quien no se obedeció tanto ya que las colonias preferían rebelarse y tomar las armas contra el príncipe con peligro que obedecer con detrimento.

¿Nos admiraremos de que hasta este momento los indios hayan rechazado la fe cristiana? ¿Con qué fruto se espera que puede predicarse a los bárbaros el evangelio por quienes tienen por juego apedrear, atormentar, echar a los perros, pisotear con los caballos y quemar a aquellos desgraciados? Con éstos y tales hechos han provocado en todos los bárbaros tan implacable odio no sólo contra ellos sino también contra el nombre cristiano, que tienen por cierto que los cristianos no son hombres hijos de otros hombres sino ciertas secreciones del mar y monstruos creados y lanzados por las espumas del bár-

baro elemento, y prefieren matar por su propia mano a sus hijos para no criar esclavos a sus tiranos.

Algunos, aunque sin perdonar en absoluto a los españoles, los dispensan, sin embargo, atribuyendo la mayor parte de estos males a los pecados de aquellas gentes que Dios quiso que fueran expiados de ese modo. Lo que no negara yo mismo, si peores no hubieran sido sus opresores. Pues, aunque ellos tienen sus vicios y, en verdad, grandes, tienen no obstante cosas que no nos avergonzaríamos de imitar, y ojalá que algo de esta especie tomasen los españoles y no los superaran en desear la gloria y caducas riquezas. Ciertamente, faltándoles otras cosas, por la quietud de la vida, por su aspecto de inocencia, por la benigna hospitalidad con los extranjeros no los juzgo indignos de ser tratados con mayor bondad. Además, no siendo adversos a la religión y las letras, debían ser más atraídos con bienes que alejados con vicios.

Por lo demás, no dudo que estos males les hayan acaecido con permiso divino, sino que Dios (cuyos juicios son profundos e inescrutables sus designios) usa hoy de los españoles no sólo para domar las bestiales gentes del nuevo mundo sino también para castigar la lascivia de Europa, como en otro tiempo humilló por medio de los hunos y godos la Italia, por los sarracenos Galia y España y en época de nuestros padres a los príncipes de Nápoles por las armas francesas. ¿Pero por eso pensarás, ¡oh progenie de los vándalos y de los godos!, que porque, siguiendo las huellas de tus padres, gozas hoy de vientos favorables y cubres la tierra y el mar con tus naves, armas, soldados y caballos, podrás escapar a la mano de Dios? Vendrán sin duda los tiempos en que España será assolada por guerras, y vosotros, que os habéis enriquecido con los despojos ajenos, seréis entonces despojados; vosotros que no sólo habéis molestado a gentes pacíficas sino que también habéis oprimido a las afligidas, que desde hace tiempo turbáis nuestro continente, beberéis algún día del cáliz de las iras divinas que a otros habéis alargado. Todavía no está extinguida la raza de los moros que durante algunos siglos tuvieron a España ocupada por las armas. No habéis eliminado todavía del todo la raza india, que acecha toda ocasión de rebelarse. Vive aún en Sicilia la progenie de aquellos que una vez mataron a todos los franceses que abusaban de lo ajeno, a una sola señal y en un solo día. Y si por una fatal pereza no se arma contra vosotros ningún pueblo, vive no obstante en los cielos el Señor que ha acostumbrado reprimir a su tiempo la insania de las naciones y sus soberbias victorias.

Pero para dispensar yo también a los españoles y con más justicia que sus compatriotas, confieso ante todo que no por odio a ellos he tomado la defensa de los indios, y si algo áspero aparece contra ellos, no intento referirlo a aquellos honrados y buenos varones de su nación a quienes abrazo con particular benevolencia, especialmente a aquellos hermanos míos que en España padecen por Cristo muchas asperezas e indignidades, por quienes ruego a Dios ahora y diariamente para que con su admirable piedad los libre de aquel horno babilónico. Por último, aunque reconociendo con facilidad que los españoles

han hecho en las Indias cosas insignes, tampoco dudo que han ejecutado muchas cosas vergonzosas, ya por larga costumbre, ya enfurecidos por la presión de las circunstancias; y pienso que ellos mismos, si alguna veracidad tienen, no rehusarían oír algo de sus defectos en aquellas historias en que se narran sus cosas como hechos egregios. Las manchas y los lunares se purifican revelándolos, nos corrompemos por las alabanzas.

Por último, así en las personas como en los pueblos hay cierta tendencia del espíritu a determinado trabajo. Esta propensión deben conocerla y regirla acertadamente los hombres, pues que bajo apariencia de virtud degenera muchas veces en vicio. Los españoles, gente nacida para la guerra y abrigando espíritus más levantados que tranquilos, no toleran la paz y odian la pereza. Esto es laudable, pero en tanto que no cuiden de perseguir a los indios y de molestar a los pacíficos; ahora también han acostumbrado volver sus armas de los turcos e indios contra los cristianos. Así, porque añaden este delito a las culpas contraídas en la India y todavía no expiadas, toleren ser aconsejados para que por oportuna penitencia aparten de sus cabezas la ira divina, aprendan a trabajar con sus manos y a cultivar la tierra, y contentos con sus riquezas esperen dentro de las fronteras de España, y por el trabajo del cuerpo y la quietud del alma, más bien una tranquila que cruenta ancianidad. Yo nunca sentiré haber velado no menos por su salud que por su memoria si, leyendo esto de buena voluntad, vuelven al juicio.

**TEXTO NO RECOGIDOS
EN LIBROS**

DEL DESTIERRO*

Llevo en el espíritu la desolación del paisaje, la naturaleza está de duelo; comunicó la montaña su inamovilidad a la neblina que la envuelve; del aroma y del canto está huérfano el aire, árboles melancólicos, como soñolientos agonizan bajo un cielo plomizo, en una atmósfera asfixiante. En este lugar lleno de silencio, parece que sólo viviera mi corazón alentado por un recuerdo, por una sensación muerta.

Rememoro la mañana, cuando pasó a mi lado, encarnación de beldad tentadora que atormentara el sueño de un asceta: arrogante el paso, desdeñoso el gesto; desde las tinieblas de sus ojos de mirar perverso lanzaba sus flechas el amor oculto; en su faz, seda viva un lunar como diminuta estrella apagada; con cabeza rubia ponía una sonrisa de luz un sol de fiesta. . .

En éxtasis divino, queriendo eternizar aquel instante, la contemplé alejarse junto con mi tranquilidad por la avenida asombrosa de árboles, cuyas hojas susurraban con murmullos de voces muy quedas.

Desde ese momento la pena es mi huésped, consagrado a ella vivo, me mata su ausencia; hizo en mi pecho su nido ese recuerdo que me atormenta como una garra que se ahonda.

Vivimos del dolor y del pasado, disipando tristezas, poniendo en fuga negros pensamientos, el recuerdo de aquella mujer hace palpar mi corazón, único ser que parece vivir en este lugar de silencio la naturaleza, cansada de actividad y ansiosa muerte.

*En *Ritmo e ideas*. (Revista literaria). Cumaná, Año I, nº 1, 15 de diciembre de 1911.

REFLEXIONES SINCERAS*

A pesar de la diversidad infinita de los temperamentos, la mayor parte de nosotros podemos quejarnos como José Asunción Silva la víspera de su muerte de un esfuerzo intelectual febril y sin método. Nunca se ha violado con mayor frecuencia que en nuestros días el sabio precepto de estudiar pocas cosas hondamente. Una actividad desatinada nos arrebatada, actividad malsana, tal vez resultado de la agitada vida contemporánea en que aun para nuestra lentitud española o indígena el tiempo se ha hecho oro.

Esta cultura adquirida de prisa casi siempre, como uno de sus mejores resultados, eruditos agobiados de saber y de escaso poder creativo, la personalidad desaparece bajo tanta idea extraña, pensamos con la opinión de los autores leídos, nos domina el afán de citar como al Herilo de Labruyère. (*sic*) Adquirimos una mala idea de nosotros mismos que nos obliga al reposo. Sucede con la lectura entonces lo que al individuo que sin advertirlo somete su inteligencia y su voluntad a las opiniones y sentimientos del centro social al que se adhiere.

Ninguna época es más pesada en la vida de los hombres de letras (dando a esta denominación su sentido más amplio) que esa de esfuerzo sin reposo, seguida de cansancio largo y estéril, en que nuestro pensamiento no se condensa sino que vaga como una nube sin precisar nunca sus formas. La vida es entonces vulgar, aparece en completa monotonía, pues generalmente esos estados de ánimo no coexisten con un sentimiento poderoso capaz de dominarnos y de dar unidad a las ideas. Entonces más de uno de nosotros lamentará la buena época de su niñez o la mejor de nuestros abuelos que gozaban verdaderamente del ocio antiguo cuya significación era paz y recogimiento, leyendo las novelas españolas interminables que les hacían disipar en un sueño tranquilo

*En *Atenas*. Revista quincenal de Ciencias y Artes. Caracas, 15 de mayo de 1912, p. 866.

como sus existencias la modorra tropical. Muchas veces atormentadas (?) por la inquietud de saber pronto cuanto se presenta a nuestro alcance, formamos el proyecto por muy pocos realizados de estudiar selectamente, pero es éste un propósito que no resiste a la curiosidad o al temor de quedar rezagados; algo así como un fatal torbellino arrebató nuestros espíritus flotantes parecido a aquel huracán infernal que vio el poeta mantener sin reposo las almas que el amor hizo culpables. Remota y más ansiada cuanto más lejana permanece para nosotros la esperanza de leer un solo libro, bienestar que por ser muy efectivo no olvida Eça de Queiroz entre los que hicieron grata la existencia al personaje capital de una de sus obras, enfermo por los refinamientos de la civilización y libertad de la muerte por el viento regenerador de las nativas sierras.

Febrero 1912.

EL PARIA *

A Caracas, reducido casi a la mendicidad vergonzante, viene desde muy lejos. La separación de los suyos lo agobia de pena no expresada, porque la expresión ordinaria del dolor es indigna de las almas severas. Lo espanta del regreso el recuerdo del hogar fulminado por el destino. Lo retiene el afecto a una idea generosa: el bien de la humanidad, el de la patria, tal vez la justicia a que se prometió esposo, como a la pobreza el santo de Asís.

Lo subleva y mantiene constante en sus propósitos el espectáculo de la brutalidad victoriosa, el de la belleza reducida a estropajo, el del mérito oculto o negado; sufre y piensa puesta el alma en la reparación que ha de llegar y denostando el triunfo de la fuerza que no justifica ni en la naturaleza.

Como el filósofo griego, encuentra al hombre que solicita entre los humildes, y nunca desengaño lo torturó más que cuando vio manchar de negro y difundir claridad mezquina y traidora cuanto creyó fuego de ingenio.

Desoye a quienes aconsejan la abdicación con la palabra y el ejemplo; más sabios son los sueños de juventud que le mantienen enferma el alma. Un momento que consagrarles sabrá de la realidad brutal con más ahinco que una bandera del ultraje o una vida de las fauces de una fiera.

Incurable soñador, la realidad le da en vano rudos alertas. Su espíritu responde muy poco a la impresión de la vida exterior, como un mar muerto de frío que deja de acompañar con sus rumores los del aire estremecido por ráfagas de hielo y de duelo. Sufre la pobreza con decoro cuando en su interior deseos incontenibles y nunca satisfechos se yerguen torcidos y violentos como áspides, y se acerca al porvenir muy hondo y muy negro como a un peligro.

*En *Cultura*. Revista cultural. Caracas, noviembre 1912. p s/n.

CARTAS

Cumaná, 22 de julio de 1910*

Sr. Dr. J. C. Marcano Figueroa
Río Caribe.

Mi estimado amigo:

Tenga la bondad de publicar la respuesta que doy al suelto de crónica "De oportunidad" que trae su ilustrado periódico *El Anunciador*.

Ni yo ni mis hermanos poseemos ninguno de los muchos escritos que dejó inéditos el Padre Ramos.

De este inolvidable deudo sólo ha pasado a nuestro poder una mínima parte de su biblioteca. Esos poquísimos libros los guardamos religiosamente así como su nombre que vive eternamente en nuestra memoria.

Una de sus hermanas le sobrevive aún.

Así me descargo a mí y a mis hermanos de una tremenda responsabilidad.

De U. atento servidor y afectísimo amigo,

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

*En *El Anunciador*. (Periódico ocasional). Año I, Mes VII, n° 7. Río Caribe. 15 de agosto de 1910. (Órgano de la Farmacia "La Fe", del Dr. J. C. Marcano Figueroa.)

Caracas, 20 de diciembre de 1920

Al señor Doctor José Silverio González Varela

Cumaná

Querido primo y venerado maestro:

Te abrazo con la reverencia que debió de tener Telémaco para Néstor, y te exijo algunas noticias que me darás con la mayor exactitud.

Quiero saber quién soy, y al efecto te pregunto la historia de mis antepasados los González durante la colonia, o mejor dicho antes de nacer mi tío José Silverio González. Además quiero saber de qué provincia de España eran ellos y Luis Ramos, mi más remoto antepasado por parte de papá. Además quiero saber qué parentesco tenemos nosotros con la familia Guzmán Bastardo, de Áragua de Barcelona, y qué parentesco tenemos nosotros con Barreto, el jefe patriota.

Toda esta gente debe venir de Cumanacoa, que parece también nuestro manantial.

Ofrezco el secreto más riguroso.

Yo anhelo visitar a Cumaná, a donde haré trasladar mis huesos el día que muera, y por cuyo bienestar sacrificaría con orgullo mi reposo.

Salúdame a todos los de tu casa con el mayor afecto, contéstame leal y prontamente, y recibe un abrazo muy ceñido de tu ahijado

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

Caracas, 26 de marzo de 1921

Señor Lorenzo Ramos

Maracaibo, - Agencia Banco Venezuela.

Estimado Lorenzo:

RECIBIDA tu carta. La leí con suma atención, y visité a Lecuna, quien se manifiesta dispuesto a dejarte allí y a contribuir a tu prosperidad. Te conviene vivir dentro de las cuatro paredes de tu casa. Tomo en cuenta lo que dices en tu última carta. Ya te había escrito diciéndote que debes escribir con el único adorno de la expresión exacta y suprimiendo cruelmente lo que pueda sonar a discurso. La palabra debe ser siempre humilde y llana. Nunca debe llamarse la atención. Evita las malas compañías. Allí hay muchos alcohólicos. Vive solo, pero sé amable.

Debes tener de tu propiedad estos libros en versiones francesas y en prosa, excepto la Biblia, que debe ser la versión protestante de Cipriano de Valera:

La Iliada y Odisea, Plutarco, Virgilio, El Edda o sea la Mitología escandinava (este último libro te lo consigue François Jarrin, Rue des Ecoles 48 o J. Gamber, Rue Danton 7), la Divina Comedia, Orlando Furioso por Ariosto, Don Quijote en español, el Fausto de Goethe, el Telémaco, las Mil y una Noches.

Leer, aunque no los tengas:

Teatro inglés (Shakespeare), Teatro español (Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Alarcón) Teatro griego (Esquilo, Sófocles, Eurípides), Teatro francés (Molière, Racine y Corneille). Con leer algún drama de cada autor te basta.

Te basta leer algún ejemplar de cada tipo de novela: Novela picaresca (Gil Blas). Novela de casualidades inverosímiles (Tres Mosqueteros). Novela histórica (Walter Scott). Novela típica de Inglaterra (Dickens, Jorge Eliot que es

mujer). Novela típica de Francia (Balzac). Novela típica de Rusia (Dostoyevsky). Novela típica de España Moderna (Galdós, Pedro Antonio de Alarcón, el dramático es Ruiz de Alarcón).

Los mejores manuales de historia universal son los de Duruy, y la mejor historia de Venezuela es la de Baralt que debes tener propia.

El día que hayas leído todo esto poseerás una cultura literaria enorme. Ya ves, no es necesario leer muchos libros, sino los libros característicos de cada nación y de cada época.

J. Gamber, Rue Danton 7, es más complaciente y activo que Jarrín; cuando le escribas fírmate Lorenzo Ramos, para evitar que te confunda conmigo. Dile que no quieres ediciones de lujo, sino decentes.

Te conviene tener propio: F. Loliée, Histoire des Littératures comparées.

Edmond Desmolins, A quoi tient la supériorité des Anglo-saxons?

Ponte en correspondencia con J. Gamber, el mejor agente. Vive en París, Rue Danton, 7.

Ocúpate de leer primero los libros que te aconsejo, y no te dejes guiar en ese punto por más nadie.

Estoy dispuesto a servirte con todas mis potencias. Mándame como quieras. Sé amable y vive solo. Complácese a tus semejantes y esquiválos. Haz de cada persona con quien trates un amigo, pero no un amigo importuno sino un amigo útil.

(Sin firma)

A LORENZO RAMOS

[Septiembre 1924]

(...)

de Marden y mucho mejor los de Prentice Mulford. La vida es como uno la piensa; luego si uno la piensa mala, se vuelve loco de desesperación. Cuida mucho tu salud; no contraigas enfermedades. Apruebo que escribas. Para ello escribirás todos los días un pensamiento que sea la consecuencia lógica del que hayas estampado el día anterior. Escribe siempre a la misma hora. Redacta con la mayor simplicidad y con el menor número de palabras. No intentes redactar sin saber muy bien lo que quieres decir. No imites nunca lo que otro haya dicho, porque cada hombre es un mundo aparte, y además cada hombre tiene dentro del espíritu una mina en la cual siempre halla lo que necesita. Oyete a ti mismo. Lee a Baralt, Ricardo León, Pardo Bazán, Cervantes, Mariana. Sobre todo lee muy bien a Baralt como si fuera un libro de oraciones. Con esos autores aprenderás a manejar castellano. Consulta constantemente el diccionario. Uno siente cuál es el adjetivo que debe aplicar al sustantivo, y ese es el que debe aplicar. Pon adjetivos originales, propios de ti, que sean la opinión tuya sobre lo que pienses o veas. Para ser original, te basta escucharte a ti mismo, evitando copiar. Pero no olvides que primero está la belleza que la originalidad. Otra cosa, sé muy moderado al escribir, no incurras nunca en exageración, en desproporción. Familiarízate mucho con Baralt, léele todos los días. Cada vez que leas un libro, escribe tus impresiones, en un estilo sencillo, con el menor número de palabras, y con lógica, deduciendo cada pensamiento del anterior.

Es necesario que ahondes la carrera que tienes, ocúpate de finanzas, de economía política, de bancos, y escribe sobre eso. No digas nunca así fue que, sino así fue como; allí fue que, sino allí fue donde; entonces fue que, sino

entonces fue cuando; por esto es que, sino por esto es por lo que; tan es así, sino tanto es así.

Escribir es cosa de mucha paciencia, y no debe omitirse un día. Se escribe todos los días, sin excepción. Para escribir bien es necesario saber de memoria el mayor número de palabras y de frases castizas.

Te repito que debes escoger un escritor como maestro, yo te recomiendo a Baralt y a Ricardo León. Más al primero.

Contesto tu carta de memoria, pues no sé dónde la he puesto. Dile a [...] que las personas que lo han tratado lo tienen por demasiado irritable y lamentador, es decir, practica los dos defectos que han matado a Juan Miguel Alarcón. Dile que la irritación y la lamentación se pierden con la gimnasia. Me dicen que come demasiado. Para comer demasiado se necesita hacer mucho ejercicio. Pero la gula está condenada siempre, porque trae artritismo.

Creo que no tengo otra cosa que decirte.

Te abraza

José Antonio

Caracas, 18 de setiembre de 1928

Señor Lorenzo Ramos, agente del Banco de Venezuela. Maracay.

Estimado Lorenzo:

APRUEBO en todos sus puntos las dos cartas adjuntas en copia. Quiero que sigas, como hasta hoy, discreto y agasajado de todos en esa población. Sólo me preocupa tu demacración. No olvides que el primer capital es el organismo. Ojalá durmieras bastante y comieras a satisfacción. He allí los dos estribos de la salud. Evita a toda costa las emociones y las incomodidades y la prisa. Esto envejece más que todo. Guzmán me dijo hoy, cuando lo visité en tu nombre e interés, que él ya había mirado en la muchedumbre de los servicios prestados por ti y había demandado de la junta del banco la mejora que, después de aquella su iniciativa, le pediste en carta. De modo que, según me aseguró, convendría en tus aspiraciones. Guzmán me declaró señalada estimación de tus méritos. Saludos a todos y especialmente a las niñas. No olvides tu salud. Sé circunspecto y diplomático. Tu fortuna es hacerte querer de todos. Mándame cuantas veces quieras.

J. A. R. S.

Caracas, 20 de marzo de 1929

Señor Lorenzo Ramos, agente del Banco de Venezuela, Maracay.

MUY AGRADECIDO del cariñoso telegrama de Blanca y de tí. Algunas preocupaciones me han asaltado en este año desventurado. Pero mi paciencia es sobrehumana. Insisto en la nobleza de la paciencia, origen de las virtudes efectivas. La paciencia es el denuedo en la adversidad y la urbanidad con nuestros semejantes. Nadie trata de averiguar nuestros méritos, sino de advertir si somos sociables y tolerantes. En nuestra casa siempre fue proscrita esa cualidad fecunda y la irascibilidad plebeya subió a ser considerada como energía.

Yo estoy gastando ahora a rienda suelta. Para salvar mi sueño, me he visto en el caso de alquilar la vivienda contigua de la mía, mucho más espaciosa y mejor amueblada. De ese modo evito el peligro de su habitación por dos personas al mismo tiempo, de donde vendría el diálogo en la noche y mi enfado. He ocupado, pues, la pieza contigua.

Esta es la razón de diferir algún agasajo a mis graciosas sobrinas. Debo esperar antes el balance. Yo quiero contar con la benevolencia de esas niñas tan primorosas.

Sé muy cauto con mi anterior carta, en donde señalo los hábitos lastimosos de [. . .]. El recuento de enfermedades y desdichas aflige y deprime. Ya Santo Tomás de Aquino había indicado el estrago de la tristeza y del miedo sobre el cuerpo del hombre.

Bueno, querido Lorenzo, consérvate y guarda circunspección.

J. A. R. S.

Urge tu pésame a doña Carmelita Martínez de Sucre por la muerte de Antonio, tu subalterno en Bolívar. No creo en un resentimiento de tu parte contra esa familia. No oigas intrigas.

Caracas, 25 de octubre de 1929

Señor Lorenzo Ramos Sucre,
agente del Banco de Venezuela

Maracay

Fiel Lorenzo:

Empiezo por decirte que Federico está pensionado por el Estado Sucre y que él no se aplica a los estudios. Es un hombre de sociedad y nada vulgar. Un joven tan alegre no habría surgido jamás en el presidio de casa. Observa la diferencia. Luisa puede ser hostil con los extraños, pero no desespera a sus hijos y lo ves en los casamientos de sus hijos. Por otra parte, la presencia bonancible de Ramón neutraliza la melancolía y severidad que pueda haber en Luisa. Yo no creo en severidad, mal humor, irascibilidad; yo no señalo sino crueldad y vulgaridad.

Tú sabes que la escasa resistencia que ofrezco a las enfermedades no vienen sino de un sistema nervioso destruido por los infinitos desagradados, discusiones, maldiciones, desesperaciones y estrangulaciones que me afligieron.

Carúpano fue un encierro. El padre Ramos ignoraba por completo el miramiento que se debe a un niño. Incurría en una severidad estúpida por causas baladíes. De allí el ningún afecto que siento por él. Yo pasaba días y días sin salir a la calle y me asaltaban entonces accesos de desesperación y permanecía horas llorando y riendo al mismo tiempo. Yo odio a las personas encargadas de criarme. No acudí a papá por miedo. El P. Ramos era una eminencia y yo no era nadie, sino un niño mal humorado. La humanidad bestial no veía que el mal humor venía de la desesperación del encierro y de no tener a quién acudir. Yo temía a papá, quien era atento con Trinita y no conmigo. Ya ves cómo se vino elaborando mi desgracia. Suponte que yo era re-

gañado por el Padre Ramos y regañado por la plasta de mierda de Martínez Mata porque retozaba con los niños de mi edad, a los once años, en la plaza de Santa Rosa. Es decir, yo era regañado por un acto impuesto por la pedagogía anglosajona hace tres siglos y defendido celosamente por la policía anglosajona. Habla con personas que conozcan a Inglaterra y los Estados Unidos.

Al salir de ese presidio de Carúpano, circuito del infierno dantesco, pude salir a la calle, pero la tiranía era más severa aunque de nueva forma. Incurría en el enojo de Rita Sucre por actos de falta de atención o de fatiga de la atención y estas escenas eran tremendas y duraban meses. No podía aplacarla a pesar de mi docilidad nativa. Yo me crecí obligado a dar el ejemplo de la honestidad y sólo conseguí ser un hipócrita, un mentiroso.

Creo en la potencia de mi facultad lírica. Sé muy bien que he creado una obra inmortal y que siquiera el triste consuelo de la gloria me recompensará de tantos dolores.

Tú supondrás si con tales antecedentes puedo yo resistir una infección impecedera como la amibiasis. El desequilibrio de mis nervios es un horror y sólo el miedo me ha detenido en el umbral del suicidio. Uno no hace lo que quiere sino lo que le permiten las circunstancias de herencia, educación, salud o enfermedad corporal, etc. Nuestros actos son involuntarios y hasta irreflexivos.

Ahora, yo observo que yo era más vivo que mis contemporáneos y que ellos sólo me superaban en tener hogar sedante y tolerante. Yo he sido querido, admirado, compadecido por bellísimas mujeres. Naturalmente, no he abusado de su bondad. María del Rosario Arias habló conmigo una sola vez, antes de venirme para Caracas y me recordaba afectuosamente por ese único motivo. Se asombró de mi humanidad y amenidad al conocerme.

Yo no recuerdo a José Antonio Yépez. Salúdalo con mucha cordialidad en mi nombre. Dolores Emilia está muy satisfecha de ti y de tu gente.

Los juicios acerca de mis dos libros han sido muy superficiales. No es fácil escribir un buen juicio sobre dos libros tan acendrados o refinados. Se requieren en el crítico los conocimientos que yo atesoré en el antro de mis dolores. Y todo el mundo no ha tenido una vida tan excepcional. Solamente Leopardi, el poeta de la amargura. Alguien ha apuntado ya mi semejanza con el lírico y filósofo italiano. Lírico es el que habla de sus propias emociones.

Antier estuvo por aquí la importante Gladys, mi sobrina perfecta. Creo que no se fue descontenta.

Conserva tu salud y compra una casa en Caracas.

Te abraza tu hermano,

J. A. R. S.

HOTEL ESPLANADE
HAMBURG, 36

Hamburgo, 29-12-29.*

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra, rue du Rhône, 39.

Mi querido Luis:

EMPIEZO por decirte que cumplí contigo mandándote mis dos últimos libros. Te advierto que el Dr. Hurtado y yo hablamos afectuosamente de ti cada noche de nuestra entrevista en el Hotel Bellevue. Me contenta semejante armonía entre ustedes. Te he esperado hasta el 27, día de mi viaje precipitado para Alemania. Debiera decir más bien fuga. Deseo mucho hablar contigo.

Te ruego que conserves el local presente del consulado en la rue du Rhône. Yo estoy dispuesto a ratificar cualquier diligencia que lleves a cabo con tal objeto, mientras permanezca en Hamburgo. Celebreme un contrato humanitario. Yo estoy a la orden del señor Dunand y puedo escribirle la carta que él me exija, siempre que tú la apruebes.

Me inclino delante de tu señora y acaricio a tus hijos. Espero entrar en la clínica de Mühlens, instituto tropical. Desde allí te escribiré nuevamente.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

**Los Aires del Presagio*. Caracas, Colección Rescate, 1960.

Hamburgo, 5 de enero de 1930*

Señor César Zumeta, Ministro de Venezuela.

París.

Don César:

EMPIEZO por decirle que bien donado está el don y que mi apellido no se presta al espiritual juego de palabras. Huelga decirle que le profeso a usted invariable simpatía desde mi niñez y que ninguna causa me desviará de cultivarla. Yo me honro con un superior de sus cualidades.

El Consulado General de Venezuela aquí me entregó una carta de usted y yo lo contesto en estas líneas desarticuladas. Yo le suplico alguna indulgencia con una persona afligida por insomnios agónicos, enemigos directos de las facultades mentales. Según parece, un parásito del trópico ha precipitado esta ruina —y heredo el insomnio y lo sufro hace ocho años.

Yo protesto que mis dolencias no me impedirán satisfacer a mis superiores.

Durante el insomnio de anoche he examinado una breve novela de Goethe, episodio inserto en *Wilhelm Meister*, y cuyo nombre es *Bekenntnisse einer schönen Seele*. Si usted estuviera presente, admiraríamos juntos la habilidad de aquel poeta en describir los escrúpulos de un alma nostálgica, agitada por inquietudes teológicas. Ningún crítico de Goethe ha mentado jamás este breve momento del *Wilhelm Meister*. Por lo menos, yo no conozco ninguna referencia de comentador alguno. Goethe difiere aquí del panteísta y del naturalista.

En fin, le prometo ir a París y darle un abrazo.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

**Los Aires del Presagio*. 2ª edición. Monte Avila Editores, Caracas, 1976.

(El original autógrafo lo conservó Zumeta en su archivo, lo mismo que el de la carta siguiente).

Caracas-Hamburgo, 7 enero de 1930.*

Señor José Nucete Sardi.

Caracas.

Mi querido Nucete:

MÁNDAME nuevamente tu libro. El que me regalaste, a la hora de mi viaje, debió quedarse en el Ministerio. De aquí habrá pasado a una venta de libros usados. Así lo sospecho.

Mándame tu libro al Consulado General de Venezuela, casa del incomparable Rafael Paredes. Con él te he recordado mucho.

Estoy en casa de Mühlens y espero curarme del intestino, autor de mi derrumbamiento. Los insomnios, de una tenacidad inverosímil, amenazan de cerca mis facultades mentales.

Dale las gracias a Pedro Sotillo por sus notas generosas acerca de mi labor y adviértele que se equivoca al calificarme de misógino. Yo soy para cada mujer un hermano y ninguna puede acusarme de negligente en su servicio, mucho menos de cruel. Los aforismos son disparos al aire.

Yo escribí a todos los compañeros por lo menos una vez. Ahora trato de resistir el tratamiento. El sistema nervioso es un escombros.

Consérvate bien y acepta la amistad de

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

¿Cómo está la niña?

**Los Aires del Presagio*. 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.
(Copia enviada por José Nucete Sardi al compilador en abril de 1961).

Hamburgo, 8 de enero de 1930*

Señorita Dolores Emilia Madriz.

Cumaná.

Niña incomparable:

HE BESADO mil veces tu carta y la oprimo continuamente contra mi pecho. Cuan llena está de generosidad! La amabilidad, carácter fundamental de ti y de tus hermanas, me ha seducido siempre y me tiene cautivado. Yo no aprecio sino esa sola cualidad y la virtud austera o con facha de burro y alma de caníbal merece a cada paso mi abominación. La austeridad es una forma de crueldad. El hábito de la censura es tan sólo un desahogo de la soberbia, de creernos superiores a los demás, y la superioridad depende del punto de vista y es casi siempre ilusoria.

Mi dirección es Consulado General de Venezuela en Hamburgo. Yo vivo en el Sanatorio del profesor Mühlens, donde resisto el tratamiento. Me prometen curarme, levantarme de esta fosa. Anoche dormí en paz y lo declaro por milagro.

Las mujeres son tan desventuradas que me han perdido a mí, a su mejor amigo, esperanzado de mejorar la suerte de la mujer que vive de su trabajo. Aquí la veo muy afanada y en Basilea me sirvió el desayuno una princesa, una aparición.

Las hermanas de este Sanatorio advirtieron desde un principio mis horribles insomnios y me rodearon dos noches con (...) y me arrullaban en el

**Los Aires del Presagio*. Caracas. 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.

(Esta y las demás cartas a la señorita Madriz las remitió gentilmente el poeta Eugenio Montejo al compilador, en recortes de periódico sin título ni fecha).

bellísimo idioma alemán, el idioma de la canción. La mujer es una criatura celeste.

Hablo bastante bien el alemán y lo oigo difícilmente. Apenas cuento aquí una semana. Los alemanes son muy cariñosos y las alemanas son hermanas de la caridad. Encuentro a Europa disorde, empobrecida y relajada. Ese espectáculo me contrista, yo quiero el bien de todos los hombres.

María Teresa, tu hermana, es lindísima, es una lady. Luisita es la paloma monja imaginada por Rubén Darío. No me cansaré de proclamar el talento de la valiente Mercedes y la gracia de Trina. Ustedes son el sosiego.

Deseo que prosperen todos ustedes y se restablezca Luisa.

¿Cómo podré quererte bastante? Beso tus manos.

JOSÉ ANTONIO

Hamburgo, 13 de enero de 1930*

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Mi querido Luis:

OJALÁ HAYAS gozado mucho en el nuevo año y lo disfrutes a cabalidad. Yo sufro infinitamente y los insomnios anulan mis facultades mentales.

Paso a un asunto interesante, urgente. El director de la Oficina de Consulados, Alamo Ibarra, me prometió domiciliar mi sueldo en Ginebra y yo ignoro cuál método o formalidad debo observar para coger ese sueldo. Yo lo necesito encarecidamente porque debo pagar mi tratamiento. Hazme el favor de resolverme ese conflicto del modo más fácil. Puedes mandarme la correspondencia al Tropeninstitut de esta ciudad.

Te dije en mi carta anterior que deseaba conservar el alojamiento del consulado y ahora te repito la advertencia.

Recibí una carta muy gentil del señor Zumeta y la contesté inmediatamente.

Cuando me contestes, háblame del Dr. Hurtado Machado. Por él supe que tenías dos niños muy adelantados.

Bien, querido Luis, no olvides mis encargos y mándame con toda confianza.

JOSÉ ANTONIO

**Los Aires del Presagio*. Caracas, Colección Rescate, 1960.

Hamburgo, 5 de febrero de 1930*

Señorita Dolores Emilia Madriz.

Cumaná.

Ilustre Dolores Emilia:

TE CONTESTÉ la amabilísima carta que me dirigiste casa de Juan y ahora me refiero a otra del 6 de enero. En esta nueva carta me demuestras la misma invariable solicitud por mi bienestar.

Pero me hablas de venirte a Europa en abril próximo esperando en mi salud. Para esa fecha no se habrá decidido todavía el tremendo problema de mi salud. Yo mismo no sé qué tengo. Sospecho que todo este horror provenga de una enfermedad parasitaria y así mismo piensan dos especialistas consultados. Pero si el malestar posee existencia independiente y no deriva de esa infección, estoy perdido.

Yo no sé cómo me alcanza el cerebro para escribir una carta.

El instituto tropical de Hamburgo asegura haberme curado la amibiasis perfectamente. Pero los trastornos nerviosos no han desaparecido aún y se manifiestan de modo contradictorio.

Salgo en esta misma semana para el Tirol, donde me someterán a un nuevo tratamiento para restablecerme del agotamiento y quitarme los hipnóticos.

Solamente el miedo al suicidio me permite sufrir con tanta paciencia. Yo te haré bien y tú quedarás contenta. Pero falta decidir este proceso.

**Los Aires del Presagio*. Caracas, 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.

(Esta carta parece estar incompleta, porque en la reproducción del autógrafo el breve párrafo final no tiene el punto que aquí se le ha puesto, y falta además la firma de Ramos Sucre).

Las mujeres alemanas son adorables, muy lindas, de aspecto infantil. Los varones alemanes les pegan a sus mujeres. Una noche salvé a una niña alemana de ser atropellada por un auto y ella se ciñó a mí y yo nunca sentí como en ese momento la victoria infalible de la mujer, de la criatura indefensa, sobre los hombres compasivos. La alemancita era como Luisa Elena Almándo. Estaba llena de terror y gemía. Carecía absolutamente de virtud o ferocidad.

Por cierto, en toda Europa se es inmoral, se vive y se deja vivir a los demás. Los rugidos de la virtud antropófaga no se oyen por aquí. Los europeos trabajan espantosamente y son muy afables. Aquí nadie echa maldiciones ni blasfema. Estos son países muy cultos. Yo debí nacer en Europa porque soy profundamente corrompido o sea humano.

Tú me conoces.

Hamburgo, 6 de febrero de 1930*

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra. Rue du Rhône, 39.

Querido Luis:

EL INSTITUTO Tropical me ha dado de alta y declara que la enfermedad intestinal ha sido curada perfectamente. Me ordena pasar a un sanatorio en Merano y desde allí te escribiré en llegando.

Hace varios días que volví a enviarte los 318 francos necesarios para allanar el asunto de la oficina del consulado. Usé una dirección más explícita.

Los desórdenes nerviosos, mi desesperación, no han cesado todavía. Son muy singulares y me desconciertan por completo. Los insomnios siguen siendo horribles.

Si estos fenómenos no desaparecen, habré caído en la desgracia más profunda. Perdería mis facultades mentales.

He recibido una sola mensualidad hasta ahora. Ya no deben pagarme en Hamburgo. Dejo esta ciudad mañana o pasado.

Perdona las molestias que pueda proporcionarte.

Me descubro delante de tu señora y abrazo y beso a los pequeños.

Soy tu afectísimo,

JOSÉ ANTONIO

**Los Aires del Presagio*, Caracas, Colección Rescate, 1960.

Merano. [febrero, 1930] *

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra, Rue du Rhône, 39.

Querido Luis:

AQUÍ ME tienes en Merano a tus órdenes. He llegado antier por la vía de Munich y vivo en el sanatorio *Stephanie*. Espero ver cuál camino sigue esta horrible enfermedad. Los médicos de Hamburgo, entre ellos un especialista en las enfermedades nerviosas, me examinaron de pies a cabeza y sólo descubren una debilidad profunda. Lo mismo dice aquí el director del sanatorio.

Yo me siento herido de muerte. Puedo pasar horas continuas en la cama sin hacer movimiento y sin intentar dejarla. Te advierto que el sentimiento de la debilidad no tiene nada de agradable. Yo espero que todo este proceso me conduzca a una consunción, a una tisis.

He descubierto aquí un vestigio de Goethe, la calle de su nombre, y he juntado este hallazgo con el recuerdo de Manuel Díaz Rodríguez, quien me hablaba una vez sobre la composición étnica del Tirol. Muchos eslavos. El poeta alemán debió de residir aquí al dirigirse a Italia. No poseo los medios de verificar esta conjetura. Recuerdo precisamente su estancia en Trento, donde descubrió un solo edificio distinguido: un palacio atribuido al diablo, fabricado por él en una sola noche.

Perdona que mi ausencia se prolongue y advierte al Banco que no estoy en Hamburgo. Yo quisiera pasar aquí un mes por lo menos. Cuento con tu ge-

**Los Aires del Presagio*, Caracas, Colección Rescate, 1960.

nerosidad. Me quedan unos escasos centavos de la primera mensualidad que me mandaste.

Discúlpame con Zumeta y Hurtado Machado. El tratamiento no me permite escribirles. No tengo tiempo.

Me descubro delante de tu señora y abrazo y beso a los niños.

Mándame.

J. A. R. S.

Merano, 24 de febrero de 1930*

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Mi querido Luis:

EMPIEZO por comentar ese desastre de tu salud. Al encontrarnos, me darás lecciones sobre el clima de Ginebra y las enfermedades inherentes.

Escribí al Banco para que te pagara 250 francos al finar este mes. Me hablas de otros gastos, pero no los reduces a cifras.

Yo no he mejorado. Los insomnios me derriban y constituyen hoy toda la enfermedad. Según parece, estoy curado del intestino.

De todos modos, espero pasar el mes de marzo aquí y cuento con tu paciencia. El primero de abril ya hemos celebrado nuestra primera entrevista.

Te agradezco el aviso relativo a la muerte del general José Vicente. Ya le dirigí una carta de pésame al viejo.

Me inclino delante de tu señora y abrazo y beso a los niños.

Soy tu adicto,

JOSÉ ANTONIO

**Los Aires del Presagio*, Caracas, Colección Rescate, 1960.

Merano, 25 de febrero de 1930*

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Mi querido Luis:

ESTOY INCONSOLABLE con tu regreso a América y tu descenso. Yo quiero saber con exactitud el día de tu salida de Ginebra. Debo estar contigo varios días para conversar sobre mil asuntos y sobre la administración de mi consulado. También quiero que me consigas o indiques una pensión decente donde no haya ruido ni frío, porque mis dolencias se exasperan con ambos fenómenos.

Me voy a encontrar muy solo en Suiza cuando te hayas ausentado. Yo poseo el hábito del sufrimiento, pero estoy fatigado de la vida interior del asceta, del enfermo, del anormal. Leopardi es mi igual. Tú me habrías servido mucho y nuestra amistad es fraternal.

Yo escribiré a Itriago sobre ti diciéndole mil bienes.

Por el momento, nada te encargo para Caracas.

Me inclino delante de tu señora y abrazo y beso a los niños.

Soy tu adicto,

JOSÉ ANTONIO

**Los Aires del Presagio*, Caracas, Colección Rescate, 1960.

Merano, 1 de marzo de 1930*

Señor Luis Yépez, cónsul general de Venezuela.

Ginebra.

Grande y querido Luis:

DIME CON la mayor anticipación la fecha de tu partida, porque deseo hablar mucho contigo.

Necesito tu dirección exacta.

Consígueme una pensión donde haya buena alimentación y silencio y gente cortés.

No consigo dormir en el sanatorio Stephanie. Sufro horriblemente.

Quisiera conocer a Vahnont. Me dicen que está cerca de Ginebra. No tengo un mapa a la mano. Allí se está bien atendido desde el punto de vista médico.

¿Está Ginebra muy fría?

Tú supondrás cómo estoy con tu viaje. He perdido una persona afín, de alma generosa y tónica.

Adiós, querido Luis.

Mis respetos a tu señora y mis cariños para los pequeños.

J. A. R. S.

**Los Aires del Presagio*, Caracas, Colección Rescate, 1960.

Ginebra, 13 de marzo de 1930*

Don César Zumeta, Ministro de Venezuela.

París - Beethoven 3.

Mi respetado amigo:

LO SALUDO con el debido respeto y le aviso que he regresado aquí.

Mi dolencia, un insomnio perpetuo, no me impedirá servir y complacer a usted. Y si el destino fuere tan benévolo que la tal dolencia se reduzca y se alivie, yo cometeré la intrepidez de visitarlo en París. Me importa sobre modo conocer a una persona tan espiritual.

El señor Yépez ha desempeñado mis veces con exquisita caridad. Yo espero ser tan solícito con mis compañeros y compatriotas. No daré voluntariamente un motivo de censura a mis superiores.

Le protesto, señor Zumeta, mi afecto y consideración.

JOSÉ ANTONIO RAMOS SUCRE

**Los Aires del Presagio*, Caracas, 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.

Ginebra, 8 de abril de 1930*

Señorita Dolores Emilia Madriz.

Cumaná.

Prima adorada:

SÓLO PUEDO asegurarte que no volverás a verme enfermo.

Estoy contentísimo de saber que ese maravilloso florilegio de tus hermanas agradece las lisonjas que les dirijo. He allí unas mujeres humanas, dulces y encantadoras. Siempre he admirado el carácter de esas primas gentiles. Viviendo en Caracas, no me he acercado bastante a ustedes. Hoy lo lamento más que nunca.

Cuando me serene y vaya a París, me acordaré de ti. Te enviaré algo para que me recuerdes más.

Lo mejor en Europa es la gente. Aquí todo el mundo es cortés y risueño. Tú sabes que personas interesadas han esparcido por allí que yo soy intratable. No dejes triunfar esa infame leyenda. Yo soy muy accesible y fácil.

¿Cómo está mi venerado Ramón?

Recomiéndame a los tuyos y acepta un abrazo de

J. A. R. S.

**Los Aires del Presagio*, Caracas, 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.

Ginebra, 9 de abril de 1930

Rue de Rhône, 39.

Señor Lorenzo Ramos Sucre.

Maracay.

Mi querido Lorenzo:

TU CARTA me produjo sumo bienestar. Tú eres providencial con mi vida. De ti no pueden venirme sino bienes.

Me contenta sobre modo la buena intención de Semprum y de Velasco Alvarado. Te ruego cordiales cumplimientos para uno y otro.

He sabido que la incomparable sobrina Gladys sufrió con éxito una operación. ¿Cómo está mi distinguida ahijada? ¿Y la brava y turbulenta maracaibera?

Ya te dije antes que no hagas negocios, que tú no sabes de negocios, que no te arrojes en brazos de otro para celebrarlos. No hay hombre que sepa hacer negocios en general, no hay sino especialistas. Yo te recomiendo un negocio fácil: depositar los ahorros en una caja de ahorros. El día menos pensado estás acomodado. Además, los negocios destruyen la salud. Ahorra, pero no negocies.

Luis Yépez, mi compañero en Suiza, irá para Venezuela de un momento a otro. Recíbelo muy bien. El desea ser amigo tuyo. Es concuñado de López Contreras.

Saludo cordialmente a tu gente, beso a las lindas sobrinas y te abrazo.

J. A. R. S.

Ginebra, 24 de abril de 1930

Señor D.
Lorenzo RAMOS SUCRE,
Maracay.

Mi querido Lorenzo:

MI ESTADO de salud no inspira ninguna alarma, y te digo esto para impedir que esta carta se torne sombría.

Aquí en Ginebra he tenido un amigo o más bien un tutor solícito. Se llama Luis Yépez y lo recibirás fraternalmente y lo presentarás a los tuyos, de modo que su estancia en Maracay le sea muy grata.

La amistad de Yépez con el doctor Requena viene de muy lejos y tú me harás el favor de acercarlos. También te ruego que lo presentes al general Velazco Alvarado y al general Santander y a todos los amigos. Tengo absoluta fe en tu bondad y en tu sentimiento de la solidaridad humana. Quiero que a toda costa complazcas a Luis Yépez y a su familia y te granjes su amistad.

Yo no le he dado mis dos últimos libros a Sergio Medina y desearía que tú consiguieras sendos ejemplares de los que están en casa y se los dieras en mi nombre.

Deseo que conserves tu posición y tu salud y que me des noticias de tu gente, sobre todo de Blanca y de las ínclitas sobrinas.

Soy tu hermano fidelísimo,

J. A. R. S.

Ginebra, 24 de abril de 1930*

Señorita Dolores Emilia Madriz.

Cumaná.

Adorable Dolores Emilia:

TE SALUDO afectuosamente y a tus generosas hermanas. Contesto una carta del 10 de marzo, en donde me hablas de unos juguetes alemanes. Yo salí de Alemania para el Tirol el 8 de febrero y estoy en Ginebra desde el 12 de marzo. Ginebra no es visitada por los venezolanos ni por nadie, sino por los empleados de la Liga de las Naciones. Es una ciudad muy aburrida y lluviosa y no seduce a los viajeros. Está a cuarenta horas de ferrocarril de Hamburgo, único puerto por donde te podría enviar los tales juguetes. Mi única esperanza es visitar a París y comprarte allí algún objeto de arte. Pero esto no puede ser ahora, porque está a punto de reunirse la Asamblea de la Liga y tengo que asistir. Yo te dejaré contenta. Observaré el mismo método con Luisa Elena, la hija de Juan. Yo no puedo dejar a Ginebra cuando me dé la gana. Necesito el permiso de mis superiores.

Después de conseguir en París ese objeto de arte, debo solicitar el viajero que lo lleve —Esto es bastante difícil—. Mandaré el tuyo con el de Luisa Elena, casa de Juan.

Yo no sé cómo estoy. Pero te aseguro que no siento mucho miedo a la muerte. Aspiro a quedarme aquí. ¿Cómo está la encantadora prima Mercedes y la indulgente Luisita?

Escríbeme siempre y cuenta con mi afecto.

J. A. R. S.

**Los Aires del Presagio*, Caracas, 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.

Ginebra, 28 de abril de 1930

Señor Lorenzo Ramos Sucre.

Maracay.

Mi querido Lorenzo:

LUIS YÉPEZ, portador de una carta en donde te lo presento, es concuñado de López Contreras.

Tú diriges las cartas a Génova y no a Ginebra, donde estoy.

Le dirigi directamente el pésame al general Gómez.

Es necesario que Gladys aprenda por el razonamiento y no de memoria. Se aprende a sorbos y no en gran cantidad. Se aprende como se come. Debe conocer los menesteres de la casa porque puede casarse. Debe poseer algún conocimiento de los que sirven para ganar la vida y adquirir conocimientos decorativos. Es necesario que sea un *animal robusto*. Enséñala a expresarse bien con el término exacto. Debe leer los clásicos castellanos para conocer el idioma y evitar la imitación del lenguaje bárbaro de los periódicos. Los escritores religiosos de España son insustituibles. Se les lee para aprovechar la frase y el vocablo preciso. Lo demás no interesa.

Aprenderá el francés con el método dialogado de Simone, traduciendo primero del francés al castellano y al revés en el tercer repaso. Aprenderá la conjugación francesa advirtiéndole que sólo importa conocer el cabo de cada inflexión verbal y que éstas deben ser iguales cuando los tiempos tienen el mismo nombre. No aprenderá la conjugación francesa de memoria sino adivinará cada tiempo al verlo escrito. Leerá, para traducir, libros de historia y después los de otra especie.

Aprenderá el inglés estudiando los diálogos del Palenzuela y Carreño y consultará en el apéndice los verbos irregulares observando que el pasado y el par-

ticipio terminan en letra dental y que la irregularidad consiste en la alteración de la vocal central del verbo inglés. Dicho método se aprende varias veces del inglés para el castellano y mucho más tarde se le traduce del castellano para el inglés. Yo creo que mi librero de París ha mandado para mi biblioteca las obras de Shakespeare con el texto doble en inglés y en francés. Shakespeare puede ser muy difícil, pero no leo otro autor inglés. La novela inglesa más bella es la de Dickens. Se puede leer el original y compararlo con una traducción francesa y aprender así el inglés.

Las niñas tienen bastante con el francés y el inglés y los aprenderán a sorbos sin dejar en blanco. Yo tengo en casa muy buenos libros, sobre todo raros, pero ellas empezarán por conocer la historia. Esta resume los demás conocimientos. Carmen Ramos posee consejos míos sobre el arte de escribir. Hay que escribir diariamente una frase perfecta o sea exacta. Los perezosos hablan de modo impreciso.

Yo no puedo mandar mis libros a Unamuno. No sé cómo puede conocerlos. La opinión del mundo castellano es que mi literatura es nueva y sin antecedentes. [...]

Recuerda que tú no sabes hacer negocios y que no debes hacer sino guardar en la caja de ahorros para comprar una buena casa a las niñas.

Conserva tu salud y trasmite a todos los de tu casa mis deseos por su felicidad.

Soy tu fiel hermano,

JOSÉ ANTONIO

Ginebra, 18 de mayo 1930

Señor Lorenzo Ramos.

Maracay.

Querido y fiel Lorenzo:

LUIS YÉPEZ lleva una carta de presentación y recomendación. Es concuñado de López Contreras. Te advierto que es muy tenorio. Por lo demás, es incomparable.

Habla tú siempre muy bien de Zumeta y créale una atmósfera de respeto en Maracay. Aquí en Ginebra es muy considerado por los políticos europeos. Es bondadosísimo aunque sus enemigos digan lo contrario. Está casado con Margarita Gómez, cuñada de Angel María Sucre. El y ella me trataron como a un hijo. Vinieron a Ginebra en mayo actual.

Carlos Madriz, el joven y competente ingeniero, se muestra agradecido de ti. ¿Cómo están mis distinguidas y bien criadas sobrinas?

No disipes tu dinero en negocios. Nosotros no sabemos ni podemos sino ahorrar en la caja de ahorros y comprar después un inmueble para refugiarnos. Esas chiquitas, no siendo vanidosas, pueden habilitarse teniendo una casa propia. La vanidad consiste en medirse con nuestros semejantes y el orgullo consiste en medirse con el ideal de la perfección. Este pensamiento es mío y salió con otros muchos en *Elite* antes de venirme yo. También ha sido reproducido en el extranjero.

Conviene evitar que las niñas sean antropófagas, han de seguir la regla de vivir y dejar vivir. Es necesario abandonar la sombría y asfixiante tradición

de casa. Papá era muy indulgente, según Providencia, Isabel y Trinita. No dejó dinero, pero si hubiera dejado, nuestra vida habría sido igualmente acerba. Hay que ser caritativo. Consérvate, querido Lorenzo, en unión de tu gente y manda a quien te respeta y quiere.

J. A. R. S.

Ginebra, 7 de junio (1930)*

Srta. Dolores Emilia Madriz.

Cumaná.

Muy ilustre Dolores Emilia:

AYER RECIBÍ tu última carta y tu retrato en compañía de la dulce Leonor. Besé infinitas veces tu retrato.

No te impacientes conmigo. Aún no he podido visitar a París. Los trabajos de la Sociedad de las Naciones y la presencia de diplomáticos venezolanos en Ginebra me han impedido ausentarme. Yo te prometo dejarte satisfecha.

Te advierto que mis dolores siguen tan crueles como cuando me consolabas en Caracas. Yo no me resigno a pasar el resto de mi vida, ¡quién sabe cuántos años!, en la decadencia mental. Toda la máquina se ha desorganizado. Temo muchísimo perder la voluntad para el trabajo. Todavía me afeito diariamente. Apenas leo. Descubro en mí un cambio radical en el carácter. Pasado mañana cumpla cuarenta años y hace dos que no escribo una línea. Apenas puedo consolarme buscando la vida de enfermos ilustres a quienes la fatalidad apagó en plena juventud. Te ruego que no permitas la leyenda de que soy antropófago y salvaje y enemigo de la humanidad y de la mujer. Esa leyenda es obra de mis enemigos. Tú sabes que, al contrario, soy muy accesible, muy indulgente y jamás he lastimado a una mujer.

Los médicos de Europa no han descubierto qué es lo que me derriba. Yo supongo que son pesares acumulados. Tú sabes que mi cadena fue siempre muy corta y muy pesada. Nací en la casa donde todo está prohibido.

Yo te suplico que disculpes estas confidencias. Beso las manos de las distinguidas primas y me despido así mismo de ti.

Escríbeme.

J. A. R. S.

**Los Aires del Presagio*, Caracas, 2ª edición. Monte Avila, Editores, 1976.

CONSEJOS DE ORDEN INTELECTUAL PARA LORENZO RAMOS

Escribir bien se reduce a escribir con expresiones exactas. Para lograr la expresión exacta, se requiere conocer bastante el diccionario. Hay que estudiar el diccionario, conocer el mayor número de palabras y de giros o frases. Los giros o frases se aprenden leyendo continuamente a Baralt. La gramática se aprende leyendo continuamente la Exposición sobre los casos y oraciones por Eduardo Benot, librería Hernando en Madrid, y también el Libro de los Galicismos por Adolfo de Castro, en librería Hernando, Madrid, y también consultando la parte dedicada a la gramática en el Memento Larousse, obra indispensable que se vende en François Jarrin, París, Rue des Ecoles 48. No hay que confundir Memento Larousse con otras obras del mismo Larousse. En aquella hay pequeños tratados de materias indispensables a un hombre civilizado.

El francés se domina estudiando constantemente el Ollendorf francés compuesto por Eduardo Benot, librería Hernando, Madrid.

El inglés se aprende por el Ollendorf inglés compuesto por Eduardo Benot, librería Hernando, Madrid. Cada palabra inglesa se aprende con su pronunciación y acentuación, según la trae el diccionario de Cuyás. Las palabras se aprenden del castellano para el idioma extranjero: pan es bread, y no bread es pan. Hay que educar el oído leyendo inglés en alta voz. Me parece que el maestro americano o inglés nativo debe buscarse después de saber todo el método de Benot.

Hay que leer prefiriendo los autores mayores a los menores, Virgilio a Villaespesa. Recomiendo la Historia Universal de Juan Vicente González o los manuales de Duruy, quien encierra toda la historia universal en seis pequeños manuales sobre cada época. (Edad Media y, etc.)

CONSEJO IMPORTANTE DE ORDEN INTELECTUAL PARA
LORENZO RAMOS

Lo que se escribe debe tener un solo adorno: el de la exactitud. Lo que se escribe no debe causar efecto, alarma en el lector, la expresión no debe sonar jamás a discurso, a elocuencia declamatoria y tribunicia. Nunca, en lo que se diga, haga o escriba, se debe llamar la atención. En este principio se fundan todas las virtudes sociales.

[APUNTES DE GRAMÁTICA INGLESA]

Todas las palabras están en el diccionario. No hay que saber gramática, y teniendo memoria, se puede hablar y traducir desde el principio.

La pronunciación está en la página 98. Benot:
ea: i — ee: i — ou: au — ow: au — oo: u.

El inglés tiene tres tiempos: el presente, que es el nombre del verbo; el pretérito, en cuyo final prevalece la letra *d* o *t*; y el participio pasado del cual se dice lo mismo.

El pretérito inglés es además el tiempo castellano en *ra*: If I had: si yo tuviera.

El futuro se forma con el signo *shall* o *will* — I shall read: yo leeré, I will read: yo leeré.

El tiempo en *ría* se forma con *should* o *would*: I should read, I would read: yo leería.

El subjuntivo es el nombre del verbo, pero puede ser así:

That I may read (que yo pueda leer): que yo lea.

That I might read (que yo pudiera leer): que leyera o haya leído.

El imperativo es el nombre del verbo, pero la primera persona del plural se forma así: let us read (dejad nos leer): leamos.

El gerundio termina en *ing*: reading: leyendo.

Hay que consultar continuamente los verbos irregulares de la lección 58 del Benot. Las formas irregulares de esos verbos pueden faltar en el diccionario.

De modo que la palabra que no esté en el diccionario debe buscarse en esa lista.

El verbo inglés va cambiando el sentido con las distintas preposiciones que se le van aplicando: I put es yo pongo, pero I put out es yo apago.

La preposición de, cuando indica propiedad, se traduce por este signo: 's, por ejemplo the father's house: la casa del padre.

Indicativo indica seguridad, subjuntivo posibilidad de que tal cosa se haga.

El inglés se olvida si se interrumpe su estudio siquiera un día.

CRONOLOGIA*

*Las columnas Venezuela y América Latina y Mundo exterior han sido elaboradas por el Departamento Técnico de la Biblioteca Ayacucho.

1890

9 de junio. Nace en Cumaná, hijo de Jerónimo Ramos Martínez y Rita Sucre Mora de Ramos.

10 de noviembre. Es presentado en la Jefatura Civil con el nombre de José Antonio Primo Feliciano y bautizado el mismo día en la iglesia de Santa Inés. Años después escribe en el reverso de su tarjeta de bautismo "Le mystère n'est pas encore éclairci, mais on a soulevé un coin du voile" (El misterio aún no ha sido esclarecido, pero hemos levantado una punta del velo). Sus padrinos: Dolores Mora de Sucre y el Pbro. J. A. Ramos Martínez.

En la familia hay larga tradición humanística. Su padre, Don Jerónimo, "es hombre dotado de señalado talento, historiador y escritor". (Alberto Sanabria). Sus tíos paternos —José Antonio y Miguel— fueron también estudiosos de la historia. José Antonio —el Padre Ramos, el mayor de los hermanos— ejerce el sacerdocio y la docencia; estudioso de la historia, publica algunos trabajos; es doctor en Teología y Derecho Canónico. Toma a su cargo durante algún tiempo la educación de su sobrino José Antonio y ejerce sobre él mucha influencia. Ascendiente de los Ramos Martínez, José Antonio Ramos González también fue docente, estudioso de las leyes de la historia, lenguas y culturas clásicas; ejerció cargos públicos.

Pariente suyo también fue D. Silverio González Varela, Rector, como también lo fue su padre, y el Padre Ramos Martínez, del Colegio Nacional de Cumaná, hoy Liceo Sucre.

Doña Rita (1870-1952), "mujer de talento y simpatía, de grata conversación" (Alberto Sanabria), es hija de Francisco Sucre Sánchez —Don Pancho, hijo del coronel José Gerónimo Sucre Alcalá hermano del Mariscal— y de Dolores Mora de Sucre. También ejerció la docencia. Tuvo 8 hijos.

En 1887 nace el primer hijo del matrimonio, llamado José Antonio, quien muere a los dos meses. El nombre, perteneciente a la tradición familiar, es dado luego al tercer hijo, José Antonio Primo Feliciano.

En 1889 nace Trina, muerta en 1977.

La casa donde viven da, al frente, con la iglesia de Santa Inés y, al fondo, con el río Manzanares.

V: R. Andueza Palacio es presidente. Prosperidad económica en el país: las exportaciones superan en diez millones a las importaciones. Es fundado el grupo político Unión Democrática. Se fundan las universidades del Zulia y de Carabobo.

L. López Méndez: *Mosaico de política y literatura*. M. V. Romerogarcía: *Peonía*. J. Calcaño: *El Héroe de Turbaco*. T. Febres Cordero: *Apoteosis de Colón*. T. Michelena: *Tres gotas de sangre*. D. Muñoz: *Ovejón*. Diario *La Religión*. Nace J. R. Pocaterra. Muere C. Rojas.

AL: En Colombia el gobierno dicta una serie de leyes tendientes a regular la actividad comercial. Es fundada la Academia Nacional de Medicina. En México permiten la reelección de Porfirio Díaz por enmienda constitucional. Perjuicios económicos para Cuba por la reforma arancelaria norteamericana. Aparecen discrepancias entre el Partido Conservador nicaragüense y el presidente electo. Se produce en El Salvador el golpe de Estado de C. Ezeta. Morales Bermúdez es presidente del Perú. Crisis económica en Chile y nuevo gabinete de Balmaceda. Crisis financiera en el Río de la Plata por la quiebra de la banca Baring. J. Herrera y Obes es presidente del Uruguay. Pánico bursátil en Buenos Aires; revuelta contra el presidente Juárez Celman en todo el país. Se funda la Unión Cívica. Juárez Celman renuncia y asume la presidencia Carlos Pellegrini. Se produce la primera revolución separatista en Río Grande do Sul. Es creada la Unión Panamericana, en Washington, por iniciativa de los EE.UU.

J. del Casal: *Hojas al viento*. A. Azevedo: *O cortico*. Angel del Campo: *Ocios y apuntes*. Acevedo Díaz: *Nativa*. R. Darío define el modernismo.

Bismarck abandona el gobierno (20/III); el poder queda en manos de los Junkers. Conferencia de Berlín de protección al trabajo. Kautsky funda el partido social-demócrata alemán. Convenciones coloniales anglo-alemana y anglo francesa. Ley Sherman antitrust en EE.UU.; tarifas aduaneras proteccionistas McKinley. Quiebra la banca Baring en Londres; crisis económica mundial. Ley sobre vivienda obrera en Inglaterra.

Behring: suero antidiftérico. Otto Lilienthal fabrica su primer artefacto volador exitoso.

C. Lombroso: *El delito político y la revolución*. W. James: *Principios de psicología*. Wundt: *Sistema de filosofía*. E. Zola: *La bestia humana*. O. Wilde: *El retrato de Dorian Gray*. Frazer: *La rama dorada*. K. Hamsun: *Hambre*. P. Cézanne: *Jugadores de cartas*. Borodin: *El Príncipe Igor*. Suicidio de V. van Gogh. Nace Charles De Gaulle.

1891

1892

Nace su segundo hermano, Miguel. Publicó breves trabajos: *Unión continental y democracia social; a los gobiernos y a la ciudadanía de nuestra América* (1947) y *Contribución al sesquicentenario de nuestra Independencia* (1961).

V: Nueva constitución. Confrontación de límites con Colombia; arbitraje de España y pérdida venezolana de territorio. Tercer censo técnico: 2.221.572 habitantes.

T. Michelena: *Temperamento* (Margarita Rubistein). J. Muñoz Tébar: *El personalismo y el legalismo*. A. I. Picón: *El gran pecado de Venezuela*. A. Rojas: *Orígenes Venezolanos*. Aparece en Caracas *El Cojo Ilustrado*.

AL: Crisis financiera en Uruguay; rebelión blanca reprimida. Constitución de los EE.UU. del Brasil; primer congreso de la república. En Colombia se agudiza la crisis en el partido conservador: división entre históricos y nacionalistas. El presidente chileno Balmaceda se ve obligado a promulgar por decreto un presupuesto que el Congreso se ha negado a aprobar; interviene los EE.UU. y Balmaceda renuncia, se asila y se suicida en la embajada misma. Se producen los saqueos de Valparaíso y Santiago; el almirante Montt es presidente (-1901). Es creado el Banco de la Nación Argentina.

J. Martí: *Versos sencillos* y *Los pinos nuevos*. J. Martell: *La bolsa*. Machado de Assis: *Quincas Borba*. C. Matto de Turner: *Indole*. Ocantos: *Quilito*. Delgado: *La calandria*. Pensón: *Cosas añejas* y *La Bolsa*. Lamas: *Génesis de la revolución*. Aparece *La Prensa*, en Bogotá.

V: Andueza Palacio trata de imponer una reforma constitucional para continuar en el poder; estalla la Revolución Legalista capitaneada por el Gral. Joaquín Crespo, quien triunfa y asume el poder. Los estados Falcón, Lara, Zulia, Zamora y los Andes forman la Liga de Occidente, contra el poder central.

Se funda el Ateneo de Caracas. J. Calcaño: *Estado actual de la literatura en Venezuela* y *Parnaso venezolano*. E. Blanco: *José Fé-*

Acuerdo anglo-italiano sobre Abisinia. Acuerdo colonial anglo-lusitano. Construcción del transiberiano. Fundación del Bureau Internacional de la Paz en Berna. Fracasa golpe de Estado a Boulanger, quien se suicida. Encíclica *Rerum Novarum*, de León XIII, inaugura una nueva actitud de la Iglesia Católica ante la cuestión social.

Michelin patenta el neumático. Se descubren los restos fósiles del Pitecantropo de Java.

A. C. Doyle: *Las aventuras de Sherlock Holmes*. E. Ibsen: *Hedda Gabler*. Hardy: *Teresa de Uverville*. A. Bierce: *Cuentos de Soldados* y *de Paisanos*. S. Lagerlöf: *Saga de Gösta Berling*. Monet empieza *Las ninfas*. P. Gauguin: *Las mujeres de Tabiti*. R. Strauss: *Muerte y transfiguración*. Muere A. Rimbaud.

Se produce la convención militar franco-prusiana. Tarifas proteccionistas en Francia; Ley de las 10 horas. Escándalo de Panamá en Francia: quiebra de Lesseps. En Italia se funda el Partido Socialista italiano. Agitación obrera en EE.UU. Ministerio Gladstone en Inglaterra. Por bula papal queda permitida la participación de los católicos en la política de la república.

H. Ford construye su primer modelo de automóvil. Lorentz descubre los electrones;

1893

lix Ribas. C. Zumeta: *Primeras páginas*. J. Gil Fortoul: *¿Idilio?* R. Arévalo González: *Escombros*. Muere J. A. Pérez Bonalde.

AL: Una revolución liberal en Honduras proclama presidente a Bonilla (III). J. Martí funda el Partido Revolucionario de Cuba y su periódico *Patria*. Estrada Cabrera queda en el poder en Guatemala. Se producen reformas al concordato con la sede apostólica, en Colombia; se autoriza el establecimiento de misiones religiosas en territorios indígenas. El presidente titular Núñez delega las funciones administrativas en Miguel Antonio Caro. El Mato Grosso declara su independencia como república transatlántica; se produce la insurrección de Río Grande do Sul dirigida por Gumerindo Saravia. Se celebran en toda América Hispánica los cuatrocientos años del descubrimiento del continente. Batalla de Curu-yuqui, contra indios, en Bolivia.

Lafone Quevedo: Investigaciones arqueológicas en el norte argentino.

J. del Casal: *Nieve*. F. Gamboa: *Apariencias*. Revista *Gris* (.96), en Colombia, e inauguración del teatro Colón de Bogotá. Nace César Vallejo. Muere J. J. Ortiz. R. Darío en España.

V: La Asamblea Constituyente redacta una nueva constitución. M. Guzmán Álvarez queda encargado de la presidencia. Se funda el Partido Republicano Liberal. Nuevo Código de Minas: se utiliza por primera vez la palabra petróleo.

L. Level de Goda: *Historia contemporánea de Venezuela política y militar*. A. Domínic: *La viuda del pescador* y *Juliana la lavandera*. G. Picón Febres: *Fidelia*. C. León: *Estudios sobre la libertad política del ciudadano*. Periódico *El Pregonero*.

AL: El Gobierno declara en estado de

Schleich la anestesia local. Edison construye el Kinetoscopio. Lenard estudia los rayos catódicos.

E. Haeckel: *El monismo*. Poincaré: *Nuevos métodos de la mecánica celeste*. O. Wilde: *El abanico de Lady Windermere*. Hauptmann: *Los tejedores*. E. Zola: *El Adebacle*. Maeterlinck: *Peléas y Melisanda*. Menéndez Pelayo: *Antología de la poesía hispanoamericana*. G. B. Shaw: *Casa de viudas*. Spencer: *Principios de Moral (II y III)*. H. de Toulouse Lautrec: *Jane Avril ante el Molino Rojo*. Manet: *La catedral de Rouen*. Leoncavallo: *Los payasos*. V. Horta: Casa Tassel de Bruselas, el modernismo en la arquitectura. Mueren E. Renan y Walt Whitman.

Guerra de Melilla. Protectorado francés en Dahomey; ocupación de Siam. El proyecto de autonomía de Irlanda es rechazado por la Cámara de los Lores; fundación del Independent Labour Party en Inglaterra. Segunda presidencia de Cleveland en EE. UU.; crack bursátil; abolición de la Ley Sherman; protectorado impuesto a Hawai. Insurrección de los jóvenes checos en Praga. Masacre de Armenia. Nueva Zelanda: se le otorgan derechos políticos plenos a la mujer. Nace Mao-tse-tung.

Exposición colombina de Chicago. Elster-

1894

Nace Luis (1894-1945). Estudió Medicina. Llegó a ser director del Hospital Vargas de Caracas durante varios años. Contrajo matrimonio con Lola Martínez Centeno.

sitio la capital de la República de Colombia a causa de varios motines promovidos por el gremio de los artesanos. En Cuba aumentan la agitación y la propaganda autonomista; se divide el partido Unión Constitucional y se crea el Partido Reformista. Un alzamiento liberal encabezado por el general Zelaya derroca a Sacasa en Nicaragua; Managua es ocupada y Zelaya es proclamado presidente: Nueva Constitución: la "libérrima". Es reconocida la soberanía británica sobre Belice, Guatemala. En México, J. Y. Limantour es ministro de Hacienda y artífice del "milagro económico" del porfirismo. Ferrocarril Lima-La Oroya, en Perú. Luchas políticas y conflicto con los radicales en la Argentina. El almirante Melo bombardea Río de Janeiro y se une a los rebeldes de Río Grande do Sul. Lo reemplaza Da Gama.

R. J. Cuervo: *Diccionario de Construcción y Régimen de la lengua castellana (II)*. J. L. Flores: *Horas*. Gómez Restrepo: *Ecos perdidos y apuntes de literatura*. Acevedo Díaz: *Grito de gloria*. Del Casal: *Bustos y rimas*. J. da Cruz e Sousa: *Broqueles*. R. Darío y J. Martí se encuentran en Nueva York. Darío viaja luego a Buenos Aires. Nace V. Huidobro. Mueren J. del Casal e I. M. Altamirano.

V: Crespo es electo presidente constitucional; se constituye la Cámara de Comercio de Caracas. Terremoto en los Andes. Nace el Gral. E. Arévalo Cedeño.

M. A. Pardo: *Al trote*. A. Aveledo: *Páginas íntimas*. D. A. Olavarría: *Estudios histórico-políticos*. F. Betancourt Figueredo: *Guillermo*. M. Ch. Navarrete: *¿Castigo o redención?* A. Pietri Dauder: *Rougeon el polemista*. Revista *Cosmópolis* (P. C. Dominici, P. E. Coll y L. M. Urbaneja Achelpohl). Muere A. Rojas.

AL: Bonilla es presidente de Honduras.

Seitel: Célula fotoeléctrica. Diesel construye su primer motor a gas-oil. Morey: primer proyector cinematográfico.

Jean Grave: *La sociedad moribunda y la anarquía*. Heredia: *Los trofeos*. Mallarmé: *Verso y prosa*. Aparece en Londres el primer número de la revista *The Studio*, con la ilustración "Salomé", de Beardsley. E. Munch: *El grito*. P. I. Tchaicovski: sinfonía *Patética*. A. Dvorak: *Sinfonía del Nuevo Mundo*.

Asesinato de Sadí Carnot. Proceso Dreyfus. Nicolás II es zar de Rusia. Guerra entre China y Japón (VII). Los italianos invaden Abisinia. Leyes contra los anarquistas en Italia, Francia y España. Gladstone se retira de la vida política. Fin de la guerra de Melilla: convenio con Marruecos. Peste en la India: 12 millones de muertos en 10 años.

Yersin: Bacilo de la peste. Roux: Suero antidiftérico. Lumière patenta el cinematógrafo.

C. Marx: Edición del Volumen II de *El*

1895

Por esta época José Antonio comienza a asistir a la escuela de Don Jacinto Alarcón, en Cumaná. Inteligente, estudioso, ocupa el primer lugar en clase; juega poco, departe con contados amigos.

La producción cefetalera de Colombia alcanza por primera vez los veinte mil kilos. Se descubre una emisión clandestina de dinero realizada por el Banco Nacional; el Gobierno ordena su liquidación, que tardará años en llevarse a efecto. Chile consolida su victoria sobre el Perú quedándose con Tacna y Arica. Idiarte Borda es presidente del Uruguay y R. Morales Bermúdez del Perú.

H. Frías: *Tomócbic*. M. González Prada: *Páginas libres*. C. Reyes: *Beda*. J. A. Silva: *Nocturno III*. M. Velasco: *El Valle de México visto desde el cerro Guadalupe*. A. Díaz: *Soledad*. Aparece la revista *Azul*, en México. Se funda la revista *Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, en Buenos Aires. Nacen J. C. Mariátegui y J. Manziador.

V: Relaciones conflictivas con Inglaterra, Francia y Bélgica; se reanudan, en cambio con los Países Bajos. Primera manifestación de desempleados en Caracas. Establecimiento en Caracas de la Cruz Roja Internacional.

E. Blanco: *Las noches del Panteón*. R. Bolívar: *Guasa Pura*. Varios: *Primer libro venezolano de literatura, ciencia y bellas artes*. J. M. Núñez Ponte: *Estudios acerca de la esclavitud en Venezuela*. J. Gil Fortoul: *Pasiones*. G. Picón Febres: *Ya es hora*. F. Tosta García: *Don Secundino en París*. Nace T. de la Parra.

AL: En Colombia se produce una revolución liberal dirigida por el general Santos Acosta, quien es derrotado por las fuerzas gubernamentales. Eloy Alfaro es presidente de Ecuador y Piérola del Perú. Se produce la segunda guerra de independencia en Cuba. Los rebeldes son derrotados en Brasil; Da Gama se suicida. Pacto de Amapala para acordar una política exterior común entre Honduras, Nicaragua y

Capital. W. Durkheim: *Reglas del método sociológico*. W. Dilthey: *Ideas sobre una psicología descriptiva y analítica*. Büchner: *Darwinismo y socialismo*. S. y B. Webb: *Historia del tradeunionismo*. E. Ibsen: *El niño Eyolf*. R. Kipling: *El libro de la jungla*. Renard: *Cabeza de zanahoria*. Gaudet: *Elementos y teoría de la arquitectura*. C. Debussy: *Preludio a la siesta de un fauno*. Massenet: *Thais*. A. Rodin: *Los burgueses de Calais*. E. Degas: *Femme et sa toilette*. Otto Wagner: *Estaciones del tranvía en Viena*. G. Verdi: *Falstaff*.

Ministerio Salisbury de coalición en Inglaterra. A Cánovas del Castillo gobierna España. Convención chino-japonesa sobre Pekín. Inauguración del canal de Kiel. Se forma Rodhesia del Sur. Masacres de armenios en Istanbul. Se funda la C.G.T. en Francia.

Röntgen: los rayos X. Expedición polar de Nansen. Ramsay y Sturt descubren helio y argón en la atmósfera. Exposición "Art Nouveau" en la galería Bing.

Hertzl: *El Estado judío*. P. Valéry: *Soirée con el Sr. Teste*. H. G. Wells: *La máquina para explorar el Tiempo*. M. de Unamuno: *En torno al casticismo*. R. del Valle-Inclán: *Femeninas*. Conrad: *La locura de Almayer*. Sienkiewicz: *¿Quo vadis?* Verhaeren: *Las ciudades tentaculares*. Keats: *Poemas*. S. Freud: *Estudios sobre la histeria*. O. Wilde: *La importancia de llamarse Ernesto*. Crane: *La roja insignia del coraje*. P. Gauguin se instala en Tahití. P. Cézanne: *Las bañistas*. Muere F. Engels.

1896	
------	--

El Salvador. Nueva Constitución en Ecuador. J. Martí muere en Dos Ríos. Arbitraje inglés para solucionar conflicto Chileno-Argentino; En Argentina, J. E. Uriburu es presidente por renuncia de Sáenz Peña.

T. Carrasquilla: *Ensayo sobre la doctrina liberal*. L. Díaz: *Bajorrelieves*. J. S. Chocano: *En la aldea*. M. Zeno Gandía: *La Charca*. E. Prado: *La ilusión americana*. González: *Ritmos*. Delgado: *Angelina*. Nacen Martínez Estrada, J. de Ibarbourou, L. de Grieff y D. Samper Ortega. Mueren Jorge Isaacs y Gutiérrez Nájera.

V: El Dr. Alberto González B. preside el primer Congreso de Obreros de Venezuela. Se discutirá, entre otros puntos, la formación de un partido popular.

E. Bujanda: *Poesías*. P. E. Coll: *Palabras*. M. Díaz Rodríguez: *Confidencias de Psiquis y Sensaciones de viaje*. A. Mata: *Pen-télicas*. C. Peraza: *Los piratas de la sabana*.

AL: Insurrección de los Yaquis en México. Primera campaña conservadora contra Zelaya en Nicaragua. Muere Maceo, en acción, en Cuba. Intentos de asesinar al presidente Crespo. Batalla de Huanta en Perú y muerte de 500 campesinos. Suicidio de Leandro N. Alem en Argentina; aprestos bélicos por la cuestión de fronteras con Chile; F. Errázuriz asume la presidencia en este país. El Gral. José M. Pando asume el poder en Bolivia. En Colombia se concreta el convenio Roldán-Passmore sobre deuda externa. Se oficializa la división del Partido Conservador. Se firma el tratado de límites con Costa Rica.

T. Carrasquilla: *Frutos de mi tierra*. Espinoza: *Bases positivas del liberalismo*. Marroquín: *Bías Gil*. R. Palma: *Neologismos y americanismos*. F. Piria: *El socialismo triunfante*. Gamboa: *Suprema Ley*. R. Darío: *Prosas profanas y Los Raros*. R. Barbosa: *Cartas de Inglaterra*. Paul Groussac

Acuerdo ruso-austriaco sobre los Balcanes. Continúa la expansión colonial: los ingleses ocupan Sudán; los franceses Madagascar. Los italianos son derrotados en Abisinia, se produce una masacre de armenios en Constantinopla. Nueva Ley contra la anarquía en España.

Inauguración de la Estatua de *La Libertad Iluminando al Mundo*, en Nueva York (Bartholdi). Fundación del *Daily Mail*. Primeros juegos olímpicos en Atenas. Marconi: la telegrafía sin hilos. Becquerel: la radiactividad natural. Rutherford: Detector magnético de ondas eléctricas.

Ribot: *Psicología de los sentimientos*. Kropotkin: *La anarquía*. H. Bergson: *Materia y memoria*. Renouvier: *Filosofía analítica de la historia*. Bjornson: *Más allá de nuestros poderes*. A. Jarry: *Ubu rey*. E. Ibsen: *Juan Gabriel Borkman*. A. Chejov: *La gaviota*. Menéndez Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*. M. Proust: *Los Placeres y los días*. H. Matisse: *El tejedor bretón*. P. Gauguín: *Nacimiento de Cristo*. Puccini: *La Bohemia*. R. Strauss: *Así hablaba Zaratustra*. Muere P. Verlaine. Muere Nobel y se establece el régimen de premios que llevan su nombre.

1897

1898

Nace Lorenzo. También inició estudios de Medicina —como Miguel y Luis—, y de Farmacia. La correspondencia de José Antonio con Lorenzo —a quien profesa particular afecto—, permite un mayor acercamiento, tanto al hombre como al escritor. Lorenzo se casó con Blanca González Pregel.

funda la revista *La Biblioteca*, en Buenos Aires. Se suicida José Asunción Silva.

V: Ferrocarril Caracas-Valencia. Insurge la figura del Gral. José Manuel Hernández, "El Mocho", de tendencia conservadora. La economía del país sigue siendo básicamente agrícola: café, cacao, caña de azúcar. J. Calcaño: *El castellano en Venezuela*. R. Racamonde: *Poesías*. Muere J. A. Calcaño.

AL: Nueva proclamación de la república de Yara en Cuba. Gobierno autónomo en Puerto Rico. Eloy Alfaro incorpora a los indios a la ciudadanía ecuatoriana. La flota italiana se halla anclada frente a Cartagena, para obligar a Colombia a pagar la deuda contraída. Adquiere auge la explotación de caucho en el Oriente peruano. Segunda insurrección nacionalista de Aparicio Saravia, en Uruguay; J. Idiarte Borda es asesinado. En Brasil, el Gral. Oscar, al frente de 5.500 soldados, vence en Canudos a Antonio Conselheiro, quien muere.

R. Jaimes Freyre: *Castalia Bárbara*. L. Lugones: *Las montañas de oro*. P. Groussac: *Del Plata al Niágara*. C. A. Becú: *En la plenitud de los éxtasis*. J. Nabuco: *Un estadista del imperio* (-99). A. Blest Gana: *Durante la reconquista*. Fray Mocho: *Memorias de un vigilante*. C. Vaz Ferreira: *Psicología experimental*. C. Reyles: *El extraño*. J. E. Rodó: *La vida nueva*.

V: El Gral. Ignacio Andrade ocupa la presidencia. El Mocho Hernández se subleva; muere en la Mata Carmelera el Gral. J. Crespo. El país está endeudado con la banca privada. Nace Gustavo Machado.

R. Cabrera Malo: *Mimi*. M. Díaz Rodríguez: *De mis romerías*. Nace J. Garmendia. Muere Arturo Michelena.

AL: M. A. Sanclemente es elegido presidente de Colombia; el vicepresidente J. M. Marroquín toma posesión del cargo por

Conflicto greco-turco al unirse Creta a Grecia. McKinley es presidente de los EE. UU. Fundación del movimiento sionista en Basilea: primer Congreso Internacional israelita. Minas de oro en Klondyke. Cánovas es asesinado por un anarquista en España; Sagasta asume el gobierno. Hambre en la India.

Braun: Tubo de rayos catódicos. Lorentz: teoría del electrón. Polémica, en París, entre Ferdinand Brunetière y Marcelin Berthelot acerca del "fracaso de la ciencia".

A. Desmoulin: *A qué se debe la superioridad de los anglosajones*. H. Ellis: *Estudios sobre psicología sexual*. A. Gide: *Los alimentos terrestres*. H. G. Wells: *El hombre invisible*. G. G. G. Ganivet: *Idearium español*. E. Rostand: *Cyrano de Bergerac*. P. Fort: *Baladas francesas*. W. Whitman: *Hojas de hierba* (ed. definitiva, póstuma. 1ª ed. 1855). Ch. Maurras: *Los desarraigados*. Mallarmé: *Divagaciones*. W. James: *La voluntad de crecer*. A. Chejov: *Tío Vanía*. G. B. Shaw: *Cándida*. Guillaume: *Investigaciones acerca del níquel y de sus aleaciones*. P. Gauguin: *La Orana vacía*. Rousseau (Le Douanier): *La gitana dormida*. V. Horta: "Casa del pueblo" (Bruselas). Fundación de la *Sezession* vienesa: el modernismo austriaco.

España entra en guerra con los EE.UU.: paz de París (10/XII); Filipinas, Puerto Rico y las islas Guam cedidas a EE.UU. por 20 millones de dólares; anexión definitiva de Hawái. Se reabre el caso Dreyfus en Francia. Dreyfus y Maurras fundan *Acción Francesa*. Surge el partido socialdemócrata en Rusia. Mueren Bismarck y Gladstone. Se forman los boxers en China.

Los esposos Curie descubren el radio. Kol-dewey inicia las excavaciones que descu-

1899

Su habilidad para aprender lo hace siempre destacar: "Todos los testimonios coinciden en que José Antonio fue un niño extraordinariamente precoz y como ocurre en estos casos no tuvo en verdad infancia. Oía ávidamente a los mayores, parientes y maestros; estudiaba sin descanso y aprendía con facilidad pasmosa. Hablaba de la guerra de los 'boers' como un técnico" (Félix Armando Núñez).

Nace María del Carmen Quintina (1899-1901).

ausencia del titular. La explosión del acorazado Maine, en La Habana, sirve de pretexto para la guerra entre EE.UU. y España. El tratado de París pone fin a la dominación sobre la isla por parte de España. J. A. Roca es presidente electo en Argentina; Campos Salles asume en Brasil; Zelaya es elegido por segunda vez en Nicaragua. Guerra civil en Bolivia (-99). Barrios es asesinado en Guatemala; Estrada Cabrera asume la presidencia. Se reúne el Consejo de los Estados Unidos de Centroamérica, en Amapala. Desembarco estadounidense en Puerto Rico y gobierno de John Brooke en San Juan.

G. Valencia: *Ritos*. J. M. Vargas Vila: *Flor de Fango*. J. J. Tablada: *El Florilegio*. A. Nervo: *Perlas negras*. J. S. Chocano: *La selva virgen*. Visconti: *Juventud* (premio exp. París 1900).

V: Trasponiendo la frontera desde Colombia el Gral. Cipriano Castro inicia en el Táchira la "Revolución Restauradora", conocida también como la "invasión de los 60", y asume el poder en Caracas. Venezuela pierde la Guayana Esequiba. Muere en París, A. Guzmán Blanco.

C. Zumeta: *El continente enfermo y Escrituras y lecturas*. C. León: *Mis ideas*. G. Picón Febres: *El Sargento Felipe*. P. C. Dominici: *La tristeza voluptuosa*.

AL: Comienza en Colombia la guerra civil de "los mil días": los liberales se levantan contra el gobierno conservador; R. Uribe y B. Herrera son sus más prestigiosos jefes. G. Vargas Santos tomará el mando de las tropas del gobierno. Se inicia el protectorado norteamericano sobre Cuba. El presidente dominicano Heureaux es asesinado y el jefe revolucionario Jiménez asume la presidencia. Primera aparición de Emiliano Chamorro (segunda campaña conservadora contra Zelaya) en Nicaragua. Go-

brarán Babilonia (-1917). Bordet: Suero hemolítico.

Le Bon: *Psicología de las multitudes*. Rosa Luxemburgo: *Reforma y revolución*. E. Zola: *Yo acuso*. O. Wilde: *Balada de la cárcel de Reading*. Blasco Ibáñez: *La Barraca*. D'Annunzio: *El fuego*. Howard: *Mañana...* teoría de la ciudad-jardín. A. Rodin: *Balzac*. Puvis de Chavannes: *Geno-veva velando sobre Lutecia*. Nacen E. Hemingway, F. García Lorca y B. Brecht.

Conferencia de paz en La Haya. Acuerdo anglo-ruso para dividirse Chipre y principio norteamericano de "puerta abierta" en China. Creación del 1º Tribunal de Arbitraje. Convención anglo-francesa sobre el Sudán. Los boers derrotan a los ingleses. Se produce una revuelta contra los norteamericanos en Filipinas. E. Loubet es presidente de Francia. Se desarrolla el segundo proceso Dreyfus. Fundación de la United Fruit Co. Primer empréstito norteamericano al exterior por medio de la Banca Morgan.

Bosanquet: *Teoría filosófica del Estado*. L. Tolstoi: *Resurrección*. R. M. Rilke: *Canción de amor*. Veblen: *Teoría de la clase ociosa*. Haeckel: *Enigmas del Universo*. Maurras: *Tres ideas políticas*. E. Zola: *Fecundidad*. W. James: *Los ideales de la vida*. Carducci: *Rimas y ritmos*. A. Bierce: *Fábulas Fantásticas*. M. Ravel: *Pavana para una infanta difunta*. Sibelius: *Sinfonía N° 1*. V. Guimard: Diseños "Art Nou-

1900

En agosto el Padre Ramos lleva a José Antonio a Carúpano, donde es cura y vicario, para encargarse de su educación. Lo inscribe en el Colegio Santa Rosa, fundado en 1870 por José Jesús Martínez Mata (1833-1920), quien por esta época llevaba alrededor de 50 años dedicado a la enseñanza.

Vive, durante tres años, en la casa del tío, en cuya biblioteca permanece la mayor parte del tiempo. Período de gran soledad y que deja imborrables huellas.

bierno de T. Regalado en Salvador. Cuestas es presidente constitucional en Uruguay; renovación del tratado de amistad con Gran Bretaña. Romaña es presidente en Perú. Atacama es territorio otorgado a Chile y no a Argentina. Peste bubónica en Santos; rebelión de caucheros en Acre, Brasil.

Machado de Assis: *Don Casmurro*. T. Carrasquilla: *Luterito*. Valencia: *Anarkos*. J. E. Rodó: *Rubén Darío*. Gómez Carrillo: *Bohemia sentimental* y *Maravillas*. Gutiérrez Nájera: *Cuentos de color humo*. J. S. Chocano: *La epopeya del Morro*.

V: La deuda externa es de 189 millones; el gobierno solicita un crédito interno, los capitalistas privados se niegan y son encarcelados. Se sublevan El Mocho Hernández y A. Paredes, derrotados y prisioneros. Se produce un atentado contra el presidente Castro durante el carnaval caraqueño, sin ningún resultado. Terremoto en Caracas. Muere R. Andueza Palacio.

J. M. Cova Meza: *Clemencia*. T. Benítez López: *La promesa*. Nace el musicólogo J. A. Calcaño.

AL: Golpe del 31 de julio, en Colombia; Marroquín es proclamado presidente. La revolución es vencida en Palonegro, si bien la lucha proseguirá. Se produce en México la quinta reelección de Porfirio Díaz; Doheny & Co. organiza Mexican Petroleum Co., con una primera extracción en Ebano. Francia exige, apoyada en su flota, indemnización dominicana. Nicaragua firma con EE.UU. un tratado para la construcción de un canal interoceánico. Tratado de límites Argentino-Chileno por frontera andina. Fundación en Iquique, Chile, del sindicato Combinación Mancomunal de Obreros, al que se afilian casi todos los trabajadores de nitratos. El Censo Nacional arroja en Uruguay una cifra de 936.000 habitan-

veau" para las entradas del Metro de París. Muere Johan Strauss.

Fundación del Labour-Party, de la Federación General de Trade Unions en Inglaterra y de la Unión General de sindicatos cristianos en Alemania. V Congreso internacional socialista en París: creación del Bureau Permanente (moción Kautsky). Ley Millerand sobre duración de la jornada de trabajo. Fundación de la Asociación Internacional para la protección legal del obrero. Asesinato de Humberto I y ascensión de Víctor Manuel III. Expedición internacional contra Pekín. Los franceses en el Tchad, los ingleses en Pretoria y Transvaal.

Max Planck: teoría de los "cuanta". Zepelín: su primer dirigible. Rutherford: Descubre la emanación del radio. Exposición mundial en París. Reconocimiento de las leyes de Mendel.

Evans: *La civilización minoica*. Wundt: *Psicología del pueblo*. S. Freud: *La interpretación de los sueños*. E. Husserl: *Investigaciones lógicas*. B. Croce: *Materialismo histórico y economía marxista*. Ellen Kay: *El siglo de los niños*. Spitteler: *Primavera olímpica*. Harnack: *Naturaleza del cristianismo*. Dreiser: *Sister Carrie*. Puccini: *Tosca*. A. Gaudí: "Parque Güell". Mueren Ruskin, F. Nietzsche y O. Wilde.

1901

Muere María del Carmen.

tes. Disputa de límites entre Brasil y Guayana Francesa; peste bubónica en Río de Janeiro; Censo Nacional, con un saldo de 17.384.340 habitantes.

Vargas Vila: *Ibis*. García Monge: *El Moto y Las hijas del campo*. E. Díaz Romero: *Llamas en el silencio*. J. E. Rodó: *Ariel*. C. Reyes: *La raza de Caín*. R. de las Carreras: *Sueño de Oriente*. Orrego Luco: *Un idilio nuevo*. S. Romero: *Ensayo de sociología y literatura*. J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*. J. J. Tablada en el Japón. Revista *La Gruta* (-04) en Colombia.

V: Castro es presidente constitucional de Venezuela. Invasión y derrota del conservador C. Rangel Garbiras. L. Mendoza se subleva y es derrotado. Se producen disturbios estudiantiles; la Universidad es clausurada.

J. Calcaño: *Blanca de Torrestela*. P. E. Coll: *El castillo de Elsinor*. F. Lazo Martí: *La Silva Criolla*. M. Díaz Rodríguez: *Idolos Rotos*. A. Carnevalli Monreal: *Bolivita*. Nacen M. Picón Salas, J. Fombona Pachano y V. J. Cedillo.

AL: Revuelta maya en Yucatán, México. Constitución de Cuba. Enmienda Platt y presidencia de Tomás Estrada Palma en este país. Segundo Congreso Panamericano. Tratado Perú-Bolivia, de arbitraje, por diez años. Servicio militar obligatorio en Argentina; se reúne el Congreso Nacional Obreiro. Los depósitos de guano en Huanillos, Punta Lobos y Pabellón de Pica son revertidos a Chile. Intensiva industrialización de San Pablo, Brasil. Los liberales son derrotados en la batalla de La Hacha, en Colombia; Venezuela suspende, acto seguido, sus relaciones diplomáticas con dicho país.

Vargas Vila: *Las rosas de la tarde*. H. Quiroga: *Los arrecifes de coral*. González Pra-

A la muerte de la reina Victoria es coronado Eduardo VII rey de Inglaterra. Asesinado el presidente McKinley en EE.UU., lo sucede Theodoro Roosevelt. Se firma el tratado Hay-Pauncefote sobre el canal de Panamá. Formación de la United States Steel Corp. Paz en Pekín. En Rusia se funda el Partido Social Revolucionario. Oficina Internacional del Trabajo (Suiza). Se realizan las primeras perforaciones en búsqueda de petróleo en Persia. Agitación laborista en España.

S. Freud: *Psicopatología de la vida cotidiana*. D. Vries: *Teoría de las mutaciones*. Maeterlinck: *La vida de las abejas*. R. Kipling: *Kim*. Lagerlöf: *Jerusalem*. Th. Mann: *Los Bruddenbrook*. G. B. Shaw: *Tres piezas para puritanos*. Berstein: *Sobre la genealogía y la historia del socialismo*. S. Kierkegaard: *Obras Completas*. A. Chejov. *Las tres hermanas*. Guayau: *Génesis de la idea de tiempo*. P. Picasso: época azul y rosa (-05). M. Ravel: *Juegos de agua*. Primer premio Nobel: Sully Prudhomme (en literatura). Muere Toulouse Lautrec. Nacen Malraux y R. Alberti.

1902

Nace otra niña, que también llevará el nombre de Carmen (1902-1938). Tres meses después, el 23 de marzo, muere repentinamente el padre, a los 55 años de edad. Esto acrecienta las dificultades económicas de la familia. Rita tiene 32 años; decide trabajar para mantener a sus seis hijos y comienza a dar clases a niños en la propia casa.

da: *Minúsculas*. Díaz Mirón: *Lascas*. J. S. Chocano: *El fin de Satán y otros poemas*. La Torre de los panoramas (J. Herrera y Reissig).

V: El Gral. Manuel Antonio Matos inicia la "Revolución Libertadora". Holanda, Gran Bretaña, Italia y Alemania bloquean las costas; bombardeo de Puerto Cabello; Roosevelt es árbitro. Castro lanza su célebre proclama: "La planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria..."

M. Díaz Rodríguez: *Sangre Patricia*. Nacen Lucila Palacios y A. Reyes. Muere M. Tovar y Tovar.

AL: Fin de la guerra civil "de los mil días", en Colombia; tratados de Neerlandia, Wisconsin y Chinacota. Tercera reelección de Zelaya en Nicaragua; atentado al cuartel principal de las FF.AA. gubernamentales. Convención de arbitraje obligatorio entre Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Guatemala: Corte de Arbitraje. Convención dominicana con EE.UU. por reclamaciones económicas. Doctrina Drago y Ley de residencia en Argentina. Creciente influencia de Batlle y Ordóñez en Uruguay. Chile y Argentina: tratado general de paz y limitación de armamentos navales. De Paula Rodríguez es presidente del Brasil; iniciación del movimiento de Plácido de Castro para incorporación del territorio de Acre. La Habana: huelga de portuarios y tabacaleros.

R. Darío: *Salutación del optimista*. Othón: *Poemas místicos*. J. S. Chocano: *Poesías completas*. G. Aranha: *Canaán*. Da Cunha: *Los sertones*. D'Halmar: *Juana Lucero*. Vargas Vila: *Ante los bárbaros*. Se publica el periódico proletario "La Protesta", en Perú.

Se firma la paz entre Inglaterra y los boers. Fin de la resistencia filipina a EE.UU. Alianza anglo-japonesa. EE.UU. adquiere las acciones francesas del canal de Panamá. Se concluye la construcción del Transiberiano. Alfonso XIII jura la constitución como rey de España. Se produce la independencia de China y de Corea.

Rutherford: estudios sobre la radiactividad. Fundación de la Carnegie Institution. Construcción del primor motor marino Diesel. Bayliss y Starling descubren las hormonas.

B. Croce: *Estética*. Poincaré: *La ciencia y la hipótesis*. W. Sombart: *El capitalismo moderno*. V. I. Lenin: *¿Qué hacer?* Loisy: *El Evangelio y la Iglesia*. A. Gide: *El inmoralista*. A. C. Doyle: *El sabueso de los Baskerville*. H. James: *Las alas de la paloma*. M. Gorki: *Los bajos fondos*. Monet: *El puente sobre el Waterloo*. C. Debussy: *Peléas y Melisanda*. Muere Emilio Zola.

1903

23 de octubre. A los 66 años de edad muere el Padre Ramos (1837), que es enterrado con honores en la iglesia de Carúpano. José Antonio regresa a Cumaná y vive un tiempo en casa de sus tías paternas.

1904

Ingresa en el Colegio Nacional de Cumaná, fundado en 1834; hoy Liceo Antonio José de Sucre. "Recuerdo doloroso" el de esta escuela, según Dionisio López Orihuela, quien cuenta: "No quiero recordar aquello", José Antonio, "espíritu superior", junto con Cruz Salmerón

V: Castro renuncia pero el Congreso no lo acepta. Se suspende el bloqueo de las costas. La "Revolución Libertadora" es liquidada en Ciudad Bolívar. Protocolo de pago de la deuda externa (Washington). Nace Gonzalo Barrios.

M. E. Pardo: *Villabrava*. J. López: *Un Libertador*. M. Seijas: *Ave sin nido*. Nace A. Arráiz.

AL: Tratado de Petrópolis: Bolivia cede Acre al Brasil. Cuba cede bases a EE.UU. (Guantánamo). Colombia rehúsa ratificar el tratado Hay-Herrán, por el cual debe ceder a EE.UU. la zona del Canal a cambio de una indemnización. Panamá declara su independencia, que EE.UU. reconoce y apoya, y se firma el tratado Bunau-Varilla para la construcción del Canal. EE. UU., México, Francia, Holanda y Bélgica debaten reclamaciones en el tribunal de La Haya. Creciente desarrollo agropecuario en la Argentina. Iluminación eléctrica en Río de Janeiro y Managua. Matanza de los obreros salitreros en Iquique, Chile. Se produce en Nicaragua la "Revolución del Lago". P. J. Escalón es presidente de El Salvador. J. Batlle y Ordóñez es presidente de Uruguay.

J. Ingenieros: *La simulación de la locura*. C. O. Bunge: *Nuestra América*. F. Sánchez: *M'hijo el doctor*. J. M. Rivas Groot: *La verdadera originalidad en las letras y en las artes*. R. Darío: *Oda a Roosevelt*. R. Palma: *Papeletas lexicográficas y Dos mil seiscientos voces que hacen falta en el diccionario*. Darío Herrera: *Horas lejanas*. C. Portinari: *Cargadores de café*. E. González Martínez: *Preludios*. G. Zaldumbide: *Del Ariel*.

V: El tribunal de La Haya falla a favor de las potencias europeas y ordena cumplir los protocolos de Washington de 1903. La deuda externa alcanza a 10 naciones y 20

Muere León XIII y asciende Pío X al trono pontificio. La obra de Loisy es condenada. Se firma el tratado Bunau-Varilla para la construcción del canal de Panamá. Se produce la escisión entre mencheviques y bolcheviques en el congreso de socialistas rusos en Londres. Se dicta la Ley de seguros de enfermedad en Alemania.

Ford construye su fábrica de automotores. Hnos. Wright: primer vuelo exitoso en aeroplano a motor.

Lévy-Brull: *Moral y ciencia de las costumbres*. E. Taylor: *Cultura primitiva* (1ª ed. en 1871). S. Butler: *El camino de toda carne*. G. B. Shaw: *Hombre y superhombre*. Sorel: *Introducción a la economía moderna*. A. Machado: *Soledades*. H. Bergson: *Introducción a la Metafísica*. R. Roland: *El teatro del pueblo*. Moore: *Principia Etica*. Dewey: *Estudios de teoría lógica*. D'Annunzio: *Laúdes del cielo*. Se constituye la Academia Goncourt. Muere Paul Gauguin, de retorno en Francia, y Camille Pissarro.

Los japoneses hunden la flota rusa en Port Arthur y en Vladivostock. Sun-yat-sen funda el Kuo-Ming-Tang. Francia rompe relaciones con el papado. Congreso socia-

Acosta, "se dio el gusto que no podíamos darnos los demás(. . .), salir de allí sin haber sido castigado, humillado". Diego Córdoba dirá: "Rememoro nuestros años de bachillerato en aquel colegio —un poco cárcel— dirigido por el célebre "Maestro Silverito" (José Silverio González Varela), latinista, retórico, antideclamador, por los patios del plantel, de trozos oratorios de Cicerón, a veces simpático, bromista, siempre en las manos el grueso, retorcido y amenazante chaparro del 'Magister dixit' provinciano".

1905

A esta época pertenecen los recuerdos de su condiscípulo Diego Córdoba: "concluidas nuestras tareas estudiantiles, mientras todos los alumnos nos íbamos alegres a las correrías (. . .) propias de la edad, nuestro más circunspecto compañero de curso y el más sobresaliente de todas las aulas (. . .) entregábase a aprender idiomas. (. . .) Lo común era que hasta bien tarde de la noche estuviera encendida la palmatoria en el cuarto del desvelado estudiante".

millones. Se instaura el divorcio. Nace L. B. Prieto Figueroa.

R. Arévalo González: *Maldita juventud*. P. C. Dominici: *Dionysos*. E. C. Guerrero: *Luci*. Nace M. F. Rugeles.

AL: Rafael Reyes es presidente de Colombia. Tratado de paz entre Bolivia, Perú y Chile; la primera cede las provincias marítimas a cambio del ferrocarril Arica-La Paz. Revolución de A. Saravia en Uruguay. M. Quintana es presidente de la Argentina; A. Palacios es el primer diputado socialista en el Congreso. Serapio Calderón asume provisoriamente la presidencia en el Perú; se realizan elecciones y José Pardo y Barrera resulta electo primer magistrado. La Asamblea de Puerto Rico vota por convertirse en un estado de los EE.UU.

L. Lugones: *El Imperio Jesuítico*. R. Palma: *Tradiciones Peruanas*. J. Ingenieros: *La simulación en la lucha por la vida*. García Calderón: *De Litteris*. B. Lillo: *Sub Terra*. H. Quiroga: *El crimen del otro*. A. Blest Gana: *Los transplantados*. J. S. Chocano: *Los cantos del Pacífico*. Vargas Vila: *Los divinos y los humanos*. Revista *Contemporánea*, en Colombia. Nace Pablo Neruda.

V: Castro es reelecto; J. V. Gómez es vicepresidente. El gobierno incauta la Compañía del Cable Francés y se rompen relaciones con Francia. Epidemia de fiebre amarilla y paludismo. Nace Raúl Leoni. Muere J. P. Rojas Paúl.

V. M. Ovalles: *El llanero*. E. Blanco: *Fauvette*. T. Febres Cordero: *Don Quijote en América*. G. Picón Febres: *Flor*.

AL: Reyes clausura el Congreso en Colombia y crea, en su lugar, la Asamblea Nacional, invocando "la suprema ley de la necesidad". Se producen reformas constitucionales que aumentan el poder del eje-

lista de Amsterdam. Sublevación de los boers en Transvaal.

T. Garnier: *Proyecto de ciudad industrial*. L. Pirandello: *El difunto Matías Pascal*. R. Rolland: *Juan Cristóbal* (-12). J. London: *El lobo del mar*. Reymont: *Los campesinos*. Puccini: *Madame Butterfly*. Picasso se instala en Bateau-Lavoir. Van Dogen: *Desnudo acostado*. Fundación de *L'Humanité*. Nace Salvador Dalí. Muere A. Chejov.

Los japoneses ocupan Port Arthur. Batallas de Mukden y Tsushima. Constitución de la Central Obrera Socialista. "Domingo Rojo" en San Petersburgo. Huelga general en Rusia y constitución del primer Soviet. Ley de 9 horas en Francia: Separación del Estado y la Iglesia. Segunda presidencia de Th. Roosevelt en EE.UU.

Lorentz, Einstein y Minkowski formulan la teoría de la relatividad restringida.

S. Freud: *Teoría de la sexualidad*. M. de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho Panza*. R. M. Rilke: *Libro de horas*. Mach: *Conocimiento y error*. W James: *¿Existe*

1906

Estudia por estos años francés, inglés, italiano y algo de alemán. Su vida, desde sus primeros años en la provincia se va haciendo entre libros. Nos dice Fernando Paz Castillo: "No hay que olvidar que la primera juventud de Ramos Sucre se pasó en la ciudad antigua, de calles estrechas y de leyendas sangrientas, en donde la vida colonial se mantuvo hasta hace poco; que sus primeros años se deslizaron a la sombra del Padre Ramos, erudito rezagado del siglo XVIII, y que los primeros libros que cayeron en sus manos fueron los de Massillon, Bossuet y algunos textos de latín.

En las horas de esparcimiento no se echaba al campo a jugar con los compañeros, a bogar en el cálido mar de Cumaná, para la cual siempre tiene devoto cariño de hijo... Erudito desde la infancia, buscaba la soledad eglógica para leer, a hurtadillas, algún grueso volumen de historia narrativa, o alguna entretenida novela de Walter Scott o Alejandro Dumas".

cutivo. La aduana dominicana queda en poder de los EE.UU. Estrada Cabrera es presidente de Guatemala. Estrada Palma es reelecto en Cuba. Motines de protesta se realizan en Chile por la carestía de la vida. Comienza la construcción del Canal de Panamá. Se produce un atentado anarquista contra el presidente argentino Quintana. Campañas de L. E. Recabarren en la pampa salitrera y consecuente prisión. Ley de vacunación obligatoria en Brasil, que firma tratados de límites con Venezuela y Argentina. Se registran 3 huelgas en este último país.

L. Lugones: *La guerra gaucha* y *Los crepúsculos del jardín*. R. Darío: *Cantos de vida y esperanza*. P. Henríquez Ureña: *Ensayos críticos*. Riva Agüero: *Carácter de la literatura del Perú independiente*. J. Ribero: *Páginas de Estética*. A. Nervo: *Jardines interiores*. Grillo: *Raza vencida*. Echeverría: *Concherías*. En Argentina se funda la Universidad de La Plata.

V: El general Juan Vicente Gómez encargado provisoriamente de la presidencia. Castro enferma de gravedad pero reasume el poder al descubrir una conspiración en su contra. Se interrumpen relaciones con Colombia.

R. Cabrera Malo: *La guerra*. A. Arvelo Larriva: *Enjambre de rimas*. E. G. González: *Al margen de la epopeya*. R. Blanco Fombona: *Cuentos de poeta y Camino de imperfección*. G. Picón Febres: *La literatura venezolana en el siglo diez y nueve*.

AL: Estrada Cabrera sofoca invasión de guatemaltecos desde El Salvador; primera concesión obtenida por la United Fruit Co. Th. Roosevelt visita Puerto Rico. Insurrección liberal en Cuba; desembarco de marines y control americano sobre la isla con Ch. Magoom como gobernador; Ricardo Flores Magón es encarcelado en EE.UU.;

la conciencia? W. Dilthey: *Experiencia y poesía*. M. de Falla: *La vida breve*. R. Strauss: *Salomé*. Los Fauves en Francia. *Die Brücke* en Alemania. H. Matisse: *La alegría de vivir*. Max Linder en la Pathé. Rilke es secretario de Rodin, en París. Isadora Duncan en Rusia. Nace Jean-Paul Sartre. Muere Julio Verne.

Encíclica *Vehementer nos* y condena, por Pío X, de Murri y Tyrell. Rehabilitación de Dreyfus. Huelgas en Moscú, reunión y disolución de la Duma. Terremoto en San Francisco, California. Conferencia de Algeciras entre España y Francia; acuerdos sobre Marruecos.

Premio Nobel de la Paz a Th. Roosevelt. Nerust: tercer principio de la termodinámica. Eijkman: sobre las vitaminas. Montessori: la "Casa de los Niños". Inauguración del túnel del Simplón. Reacción de Wasserman.

Westermarck: *Origen y evolución de las ideas morales*. Hobhouse: *Moral en evolución*. U. Sinclair: *La jungla*. Galsworthy: *La saga de los Forsyte* (-28). Pascoli: *Odas e himnos* (-13). Keyserling: *Sistema del mundo*. A. Bierce: *Diccionario del diablo*. R. Musil: *Las tribulaciones del estu-*

1907

se clausura el periódico *Regeneración*. Modus vivendi entre Perú y Colombia sobre región de Putumayo; problemas limítrofes entre Perú y Bolivia. Personería jurídica para Sindicatos de Tipógrafos en Bogotá. Eloy Alfaro depona a L. García; Constitución liberal ecuatoriana (23/XIII). Zelaya por cuarta vez presidente de Nicaragua. Primeros tranvías eléctricos en Montevideo; proyecto del P. E. limitando la jornada de trabajo; leyes jubilatorias, educación popular, obras públicas, tecnificación, limitación del empresariado extranjero, prohibición de crucifijos en los hospitales. Figueroa Alcorta es presidente de la Argentina: 170 huelgas en el país. Terremoto en Valparaíso; P. Montt presidente de Chile. Alianza de cafeteros de Minas y San Pablo para sustentar precio del café en mercado mundial. Primer vuelo público de Santos Dumont.

J. E. Rodó: *Liberalismo y Jacobinismo* (Polémica de Rodó con Pedro Díaz sobre la supresión de imágenes religiosas). R. Payró: *El casamiento de Laucha*. L. Lugones: *Las fuerzas extrañas*. A. Falco: *Cantos Rojos*. A. Nin Frías: *Estudios sobre Jesús y su influencia*. H. Quiroga: *La serpiente de cascabel*. R. Palma: *Mis últimas tradiciones peruanas*. J. S. Chocano: *Alma América y Fiat Lux*. (ed. Madrid). J. M^o Rivas Groot: *Resurrección*. Revista *Cosmos* en Nicaragua. Nacen José Coronel Urtecho y José Román.

V: Se otorgan concesiones petroleras por cincuenta años a A. J. Vigas, que luego pasarán a la Colón Development. Tropas del gobierno matan al general Antonio Paredes. Eustoquio Gómez asesina en un bar al gobernador de Caracas, Mata Illas. El Tribunal de La Haya fija deudas venezolanas en 691.160 libras.

R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*. Julio Rosales: primeros cuentos publicados

diante Tørless. R. del Valle Inclán: *El Marqués de Bradomin*. Alain: *Divagaciones*. G. Braque: *El puerto*. Mueren Paul Cézanne y Enrique Ibsen.

Encíclica *Pascendi* contra el modernismo. Segunda Conferencia de La Haya. Acuerdo anglo-ruso sobre Asia; la triple *Entente*. Gustavo V es rey de Suecia. Fundación de la Compañía Shell. Rusia y Japón dividen Manchuria. Crisis económica en EE.UU. y Europa. La armada británica sustituye el carbón por el fuel-oil.

Willstatter: estudios sobre la clorofila. Lumière: fotografía en colores. El Gral. Ba-

en *El Cojo Ilustrado*.

AL: Perú y Chile firman tratado de paz. Candidatura de Piérola a la presidencia del Perú. Argentina decreta la jornada de 8 horas para mujeres y menores (14/X); 231 huelgas en el país. Conferencia Centroamericana en Washington D.C. (23/XI). Comisión Rondón inicia obras telegráficas en Brasil (Río-Mato Grosso, Acre, Amazonas); Von Ihring, director del Museo Paulista, recomienda exterminio de los indios. Zelaya niega autorización para base naval norteamericana en el Golfo de Fonseca: Nicaragua ocupa la capital de Honduras, Bonilla renuncia. Nueva presidencia de Alfaro en Ecuador. Huelga general en Chile. Concentración obrera en la ciudad de Sta. María de Iquique; represión y muerte de 2.500 trabajadores. Puerto Rico: Regis Post asume como gobernador. F. Figueroa presidente de El Salvador; amnistía política y suspensión de ley marcial. En Uruguay: Claudio Williman es elegido presidente. Ley electoral: la minoría por departamento tendrá representación donde supere $\frac{1}{4}$ o $\frac{1}{3}$, según corresponda. Ley aboliendo la pena de muerte. Ley de divorcio absoluto. Represión sindical en Montevideo.

J. S. Chocano: *Los conquistadores*. R. Darío: *El canto errante*. A. A. Vasseur: *Cantos del nuevo mundo*. D. Agustini: *El libro blanco*. F. Sánchez: *Nuestros hijos*. F. García Calderón: *Le Pérou contemporain*. B. Lillo: *Sub sole*. M. Azuela: *Marta Luisa*. J. Capistrano de Abreu: *Capítulos de historia colonial*. H. Ramos Mejía: *Rosas y su tiempo*. C. Vaz Ferreira: *Los problemas de la libertad*. Revista *Nosotros*, en Buenos Aires. Panamá: revista *Nuevos Ritos*. Lima: revista *Contemporánea*. En Nicaragua: Revistas *Alma joven*, *Germinal* y *Albores*. Nace Manolo Cuadra.

den-Powell funda los *boy-scouts*. E. Cohl inventa el dibujo animado.

H. Bergson: *La evolución creadora*. W. G. Summer: *Folkway*. W. H. R. Rivers: *The Todas*. M. Gorki: *La madre*. W. James: *Pragmatismo*. S. George: *El séptimo anillo*. R. Valle Inclán: *Aromas de leyendas*. Rousseau: *La encantadora de serpientes*. Yeats: *Deirdre*. Albéniz: *Iberia*. Teatro Matynski: presentación de Nijinski, Karsavina, Pavlova y Dreobrajenskaya en *Don Giovanni*. G. Mahler: *Sinfonía N° 8*. P. Picasso: *Las señoritas de Aviñón*. F. de Saussure dicta su primer curso de lingüística en Ginebra. Nace Alberto Moravia. Muere Sully Prudhomme.

1908

Durante su estadía en el Colegio Nacional de Cumaná llegó a ser ayudante del Rector, el "Maestro Silverito".

"Alcanzó la mayoría de edad cuando se iniciaba la tiranía de Gómez. El ambiente corrompido y brutal lo confirmó cada vez más, sin duda, en su voluntad de apartamiento (...). No tenía la fuerza de quienes combaten con las armas en la mano, pero no era tampoco de quienes alaban al déspota y venden su dignidad" (Carlos Augusto León).

V: Castro, gravemente enfermo, sale para Europa; Gómez a cargo del poder. Barcos holandeses amenazan las costas del país. En Caracas, reacción popular contra Castro y saqueo de *El Constitucional*, vocero del régimen. Epidemia de peste bubónica en La Guaira. El comercio con Estados Unidos comienza a suplantar al realizado con Europa y el dólar va sustituyendo a la libra esterlina. Deuda pública: 230 millones de bolívares. Ingresos anuales del Tesoro: 50 millones de bolívares. Población del país: 2.664.000 habitantes. Nacen Rómulo Betancourt y Jóvito Villalba.

M. Díaz Rodríguez: *Camino de perfección*. C. Peraza: *Leyendas del Caroní*. Blanco Fombona: *Más allá de los horizontes*.

AL: J. M. Gómez presidente de Cuba, A. Zayas vice. Primera Corte Centroamericana de Justicia en Costa Rica. A. B. Leguía es presidente constitucional del Perú; telégrafo inalámbrico en la zona amazónica. Agravamiento de la crisis en la pampa salitrera; Primer Congreso Científico Panamericano en Valparaíso. Jorge Chávez cruza los Andes en avión. Ruy Barbosa defiende tesis de igualdad de naciones menores en la Conferencia Internacional de La Haya. Escuadra de guerra norteamericana frente a Nicaragua; inmigración salvadoreña, guatemalteca y hondureña. Guatemala: atentado contra Estrada Cabrera y cuentas represalias de éste. Censo nacional en Uruguay: 1.042.686 habitantes. Extranjeros: 17,38%. Entra en funciones la Suprema Corte de Justicia. Monopolio del Estado en la explotación y administración del Puerto de Montevideo.

A. de Estrada: *El buerto armonioso*. C. Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*. J. Herrera y Reissig: *Sonetos vascos*. H. Quiroga: *Historia de un amor turbio, Los perseguidos y Bohemia*. Revistas *Esfinge* y *La Patria de Darío*. L. Argüello: *Claros*

Jornada de 8 horas en minas británicas. Bélgica se anexa el Congo. Greta se une a Grecia. Austria se anexa la Bosnia-Herzegovina. Levantamiento de los jóvenes turcos en Salónica. Asesinato de Carlos en Portugal y coronación de Manuel. Se establece la Unión Sudafricana.

Blériot atraviesa el Canal de la Mancha en avión. Invención del neumotórax. Ford Motor Co. produce el 1º Ford "T".

W. MacDougall: *Introducción a la psicología social*. Wasserman: *Gaspar Hauser*. Chesterton: *El hombre que fue jueves*. Sorel: *Reflexiones sobre la violencia*. E. Pound: *A lume spento*. J. Romains: *La vida unánime*. A. France: *La isla de los pingüinos*. U. Sinclair: *La metrópolis*. Khlebnikov: *Poesías*. Latbaud: *Las poesías de A. O. Barnabooth (-23)*. Fundación del periódico *Acción Francesa* en París (Maurras, L. Daudet, Bainville, Bourget). El cine descubre California; nacimiento de Hollywood. Se acuña el término "cubismo" durante una exposición de G. Braque. B. Bartok: *Cuarteto para cuerdas Nº 1*. M. Ravel: *Mi madre la Oca*. Nace Simone de Beauvoir.

1909

de alma. D. Mayer: *Estudios sociológicos*. J. S. Chocano: *El Dorado*. G. Laferrere: *Las de Barranco*. E. Carriego: *Misas be-rejes*. A. Brogua: *Tabaré*. M. González Prada: *Horas de lucha*. V. A. Belaúnde: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. O. Luco: *Casa Grande*. E. Larreta: *La gloria de Don Ramiro*. Se fundan en Perú la *Revista Histórica* y el semanario *Variada-des*. Muere Machado de Assis. F. Braga: Sociedad de Conciertos Sinfónicos del Bra-sil. Primeros filmes argentinos y brasileños.

V: Gómez asume la presidencia con apo-yo de EE.UU. Se instaura una férrea dic-tadura de corte rural que durará 27 años y que defraudará las ilusiones democráticas de una "nueva era". Reforma de la Con-stitución.

P. Gil: *El Cabito*. J. Gil Fortoul: *Histo-ria constitucional de Venezuela*. R. To-rrrealba Alvarez: *Mártires de la tiranía*. L. M. Urbaneja Achelpohl: *Los abuelos*. A. Arvelo Larriva: *Sones y canciones*. Gru-po y revista *La Alborada* (R. Gallegos, J. Planchart, J. Rosales, E. Soublette). Fun-dación de *El Universal* (A. Mata).

AL: Piérola y su partido encabezan la oposición; política de nuevos impuestos provoca protestas generalizadas en todo el país; *cassus belli* con Bolivia. Se produce un golpe de Estado; Leguía es apresado pero se niega a renunciar (29/V). Es sus-pendida la enseñanza religiosa en Uruguay. Se acrecienta notablemente la actividad anarquista en Argentina a causa del 1ero de Mayo. Saldo de varios muertos y heri-dos. Se retiran de Cuba las tropas norte-americanas. Colombia reconoce la soberanía de Panamá frente a EE.UU. Tratado Root-Cortez (9/I). Cae el presidente Re-yes (8/VII); el vicepresidente Jorge Hol-guín asume el mando. Guerra civil en Hon-duras (-11). Se construye en Chile el fe-rocarril Arica-La Paz. Los presidentes Por-

Taft presidente de EE.UU. Semana trági-ca en Barcelona y fusilamiento de Ferrer. Acuerdo franco-alemán sobre Marruecos, austro-italiano sobre los Balcanes, ultimá-tum austriaco a Serbia. Mohamed V, sul-tán de Turquía.

Se sintetizan el caucho, el celofán y la ba-quelita. Ford fabrica tractores. Peary en el Polo Norte.

Maeterlinck: *El pájaro azul*. E. Pound: *Persona*. H. Hubert & M. Mauss: *Esbozo de una teoría general de la magia*. A. van Gennep: *Los ritos de transición*. V. I. Len-in: *Materialismo y empiriocriticismo*. F. Marinetti: *Manifiesto futurista*. Stein: *Tres vidas*. F. L. Wright: *Robie House* (Chica-go). B. Croce: *Lógica*. M. Machado: *El mal poema*. Bourdelle: *Erakles arquero*. A. Gi-de: *La puerta estrecha*. W. James: *Proble-mas fundamentales de la filosofía*. G. Braque: *Cabeza de mujer*. Ballets rusos de Diaghilev en París. Fundación de *La Nou-velle Revue Française* (Cocteau, Gide, Clau-del y Schlumberger). S. Freud y C. G. Jung en EE.UU. Primeras pinturas abstrac-tas (*Paisajes con casas*) de Basilio Kandins-ky. A. Schönberg: *Tres piezas para piano op. 11*.

1910

Octubre. Se gradúa de bachiller en Filosofía. Entre sus compañeros de promoción: su hermano Miguel, Dionisio López Oríhuela, Roberto Martínez Centeno, Cruz Salmerón Acosta.

El mismo mes aparece una nota suya en el periódico local:

“Tenga la bondad de publicar la respuesta que doy al suelto de crónica ‘De oportunidad’ que trae su ilustrado periódico ‘El Anunciador’”.

Ni yo ni mis hermanos poseemos ninguno de los muchos escritos que dejó inéditos el Padre Ramos.

De este inolvidable deudo sólo ha pasado a nuestro poder una mínima parte de su biblioteca. Esos poquísimos libros los guardamos religiosamente así como su nombre que vive eternamente en nuestra memoria.

Una de sus hermanas le sobrevive aún.

Así me descargo a mí y a mis hermanos de una tremenda responsabilidad.”

firio Díaz y William Taft se entrevistan en la frontera (16/X). Revolución contra Zelaya en Nicaragua con intervención de los "marines" so pretexto de haber sido fusilados dos norteamericanos.

M. González Prada: *Presbiterianas*. J. C. Tello: *Antigüedad de la Sífilis en Perú*. Villa Lobos: *Cánticos Sertaneros*. C. Vaz Ferreira: *Pragmatismo*. L. Lugones: *Lunario Sentimental*. J. E. Rodó: *Motivos de Proteo*. E. Acevedo: *Artigas*. Lima Barreto: *Recuerdos del escribiente Isaias Caminha*. P. Figari: *Mercado viejo*. A. Blest Grana: *El loco Estero*. A. Arguedas: *Pueblo enfermo*. R. Rojas: *La restauración nacionalista*. Se funda la revista *La Ilustración Peruana*.

V: El Congreso legaliza la presidencia de Gómez. Creación del Consejo de Gobierno, integrado por líderes gomecistas y castristas. Se celebra el centenario del 19 de abril de 1810, primer grito de independencia.

F. Tosta García: *Jacobilla*. R. Gallegos: primeros cuentos en *El Cojo Ilustrado*. Julio Rosales: "El corredor de caminos". Revista *Alma Venezolana* (L. M. Urbaneja Achelpohl).

AL: Problemas fronterizos entre Bolivia y Perú. Perú rompe relaciones diplomáticas con Chile. Mediación de Argentina, Brasil y EE.UU. para evitar guerra entre Perú y Ecuador. Revolución en Nicaragua; Triunfa: Juan José Estrada asume la presidencia. Intervención de los Estados Unidos ("pactos Dawson"). 600.000 habitantes en el país. Varios países conmemoran el centenario de su independencia: Argentina, Chile, Ecuador, Colombia y México. Roque Sáenz Peña es presidente de la Argentina (13/III); Cuarta Conferencia Panamericana, en Buenos Aires. Carlos Restrepo presidente de Colombia. Chile: muere el presidente Pedro Montt en Alemania.

Jorge V asciende al trono, a la muerte de Eduardo VII de Inglaterra. Japón se anexa Corea. La Unión Sudafricana entra al Commonwealth. Venizelos preside el Consejo de Creta. Caída de la monarquía en Portugal. Francia: huelga de ferroviarios y ley de pensiones a la vejez. Abolición de la esclavitud en China. Paso del Cometa Halley.

Santayana: *Tres poetas filósofos*. R. M^o Rilke: *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*. R. Roussel: *Impresiones de Africa*. Russell-Whitehead: *Principia Mathematica*. R. Tagore: *Gitanjali*. Claudel: *Cinco grandes odas*. Lévy-Bruhl: *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*. E. Rostand: *Chantecler*. Mack Sennett: *The slaptisk comedy*. Pavlov: *Los reflejos condicionados*. M. Scheller: *El formalismo en la estética*. N. Angell: *La gran ilusión*. Natorp: *Fundamentos lógicos de las ciencias exactas*. Villaespesa: *Saudades*. A. Loos: Casa Steiner (Viena). G. de Chirico: *El enigma del Oráculo*. B. Kandinsky: *Acuarela abstracta*. F. Léger: *Desnudos en el bosque*. I. Stravinski: *El pájaro de fuego*. Mueren León Tolstói, Mark Twain y Robert Koch.

1911

Aún años después conserva recuerdos de esta época: "María del Rosario Arias habló conmigo una sola vez, antes de venirme para Caracas, y me recordaba afectuosamente por este único motivo. Se asombró de mi humildad y amenidad al conocerme" (Carta a Lorenzo Ramos).

En Guatemala se proroga la presidencia de Estrada Cabrera. México: es encarcelado Francisco Madero, candidato opositor; P. Díaz presidente por octava vez consecutiva. Revuelta popular en Puebla, Guerrero y Chihuahua, comienza la revolución mexicana. Ferrocarril trasandino Valparaíso-Mendoza.

Ley electoral posibilitando mayor representación de las minorías en Uruguay; J. Batlle es proclamado candidato a la presidencia de la República. Hermes da Fonseca presidente de Brasil. Revuelta de la Armada y la Marina, represión y masacre de 500 marineros.

C. Reyles: *La muerte del cisne*. R. Barrett: *Moralidades actuales y Lo que son los yerbales*. O. Ataújo: *Prosistas uruguayos contemporáneos*. H. Miranda: *Las instrucciones del año XIII*. H. Henríquez Ureña: *Horas de estudio*. Zorrilla de San Martín: *La epopeya de Artigas*. E. Herrera: *Su majestad el hambre*. D. Agustini: *Cantos de la mañana*. J. Herrera y Reissig: *Los peregrinos de piedra*. Urbina: *Puestas de sol*. Antología *Parnaso chileno*. L. Lugones: *Odas seculares*. C. Vaz Ferreira: *Lógica viva*. J. de la Riva Agüero: *La historia en el Perú*. V. García Calderón: *Del romanticismo al modernismo, prosistas y poetas peruanos*. A. Gerchunoff: *Los Gauchos judíos*. M. Ugarte: *El porvenir de la América Española*. Z. A. Cáceres: *Mujeres de ayer y de hoy*. C. Torres: *Ydola Fori*. R. Darío: *Poema de Otoño*. Comienza a publicarse *El País* en Uruguay. Reparición de la revista proletaria *La Protesta* (-23) en Perú. Mueren J. Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, R. Barrett y J. C. Blanco.

V: Creación, por decreto presidencial, de la Academia Militar. Los militares tendrán una participación decisiva en los destinos del país. El gobierno adquiere el

Seguros sociales en Inglaterra. Taft disuelve la Standard Oil y la Tobacco Co. Sun Yat-sen proclama la República de Nankín. Golpe de Agadir. Guerra ítalo-turca; Italia

Recibe el poema "Cielo y mar", de su amigo y condiscípulo Cruz María Salmerón Acosta (1892-1929), con la siguiente dedicatoria: A mi "hermano" José Antonio Ramos Sucre.

Se traslada a Caracas a estudiar, pese a las dificultades económicas de la familia. "Un día —recordaba la madre— José Antonio (...) dijo que Salmerón (...) lo había mandado llamar porque con lo que le enviaba don Antonio, su padre, le alcanzaba para vivir y le sobraba como para que José Antonio se fuera. —De esta manera se fue mi hijo para Caracas (...)" (Testimonio citado por Oswaldo Larrazábal).

Mientras la Universidad se encuentra cerrada debido a una epidemia que azoraba la ciudad, estudia solo y se destaca en el examen de admisión. Vive en una pensión —Camejo a Santa Teresa—, donde residen varios amigos cumaneeses.

Muere José María de la Roca Díaz, poeta cumané a quien dedica "Al pie de un cipó" (*La Torre de Timón*).

Agosto. Publica la traducción del prólogo latino de Chauveton para la *Historia del Nuevo Mundo*, de Benzoni ("A los cristianos y píos lectores, salud.") En *El Cojo Ilustrado* (Nota de presentación: Lisandro Alvarado).

Asiste a las tertulias de la Plaza Bolívar, frecuenta a sus amigos, se relaciona con intelectuales, artistas, etc... Da clases en el Colegio Sucre, dirigido por J. M. Núñez Ponte.

En diciembre se casa Trina, su hermana mayor, con José Almandoz.

Aparece un texto suyo —"Del destierro"— en *Ritmo e Ideas*, revista literaria de Cumaná.

Palacio de Miraflores, desde ese momento sede oficial de la presidencia.

J. T. Arreaza Calatrava: *Canto a Venezuela y Cantos de la carne y del reino interior*. R. Blanco Fombona: *Cantos de la prisión y del destierro*. Pío Gil: *Cuatro años de mi cartera y Los felicitadores*. T. Febres Cordero: *Tradiciones y leyendas*.

AL: Tratado comercial entre Perú y Bolivia. Conflicto armado entre Colombia y Perú. Primer paro general de obreros en el Perú, en apoyo a los obreros textiles de Vitarte, que crean el primer sindicato obrero del Perú; crisis constitucional, el gobierno de Leguía impone un tercio parlamentario adicto contra la oposición del bloque civilista, encabezado por A. Miró Quesada, amnistía general para los presos y procesados políticos, ley de accidentes de trabajo. Hiram Bingham descubre Machu Pichu. Brasil amplía sus leyes sobre inmigración. Porfirio Díaz renuncia al poder. Madero es elegido presidente de México; Emiliano Zapata formula el Plan de Ayala. En Uruguay, Batlle es electo presidente por segunda vez: Consejo de Protección de Menores; Tratado con Brasil, modificando el de 1879. Se crea una Comisión Topográfica para la demarcación de límites entre los dos países. Nacionalización del Banco de la República y monopolio de los seguros por parte del Estado. En Nicaragua Adolfo Díaz (contador de empresas mineras norteamericanas) es presidente, tras una sublevación del ejército que obliga a renunciar a Estrada.

E. Acevedo Díaz: *Epocas militares en los países del Plata*. E. Herrera: *La moral de Misia Paca y El león ciego*. O. Araújo: *Historia de la escuela uruguaya*. González Martínez: *Los senderos ocultos*. A. Reyes: *Cuestiones estéticas*. González Prada: *Exóticas*. J. María Eguren: *Simbólicas*. Ureta: *Rumor de almas*. E. Banch: *La ur-*

se anexa la Tripolitania. Se funda la Federación Nacional del Trabajo en Barcelona.

Amundsen en el Polo Sur. Rutherford: teoría atómica nuclear.

F. Graebner: *El método en etnología*. F. Boas: *El significado del hombre primitivo*. J. G. Frazer: *La rama dorada* (1ª ed., 1890). D. H. Lawrence: *El pavo real blanco*. K. Mansfield: *Una pensión alemana*. A. Jarry: *Ubu encadenado*. Saint-John Perse: *Elogios*. P. Baroja: *El árbol de la ciencia*. E. Pound: *Canzoni*. Claudel: *El rebén*. Chesterton: *Las historias del padre Brown*. B. Kandinski y P. Klee fundan *El jinete azul*. M. Duchamp: *Desnudo bajando una escalera N° 1*. R. Strauss: *El caballero de la rosa*. Maillol: *Flora*. C. Debussy: *El martirio de San Sebastián*. Maeterlinck: Premio Nobel de Literatura.

1912

Publica en diarios y revistas de la capital algunos textos iniciales: "Ideas dispersas sobre Fausto"; "Reflexiones sinceras", que data de febrero pero aparece en mayo; "Defensa de la soledad", que incluye —con modificaciones— en *Trizas de papel*, donde le da el título de "Elogio de la soledad"; "El paria", en la revista *Cultura*, a fines del mismo año. Apenas uno de estos textos —"Defensa de la soledad"— es incluido en sus libros.

En "Reflexiones sinceras" advierte:

"Nunca se ha violado con mayor frecuencia que en nuestros días el sabio precepto de estudiar pocas cosas hondamente. Una actividad desatinada nos arrebató (...) Ninguna época es más pesada en la vida de los hombres de letras (dando a esta denominación su sentido más amplio) que esa de esfuerzo sin reposo, seguida de cansancio largo y estéril, en que nuestro pensamiento no se condensa sino que vaga (...) sin precisar nunca sus formas. (...) Muchas veces (...) formamos el proyecto por muy pocos realizado de estudiar selectamente, pero es éste un propósito que no resiste a la curiosidad o al temor de quedar rezagados (...)"

Inicia estudios de Derecho y de Literatura en la Universidad Central; su hermano Miguel, recién llegado a Caracas se inscribe en Medicina.

En los exámenes finales de Derecho Romano y Derecho Público Eclesiástico aprueba con calificación "sobresaliente por unanimidad"; en Sociología obtiene "sobresaliente". Entre sus compañeros de curso: Salmerón Acosta, Diego Córdoba, Andrés Eloy de la Rosa, I. Vetancourt Aristeguieta, J. T. Guevara Rojas. En la lista de examinados en Literatura aparecen sólo él y Eduardo Arroyo Lameda, ambos "sobresalientes por unanimidad".

na. R. Barret: *El dolor paraguayo*. Revista *Mundial* (en París; R. Darío). Revista *Atlántida*, en Nicaragua. Nace José María Arguedas.

V: Se inicia el auge definitivo de la explotación petrolera; Concesión Valladares, traspasada ese mismo año a la Caribbean (Shell): 27 millones de hectáreas en los Estados Anzoátegui, Carabobo, Táchira, Monagas, Mérida, Lara, Trujillo y Yaracuy, Territorio Federal Delta Amacuro y parte de Zulia, Falcón y Sucre. Fiebre amarilla, peste bubónica y viruela en Caracas y alrededores.

Fundación del Círculo de Bellas Artes (A. E. Monsanto, B. Monsanto, M. Cabré, A. Reverón, R. Monasterios, L. A. López Méndez, P. Martínez, R. Gallegos, J. Planchart, E. Planchart, A. Fuenmayor, L. Martínez, F. Paz Castillo, E. Calcaño, L. García Maldonado, M. V. Lecuna, L. E. Mármol y A. E. Blanco).

AL: Perú: el director de la compañía cauchera inglesa British Rubber Co. es juzgado y encontrado culpable de obligar a trabajos forzados a los trabajadores de la compañía; escisión del partido civilista; Guillermo Billinghurst presidente constitucional (24/IX). Enfrentamiento armado con Colombia. Huelga violenta, represión con saldo de más de 100 muertos. Linchamiento de Alfaro en Ecuador. Se promulga en Argentina, por medio de la Ley Sáenz Peña, el voto secreto y obligatorio. Insurrección negra en Cuba, desembarco de tropas norteamericanas (1/XI); el general Menocal es presidente. Conflicto entre Paraguay y Argentina, que rompen relaciones. Desembarco de "marines" en Honduras y Nicaragua; en ésta la ocupación es permanente y hay administración de aduanas, ferrocarril y banca hasta 1925. Rosendo Matienzo Cintrón funda el Partido Independentista de Puerto Rico. En Uruguay:

Comienzos de la primera guerra balcánica. Triunfos serbios, búlgaros y griegos. Protectorado francés sobre Marruecos. Convención horaria internacional. Se hunde el *Titanic* en viaje inaugural. Fundación del Kuo-mín-tang. Importantes huelgas en Inglaterra y EE.UU.

Hopkins: Las vitaminas. A. G. Fibiger produce los primeros tumores cancerosos en células sanas. Trabajo en cadena de las fábricas Ford.

E. Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa*. C. G. Jung: *Transformación y símbolo de la libido*. Claudel: *La anunciación a María*. A. France: *Los Dioses tienen sed*. G. B. Shaw: *Pigmalion*. R. Luxemburgo: *La acumulación de capital*. Papini: *Un hombre acabado*. A. Machado: *Campos de Castilla*. R. Valle Inclán: *Voces de gesta*. Barres: *Greco o el Secreto de Toledo*. J. Sorge: *El mendigo*. B. Kandinsky: *Lo espiritual en el arte*. W. James: *Ensayos sobre el empirismo radical*. G. Marcel: *Condiciones dialécticas de la filosofía*. M. Ravel: *Dafnis y Cloé*. A. Schöenberg: *Pierrot lunar*. Muere Menéndez Pelayo.

1913

Ante la clausura de la Universidad por el régimen de Gómez, estudia por su cuenta materias de Derecho, griego, danés; su hermano Miguel, en cambio, abandona sus estudios de Medicina, que reiniciará más tarde. Publica en el diario *El Tiempo*. Da clases de latín y griego en el Liceo Caracas (hoy Andrés Bello), cuyo director era Rómulo Gallegos. Gana el concurso para las cátedras de Historia y Geografía Universal y de Venezuela en la Escuela Nacional de Maestros.

“Como alumno de la Escuela Normal de Caracas en 1913, plantel a la sazón reabierto, conocimos a Ramos Sucre entonces de 23 años de edad (...) Lo recordamos como a uno de los mejores maestros que hemos tenido a lo largo de nuestra vida. Mediano el porte, el tronco recio, ancha la espalda, la cabeza poderosa y estatuaría, en sus ojos pequeños, azules y penetrantes la mirada era de fuego y abismo, de concentración y misterio. Sus lecciones de historia patria dichas en lenguaje sencillo, nervioso, plástico, de perdurable eficacia, vibraban con recio dramatismo, ni antes ni después conocido de nosotros en la comunicación entre profesor y alumno” (Félix Armando Núñez).

Es nombrado colaborador en el Museo Bolivariano.

Lleva una vida austera; intelectual y afectivamente solitaria a pesar de sus contactos con amigos y escritores. Salmerón, amigo y discípulo, atacado por la lepra “enfermedad que comparte con la locura el carácter de sagrada” (“Al pie de un cipo”), regresa a Araya, su tierra natal.

La electricidad, el cabotaje nacional y los bancos son monopolizados; Se crean el Registro de Residencias, el Instituto de Química Celular y la Universidad para mujeres. Queda abolida la reclusión celular individual y continua. El Congreso de la FORU cuenta 7.000 miembros.

Hnos. García Calderón: *Revista de América en París*. F. García Calderón: *Les démocraties latines de l'Amérique*. Pezoa Véliz: *Alma chilena*. A. dos Anjos: *Yo*. C. N. Roxlo: *Historia crítica de la literatura uruguaya*. L. A. de Herrera: *El Uruguay internacional*. R. Darío: conferencia sobre Herrera y Reissig. R. Barradas: *Piriápolis*. J. Gálvez: *El jardín cerrado*. J. Capello: *Los menguados*. R. Uribe Uribe: *De cómo el liberalismo no es pecado*. Blest Gana: *Gladys Fairfield*. A. Ortiz: *El parnaso nicaragüense*. Ortega Arancibia: *40 años*. Perú, fundación del diario *La Crónica* (C. Palma Director). Nace P. A. Cuadra.

V: José Gil Fortoul se encarga de la presidencia mientras Gómez se retira a la ciudad de Maracay, en la que residirá con frecuencia. El ministro de Instrucción Pública, Guevara Rojas, ordena el cierre de la Universidad, en medio de protestas profesoras y desórdenes estudiantiles. Recrudescen la represión política; prisión de Arévalo González y del general R. Delgado Chalbaud (este último, hasta 1927). La Shell Oil adquiere el control de las concesiones de la General Asphalt.

U. Pérez: *Anfora criolla*. R. Gallegos: *Los aventureros*. J. R. Pocater: *Política feminista*. R. Blanco Fombona: *Dramas mínimos*. J. A. Barazarte: *El tío Sam* (Novela antimperialista).

AL: Perú: en absoluto secreto el presidente Billinghurst y el congreso tratan el problema de Tacna y Arica en vistas a solucionarlo. Leguía es deportado, se pro-

Manifestaciones de sufragistas en Inglaterra. Turquía reinicia hostilidades. Nueva guerra balcánica. Poincaré presidente de Francia, Wilson de EE.UU. Tratado de Bucarest y acuerdo anglo-alemán sobre colonias portuguesas. Zanzibar es incorporada al África oriental inglesa. Detenido Mahatma Gandhi.

Bohr: teoría de las circunstancias. Haber: síntesis de rayos X.

S. Freud: *Totem y tabú*. E. Husserl: *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. M. Proust: *En busca del tiempo perdido* (—27). C. Apollinaire: *Alcoholes y Los pintores cubistas*. M. de Unamuno: *Del sentimiento trágico de la vida*. Malevich: *Manifiesto del Suprematismo*. D. H. Lawrence: *Hijos y amantes*. M. Duchamp: *Rueda de bicicleta*. G. de Chirico: *Plaza de Italia*. Primera gran exposición de arte moderno. *Armony Show* de

1914

Su madre y hermanos menores se radican en Caracas. Doña Rita adquiere la casa marcada con el N° 80, de Amadores a Urapal, en La Pastora. Miguel se va al exterior y regresa en 1930, después de muerto José Antonio.

mulga un decreto reconociendo jornada de ocho horas a los estibadores de El Callao; el Estado expropia el servicio de agua potable. Asesinato de M. E. Araujo en El Salvador; lo sucede Carlos Meléndez, que inicia la dictadura de los Meléndez. Bordas presidente de la República Dominicana. En México, trágicos diez días de Huerta; asesinato de Madero y Suárez, acciones de Carranza, Villa y Obregón contra el presidente Huerta; Wilson pide renuncia de Huerta. Se inaugura el ferrocarril Arica-La Paz. Colonización japonesa en Brasil. Concesiones ecuatorianas a Pearson & Son para explotación petrolera. Argentina recibe 364.878 inmigrantes a lo largo del año. Se precisan los límites entre este país y Bolivia. Nuevos derechos de protección sobre el Canal de Panamá son concedidos a E.E.UU. Puerto Rico: A. Yager gobernador; la Cámara de Delegados declara que P. R. tiene derecho a ser independiente. En Uruguay, Ley de divorcio por sola voluntad de la mujer. Huelga tranviaria y paro general de más de 50.000 trabajadores. Escisión del Partido Colorado.

Torres García: *La Catalunya eterna*. R. Sienra: *La dama de San Juan*. J. E. Rodó: *El mirador de Próspero*. D. Agustini: *Los cálices vacíos*. J. Herrera y Reissig: *Obra Completa* (póstumo). P. Dávalos y Lisson: *Leguía* (novela histórica). F. García Calderón: *La creación de un continente*. J. Ingenieros: *El hombre mediocre*. E. Carriego: *El alma del suburbio*. México: *La Adelita*, *La Cucaracha*. Buenos Aires: *El apache argentino* (Aróstegui). Díez Canedo: *Poesía Moderna Francesa* (Antología). Freitas: *Una víctima americana*. Solón Argüello es fusilado en México y aparece su último libro: *Cosas crueles*.

V: Gómez electo presidente constitucional de la República, encarga al doctor V. Márquez Bustillos, mientras él asume funciones de Comandante en Jefe del Ejér-

Nueva York. I. Stravinski: *La consagración de la primavera*. Nace Albert Camus.

Se desencadena la Primera Guerra Mundial. Francia, Inglaterra, Rusia, Bélgica, Servia, Montenegro y Japón contra Austria, Hungría, Alemania y Turquía. Asesi-

José Antonio vive algún tiempo con ellos pero prefiere su independencia y se muda a una pensión.

En marzo es nombrado Oficial de la Dirección de Derecho Público Exterior de la Cancillería, donde trabaja como traductor e intérprete hasta fines de 1929, cuando viaja a Europa.

Continúa escribiendo en diarios: *Renacimiento*, *El Heraldo*, *El Universal*, *El Nuevo Diario*, y en revistas: *Actualidades*, *Elite*, *Billiken*.

cito, con asiento en Maracay. Primer levantamiento del general Arévalo Cedeno. Inicio de la producción comercial de petróleo en el Zulia (Mene Grande).

E. Arroyo Lameda: *Momentos*. M. S. Sánchez: *Bibliografía venezolanista*. J. Rosales: *Bajo el cielo dorado*. A. Díaz Guerra: *Lucas Guevara*. C. E. Villanueva: *Villa Sana*.

AL: Perú: sublevación militar al mando del coronel Oscar Benavides. Derrocamiento y prisión de Billinghurst (4/II); asesinato del ministro de la guerra. Junta militar asume el gobierno. Benavides presidente provisional, mayoría en el congreso apoya al vicepresidente Roberto Leguía. Varios intelectuales presos. Crisis económica. Tratado Thompson-Urrutia: Colombia ratifica su reconocimiento de la independencia de Panamá; se inaugura el canal de Panamá. Bloqueo y desembarco norteamericano en Veracruz; en Niágara se realiza la conferencia para resolver diferencias entre México y EE.UU. Renuncia Huerta, Carranza presidente, Zapata y Villa en su contra. Conferencia de Aguascalientes. Tratado Bryan-Chamorro para el canal interoceánico por Nicaragua. Nicaragua cede a perpetuidad derechos de construcción por cualquier punto de su territorio. Cesión del Golfo de Fonseca para estación naval. "Marines" en Port-au-Prince (XII). O. Zamor derroca a M. Oreste con la ayuda de J. D. Theodore (II) y asume la presidencia de Haití. Theodore se rebela contra Zamor y asume a su vez la presidencia. Oposición de la Cámara de Delegados de Puerto Rico a aceptar la ciudadanía estadounidense. En Uruguay: Ley de accidentes de trabajo. Ley reglamentando las condiciones de despido. Aumento del costo de la vida. Desocupación en Montevideo.

H. D. Barbagelata: *Artigas y la Revolución americana*. E. Acevedo Díaz: *Lanza y sa-*

nato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo. Austria declara la guerra a Servia; Alemania a Rusia y a Francia; Inglaterra a Alemania. Asesinato de Jaurés. Muerte de Pío X; Benito XV Papa. Ley anti-trustes en EE.UU. Invasión de Bélgica. Batalla del Marne.

H. Bahr: *Expresionismo*. F. Kafka: *En la colonia penitenciaria*. J. Ramón Jiménez: *Platero y Yo*. J. Joyce: *Dubliness*. J. Ortega y Gasset: *Meditaciones del Quijote*. Dreiser: *El titán*. B. Croce: *La literatura de la nueva Italia*. Watson: *Conductismo*. Alain Fournier: *El gran Meaulnes*. A. Gide: *Las cuevas del Vaticano*. E. Matisse: *Peces Rojos*. P. Picasso: *El jugador de cartas*. O. Kokoschka: *La novia del viento*. J. Gris: *Vaso y paquete de tabaco*. B. Kandinsky: *Improvisación*. C. Chaplin: *Carlitos periodista*. W. C. Handy: *St. Louis Blues*.

1915

La Universidad continúa cerrada, sólo abrirán algunas escuelas, ubicadas fuera de la sede central.

ble. Vargas Vila: *La muerte del cóndor*. Ayón: *Escritos varios*. V. García Calderón: *Los mejores cuentos americanos y Dolorosa y desnuda realidad*. A. Aguirre Morales: *Flor de ensueño*. P. Henríquez Ureña: *El nacimiento y Dyonisos*. M. Gálvez: *La maestra normal*. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*. R. Darío: *Canto a la Argentina*. M. Ponce: *Estrellita*. V. Huidobro: *Manifiesto y Las pagodas cultas*. Clausura de *La Prensa* de Lima; aparece en Puna el periódico *La voz del obrero* y en Lima el periódico *La Lucha*. Nacen Octavio Paz, Julio Cortázar, Adolfo Bioy Casates, Nicanor Parra y J. Pasos. Mueren D. Agustini, C. M. Herrera y Sambucetti.

V: Gómez continúa gobernando y afianzándose desde Maracay; el Congreso lo re-elige presidente por un período de siete años. Arévalo Cedeño invade por el Arauca. Tropas del gobierno asesinan al general H. Ducharne. Se promulga la Ley de Instrucción Superior que autoriza la libertad de estudios y crea escuelas superiores autónomas de Ciencias Políticas, Ciencias Físicas y Matemáticas, Ciencias Médicas y de Filosofía y Letras. También, la Ley de Misiones.

R. Blanco Fombona: *El hombre de oro*. E. O. Guerrero: *Diccionario filológico, estudio general sobre el lenguaje venezolano*. Desaparece *El Cojo Ilustrado*. Estreno del joropo *Alma Llanera* (P. E. Gutiérrez).

AL: Perú: José Pardo presidente constitucional; el grupo de José de la Riva Agüero funda el Partido Nacional Democrático. Establecimiento de la libertad de cultos. Deterioro del nivel de vida de las masas urbanas a pesar de la recuperación económica. Uruguay, jornada de ocho horas (13/VII); Viera es electo presidente; Monopolio estatal de correos, teléfonos y telegrafos; administración estatal de tranvías

Empleo de gases asfixiantes por los alemanes. El *Lusitania* es torpedeado. Italia declara la guerra a Austria. Declaración de guerra aliada a Bulgaria. Alemania declara la guerra submarina y los aliados deciden el bloqueo marítimo. Triunfos alemanes en el frente ruso.

A. Einstein: Teoría de la relatividad generalizada. A. Wegener: *El nacimiento de los continentes y océanos* (Teoría de la deriva continental).

W. H. Duckwoeth: *Morfología y antropología*. F. Kafka: *La metamorfosis*. V. Maikowski: *La nube en pantalones*. Wölfflin: *Principios fundamentales de la historia del arte*. M. de Unamuno: *Ensayo*. Trakl: *Sebastián en el sueño*. R. Rolland: *Por encima de la contienda*. A. Lowell: *Seis poetas franceses*. M. de Falla: *El amor brujo*. D. W. Griffith: *El nacimiento de una nación*. Revista *Orfeo* en Portugal.

1916

Comienza a presentar los exámenes restantes de la carrera de Derecho y los aprueba en tres semestres exitosamente.

Publica traducciones del poeta alemán Luis Uhland. ("La serenata", "La vida de los muertos", "El ramillete", "Elegía a un cura de aldea").

y FF.CC. Buque brasileño hundido por submarino alemán. Tratado A-B-C (Argentina-Brasil-Chile) de arbitraje obligatorio. Haití, Zamoristas obligan a J. D. Theodore a renunciar y conducen a G. Sam a la presidencia; Zamor es ejecutado por orden presidencial. Al día siguiente G. Sam es asesinado; desembarco de "marines" en Santo Domingo, derrota de rebeldes y muerte de Maximito Cabral. En México, Obregón derrota a Villa. En Puerto Rico son expulsados del Partido Unión de Puerto Rico y reprimidos los independentistas. De Diego funda la Unión Antillana, en Cuba, con participación de ésta, Santo Domingo y Puerto Rico.

E. Agorio: *La fragua*. A. Dellepiane: *La Paramnesia y los sueños*. Torres García: *Pastoral*. H. Causa: *Plaza de Polenza*. J. Gálvez: *Posibilidades de una literatura genuinamente nacional*. E. Bustamante y Ballivián: *La Evocadora y Arias del silencio*. E. Barrios: *El niño que enloqueció de amor*. Palés Matos: *Azaleas*. R. Güiraldes: *El cerro de cristal y Cuentos de muerte y de sangre*. G. Mistral: *Los sonetos de la muerte*. Marasso: *La canción olvidada*. Román Mayorga Rivas: *Viejo y Nuevo*. C. Oyuela: *Estudios literarios*. Perú, E. Bustamante: revista *Cultura*; producción literaria diversa en la revista *Lulú*. Revista *Panida* en Colombia. *La Cumparsita*, tango de Matos Rodríguez.

V: Promulgación de la Ley de Tareas que obliga a los presos a trabajar en obras públicas sin remuneración alguna. El Papa Benedicto XV condecora a Gómez y lo hace conde romano. Pacto de Bogotá entre Venezuela y Colombia. Intensificación de la actividad bancaria nacional e internacional. Nace Rafael Caldera.

L. M. Urbaneja Achelpohl: *En este país*. J. Rosales: *Caminos muertos*. P. Lizardo: *El forastero*. J. R. Pocaterre: *Vidas oscu-*

Batallas de Verdún y del Somme. Batalla de Jutlandia. Rumania entra en guerra. Ofensivas rusa e italiana. Segunda Conferencia Socialista Internacional. Congreso Socialista Francés. Formación del Spartakusbund en Alemania. Asesinato de Rasputín en Rusia. Reección de Wilson en EE.UU.

Barbusse: *El fuego* (premio Goncourt). S. Freud: *Introducción al psicoanálisis*. C. J. Webb: *Teoría de grupo en religión*. J. Joy-

ras. R. Bolívar Coronado: "El nido de azulejos" (cuento premiado en los I Juegos Florales Nacionales).

AL: Perú: el presidente Pardo renuncia por motivos de salud; lo sucede el vicepresidente Ricardo Bentín, represión de las huelgas de Huacho y huelga de telegrafistas, obreros del petróleo, etc. Se promulga la ley de salario mínimo para los trabajadores indígenas. Aparece el periódico de oposición *El Tiempo*. En Argentina resulta electo, por voto secreto, H. Yrigoyen, que ocupa la presidencia; Zuloaga y Bradley cruzan la cordillera en globo. Cuba, Menocal es reelecto presidente. Ecuador: se establece jornada de ocho horas. República Dominicana, ocupada por tropas norteamericanas. Promulgación del Código Civil Brasileño. Fundación de la Academia Antillana de la Lengua en Puerto Rico. En Uruguay: Censo ganadero: 11.472.852 lanares, 7.802.442 vacunos. Frigorífico Montevideano pasa a llamarse "Swift".

E. Acevedo Díaz: *El mito del Plata*. A. Agorio: *Fuerza y derecho*. E. Acevedo: *Historia del Uruguay*. J. Alonso y Trelles: *Paja brava*. E. Frugoni: *Los Himnos*. C. Reyles: *El terruño*. B. Lynch: *Los caranchos de la Florida*. R. Rojas: *La Argentinidad*. Gómez Carrillo: *Campos de batallas y campos de ruinas*. F. Ortiz: *Hampa afrocubana: los negros esclavos*. L. Lugones: *El Payador*. V. Huidobro: *Adán y El espejo de agua*. A. Ulloa Sotomayor: *Organización social y legal del trabajo en el Perú*. J. de la Riva Agüero: *Elogio del Inca Garcilaso, ensayo biográfico*. A. Hidalgo: *Ofrenda lírica al emperador de Alemania y otros poemas*. A. Valdelomar: *Las voces múltiples*, antología poética. Aguirre Morales: *Devocionario*. Percy Gibson: *Jornada heroica*. J. M. Eguren: *La canción de las figuras*. V. García Calderón: *Une enquette littéraire: Don Quichotte a Paris et dans les Tranchies*. López Velarde: *La san-*

cc: Retrato del artista adolescente. J. Dewey: *Democracia y educación*. D. W. Griffith: *Intolerancia*. F. de Saussure: *Curso de lingüística general* (póstumo). Movimiento Dadá en Zurich.

1917

Concluye brillantemente sus exámenes de Derecho. Comienza a estudiar sueco y holandés. Es incansable en el estudio: "En José Antonio Ramos Sucre actuaron en un comienzo razones de ambiente, influencias externas, las cuales, unidas a su tremenda vocación de saber, lo llevaron a la soledad. Se alejó con ello de la vida normal, de la plena satisfacción de sus apetitos erótico-sexuales, lo cual, unido al desgaste mental y físico originado en el estudio incesante, terminó por generar dolencias y alteraciones físicas. Después era ya un enfermo" (Carlos Augusto León).

gre devota. M. Azuela: *Los de abajo*. M. Brull: *La casa del silencio*. A. Valdelomar: revista *Colónida* (Perú); periódico literario *La mujer peruana*. Muere Rubén Darío.

V: Incremento de la explotación petrolera: primer oleoducto, primera refinería y comienzo de la exportación. Establecimiento de la Compañía Anónima Venezolana de Navegación.

P. Arcaya: *Estudios de sociología venezolana*. F. Pimentel: *Pitorreos*. Revista *Venezolana Contemporánea* (A. E. de la Rosa). Mueren Romerogarcía y Teresa Carreño.

AL: Perú: ruptura de relaciones con Alemania e incautación de buques de esa nacionalidad surtos en El Callao. Se constituyen la Central General de Trabajadores (C.G.T.P.) y la Federación de Estudiantes del Perú, se funda la Universidad Católica del Perú (24/III). Comienza a realizarse la potabilización, con cloración, del agua de Lima. Ley sobre trabajo de la mujer y el niño. Huelgas en todo el país y sublevación indígena en el sur. Se retiran las tropas norteamericanas de México. Nueva constitución mexicana: sufragio universal, control del Estado sobre sus recursos naturales, restricción del poder de la Iglesia Católica, jornada de ocho horas, salario mínimo, reforma agraria y urbana, etc. Carranza elegido presidente. Uruguay: la constitución establece el gobierno colegiado y retira a la Iglesia el apoyo del Estado; Submarinos alemanes hundieron barcos argentinos. La Jones Act. hace de Puerto Rico un territorio norteamericano. Unos 18 mil puertorriqueños son reclutados para la guerra contra Alemania. Revolución de Gómez en Cuba y desembarco de "marines". El tratado de Haití con EE.UU. es extendido hasta 1936. Chile establece descanso dominical al comercio y a la industria. Brasil en guerra contra Alemania. Terremo-

EE.UU. declara la guerra a Alemania. Declaración Balfour sobre el sionismo. Abdicación de Nicolás II. Lenin en Rusia. El Soviet toma el poder en Petrogrado: la Revolución Rusa. Negociaciones de Brest-Litovsk. Finlandia proclama su independencia. Nacen John Kennedy e Indira Gandhi.

C. G. Jung: *Psicología del inconsciente*. A. Machado: *Poesías completas*. C. Wissler: *Los Indios americanos*. P. Valéry: *La joven Parca*. Ramuz: *La gran primavera*. T. S. Eliot: *Prufrack y otras observaciones*. V. I. Lenin: *El estado y la revolución y El imperialismo, estadio superior del capitalismo*. K. Hamsun: *Los frutos de la tierra*. Satie: *Parade*. A. Berg: *Wozzeck* (—22). Mary Pickford: *Pobre niña rica*. L. Pirandello: *Cada uno a su juego*. Original Dixieland Jazz Band: *Dixie Jazz Band One Step* (primer disco de jazz). P. Mondrian: *De Stijl*. Creación del premio Pulitzer. Muere Edgar Degas.

1918

25 de junio. Dicta sentencia de divorcio a una pareja de extranjeros, argumentando en contra de los estatutos vigentes al respecto. Ejercía como Juez Accidental de Primera Instancia en lo Civil. Esta decisión fue bastante comentada y contribuyó a la modificación de las leyes en el país; al respecto, cita L. Herrera Mendoza: "El abandono voluntario de que fue víctima la demandada —argumenta— creó en esta sociedad una situación inmoral que debe ser suprimida. El Juez suscrito no puede acatar el estatuto personal extranjero cuando impone sobre la persona humana el yugo de una situación insostenible (...) y desata el vínculo, administrando justicia"...

26 de julio. En *El Universal* publica uno de sus escasos textos sobre

to arrasa la ciudad de Guatemala. Comienza la dictadura de Tinoco en Costa Rica. La Corte Centroamericana de Justicia declara infringidos los derechos de El Salvador por el tratado entre Nicaragua y EE.UU. Un terremoto destruye la ciudad de San Salvador. En Uruguay se aprueba la reforma de la Constitución con el Ejecutivo Colegiado. Ruptura de relaciones con Alemania. Ley que declara "de interés nacional" la ocupación de barcos alemanes internados.

Ureta: *El dolor pensativo*. A. Hidalgo: *Panoplia lírica*. M. Azuela: *Los caciques*. M. de Andrade: *Hay una gota de sangre en cada poema*. R. Rojas: *La literatura argentina*. A. Reyes: *Visión de Anáhuac*. E. Barrios: *Un perdido*. A. Agorio: *La sombra de Europa*. J. Zorrilla de San Martín: *Detalles de la historia rioplatense*. V. Basso Maglio: *El diván y el espejo*. Sabat Erccasty: *Panteos*. H. Quiroga: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Diario *La Mañana*. Academia Peruana de la Lengua. Aparecen la *Revista de Actualidades* y el diario *El Perú*. Anita Malfatti: *Exposición de Arte Moderno*. García Monge: *La Mala Sombra*. Triunfo del "son" en Cuba. Leonidas Merovi es asesinado en la puerta del diario *La Prensa*, de Lima. Nace Mario Florián. Mueren Ernesto Herrera y José Enrique Rodó.

V: Sublevación del Castillo de Puerto Cabello. Manifestaciones estudiantiles. La gripe española azota el país: 22.000 víctimas. El *bolívar de oro* como unidad monetaria.

A. E. Blanco: *El huerto de la epopeya*. R. Blanco Fombona: *Cancionero del amor infeliz*. J. E. Lossada: *Madréporas*. J. R. Pocaterra: *Tierra del sol amada*. M. Díaz Rodríguez: *Sermones líricos*. Revista *Cultura Venezolana* (J. A. Tagliacferro). J. Garmen-

Fin de la Primera Guerra Mundial. Retirada de los alemanes en la posición Hindenburg. Conferencia de Versalles. Los "catorce puntos" de Wilson. Ruptura entre los aliados y los soviets. Lenin establece el gobierno en Moscú. Ejecución de Nicolás II. Se vota la constitución soviética. Creación de la Tcheka. Derecho de voto a las mujeres en Inglaterra. Italia y Austria se reparten a Yugoslavia. Guerra de liberación de la ocupación rusa y alemana por parte de los países bálticos.

Derecho: "El Contrato de Venta. Observación". (*Los aires del presagio*).

día publica su primer cuento: "El gusano de luz" en *El Universal*.

AL: Perú: se suspenden relaciones con Chile; Ley de Instrucción Pública (28/I), enseñanza primaria gratuita y obligatoria. Conflicto entre el Estado y la London Pacific Petroleum Co. Perú toma parte en la Asamblea de Paz de Versalles y plantea la recuperación de Tacna y Arica. Colombia elige presidente a Marcos Fidel Suárez. Guatemala es nuevamente destruida por un terremoto. Ley de propiedad estatal sobre depósitos minerales en El Salvador. Argentina es gran exportador de carne a nivel mundial; se inicia la reforma universitaria. Protesta norteamericana e inglesa contra México por las concesiones de petróleo. Confederación Regional Obrera. Rodrigues Alves presidente del Brasil. En Uruguay: Tratado de arbitraje obligatorio con Gran Bretaña. Tratado de liquidación de deudas con Brasil. Tratado de Arbitraje con Colombia. Promulgación de la nueva Constitución.

C. Reyles: *Diálogos olímpicos*. J. E. Rodó: *El camino de Paros* (póstumo). C. Miranda: *Prosas*. H. Quiroga: *Cuentos de la Selva*. S. E. Llona: *Teoría sismológica cicloidial*. J. Prado Ugarteche: *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*. A. Valdelomar: *El caballero Carmelo, cuentos*. A. Hidalgo: *Hombres y bestias y Las voces de colores*. C. Vallejo: *Los heraldos negros*. A. Palma: *Vencida*. A. Guillén: *Prometeo*. Monteiro Lobato: *Urupés*. V. Huidobro: *Poemas árticos y Ecuatorial*. R. Miró: *Segundos preludios*. S. de la Selva: *Tropical town and other poems*. G. E. Hudson: *Allá lejos y hace tiempo*. A. Storni: *El dulce daño*. J. Ingenieros: *Evolución de las ideas argentinas*. F. García Godoy: *El americanismo literario*. M. Azuela: *Tribulaciones de una familia decente*. B. Lynch: *Raquela*. Vasconcelos: *El monis-*

M. Planck: Premio Nobel de Física.

O. Spengler: *La decadencia de Occidente* (—22). Kautsky: *La dictadura del proletariado*. R. Luxemburgo: *Programas de la Liga Espartaco*. Gómez de la Serna: *Pombo*. G. Apollinaire: *Caligramas*. Ozenfant y Le Corbusier: *Después del cubismo*. A. Modigliani: *Retrato de mujer*. T. Tzara: *Manifiesto Dadá*. Mueren Plejanov, C. Debussy y G. Apollinaire.

1919

En su biblioteca abundan diccionarios en varias lenguas, libros de gramática y Lingüística, Filosofía, Mitología, Historia, Geografía, Literatura (clásicos, teatro, poetas...).

mo estético. E. Martínez Estrada: *Oro y Piedra*. Nacen Juan Rulfo y Arreola.

V: Otro de los grandes caudillos de comienzos del siglo, el general Juan Pablo Peñaloza, invade por el Táchira. Fracasa levantamiento de los cuarteles de Caracas: varios implicados mueren en prisión. Continúa incremento del comercio internacional. Se inaugura el Nuevo Circo de Caracas. Muere José Gregorio Hernández. Promulgada ley que prohíbe portar armas de fuego (se procede a confiscarlas) y hace obligatorio el registro de las escopetas.

E. Planchart: *Primeros poemas*. L. Vallén: *Cesarismo democrático*. Revista *Actualidades* (R. Gallegos).

AL: Perú: Leguía encabeza una revolución contra Pardo y el Congreso lo aprueba como presidente constitucional; paros generales, huelgas, decreto presidencial estableciendo cátedras libres, representación estudiantil en el Consejo Universitario, etc. Fundación de la Federación Obrera Regional Peruana (3.200 obreros) e instalación de la Asamblea Constituyente y de los congresos regionales. Brasil: muere el presidente Rodrigues Alves; eligen a Epiácio Da Pessoa. Se disuelve la Corte Internacional Centroamericana de Justicia. En Haití se subleva Charlemagne Perlaté. EE.UU. embarga armas para México. Asesinato de Zapata en México. Gutiérrez derrocado en Bolivia. Snowden gobernador militar en Santo Domingo. Huelga portuaria en Argentina, ley marcial y represión sangrienta en la que se ha dado en llamar la "Semana Trágica". Puerto Rico: Reconocimiento formal de la independencia; acta de ayuda para la represión. En Colombia se funda el Partido Socialista. Conatos de guerra con Venezuela. En Uruguay, B. Brum es electo presidente. División del Partido Colorado en cuatro facciones. Se reanudan relaciones con Alemania. Aparece *Justicia*, órgano del

El saldo de la Primera Guerra Mundial es de 10 millones de muertos. Se desintegra el imperio austro-húngaro por el tratado de Saint-Germain, en Laye. Tratado de Paz de Versalles, que quita colonias a Alemania. Fundación de la III Internacional Comunista en Moscú. Italia: aparición de los "fascios". Se crea la "Sociedad de Naciones". Proclamación de la República de Baviera. Rosa Luxemburgo, Liebknecht y otros militantes son asesinados. Gandhi entra en la lucha por la independencia de la India. Frustrada revolución en Egipto.

Rutherford convierte el átomo de hidrógeno en átomo de oxígeno.

E. Nordenskiöld: *Estudios comparados de Etnografía*. K. Jaspers: *Psicología de las concepciones del Universo*. Keynes: *Las consecuencias económicas de la paz*. Gannet: *Epistolario*. A. Gide: *Sinfonía pastoral*. R. Jakobson: *La nueva poesía rusa*. Ungaretti: *La alegría*. H. Hesse: *Demian*. E. Pound: *Cantos* (—57). Gropius crea la *Bauhaus*. Primer periódico tabloide en EE. UU. Gramsci funda *L'ordine nuovo*. Manuel de Falla: *El sombrero de tres picos*.

1920

Su figura es asociada a su caminar nocturno por las calles.

“Siempre vestido de oscuro, con un sombrero de alas cortas y levantadas y su inseparable bastón” (Alvaro Estisen).

“Era de pequeña estatura, delgado de complexión, de penetrantes ojos azules, de temperamento nervioso. No puedo olvidar aquella palabra incisiva, ni aquella carcajada que remataba el énfasis de sus frases” (Julián Padrón).

“Había misterio en torno a su persona. Se sentía algún silencioso tormento en su vida solitaria” (Carlos Augusto León).

“Toda su obra es la constante confidencia de ese hombre hipersensible a quien tocó vivir precisamente, durante uno de los más crueles períodos de nuestra historia” (idem).

Partido Socialista.

L. A. Herrera: *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay*. S. C. Rossi: *El criterio fisiológico*. A. Laplaces: *Opiniones literarias*. G. Zaldumbide: *José E. Rodó*. A. Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay*. J. de Ibarbourou: *Las lenguas de diamante*. Bustamante y Ballivián: *Autóctonos*. Ureta: *Poemas*. L. A. Sánchez: *Los poetas de la revolución*. A. Arguedas: *Raza de bronce*. A. Hidalgo: *Jardín zoológico*. A. Valdelomar: *Belmonte el trágico*. L. del Llano: *Cartas a mi hijo; Psicología de la mujer y Cuentos*. V. Huidobro: *Altazor (-31)*. Lima Barreto: *Vida y muerte de M. J. Gonzaga de Sá*. M. Gálvez: *Nacha Regules*. A. Storni: *Irremediablemente*. A. Nervo: *La amada inmóvil*. Roland de Carvalho: *Pequeña historia de la literatura brasileña*. R. López Velarde: *Zozobra*. Fundación del Conservatorio Universitario de Lima. Mueren Valdelomar, R. Palma y Amado Nervo.

V: El Congreso aprueba la incorporación de Venezuela a la Sociedad de la Liga de las Naciones. Primera ley petrolera del país. Se reabre la Universidad Central, clausurada desde 1912 (diciembre). Creación de la Escuela de Aviación Militar. Feroz represión de Eustoquio Gómez en el Táchira.

S. D. Maldonado: *Tierra nuestra*. F. Paz Castillo: *La huerta de Doñana*. R. Gallejos: *El último Solar*. E. B. Núñez: *Después de Ayacucho*. R. Bolívar Coronado: *Memorias de un semibárbaro*.

AL: Perú: nueva Constitución del Estado; arrestos y deportaciones por causas políticas, se reconoce imprescriptibilidad de las tierras de las comunidades indígenas, pero, en virtud de la ley de Conscriptción vial se usa a los indios para la construcción y reparación de carreteras. Guatemala, cae el dictador Estrada Cabrera. En México es asesinado Carranza. Alessandri presi-

Fundación del Partido Comunista en EE. UU. y en Francia. Disolución del Imperio Turco. Comienza a sesionar la "Sociedad de Naciones". Ley seca en EE.UU., derecho a voto a las mujeres, arresto de Sacco y Vanzetti. En Alemania se funda el Partido Obrero Nacional Socialista (nazi). Huelgas en Francia e Italia. II Congreso de la III Internacional en Leningrado y Moscú: se adoptan los 21 puntos de Lenin. "Domingo de sangre" en Dublín. Primer hallazgo de restos del "Hombre de Pekín".

F. Jackson Turner: *La frontera en la historia americana*. Thomas & Znaniecki: *El campesino polaco en Europa y América*. L. Trotsky: *Terrorismo y comunismo*. Sh. Anderson: *Pobre blanco*. S. Lewis: *Main Street*. V. I. Lenin: *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. E. O'Neill: *Emperador Jones*. V. Maiakovski: *150.000.000*. R. Valle Inclán: *Divinas palabras*. S. Fitzgerald: *De este lado del pa-*

dente de Chile, Obregón de México y Tarmayo de Ecuador. El Congreso de El Salvador aprueba resolución en favor de la unidad de las cinco repúblicas centroamericanas. Avance electoral socialista en Puerto Rico. El Congreso Venezolano aprueba la incorporación de la Nación a la Sociedad de la Liga de las Naciones. En Uruguay: Fracasado golpe rivierista. VIII Congreso del Partido Socialista: adhesión a la 3ª Internacional. Aprobación del convenio con Argentina sobre cooperación de policía internacional. Leyes de descanso semanal y de indemnización por accidentes de trabajo.

G. Gallinal: *Crítica y arte*. J. de Ibarbourou: *El cántaro fresco*. H. Quiroga: *El salvaje*. V. Pérez Petit: *Entre los pastos*. E. López Albújar: *Cuentos andinos*. J. Kimich: *Casa Chúcaro de Hongo*, leyenda. V. García Calderón: *Cantilenas, Semblanzas de América, Bajo el clamor de las sirenas y En la verbena de Madrid*. A. Hidalgo: *Muertos, heridos y contusos*. M. Iberico: *¿Una filosofía estética?* A. Guillén: *Deucalión*. J. Edwards Bello: *El roto*. J. J. Tablada: *Li Po y otros poemas*. M. L. Guzmán: *A orillas del Hudson*. C. Lyra: *Cuentos de mi tía Panchita*. A. Ambrogi: *Crónicas marchitas*. M. Latorre: *Zurzulita*. C. Loveita: *Generales y doctores*. A. Reyes: *El plano oblicuo*. A. Korn: *La libertad creadora*. López Velarde: *El son del corazón*. Creación de las universidades populares en el Perú, revista *Mundial*. J. García Monge funda en Costa Rica el *Repertorio Americano* (-58). *Revista del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay*, *Gaceta de Montevideo*, *Los nuevos* y *Revista Militar y Naval*, en Uruguay. Repatriación de los restos de J. E. Rodó y homenaje nacional. Muere en la cárcel el poeta Domingo Gómez Rojas.

raíso. C. G. Jung: *Tipos psicológicos*. S. Undser: *Cristina Lauránsdatter* (-22). Cavafis: *Poemas* (publicados en 1935). Primer filme expresionista: *El gabinete del doctor Caligari*, de R. Wiene. Mueren B. Pérez Galdós y A. Modigliani. Knut Hamsun es Premio Nobel de Literatura.

1921

Publica su primer libro, *Trizas de papel*, en pequeña edición. Recoge en él casi todos los escritos publicados en diarios y revistas.

Por esta época ya padece de insomnios; lee y estudia hasta muy tarde; se acuesta rodeado de libros. Encarga ediciones en lengua original directamente a librerías europeas.

"(...) tenía un afán (...) de saber que no sólo causaba admiración sino que conmovía (...) El lo comprendía así y, cuando lo descubría en los ojos de sus amigos, aparentaba burlarse de sí mismo y trataba de presentarse como un hombre anulado y ridículo (...) cuando la verdad era que la vitalidad sincera y combatiente se le escapaba por cada uno de sus actos y cada una de sus palabras" (Firmado "S", 28 de febrero de 1950. Recorte de prensa del álbum familiar Almandoz-Ramos).

V: El Congreso declara a Gómez "el hombre necesario... en el presente y en el porvenir". El general Arévalo Cedeño ejecuta al general Tomás Funes, gobernador del Territorio Amazonas y autor de unos 480 asesinatos. Segunda Ley sobre hidrocarburos y demás minerales combustibles (las compañías petroleras ayudan a redactarla). Aumentan las exportaciones de petróleo. La Caribbean pone en operación los dos primeros tanqueros de bandera venezolana. Muere "El Mocho" Hernández.

C. Borges: *Discurso pronunciado en la inauguración de la Casa Natal del Libertador*. R. Yepes Trujillo: *Desde la cima*. A. Fernández García: *Bucares en flor*. R. Hurtado: *La hora de ámbar*. R. Gallegos escribe *El Forastero*, que publicará sólo veinte años después. A. E. Blanco: *Tierras que me oyeron*.

AL: Perú: primer Congreso Indígena; decreto presidencial impone las 8 horas de trabajo en las actividades agrícolas e intervención de la Comisión Inspectorá del Trabajo en todos los convenios obrero-patronales. Grave crisis salitrera en Chile. Vasconcelos ministro de Educación en México. IV Conferencia Panamericana de la Habana. Creación de los partidos comunistas argentino y boliviano. Renuncia del presidente Suárez en Colombia. En Brasil, ley de represión al anarquismo. E. Mont Reily gobernador de Puerto Rico; represión en las plantaciones azucareras. Batlle y Ordóñez presidente del Consejo Nacional en Uruguay; Congreso extraordinario del Partido Socialista, se aceptan los 21 puntos de Moscú y pasa a denominarse Partido Comunista; Despidos masivos en la industria frigorífica; 15.000 desocupados.

C. Estable: *El reino de las vocaciones*. A. Zum Felde: *Crítica de la literatura*. M. Falcao Espalter: *Antología de poetas uruguayos*. C. Sabat Ercasty: *Poemas del hombre*,

Irlanda se convierte en parte del Imperio Británico. Huelga minera en Gran Bretaña. Fundación de los partidos comunistas italiano y chino. Se funda el Partido Nacional Fascista en Italia. Hitler preside el Partido Nacionalsocialista en Alemania. Lenin pone en práctica la nueva política económica. En EE.UU., repercusión del caso Sacco-Vanzetti.

A. Einstein Premio Nobel de Física. Rorschach: psicodiagnóstico. Descubrimiento de la insulina como medio de curar la diabetes.

E. Sapir: *Lenguaje*. P. Radin: *El hombre primitivo como filósofo*. N. Hartmann: *Rasgos fundamentales de una metafísica del conocimiento*. L. Wittgenstein: *Tractatus Logico-philosophicus*. J. Ortega y Gasset: *España Inveriebrada*. M. Scheler: *De lo eterno en el hombre*. Giraudoux: *Susana y el Pacífico*. L. Pirandello: *Seis personajes en busca de autor*. Ivanov: *El tren blindado*. C. G. Jung: *La psicología del inconsciente*.

Lang: *El doctor Mabuse*. C. Chaplin: *El chico*. Von Stroheim: *Mujeres insensatas*. Revista *Ultra* en España. Max Ernst: *El elefante Celebes*.

1922

Libro de la voluntad, Libro del corazón, Libro del tiempo. F. Silva Valdés: *Agua del tiempo.* H. Quiroga: *Anaconda.* A. Valdelomar: *Los hijos del sol.* Gamarra: *Cien años de vida perdularia y Rasgos de Uluma.* H. Gálvez: *Una Lima que se va.* L. A. Sánchez: *Poetas de la colonia.* A. Palma: *Por sendas propias.* A. Hidalgo: *España no existe.* De la Riva Agüero: *El Perú histórico y artístico.* López Velarde: *Suave patria.* J. E. Rivera: *Tierras de promisión.* A. Reyes: *El cazador.* P. Neruda: "La canción de la fiesta". Revista *Alfax* en Montevideo. Revista *Prisma* en Buenos Aires. Orozco, Rivera y Siqueiros fundan el sindicato de pintores, en México. Muere Javier Prado Ugarteche. Nace Jorge Eduardo Eielson.

V: Gómez, relecto por otros siete años, reforma por segunda vez la Constitución; toda su familia centraliza el poder: Juan Vicente, presidente; Juancho, primer vicepresidente; José Vicente, segundo vicepresidente. Tercera Ley sobre Hidrocarburos: se aumenta el tamaño de las parcelas de explotación y se extiende su duración a 40 años. Revienta el primer pozo petrolero en el Zulia. Nuevo cierre (breve) de la Universidad Central por manifestaciones estudiantiles. Por arbitraje suizo, Venezuela pierde en favor de Colombia gran parte de la Goajira y otros territorios.

M. Díaz Rodríguez: *Peregrina o el pozo encantado.* J. R. Pocater: *Cuentos grotescos. La novela semanal* (dirigen R. Gallegos y J. R. Pocater) publica, por entregas, *Ifigenia* (T. de la Parra) y el cuento "La rebelión" (R. Gallegos), parte de una novela que titularía *La casa de los Cedeño.* Diario *El Herald.*

AL: Perú: cesión de los ferrocarriles nacionales a la Peruvian Co., creación oficial del Patronato de la Raza Indígena. Borno presidente de Haití. Fin de la ocupación

Fin del dominio naval británico, con el tratado de desarme de Washington. Mussolini marcha sobre Roma: la dictadura fascista en Italia. Se constituye la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Se escinde el Partido Socialista Italiano. IV Congreso de la III Internacional: Stalin, Secretario General del Partido Comunista soviético. Pío XI, Papa. Egipto, reino independiente.

J. Dewey: *Naturaleza humana y conducta.* H. Bergson: *Duración y simultaneidad.* B. Malinowski: *Argonautas del Pacífico occidental.* Lévy-Bruhl: *La mentalidad primitiva.* Weber: *Economía y sociedad.* J. Joyce: *Ulises.* P. Valéry: *El cementerio marino.* R. Martin du Gard: *Los Thibault.* Colette: *La casa de Claudine.* E. E. Cummings: *La sala enorme.* Milhaud: *La creación del mundo.* T. S. Eliot: *La tierra baldía.* B. Brecht: *Tambores en la noche.* V. Wolf: *El cuarto de Jacob.* H. Hesse: *Siddhartha.* S. Lewis: *Babbitt.* Fundación del *Reader's Digest.* Muere M. Proust. Benavente: Premio Nobel de Literatura.

1923

Publica *Sobre las huellas de Humboldt*, que anuncia como "primera parte de un ensayo en mientes" en nota que posteriormente suprime al no dar continuidad a la elaboración del proyectado trabajo.

norteamericana en Santo Domingo; presidencia de J. Vicini. Primera Corte Internacional de La Haya. Iniciación del movimiento tenientista en Brasil y fundación del Partido Comunista. Marcelo T. de Alvear presidente de la Argentina. Revuelta de cadetes de la Academia Militar contra el presidente Meléndez en El Salvador. Se funda el Partido Nacionalista de Puerto Rico. En Uruguay se produce la primera elección directa de presidente: J. Setratto. Huelgas de tranviarios, telefónicos y basureros.

D. A. Larrañaga: *Escritos*. P. Blanco Acevedo: *Informe sobre la fecha de la independencia nacional*. J. de Ibarbourou: *Raíz salvaje*. E. Oribe: *El nunca usado mar*. J. S. Chocano: *Las dictaduras organizadoras*. Zeno Gandía: *El negocio (Crónicas de un mundo enfermo)*. Uriel García: *La ciudad de los incas*. C. Vallejo: *Trilce y Escalas melografiadas*. O. Miró Quesada de la Guerra: *La realidad del ideal*. O. Gironde: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. M. Gálvez: *Historia del arrabal*. L. Lugones: *Las bojas doradas*. G. Mistral: *Desolación*. S. de la Selva: *El soldado desconocido*. E. Barrios: *El hermano asno*. Cancela: *Tres relatos porteños*. Marcel Arce: *Andamios interiores*. Arévalo Martínez: *El Señor Monitot*. Antonio Caso: *Discurso de la nación mexicana*. Movimiento estudiantista en México. Semana de Arte Moderno en San Pablo.

V: Juancho Gómez asesinado en Miraflores. Se funda en Caracas una Compañía Venezolana de Petróleo, dirigida por amigos de Gómez quien la hará su instrumento. La British Equatorial comienza la perforación del primer pozo en el lago de Maracaibo. México rompe relaciones con Venezuela.

A. E. Blanco: *Canto a España*. Semanario

Vertiginosa inflación en Alemania: el marco baja 420 millones de veces; se frustra el golpe de Hitler en Munich. Primo de Rivera impone la dictadura en España. República de Turquía: régimen de Kemal Atatürk: laicización del Estado. Victoria laborista en Inglaterra. Francia y Bélgica ocupan la cuenca del Rhur. El Fascista es el único partido legal en Italia. 200.000 miembros asisten al congreso regional del

1924

Enterado de que su hermano Lorenzo desea también escribir, le hace llegar múltiples consejos al respecto. En ellos le indica que debe hacerlo con regularidad y disciplina; rehuir la "exageración" y la "desproporción" y buscar la sencillez, así como la belleza y la originalidad; ajustar la palabra al pensamiento. Para lograrlo debe consultar constantemente el diccionario y familiarizarse con grandes autores. Le envía además las reseñas de sus librerías en Europa para que solicite directamente cuanto necesite.

Insiste también en consejos de orden personal —hábitos de vida, dedicación al trabajo, entre otros.

Entre los autores que le recomienda leer: Homero, Plutarco, Virgilio, Ariosto, Dante, Cervantes, Goethe; respecto del teatro: Shakespeare, Lope, Calderón, Tirso de Molina, Molière, Racine, Corneille. Además: novela picaresca, de casualidades, histórica, rusa, francesa, española moderna.

Fantoches (L. Martínez).

AL: Perú: aparición de Victor Raúl Haya de la Torre, manifestación pública con saldo de dos muertos, Haya de la Torre es deportado. Centenario de la independencia brasileña. Auge de la acción del Estado contra la Iglesia, en México. Asesinato de Pancho Villa. Intensa industrialización en Colombia; Pedro Nel Ospina presidente. Protesta de los trece en Cuba. Conferencia Panamericana en Chile: primer tratado de cooperación. H. Towner gobernador de Puerto Rico.

H. Delgado: *Rehumanización de la cultura científica por la psicología*. H. Castro Pozo: *Celajes de sierra. Leyendas y cuentos andinos*. C. Vallejo: *Fabla salvaje*. A. Hidalgo: *Química del espíritu*. M. Azuela: *La Malbora*. H. Brunet: *Montaña adentro*. E. Barrios: *Páginas de un pobre diablo*. Casal: *Arbol*. Fernández Moreno: *El hogar en el campo*. J. L. Borges: *Fervor de Buenos Aires*. H. Frías: *¿Aguila o Sol?* P. Neruda: *Crepusculario*. Perú, aparece la revista *Claridad*, órgano de la Federación Obrera local.

V: Muere en su exilio de Puerto Rico el ex presidente Cipriano Castro; el espionaje gomecista había seguido todos sus pasos. Gómez expulsa del país al doctor Luis Razetti. Las compañías petroleras norteamericanas, principalmente las subsidiarias de la Standard Oil (New Jersey) comienzan a adquirir concesiones de la Compañía Venezolana del Petróleo.

A. Arráiz: *Aspero*. H. Cuenca: *La inquietud sonora*. T. de la Parra: *Ifigenia*. T. Febres Cordero: *Memorias de un muchacho*. B. Millán: *Cuentos frívolos*. Revista *Bílliken* (Lucas Manzano).

AL: Perú: la International Petroleum Co.

Ku Klux Klan en Indiana, EE.UU.

Se emplea por primera vez la vacuna BCG contra la tuberculosis. Baur analiza el campo magnético terrestre. De Broglie: *Mecánica ondulatoria*.

M. Boule: *Los hombres fósiles*. Z. Svevo: *La conciencia de Zeno*. R. M. Rilke: *Elegías de Duino*. G. Lucacs: *Historia y conciencia de clase*. E. Cassirer: *Filosofía de las formas simbólicas*. B. Shaw: *Santa Juana*. B. Brecht: *Vida de Eduardo II*. J. Piaget: *El lenguaje y el pensamiento en el niño*. Esenin: *El Moscú de las tabernas*. J. Ortega y Gasset: *Revista de Occidente*. S. Freud: *El yo y el ello*. M. Scheler: *Escritos sobre sociología y teoría de la concepción del mundo*. C. De Mille: *filma Los Diez Mandamientos*. Le Corbusier: *Hacia una nueva arquitectura*. Nace María Callas. Muere Sarah Bernhardt.

Se reúne el Congreso reorganizador del Kuomintang en Cantón: proclama principios populares y alianza con el P. C.; éste lanza la primera guerra civil revolucionaria contra los caudillos militares feudales del norte. En la URSS muere Lenin; Stalin y Trostki se disputan el poder. Se proclama la república de Grecia. Es asesinado el diputado socialista Matteotti en Roma; Mussolini asumirá la responsabilidad "histórica y moral" del hecho, un año más tarde. Inglaterra y Francia reconocen a la URSS, que renuncia, por su parte, a los "tratados desiguales" impuestos por el Zar. Caso Loeb-Leopold en EE.UU. R. Mc Donald: Primer gobierno laborista en Inglaterra.

1925

La UCV reinicia sus actividades; Ramos Sucre recibe el título de Dr. en Ciencias Políticas.

Publica *La Torre de Timón* (que incluye *Trizas de papel* —con modificaciones—, *Sobre las buellas de Humboldt*, y 52 textos nuevos).

Los nuevos textos de *La torre de Timón* muestran la evolución del poeta; en ellos hay una mayor elaboración del lenguaje, una búsqueda de síntesis. En octubre publica Fernando Paz Castillo una reseña crítica sobre *La Torre de Timón*:

“El título es un (...) hallazgo. (...) Ramos Sucre vive (...) anacrónicamente en su torre de libros, ajeno a la vida cotidiana y a la literatura moderna (...) Pero, tiene una emotividad enfermiza de escritor moderno (...) Su fantasía exaltada lo lleva a situarse con preferencia en la Edad Media. (...) Goza con los paisajes de esa época tan tenebrosa que se llamó noche. (...) Muchos de sus poemas, que no otra cosa resultan sus escritos, son reminiscencias, más

adquiere la propiedad de La Brea y Paríñas; Haya de la Torre funda en México la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA). Ricardo Jiménez reelecto presidente de Costa Rica. Calles presidente de México; Machado, de Cuba; Córdoba, de Ecuador; Ayala, de Paraguay. Intervención de las Fuerzas Armadas en Chile, disolución del Congreso, renuncia de Alessandri. Segundo movimiento tenientista en Brasil. Argentina, es reglamentado por ley el trabajo de mujeres y menores. Guerra civil en Nicaragua. Victoria electoral del Partido Unionista, en Puerto Rico.

V. García Calderón: *La venganza del cóndor*. J. S. Chocano: *Ayacucho y los Andes*. A. Guillén: *Leyenda patria*. A. Palma: *Colonaje romántico*. R. Peña: *Floración*. H. Velarde: *Kibiff*. P. Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. J. E. Rivera: *La vorágine*. M. Bandéiras: *Poesías*. O. de Andrade: *Memorias sentimentales de João Miramar*. B. Lynch: *El inglés de los güesos*. G. Mistral: *Ternura*. C. Loveira: *La última lección*. D'Halmar: *La prisión y muerte del cura Deusto*. H. Quiroga: *El desierto*. V. Ocampo: *Testimonios*. Revista *Martín Fierro* en Buenos Aires.

V: Inauguración de la carretera trasandina, importante vía que incorpora los Estados andinos al centro del país. Huelga de obreros del lago de Maracaibo contra la subida del costo de la vida y las condiciones infrahumanas de trabajo: pese a las tropas mandadas por Gómez, obtienen 20% de aumento en sus jornales. Cuarta reforma de la Constitución. El nuevo ministro de Relaciones Exteriores, doctor Baptista Galindo, consigue del dictador una amnistía y una tregua en la persecución política. Vuelven a Venezuela miles de tachirenses desterrados. Muere Ignacio Andrade.

R. Gallegos: *La trepadora*. J. González

R. Alberti: *Marinero en tierra*. A. Breton: *Manifiesto surrealista y La Revolución Surrealista* (con Vitrac, Peret, Aragon, Eluard, Leiris, —29). Stalin: *Los principios del leninismo*. L. Trotsky: *Literatura y revolución*. Th. Mann: *La montaña mágica*. P. Eluard: *Morir de no morir*. A. Hitler: *Mi lucha* (—25). Saint John Perse: *Anabase*. E. O'Neill: *El deseo bajo los olmos*. Anderson: *El precio de la gloria*. Leonormand: *El hombre y sus fantasmas*. G. Gershwín: *Rapsodia en azul*. S. Einsenstein: *La huelga*. Nace Truman Capote. Mueren A. Franca y F. Kafka.

Pacto de Locarno (Alemania y los Aliados). Albania se transforma en República. Virulencia racista en EE.UU.: El Ku-Klux-Klan. Muerte de Sun-Yat-sen en China. Ho-Chi-Mingh funda la Liga revolucionaria de la juventud vietnamita. Hindenburg presidente de Alemania. Trotski es destituido de sus funciones. Oleada huelguista en Shangay, Cantón y Hong Kongh. Primo de Rivera disuelve sindicatos y prohíbe huelgas en España; se pone fin a la rebelión marroquí. República de Tanzania. Desarrollo de la mecánica cuántica (Heisenberg; Born y Pascual Jordán). Bush construye la primera computadora analítica.

que de la lectura, de las láminas que ilustran viejos libros: Gustavo Doré, Durero, etc.”.

El Boletín de la Academia Nacional de la Historia y, en el semanario *Fantoches*, Pablo Domínguez, reseñan la publicación de la obra. *Elite* publica un artículo al respecto firmado “El Orate” y una carta de Bartolomé López de Ceballos dirigida a Ramos Sucre: “Estoy leyendo a ‘Timón’ con verdadero deleite. (...) me hubiera gustado recibirlo con unas líneas tuyas, lo que me hubiera permitido hacer un estudio grafológico y completar por este aspecto el examen que vengo haciendo de la compleja y muy original personalidad de Ud., acerca de la cual he empezado a escribir un ensayo, en que lo estudio en su medio, esto es, describo la fiera en su *den*, o sea en el desván del Ministerio del Exterior, que más que Oficina de Interpretación de lenguas, parece la guardarropa de un teatro por los numerosos e inconexos enseres que allí se encuentran.” (El ensayo nunca fue dado a conocer).

Entre este año y 1929 publica Ramos Sucre sus aforismos bajo diversos títulos: “Granizada”, “Réplica”, “Argumentos”, “Cencerro”, “Resumen”, que aparecen en *Los aires del presagio*.

1926

Se muda a una pensión por la plaza del Panteón.

Publica “Un sofista”, crítica a Leopoldo Lugones que no recoge posteriormente en sus libros.

Eiris: *En pedazos*. Revista *Elite*.

AL: Perú: Leguía es reelecto presidente; protestas contra el fallo de EE.UU. acerca del problema Tacna-Arica; deportaciones de universitarios; primera Asamblea Latinoamericana Aprista en París. "Marines" en Honduras durante la guerra civil. Siles presidente de Bolivia. Alessandri reasume el poder en Chile y renuncia una vez más. Huelga en Colombia. Agitación y manifestaciones en Cuba, se funda el Partido Comunista.

Haya de la Torre: *Nuestro frente intelectual*. A. Guillén: *Laureles*. J. C. Mariátegui: *La Escena Contemporánea*. J. M. Pollat: *Don Quijote en yanquilandia*. A. Morales: *El pueblo del Sol*. Valcárcel: *Del allya al imperio, de la vida incaica*. J. Vasconcelos: *La raza cósmica*. Sanín Cano: *La civilización manual*. J. de Lima: *El mundo del niño imposible*. A. Donoso: *La otra América*. L. de Greiff: *Tergiversaciones*. P. Neruda: *Tentativa del hombre infinito*. O. Gironde: *Calcomanías*. Felisberto Hernández: *Fulano de tal*. C. Palma: *Historietas malignas*. A. Storni: *Ocre*. J. L. Borges: *La luna de enfrente*. Revista *Los Nuevos*, en Bogotá.

V: Gómez hace que el Estado le compre por diecisiete millones de bolívares su latifundio "Hatos del Caura", que él había adquirido en 1911 por ochenta mil bolívares. El valor de las exportaciones de petróleo supera, por primera vez, las del café. Primera emisora de radio en el país. Población de Venezuela: 3.026.0000 habitantes.

M. Briceño Iragorry: *Lecturas venezolanas*. P. E. Coll: *Literaturitis*. A. Mancera Galletti: *Alma adentro*.

AL: H. Siles presidente de Bolivia. A. Díaz presidente de Nicaragua. Se inicia oposición armada de Sandino. A. Aroya asume el poder en Ecuador tras derroca-

H. Man: *La psicología del socialismo*. J. Dos Passos: *Manhattan transfer*. J. Ortega y Gasset: *La deshumanización del arte*. N. Hartmann: *Ética*. J. Dewey: *Experiencia y Naturaleza*. Dreiser: *Una tragedia americana*. F. Kafka: *El proceso* (póstumo). Babel: *Caballería roja*. S. Fitzgerald: *El gran Gatsby*. Mondale: *Huesos de sepia*. G. Diego: *Versos humanos*. Watson: *El Conductismo*. Sklovski: *Teoría de la Prosa*. Exposición de pintores surrealistas en París. S. Einsenstein: *El acorazado Potemkin*. C. Chaplin: *La quimera del oro*. Vidor: *El gran desfúe*. Nacimiento del "Charleston". Fundación del *New Yorker*. George Bernard Shaw Premio Nobel de Literatura.

Huelga general en Gran Bretaña. En Portugal comienza la dictadura de Salazar, bajo el gobierno nominal de Antonio Carmona. Alemania ingresa a la Sociedad de Naciones. El emir Ibn Saud se apodera de La Meca y se proclama rey de Hedjaz. Hirohito es emperador del Japón. Dictadura de Pilsudski en Polonia. Rebelión del PKI resulta abortada en Indonesia. Gramsci es encarcelado hasta su muerte en 1937. Se crea la República del Líbano.

Creación del Círculo Lingüístico en Praga. Investigaciones sobre las enzimas.

K. Kautsky: *¿Son los judíos una raza?*
R. Valle-Inclán: *Tirano Banderas*. R. Al-

1927

El 24 de junio recibe la Orden del Libertador.

miento de Córdoba. Gran influencia del coronel Ibáñez en Chile. Guerra crístera en México. Formación de la Confederación Obrera Argentina. En Brasil se adopta el cruzeiro como unidad monetaria.

H. Delgado: *Sigmund Freud*. Concha Meléndez: *Amado Nervo*. Alejandro Peralta: *Ande*. P. Neruda: *El habitante y su esperanza*. V. García Calderón: *Sonrisas de París, Si Loti hubiera venido y Danger de mort, récits péruviens*. A. Palma: *Uno de tantos y El Azar*. J. L. Borges: *El tamaño de mi esperanza*. L. Marechal: *Días como flechas*. Mallea: *Cuentos para una inglesa desesperada*. E. Larreta: *Zogoibi*. M. Rojas: *Hombres del sur*. R. Güiraldes: *Don Segundo Sombra*. R. Arlt: *El juguete rabioso*. R. González Tuñón: *El violín del diablo*. H. Quiroga: *Los desterrados*. R. Boti: *La torre del silencio*. T. Carrasquilla: *Ligia Cruz y Rogelio*. A. Acosta: *La zafra*. C. García Prada: *La personalidad histórica de Colombia*. Salarrué: *El Cristo Negro*. Serie de revistas vanguardistas en Perú: *Trampolín; Hangar; Rascacielos; Timonel*, de S. Delmar-M. Portal. Revista *Horizontes*, en México. En Buenos Aires grupo *Qué* (A. Pellegrini).

V: Román Delgado Chalbaud, encarcelado desde 1913, es puesto en libertad junto con otros prisioneros. La Rotunda es clausurada por breve tiempo.

P. E. Coll: *La escondida senda*. J. Gardmendía: *La tienda de muñecos*. J. R. Pocaterra: *Memorias de un venezolano de la decadencia*. L. E. Mármol: *La locura del otro*. Diario *La Esfera*.

AL: Perú: cesión de territorio al Brasil; detención gubernamental de los principales dirigentes obreros, prohibición de toda actividad sindical y disolución de la Federación obrera local y otros sindicatos, deportación de intelectuales. Pío Romero Bos-

berti: *Cal y canto*. Menéndez Pidal: *Orígenes del español*. Mao Tse-tung: *Sobre las clases sociales en la sociedad china*. A. Gide: *Los monederos falsos*. B. Brecht: *El hombre es el hombre*. F. Kafka: *El castillo* (póstumo). T. E. Lawrence: *Los siete pilares de la sabiduría*. E. Hemingway: *El sol también sale*. W. Faulkner: *La paga de los soldados*. P. Eluard: *Capital del dolor*. E. O'Neill: *El gran Dios Brown*. Malinowsky: *El mito en la psicología primitiva*. R. Magritte: *Los signos de la noche*. J. Miró: *Mano atrapando un pájaro*. Exposición de M. Chagall en Nueva York y de P. Klee en París. F. Lang: *Metrópolis*. A. Renoir: *Nana*. Murnau: *Fausto*. "Edad de oro" de los comics (—30). Artaud, Aron y Vitrac fundan el teatro "Alfred Jarry". Muere C. Monet.

Chiang Kai-shek rompe con el Partido Comunista chino e instala su gobierno en Nankín; masacre de comunistas en Shanghai; Mao crea el Ejército Popular de Liberación y comienza la segunda guerra civil revolucionaria con una táctica radicalmente distinta: "Del campo a la ciudad". En Italia se fortalece el fascismo y los sindicatos son disueltos; Mussolini organiza el sistema corporativo. Ejecución de Sacco y Vanzetti en EE.UU. Se inaugura en Bruselas el Congreso de Pueblos Oprimidos. Se prohíben en Gran Bretaña las huelgas ilegales.

Lindbergh realiza el primer vuelo transatlántico sin escalas. Heisenberg anuncia el

1928

En enero aparece el primer —y único— número de la revista *válvula*, que reúne “un puñado de hombres jóvenes sin fe, con esperanza y sin caridad”, según el editorial elaborado por Arturo Uslar Pietri. Allí aparece “El cortesano”, de Ramos Sucre, junto con textos de Nelson Himiob, Carlos Eduardo Frías, Uslar Pietri, Salazar Domínguez, Miguel Otero Silva. Recibe críticas por haberse mezclado con el grupo vanguardista, que es recibido adversamente (V. Raúl Agudo Freites. *Pío Tamayo y la vanguardia*. “Nos juzgamos llamados al cumplimiento de un tremendo deber, insinuado e impuesto por nosotros mismos, el de renovar y crear”, dicen. Ramos Sucre decide aceptar el pedido expreso de colaboración para la revista, que recibe por el prestigio que había ganado.

que presidente de El Salvador. Comienza resistencia popular contra Machado en Cuba. Ibáñez presidente de Chile. Intervención norteamericana en Nicaragua; Sandino en lucha contra la Guardia Nacional y el invasor. Segunda huelga petrolera en Colombia. Se funda en Guatemala la Liga Antiimperialista y el movimiento *Vanguardia* en Nicaragua (J. Coronel Urtecho). Intervención económica de EE.UU. en México. Se funda la primera cátedra de literatura hispanoamericana de Puerto Rico (Concha Meléndez).

Quendo de Amat: *Cinco metros de poemas*. M. Portal: *Una esperanza y el mar*. E. Bustamante y Ballivián: *Antipoemas y Odas vulgares*. J. S. Chocano: *El libro de mi proceso*. Haya de la Torre: *Por la emancipación de América Latina*. F. Chávez: *Plata y bronce*. Alcántara Machado: *Brás, Bexiga o Barra Funda*. Arévalo Martínez: *Noches en el Palacio de la Nunciatura*. Reyes: *Cuestiones Gongorinas*. R. E. Molinari: *El imaginero*. En Perú revista *La Sierra*, clausura temporal de *Amauta* y revista vanguardista *Guerrillera*. Revista *Ulises*, en México. Teatro de Juguete, en Río de Janeiro, y primera *Ecola do Samba*.

V: Año de la histórica "Generación del 28". La Semana del Estudiante (6-12/II), de carácter aparentemente festivo, deriva en un movimiento político contra Gómez, implicando a militares y civiles que asaltan el Cuartel San Carlos. Los estudiantes son enviados a La Rotunda, al Castillo de Puerto Cabello o a realizar trabajos forzados en las carreteras de Palenque. Se crean el Banco Obrero y el Banco Agrícola y Pecuario. Primera Ley del Trabajo (no aplicada hasta 1935). Quinta reforma de la Constitución.

S. Medina: *Cigarras del trópico*. R. Blanco Fombona: *Tragedias grotescas*. R. Hurta-do: *Tríptico*. *La Semana* (I. Palacios).

principio de Indeterminación.

W. Kahler: *La mentalidad de los monos*. G. Elliot Smith: *Ensayos sobre la evolución del hombre*. M. de Unamuno: *Romancero del destierro*. Santayana: *Los reinos del Ser* (-40). F. Mauriac: *Thérèse Desqueyroux*. M. Heidegger: *El ser y el tiempo*. B. Russell: *El análisis de la materia*. G. Marcel: *Diario metafísico*. L. Cernuda: *Perfil del aire*. Boas: *El arte primitivo*. B. Brecht: *Mabagonny*. H. Hesse: *El lobo estepario*. F. Kafka: *América* (póstumo). J. Cocteau: *Orfeo*. F. García Lorca estrena *Mariana Pineda*. Primera película de dibujos animados a colores: el gato Félix. Crosland: *El cantante de jazz* (primera película musical sonora). S. Einsteinstein: *Octubre*. Gropius: el teatro total. I. Stravinsky: *Edipo Rey*. H. Bergson: Premio Nobel de Literatura.

Primer Plan Quinquenal de la URSS; creación de las granjas cerealeras estatales; L. Trotski es enviado a Siberia. Pacto Briand-Kellog de no agresión. En Italia, nueva ley electoral con lista única; procesamiento de Gramsci y otros líderes comunistas. Hoover es elegido presidente de EE.UU. Se reimplementa la monarquía en Albania. En España, nace el "Opus Dei".

Fleming descubre la penicilina.

R. Carnap: *La estructura lógica del mundo*. M. Scheler: *El puesto del hombre en el cosmos*. Politzer: *Crítica de los fundamentos de la psicología*. A. Métraux: *La religión de los Tupinambás*. M. Mead: *Ado-*

1929

“Algunas preocupaciones me han asaltado en este año desventurado. Pero mi paciencia es sobrehumana (...) Nadie trata de averiguar nuestros méritos, sino de advertir si somos sociables y tolerantes”.
El insomnio lo desespera: “Para salvar mi sueño, me he visto en el caso de alquilar la vivienda contigua”, evitando así ruidos que lo turban.

AL: Restablecimiento de relaciones entre Perú y Chile. Perú cede a perpetuidad los ferrocarriles del Estado a la Peruvian Co.; primera compañía aérea nacional. Obregón reelecto y asesinado en México. Machado reelegido en Cuba. Yrigoyen presidente de la Argentina. Huelga bananera contra la United Fruit en Colombia: represión y masacre. En Tegucigalpa Fraylán Turcio edita la revista *Ariel*, vocero de la causa sandinista. El coronel Ch. A. Lindbergh, volando desde Belice llega hasta El Salvador. Se concede voto femenino, por Ley, en Puerto Rico.

R. Martínez de la Torre: *El movimiento obrero de 1919*. J. C. Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Haya de la Torre: *Teoría y práctica de la juventud antiimperialista*. L. A. Sánchez: *La literatura peruana - Tomo I y Derrotero para una historia espiritual del Perú*. E. Pavlevich: *6 poemas de la Revolución*. V. García Calderón: *Couleur de sang*. A. Hidalgo: *Descripción del cielo*. M. Portal: *El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica*. P. Henríquez Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. M. L. Guzmán: *El águila y la serpiente*. M. Fernández: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. R. G. Tuñón: *Miércoles de ceniza*. M. Brull: *Poemas en menguante*. Price-Mars: *Así habló el tío*. M. de Andrade: *Macunaima*. O. de Andrade: *Manifiesto antropológico*. C. Loveira: *Juan Criollo*. C. McKay: *Home to Harlem*. Revista *Contemporáneos*, en México. En Perú se empieza a publicar el periódico *Labor*.

V: Sexta reforma de la Constitución: Juan Bautista Pérez, presidente de la Corte Federal y de Casación, se encarga de la presidencia de la República, mientras Gómez es Comandante en Jefe del Ejército. El régimen sufre múltiples ataques pero

lescencia en Samoa. D. H. Lawrence: *El amante de Lady Chatterley*. A. Huxley: *Contrapunto*. V. Woolf: *Orlando*. Sholovov: *El Don apacible*. A. Breton: *Najda*. Propp: *Morfología del cuento*. F. García Lorca: *Romancero Gitano*. E. O'Neill: *Extraño interludio*. V. Aleixandre: *Ambito*. J. Guillén: *Cántico*. A. Malraux: *Los conquistadores*. B. Brecht: *La ópera de tres centavos*. M. Ravel: *Bolero*. G. Braque: *La mesa redonda*. L. Buñuel y S. Dalí: *El perro andaluz*. Primer Congreso Internacional de Lingüística en La Haya.

"Viernes Negro" en Nueva York; crack bursátil con vastas repercusiones mundiales: recesión y desocupación en todo el mundo capitalista. Victoria electoral del laborismo en Inglaterra. Alejandro I de Yugoslavia disuelve el Parlamento y anula

A su carácter susceptible, quienes lo conocieron añaden "rasgos de irascibilidad de los últimos años (...), manifestaciones de aquella permanente crisis de nervios" (Arroyo Alvarez, "Valores Venezolanos. Ramos Sucre el atormentado". *El Universal*, 17 de agosto de 1953, páginas 4 y 5).

"El desequilibrio de mis nervios es un horror y sólo el miedo me ha detenido en el umbral del suicidio. Uno no hace lo que quiere sino lo que le permiten las circunstancias de herencia, educación, salud o enfermedad corporal, etc.

Nuestros actos son involuntarios y hasta irreflexivos" (...)

"Yo he sido querido, admirado, compadecido por bellísimas mujeres. Naturalmente no he abusado de su bondad". (Carta a Lorenzo Ramos, 25 de agosto).

Hacia fines de este año publica sus dos últimos libros: *El cielo de esmalte* y *Las formas del fuego*. Recoge en ellos textos dispersos en periódicos y revistas aparecidos en los últimos cuatro años.

Aparecen los artículos críticos al respecto en la revista *Cultura Venezolana*; *Los libros*, en el n° 97 sin firma, y otro escrito por Pedro Sotillo —"Sobre el Cumanés José Antonio Ramos Sucre"— en el n° 99. Comenta: "Los juicios acerca de mis dos libros han sido superficiales" (A Lorenzo Ramos; 25 de agosto).

"Dale las gracias a Pedro Sotillo por sus notas generosas acerca de mi labor y adviértele que se equivoca al calificarme de misógino" (A J. Nucete Sardí; 7 de enero de 1930).

El 26 de noviembre es designado cónsul en Ginebra; desea someterse a tratamiento en Europa debido a sus padecimientos de salud. Los preparativos de su viaje son apresurados, parte el 1 de diciembre. A fines de mes llega a Italia y sigue viaje por tren a Ginebra, donde permanece escasos días; el 27 llega a Hamburgo y se dispone a iniciar tratamiento.

todos fracasan: sublevación del general José Rafael Gabaldón (Portuguesa); sexta invasión de Arévalo Cedeño (Arauca); levantamiento del general Norberto Borges (Miranda); asalto a Curazao e invasión por Coro de R. S. Urbina; invasión por Cumaná de R. Delgado Chalbaud y Luis Rafael Pimentel (éste queda gravemente herido; Delgado Chalbaud y el poeta Armando Zuloaga Blanco mueren). Un terremoto destruye a Cumaná (enero). Hay 108 compañías petroleras inscritas ante el Ministerio de Fomento pero sólo 14 han llegado a la etapa de explotación y 6 a la de exportación. Muere Lisandro Alvarado.

R. Gallegos: *Doña Bárbara*. R. Blanco Fombona: *El Modernismo y los poetas modernistas*. V. Lecuna: *Cartas del Libertador*. T. de la Parra: *Memorias de Mamá Blanca*. B. Millán: *La radiografía y otros cuentos*. R. Rivero Oramas: *Un galán como loco* (película muda).

AL.: Perú: reelección de Leguía; Tratado de Lima, Tacna pasa al Perú y Arica queda para Chile; los monumentos arqueológicos son propiedad del Estado (Ley 6634). Vicente Mejía Colindres presidente de Honduras. Período de "Maximato" en México, bajo la influencia de Calles. Muere Batlle y Ordóñez en Uruguay. Primera Conferencia de los partidos comunistas latinoamericanos. Mella asesinado en México. Moncada presidente de Nicaragua. Fuerte impacto sobre los países de AL de la crisis económica norteamericana. Sandino y F. Martí viajan a México, donde se separan.

L. A. Sánchez: *La literatura peruana*, tomo II. J. C. Mariátegui: *La novela y la vida: Sigfried y el profesor Canella*. Basadre: *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. Reyna: *El amaute Atusparia*. A. Orrego: *El monólogo eterno*. Eguren: *Poesías*. E. Amorín: *La carreta*. M. L. Guzmán: *La sombra del caudillo*. Wyld

la Constitución. Creación del Estado Vaticano por el Concordato de Letrán. Albania es invadida por Italia y pasa a ser protectorado. Levantamiento antijaponés en Corea. En la India, el Partido del Congreso reclama la independencia. Comunistas y nacionalsocialistas se fortalecen en Alemania: represión de las manifestaciones por el 1.º de mayo; otro golpe frustrado de Hitler. Trotski es desterrado a Constantinopla. Se propaga el gangsterismo en EE.UU., favorecido por la prohibición de venta de licores.

B. Russel: *Matrimonio y moral*. K. Mannheim: *Ideología y utopía*. R. Lynd: *Middletown*. J. Ortega y Gasset: *La rebelión de las masas*. W. Reich: *Materialismo dialéctico y psicoanálisis*. W. Faulkner: *El sonido y la furia*. E. Hemingway: *Adiós a las armas*. Moravia: *Los indiferentes*. J. Cocteau: *Los niños terribles*. E. Ma. Remarque: *Sin novedad en el frente*. L. Felipe: *Versos y oraciones para caminantes*. S. Dalí: *El gran masturbador*. M. Ernst: *La mujer de las cien cabezas*. Claudel: *El zapato de raso*. Von Sternberg: *El ángel azul*. Es inaugurado en Nueva York el Museo de Arte Moderno. Thomas Mann es Premio Nobel de Literatura.

1930

Enero. El día 4 se interna en el Instituto Tropical de Hamburgo durante un mes. En sucesivas cartas a miembros del servicio consular muestra una gran preocupación por su trabajo y reitera que está dispuesto a cumplir con él. "Los insomnios, de una tenacidad inverosímil, —dice— amenazan de cerca mis facultades mentales" (A Dolores Emilia Madriz).

Hace emocionados comentarios de Goethe. Aún parece conservar algo del hábito de caminar por la ciudad.

Febrero. A comienzos de este mes cuenta que lo declaran curado de amibiasis pero los "desórdenes nerviosos siguen siendo horribles". Se interna entonces en el sanatorio *Stephanie*, en Merano, al norte de Italia. "Puedo pasar horas continuas en la cama —dice— sin hacer movimiento y sin intentar dejarla". Siente horror por el tratamiento: "Solamente el miedo al suicidio me permite sufrir con tanta paciencia".

Marzo. Desea aún seguir en Merano pero la salida de Luis Yépez del consulado de Ginebra le hace viajar para reemplazarlo. Desea allí una pensión "decente, sin ruido, sin frío" y con buena alimentación. El día 12 llega a Ginebra, "una ciudad muy aburrida y lluviosa", y toma el cargo.

A partir de la salida del sanatorio parece perder las expectativas de curación que aún conservaba.

El día 18, según telegrama de César Zumeta, Ministro de Venezuela en París, "Ramos intentó suicidarse Veronal. Sigue mejor. Insistencia idea". Ingiere el medicamento en la soledad de la embajada pero el organismo lo rechaza. Al intentar salir a la calle, al día siguiente, cae por la debilidad y los transeúntes lo llevan al hospital, donde recibe tratamiento. La correspondencia se interrumpe durante varios días. En Ginebra escribe "Residuo", su último poema, durante el mes de marzo: "Yo decliné mi frente sobre el páramo de las revelaciones y el terror (...) Mi voz te ha ahuyentado de mi duro camino, ave procelaria, cénit de la cúpula del cielo".

Abril. A comienzos de mes escribe a su prima Dolores Emilia Madriz: "Sólo puedo asegurarte que no volverás a verme enfermo".

Ospina: *El autócrata*. M. A. Asturias: *Rayito de estrella*. H. Quiroga: *Pasado amor*. Pereda Valdés: *Raza Negra*. R. Arlt: *Los siete locos*. M. Fernández: *Papeles de recién venido*. L. Marechal: *Odas para el hombre y la mujer*. Revistas *Hostos* e *Índice* (-31), en Puerto Rico. La revista *Labor* es clausurada por el gobierno peruano. Le Corbusier visita Argentina, Brasil y Uruguay.

V: Conmemoración del centenario de la muerte del Libertador. Inauguración del Monumento de Carabobo. Cancelación de la deuda externa (24 millones de bolívares). Una manifestación popular contra Gómez llega hasta La Rotunda (varios muertos y heridos). Se establece la C.A. Nacional Teléfonos de Venezuela. Oleoducto de 145 km de longitud (el más largo del país por entonces) en el lago de Maracaibo. Primera emisora comercial de radio.

J. Morales Lara: *Savia*. L. Vallenilla Lanz: *Disgregación e integración: ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana*. E. Arroyo Lameda: *Motivos hispanoamericanos*. C. E. Frías: *Canícula*. N. Himiob: *Los giros de mi hélice*. G. Meneses: "Juan del cine" (su primer cuento).

AL: Perú: creación del APRA en Lima; estalla una revolución en Arequipa, muere Leguía, el partido socialista se convierte en comunista. Yrigoyen depuesto por Uriburu en la Argentina; disolución del Congreso y Ley Marcial. Agudización de la crisis económica mexicana bajo la presidencia de Ortiz Rubio Trujillo gana elecciones en Santo Domingo. Siles derrocado en Bolivia. Revolución de octubre en Brasil y ascenso al poder de Getulio Vargas, hasta 1945.

V. A. Belaúnde: *La realidad nacional*. A. S. Pedreira: *Aristas*. A. Palma: *Contando cuentos*. E. Bustamante y Ballivián: *Junín y nueve poetas del Brasil*. N. Guillén: *Mo-*

Tras el putch de Munich, intentos de Hitler por vía legal lo conducen hacia mejor éxito: cien diputados nacionalsocialistas son electos. Cae Primo de Rivera en España. Se funda en Portugal el partido único "Unión Nacional". M. Gandhi inicia en la India su segundo movimiento de desobediencia civil. Se declara la independencia de Irak. Es fundado el P. C. vietnamita.

Descubrimiento del planeta Plutón. Se inicia la biología molecular.

S. Freud: *El malestar en la cultura*. Seligman Editor: *Enciclopedia de ciencias sociales*. H. Hesse: *Narciso y Glomundo*. W. Faulkner: *Mientras agonizo*. R. Musil: *El hombre sin atributos* (-43). J. dos Pasos: *Paralelo 42*. J. Cocteau: *La voz humana*. F. García Lorca: *La zapatera prodigiosa*. L. Pirandello: *Esta noche se improvisa*. Auden: *Poemas*. Quasimodo: *Agua y tierra*. D. Hammett: *El balcón maltés*. L. Buñuel: *La edad de oro*. El "burlesque", en cine: H. Lloyd, B. Keaton, Laurel y Hardy, los hermanos Marx. P. Klee: *En el espacio*. Premio Carnegie para Pablo Picasso. Rouault ilustra *La Pasión* y *El circo*, de Suárez. Fotografías de Cartier-Bresson. Schönberg: *Moisés y Aarón*. Suicidio de Maiakovski. Sinclair Lewis es Premio Nobel de Literatura.

A fines de mes escribe a su hermano Lorenzo: "Mi estado de salud no inspira ninguna alarma, y te digo esto para impedir que esta carta se torne sombría". El mismo día dice a su prima: "Yo no sé cómo estoy pero te aseguro que no siento mucho miedo de la muerte".

Mayo. Hasta el día 2 (desde el 27 de abril) se encuentra ocupado con la celebración de la Asamblea de la Liga de Naciones, en Ginebra.

Junio. El día 7 escribe: "yo no me resigno a pasar el resto de mi vida, ¡quién sabe cuántos años!, en la decadencia mental (...) Temo muchísimo perder la voluntad para el trabajo (...) Apenas leo. Descubro en mí un cambio radical en el carácter. Pasado mañana cumpla cuarenta años y hace dos que no escribo una línea" (...).

"Los médicos de Europa no han descubierto qué es lo que me derriba. Yo supongo que son pesares acumulados".

El día 9 de junio cumple cuarenta años. Otro telegrama de Zumeta a la Cancillería advierte "Nueva tentativa suicida Ramos Sucre. Este requiere tratamiento especial"; sin embargo no se recupera de la sobredosis de hipnóticos ingerida y, el 13 de junio, muere.

El mismo día llega la noticia a Caracas. Al día siguiente los diarios del país publican notas elogiosas sobre él: *El Universal*, *El Nuevo Diario*, *La Esfera*, *El Herald*, *El Sol*, *El Impulso*, entre otros. Diarios, revistas, asociaciones culturales se preparan a rendirle homenaje. *El Nuevo Diario* propone hacerle una estatua.

En los días siguientes se publican recordatorios: F. Paz Castillo, E. B. Núñez, A. Mijares, P. Sotillo, L. Correa, Gabriel Espinoza.

16 de junio. Homenaje fúnebre en Ginebra, con la asistencia de varios diplomáticos.

Sus pertenencias son enviadas a su madre en Caracas.

Julio. El día 17 llegan los restos a La Guaira. Permanece en capilla ardiente, en el Hospital San Juan de Dios, hasta el día 20; debe ser enterrado, según su voluntad, en Cumaná, en el viejo cementerio de Santa Inés.

El 21 de julio Cumaná, con homenajes fúnebres, recibe los despojos mortales de Ramos Sucre. El entierro se realiza el día 25, en el panteón de la familia Ramos Martínez.

tivos de son. J. Torres Bodet: *Destierro.* M. A. Asturias: *Leyendas de Guatemala.* D. de Andrade: *Alguna poesía.* F. Turcios: *Cuentos del amor y de la muerte.* J. L. Borges: *Evaristo Carriego.* R. G. Tuñón: *La calle del agujero en la media.* A. Korn: *Ensayos filosóficos.* Zum Felde: *Proceso intelectual del Uruguay.* M. Gálvez: *Miércoles santo.* Villarino: *Calle apartada.* J. de Ibarbourou: *La rosa de los vientos.* En Perú aparece la revista *Presente.* En Santiago de Chile primera Facultad de Bellas Artes de América.

BIBLIOGRAFIA

I. OBRAS DE JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE ¹

Traducción del latín del Prefacio de Chauveton a *La Historia del Mondo Nuovo* de Jeronimo Benzoni. En *El Cojo Ilustrado*. N° 471. Caracas, agosto de 1911. (*)

"Del destierro". En *Ritmo e Idea*. Revista Literaria. Año I. N° 1. Cumaná, 15 de diciembre de 1911. (**)

"Ideas dispersas sobre Fausto". En *El Cojo Ilustrado*. N° 488. Caracas, abril de 1912. (*)

"Reflexiones sinceras". En *Atenas*. Revista de Ciencias y Artes. Caracas, 15 de mayo de 1912. (**)

"El Paría". En *Cultura*. Revista cultural. Caracas, noviembre de 1912.

"El poeta de la democracia". En *El Tiempo*. Caracas, 22 de enero de 1913. (**)

"Estirpe Procera". En *El Tiempo*. Caracas, 4 de abril de 1913. (*)

"Ni el derecho ni la fuerza". En *El Tiempo*. Caracas, 21 de abril de 1913. (*)

"Comentarios a un crimen". En *El Nuevo Diario*. Caracas, 28 de marzo de 1914. (*)

Traducción del alemán de escritos de Luis Uhland: "La Serenata", "La vida de los muertos", "El ramillete", "Elegía a un cura de aldea". En *Renovación*. Caracas, 20 de mayo de 1916. (*)

1. Esta bibliografía comprende tanto las obras mayores como los textos hemerográficos no incluidos por el propio autor en sus libros.

Los trabajos marcados con (*) han sido recopilados por Rafael Angel Insausti en *Los Aires del Presagio*. Caracas, Colección Rescate, 1960 (compilación, prólogo y notas de R. A. Insausti).

Los titulados: "Granizada (1925)", "Réplica", "Resumen", "Argumentos", "Cencerro" y "Granizada" (1929) han sido incluidos en dicho libro con el título genérico de "Granizada".

Los trabajos marcados con (**) han sido recopilados por Caupolicán Ovalles en "La Gran Papelería del Mundo y Ramos Sucre". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 21 de junio de 1970.

- "El contrato de venta. Observación". En *El Universal*. Caracas, 26 de julio de 1918. (*)
- Trizas de papel*. Caracas, Imprenta Bolívar, 1921. 96 pp.
- Sobre las Huellas de Humboldt*. Caracas, Tipografía Mercantil, 1923. 16 pp.
- "Granizada". En *Elite*. Caracas, 10 de octubre de 1925. (*)
- La Torre de Timón*. Caracas, Litografía y Tipografía Vargas, 1925. 221 pp.
- "Un sofista". En *El Nuevo Diario*. Caracas, 27 de enero de 1927. (*)
- "Réplica". En *La Universidad*. Caracas, septiembre de 1927. (*)
- "Resumen". En *Elite*. Caracas, 24 de diciembre de 1927. (*)
- "Argumentos". En *Elite*. Caracas, 7 de julio de 1928. (*)
- "Cencerro". En *Elite*. Caracas, 5 de enero de 1929. (*)
- El Cielo de Esmalte*. Caracas, Tipografía Americana, 1929. 159 pp.
- Las Formas del Fuego*. Caracas, Tipografía Americana, 1929. 159 pp.
- "Granizada". En *Elite*. Caracas, 7 de septiembre de 1929. (*)
- "Residuo". Ginebra, marzo de 1930. (Hallado entre las pertenencias del poeta). Publicado por José Nucete Sardi en su artículo "José Antonio Ramos Sucre: un retrato, su último poema, página de inquietudes". En *El Universal*. Caracas, 13 de junio de 1931.

II. ANTOLOGIAS Y SELECCIONES

- BRICEÑO IRAGORRY, MARIO (recopilador). "Geórgicas" en *Lecturas Venezolanas*. Caracas, Editorial Suramérica, 1926. pp. 283-284.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN. Obras (*La Torre de Timón, El Cielo de Esmalte, Las Formas del Fuego*). Caracas, Ministerio de Educación. Biblioteca Popular Venezolana, 1956. 349 pp. (prólogo de Félix Armando Núñez).
- USLAR PIETRI, ARTURO (recopilador). "El Retórico", "El Mandarín" en *Lecturas para jóvenes venezolanos*. Caracas, Edime, 1959. pp. 226-227.
- INSAUSTI, RAFAEL ANGEL (recopilador). *Los Aires del Presagio*. Caracas, Colección Rescate, 1960. (Compilación, prólogo y notas de R. A. Insausti). (Incluye poemas, cartas y traducciones).
- MEDINA, JOSÉ RAMÓN (recopilador). "Isabel", "Los gafos", "El fugitivo", "Lied", y "El sopor" en *Antología Venezolana*. Madrid, Editorial Gredos, Colección Antología Hispánica, 1962. pp. 13-17.
- PÉREZ PERDOMO, FRANCISCO (recopilador). *Antología Poética de José Antonio Ramos Sucre*. Caracas, Editorial Monte Avila, 1969. 175 pp. (Ordenación y prólogo de F. Pérez Perdomo).
- BONEYTO, ANTONIO (recopilador). *Narraciones de lo real y lo fantástico*. (Incluye varios autores). Barcelona, Ediciones Picasso, 1971. 457 pp.
- BACIU, STEFAN (recopilador). *Antología de la poesía surrealista latinoamericana*. (Incluye varios autores). México, Editorial Joaquín Mortiz, 1974.

- PÉREZ PERDOMO, FRANCISCO (recopilador). *Ramos Sucre. Antología poética*. Caracas, Dirección de Cultura de la Gobernación del D. F., 1976. 67 pp.
- PÉREZ PERDOMO, FRANCISCO (recopilador). *Antología Poética de J. A. Ramos Sucre*. (Edición ampliada). Caracas, Editorial Monte Avila, 1978. 237 pp. (Recopilación y prólogo de F. Pérez Perdomo).

III. ESCRITOS SOBRE J. A. RAMOS SUCRE

- ALONSO, MARÍA ROSA. "José Antonio Ramos Sucre: el último raro". En *El Universal*. Índice Literario. Caracas, 4 de diciembre de 1956.
- AMENGUAL, ALBERTO. "A 45 años de su muerte: Ramos Sucre según dos poetas y un narrador". En *Ultimas Noticias*. Suplemento Cultural. p. 25. Caracas, 22 de junio de 1975.
- ARROYO ALVAREZ, EDUARDO. "Ramos Sucre: el atormentado". En *El Universal*. pp. 4-5. Caracas, 17 de agosto de 1953.
- ARROYO LAMEDA, EDUARDO. "Un admitador recuerda". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 14 de junio de 1970.
- BADARACO B., DOMINGO. "Homenaje a Ramos Sucre (Oración fúnebre)". En *Oriente Universitario*. N° 45. p. 24. Cumaná, Universidad de Oriente, agosto-septiembre, 1970.
- BALZA, JOSÉ. "José Antonio Ramos Sucre". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 4 de junio de 1965.
- BEJARANO, MARINO. "Lo virtual en la poesía de Ramos Sucre". En *Imagen*. N° 74. pp. 3-5. Caracas, 1/15 junio de 1970.
- BRAVO, VÍCTOR. "Ramos Sucre: la escritura como itinerario hacia la muerte". En *Revista Hispanoamericana de Literatura*. N° 5. pp. 93-112. Maracaibo, Universidad del Zulia, julio-diciembre, 1973.
- CALZADILLA, JUAN. "Recordemos a Ramos Sucre. *El Universal*. Índice Literario. p. 3. Caracas, 29 de noviembre de 1955.
- "Ramos Sucre y la nostalgia heroica". En *El Nacional*. Caracas, 6 de noviembre de 1956.
- CARRERA, GUSTAVO LUIS. "Hazaña en la soledad de un orgullo invicto". En *El Nacional*. Papel Literario. p. 1. Caracas, 14 de junio de 1970.
- "Signo secreto de la imagen". En *Oriente Universitario*. N° 45. p. 4. Cumaná, Universidad de Oriente, agosto-septiembre de 1970.
- "El símbolo en José Antonio Ramos Sucre". Ponencia para el Tercer simposio de docentes e investigadores de la literatura venezolana. Mérida, noviembre 1977.
- CÓRDOBA, DIEGO. "José Antonio Ramos Sucre: ¿filósofo existencialista?". En *El Universal*. Caracas, febrero de 1955.
- "José Antonio Ramos Sucre". En *El Universal*. Caracas, 1° de octubre de 1970.
- CORREA, LUIS. *Terra Patrum*. Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1961. (v. pp. 419-423).
- "Duelo de la Patria y de las letras". En *Elite*. Caracas, 14 de junio de 1930.

- COVA, JESÚS ANTONIO. "Ha muerto José Antonio Ramos Sucre". En *El Nuevo Diario*. Caracas, 14 de junio de 1930.
- . "Evocación de Ramos Sucre, al segundo aniversario de su muerte". En *El Nuevo Diario*. p. 1. Caracas, 13 de junio de 1932.
- CREMA EDOARDO. "Italia en José Antonio Ramos Sucre". En *El Universal*. p. 3. Caracas, 9 de abril de 1967.
- . "José Antonio Ramos Sucre". En *Diagonal*. p. 1. Caracas, 21 de junio de 1945.
- CRESPO, LUIS ALBERTO. "Ramos Sucre. Antología Poética". En *El Nacional*. p. A-4. Caracas, 29 de diciembre de 1969.
- Cultura venezolana*. Sección Los Libros: "El cielo de esmalte. Las formas del fuego". Nº 97 pp. 140-141. Caracas, septiembre 1929. (Artículo no firmado).
- DI DOMENICO, MARÍA EUGENIA. "El solitario que cantó a la muerte". En *Imagen*. Nº 74. p. 12. Caracas, agosto-septiembre, 1970.
- DOMÍNGUEZ, PABLO. "Bibliografía: La Torre de Timón". En *Fantoches*. Nº 116. Caracas, Tipografía Mercantil, 14 de octubre de 1925.
- R(ENÉ) D(URAND). "Ramos Sucre y la historia". En *El Nacional*. Caracas, 26 de junio de 1970.
- ESPIÑOZA, GABRIEL. "Predios dialécticos": José Antonio Ramos Sucre". En *El Universal*. Caracas, 15 de junio de 1930.
- ESTISSEN, ALVARO. (Pseudónimo de Ernesto Silva Tellería). "José Antonio Ramos Sucre: Espíritu de niño bueno". En *El Nacional*. p. 9. Caracas, 15 de junio de 1947.
- FERNÁNDEZ MORÁN, HUMBERTO. "Los grandes escritores venezolanos: Vida y Obra de J. A. Ramos Sucre". En *El Universal*. Caracas, 16 de junio de 1946.
- FERRER, JOSÉ MIGUEL. "Notas al margen: J. A. Ramos Sucre". En *El Heraldó*. Caracas, 11 de junio de 1943.
- I. G. "J. A. Ramos Sucre". En *El Nacional*. Caracas, 14 de junio de 1945.
- GRAMCKO, IDA. "Doliente poeta del esmalte". En *El Nacional*. Papel Literario. p. 1. 14 de junio de 1970.
- F(ÉLIX) G(UZMÁN). "Tres poetas en tres tiempos". En *Imagen*. Nº 74. Caracas, 1-15 de junio de 1970.
- HAMILTON, EDGAR. (seudónimo de Jesús Sanoja H.) "Ramos Sucre". En *El Nacional*. Suplemento 7º día. p. 9. Caracas, 4 de junio de 1972.
- HERRERA MENDOZA, LORENZO. "La escuela estatutaria en Venezuela y su evolución hacia la territorialidad". Caracas, Empresa El Cojo, 1943. 126 pp. (V. pp. 89-92).
- INSAUSTI, RAFAEL ANGEL. "Obras de José Antonio Ramos Sucre". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 6 de septiembre de 1956.
- LAMEDA, ALF. "Obras: José Antonio Ramos Sucre". En *El Nacional*. p. 4. Caracas, 5 de diciembre de 1956.
- LARRAZÁBAL, OSWALDO. "Inquisición de José Antonio Ramos Sucre". En *Oriente Universitario*. Nº 45. pp. 17-18. Cumaná, Universidad de Oriente, agosto-septiembre, 1970.
- . *Azul de Manicure*. Caracas, Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, Colección Avance, 1971. 194 pp.
- . "Buscando la huella de la expresión poética de José Antonio Ramos Sucre". Ponencia presentada ante el Tercer Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Mérida, noviembre de 1977.

- LEÓN, CARLOS AUGUSTO. *Las Piedras Mágicas*. Caracas, Editorial Suma, 1945. 59 pp.
- . "Ramos Sucre. Invitación a la crítica". *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 14 de junio de 1970.
- LISCANO, JUAN. "Ramos Sucre sacralizado". En *El Nacional*. p. A-4. Caracas, 25 de junio de 1970.
- . "José Antonio Ramos Sucre". En *Panorama de la actual literatura venezolana*. pp. 191-3. Caracas, Editorial Publicaciones Españolas, S.A., 1973. 414 pp.
- LÓPEZ ORIHUELA, AUGUSTO. *Fuente de Amargura* (Poemas de Cruz M. Salmerón A.). (Prólogo). Caracas, Línea Aeropostal Venezolana, 1952. 139 pp.
- MANCERA GALLETI, ANGEL. "José Antonio Ramos Sucre". En *El Universal*. p. 4. Caracas, 13 de junio de 1960.
- MARCO, YUBANA. "El mal en Ramos Sucre". En *Últimas Noticias*. Suplemento Cultural. Caracas, 1º de febrero de 1976 (Ia parte). 15 de febrero de 1976 (IIa parte).
- . "Ramos Sucre: maldades y castigos". En *Últimas Noticias*. Suplemento Cultural. p. 37. Caracas, 15 de febrero de 1976.
- MARTA SOSA, JOAQUÍN. "La poesía subversiva de José Antonio Ramos Sucre". En *Últimas Noticias*. Caracas (Album Familia Almandoz-Ramos).
- MARTÍNEZ, TOMÁS ELOY. "Ramos Sucre: la identidad a la intemperie". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 31 de octubre de 1976.
- . "Entrada en la muerte de José Antonio Ramos Sucre". En *El Nacional*. Suplemento especial del Ateneo de Caracas. Caracas, 7 de febrero de 1978.
- MEDINA, JOSÉ RAMÓN. "Ramos Sucre, un adelantado". En *Razón de poesía*. pp. 133-136. Caracas, Editorial Paraguachoa, 1960. 251 pp.
- . *50 años de Literatura venezolana*. (v. "La etapa prevanguardista. pp. 51-62). Caracas, Editorial Monte Avila, 1969.
- MIJARES, AUGUSTO. "La poesía de J. A. Ramos Sucre". En *El Universal*. Caracas, 15 de junio de 1930.
- . *La Luz y el espejo*. (V. pp. 58-60). Caracas, Edit. M. E., 1955.
- . "Del adiós que le dieron". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 14 de junio de 1970.
- MILIANI, DOMINGO. "José Antonio Ramos Sucre". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 19 de mayo de 1961.
- MOGOLLÓN, JUAN ANGEL. "Ramos Sucre o la soledad". En *El Nacional*. p. 4. Caracas, 28 de noviembre de 1956.
- . "Ramos Sucre: un hombre devorado". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 13 de marzo de 1958.
- . "Ramos Sucre a 35 años de su muerte". En *La República*. p. 6. Caracas, 13 de junio de 1965.
- MONTEJO, EUGENIO. "El laúd del visionario". En *Imagen*. Nº 45. Caracas, 15-31 marzo, 1969.
- . "Aproximación a Ramos Sucre". En *La ventana oblicua*. Valencia. Ediciones de la Universidad de Carabobo, 1974.
- MORENO COVA, A. J. "José Antonio Ramos Sucre: el viajero que regresa". En *El Universal*. p. 1. Caracas, 25 de julio de 1930.
- MUDARRA, MIGUEL ANGEL. "Valores Sucrenses. José Antonio Ramos Sucre". En *Cultura Sucrense*. pp. 158-60. Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1978. 290 pp.

- MUÑOZ, RAFAEL JOSÉ. "José Antonio Ramos Sucre". En *El Universal*. Índice Literario. p. 3. Caracas, 24 de febrero de 1970.
- NAVARRO, ARMANDO. "Otras perspectivas en la obra de Ramos Sucre". En *Oriente Universitario*. N° 45. pp. 7-8. Cumaná, Universidad de Oriente, agosto-septiembre de 1970.
- NOGUERA, CARLOS. "45 años de su muerte: José Antonio Ramos Sucre, un limpio homenaje al espíritu del solitario". En *El Nacional*. Papel Literario. p. 2. Caracas, 15 de junio de 1975.
- NUCETE SARDE, JOSÉ. "José Antonio Ramos Sucre: Un retrato, su último poema, página de inquietud". En *El Universal*. Caracas, 13 de junio de 1931.
- NÚÑEZ, ENRIQUE BERNARDO. *Ensayos biográficos*. Caracas, Editorial Elite, 1937. 112 pp.
- . "J. A. Ramos Sucre". En *Escritores venezolanos*. pp. 213-215. Mérida, Ediciones del Rectorado de la U.L.A., 1974.
- NÚÑEZ, FÉLIX ARMANDO. *Obras: (La Torre de Timón, El Cielo de Esmalte, Las Formas del Fuego)*. (Prólogo). Caracas. Ministerio de Educación. Biblioteca Popular Venezolana, 1956, 349 pp.
- OVALLES, CAUPOLICÁN. "La Gran Papelería del Mundo y Ramos Sucre". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 21 de junio de 1970.
- OVALLES, VÍCTOR M. *Dos muertos ilustres: Iriago Chacín y Ramos Sucre*. Caracas, Editorial Bolívar, 1936. 95 pp.
- PADRÓN, JULIÁN. "Recuerdo de Ramos Sucre". En *Obras completas*. pp. 85-93. México, Editorial Aguilar, 1957.
- PAZ CASTILLO, FERNANDO. "*La Torre de Timón*". En *Elite*. N° 3. Caracas 3 de octubre de 1925.
- . "El Solitario de la Torre de Timón". En *El Universal*. Pág. de Arte. Caracas, 28 de junio de 1930.
- . "José Antonio Ramos Sucre. Su vida y obra". En *El Nacional*. Caracas, 20 de junio de 1960.
- . "Siempre daba la impresión de un regreso". En *El Nacional*. Caracas, 14 de junio de 1970.
- . *El Solitario de la Torre de Timón*. (Incluye los artículos de 1925, 1930, y 1960) Caracas, Inciba, 1973. 55 p.
- PÉREZ H., ARGENIS. "La estética romántica de José Antonio Ramos Sucre". Ponencia presentada en el Tercer Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura Venezolana. Mérida, noviembre de 1977.
- PÉREZ PERDOMO, FRANCISCO. *Antología poética de José Antonio Ramos Sucre*. (Prólogo). Caracas, Editorial Monte Avila, 1969.
- PICÓN SALAS, MARIANO. *Estudios de Literatura Venezolana*. (V. p. 137 y p. 171). Caracas, Edime, 1961.
- RAMA, ÁNGEL. "Introducción a la simbólica de Ramos Sucre". En *El Nacional*. Caracas, 19 de diciembre de 1976.
- . *El Universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre*. Cumaná, Universidad de Oriente, 1978. 78 pp.
- RIAL, JOSÉ ANTONIO. "*Los Aires del Presagio*". En *El Universal*. Índice Literario. p. 8. Caracas, 18 de abril de 1961.

- RONDÓN MÁRQUEZ, R. A. "Un valor auténtico: José Antonio Ramos Sucre". En *El Universal*. p. 4 y p. 6. Caracas, 13 de junio de 1948.
- RUANO, MANUEL. "Homenaje al fuego". En *Últimas Noticias*. Suplemento Cultural. p. 11. Caracas, 6 de abril de 1980.
- SAMBRANO URDANETA, OSCAR. "Ramos Sucre. El hiperestético". En *Escritura*. N° 3, pp. 121-130. Caracas, enero-junio, 1977.
- SANABRIA, ALBERTO. "José Antonio Ramos Sucre". En *Cumaneses ilustres*. pp. 306-309. Caracas, Editorial Arte, 1965. 323 pp.
- SÁNCHEZ PELÁEZ, JUAN. "Una arquitectura insólita". En *El Nacional*. Papel Literario. Caracas, 14 de junio de 1970.
- SANOJA, JESÚS. "Poeta de otra realidad". En *El Nacional*. p. C-1. Caracas, 21 de junio de 1970.
- . "Homenaje". En *El Nacional*. Caracas, 4 de marzo de 1973.
- . "Ramos Sucre vuelve a Caracas". En *El Nacional*. Caracas, 18 de julio de 1976. Véase también HAMILTON y ZARAZA.
- SANTAMARÍA, ALEJO, (atribuido a). "José Antonio Ramos Sucre: cuarenta años de su muerte". En *El Universal*. Índice Literario. p. 2 y p. 11. Caracas, 26 de abril de 1970. (Artículo sin firma).
- SILVA, LUDOVICO. "Ramos Sucre y nosotros". En *Revista Nacional de Cultura*. N° 219. Caracas marzo-abril, 1975.
- SISO MARTÍNEZ, JOSÉ M. "José Antonio Ramos Sucre: rayando el esmalte". En *Poetas saturnianos y maestros*. pp. 33-37. Caracas, Tipografía Americana, 1947.
- SOTILLO, PEDRO. "Sobre el cumaneés José Antonio Ramos Sucre". En *Cultura Venezolana*. N° 99. pp. 308-313. Caracas, nov.-diciembre, 1929.
- . "Duelo de las letras y de la sociedad venezolana". En *El Universal*. p. 1. Caracas, 14 de junio de 1930.
- SUCRE, GUILLERMO. *La máscara, la transparencia*. (V. pp. 81-87). Caracas, Editorial Monte Avila, 1975, 162 pp.
- . "Ramos Sucre: anacronismo y/o renovación". En *Tiempo Real*. Revista de la Universidad Simón Bolívar. N° 8. Caracas, noviembre 1978.
- SUPPINI, CÉSAR. "Ramos Sucre, el olvidado". En *El Nacional*. p. 7. Caracas, 11 de marzo de 1954.
- UGALDE, PEDRO. "Ramos Sucre y Sánchez Peláez". En *El Nacional*. Papel Literario. p. 16. Caracas, 22 de abril de 1951.
- VENEGAS FILARDO, PASCUAL. "Antología de Ramos Sucre". En *El Universal*. Caracas, 29 de enero de 1970.
- VERA DE GONZÁLEZ, ELENA. "Aplicación de un modelo semiológico a un poema de J. A. Ramos Sucre". Ponencia para el Tercer Simposio de Docentes e Investigadores de la Literatura venezolana. Mérida, noviembre de 1977.
- VETANCOURT ARISTIGUIETA, FRANCISCO. "Ramos Sucre y el culto del heroísmo". En *El Universal*. p. 1. Caracas, 25 de julio de 1930.
- . "La escuela estatutaria en Venezuela". (Album Familia Almandoz-Ramos).
- YÉPEZ, LUIS. "Los días finales de José Antonio Ramos Sucre". En *El hombre y la piedra*. pp. 17-71. Caracas, Ministerio de Educación, Cuadernos de la Asociación de Escritores de Venezuela, 1973.
- ZARAZA, JUAN. (Seudónimo de Jesús Sanoja H.). "Visión de Ramos Sucre". En *El Nacional*. p. C-1. Caracas, 13 de junio de 1970.

INDICE

LA TORRE DE TIMON

Preludio	3
Plática profana	4
El fugitivo	8
A un despojo del vicio	9
El familiar	10
Tiempos heroicos	12
Cansancio	14
Lied	16
Epicedio	17
Elogio de la soledad	19
En la muerte de un héroe	21
Entonces	22
La alucinada	24
Laude	25
Al pie de un cipo	27
El solterón	29
De capa y espada	31
La tribulación del novicio	32
La cuita	34
Lección bíblica	35
Duelo de arrabal	36

La aristocracia de los humanistas	37
Discursos del contemplativo	39
Sturm und drang	41
Miércoles de ceniza	42
Crítica	43
El episodio del nostálgico	45
El retorno	46
Felipe Segundo	47
El crimen de la esfinge	49
La conversión de Pablo	51
Ocaso	53
En días de Cartago	54
A propósito de Boyacá	56
La venganza del dios	58
El canto anhelante	59
Fulmen	60
La hija de Valdemar	61
De la vieja Italia	62
Visión del norte	63
La balada del transeúnte	64
Alabanza a Bermúdez	65
Romanza	67
La ventana	68
El culpable	69
Sobre las huellas de Humboldt	70
A una desposada	79
Hechizo	81
Filosofía del lenguaje	82
La presencia del naufrago	83
El tesoro de la fuente cegada	85
Sobre la poesía elocuente	86
El rapto	88
El hijo del anciano	89
El rezagado	90
El ensueño del cazador	91
La resipiscencia de Fausto	92
Renacentista	94
El escudero de Eneas, II. 1,49	95
Siglo de oro	96
La ciudad	97
La peregrina de la selva profética	98
El mensajero	99
El viaje de Himilcón	100
El aventurero	101

La vida del maldito	103
Sueño	105
La penitencia del mago	106
Del ciclo troyano	107
El cruzado	108
Los lobos del yermo	110
Vislumbre del día aciago	112
La cuna de Mazeppa	113
Las aves de la visionaria	114
Trance	115
La casa del olvido	116
Cuento desvariado	118
Paisaje del mar desierto	119
El avinamiento de sagitario	120
Fantasia de la estación adversa	121
El pupilo de Fabricio	122
Diva	124
Entrevisión del peregrino	125
Santoral	126
A orillas del mar eterno	127
Geórgicas	128
El romance del bardo	129
Vestigio	130

EL CIELO DE ESMALTE

Victoria	133
Penitencial	134
El valle de los éxtasis	135
Los herejes	136
El verso	137
El duende	138
Lucía	139
El capricornio	140
Los gafos	141
Antífona	142
La salva	143
La fuente del Nilo	144
El cirujano	145
Bajo la ráfaga de arena	146
El rebelde	147
El peregrino de la fe	148
Cereal	149
La inspiración	150

La cábala	151
Marginal	152
Los hijos de la tierra	153
Azucena	154
El ciego infalible	155
El bejín	156
El vértigo de la decadencia	157
Isabel	158
Edad de plata	159
Entre los eslavos	160
El superviviente	161
El derrotero de Camoens	162
El páramo	163
El nombre	164
La vida mortecina	165
El niño	166
Los acusadores	167
La juventud del rapsoda	168
El casuista	169
El tótem	170
Los sentidos iluminados	172
Trova	173
El político	174
La nave de las almas	175
La frontera	176
El donaire	177
El lego del convento	178
Los elementos	179
La reforma	180
El cazador de avestruces	181
La valentía	182
Entre los beduinos	183
El clamor	184
El mito versiforme	185
El favor	186
Del país lívido	187
El exvoto	188
Las almas	189
La cuestación	190
El herbolario	191
La mesnada	192
El error vespertino	193
El duelo	194
La parvulista	195

Los secretos de la Odisea	196
La visita	197
El vejamen	198
El ramo de la sibila	199
El resfrío	200
El monólogo	201
El rencor	202
El espejo de las hadas	203
La taberna	204
El Senador	205
La hija del cisne	206
El olvido	207
Los ortodoxos	208
La redención de Fausto	209
La alianza	210
La jornada del eremita	211
La abominación	212
Siglos medios	213
La merced de la bruma	214
El monigote	215
Analogía	216
El sedentario	217
Los lazos de la quimera	218
La hora	219
El exorcista	220
La zarza de los médanos	221
La presencia	222
De profundis	223
El alumno de Garcilaso	224
Ofelia	225
El disidente	226
El rescate	227
La procesión	228
El extranjero	229
La virtuosa del clavecín	230
El predestinado	231
El alumno de violante	232
El asno	233
El año desierto	234
El jugador	235
El caballo del lucero	236
El cautivo de una sombra	237
El aniversario	238
La presea	239

Del suburbio	240
Gloria	241
Bajo el cielo monótono	242
Evangelio	243
El selenita	244
La virgen de la palma	245
Los paladines	246
El domicilio del eider	247
Las virtudes	248
Falena	249
El aprendiz	250
La pía	251
La canonesa	252
Elaina	253
El peregrino ferviente	254
Constanza	255
La huella	256
El buhonero de Galata	257
La ciudad de los espejismos	258
El jardinero de las espinas	259
Serafita	260
El tejedor de mimbres	261
El arribo forzoso	262
El bienaventurado	263
Fantasia del primitivo	264
Omega	265

LAS FORMAS DEL FUEGO

Las ruinas	271
El rito	272
La isla de las madréporas	273
Acíbar	274
El talismán	275
El Mandarín	276
El castigo	277
El emigrado	278
Spleen	279
El guía	280
El real de los cartagineses	281
Farándula	282
La amada	283
La noche	284
La sala de los muebles de laca	285

La plaga	286
El retórico	287
La venganza de Viviana	288
El nómade	289
La entrevista	290
Fragmento apócrifo de Pausanias	291
El cómplice	292
Mito	293
El desagravio	294
El extravío	295
El convite	296
El ídolo	297
El retrato	298
Los gallos de la noche de Elsinor	299
El desesperado	300
Micenas	301
El alivio	302
Reloj de príncipes	303
La bruja	304
El sopor	305
Ancestral	306
El asedio	307
La heroína	308
El riesgo	309
El hidalgo	310
Cenit	311
El remordimiento	312
La verdad	313
El presidiario	314
La sombra de la hija del faraón	315
Merry England	316
La ilusión	317
El ciego	318
La espía	319
El sacrificador	320
El impío	321
La mensajera del alba	322
El sino	323
El adolescente	324
La deriva	325
Windsor	326
La guerra	327
Nocturno	328
Parodia	329

Bajo el ascendiente de Shakespeare	330
La huérfana	332
El rajá	333
Mar latino	334
Sutileza	335
Lay	336
La suspirante	337
La vuelta de Ulises	338
El acontecido	339
Semiramis	340
El viaje	341
La alborada	342
Rúnica	343
El festín de los buitres	344
El desvarío de Calipso	345
El entierro	346
Las suplicantes	347
La caza	348
Divagación	349
La ensenada	350
Dionisiana	351
Crepúsculo	352
El reino de los cabiros	353
El paseo	354
Ofir	355
La vigilia del campamento	357
El protervo	358
Hesperia	360
El sigilado	361
La químera	362
El justiciero	363
Saudade	364
La campaña	365
El secreto del Nilo	367
La sirte	368
La ráfaga	369
El venturoso	370
El musulmán	371
El tósigo	372
El cortesano	373
La conseja de los alabarderos	375
El fenicio	376
El knut	377
El sagitario	379

El malcasado	380
Montería	381
La ciudad de las puertas de hierro	382
Rapsodia	383
Crónica	384
Alastor	385
El clima del nopal	386
El enviado	387
Los celos del fantasma	388
La acedía del claustro	390
Bajo el velamen de púrpura	391
El cristiano	392
El hallazgo	393
Bajo la advocación de Saturno	394
El lince	396
El escolar	398
El desahucio	399
La casta de los centauros	400
El lapidario	401
El viaje en trineo	402
El alumno de Tersites	404
Tácita, la musa décima	405
Carnaval	406

LOS AIRES DEL PRESAGIO

Ideas dispersas sobre Fausto	409
El poeta de la democracia	411
Estirpe procerá	413
Ni el derecho ni la fuerza	416
Comentarios a un crimen	417
El contrato de venta, observación	419
Un sofista	421
Granizada	423
Residuo	428
Luis Uhland	429

TRADUCCIONES

Del alemán (Poemas de Uhland)

La serenata	430
La vida de los muertos	431
El ramillete	432
Elegía a un cura de aldea	433
<i>Del latín</i>	
Política indiana	434

TEXTOS NO RECOGIDOS EN LIBROS

Del destierro	443
Reflexiones sinceras	444
El paria	446

CARTAS

Al Dr. J. C. Marcano Figueroa (22-7-1910)	449
A José Silverio González Varela (20-12-1920)	450
A Lorenzo Ramos (26-3-1921)	451
A Lorenzo Ramos [septiembre 1924]	453
A Lorenzo Ramos (18-9-1928)	455
A Lorenzo Ramos (20-3-1929)	456
A Lorenzo Ramos Sucre (25-10-1929)	457
A Luis Yépez (29-12-1929)	459
A César Zumeta (5-1-1930)	460
A José Nucete Sardi (7-1-1930)	461
A Dolores Emilia Madriz (8-1-1930)	462
A Luis Yépez (13-1-1930)	464
A Dolores Emilia Madriz (5-2-1930)	465
A Luis Yépez (6-2-1930)	467
A Luis Yépez [febrero 1930]	468
A Luis Yépez (24-2-1930)	470
A Luis Yépez (25-2-1930)	471
A Luis Yépez (1-3-1930)	472
A César Zumeta (13-3-1930)	473
A Dolores Emilia Madriz (8-4-1930)	474
A Lorenzo Ramos Sucre (9-4-1930)	475
A Lorenzo Ramos Sucre (24-4-1930)	476
A Dolores Emilia Madriz (24-4-1930)	477
A Lorenzo Ramos Sucre (28-4-1930)	478
A Lorenzo Ramos (18-5-1930)	480
A Dolores Emilia Madriz (7-6-1930)	482
Consejos de orden intelectual para Lorenzo Ramos	483
Consejos importantes de orden intelectual para Lorenzo Ramos	484
[Apuntes de gramática inglesa]	485

CRONOLOGÍA	487
------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	581
--------------	-----